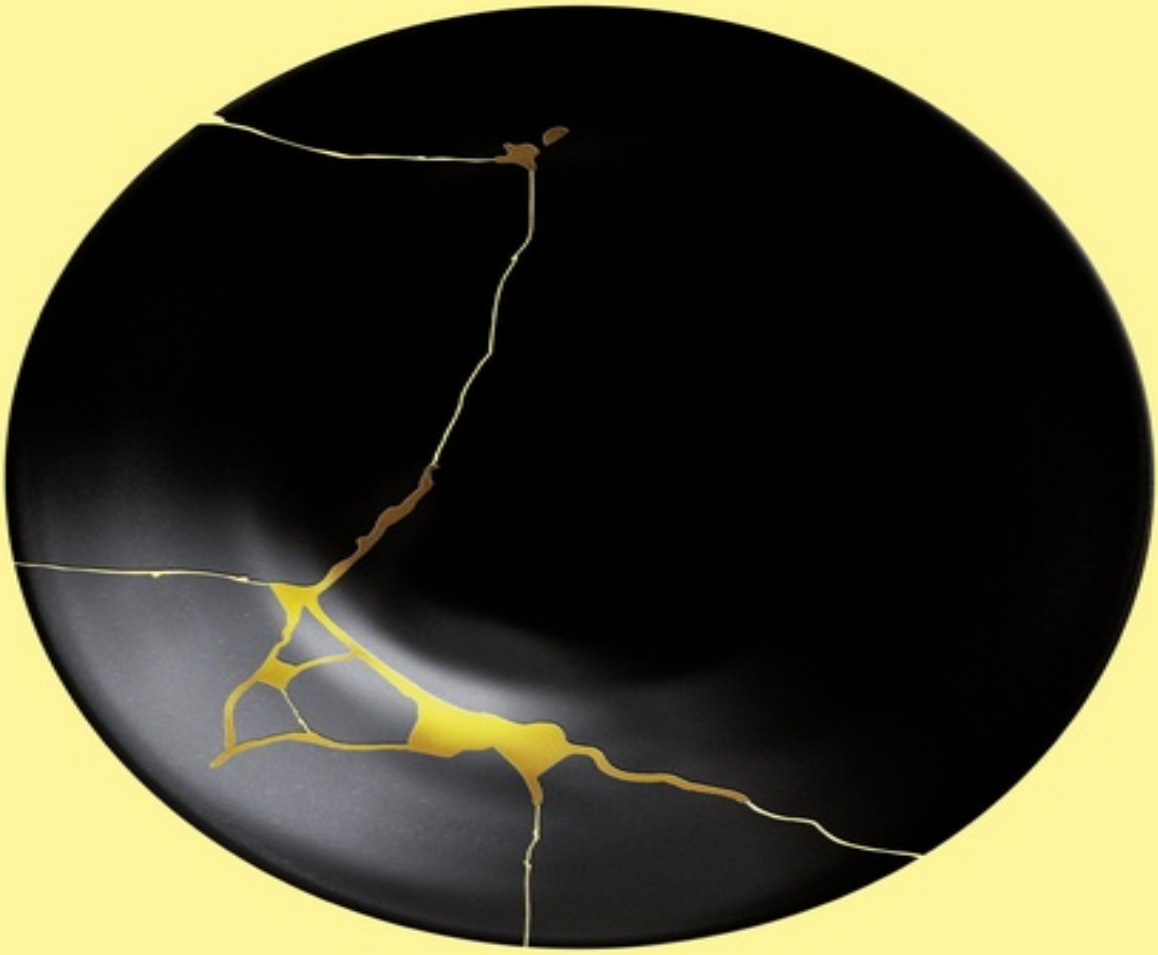
PHILIPPE LANÇON

El colgajo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

PORTADA
1. NOCHE DE REYES
2. ALFOMBRA VOLADORA
3. LA REUNIÓN
4. EL ATENTADO
5. ENTRE LOS MUERTOS
6. EL DESPERTAR
7. GRAMÁTICA DE HABITACIÓN
8. POBRE LUDO
9. EL MUNDO DE ABAJO
10. LA ANÉMONA
11. EL HADA IMPERFECTA
12. LA PREPARACIÓN
13. CALENDARIO ESTÁTICO
14. LA CAJA DE GALLETAS
15. EL COLGAJO
16. ESCENA CONYUGAL
17. EL ARTE DE LA FUGA
18. EL SEÑOR TARBES
19. EL MAL DEL PACIENTE
20. LOS REGRESOS
EPÍLOGO
CRÉDITOS

Algunos nombres se han modificado lo mínimo posible.

1. NOCHE DE REYES

La víspera del atentado fui al teatro con Nina. Fuimos al Théâtre des Quartiers d'Ivry, en las afueras de París, a ver *Noche de Reyes*, una obra de Shakespeare que no había leído o de la que no me acordaba. El director escénico era amigo de Nina. Yo no lo conocía e ignoraba por completo su trabajo. Nina había insistido para que la acompañara. Estaba feliz de mediar entre dos personas que le caían bien, un director de escena y un periodista. Fui con las manos en los bolsillos y el ánimo sereno. No había ningún artículo previsto, lo cual es siempre la mejor manera de terminar escribiendo uno, cuando se hace por entusiasmo y en cierto modo de improviso. En esos casos, el joven que en su día iba al teatro coincide con el periodista en que se ha convertido. Después de un momento más o menos largo de vacilación, timidez y aproximación, el primero contagia al segundo su espontaneidad, su incertidumbre y su virginidad, y abandona la sala para que el otro, bolígrafo en mano, pueda retomar su actividad y, desgraciadamente, su seriedad.

No soy ningún especialista en teatro, aunque siempre me ha gustado ir. Nunca he pasado en él cinco o seis noches a la semana, y no me considero un crítico de verdad. Antes que nada fui reportero. Me convertí en crítico por casualidad, y lo seguí siendo por costumbre y tal vez por dejadez. La crítica me ha permitido pensar –o tratar de pensar– en lo que veía y darle una forma efímera poniéndolo por escrito. Es el resultado de una experiencia a la vez superficial (no dispongo de las referencias necesarias para emitir un juicio sólido sobre las obras) e interior (soy incapaz de leer o de ver lo que sea sin pasarlo por el tamiz de imágenes, ensoñaciones y asociaciones de ideas que nada exterior a mí justifica). El día que lo entendí, creo, me sentí más libre.

¿Me permite la crítica luchar contra el olvido? Por supuesto que no. He visto muchos espectáculos y leído muchos libros de los que no recuerdo nada, ni siquiera después de haberles dedicado un

artículo, probablemente porque no despertaron ninguna imagen, ninguna emoción verdadera. Peor aún: muchas veces olvido que he escrito sobre ellos. Cuando, por casualidad, uno de estos artículos fantasma sale a la superficie, me siento siempre un poco asustado, como si lo hubiera escrito otro que se llamara como yo, un usurpador. Entonces me pregunto si no habré escrito para olvidar lo antes posible lo que había visto o leído, como esa gente que lleva un diario para liberar cotidianamente a su memoria de lo que ha vivido. Me lo preguntaba, al menos, hasta el 7 de enero de 2015.

Durante la función saqué mi libreta. Las últimas palabras que anoté esa noche, a oscuras y de cualquier manera, son de Shakespeare: «Nada de lo que es, es.» Las siguientes están en español, en letras mucho más grandes y con un trazo no menos inseguro. Están escritas tres días más tarde en otro tipo de oscuridad, en el hospital. Están dirigidas a Gabriela, mi novia chilena, la mujer de la que estaba enamorado: «Hablé con el médico. Un año para recuperar. ¡Paciencia!» ¿Un año para recuperar? Nada de lo que te dicen es, cuando entras en un mundo en el que lo que es no puede en verdad decirse.

Conocía a Nina desde hacía poco menos de dos años. Nos habían presentado en una fiesta, en verano, en el parque de un castillo en Lubéron. Tardé bastante en comprender de dónde venía la simpatía que enseguida me inspiró. Era una intermediaria nata, delicada y poco dada a la afectación. Tenía esa sencillez, esa ternura, esa calidez que llevan a mezclar a los amigos, como si sus virtudes, al restregarse unas con otras, pudieran incrementarse. Ella se calentaba con los destellos, pero era demasiado modesta para presumir de ello. Casi se borraba, como una madre discreta, sarcástica y bondadosa. Cuando la veía, tenía siempre la impresión de ser un pájaro de su parvada y de volver al nido del que, por imprudencia o descuido, me había caído. La tristeza o la preocupación que flotaban en su mirada oscura y viva se esfumaban a la primera conversación. No siempre me porté bien con ella. Se enfadó conmigo y dejó de estar enfadada. Tenía menos rencor que generosidad.

De vez en cuando pasábamos una velada juntos, como aquella

noche. Como es la última persona con la que compartí un momento de placer y despreocupación, se ha convertido para mí en alguien tan apreciado como si hubiera pasado una vida entera con ella; una vida interrumpida, hoy casi soñada, y que se detiene aquella noche, en una sala de teatro, con el viejo Shakespeare. Desde entonces veo poco a Nina, pero no necesito verla para saber lo que me recuerda ni para sentir que me sigue protegiendo. Tiene este extraño privilegio: ser una amiga y un recuerdo, una amiga que se ha alejado y un recuerdo que está vivo. No hay peligro de que la olvide, pero, si en lo que sigue de este libro está poco presente, es porque me cuesta hacerla vivir fuera de aquella noche y de todo lo que esta me recuerda. Pienso en ella, todo revive y todo se apaga, unas veces sucesivamente, otras de forma paralela. Todo es un sueño y un pasaje, tal vez una ilusión, como en *Noche de Reyes*. Nina sigue siendo el último punto de la orilla opuesta, en la entrada del puente que el atentado hizo volar por los aires. Hacer su retrato me permite quedarme un poco, haciendo equilibrios, en las ruinas del puente.

Nina es una mujer bajita, morena y gruesa de piel suave, nariz aguileña y ojos negros, brillantes y risueños, que envuelve de humor emociones siempre fuertes y como entregadas a los caprichos de los demás gracias a su bondad. Es jurista. Cocina bien. No olvida nada. Es socialista, pero de izquierdas (aún quedan). Parece un mirlo tierno, severo y bien alimentado. Vive sola con su hija, Marianne, a la que le regalé mi flauta travesera, un instrumento que ya no tocaba y que probablemente no podré tocar nunca más. Su experiencia con los hombres la ha desencantado, creo, sin amargarle el carácter. Puede que crea que no merece más placer y amor que el que ha recibido de ellos; pero en la amistad, y a su hija, se entrega lo suficiente como para que el enamoramiento, esa ficción que tratamos de escribir con los medios del cuerpo, no sea ya una necesidad absoluta. Quizá también, como en política, sienta siempre la inminencia de un desencanto que su buen carácter se prepara para superar. No renuncia menos a sus sentimientos que a sus convicciones. Que la izquierda no haga más que traicionar al pueblo no significa que Nina termine, como tantos otros, haciéndose de derechas. Que tantísimos hombres sean unos inútiles egoístas y

vanidosos no significa que Nina deje de querer. La sensibilidad resiste a los principios. Un detalle por el que la admiro es que no se presenta en ningún lugar con las manos vacías, y que lo que lleva se corresponde siempre con las expectativas o las necesidades de aquellos con los que ha quedado. En resumen, se preocupa por los demás tal como son y en la situación en que se encuentran. No es algo muy frecuente.

Añado que es judía, no me olvido, y que esta condición le recuerda de manera sutil, discreta, que nunca estamos seguros de escapar del desastre. Es algo que noto en su sonrisa y en su mirada cuando la veo, cuando hablamos, ese algo que simplifica la existencia y que solo habita con esa naturalidad en muy pocas personas, y se lo agradezco. Siempre hay un chiste de judíos que flota en el ambiente, entre el vino y la pasta, como un perfume que no hay necesidad de mencionar. No creo que hubiera podido terminar mi vida de antes con una persona mejor adaptada a la situación.

Su padre, profesor de literatura estadounidense, había sido un destacado traductor de Philip Roth, escritor que me gustaba sin que hubiera podido terminar ninguno de sus libros –con la excepción de *Patrimonio*, donde narraba la enfermedad y la muerte de su padre, y de aquellos que tuve que reseñar, tarea de la que nunca salí airoso, probablemente porque nunca sabía muy bien qué pensar–. Era incapaz de ver a Nina sin imaginarme a ese padre, al que no conocía, traduciendo este o aquel libro de Roth, allá en Estados Unidos, en la nieve del invierno o bajo un gran sol de verano, delante de una cafetera y un cenicero llenos. Esta imagen, sin duda equivocada, me daba seguridad. Se sobreponía a la de Nina y yo trataba siempre de imaginar los parecidos entre padre e hija. Más tarde me enseñó una foto de él, de finales de los años setenta, creo. Llevaba una gran barba negra, el pelo largo y gafas de cristales ahumados. Desprendía la energía militante y la relajación libertaria de aquellos años. Por entonces yo era un niño, y ese mundo que aún parecía prometer algo distinto, otra vida, desapareció tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de experimentarlo, ni tampoco de renunciar a él. Es una época que ni viví ni olvidé.

La noche que fuimos al teatro, Nina ya no estaba sola. Hacía algún tiempo que tenía un compañero nuevo, que era agricultor en las Ardenas. Yo nunca lo había visto. No recuerdo si aquella noche me habló de él. Ella iba a verlo los fines de semana. Desde entonces me hablaba de la siega o de la cosecha de fresas. Yo lo llamaba «el jabalí»; le decía a Nina: «¿Y qué se cuenta el jabalí?» Ella me respondía con una sonrisita muda y de circunstancias, era demasiado delicada para decirme que, a pesar de todo, mis palabras la herían. «Un jabalí es torpe y brutal. Él no es así.» «Vamos», le dije un día, «es una manera de hablar, por lo de las Ardenas. Igual que podría haberlo llamado Verlaine o Rimbaud.» «Pero no lo has hecho.» No, no lo hice.

La noche del 6 de enero de 2015 hacía frío y un poco de humedad. Dejé mi bicicleta en la estación de Jussieu y cogí el metro, línea 7, hasta la estación de Mairie-d'Ivry. Nina me mandó un SMS a las 18.53 para decirme que me esperaba en un garito cerca de la salida del metro. Ella conservó los mensajes, por eso sé la hora exacta, los míos desaparecieron junto con mi teléfono. Como yo llegaba tarde, Nina volvió al teatro y me los encontré, a ella y a un amigo, en el bar, donde bebían una copa de tinto y comían embutidos y quesos sentados a una mesita redonda. Pedí una copa de vino blanco y comí embutidos con ellos. «Estabas pletórico», me escribió unos meses más tarde, «acababas de saber que te irías a Princeton a enseñar literatura durante un semestre. Solo faltaba cerrar los últimos flecos.» No me acuerdo ni de esta alegría, ni de haber siquiera hablado de ello.

Sin embargo, los correos de aquellos días lo confirman: acababa de saber que, en cuestión de unos meses, estaría en Princeton y que mi vida, al menos por un tiempo, iba a cambiar. El padre de Nina, creía yo erróneamente, había enseñado en Princeton. La universidad está a una hora de Nueva York, donde vivía Gabriela, que se debatía con interminables problemas familiares, administrativos y profesionales. De este modo podría reunirme con ella, y la vida, guiada por un proyecto, encontraría de nuevo gracias a ello un principio de unidad. ¿Deseé esta historia que el atentado destruyó? ¿O la soñé hasta que aquel me despertó? No sabría decirlo.

Para mí, Princeton era la universidad de Einstein y de Oppenheimer (y también la del primer gran traductor de Faulkner, Maurice-Edgar Coindreau). Iba casi de chiripa, con una sensación de ilegitimidad absoluta, a enseñar algunas novelas sobre dictadores latinoamericanos. La relación entre literatura y violencia es un misterio que el territorio de Latinoamérica convirtió en especialmente fértil, y lo que había florecido allí, en la Historia y sobre las páginas, me cautivaba como si fuera un niño. Estudiarlo era la única manera de ver si era capaz de pensar algo sobre el tema como un adulto. Aunque las ideas de un adulto estén muy rara vez a la altura de las visiones –y del pavor– de un niño.

Antes de llegar yo al teatro, el director escénico había contestado a las preguntas de una clase de colegiales sobre la obra de Shakespeare que la compañía iba a representar, sobre su trabajo. Les había explicado que se había hecho director de teatro a pesar de no tener ninguna aptitud particular en la vida.

Nina se acuerda de mi llegada: «Ibas con ropa de abrigo, con un gorro, un jersey y una chaqueta gruesa.» Era la primera vez que dejaba la bicicleta en la estación de Jussieu. Me recordaba a mi infancia, a los años en que mi madre enseñaba Bioquímica en la universidad del mismo nombre –los años de la foto del padre de Nina–. La rue Cuvier olía a veces a tigre. En el laboratorio de mi madre, olía a productos químicos. Me gustaban todos aquellos olores. Me gustaban los olores de mi infancia, incluso o sobre todo los más fuertes, porque eran los rastros más intensos de aquella época, a menudo los únicos que me quedaban.

Un año después, en invierno de 2016, todos los viernes por la mañana pasaba por delante del edificio amarillento de la rue Cuvier y notaba de nuevo el olor de los tigres y los demás animales al bordear el muro del Jardín de las Plantas, por la orilla del río, de camino a la Pitié-Salpêtrière. El lento camino de la reparación se acercaba al de la infancia sin llegar nunca a coincidir con él. Unas veces iba a ver a uno de mis cirujanos, otras a mi psicóloga, a menudo a los dos, una después del otro, según uno de esos rituales hospitalarios que por entonces marcaban el ritmo de mi vida. Se habían convertido en mis amigos desconocidos. La psicóloga hacía

un ruido de tacones seco, llevaba un corte de pelo recto y tenía un aspecto elegante y austero que me recordaba a mi madre cuando tenía su edad y trabajaba en el laboratorio. Cuando aparecía, durante unos segundos yo no sabía ni en qué época vivía ni qué edad tenía. Los psicólogos que saben escucharnos viven quizá en una edad ideal, porque nos hacen volver a aquella en la que éramos héroes rodeados de héroes, y porque, al ayudarnos a recordar esta edad, a comprenderla, nos ayudan a dejarla atrás.

Entraba en su consulta, dentro del servicio de estomatología, por unos pasillos pálidos del sótano en los que me perdía sistemáticamente entre bustos y fotografías de cirujanos muertos, creyendo encontrar detrás de cada puerta un laboratorio en el que mi madre y sus amigos preparaban una fórmula mágica que unas veces restablecía la paz y otras el olvido. Llegaba siempre con diez minutos de antelación, sabiendo que los iba a perder dentro de aquel laberinto sin encontrar el camino correcto a la primera. Al final daba con la sala de espera, y la esperaba a solas al lado de varias plantas verdes maltrechas, en una sala por la que a veces pasaba una mujer de la limpieza africana y desde donde veía el pino ligeramente inclinado que, durante meses, había ocupado la vista que tenía desde las habitaciones de la primera planta. Sacaba un libro de mi vieja mochila negra manchada de sangre, y apenas había tenido tiempo de leer tres líneas cuando ella aparecía. Nunca llegaba tarde, yo tampoco. Era el ruido de sus pasos lo que despertaba antes que nada el recuerdo de mi madre. Mi psicóloga era *vintage*, en definitiva, que es más o menos todo lo que se necesita para conseguir una ligera relajación de la mandíbula, un esbozo de confesión y una mínima sensación de eternidad.

La bicicleta que até a una reja de la estación de Jussieu había sido anteriormente de mi madre: una Luis Ocaña verde agua de finales de los años setenta, comprada cuando el campeón español, en la cúspide de su carrera, acababa de ganar el Tour de Francia. Ella nunca la utilizó mucho, odiaba el deporte, y me la dio cuando decidí moverme en bici por París igual que llevaba tiempo haciéndolo por La Habana y en varios países de Asia a los que me había llevado mi trabajo de reportero. De eso hacía veinte años.

Empecé a utilizar esa bicicleta más o menos por la misma época en la que Luis Ocaña, entre sus viñedos del sur de Francia, se pegaba un tiro en la cabeza. Ocaña había apoyado al Frente Nacional, pero esta no es, que yo sepa, la razón de su acto, pese a que el hecho de apoyar a este partido pudiera ser ya el signo de una forma estúpida de desesperación. Jamás olvidaré la fecha de su muerte: fue el día que fui a buscar a Madrid a la mujer que llegaba de Cuba y con la que pronto me iba a casar: Marilyn. Cuando el atentado, llevábamos divorciados casi ocho años. Ella vivía en el este de Francia, en un pueblo cerca de Vesoul, con su nuevo marido y el hijo de ambos. No conocía a Nina, pero se parecían en muchos aspectos, físicamente, moralmente, y, como iba a verse después, por la gracia en cierto modo del atentado, no tardarían en hacerse amigas. La primera vez que durmió en casa de Nina, Marilyn tuvo la impresión de estar en su propia casa, porque la misma clase de ropa, la misma decoración y la misma atmósfera revelaban las mismas costumbres. No fui consciente de esta gemelaridad hasta el día en que las vi, en mi casa, una al lado de otra. Entonces comprendí por qué, en la fiesta nocturna del castillo de Lubéron, Nina me atrajo de inmediato. Era el eco reconfortante, cómodo, de una vida pasada. Yo creía que el bienestar me había dejado para siempre después de un divorcio y de una depresión, esos fenómenos casi normales de la vida occidental contemporánea. Me equivocaba.

Aunque he olvidado prácticamente todo del espectáculo, menos algunos detalles que no carecen de importancia, no he dejado desde entonces de leer y releer *Noche de Reyes*. Probablemente la haya leído de la peor manera posible, como un enigma, a la búsqueda de señales o de explicaciones de lo que iba a ocurrir. Sabía que era una estupidez, o cuando menos un esfuerzo bastante vano, pero ello no me ha impedido hacerlo y pensar pese a todo, o más bien sentir, que en aquel cúmulo de circunstancias había algo más verdadero que en la constatación de su absurdo. Shakespeare es siempre un guía excelente cuando uno trata de abrirse paso por una niebla equívoca y sangrienta. Da forma a lo que no tiene sentido alguno y, de esta manera, da sentido a lo que se ha sufrido, vivido.

Después de que el barco en el que viajaban haya naufragado,

unos hermanos gemelos, Viola y Sebastián, llegan por separado a una costa desconocida. Ambos creen que el otro ha muerto. Son huérfanos solitarios, supervivientes. Viola se disfraza de hombre y se hace llamar Cesario. Se convierte en paje e intermediario amoroso del duque del lugar, Orsino, del que no tarda en quedarse prendada. Sin embargo, debe defender la causa de Orsino ante Olivia, que la toma por un hombre y se enamora de ella. Durante este tiempo, después de varias peripecias, Sebastián llega a la corte. Olivia lo confunde con su hermana Viola y también se enamora de él. El amor es el juguete de las apariencias y los géneros, como se dice hoy, sobre un fondo maquiavélico y puritano encarnado por el intendente de Olivia, Malvolio. Maquiavélico y puritano, dos atributos que son tal para cual: quien quiere castigar a los hombres por sus placeres y sentimientos en nombre del bien que cree defender, en nombre de un dios, se cree con derecho a hacer todo el mal que esté en sus manos para conseguirlo. Malvolio lo quiere todo, lo toma todo y al final es víctima de todo. El *happy end* que nos brinda Shakespeare no es más que un sueño, todo lo anterior lo desmiente. Todo es magia, todo es absurdo, todo son sentimientos y vuelcos inesperados. La moraleja la pronuncia un bufón.

En un artículo nunca habría escrito en estos términos este resumen aproximado de la obra, pues hubiera tenido miedo de perder a mis lectores por el camino. Por otra parte, ¿qué artículo habría escrito? ¿Qué aspecto habría destacado? Quizá habría aclarado que, igual que le ocurre a Olivia, durante el espectáculo había confundido a Viola y Sebastián, que hubo un momento en que ya no sabía quién era quién y, por lo tanto, no terminaba de saber muy bien a qué estaba asistiendo. ¿Era culpa del montaje? ¿Del texto? ¿De la traducción? ¿Era culpa mía? ¿Del vino, de los embutidos, del invierno? Como muchas otras veces, no tenía ni idea y escribía para descubrirlo. En esa ocasión, las circunstancias me impidieron hacer esta operación ordinaria y, por muy frívolo que pueda parecer a la vista de lo que iba a suceder, sigo lamentando no haber tenido tiempo de tratar de comprender *Noche de Reyes*. Esta comprensión se me antoja hoy algo prohibido. Los personajes y las situaciones han desembocado en una comedia fantástica que los

acontecimientos han convertido en demasiado confusa como para que yo pueda aclararla.

Si mal no recuerdo, el menudo escenario de Ivry representaba en algunos momentos un hospital a la antigua: las camas blancas solo estaban separadas por unas cortinas claras. Nina se había sentado entre su amigo y yo. Aquí, la memoria me juega la primera mala pasada. Más arriba he escrito que había sacado la libreta durante la función, como si estuviera embargado por ella y poco a poco fuera cobrando conciencia de que iba a escribir un artículo. En su correo retrospectivo, Nina me corrige:

> Sacaste enseguida tu bic de cuatro colores y tu cuaderno para tomar notas.

El periodista estaba allí desde el principio, con el amigo despreocupado. Nina describe luego el decorado, que en efecto son camas blancas de hospital, y hace un inventario de los actores, entre los cuales hay una chica que, según ella, me hizo tilín y yo he olvidado por completo. Añade:

> La obra te gustó, creo, y dijiste que en el periódico habría espacio para publicar una crítica. Yo estaba contentísima por Clément y su compañía. También me hacía ilusión haber podido ejercer de intermediaria. Me dije que al fin Clément iba a ver publicado un artículo sobre su obra, porque la anterior apenas tuvo críticas. Después de la función fuimos a tomar algo. Nos invitaste a una copa de vino, tal vez para celebrar tu marcha a Princeton. Tú debiste de aprovechar para comer algo. Clément pasó a saludarnos, también algunos actores. Clément te dijo que la traducción era suya, bueno, de Jude Lucas, su seudónimo oficial. Por cierto, esa misma noche, al volver a su casa, te la mandó. Le habías pedido que te recordara qué decía una frase

determinada de la obra. Él fue a comprobarlo, era una cita de Orsino, la anotaste en tu cuaderno. Hablaste de la obra con Clément, sobre todo de la confusión de géneros. Volvimos en metro con Loïc, Clément y algunos actores, entre ellos el que interpretaba a Malvolio. Cogimos la línea 7 y tú bajaste en Jussieu para recoger tu bicicleta.

¿Cuál era la frase de Orsino que me había impresionado? No encontraba mi cuaderno. Y eso que lo llevaba en la mochila en el momento del atentado y me siguió al hospital, donde los primeros días, como no podía hablar, lo había utilizado para escribir.

Un año y medio más tarde, le pregunté por correo al director escénico si se acordaba. Me respondió esto:

Querido Philippe:

Me acuerdo muy bien de nuestra charla y de que querías comprobar una frase de Orsino. Recuerdo mi desconcierto, ya que, a pesar de haber traducido, ensayado y visto un montón de veces la obra, era incapaz de ubicar la frase en cuestión, y por eso tuve que ir a comprobarlo con el texto. Desgraciadamente, no me acuerdo de la cita. Sé que me quedé un pelín sorprendido. Creo que podría situar la escena. Puedo aventurar una hipótesis.

Acércate, muchacho. Si en el amor cayeras
y hundido en sus dulces sufrimientos te encontraras,
acuérdate de mí,
que todos los amantes verdaderos
a mí se parecen: inconstantes, caprichosos
en todas sus acciones salvo en guardar la imagen
de aquella criatura a la que aman.

O más probablemente:

Una vez más, Cesario,
ve donde aquella cruel soberana.
Dile que mi amor, más noble que el mundo,
saber no quiere de tierras fangosas.
Di a Olivia que los dones por la fortuna dados
veleidosos parecen cual la fortuna misma:
si algo atrae mi alma es el milagro
de esa perla real con que natura
la ha adornado.

Por supuesto, pongo a tu disposición nuestra traducción completa por si puede serte de ayuda.

Ninguna de las citas que me mandó se correspondía con la que yo tenía en mente. Al cabo de un tiempo, ordenando mis cosas, encontré finalmente el cuaderno que llevaba aquel día y cuya existencia he mencionado antes. No tardé mucho en dar con la página en la que estaban anotadas las frases de Shakespeare. Sí tardé más en descifrarlas. Ninguna me proporcionó la revelación que esperaba. No estaba, en todo caso, la que había pedido a Clément que identificara, y que de todos modos ya no reconozco. No estaba la frase del bufón Feste que he citado al principio del capítulo: «Nada de lo que es, es.» Leí y releí *Noche de Reyes* para comparar mis notas con el texto. ¿Podría ser que, a oscuras y con las prisas, hubiera escrito mal? No. No encontré la frase que buscaba. Era como una de esas frases que tan claras son en un sueño y que el despertar borra, cuando no la convierte en trivial, idiota o incomprensible. La réplica de Orsino que estuvo meses rondándome por la cabeza, que me arrulló en los días y las noches que pasé en el hospital, la frase que tenía en la punta de la lengua y cuya verdad me había embargado y como fulminado, esa frase no existe.

El correo de Nina terminaba con estas palabras:

> Al día siguiente, los actores tuvieron que interpretar la obra y Clément te dedicó la función.
>
> Se cambió la canción final y los actores cantaron: «Me iré de una tirada, y cueste lo que cueste, contigo daré como el guiñol este, armado de una espada (de un lápiz) de palo», mientras blandían un lápiz.
>
> Aquella noche, para mí, sigue estando suspendida entre dos mundos. Al día siguiente, la caída fue vertiginosa. Haberte visto la víspera tan de cerca y saberte, al día siguiente, tan lejos de la misma humanidad es insoportable.
>
> Pese a que unas horas antes estábamos sentados uno al lado de otro, yo me quedé en el lado bueno de la vida y tú te precipitaste en el horror. Estos dos mundos parecen en la actualidad ser paralelos, y no sé si algún día podrán volver a encontrarse.

No podrán, ni en la vida ni en este libro. Las palabras, por un lado, y nuestros encuentros, por otro, tienden a reconstruir entre nosotros el puente que quedó destruido. Pero hay un agujero en medio. Lo suficientemente estrecho para que, de un lado y del otro, podamos vernos, hablarnos, casi tocarnos. Lo suficientemente ancho para que ninguno de los dos pueda reunirse con el otro en esa zona hecha de costumbres, de improvisaciones, de amistad, pero sobre todo de continuidad.

Nina fue de nuevo a ver el espectáculo cuando lo repusieron, en 2016. Me propuso que la acompañara. No me vi con fuerzas. Hubiera tenido la impresión de visitar la antecámara de una tumba o de ver incluso mi propio ataúd abierto, como Tintín descubre el suyo y el de Milú en *Los cigarros del faraón*. Volveré a ver *Noche de Reyes* el día que la haya olvidado.

2. ALFOMBRA VOLADORA

Siempre me han irritado los escritores que dicen escribir cada frase como si fuera la última de su vida. Es conceder demasiada importancia a la obra, o demasiado poca a la vida. Lo que yo no sabía es que el atentado me iba a hacer vivir cada minuto como si fuera la última línea: olvidar lo menos posible se convierte en esencial cuando uno se torna de repente extraño a lo que ha vivido, cuando siente que pierde por todas partes. De modo que he llegado a creer más o menos lo mismo que aquellos que me irritaban, aunque sea por razones y en circunstancias distintas: habría que tomar nota de los detalles más pequeños de lo que se vive, de lo más mínimo de las cosas menores, como si uno fuera a morir al minuto siguiente o a cambiar de planeta –porque el siguiente no es más hospitalario que el que uno acaba de dejar–. Sería útil para el viaje, y una especie de recuerdo para los que sobreviven; más útil todavía para los que vuelven, aquellos que, sin estar más muertos que los demás, han ido lo suficientemente lejos como para no volver por completo aquí, al mundo en el que cada cual sigue dedicándose a sus quehaceres como si la repetición de los días y de los gestos tuviera un sentido lineal, fijo, como si este teatro fuera una misión. Los que vuelven leerían sus notas, observarían cómo viven los demás, rozarían sus recuerdos y sus vidas. Compararían el conjunto en la chispa resultante y, calentándose a su luz, recordarían quizá que un día también ellos vivieron.

Una pequeña ocurrencia tenida en el baño tendría más importancia, para la futura víctima, que una declaración de guerra, una reunión de trabajo o la dimisión de un ministro. La escritura suspendería el tiempo del que restituye la trama; luego, una vez escrita la página, la comedia se reanudaría hasta el momento en que fuera abruptamente interrumpida. No sería exactamente como en *Las cosas de la vida*, aquella película de Claude Sautet en la que el protagonista pasa revista a los momentos importantes de su

existencia mientras tiene un accidente en el que la perderá. No, no se trataría de anotar las cosas esenciales, las grandes etapas, eso es una perspectiva de hombre que está vivo y goza de buena salud. Primero no habría más que las cosas minúsculas, las de los últimos minutos, las cenizas imperceptibles del último cigarrillo del condenado, aquel que todavía no sabe que se ha dictado sentencia y que el verdugo está en camino, con las armas y el equipaje en el maletero de un coche robado.

Evidentemente, yo no hice nada de eso. No tomé esas notas sobre las horas que precedieron a la aparición de los asesinos porque era una mañana como cualquier otra, pero tengo la impresión de que alguien lo hizo por mí, un bromista que se ha largado y al que trato de pillar al escribir.

Dormí solo en casa, en unas sábanas que ya tocaba cambiar. Soy un maniático de las sábanas limpias, hechizan mi sueño y mi despertar, y una de las cosas que echo de menos de los hospitales es que las cambiaban todas las mañanas. Así que me desperté de mal humor, cansado por un no sé qué de insatisfacción. Este no sé qué se vio probablemente aguzado por el tiempo, gris, frío y sin luz. El visionado, al volver del teatro, de una entrevista que Michel Houellebecq había concedido a France 2 con motivo de su nueva novela, *Sumisión*, tampoco ayudó. No habría que ver nunca la tele antes de acostarse, me dije, pesa tanto como las sábanas sucias sobre la conciencia y las tripas. De eso me acuerdo. De esa impresión de haberme dejado engañar por una curiosidad ociosa de final de la noche, la mía, y que, en lugar de acabar en silencio, y a ser posible a lo grande, remata la jornada con un programa de actualidad.

El fin de semana anterior había publicado una crítica del libro de Houellebecq en *Libération*, y el periódico había organizado para la ocasión un especial que, como suele decirse, «abría en portada». Volveré sobre ello, lector, y mucho me temo que detenidamente, porque la figura de Houellebecq se mezcla en adelante con el recuerdo del atentado: para los otros es un cúmulo de circunstancias, gracioso o trágico; para los que sobrevivieron a los

asesinos, es una experiencia íntima. *Sumisión* salía de hecho el 7 de enero.

En el mundo de charlatanes de opinión instantánea, todo el mundo o casi iba a dar necesariamente su opinión, puesto que se trataba de Houellebecq. En el programa que vi antes de dormirme, parecía un perro viejo no muy dulce, abandonado en un área de servicio de autopista cerca de un Flunch, lo cual me lo hacía simpático, pero también se parecía a Droopy y a Gai-Luron, el perro imaginado por Gotlib, lo cual le daba un aire gracioso. Me gustaba imaginármelo repantingado en un sillón, como Gai-Luron, y diciendo, con los brazos cruzados sobre la barriga: «Noto que se me viene encima una especie de sopor pesado.» El sopor que nace de cualquier entrevista previsible y de la tormenta que iba a desencadenar.

Y más que iba a causar, puesto que esta vez Houellebecq agitaba un fantasma particularmente explosivo, el fantasma de Poitiers: el miedo a los musulmanes y la llegada al poder de los islamistas en Francia. Me había reído mucho leyendo *Sumisión*, sus escenas, sus retratos, sus provocaciones supuestamente trilladas, su melancolía *fin de siglo* y fin de la civilización. Que hubiera instalado a un importante ministro islamista en el apartamento del antiguo jefe de la *NRF*, Jean Paulhan, aquel implacable gramático jesuita, es algo que me hizo gracia, aunque fuera un guiño para los *happy few*. Si la novela es digna de existir es porque permite imaginar cualquier cosa, cualquier persona, en cualquier situación, como si se tratara de este mundo y de su propia vida.

Había descubierto a Houellebecq en la época en que escribía crónicas llenas de mala leche en un semanario cultural que estaba de moda, crónicas que no me perdía casi nunca. Hay poquísimos cronistas buenos: unos se someten a los temas importantes del momento y a la moral reinante; otros, a un dandismo que los lleva a dárselas de listos escribiendo a contracorriente. Los primeros están sometidos a la sociedad; los segundos, a su personaje. En ambos casos, tratan de tener un estilo y se marchitan deprisa. El pesimismo y el sarcasmo lacónico de Houellebecq tenían una naturaleza que no se marchitaba. En aquella época, me imagino que se lo consideraba

de izquierdas. Aunque es verdad que todavía no sabíamos que la izquierda seguía corriendo como un pollo sin cabeza. Luego fui leyendo sus libros con mucho gusto. Cuando pasaba la última página, flotaba siempre en el ambiente cierta amenaza y un regusto a yeso, como una nube de polvo sobre un campo de ruinas, pero dentro de la nube había una sonrisa. Su misoginia, su ironía reaccionaria, nada de eso me molestaba: una novela no es un lugar de virtud. Al principio había encontrado a Houellebecq a ratos flojo en el fondo, nunca en la forma, hasta que comprendí, un pelín tarde, que el cliché (turístico, sexual, artístico) era una de sus materias primas y que para él era clave no soslayarlo. Ignoro si, como se ha dicho, era el gran novelista o uno de los grandes novelistas de las clases medias occidentales. No hago sociología cuando leo una novela, igual que tampoco la hago cuando dejo de leerlas. Creo por completo y exclusivamente en los destinos y en los caracteres de los personajes, como cuando tenía diez años. Seguía a los de Houellebecq como habría seguido a unos *losers* que, en una gran superficie, llenaran sus carros en las secciones de productos de oferta para, una vez fuera, en el parking, transformar su botín en signos fríamente proféticos de la miseria humana.

Como siempre que trabajaba a propósito de un libro, estaba resuelto a evitar leer o escuchar cualquier cosa sobre *Sumisión*, lo cual solo habría contribuido a provocarme una leve náusea: me había bastado con aguantar el programa después de Shakespeare. Y quería evitarlo especialmente por cuanto tenía previsto entrevistar al escritor el sábado siguiente. Por lo demás, después de escribir la crítica y coordinar el especial que *Libération* le había dedicado, no tenía la más mínima idea de qué iba a preguntarle. Tendríamos que hablar de otra cosa, de todo un poco, de cualquier cosa menos de *Sumisión*. Ni él iba a explicarme lo que yo tendría que haber leído ni yo iba a contarle lo que había creído leer. La mayor parte de las entrevistas con escritores o artistas no aportan nada. No hacen más que parafrasear la obra que las motiva. Alimentan el ruido publicitario y social. Por oficio, yo contribuía a ese ruido. Por naturaleza, me repugnaba. Veía en ellas un atentado a la intimidad, a la autonomía del lector, que no compensaba las informaciones que

se le daban. Habría necesitado silencio, el lector; y yo, dedicarme a otra cosa, pero entonces ya sabía, como todos los que lo habían leído antes de que se publicara, que *Sumisión* no iba a gozar de ningún silencio. Quizá un moralista célebre fuera eso: un hombre que escribe libros que solo se juzgan como pruebas de su genio o de su culpabilidad. El fenómeno no era nuevo. Pero con Houellebecq cobraba dimensiones lo bastante preocupantes para justificar su pesimismo y su éxito.

A bote pronto, aquella mañana del 7 de enero, la perspectiva de ese debate nacional y de esa entrevista en particular me ponía simplemente de mal humor. Me había acostado bajo el signo de Shakespeare y de Houellebecq. Me levantaba bajo el signo de Houellebecq e iba a tener que escribir sobre Shakespeare. Menuda jornada me esperaba.

Serían las 8 de la mañana. Observé a las polillas volar en torno a las cortinas del salón –demasiados libros, demasiado desorden, demasiados tejidos viejos–. Bajé al buzón a buscar el ejemplar de *Libération*. De regreso en casa maté algunas polillas con el periódico. Formaban una especie de pequeñas manchas de tinta en el techo. Matarlas era una forma de entrar en calor. Luego hojeé el periódico mientras tomaba el café y después abrí el ordenador para leer los correos de la noche.

Desde Nueva York, el amigo y profesor al que debía la plaza en Princeton me felicitaba. Aprovechaba para hablarme del artículo sobre Houellebecq. Le respondí brevemente. Otro correo: el de Clément, el director escénico de *Noche de Reyes*. Me mandaba su traducción de la obra y aclaraba:

> Aquí tienes el texto de *Noche de Reyes* tal como lo has oído esta noche, que es exactamente la noche en que transcurre la obra. *Twelfth Night* es la duodécima noche después de Navidad: el 6 de enero.

Leí el principio de la traducción y la fui comparando con las que

tenía en mi biblioteca. Me sentía incapaz de juzgar sus respectivas bondades. Pero ¿por qué iba a hacerlo?

Compré un billete de avión a Nueva York, donde una semana más tarde iba a reunirme con Gabriela. Luego cerré el ordenador y miré, como todas las mañanas, mi piso viejo –o, para ser más precisos, el del casero– mientras me preguntaba por dónde empezar.

Hacía veinticinco años que vivía allí. La moqueta estaba desgastada; las paredes, amarillentas. Los libros, los periódicos, los discos, las libretas, los objetos, las figurillas lo habían invadido todo. ¡Veinticinco años de vida! Y nada, probablemente, que mereciera sobrevivir. Salvo una cama góndola, bastante bonita y en mal estado, que una amiga de mis padres me regaló el año que me mudé allí. Su marido tenía la costumbre de tumbarse en ella para leer, escribir o hacer la siesta. Fue un destacado periodista al que el alcohol había curtido y destruido a la vez. Cuando bebía, le cambiaba la personalidad. En mis comienzos, trabajé en el mismo periódico que él. Le gustaban los trenes, y un día se tiró a la vía en la estación de clasificación de Villeneuve-Saint-Georges. Era un hombre rechoncho, de ojos azules gris metálico, apretujados en una cara rubicunda y cuadrada. Hablaba poco y vocalizaba menos. Aunque él no estuviera sobrio, sí lo era su escritura. Para muchos de nosotros, creo, su muerte marcó el final de una época. Una época profesional que si conocí un poco fue precisamente gracias a individuos como él. La época se alejaba, como la marea, justo cuando puse los pies en el agua. Al día siguiente del entierro, su mujer me propuso que fuera a buscar la cama góndola. Ella ya no la quería, pero prefería que no acabara en casa de un desconocido. Cuando me tumbo a leer o a echarme, yo también, la siesta, tengo la sensación de que el espíritu del muerto vela por mi bienestar.

La alfombra grande que ocupaba todo el salón venía de Irak. La había comprado en Bagdad, en un zoco, en enero de 1991, dos días antes del primer bombardeo estadounidense. Éramos, que yo recuerde, tres periodistas, y habíamos tomado té y hablado largo y tendido con el viejo vendedor en una atmósfera agradable que nos parecía irreal, porque la guerra se acercaba. La ciudad se había vaciado los días anteriores de buena parte de los occidentales. El

zoco estaba casi desierto. Las embajadas habían cerrado. No hay nada más halagüeño ni más excitante que encontrarse allí donde ya no están los demás, en el ojo que la espera abre en el corazón del huracán. Éramos jóvenes, inquietos y estábamos hambrientos de novedad. La Historia parecía ser nuestra aventura y nuestra propiedad. Teníamos el entusiasmo y la debilidad de los enviados especiales, esos aventureros privilegiados cuyas necrológicas, cuando mueren en acto de servicio, se parecen todas: se celebra su valentía, la misma que les falta a quienes los leen.

La alfombra medía aproximadamente cinco metros de largo por dos de ancho. Era larga y pesada. El viejo vendedor de Bagdad la enrolló, la dobló, la ató, la puso en una bolsa vieja y me la llevé. Veinticinco años después estaba muy deshilachada. Los agujeros habían ido arruinando poco a poco su belleza, dominada por tonos ladrillo. Se arrugaba fácilmente, como la piel de una persona vieja, y parecía haber digerido el polvo, que, al posarse encima, había cobrado un aspecto de aglomerado. Materia y polvo estaban indisociablemente unidos por el olor, un olor difícil de describir en el que se mezclaban el aroma del café matutino, los polvos perfumados de pino para el aspirador, las suelas de los zapatos, los líquidos derramados, los productos de limpieza o el incienso tibetano.

Dos días después de comprar la alfombra, cogí con ella el último vuelo con destino a Amán. Fue un error que mi periódico de entonces dejó que cometiera, pues la dirección consideró que yo era el único que podía decidir si me quedaba o no. Tenía veintisiete años. La edad ya no era una excusa para equivocarme. Tendría que haberme quedado en Bagdad, cubrir los bombardeos en compañía de un puñado de individuos extraños, chiflados, interesados, iluminados, como los hay siempre en esta clase de balsas, un elenco que me hacía pensar más en una farsa que en una epopeya; todavía no había comprendido hasta qué punto casan bien la una con la otra. El hotel en el que las autoridades iraquíes habían agrupado a invitados y periodistas lo mismo parecía un teatro que un asilo: uno solo se cruzaba con comediantes y neuróticos, no se aburría ni en las habitaciones ni a la hora de las comidas.

Lo que unía a los últimos «invitados» de Sadam Husein, más en

todo caso que el apoyo que le prestaban, era el odio al gobierno estadounidense. Iban allí para dar testimonio de las fechorías del imperio del Mal. Los más esperpénticos eran los pacifistas norteamericanos, encantados de interpretar su papel de tontos útiles y de escudos humanos. Los periodistas presentes –exceptuando a la mayor parte de los periodistas árabes, incapaces del menor distanciamiento– no sentían mucha compasión por esos imbéciles que exhibían una mueca de payaso ante el acontecimiento. Lo hacían prestando apoyo a un dictador de la peor ralea, ex mejor amigo de Occidente, y cuyos sótanos olían a látigo y tenazas. Aunque la cruzada encabezada por Bush padre nos preocupaba y nos repugnaba a casi todos los periodistas, no por ello llegábamos al punto de ignorar la naturaleza del régimen al que apuntaba. En aquel asunto, no había más que idiotas, cínicos y malvados.

Entre los «invitados» estaba Daniel Ortega, que ya no era un guerrillero marxista ni se había convertido aún en un caudillo cristiano, y parecía con sus camperas un maleante de poca monta en las afueras de la Historia. Me quedé estupefacto: yo había creído (sin mucho entusiasmo, es verdad) en la lucha sandinista. El hombre que tenía delante me recordaba a algunos reportajes hechos en el extrarradio, cuando todavía se podía ir con las manos en los bolsillos y la flor en el bolígrafo. Mientras hablaba con él, me pregunté si, al igual que algunos «jóvenes» –expresión que estaba naciendo–, iba a reclamar a Sadam un «espacio» o subvenciones para sentir que existía. ¿De verdad aquel era el antiguo líder de Nicaragua? Cada vez que entraba en el gran comedor, me parecía más bajo, más miserable. Era el hombre que encogía. Encogiéndose él, hacía encoger la Historia, esa vieja ramera que todo lo engulle. Aún no se había convertido en un demagogo cristiano.

Louis Farrakhan, el dirigente negro de Nation of Islam, hacía gala de una elegancia y un desprecio insuperables. Escoltado por sus guardaespaldas y vestido con un traje negro y sin ninguna arruga, cruzaba el vestíbulo lleno de blancos como si no existieran. A veces les respondía, porque algunos de ellos eran periodistas; pero les respondía sin mirarlos. Yo tenía la sensación de ser un judío entrevistando a un nazi en un mundo en el que el primero aún no ha

sido liquidado por el segundo. Era el lugar para eso: en los escaparates de las librerías de Bagdad se veían ejemplares de *Mein Kampf*. El mundo árabe no había necesitado internet, que aún no existía, para difundir teorías del complot de las que no tenía la exclusividad. Las había de todos los colores, azules, verdes, rojas, todas igual de idiotas y que contribuían a amplificar el ambiente de irrealidad general. Ninguna se ahorraba la digresión sobre los judíos.

Jean-Edern Hallier ya no era un escritor al que se leyera: el payaso malo lo había devorado en la conciencia de buena parte de sus antiguos lectores. Iba acompañado de un secretario bajito, callado y bien vestido que llevaba un maletín negro y se llamaba Omar. Quienes habían frecuentado a esta extraña pareja en las aguas de *L'Idiot international*, el periódico que Hallier dirigía y financiaba, solían referirse a Omar como su sombra. En la mesa, el escritor voceaba su antiamericanismo y su vida heroica a quien quisiera escucharle. Omar abría el maletín en silencio y hacía circular las fotografías que se correspondían con los episodios heroicos que iba relatando su amo. Este estaba allí por su afición a la paradoja y sus ganas de espectáculo, para que hablaran de él y para apropiarse de lo infame, en cuyas filas solía situarse. Se regalaba el acontecimiento a su persona. Cuando hablaba, iba inclinando hacia unos y otros su ojo ciego, de forma rotatoria, como un cíclope o como un animal, subrayando la locura del mundo mientras exhibía la suya. Tenía incluso más candor que egocentrismo o picardía, lo que es mucho decir, y, por una vez, el contexto había desactivado su maldad. Puede que tuviera razón, que todo aquello no fuera más que una comedia de la que había que convertirse improvisadamente en escriba y en títere. Hallier estaba tan imbuido de su propio personaje y del circo ambulante que llevaba consigo que no temía en absoluto lo que pudiera pasarle. Lo que escuchábamos, lo que veíamos era una caricatura de feria de Chateaubriand, una caricatura que transformaba el hotel y la ciudad en un decorado de cartón piedra. El día del bombardeo se fue con Omar y con un chófer a visitar las ruinas de Babilonia. Reconstruido con todo el mal gusto local, era un hermoso lugar para asistir, sin verlo, al Apocalipsis que nos habían prometido. Por lo demás, el Apocalipsis no tuvo lugar, o no al menos

inmediatamente. Yo me fui antes de que el pequeño gran hombre regresara y no volví a verlo nunca más.

Cuanto más se acercaba la hora del ultimátum, más se parecía el hotel a la fábula animalesca que representaba. ¿Era eso el acontecimiento? ¿De verdad iba en serio? Habría podido leer a Malraux o a Lawrence en altas dosis y nada hubiera cambiado: mi sentido de la Historia estaba limitado por lo que veía, y mi respeto por quienes la hacían era casi nulo –en aquella región del mundo varonil y bigotuda, en todo caso–. El embajador francés se había marchado del país, como casi todos los demás. El hombre que lo sustituía cerró la embajada dos días antes del ultimátum. Los periodistas franceses estábamos todos presentes. Él tenía órdenes de marcharse. Sin necesidad de palabras, con una media sonrisa, nos aconsejó que nos quedáramos. Se le notaba que ni siquiera comprendía que pudiéramos tener nuestras dudas. Se lo veía seguro, confiado, transmitía tranquilidad. Vaciamos las botellas de la bodega y llamamos todos a nuestras familias a costa de la embajada, sentados en el suelo, en el vestíbulo repleto de teléfonos cuyos cables negros dibujaban sobre las baldosas una especie de espaguetis a la tinta de sepia. Es uno de los momentos que me recuerdan que viví en una época en la que no existían los móviles. Luego el diplomático y su reducido equipo precintaron el edificio, y los coches se los llevaron a través del desierto y de la noche hasta la frontera con Jordania. Los vimos marcharse. Los novatos –yo era uno– se sintieron de pronto solos, como abandonados en las garras del acontecimiento incierto. Los veteranos habían adoptado un semblante cómplice. Algunas miradas empezaban a brillar: al fin la aventura se ponía interesante.

Uno de ellos había hecho ya provisiones nada desdeñables de agua y conservas. «Si lanzan gas, me instalo en un sótano del hotel y espero. Un mes, si hace falta. Lo tengo todo previsto», me dijo con una sonrisa a la vez tranquila, enajenada y retadora. Él esperaba el desastre, la presión, la novedad. Vivía de eso desde que tenía la edad en que Rimbaud se marchara de Charleville. Venía de una tribu en la que el periodismo era el relato de una experiencia vivida por aquel que la contaba. Rubio, bajo y rechoncho, se parecía a Tintín.

Murió tres años más tarde, a los treinta y cuatro, de una enfermedad que contrajo mientras hacía un reportaje en Asia. La noticia de su muerte, que leí en la prensa, me dejó conmocionado. Era tan joven y había asumido ya tantos riesgos que yo creía que iba a sobrevivir a todo, porque parecía ya tan viejo, tan lúcido. Debía de pensar que una despreocupación inteligente e informada te hacía eterno, pero ya no recuerdo qué pensaba exactamente. Tenía tendencia a admirar a los que lograban lo que yo era incapaz de hacer. ¿Muerto? ¿Él? ¿Así que se podía morir durante un reportaje, de un reportaje? ¿Caer de la alfombra voladora con la que sobrevolábamos el mundo? Sí, se podía. Yo era ingenuo, optimista, ansioso, casi inocente. Creo que por entonces casi todos lo éramos. El mundo que terminaba nos daba todavía la posibilidad de seguir siendo jóvenes el mayor tiempo posible.

En Bagdad, los futuros asesinos religiosos del Dáesh eran todavía los asesinos laicos de Sadam, personaje un poco grueso cuyos retratos mal pintados se extendían por doquier. En el mundo árabe se distribuían en forma de pin, igual que se fabricaban broches con forma de misil (los misiles que Irak trataba de lanzar sobre Israel). La Guerra del Golfo era un cuento de mal gusto, una patraña, y la única lectura que me había llevado a Bagdad eran *Las mil y una noches*. La gran amenaza ocupaba el vacío jaspeado del hotel desde el que mandábamos los artículos por fax.

Ben Bella, como el Tintín que no tardaría en morir, sonreía cuando los periodistas le preguntaban si iba a marcharse antes del bombardeo estadounidense. «¿Acaso se creen que no he vivido otros en los sótanos de Argel?», decía. Conocía la importancia de su personaje, por muy caduco que estuviera. ¿Morir en Bagdad? No todo el mundo tiene la posibilidad de terminar sus días en Santa Elena de resultas de un cáncer de estómago, ni el genio para vivir lo que hubo antes. Puede que también Ben Bella hubiera sentido que, aunque a la población iraquí le esperaban varias décadas de caos, los testimonios internacionales del origen de ese caos no tenían mucho que perder. Él tenía experiencia, puntos de comparación. Era alto, imponente, bastante grueso, lo cual me había sorprendido: imaginaba, no sé por qué, que los antiguos combatientes del FLN

eran todos bajitos, delgados y nerviosos, como si vivieran todavía en el bosque debajo de una wilaya o circularan clandestinamente en el barrio de chabolas de Nanterre. Entre la multitud de charlatanes, políticos extraviados y villanos internacionales, solo él me impresionó; o, para ser más exactos, solo él me transmitió la sensación de que estábamos asistiendo al final de una historia –la de la descolonización– y al comienzo de algo inquietante. Lo vivíamos sin saberlo: el fondo de la atmósfera histórica aún era ligero, los reporteros parecían despreocupados. Suele decirse que el desastre actual comenzó con la Revolución iraní. En mi caso, todo empezó en Bagdad. Todo lo que iba a conducir, entre otras cosas, al 7 de enero. Yo estuve en el lugar, pero me fui demasiado pronto. El 7 de enero también estuve en el lugar, pero me levanté para irme demasiado tarde.

Cuando se es reportero, uno tiene que quedarse en el lugar de los hechos, y hacerlo si es posible al lado de los débiles, de los desconocidos, de la gente normal y corriente atrapada en una situación excepcional, para ponerles un nombre y darles el máximo de vida cuando una potencia cualquiera trata de arrebatárselos. Había que quedarse, pues, con los iraquíes, aunque su dirigente fuera un criminal, aunque aquel lujoso hotel del que era tan difícil salir fuera un lugar de propaganda y de teatro, aunque investigar en aquel país se hubiera convertido en algo poco menos que imposible. Había que hacerlo porque las grandes potencias estaban contra ellos y porque simplemente había que dar cuenta, en la medida de lo posible, de las consecuencias del bombardeo. Es tan simple como eso, y yo no lo hice. Al final, los que se quedaron fueron expulsados después del bombardeo. Casi no vieron nada. Pero no es algo que pudiéramos intuir. ¿Por qué me fui yo? ¿Por miedo? Todo el mundo, o casi, tenía miedo, y sin embargo algunos se quedaron. ¿Porque no pude controlar el miedo? Es posible, no lo sé a ciencia cierta. En Amán, unos días más tarde, un amigo que había cogido conmigo el último avión me dijo: «Tú has vuelto por la alfombra.» No andaba desencaminado, es todo cuanto puedo decir. Sigo pensando que aquel día, al coger el avión hacia Amán con los últimos periodistas europeos –los estadounidenses se habían marchado hacía tiempo

siguiendo las órdenes de sus directores, que a su vez seguían las conminaciones de su gobierno–, renuncié a una carrera de reportero que parecía esperarme. Murió una vida posible, hecha probablemente de mochilas y soledades, no lo sé, otra vida en todo caso, una vida que esa alfombra simbolizaba.

La noche del bombardeo tenía que ir a cenar a casa de un diplomático palestino que me había presentado un viejo pintor iraquí al que había conocido unos años antes en esa misma ciudad. No había anulado la cena, pues esa misma mañana aún pensaba ir. Si me hubiera quedado, habría asistido a esa noche iluminada desde su residencia. Quizá habríamos terminado en su sótano bebiendo vino o champán, también él había vivido otros. Eso habría creado vínculos. Se habría convertido en un amigo. Me habría presentado a sus amigos, algunos de los cuales se habrían convertido en amigos míos. El 7 de enero de 2015 habría sido quizá un semiespecialista en esta región del mundo, y no un crítico de cultura en *Libération* y cronista en *Charlie Hebdo*. Y, además, ¡menudos artículos habría escrito desde Bagdad! Pero en lugar de eso huí y, al mismo tiempo, sin todavía sospecharlo, dije adiós a aquel mundo árabe en el que empezaba a sentirme a gusto y que, veinticuatro años después, de una forma imprevisible y en el corazón de París, iba a atraparme de nuevo. Aquella alfombra había pasado todos esos años delante de mis narices, debajo de mis pies. Me recordaba constantemente a Irak, a aquel diplomático palestino que seguiría esperándome para cenar, la vergüenza y los remordimientos que vinieron después, primero los remordimientos y luego el olvido, cierto olvido. Se había ido descomponiendo poco a poco, como mi memoria, como todo lo que esta contenía de más amargo y de más anodino.

La miré como todas las mañanas, pensando, como todas las mañanas, que tocaba tirarla, y sabiendo como todas las mañanas que no lo haría, porque seguía haciéndome volar sin que supiera muy bien cómo ni por qué. Luego me tumbé encima para, como todas las mañanas, hacer mis ejercicios después de haber encendido como todas las mañanas la radio. El invitado de France Inter era –mira tú por dónde– Michel Houellebecq. Si me acuerdo es porque un año más tarde estuve buscando a quién podía haber escuchado

aquella mañana. Lo había olvidado todo. Volví a escucharlo entonces. Los asesinos, pues, se estaban preparando justo cuando él hablaba con voz fingidamente dormida de república e islam. Comprobaban sus armas mientras él murmuraba sus provocaciones en modo menor. En cuestión de dos horas, su ficción se vería superada por una excrecencia del fenómeno que había imaginado. Uno nunca controla la evolución de las enfermedades que diagnostica, provoca o alimenta. El mundo en el que vivía Houellebecq tenía aún más imaginación que el que describía.

Yo hacía estiramientos mientras él calificaba *Sumisión* de «sátira», de «política ficción, no necesariamente muy creíble». Yo hacía mis flexiones mientras él describía la reelección en 2017 de François Hollande como «un juego de manos que sembraba el desconcierto, una situación extraña en el país». Yo hacía el pino mientras él decía que la democracia salía ridiculizada de estas elecciones, y debía de atacar mis abdominales justo cuando él decía que el islam que se describe en *Sumisión* le parecía, a fin de cuentas, bastante moderado. «Me parece que hay cosas mucho peores», dijo tronchándose imperceptiblemente de risa, mientras yo respiraba y contraía los músculos. En cuestión de dos horas, tendría razón.

Debí de escuchar la entrevista con una atención no muy distraída. Lo describiré ahora como lo habría hecho tal vez en la crónica del siguiente número de *Charlie*, el del 14 de enero, si el atentado no hubiera convertido en obsoleto lo que él dijo aquella mañana. El presentador, Patrick Cohen, que tiene demasiados oyentes como para no confundir su papel, su personaje y su función, parece sorprendido, casi indignado, por la leña que el escritor echa al fuego. Le dice: «Le recuerdo que en Francia los musulmanes suponen el 5 % del electorado! ¡El 5 %!» Houellebecq: «Sí, ya. ¿Y qué? Lo siento, me resulta muy molesto que la gente no pueda estar representada.» Como muchas veces, tiene algo de razón, los musulmanes están mal representados en Francia, y, como siempre, es perverso: convierte a esta población en una amenaza al tiempo que dice defender su derecho a estar representados. Cohen reacciona: «Usted esencializa a los musulmanes.» «¿Qué entiende usted por "esencializar"?», dice el escritor, que, siempre implacable, detecta eso que Gérard Genette

llama el «medialecto»: todas estas grandes palabras que mi profesión va repitiendo sin pensar y que no son sino los signos de una moral automática. Cohen se enreda un poco y, como le gusta tener siempre la última palabra, ataca: «En el fondo, lo que usted cuenta, lo que imagina en esta novela, es la muerte de la república. ¿Es eso lo que quiere, señor Houellebecq?»

En este punto, la entrevista cae en el malentendido habitual, un malentendido que la ambigüedad virtuosa de Houellebecq no hace más que alimentar. Probablemente fue el momento que escogí para hacer mis flexiones con la ayuda de un palo de escoba. Cohen no entrevista ya a su invitado como a un novelista, sino como a un ideólogo o a un político: cualquier excusa es buena para no hablar del texto. Houellebecq lo sabe desde hace mucho tiempo, quizá desde siempre, y si cruza una y otra vez, sin parar, la frontera que separa literatura y política como un contrabandista ufano, es sobre todo para sacar partido. Soy pájaro, ved mis alas; soy ratón, ¡vivan las ratas! «No sé lo que quiero», le dice a Cohen antes de añadir con su ironía zalamera: «Puedo adaptarme a diferentes regímenes, eso sí.» En el vídeo aparece rascándose la oreja como un perro viejo. Es como si se quitara las pulgas que el otro le manda. Cohen: «¿No tiene usted una opinión al respecto?» «No, la verdad es que no.» El periodista insiste: «Pero, leyéndolo a usted, uno piensa que no puede escribirse una novela como esta sin tener una opinión al respecto.» Houellebecq contesta como novelista: «Pues no, es justamente al revés. Para escribir una novela como esta hay que procurar no tener ninguna opinión. La novela está llena de personajes que tienen opiniones. Lo mejor es no tener ninguna opinión para cederles la palabra por turnos.»

Luego hablan de la relación de Francia con sus ciudadanos musulmanes, y el escritor dice: «No, al final, después de una lectura en profundidad del Corán, estoy seguro de que se puede negociar. El problema es que siempre existe un margen de interpretación. Si se toma una sura, se la explota al máximo y se eliminan otras cinco, uno puede terminar convirtiéndose en un yihadista. Hay que ser realmente muy deshonesto para leer el Corán y terminar así, pero es posible.» ¿Qué hacen los asesinos en ese preciso instante? ¿Leen

una sura que dos horas y media más tarde van a explotar al máximo? Creo que terminé mis ejercicios justo cuando Houellebecq decía que la república no era uno de sus ideales. Apagué la radio y fui a ducharme.

Después pensé en *Noche de Reyes*. Aún no sabía, cuando me disponía a salir, si iba a ir directamente a escribir mi artículo a *Libération* o si asistiría primero a la reunión del comité de redacción de *Charlie*: el primer periódico quedaba de camino al segundo. Como era la primera reunión del año, me alegraría ver a unos y a otros, sobre todo a Wolinski, al que siempre me hacía tanta ilusión volver a ver. Pero Shakespeare me esperaba... No terminaba de decidirme.

Escribí a Gabriela y le dije que en Princeton me habían confirmado la plaza y que había sacado el billete de avión. Escribí a una editora y le dije que me gustaría quedar en Nueva York con el escritor Akhil Sharma. Había publicado una novela, *Vida de familia*, cuyo arranque me gustaba y que nunca terminé de leer.

Más tarde, entre los quirófanos y las curas, entre la morfina y las horas de insomnio, imaginé muchas veces el relato que derivaba de esa entrevista. Quedaba con el escritor en su barrio, en Brooklyn o en Queens, eso dependía de mi fantasía. Tomábamos té y hablábamos de la India, donde él había nacido y adonde yo no había vuelto desde hacía mucho tiempo. Hablábamos de inmigración y de literatura como de compañeras ideales, aunque en general fueran cada una por su lado. Íbamos a caminar por el barrio neoyorquino de su infancia, al que más tarde yo volvía a cenar con Gabriela, que se pirraba por la cocina india. Me entretenía en analizar con detalle los platos, los olores, los lugares, los camareros, nuestras conversaciones. Y a veces sucedía que terminaba en India con Gabriela, más en Bombay o en Madrás que en Delhi. Cuando era en Madrás, nos besábamos en el pequeño acuario que había descrito Henri Michaux y que había visitado por ese motivo. Lo hacíamos preferentemente delante de uno de esos tetrodones que, según él, parecen «tan rellenos, hinchados, sin forma, como si fueran odres». Te pareces a ellos, me decía ella, puesto que estaba desfigurado. Y nos reíamos. Luego imaginábamos la vida de cada animal, pero no una fábula, sino su historia: cómo había llegado allí, qué sentía,

como flotaban en él las sensaciones de la trampa, de la luz, de las miradas al otro lado del cristal, y de la muerte. Dejaba estas ensoñaciones un poco demasiado tarde como para no sentirme entristecido y agotado por su fragilidad, por su imposibilidad y por los dolores nerviosos que me causaban.

El misterioso Akhil Sharma no fue el único que ocupó fragmentos de vidas que no tuve. También imaginaba constantemente las distintas personas que habría conocido en Cuba si me hubiera librado del atentado. Después de una larga estancia en Francia, mi exsuegra había vuelto a La Habana, donde vivía, una semana antes, y había insistido en que la acompañara. Estaba tentado, pero la perspectiva de reunirme con Gabriela en Nueva York hizo que me echara para atrás: contaba con ir a Cuba, para un reportaje para *Libération*, el mes siguiente. No he vuelto desde entonces. La editora me facilitó los datos de Akhil Sharma tres cuartos de hora después del atentado. Aún no sabía que había tenido lugar. Yo no leí su correo hasta diez días después. Como tantos otros, llegaba de otro mundo. No le contesté hasta febrero.

Aún escribí un correo más a Claire, mi amiga y jefa de sección, a propósito de Houellebecq. El enfado, al que soy bastante dado, volvía a resurgir. En France 2 y en France Inter, le decía, encontraba que Houellebecq parecía «una especie de personaje investido de gurú, que no dice nada, y en la vacuidad del cual no tardan en precipitarse la palabrería y los juicios de los demás, como si fuera una suerte de profeta. La imprudencia de la gente del sistema no deja de sorprenderme. Eso deja margen, el sábado, para una entrevista que espero sea más razonable y concreta».

Estoy tan poco orgulloso de este correo y de otros parecidos escritos acto seguido como de la frivolidad de la que nacen y alimentan. Me habría gustado «terminar» mi vida anterior con frases un poco más serenas, un poco más divertidas, un poco más interesantes, aunque en ningún caso definitivas. No creo que me hubiera gustado escribir «como si fuera la última frase de mi vida». De todos modos, cuando lo que viene después sucede por accidente, uno no tiene tiempo de prepararse el traje, los gestos y las palabras finales. Escribí estas frases anodinas, tirando a despectivas y no

desprovistas de autosatisfacción como si la vida fuera a continuar. Por eso siento un punto de compasión por el hombre que las mandó: son las últimas palabras de un periodista cualquiera y de un inconsciente. Escritas antes del atentado que se está preparando mientras él las escribe. Las últimas, si exceptuamos un correo en el que le decía a un colega que ese mismo día iba a escribir sobre un libro de jazz titulado *Blue Note*, que acababa de recibir. Este libro, como se verá, me salvó probablemente la vida, y escribo esto, como escribo todos los días, a apenas unos metros de él. Es mi talismán inmóvil; pesa un poco para acompañarme a todas partes. Mi ejemplar anotado de *Sumisión*, por su parte, corría por *Libération*, donde se perdió.

Justo cuando iba a apagar el ordenador, me llegó un correo de Gabriela. Me contestaba con una sola palabra:

Yahoo!

Eran las cuatro de la madrugada en Nueva York, estaba despierta y, justo cuando yo me ponía el chaquetón y el gorro para salir, me llamó por FaceTime. Su cara soñolienta y sonriente apareció en medio de la noche de su apartamento neoyorquino. La intuía en la penumbra, ligeramente iluminada por el brillo azulado de su teléfono móvil. Sentí, como muchas veces, un leve dolor nacido de la frustración de no poder atravesar la pantalla para notar su presencia, su calor, su aliento, su olor. Hubiera querido que mi noche empezara de nuevo al otro lado. Nos dijimos «te quiero» en español, nos recordamos que muy pronto íbamos a estar juntos, y luego le murmuré que llegaba tarde y que la llamaría después de comer. Me dio un beso en la pantalla, su lado debió de quedarse empañado. Apagué y salí de casa. Me subí a la bici y fue entonces, en los bulevares, a la altura del Monoprix en el que paré a comprar un yogur para beber, cuando decidí que primero iría a *Charlie*.

Cuando llegué, la reunión ya había empezado. Quise coger un ejemplar de la edición del día, pero no quedaban y volví a enfadarme. Entré refunfuñando en la sala, en la que todo el mundo

estaba sentado. Al fondo me esperaba una silla libre, entre Bernard Maris y Honoré. Recuerdo haber dicho más o menos: «No deja de ser increíble que no haya suficientes ejemplares para todos el día que se publica el periódico y tenemos que hablar de él.» Charb esbozó una sonrisa irónica y condescendiente que significaba: «¡Vaya, ya está Lançon montando un cirio!» Honoré, con su habitual amabilidad, sacó de su bolsa uno de sus dos ejemplares y me lo dio. Éramos un grupo de amigos más o menos íntimos en un pequeño periódico por entonces arruinado, casi muerto. Lo sabíamos, pero éramos libres. Estábamos allí para divertirnos, para abroncarnos, para no tomarnos en serio un mundo que nos desesperaba. Sentí vergüenza de mi reacción y miré la portada.

La había dibujado Luz, que aquella mañana llegaba tarde. Se veía a Houellebecq a guisa de semivagabundo macilento y chiflado, un pitillo en la mano, nariz de borracho y un gorro con estrellas en la cabeza, con pinta de salir de una fiesta en la que ha bebido mal y demasiado. Encima, este titular: «Las predicciones del mago Houellebecq.» Debajo, las predicciones: «En 2015 perderé los dientes... En 2022, haré el ramadán.» Realmente lo había previsto todo, salvo el atentado. Cuatro trazos y dos bocadillos resumían, mejor de lo que yo hubiera sabido hacerlo, mi irritación ante el circo que se anunciaba: virtud agresivamente elíptica de la caricatura. A pie de página había un anuncio de un número «especial» sobre la vida del Niño Jesús. Mientras yo miraba la portada con más detalle, se reanudó la conversación que había interrumpido mi llegada. Levanté la cabeza y agucé el oído. Se hablaba de Houellebecq.

3. LA REUNIÓN

¿Por qué llegaba casi siempre tarde a la reunión, yo que suelo ser puntual? Delante de Cabu había una especie de brioche. Wolinski dibujaba en su libreta mientras iba mirando con aire distraído a uno u otro de los participantes. En general, dibujaba más bien mujeres, más bien desnudas, de formas más bien delgadas, y les hacía decir algo divertido, inesperado, absurdo, que le había inspirado lo que acababa de decir alguien que de divertido no tenía tanto. Por eso me gustaba sentarme a su lado. Veía cómo su talento transformaba la realidad en directo, cómo la deformaba no para hacerla más aceptable, sino más inteligente, más fantasiosa y más grotesca: para hacer de ella algo digno de entrar en la vida dibujada de Wolinski. Aquella mañana no había ninguna silla libre a su lado.

Fabrice Nicolino no había empezado todavía una de sus peroratas nerviosas y melancólicas contra la destrucción ecológica del mundo. Fabrice necesitaba indignarse para no caer en la desesperación, pero a pesar de todo estaba desesperado –era un vividor desesperado–. La voz de pito atronador de Elsa Cayat resonó, seguida de una enorme risa salvaje, una risa de bruja libertaria. Elsa me caía muy bien: parecía reírse siempre de Macbeth, de los lacayos que lo rodean y de su alienación criminal. Tignous puede que dibujara. En ocasiones dibujaba durante la reunión, y siempre cuando había terminado. Me gustaba verlo trabajar: un viejo niño rechoncho y concentrado, aplicado, lento, los hombros pesados, un artesano. Muchas veces traía un brioche, pero no el que aquella mañana estaba delante de Cabu. Sentado detrás de Laurent Léger, cuyas esbelta figura y sonrisa discreta ocultaban la preocupación de una nueva cruzada contra un abuso de poder o una práctica de corrupción, Franck Brinsolaro, el guardaespaldas de Charb, parecía atender por encima a las palabras y las peroratas, y una vez más me pregunté, mientras observaba su cara, qué podía pensar de todas las tonterías que revoloteaban alrededor de la mesa, porque

estábamos allí para eso: para decir tonterías. Para decir todo lo que se nos pasara por la cabeza, para pelearnos y divertirnos sin preocuparnos por el decoro o la pertinencia, sin ser razonables ni «sabihondos» y menos todavía sabios. Decirlo para espabilarnos.

Insisto, lector: aquella mañana, como todas las demás, el humor, las andanadas y una forma teatral de indignación eran los jueces y los exploradores, los espíritus favorables y los malignos, dentro de una tradición muy francesa que valía lo que valía, pero que los acontecimientos iban a demostrar que lo esencial del mundo le era ajeno. Yo había tardado en librarme de mi talante serio para aceptarlo, cosa que por cierto no había logrado del todo. No me habían programado para comprenderlo, y luego, además, como la mayor parte de los periodistas, yo era un burgués. Alrededor de aquella mesa había artistas y militantes, pero había pocos periodistas y aún menos burgueses. Si Bernard Maris se había quedado en *Charlie* aquellos últimos años, era probablemente por la misma razón que yo: porque allí se sentía libre y despreocupado. Contar lo que fuera sobre tal escritor o tal suceso no tenía importancia, siempre y cuando condujera a algo que lo metamorfoseara: una idea, un chiste o un dibujo. Las palabras corrían como perros hambrientos de una boca y de un cuerpo a otro. En el mejor de los casos, encontraban una presa. En el peor, se perdían y las olvidábamos entre un vaso de plástico vacío y una hoja de papel más o menos aceitosa. La gente obsesionada con su competencia escribe artículos rigurosos, desde luego, pero termina por carecer de imaginación. Allí decíamos o gritábamos un montón de cosas vagas, falsas, triviales, idiotas, espontáneas, las decíamos como quien se estira para desentumecer el cuerpo, pero cuando la cosa cuajaba, la imaginación iba detrás. Tenía suficiente mal gusto para no ahorrarnos ninguna de sus consecuencias.

Como aún no había entrado en la conversación, miré el lugar que le servía de escenario. Era una sala diminuta de un edificio diminuto situado en una calle diminuta, una calle que si algo parecía era un callejón sin salida. La calle tenía un nombre que nunca conseguía memorizar, el de un industrial que, a finales del siglo XVIII, había inventado las conservas y abierto la primera factoría del mundo que

las fabricaba. Nicolas Appert era hijo de mesoneros. Después de haber hecho fortuna, se arruinó a causa del bloqueo continental. Murió a los noventa y un años y lo enterraron en una fosa común. La calle sigue llamándose Nicolas Appert, ahora sí me acuerdo del nombre, pero desde no hace mucho. Está entre Bastille y République, entre la Revolución y la Comuna, como habrían dicho algunos de mis amigos, aunque eso hubiera supuesto hacer excesivo honor a este segmento urbano miserable, en el que parecía que los arquitectos se hubieran puesto de acuerdo para ganar un concurso de fealdad.

Las oficinas estaban en el segundo piso del edificio en gran parte acristalado, con aspecto de Lego, en el que apetecía tanto entrar como en un lavavajillas o en una comisaría. El baño compartido estaba fuera de *Charlie*, a unos cuantos metros, en medio de un pasillo siempre desierto. Más tarde, en el hospital, aquel baño cobró para mí una importancia retrospectiva, como una puerta que no pararía de abrir una y otra vez. Me atraía como la promesa de una fuga y de otro destino, pero no daba sino a una pared de ladrillo. Me imaginaba que estaba haciendo pis cuando entraban los asesinos. No, no me lo imaginaba: en medio de las tuberías, lo vivía. Estaba en el baño cuando llegaban y hacía pis mientras ellos mataban a todo el mundo, sin saber nada, sin oír nada.

En un escenario, salía del baño justo cuando ellos se iban de *Charlie*, me los cruzaba en el pasillo y me mataban. En otro, me tomaban como rehén y, por una misteriosa razón que mi condición me impedía averiguar, me perdonaban la vida. En un tercero, uno de los asesinos entraba en el baño para comprobar que no hubiera nadie allí, y yo contenía la respiración, de pie sobre la taza del váter, haciendo equilibrios. ¿Cuántas veces había visto esta clase de escenas en el cine? Unas veces el asesino me descubría, y otras, no. En un cuarto escenario, salía del baño después de que se hubieran ido, sin haber oído nada, y descubría la masacre, a mis compañeros muertos y heridos. El escenario se detenía ahí, puesto que, habiendo resultado herido, no podía desdoblarme hasta el punto de imaginarme acudiendo rápidamente en ayuda de mí mismo. Como con los escenarios anteriores, dejaba este justo cuando no era más

que una película en la que tenía prohibido actuar. En un momento u otro, todos los escenarios me provocaban un estado de pánico y de dolor del que me costaba tanto escapar como de aquel maldito baño.

Volvamos a las oficinas. Eran un reflejo del empobrecimiento progresivo, caótico y jovial del periódico que las ocupaba. Nos increpábamos apretados, como si, ante la desaparición de los lectores –esa panda de ingratos–, los tabiques se hubieran ido estrechando poco a poco, como las paredes de un camión de la basura, alrededor de los cuerpos y las palabras. Los gritos, las risas y las broncas me recordaban a Cuba, una isla en la que la gente habla fuerte y transmite humores extravagantes, como locos en un asilo en el que nadie puede oírlos, y que, a fuerza de decir cualquier cosa, acaban teniendo la razón. Era probable que el viejo semanario satírico fuera a terminar sus días allí, más pronto que tarde, nosotros lo sabíamos y, fatalistas, nos reíamos de la situación. ¿Nosotros? ¿Formaba yo parte de ese «nosotros»? Y si formaba parte, ¿qué significaba?

En mi adolescencia y juventud en las afueras al sur de París, yo leía *L'Express*. Era el periódico al que estaban suscritos mis padres. Por entonces era un buen periódico: tenía un proyecto, un estilo, una unidad, grandes reportajes, buenas crónicas, grandes firmas. Admiraba a Raymond Aron, que representaba a mis ojos todo lo que a mí parecía faltarme: la cultura asociada a la razón. Terminé por escribirle, quizá porque no era posible escribir a un muerto que se llamaba Sartre, y me recibió en su despacho. Tenía la piel pálida y apergaminada, y una nariz grande, ni siquiera un diplodocus me habría causado tanta impresión. Creo que le hizo ilusión recibir a un chico joven, aunque fuera un chico joven sin ningún talento en particular, él, que había sido tratado por todos los sartreanos y los que participaron en Mayo del 68 como un profesor además de un viejo gilipollas. Hablamos de *La náusea* y de *La metamorfosis*. Le dije que me había costado horrores leer la primera en el instituto. Le irritó que nos hubieran hecho leerla tan pronto. Negaba con la cabeza y refunfuñaba: «¡Es demasiado difícil para vosotros! Demasiado difícil... Hay que haber crecido un poco para entender la

trascendencia de este libro.» Y percibí, mientras me hablaba de él, toda su admiración melancólica por Sartre. De *La metamorfosis* dijo una trivialidad: «¡Es una enorme pesadilla!» Me sentí culpable de no poder decir nada que convirtiera en oro aquella trivialidad, pero me lo había buscado. No merecía nada mejor. La trivialidad era yo.

De vez en cuando leía también *Charlie Hebdo*, en casa de un compañero de clase, y me reía con él. Si uno de nuestros héroes era el Corto Maltés, el otro era Reiser, del que leíamos todos los álbumes con una alegría que rozaba el frenesí. Como yo no tenía ninguna orientación política, la cosa no pasaba de allí. De *Charlie*, a fin de cuentas, solo recuerdo una portada: una vara que permitía medirse el tamaño de la polla; a partir de cierto límite, explicaba el dibujo, uno entraba en la categoría de los negros, los judíos, los moros, los inmigrantes. Al menos ese es mi recuerdo, y no tengo intención de comprobar si era así. Como sea, sintetizaba el talante del periódico. Partir de la opinión o de la fantasía más abyecta o más ridícula para darle la vuelta, con una gran carcajada, y con la mayor cantidad de mal gusto posible: así era el humor de *Charlie* en una época en la que el «sentido común» era la alfombra del mundo más compartida por los zapatos bien lustrados, aquella bajo la que la sociedad posgaullista escondía con la escobilla sus pequeños montoncitos de basura. *Charlie* era una bandera pirata que ondeaba en medio de la edad de oro del capitalismo. A los adolescentes que se indignaban por todo, a menudo sin ellos saberlo, y que tanto gustaban de desdibujar esta indignación con su tontería, este humor les servía de guía, de válvula de escape y de agente corrosivo.

Que yo recuerde, estaba sin embargo asustado por la brutalidad de las actitudes y los discursos de la época. Tras un breve episodio de revuelta y esperanza, la sociedad atravesaba de nuevo un período gris hasta llegar a la ostentación de los años ochenta y a la abyección inculta, demagógica y desigual de la que no hemos salido nunca. Yo no tenía conciencia ni de una cosa ni de otra. Era demasiado joven, demasiado apático y estaba demasiado mal informado para eso, pero sí notaba el tránsito y lo sufría. En mi familia eran de derechas. En el colegio y el instituto eran de izquierdas. Yo no era de nada. Los militantes de toda índole, que

todavía proliferaban, me aterrorizaban por el ruido que hacían. Giscard era presidente; Raymond Barre, primer ministro: lo que me divertía era la relación geométrica entre sus cuerpos, uno alto y delgado, bajo y rollizo el otro. Sus marionetas todavía no existían. Me las fabricaba yo mismo.

Sin embargo, el pueblo de izquierdas tenía sus blancos favoritos, que circulaban en el instituto como pipas de feria. Llevaban los nombres de ministros que están muertos y que, si los citara, no le dirían nada a nadie, salvo a gente que nadie sabe si sigue viva. Volvía a hablarse de nuevo de Mitterrand, que me parecía tan feo, con sus dientes salidos y los ojos parpadeantes, como Giscard se me antojaba ridículo, con el deje nobiliario de su pronunciación. ¿Era eso la política? Tenía quince años, leía a Céline y a Cendrars –y dejo a discreción de cada cual entender cómo estos escritores podían incitar a un crío a querer zafarse de las perspectivas de su entorno–. A veces, algunos profesores nos llevaban a manifestaciones en una camioneta. Yo iba, subía, desfilaba y me olvidaba. Se hablaba mucho de antirracismo.

En el instituto, la mayor parte de los árabes eran por entonces relegados al IEP, el instituto de enseñanza profesional. Eran una población extranjera cuyos miembros más agresivos nos cruzábamos únicamente en el parking del sótano, donde unos desvalijaban –era la palabra que se utilizaba– las motos mientras otros vigilaban. Se rumoreaba que llevaban navajas y evitábamos bajar al parking en las horas de menos afluencia. Quizá fuera una fantasía, nunca fui a comprobarlo. Mi moto, una Peugeot 104, fue desvalijada varias veces. Me quedaba triste, pero no puedo decir que me sorprendiera, porque me parecía que ser desvalijado formaba parte de mi condición de pequeñoburgués. Yo no era de nada, pero imagino que era de izquierdas sin saberlo y sin preocuparme demasiado. Vivía, como muchos niños de la clase media blanca, en un mundo en el que no había árabes ni negros, salvo a lo lejos, y creo que en todos aquellos años no oí pronunciar una sola vez la palabra «musulmán». Al ayatolá Jomeini, que empezaba a darse a conocer, lo llamábamos el ayatolá Grosminet, que sonaba parecido y era como se conocía en Francia al gato Silvestre. No era más serio que un personaje de

dibujos animados o que un cómic, aquel barbudo con aspecto de abuelo y un turbante en la cabeza que recordaba al gran visir Iznogud, el personaje de Goscinny y Tabary. La violencia estaba en todas partes pero no existía. En la clase, un amigo judío trataba a Napoleón de pequeño Hitler, y el profesor de historia, un comunista apasionado de Gracchus Babeuf, no lo desaprobaba. Me gustaba mucho la profesora que nos enseñaba literatura en un curso opcional. Era hippiosa, entusiasta, excéntrica, y me hizo descubrir, entre otros, a Richard Wright y a Panaït Istrati. Nunca olvidaré ni su olor a incienso ni su pesada silueta envuelta en retales, como si volviera de una estancia en un ashram, ni su sonrisa llena de dientes estropeados, ni la larga cabellera castaño oscuro que no se peinaba jamás y que pugnaba con los pañuelos en los que iba envuelta, pero sí he olvidado su nombre.

En la biblioteca de mis padres había muchos éxitos editoriales y premios literarios: la clase media compraba libros y, contrariamente a lo que suele pensarse, los leía con independencia de su valor. Así descubrí y me gustaron dos libros de Cavanna, *Les Ritals* y *Les Russkoffs*. Uno no deja de ser nunca todos aquellos que fue: cuando, veinticinco años más tarde, vi en *Charlie* a aquel fortachón distinguido, el primero que lo miró no fue el periodista de *Libération*, sino el estudiante que había leído sus libros tumbado en una litera, a la luz de un pequeño quinqué, cerca de un gran mapa de Indochina.

Cavanna me intimidó hasta el final. El joven lector era más fuerte, estaba más presente que el hombre que se había convertido en su compañero de trabajo. No me perdí ninguna de sus últimas crónicas, cada vez más breves, en las que hablaba con rabia y humor de su Parkinson y de su decadencia. Un día Charb me dijo con una sonrisa alegre: «Aquí tienes otra crónica que quita el hipo. Escribirá hasta el final, no nos va a perdonar nada. Y cuando esté en el fondo del hoyo, nos seguirá hablando de la vida de los gusanos.» Cavanna tenía motivos para ir lo más lejos posible, para no aflojar nunca, y yo daría cualquier cosa por que los muertos que me acompañan pudieran escribir lo que viven o no viven dondequiera que estén tal como son. Me gustaría conocer sus tratados de descomposición, sus risas llenas de tierra, probablemente porque hubo un momento,

durante varias semanas, en que me pareció que vivía con ellos, entre ellos, en ellos, y en que notar que se alejaban me causó más tristeza y más soledad que todo aquello a lo que había de hacer frente.

Hubo mucha gente en el entierro de Cavanna, en el Père-Lachaise. Los dibujantes se pasaron la ceremonia dibujando. Si mal no recuerdo, yo estaba sentado al lado de Tignous, en las filas destinadas a los miembros del equipo. Como siempre, me sentía extraño y orgulloso de estar allí, como uno más entre ellos. Era el 6 de febrero de 2014. Llovía a ratos. Salgo dos segundos en un vídeo de YouTube, fuera, con Charb, Luz, Catherine y Patrick Pelloux. Uno está muerto, los demás se han ido. Mi cabeza se aprecia en segundo plano entre las suyas, y sonrío. Una gran calva brilla de espaldas bajo el cielo gris: no sé quién es. Llevo el gorro de color óxido, el chaquetón y la cara que llevaré puesta por última vez el día del atentado. Charb está más gordo que en mi recuerdo. ¿El recuerdo de su muerte lo ha hecho adelgazar? Luce una expresión flemática. Catherine tiene un aspecto sombrío. Nos miro vivir, algunas imágenes fugaces, mientras entierran a Cavanna, y pienso en otra cosa. Unos días después de la fetua pronunciada por el ayatolá Jomeini contra Salman Rushdie, este asiste al entierro de su amigo Bruce Chatwin. Otro escritor, Paul Theroux, se vuelve hacia él durante la ceremonia y le dice: «El año que viene volveremos otra vez, pero por ti.» En el entierro de Cavanna nadie hizo gala de este humor inglés para con los futuros muertos. Era imprevisible, o prematuro. El entierro del fundador de *Charlie* era el fin de una época, como suele decirse, como decimos todos. También fue el último entierro de un compañero antes del atentado. Asistió a las reuniones de la redacción mientras le fue posible. Si hubiera vivido un poco más, quizá habría venido el 7 de enero. Hay veces que los ausentes tienen siempre razón.

Guardo un recuerdo preciso del día en que le dije a otro ausente, Philippe Val, amigo y por entonces director del periódico, que aceptaba escribir en *Charlie*. Era uno de esos días preciosos de finales de la primavera en París. Pasé a verlo por la inauguración de una exposición para decírselo, y después me fui a casar a dos

americanos a los que no conocía en los jardines de Luxemburgo. Un amigo, corresponsal de prensa en Estados Unidos, había conocido durante un reportaje a un joven abogado que defendía la causa de los indios en Oklahoma. Había sucumbido a su inteligencia, tenacidad y eficacia. Se hicieron amigos. Jon acababa de casarse con una chica, Pamela, y ambos querían aprovechar la luna de miel para celebrar otra vez su matrimonio, simbólicamente, en París. Son esas cosas que hacen a veces los americanos. La ciudad representaba el amor –una forma agradable y eterna del amor, espoleada por el encanto de sus puentes y de su arquitectura–. Mi amigo me pidió que los casara y yo acepté. Marilyn, mi mujer, estaba encantada con la aventura. Teníamos que ir a recogerlos al hotel, en el boulevard Saint-Michel, y buscar con ellos el lugar que juzgaran conveniente para la ceremonia. Yo tenía que hacer un discurso y casarlos. Releí para la ocasión uno de mis libros favoritos, *París era una fiesta*.

Antes de suicidarse, Hemingway rememora el París de su juventud, la ciudad en la que fue pobre, amó y se convirtió en escritor. Allí queda expresada toda su depresión lacónica, toda su sensibilidad, y también toda su dureza, todo lo que persiste y vive en el paraíso perdido. Es un libro al que yo volvía a menudo. Cuanto mayor me hacía, más me parecía que devolvía a cada lector a la edad, variable en cada caso, en la que menos alejado de sus sueños había estado. Arrastraba a cada lector al laberinto sin salida de la nostalgia, al espejo sin compasión de los fracasos. Yo seguía leyéndolo, pues aún no había encontrado en mí esta edad mágica y abandonada. La buscaba mientras Hemingway me hablaba de la suya. La buscaba, la esperaba y no la encontraba, y ahora sé que ya no volverá. Está enterrada en alguna parte antes del 7 de enero, si es que existió alguna vez. No importa. Ya no siento nostalgia ni remordimientos: en este sentido, lo ocurrido me lo arrebató todo.

Después de los atentados del 13 de noviembre, *París era una fiesta* se convirtió en un bestseller por una razón que nada tiene que ver con su contenido, sino simplemente con su título en francés: *París es una fiesta*. La gente quería que París fuera una fiesta, que lo siguiera siendo, lo querían desesperadamente: como Hemingway lo

había querido desesperadamente, una última vez, no totalmente en vano, y para él.

Tanto Marilyn como yo nos habíamos vestido para la ocasión. Yo llevaba un traje negro de cuello redondo con el que podría haber pasado por un pastor. Maquillada y peinada, ella se había puesto un pantalón burdeos, una blusa blanca y una chaqueta china que habíamos comprado el invierno anterior en Hong Kong. Jon y Pamela nos esperaban, sentados, en la entrada del hotel. Iban en pantalón corto, camiseta y llevaban una gorra con visera. Marilyn me miró: ¿los americanos se casan vestidos de esta guisa, incluso en una boda simbólica? Hubo un momento de vacilación, y Jon se dio cuenta de que no entendíamos nada. La boda estaba prevista para el día siguiente. Ese día saldríamos a caminar por París, a buscar localizaciones, como para una película, y escogeríamos el lugar en el que se celebraría la ceremonia. Escogieron la fuente de Médicis, en los jardines de Luxemburgo.

Después de dejarlos, pasamos por delante de la galería en la que se celebraba la inauguración a la que Philippe Val me había invitado. Le dije que había tomado una decisión: escribiría en *Charlie*. Se lo había comentado a Serge July, el director de *Libération*. No había puesto ninguna objeción. Serge había sido mi primer jefe y volvía a serlo de nuevo: su parecer era esencial, pero no por las razones que uno podría creer. *Libération*, al igual que *Charlie*, no era una empresa como las demás. Allí reinaba la libertad, y era poco menos que imposible imponer nada a nadie. En pocas palabras, la vieja consigna seguía viva: estaba casi prohibido prohibir. Los que se enfrentaban a Serge o a quienes él había nombrado insistían en ese «casi» clamando a veces contra la censura. Ellos tenían razón y él no andaba equivocado: era parte del juego. *Libération*, en realidad, era un lugar de poder sin autoridad. En ocasiones los conflictos se expresaban de forma violenta a la sombra de Serge, unas veces cercano y otras distante, como una fiera. Había vencedores y vencidos. Serge nunca estaba de parte de los segundos. Aunque no fuera lo más indicado para seducir la moral al uso, era una gran virtud. No le gustaba el fracaso y, a su juicio, si alguien perdía era porque le había faltado inteligencia, suerte o energía, o las tres

cosas. Todos los demás hacían más o menos lo que querían, lo que les gustaba: aprender el oficio en un lugar en el que la gente estaba tan nerviosa y tenía esa capacidad de sorprender era un placer intimidador. De esta manera, el periódico quemaba las tropas que él mismo fortalecía, y este movimiento implacable permitía captar los de la sociedad. Hubo un montón de muertos en *Libération*, muchos más que en ningún otro lugar. La vida continuaba.

En la época en que el periódico estaba en la rue Christiani, en la ladera este de Montmartre, había visto muchas veces a Serge comiendo solo, con sus periódicos, en un pequeño restaurante griego. Su silencio porfiado y su carácter impertérrito me parecían admirables: pese a su poder y a sus relaciones, cultivaba la soledad y hacía, en definitiva, la guerra por su cuenta. Su cinefilia, su afición por Stendhal, su inteligencia metálica, su independencia de criterio, su violencia fría y su ausencia de sentimentalismo, todo eso me había marcado e impresionado lo suficiente como para que me importara cualquier opinión que pudiera tener. Jamás me habría prohibido escribir en *Charlie*, pero sí hubiera podido desaconsejármelo. Lo habría hecho con una mirada exenta de ternura. Yo me habría sentido atrapado detrás de un cristal y no hubiera aceptado. En la galería, Philippe Val me dijo: «Haz lo que quieras con tu crónica. Prueba, transgrede, experimenta, inventa nuevas formas. Estás ahí para eso.» Y, al margen de cuál sea mi talento, es lo que intenté hacer.

Al día siguiente, Marilyn y yo fuimos a buscar a los americanos a primera hora de la tarde. Esta vez se habían puesto de punta en blanco. Jon llevaba un traje negro y pajarita; Pamela, un vestido largo de color crema. No podían verse antes de la boda. Marilyn se llevó a Pamela a su peluquero y yo me fui a pasear con Jon. La noche anterior, en el metro, me había hablado de un joven guitarrista siberiano que tocaba en la calle y era muy bueno. Había quedado con él en que nos veríamos a última hora de la tarde en la fuente de Médicis. Y allí estaba a la hora pactada. Tenía los ojos extraordinariamente claros y dulces, y parecía un gamo. Vimos llegar de lejos a Marilyn y a Pamela, emperifolladas y sonrientes. Yo había comprado champán y unas copas, baratas pero de cristal. Se

colocaron delante de mí. Yo estaba de espaldas a la fuente. Marilyn nos fotografiaba. Leí mi discurso en un inglés macarrónico. He perdido el discurso y ya no me acuerdo de qué dije, pero sí me quedé pese a todo con algo, con algo bastante grandilocuente. Después de mencionar el libro de Hemingway, les deseé a Jon y a Pamela que vivieran el mayor tiempo posible todo el amor que el escritor parecía añorar, al menos sobre el papel, antes de morir, antes de abandonar. Había renunciado a lo mejor y a la parte más intransigente de sí mismo, nos decía, a ese núcleo duro que se expresa y se vive a veces en la literatura, en el arte, y al renunciar a ello había ido adentrándose poco a poco, con independencia de la calidad de su obra, en la senda del suicidio. Esta senda, en realidad, estaba trazada desde el día en que abandonó París y a su primera mujer, Hadley, para convertirse en ese personaje cargante, agresivo y masoquista, Papa Hemingway. ¿Utilicé la palabra «suicidio»? Creo que no. Sobre la fuente planeaba el imperativo de la felicidad. El guitarrista siberiano empezó a tocar. Marilyn lloraba un poco. Un guarda del jardín se acercó a decirnos que estaban prohibidas todas las manifestaciones privadas que no gozaran de autorización. Marilyn lo convenció de que fuera un poco menos estúpido. La miré hablar mientras terminaba mi sermón. El guarda se alejó sin quitarnos el ojo de encima, como si Marilyn hubiera podido mentir acerca del sentido de lo que estaba viendo. Algunos paseantes nos observaban con una discreción insistente. Llenamos las copas de champán, luego Jon y Pamela pusieron una en el suelo y, de acuerdo con la costumbre judía, la rompieron de un pisotón. Marilyn y yo estábamos felices. La vida y el amor se abrían delante de nosotros, delante de ellos, era un hermoso día de primavera y aquello nunca iba a terminar: esta pequeña historia de la que fuimos testimonios y actores improvisados era la prueba. Por la noche nos invitaron a cenar, con el guitarrista siberiano, a un restaurante cerca del Panteón. Hacían cocina tradicional francesa. Yo tomé confit de pato. No los he vuelto a ver. Cuatro años más tarde, me había divorciado.

Hubiera necesitado un café, pero la cafetera de *Charlie* estaba a menudo estropeada o yo llegaba demasiado tarde como para que quedara. Se hablaba de Houellebecq, pero empecé por no escuchar

porque estaba pensando en Shakespeare. Solía salir de la sede de *Charlie* sobre las 11.30 para ir a la de *Libération*, un cuarto de hora a pie o cinco minutos en bicicleta, y pisar su moqueta azul, con más manchas que un babero. No la habían cambiado desde que la colocaran en 1987 –vaya, yo ya estaba–. Si se juzgara una democracia por el estado de las finanzas y de las oficinas de su prensa menos disciplinada, Francia sería una democracia en mal estado. Hacíamos como si no supiéramos hasta qué punto era así, probablemente porque no podíamos hacer nada. Con estos dos periódicos –según procesos distintos pero por razones parecidas– vivía la misma experiencia: cuanto más se debilitaban, más los pisoteaba la gente, con esa tendencia que tienen los hombres a exigir desgracia a los vencidos, el pulgar hacia abajo, antes de olvidarlos.

Charlie fue importante hasta el escándalo de las caricaturas de Mahoma, en 2006. Aquel fue un momento crucial: la mayor parte de los periódicos, e incluso algunas figuras destacadas del dibujo, dejaron de solidarizarse con un semanario satírico que publicaba esas caricaturas en nombre de la libertad de expresión. Unos, en virtud de una preocupación manifiesta por el buen gusto; otros, porque no había que sacar de quicio al Billancourt musulmán. Era como estar unas veces en un salón de té y otras en una réplica de una celda estalinista. Esta falta de solidaridad no era solamente una vergüenza profesional, moral. Al aislarlo, al señalarlo, también contribuyó a hacer de *Charlie* el blanco de los islamistas. La crisis que acarreó alejó del periódico a buena parte de sus lectores de extrema izquierda, pero también a los jerarcas culturales y a quienes marcaban las pautas, que, durante varios años, lo habían convertido en un periódico de moda. Luego su declive fue acompañado de una serie de cambios de local, a cuál más feo y a trasmano, cuya única función no parecía otra que hacernos echar de menos la antigua sede de la rue de Turbigo, en el corazón de París, y su gran sala con ventanales. El más siniestro fue aquel, situado en un bulevar exterior, que se incendió en noviembre de 2011 de resultas del lanzamiento nocturno de un cóctel molotov. Una mañana fría y gris nos encontramos delante de lo que quedaba, después de que el

agua de los bomberos terminara de destruir lo que el fuego había empezado. Los archivos se habían convertido en una pasta negra. Algunos lloraban. Estábamos abrumados por una violencia que no acabábamos de comprender y que la sociedad en su conjunto, exceptuando la extrema derecha, que lo hacía por motivos y con intenciones que no podían ser las nuestras, se negaba a ver. No se sabía quiénes eran los autores, pero teníamos pocas dudas acerca de sus motivaciones.

Sobre las 10.30 del 7 de enero de 2015 no había mucha gente en Francia que fuera *Charlie*. Los tiempos habían cambiado y no podíamos hacer nada. El periódico solo tenía importancia para cuatro fieles, para los islamistas y para las distintas clases de enemigos más o menos civilizados, que iban de los chavales de extrarradio que no leían a los amigos perpetuos de los parias de la tierra, que gustaban de calificarla de racista. Habíamos notado el auge de esta rabia estrecha de miras, que transformaba el combate social en espíritu de beatería. El odio era una borrachera; las amenazas de muerte, habituales; los correos groseros, multitud. A veces daba con algún quiosquero, generalmente árabe, que afirmaba no haber recibido el periódico con un aire desagradable que parecía reivindicar la mentira. El ambiente fue cambiando de un modo imperceptible. Llegó un momento, probablemente después del incendio provocado de 2011, en el que, no sin cierta vergüenza, dejé de abrir *Charlie* en el metro. Atraíamos los malos sentimientos como un pararrayos, lo cual, lo admito, no nos hacía ni menos agresivos ni más inteligentes: no éramos unos santos y no podíamos responsabilizar a los demás de que el talante de *Charlie* hubiera quedado obsoleto. Al menos lo sabíamos y no parábamos de reírnos de la situación. Una noche Charb me dijo en un restaurante auvernés al que era muy aficionado: «Si hay que empezar a respetar a quienes no nos respetan, más vale cerrar el chiringuito.» Luego continuamos bebiendo vino tinto mientras comíamos carne y mandábamos a la mierda a las religiones y al gran temor de los biempensantes cuyo auge notábamos. Desde que no sentimos ya la necesidad de demostrar nada a nadie, la reunión del miércoles había vuelto a ser aquel momento de libertad y buen rollo que había dejado de ser al

final de la época de Philippe Val y durante la crisis que siguió a su marcha. Con ocasión de aquella crisis, había sentido una vez más hasta qué punto el mundo de la extrema izquierda tenía el don del menosprecio, del furor, de la mala fe, de la ausencia de matices y la invectiva degradante. En ese aspecto al menos, no tenía nada que envidiar a la extrema derecha. Me sigo preguntando si, en ese proceso de deformación, son las convicciones las que desvirtúan el carácter o si es el carácter el que desvirtúa las convicciones.

Bernard Maris empezó a exponer todas las bondades de *Sumisión*. Houellebecq se había convertido en un amigo, y era evidente que el afecto venía a sumarse a la admiración que sentía por él. De pronto me entraron ganas de ir al baño, pero me aguanté: la conversación se animaba. Cabu refunfuñó: «Houellebecq es un reaccionario.» Yo aún no conocía el desagradable texto que el escritor le había dedicado bastantes años atrás, y me pregunto si Cabu lo había leído, si se acordaba. Pero sí sé que no había leído *Sumisión*. Bernard y yo éramos los únicos que lo habíamos hecho, y fuimos los únicos que lo defendimos. La mayoría de los demás callaba o lo atacaba.

Mi mal humor volvió a hacer acto de presencia. Incluso allí, donde todo estaba permitido y hasta exigido, odiaba discutir de libros que había leído con gente que no lo había hecho. Y aún odiaba más, dicho sea de paso, la clase de literatura que me disponía a dar. Era una clase superflua, pues el objeto de debate no era el libro, sino las opiniones y provocaciones de su autor; su pedigrí, por así decirlo. Y ese pedigrí no dejaba lugar a muchas dudas: lo que Houellebecq atacaba casi de manera sistemática era justamente eso por lo que *Charlie* había luchado en los años setenta. La sociedad libertaria, permisiva, igualitaria, feminista, antirracista. A este respecto, su novela era inequívoca: el islamismo sin violencia no estaba en el fondo tan mal. Ponía a hombres y mujeres en su lugar y, si bien eso no nos redimía del mal, nos libraba al menos de la angustia de ser libres. Por supuesto, como había afirmado en France Inter, se trataba de una novela: todas las opiniones se expresaban y tenían voz sin que ninguna pudiera identificarse con la opinión del autor. Sin embargo, sí se desprendía un perfume, un perfume que correspondía al aire de los tiempos. Era él, Houellebecq, este icono

pop, el que lo propagaba con su talento de narrador y su eficaz ambigüedad. Había sabido dar forma a los mayores miedos contemporáneos. *Charlie* es uno de mis dos periódicos, pensé, pero el buen novelista siempre tiene razón, porque es él a quien se lee o se leerá. Así que supongo que sí, que con Bernard Maris hicimos esta explicación del texto, esta defensa e ilustración de Houellebecq, bajo la mirada clara y tierna de Sigolène Vinson, cuya indulgencia me tranquilizaba. ¿Había venido aquella mañana, ella, que era más ligera que un cervatillo, a lomos de su gran Harley Davidson? No la había visto en la calle mientras ataba mi bicicleta. Bernard hablaba, yo hablaba, Cabu comía, Wolinski dibujaba con una sonrisa en los labios. Me pregunté si no iba a terminar yo también en su libreta, delante de una mujer desnuda que me habría dicho más o menos: «¡Calla!», bajo una forma que yo era incapaz de concebir. Más bien debía de estar dibujando un nuevo desnudo inspirado por Sigolène, cuyo encanto y tipito tanto le atraían. Inventaba criaturas bastante bellas y bastante sexys para decirle libremente, con toda la insolencia, todo lo que le hubiera gustado decir y oír. La belleza goza de esta clase de privilegios.

No sé cómo ni a través de quién la conversación pasó de la novela de Houellebecq a la situación de los barrios marginales, pero imagino que los musulmanes nos facilitaron una transición natural. «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?», preguntó alguien. «¿Cómo hemos podido dejar que poblaciones enteras se fueran a la deriva de esta manera?» Fue Tignous, creo, quien echó la culpa a la izquierda y a las políticas que se llevaban a cabo desde hacía treinta años. Bernard Maris no tardó en reaccionar: «¡Qué va! ¡La culpa no es del Estado! Se ha invertido un montón de pasta en esos barrios. Se ha intentado todo, todo, ¡y nada ha funcionado!» Tignous subió el tono. Habló de la ciudad de extrarradio de la que era originario, Montreuil, y de sus amigos de infancia. Muchos de ellos estaban muertos, en la cárcel o acabados: «Yo», gritó, «he salido adelante, pero ¿ellos? ¿Qué se ha hecho por ellos, para que tengan una oportunidad? ¡Nada! ¡No se ha hecho nada! ¡Y se sigue sin hacer nada para los que suben, para todos los tipos que no tienen ni curro ni nada, que se buscan la vida en las barriadas y están condenados a ser eso en

que se los convierte, islamistas, locos furiosos, así que no vengas ahora a decirme que el Estado ha hecho todo lo posible por ellos. El Estado no ha hecho absolutamente nada. Los ha dejado tirados. ¡Hace muchísimo que le importan una mierda!» Reconstruyo, resumiéndola, una perorata mucho más tajante, rabiosa, rotunda, una perorata que le salió de dentro, el lápiz alzado, y que el acento popular del dibujante transformó en un grito de rabia en favor de los barriobajeros, los parados, los atracadores, los moracas, los musulmanes, los terroristas. Bernard se calló y yo pensé que era hora de marcharse.

4. EL ATENTADO

Eran las 11.25, quizá las 11.28. El tiempo desaparece justo cuando querría recordarlo con la precisión de segundos, como un tapiz hilado por una parca llamada Penélope cuyo conjunto dependiera de la menor puntada. Todo encaja pero todo se desmonta.

Me levanté y me puse el chaquetón. Era hora de ir a *Libération* a escribir sobre *Noche de Reyes*, pero primero sobre *Blue Note*, el grueso volumen sobre jazz que guardaba en la bolsa que me había traído cinco años antes de Medellín, Colombia. Era una bolsa pequeña de tejido negro, muy ligera, sobre la que aparecían reproducidas caricaturas de personalidades nacionales. Rara vez me separaba de ella. Se perdió.

Me la había regalado el escritor Héctor Abad, autor de un libro sobre la vida y la muerte de su padre y la trágica historia de su país, *El olvido que seremos*. Estábamos en la librería de lance que él había fundado allí con unos amigos. Luego he sabido que, por falta de dinero, tuvo que trasladarse de local. Siempre me han gustado las librerías pequeñas en las que los libros viejos lo invaden todo, al punto de parecer que le roban espacio al aire. Son cabañas en el fondo de las ciudades, en el fondo de los bosques. Tengo la impresión de que nada malo podrá sucederme entre sus cuatro paredes: un laberinto sin angustias ni amenazas. Aquella era pequeña y se llamaba Palinuro.

Palinuro es el piloto de Eneas. Apolo le manda el sueño durante la travesía mientras navega de noche. Cae al mar con el timón y llega a una playa en la que lo matan unos bandidos. Su alma yerra por el infierno, donde Eneas se lo encuentra. Eneas creía que su piloto simplemente se había ahogado. La sombra de Palinuro le enseña cuál fue su verdadero final. Hay que reunirse con los muertos para saber hasta dónde han llegado, pero aquel día, a las 11.25, quizá a las 11.28, con mi bolsa de tela negra echada al hombro, aún no lo

sabía. Neptuno había prometido a Venus que Eneas y los suyos llegarían sanos y salvos al puerto del Averno, pero esta inmunidad tenía un precio: «A uno solo echarás de menos perdido en el abismo; uno solo dará su vida por muchos.»

El padre de Héctor, militante demócrata, muere asesinado en 1987 por unos paramilitares en una calle de Medellín. Su hijo llega casi de inmediato. En un bolsillo del traje de su padre, encuentra un poema atribuido a Borges que empieza con ese verso en el que se basa el título de su libro: «Ya somos el olvido que seremos.» Es el talismán y la última huella, el último misterio del muerto. Como no figura entre las obras catalogadas, se cuestiona su autenticidad. Héctor busca el origen incierto del verso por todos los rincones del mundo. Su búsqueda es objeto de un segundo libro, *Traiciones de la memoria*. Comprobar si se trata de una falsificación se convierte en una cuestión fundamental. Es el mensaje que, muy a su pesar, le ha dejado su padre. La investigación de las huellas de una vida brutalmente cercenada es lo que queda cuando la muerte se ha llevado a quienes echamos de menos y lo que nos deja, en cierto modo, solos en el mundo. Suele reprocharse a quien investiga esta clase de obsesión, porque al fin y al cabo no se le puede reprochar –no enseguida– su dolor y su desamparo. Los que no se obsesionan, los que siguen adelante y pasan a otra cosa, los elegantes y los indiferentes no forman parte del mundo en el que a él le toca vivir. Sin duda hay muchas maneras de revisar una y otra vez el ejercicio de sus propios duelos. Pero, igual que en el colegio una vez que se ha entregado el ejercicio, nadie dispone de una goma que pueda borrar lo que ha sucedido.

Esa pequeña bolsa me recordaba siempre a Héctor, su libro, la muerte de su padre, la vida y la muerte del narcotraficante Pablo Escobar, los poemas de Borges y la belleza del valle de Medellín. Con ella me sentía, aquí y en el extranjero, abierto a toda la humanidad, y tenía la sensación de que podía volver en cualquier momento a Colombia, ese país en el que se habían cometido los peores crímenes en medio de la belleza más extrema. Me disponía a marcharme cuando, al ver a Cabu, saqué de la bolsa el libro de jazz

para enseñárselo, para enseñarle antes que nada una foto del batería Elvin Jones.

En 2004, después de enterarme de su muerte, escribo una crónica sobre Jones en *Charlie*. Cabu, por su parte, se acuerda de la ocasión en la que vio al batería, al aire libre, en el festival de Châteauvallon. Me lo cuenta e incorporo su recuerdo en mi crónica: «De pronto estalla una tormenta. Es violenta. Los músicos y gran parte del público, todo el mundo desaparece poco a poco como en la *Sinfonía de los adioses*; todo el mundo menos Jones. Desatado, desmesurado, marcando el compás de ultratumba, el gigante de las manos de acero anima los parches y los platos entre los relámpagos, solo como un dios olvidado, un dios oriental con mil brazos. Es como si la tormenta la hubiera generado él, para él. Se funde con ella. Tiene cincuenta años, el tronido sigue vivo.» Fue en 1977. Veintisiete años más tarde, Cabu hace de ello un dibujo que, colocado al lado de mi crónica, le da un valor que no tiene, o que en todo caso no tendría sin él: ser «ilustrado» por Cabu, en particular sobre el jazz, o acompañar más bien por escrito uno de sus dibujos me hace entonces revivir una adolescencia feliz en la que, al mismo tiempo que a Céline, descubría a Cavanna, a Coltrane y a Cabu. Es más o menos como si, escribiendo en 1905 una novela que pasa en el mundo de las bailarinas, las ilustraciones del libro fueran obra de Degas.

Si Elvin Jones no hubiera muerto, yo no habría escrito esa crónica. Si yo no hubiera escrito esa crónica, Cabu no habría hecho ese dibujo. Si Cabu no hubiera hecho ese dibujo, yo no me habría detenido a enseñarle aquella mañana el libro de jazz que me había hecho pensar en él. Si no me hubiera detenido a enseñárselo, habría salido dos minutos antes y me habría topado en la entrada o en las escaleras –he hecho el cálculo cien veces– con los dos asesinos. Probablemente me habrían disparado una o varias balas en la cabeza y me habría reunido con los otros Palinuros, mis compañeros, en la orilla de la gente cruel y en el único infierno que existe: aquel en el que ya no se vive.

Puse el libro de jazz encima de la mesa de reuniones y le dije a Cabu: «Mira, quería enseñarte una cosa...» Tardé un poco en

encontrar la foto que buscaba. Como tenía prisa, pensé que tendría que haber marcado la página; pero ¿cómo hubiera podido hacerlo, si no sabía, un minuto antes, que se la iba a enseñar? Ni siquiera sabía si ese día iba a estar allí, pese a que muy rara vez faltaba a la reunión del miércoles: Cabu había dibujado a un montón de malos estudiantes, pero él era un buen alumno.

La fotografía de Elvin Jones es de 1964 y aparece en las páginas 152-153. Se trata de un primer plano. Jones enciende un cigarrillo con la mano derecha, enorme y delicada a la vez, que sostiene las dos baquetas formando una cruz. Lleva una elegante camisa de cuadros finos, ligeramente abierta y sin arremangar. Con los ojos cerrados, da una calada. La mitad del rostro, poderoso y anguloso, queda enmarcada dentro del triángulo superior que dibujan las dos baquetas, como en las formas de un cuadro cubista. La foto se hizo durante una sesión de la grabación de un disco de Wayne Shorter, *Night Dreamer*. A Cabu le pareció tan bonita como a mí. Me sentía feliz de poder mostrársela. Al fin y al cabo, el jazz era lo que más me unía a él. En cuanto al libro, ya lo conocía.

Lo hojeamos y lo cerré cuando Bernard, acercándose, me dijo: «¿No quieres hacer tu crónica sobre Houellebecq?» Yo era receptivo a su entusiasmo, anunciado siempre por una gran sonrisa de conejo bondadoso; receptivo a este candor particular, no desprovisto de astucia, que nacía de sus impulsos de simpatía y de su curiosidad perpetua, pero respondí más o menos: «¡Ni hablar! Acabo de escribir en *Libération* lo que pensaba, no me apetece hacer un refrito y meterme otra vez a...» Desde el otro extremo de la mesa, Charb dijo: «Oh, sí, por favor, métete otra vez...» Hubo varias sonrisas y fue entonces, una vez hecha la broma, cuando un ruido seco, como de petardo, y los primeros gritos en la entrada interrumpieron el flujo de nuestras bromas y nuestras vidas. No tuve tiempo de guardar el libro de jazz en la pequeña bolsa de tela negra. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en ello, y todo lo ordinario desapareció.

Cuando no se la espera, ¿cuánto tiempo hace falta para sentir que la muerte llega? No es solo la imaginación que se ve superada por el acontecimiento; son las sensaciones mismas. Oí otros ruidos bajos y

secos, nada que ver con las atronadoras detonaciones del cine, no, sino unos petardos sordos y sin eco, y por un instante creí... Pero ¿qué creí exactamente? Si escribo una frase como: por un instante creí que teníamos una visita imprevista, incluso absolutamente indeseable, enseguida me daría por corregirla de acuerdo con una gramática que no existe. Uniría todas estas proposiciones y, al mismo tiempo, las alejaría lo bastante como para que no aparecieran en la misma frase, ni en la misma página, ni en el mismo libro, ni en el mismo mundo. Seguramente me había sumido ya, como los demás, en un universo en el que todo sucede de una forma tan violenta que está como atenuado, al ralentí, pues a la conciencia no le queda ya otro modo de percibir el instante que la destruye. También pensé, no sé por qué, que quizá eran unos chavales, aunque «pensé» no es la palabra, no fue más que una sucesión de visiones breves que se desvanecieron enseguida. Oí que una mujer gritaba: «¡¿Pero qué...?!», luego otra voz femenina que gritó: «¡Ah!», y aún otra voz que soltó un grito de rabia, más estridente, más agresivo, una especie de «Aaaaaah», pero esta puedo reconocerla, era la voz de Elsa Cayat. Para mí, su grito significaba simplemente: «¡¿Pero qué diablos quieren estos idioooootas?!» La segunda sílaba se propagó de una habitación a la otra. Había en ella tanta rabia como pavor, pero contenía además muchísima libertad. Tal vez sea el único momento de mi vida en el que esta palabra, «libertad», fue más que una palabra: una sensación.

Todavía creía que lo que estaba pasando era una inocentada, aunque al mismo tiempo intuía ya que no lo era, pero sin saber qué era exactamente. Como una hoja de papel de calcar mal colocada sobre el dibujo que se ha copiado, las líneas de la vida ordinaria, de lo que en una vida ordinaria trazaría una inocentada o, puesto que era el lugar, una caricatura, esas líneas no se correspondían con aquellas, desconocidas, que acababan de reemplazarlas. De repente éramos pequeños personajes atrapados en el interior del dibujo. Pero ¿quién dibujaba?

La irrupción de la violencia al desnudo aísla del mundo y de los demás a quien la sufre. En todo caso, a mí me aisló. En ese mismo instante, Sigolène cruzó una mirada con Charb y supo que él sabía

de qué iba. No es de extrañar: Charb no se hacía muchas ilusiones sobre lo que los hombres son capaces de hacer, carecía de todo carácter patético, de toda noción de pomposidad, y era por eso por lo que, encaramado como un hurón al bigote de Stalin, resultaba a menudo tan divertido. Seguramente no necesitó los segundos de vida que le quedaban para comprender de qué historieta salían aquellas dos cabezas huecas y con pasamontañas que traían el fanatismo y la muerte, para contemplarlas como lo que eran antes de que lo desfiguraran.

Yo ya no veía nada ni a nadie, salvo, delante de mí, de espaldas a la entrada, en la otra punta de la pequeña sala, al silencioso Franck, el guardaespaldas de Charb. Estaba allí destinado y parecía que por costumbre. Las amenazas solo destruyen la percepción ordinaria de la vida cuando se han traducido en actos. Del mismo modo, los guardaespaldas no parecen servir de nada, salvo para ejercer de acompañantes fantasmales y benévolos, hasta el día en que uno hubiera preferido ver que sirven de algo, incluso para todo. Vi levantarse a Franck, volver primero la cabeza y luego el cuerpo hacia la puerta de la derecha, y fue entonces, al observar sus gestos, al verlo de perfil desenfundar el arma y mirar hacia esa puerta que daba a no sé qué, cuando comprendí que no se trataba de ninguna inocentada, ni de chavales, ni siquiera de una agresión, sino de algo completamente distinto.

Todavía era incapaz de determinar la naturaleza de ese algo, pero sentía cómo iba adueñándose de la sala, anunciado por los ruidos y los gritos, y ralentizando absolutamente todo en mí y a mi alrededor, creando el vacío y la suspensión. Alguien había entrado y sembraba ese algo, pero yo no sabía ni quién ni cuántos eran (ni lo sabría hasta pasados varios días). Observé a Franck desenfundar con una mezcla de esperanza y pánico, pero esa esperanza y ese pánico estaban adormilados, brumosos: a partir del momento en que el cuerpo de Franck se convierte en la última imagen viva que ocupa el campo de visión, toda sensación se funde con la sensación inversa, como siameses a los que la separación mataría, como dos niños que se hacen contrapeso en un balancín. No sabía qué era eso que nos rodeaba, pero sentía que Franck era el único que podía protegernos

de ello. Lo sentía, pero al mismo tiempo sentí también que no lo conseguiría y pensé: «Tienes que desenfundar más deprisa. ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!», sin saber exactamente por qué tenía que desenfundar. Jamás le había dirigido la palabra, y sin dirigirle la palabra, en lo que podría parecer un sueño, lo tuteaba. Y mientras empezaba a encorvar los hombros y a volverme hacia la derecha y la pared del fondo y sus ventanas inexistentes como para escaparme o no ver ya nada, lo veía una y otra vez actuar cada vez más lentamente, volver el torso y llevarse la mano a la pistola y mirar hacia la puerta por la que entraban los ruidos. «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!», pero era yo que ralentizaba. Algo volvía a pasar la escena frenándola cada vez más, la repetía y la alargaba como si hubiera ocurrido de mentira o mereciera, como este texto, ser revisada perpetuamente. El movimiento de Franck me acompañaba interminable en la caída, de tal modo que la retardaba para evitar que llegara la continuación. Pero la continuación ya estaba allí. Oía cada vez mejor el ruido seco de las balas, una a una, y después de haberme acurrucado, sin ver ya nada ni a nadie, arrinconado como en el fondo de un arcón, me arrodillé y me tumbé luego poco a poco, casi con cuidado, como si fuera un ensayo, pensando que no debía además –¿además de qué?– hacerme daño al caer. Seguramente fue en ese movimiento gradual hacia el suelo cuando recibí, al menos tres veces, el impacto de unas balas perdidas o disparadas directamente a corta distancia. Me creí ileso. No, ileso no. La idea de herida aún no se había abierto paso hasta mí. Estaba en el suelo, boca abajo, los ojos todavía abiertos, cuando oí el ruido de las balas salir por completo de la inocentada, de la infancia, del dibujo, y acercarse al arcón o al sueño en el que me encontraba. No hubo ráfagas. El que se movía hacia el fondo de la sala y hacia mí disparaba una bala y decía: «Allahu Akbar!» Disparaba otra bala y repetía: «Allahu Akbar!» Con estas palabras, la impresión de estar viviendo una inocentada volvió una última vez para sobreponerse a la de vivir ese algo que me había hecho ver y rever a Franck desenfundar el arma apenas unos segundos antes, apenas unos segundos pero ya muchos más, porque el tiempo se hacía trizas a cada paso, a cada bala, a cada «Allahu Akbar!», y el segundo

siguiente ahuyentaba al anterior y lo mandaba a un pasado remoto e incluso mucho más allá, a un mundo que había dejado de existir. Ese algo me había puesto en el suelo, pero la inocentada proseguía con ese grito pronunciado con una voz casi dulce que se acercaba, «Allahu Akbar!» –este grito, eco demente de una plegaria ritual, se ha convertido en la réplica de una película de Tarantino–. Habría sido fácil, en ese momento, comprender qué fascinación inspira la abyección; oler cómo se sienten más fuertes quienes la justifican, y más libres quienes tratan de explicarla. Pero era más fácil, en ese momento, sentir hasta qué punto esta abyección superaba estos discursos y estos razonamientos. Eran propios de la miseria y del orgullo cotidiano, del tiempo común y de la lógica, por muy flamante y degradada que esté; la abyección, no. Era un genio salido de una lámpara negra, y da igual qué mano la hubiera frotado. La abyección vivía sin límites y de no tener límites.

Aún hubo más balas, más segundos, más «Allahu Akbar!». Todo era a la vez brumoso, preciso y distante. Mi cuerpo estaba tendido en el estrecho paso que quedaba entre la mesa de reuniones y la pared del fondo; tenía la cabeza vuelta hacia la izquierda. Abrí un ojo y vi aparecer al otro lado, debajo de la mesa, cerca del cuerpo de Bernard, dos piernas negras y el extremo de un fusil que, más que moverse, flotaban. Cerré los ojos y al cabo volví a abrirlos como un niño que cree que nadie lo verá si se hace el muerto; porque me hacía el muerto. Era el niño que había sido, volvía a serlo, jugaba a hacerme el indio muerto mientras me decía que quizá el dueño de las piernas negras no me vería o me creería muerto, mientras me decía también que me iba a ver y a matar. Esperaba al mismo tiempo la invisibilidad y el golpe de gracia, dos formas de la desaparición. Aún me creía a salvo de cualquier rasguño. Sin embargo, estaba herido, lo suficientemente inmóvil y con la cabeza bañada probablemente en suficiente sangre como para que el asesino, al acercarse, no juzgara necesario rematarme. De repente sentí su presencia casi encima de mí y cerré los ojos, volví a abrirlos enseguida, como si, para verle algunas partes del cuerpo y asistir a la continuación de la historia, estuviera dispuesto a correr el riesgo de experimentar el fin de la misma: no pude evitarlo. Allí estaba,

como un toro que olfatea al torero inmóvil al que acaba de dar una cornada, las piernas negras, el fusil apuntando como unos cuernos hacia el suelo, preguntándose quizá si había que insistir o no. Lo oía respirar, flotar, tal vez dudar, me sentía vivo y casi ya muerto, lo uno y lo otro, lo uno en lo otro, atrapado en su mirada y en su aliento; luego se alejó lentamente, atraído por otros cuerpos, por otros capotes, por otras cosas, en realidad hacia la salida, como supe mucho más tarde, porque todo duró apenas algo más de dos minutos. Y luego se hizo el silencio. La paz se adueñó de la pequeña sala, ahuyentando poco a poco la amenaza de una prolongación o de un regreso de los asesinos. Ya no me movía, apenas si respiraba. La bruma se iba disipando. No sentía nada, no veía nada, no oía nada. El silencio fabricaba el tiempo y, entre los heridos y los muertos, las primeras formas de la vida después de la muerte.

5. ENTRE LOS MUERTOS

Los muertos casi se cogían de la mano. El pie de uno tocaba la barriga del otro, cuyos dedos rozaban el rostro del tercero, que a su vez se inclinaba hacia la cadera del cuarto, que parecía mirar al techo, y todos, como nunca y para siempre, se convirtieron en esta disposición en mis compañeros. Podría haber sido una figura de una danza macabra, como aquella que desde hacía veinte años iba a ver de tarde en tarde a la iglesia de La Ferté-Loupière, de camino a la casa de mis abuelos en la región de Nivernais, o una guirnalda de personajes recortados en papel por un niño, una especie de corro bajo arresto, o un descendimiento de la Cruz hecho en horizontal, o incluso una versión inédita y negra de *La danza* de Matisse. Yo era uno de ellos, pero no estaba muerto, y, en los minutos posteriores a la marcha de los asesinos, no los vi de esta manera, porque no los vi en absoluto. Mi campo de visión había quedado reducido al vacío que nacía del acontecimiento y de mi propia inmovilidad, o, para ser más exactos, de mi suspensión. Aún no había colgado la palabra «asesino» de la silueta que había entrevisto e ignoraba si había venido sola o acompañada. Yo no era consciente del atentado, pero él se había puesto sus anteojeras y se labraba ya el camino hacia los desastres solitarios de la infancia: en ese instante, estaba solo en medio de los demás y no tenía más que cinco o siete años.

La sala de redacción fue en primer lugar ese plano fijo de una película opaca y misteriosa, todavía no trágica, ni realmente empezada ni realmente terminada, una película en la que yo actuaba sin haberlo querido, sin saber qué ni cómo interpretar, sin saber si hacía el papel principal, de doble o de figurante. La escena de repente improvisada flotaba en los escombros de nuestras propias vidas, pero no era la mano de un proyeccionista quien lo había detenido todo: eran unos hombres armados, eran sus balas; era lo que nosotros, los profesionales de la imaginación agresiva, no habíamos imaginado, porque algo así era simplemente inimaginable,

al menos en la realidad. La muerte inesperada; el elefante metódico en la cacharrería; el huracán breve y frío; la nada.

«La nada» es una expresión que ya no se emplea habitualmente y que yo había utilizado en muchísimos artículos por haber leído demasiada poesía o por haberla leído muy mal, una de esas expresiones que se ha hinchado en las conciencias mientras envejecía como un cadáver en el agua, que se hincha hasta que explota. Es un estado que puede concebirse, pero en general se emplea y se concibe como quien dispara con cartuchos de fogueo, sin que nunca pueda aplicarse del todo. En aquella salita ordinaria y relativamente fea, uno solo podía imaginarse la nada como superviviente –dispuesto a describirla o a dibujarla, antes de pasar al texto o al dibujo siguiente–. Pero ¿era yo, en aquel momento, un superviviente? ¿Un fantasma? ¿Dónde estaban la muerte y la vida? ¿Qué quedaba de mí? No pensaba en estas preguntas desde fuera, como temas de disertación. Las vivía desde dentro. Estaban allí, por el suelo, a mi alrededor y dentro de mí, concretas como una astilla de madera o un agujero en el parqué, vagas como un mal no identificado: me saturaban y no sabía qué hacer con ellas. Sigo sin saberlo, y no creo que escriba lo que sigue para descubrirlo o para consolarme de haber perdido, además de un buen trozo de mandíbula, no sé muy bien qué. Intento simplemente delimitar la naturaleza del acontecimiento descubriendo cómo modificó la mía. Lo intento pero no lo consigo. Las palabras permiten ir más lejos, pero cuando se ha ido tan lejos, de un plumazo y contra la voluntad de uno, ya no sirven para explorar, no hacen nuevas conquistas; se limitan entonces a seguir lo que ocurrió, como viejos perros sin aliento. Fijan unos límites artificiales, demasiado estrechos, al rebaño anárquico de sensaciones y visiones.

En el suelo, abrí de nuevo mi primer ojo a algunos metros cuadrados y a ese mundo sin límites. Los escombros no estaban hechos ni de polvo, ni de cenizas, ni de cristal, ni de yeso. Estaban hechos de silencio y sangre. No notaba la sangre en la que no obstante estaba bañado, ni siquiera había visto la mía, pero sí oía el silencio, de hecho solo oía el silencio. Me rodeaba y me cogía el cuerpo para hacerlo levitar por encima de mí mismo y de los demás,

levitar a ciegas e interminablemente durante unos segundos, unos minutos, una eternidad, ligero, liviano, mientras el hombre que tenía enfrente, aquel que ya estaba casi muerto y no se separaba del suelo, me decía: «¿Qué ha ocurrido? ¿Es posible que no me haya pasado nada? ¿Estoy vivo, estoy aquí? ¿O no?» O algo parecido. El medio muerto añadió: «Quizá no se haya ido, el que decía "Allahu Akbar". No nos movamos.» Todo se reducía aún a la aparición de un par de piernas negras y a la espera de su regreso.

Por lo demás, las palabras que pronunciaba el medio muerto se parecían un poco, creo, a las que se dicen durante un sueño: a la vez claras para el que duerme e incomprensibles para quien, despierto a su lado, las escucha. Ya no alcanzaba a comprender del todo a aquel que yo había sido, pero no lo sabía. Lo escuchaba hablar y pensaba: pero ¿qué dice?

Estaba tendido boca abajo con la cabeza vuelta hacia la izquierda, de modo que el primer ojo que abrí fue el izquierdo. Vi una mano izquierda ensangrentada que salía de la manga izquierda de mi chaquetón, tardé un segundo en darme cuenta de que esa mano era la mía, una mano nueva, con un tajo en el dorso que dejaba al descubierto una herida entre dos de las articulaciones que se llaman metacarpofalángicas, las del dedo índice y el corazón. Son palabras que he aprendido posteriormente, porque he tenido que aprender a nombrar las partes de los cuerpos heridos, los cuidados que se les dispensaba y los fenómenos secundarios que se desarrollaban en ellos. Nombrarlas era una forma de domesticarlas y de poder vivir un poco mejor, o un poco menos mal, con lo que designaban. El hospital es un lugar en el que todo el mundo, tanto en lo que dice como en lo que hace, tiene el cometido de ser preciso.

La voz del que aún era me dijo: «Mira, nos ha dado en la mano. Y sin embargo, no sentimos nada.» Éramos dos, él y yo, él debajo de mí, para ser más exactos, yo levitando por encima, él dirigiéndose a mí desde abajo diciendo «nos». El ojo recorrió la mano y vio más lejos, a un metro, el cuerpo de un hombre boca abajo que no se movía y cuya americana de cuadros reconocí. Subió hasta la cabeza y vio entre el cabello los sesos de aquel hombre, de aquel colega, de aquel amigo, que le salían un poco del cráneo. Bernard está muerto,

me dijo aquel que yo era, y yo respondí sí, está muerto, y nos unimos en él, en el punto en el que salían aquellos sesos que habría querido volver a meter en el cráneo y de los que no conseguía apartar la vista, porque gracias a ellos, en ese instante, sentí, comprendí finalmente que había sucedido algo irreversible.

¿Cuánto tiempo estuve mirando los sesos de Bernard? Lo suficiente como para que se convirtieran en parte de mí mismo. Tuve que hacer un esfuerzo para apartarme de ellos y volver la cabeza hacia el otro lado, hacia mi otro brazo. Fue muy lento. Creo que no estábamos de acuerdo, aquel de antes y yo mismo, en la necesidad y la naturaleza de ese movimiento. Hubo un debate. Aquel de antes no quería descubrir las consecuencias de lo que había sucedido, era lo bastante listo como para intuir que las malas noticias pueden esperar cuando no hay buenas para atenuarlas, pero estaba obligado a seguir a aquel que las vivía, no tenía la mano, se extinguía poco a poco sin saberlo en la nueva conciencia que emergía como de un sueño confundido con la existencia.

Volví la cabeza muy lentamente, de nuevo como si el asesino estuviera allí: como un niño que sigue haciéndose el muerto después de que los malos que lo buscan se hayan marchado, y que no puede evitar mirar a través de sus dedos lo que, si estuviera muerto como finge, no podría ver: los muertos a su alrededor, después del ataque.

Vi delante de mí las piernas de un hombre que no se movía y al que también di por muerto, cuando lo cierto es que no lo estaba: era Fabrice. Como yo hasta ese momento, se hacía probablemente el muerto o esperaba el golpe de gracia, o flotaba en ese espacio que no termina de ser todavía un universo de dolor. Mi cabeza siguió volviéndose y se posó suavemente sobre la mejilla izquierda. Vi que la manga del chaquetón de mi otro brazo, el derecho, estaba rasgada, luego vi el antebrazo abierto del codo al puño. «Como por un puñal», dijo aquel que no había muerto por completo, y vio un puñal de los de Rambo, largo, dentado, bien afilado. Tenía la carne totalmente abierta, y mirándose la herida añadió: «Parece hígado de ternera.» Y se acordó del hígado de ternera que le preparaba su abuela, cuando era niño, en la rue des Blancs-Manteaux, tenía exactamente el mismo color y la misma textura, y aquel que no

había muerto por completo se regocijaba siempre contemplándolo antes de comérselo. «Para su gato», añadió, «mi abuela compraba hígado de ternera», pero la sangre que manaba de la herida para coagularse en el silencio cada vez más espantoso, esa misma sangre ahogó el recuerdo, y al final pensé: «Me ha dado en el brazo.» Más arriba, tenía mi segunda mano también ensangrentada, pero no lo sabía, no notaba si la sangre venía del brazo o de una herida en la que aún no había reparado. Toda la sangre viene de la misma herida, me dije, y me pregunté si en esa herida habría algún hueso roto. Hice girar la lengua dentro de la boca y noté trozos de dientes que flotaban un poco por todas partes. Después de unos segundos de pánico, aquel que no había muerto del todo pensó: «Tienes la boca llena de huesecillos», y rememoró toda su infancia a través de los fragmentos de huesecillos, jugando a las tabas en habitaciones o en montones de polvo. Luego los dientes reemplazaron a los huesecillos, cada uno tenía su historia, ligada desde hacía veinticinco años a mi dentista, habíamos envejecido juntos y, pensé, él había hecho todo este trabajo para nada. El pánico apareció de nuevo y preferí olvidar todo, los huesecillos, los dientes, el dentista, porque no estaba lo suficientemente vivo como para volver a sumergirme por completo en la infancia o en mi juventud, en la vida que uno aprovecha y disfruta hincándole el diente con ganas, expresión que cobraba un cariz cómico en el momento en que perdía unos y había estado a punto de perder la otra, no lo suficientemente vivo ni lo suficientemente muerto para afrontar lo que me esperaba.

Volví la cabeza hacia el cuerpo de Bernard y le miré de nuevo el cráneo y los sesos. Por primera vez sentí una tristeza minuciosa, minuciosa porque tuve la sensación de ser todos y cada uno de sus cabellos mojados y pegados unos a otros por eso que salía de ellos: mi cuerpo entero y lo que me quedaba de conciencia se habían acoplado a un microscopio. Cerré una última vez los ojos como para borrar lo que había sucedido, como si, a fuerza de no ver, pudiera no haber sido vivido. Volví a abrirlos y Bernard seguía allí. Aquel en quien me estaba convirtiendo quiso llorar, pero aquel que no había muerto por completo se lo impidió. Dijo: «Se han ido, ahora hay que levantarse.» Lo dijo en plural, «se han ido», como si tal cosa. Aquel

que no había muerto por completo trataba de recuperar el detalle de sus costumbres. Solo estaba impaciente por coger su bolsa, ir a buscar su bicicleta y entregar las páginas sobre Shakespeare. Buscaba sus costumbres y sus escrúpulos. Avanzaba de reflejo en reflejo como un pollo sin cabeza.

Poco a poco me puse de costado, después me incorporé y me apoyé en la pared, sentado en el suelo, de cara a una de las entradas. Me pasé la mano por el cuello y me di cuenta de que la bufanda seguía en su sitio, aunque agujereada. Delante de mí, casi debajo de la mesa, estaba el cuerpo de Bernard, y, justo al lado, en medio del paso y de espaldas, el de Tignous. En ese momento no me fijé en lo que el informe policial, leído un año y medio más tarde, me reveló: tenía un bolígrafo entre los dedos de una mano, en posición vertical. Tignous estaba dibujando o escribiendo cuando entraron. Los investigadores repararon en ese detalle, que indica la rapidez de la masacre y el estupor que precedió a la ejecución de cada uno de nosotros. Tignous murió con el bolígrafo en la mano, como un habitante de Pompeya sorprendido por la lava, o incluso más deprisa, sin saber siquiera que la erupción se había producido y que la lava llegaba, sin poder huir de los asesinos desapareciendo en el dibujo que estaba haciendo. Todo dibujante dibujaba sin duda para poder esfumarse en lo que dibujaba, igual que todo escritor terminaba por un tiempo disolviéndose en lo que escribía. Esta disolución no era ninguna garantía de pervivencia, ni siquiera de calidad, pero era una etapa necesaria en el camino que podía conducir a ella. Esta vez, los dibujantes no solo habían visto rechazado su derecho a la disolución, sino que había sucedido exactamente lo opuesto: los habían obligado a entrar a la fuerza en un dibujo que no habían imaginado ellos, en una idea sombría de André Franquin, y no habían vuelto a salir. Si los asesinos eran unos posesos, mis compañeros muertos eran los desposeídos. Desposeídos de su arte y de su violenta imprudencia, desposeídos de toda vida. Cuando Salman Rushdie fue víctima de la fetua del ayatolá Jomeini, el escritor V. S. Naipaul se negó a apoyarlo aduciendo que a fin de cuentas se trataba solamente de una forma extrema de crítica literaria. Su sarcasmo, muchísimo más inspirado

por su mal carácter y por una crítica desfavorable que Rushdie había hecho de uno de sus libros que por una simpatía que no profesaba por los musulmanes, no carecía de sentido: toda censura es sin duda una forma extrema y paranoica de crítica. La forma más extrema solo podían ejercerla unos ignorantes o unos iletrados, entraba dentro de lo normal, y eso era exactamente lo que acababa de ocurrir: habíamos sido víctimas de los censores más eficaces, los que se lo cargan todo sin haber leído nada.

¿No habían tenido tiempo los dibujantes de pensar en el dibujo que se cerraba sobre ellos? ¿Pensaron en algo? En caso afirmativo, ¿qué pensó cada uno de ellos? Me siento inclinado a creer que no tuvieron tiempo de pensar en nada; yo, en todo caso, no pensé en casi nada. Puede que el pavor fuera eso: la reducción al mínimo del intervalo que separa el último segundo de vida del acontecimiento que la va a interrumpir, una muerte administrada sin aviso previo. En este intervalo no hay margen para gran cosa. Sin embargo, esta cosa mínima no termina nunca. Todo lo demás, cuando uno sobrevive, está sujeto a ella.

No sé cuánto tiempo duró el silencio. Pero estaba tan instalado que acabé comprendiendo que mis dos voces tenían razón: los asesinos no iban a volver. Estiré un brazo hacia mi mochila, que estaba por el suelo a apenas unos centímetros, y me la apreté contra el pecho como una viejecita temerosa de que le quiten el bolso. Dentro estaban mis papeles y mis libros, todo lo que era mi vida en ese momento. Más tarde supe que la sala de redacción era un gran charco de sangre, pero, como he dicho, aunque yo estaba bañado en ella, casi no la veía. Solo veía la cabeza de Bernard, el rostro de Tignous, las piernas de Fabrice, sin ser siquiera consciente de que tenía encima de mí la pierna de otro y de que el cuerpo de Honoré se encontraba entre esta pierna y el resto, como me dijeron mucho después. Y solo veía mi propia sangre, la prolongación natural de mis heridas.

Aparecieron unas siluetas, pero no las reconocí enseguida, no se acercaban, y finalmente vi a Sigolène, sus ojos claros, su delicado aspecto de cervatillo. Me alegré de verla. Trataba de acercarse a mí pero no lo conseguía, y yo no entendía por qué. Creo que lloraba un

poco, con su discreción habitual, no hay nadie más discreto que ella, y verla subirse a su Harley Davidson era una experiencia deliciosa, la ligereza a lomos de la potencia, todo rematado por el estilo y la fragilidad. Pero esta vez habíamos cabalgado sobre el jamelgo de *El Rey de los Alisos*. «Jamelgo» es una palabra que podríamos haber descubierto en *Charlie* o en *Don Quijote*. Su trote frágil no se correspondía ni con la Harley Davidson de Sigolène, que me miraba entre lágrimas, ahora estoy seguro, ni con el poderoso galope de un animal que se lleva a un niño hacia la muerte. Sin embargo, era la palabra que nos iba bien a todos, a este periódico, a la vieja izquierda, a una parte creciente de esta sociedad, ¿acaso no se matan los jamelgos? Me di cuenta de que me faltaba el aire y no entendía por qué.

Sigolène terminó acercándose, más tarde me dijo que habíamos hablado un poco y que me entendía perfectamente. No recuerdo qué le dije. Recuerdo solamente que fue la primera persona viva, ilesa, que vi aparecer, la primera que me hizo sentir hasta qué punto la gente que desde entonces se me acercaba venía de otro planeta, del planeta en el que la vida continúa.

No sé cómo, su silueta se desvaneció en ese más allá brumoso, ruidoso y frío situado detrás de la puerta de la sala de redacción, que enseguida estaría situado al otro lado de la puerta de la habitación del hospital. Era un más allá en el que la gente iba y venía libremente, en un espacio prohibido y remoto, pronto galoparían de un punto ciego a otro antes de aparecer de nuevo ante mí, por unos instantes, como actores en un escenario, casi inmóviles, descubriendo sus papeles y dejando sus vidas en la entrada. La silueta de Sigolène se alejó y volví a encontrarme solo por un tiempo indeterminado.

En el silencio renovado por el alejamiento de Sigolène, apareció la silueta de Coco. Ambas parecían salidas del ataúd en el que yo no entré por poco. ¡Coco también está viva!, me dije. ¿Viva? Mientras se acercaba, miré el pelo negro y los ojos oscuros de la joven dibujante, la veía doble. Aquel que no había muerto por completo la miraba tal como la había visto aparecer, silenciosa, desconocida, con ese aire casi egipcio, sentada detrás de los participantes de la

reunión unos años antes. El periódico tenía todavía su sede en la rue de Turbigo, en el centro de París. Cavanna estaba presente, con su mentón dubitativo y su bigote de notorio mosquetero. Aquel que iba a tener que vivir la miraba acercarse como una criatura llegada de otro mundo, un mundo que ya no era el suyo. Se inclinó sobre mí. Igual que Sigolène, lloraba. Yo no sabía que se había visto obligada a abrir a los asesinos, que la amenazaron con las armas, ni que, aunque no sea responsable de nada, ya había empezado a vivir con ese recuerdo, uno de esos recuerdos que te aíslan y que tiran de ti hacia atrás, hacia una escena en la que te gustaría volver a actuar de otra manera, con libertad, en las mejores condiciones, y que sin duda vuelve a empezar del mismo modo para encerrarte mejor.

Iba mirando constantemente a la derecha el cráneo abierto de Bernard. Aunque acordarme de esta imagen me cause un enorme dolor, en el que a veces insisto como se aprieta un diente enfermo para sentir mejor el nervio, no me apetece que el día de su desaparición llegue demasiado deprisa, quiero vivir el tiempo suficiente para desmentir toda muerte y recordar esta imagen todo lo que pueda, lo mejor que pueda, sin tener que decirlo o repetirlo fuera de este texto que la perpetúa.

Saqué el móvil del bolsillo del chaquetón, introduje el código de acceso y abrí la lista de contactos. Tenía prisa, pero era interminable y me pareció obsoleta. ¿Cómo había podido conocer a tanta gente cuyos nombres en ocasiones ya ni me sonaban? ¿Y por qué a esos desconocidos parecían unirse tan deprisa, allí, delante de mí, aquellos que aún conocía y que a cada segundo que pasaba, conforme los nombres iban desfilando, se iban convirtiendo en más vagos? No solo vagos: dolorosamente vagos. Los nombres iban desfilando, y las personas a las que hacían referencia me decían adiós, y este adiós, silencioso, como apagado, se parecía a una anestesia.

¿Era eso, la vida de un periodista? ¿La de un hombre de cincuenta y un años? Una existencia larguísima de cola de cometa hasta llegar al número de mi madre, guardado bajo el nombre, en español, de «Madre». ¿A quién más podría haber pedido que llamaran? ¿Y para anunciar qué exactamente? Gabriela estaba en Nueva York y dormía.

Mi hermano estaba en Niza de viaje de trabajo. Mi padre casi no utilizaba el móvil. Me sentía tan lúcido como desterrado, sin que supiera el motivo de esa lucidez ni hacia dónde me habían desterrado. Le tendí el móvil a Coco, y fue entonces, mientras se lo daba, cuando vi el reflejo de mi cara en la pantalla. El pelo, la frente, la mirada, la nariz, las mejillas, el labio superior, todo estaba en orden e intacto. Pero en lugar del mentón y de la parte derecha del labio inferior había no exactamente un agujero, sino un cráter de carne destrozada que colgaba y que parecía puesta allí por la mano de un pintor infantil, como un borrón de gouache sobre un cuadro. Lo que quedaba de encía y dentadura estaba al descubierto, y el conjunto –esta unión de un rostro de tres cuartos intactos y una parte destrozada– hacía de mí un monstruo. Hubo unos segundos de abatimiento, pero no duraron mucho. Me llevé la mano debajo de la mandíbula, para aguantarla y repararla, como si manteniendo todo apretado las carnes fueran a soldarse, el agujero a desaparecer y la vida a continuar.

Pero no: aquel gesto, me dijo más tarde Sigolène, lo hacía ya con certeza cuando ella se acercó. De modo que hacía ya varios minutos que había sacado el teléfono y descubierto mi cara. Sigolène y Coco se confunden en una ceremonia que reparte falsos recuerdos del acontecimiento que la provocó. Aún hoy me cuesta soportar dicha confusión: los hechos son el único equipaje que hubiera querido llevarme en el viaje que vino después; pero los hechos, como todo lo demás, se deforman con la presión. La violencia había pervertido lo que no había logrado destruir. Como una tormenta, había hundido la embarcación. Los recuerdos subían a la superficie en desorden, deformados, inservibles, a veces incluso irreconocibles, pero con una presencia firme. Apenas había vivido el instante cuando sus restos se depositaban en desorden en la isla a la que había sido arrastrado, en esa sala pequeña saturada de papel, sangre, cuerpos y pólvora. Estaba obligado a hacer una selección imposible pero indispensable, igual que hace Robinson Crusoe con los vestigios de su barco. Por cierto, me doy cuenta de que este barco no tiene nombre, y en vísperas de una travesía hospitalaria y de una estancia insular y psíquica en la que tú, lector, quizá me acompañes, me pregunto con

cierta desazón cómo es posible que el famoso náufrago se embarcara en un barco que no había sido bautizado. Con cierta desazón porque, a estas alturas, no sé cómo bautizar mi propia embarcación, por no hablar de mi isla –o, más exactamente, mis islas–. Si escribir consiste en imaginar todo lo que falta, en reemplazar el hueco con cierto orden, lo que yo hago no es escribir: ¿cómo iba a poder crear la menor ficción cuando a mí se me ha tragado una ficción? ¿Cómo erigir un orden cualquiera sobre semejantes ruinas? Es como pedirle a Jonás que se imagine que vive en el vientre de una ballena cuando vive en el vientre de una ballena. Yo no necesito escribir para mentir, imaginar o transformar lo que me pasó. Me bastó con vivirlo. Y, pese a todo, escribo.

Creo que le dije a Coco: «Es el número de mi madre, ¡avísala!» Pero ella titubeaba. Empecé a ponerme nervioso, primero porque parecía que no me entendía, luego porque probablemente tenía algún motivo para no entenderme. Yo no entendía cuál era el impedimento. Todo el mundo a nuestro alrededor estaba muerto, eso no era un motivo para que no nos comunicáramos entre los supervivientes. Yo me entendía, oía mi voz, mis palabras, todo estaba clarísimo y sabía perfectamente qué había que hacer, pero su mirada me indicaba que tenía dificultades para seguirme. Pero mi voz estaba sin duda allí, en su sitio, esa misma voz que tanto me disgustaba oír y que por una vez estaba feliz de escuchar.

Varios trozos de dientes me pasaron por la boca de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, mi lengua jugaba con ellos como si fueran migas y noté que quizá me costaba articular. Coco cogió mi teléfono, miró el nombre que aparecía y repitió: «¿Es tu madre? ¿Llamo a tu madre?» Dije que sí. Llamó y oí que decía: «Hola, soy Coco, soy dibujante en *Charlie*. Ha habido un atentado. Su hijo está herido grave. Está aquí conmigo, está vivo, está desfigurado.» ¿Dijo eso? En mi recuerdo, sí, y creo recordar cuál fue mi reacción: «¡Eso no se lo digas!» Coco habló unos segundos más con mi madre, no me acuerdo, luego colgó, sollozó en silencio y se echó a llorar. Más tarde supe que mi madre le preguntó qué había ocurrido y dónde estaba yo. Primero creyó que yo era la única víctima y que me habían disparado por culpa del artículo sobre Michel Houellebecq. No

era cierto, aunque bien mirado tampoco era completamente falso. Los que quieren eliminarte tienen siempre un motivo para hacerlo, y es interesante imaginarse que no necesariamente están equivocados.

Según Coco, no obstante, fui yo quien le dijo: «¡Llama a mi madre, dile que estoy desfigurado!» Es posible. Puede que, habiéndolo descubierto por sorpresa y conmocionado por una revelación que por lo demás me dejaba frío, le pidiera a Coco que transmitiera lo que, pese a todo, debió de parecerme el mensaje principal. Si es así, Coco me entendía perfectamente (o, en todo caso, lo suficiente). ¿Por qué la recordaré siempre vacilando, fluctuante, como si no comprendiera nada de lo que le pedía? ¿Era yo el que fluctuaba y no entendía nada, el que hablaba sin darse cuenta y, como un mentiroso profesional, aunque por motivos menos inconfesables, se estaba equipando de una memoria aislante y selectiva? El hombre que seleccionaba los recuerdos como si entre él y el minuto anterior mediara un siglo, ¿era aquel que ya casi había muerto o el que empezaba a ocupar su lugar? No sabía cuál de los dos vivía entonces y no sé cuál de los dos escribe hoy.

El diario que llevaba mi hermano oscurece más si cabe la disposición retrospectiva. A la hora del atentado estaba en una reunión de trabajo en Niza, con el móvil apagado. Escribe: «A las 12.10, finalizada la charla, aprovecho para escuchar los mensajes. Primero, un mensaje de trabajo; luego, el mensaje de "mi hermano". Una voz femenina..., unos segundos de pavor: "Hola, soy Coco. Trabajo con su hermano en *Charlie Hebdo*. Acaba de producirse una masacre. Está desfigurado." Por un segundo creo que es una broma pesada. Es tan surrealista. Pero no puede ser una broma de mal gusto: la llamada está hecha desde el móvil de Philippe y no hay nadie que haya podido hacer semejante broma. Más tarde me entero de que, consciente, Philippe intentó llamarnos pero que, como no podía hablar, le pasó el teléfono a Coco, que sobrevivió a la masacre, y le dio el nombre de mis padres, el mío y el del director de *Libération.*» ¿Le dije también a Coco que avisara a mi hermano de que estaba desfigurado? ¿O bien le repitió lo que acababa de decirle a mi madre? Su hijo está desfigurado, su hermano está

desfigurado... ¿Por qué no he olvidado que llamó a mi madre delante de mí? ¿Por qué he olvidado en cambio que llamó a mi hermano? Y ¿por qué estas preguntas, que pueden parecer en vano, son para mí tan importantes como la resolución de un crimen por parte de un detective al que le fuera la vida en ello? ¿Soy a la vez el detective, el testigo y la víctima?

Le cogí el móvil a Coco con una mano tan nerviosa como titubeante y busqué el número de Laurent Joffrin, indicado con el nombre de «Joffrin OK» porque había cambiado de número sin que yo hubiera borrado el antiguo: igual que me costaba deshacerme de las cosas viejas –en eso me parezco a mi abuelo materno, que apilaba en su cocina de exterior todo lo que tendría que haber ido a la basura–, me costaba también borrar los números obsoletos, como si de pronto fueran a renacer y a funcionar de nuevo, como si todo cuanto pertenecía al pasado solo estuviera dormido y destinado no solo a cobrar nueva vida, sino a reemplazar las vidas que lo habían sustituido. Todo dormía en una especie de cámara de descompresión, en una cuarentena indeterminada, y lo que yo había sido hasta entonces acababa tal vez de sumarse a los objetos y los números que merecían desaparecer en la zona gris en la que las cosas del pasado, si bien desactivadas, conservan determinados derechos, modestos, a existir. Es lo que se llama obtener una moratoria.

Entre esas cosas estaban mi gorro color óxido, comprado en Nueva York, y unos guantes forrados que me había regalado unos meses antes una vieja amiga. Nunca los recuperé ni tampoco hice ningún esfuerzo por encontrarlos. Un año y medio más tarde, leyendo el informe policial redactado en las horas inmediatamente posteriores al atentado, descubrí que los investigadores habían observado, «pegado a la izquierda de la cadera» de Bernard, «un gorro de color naranja sin marca visible», y luego, «cerca» de sus pies, «un par de guantes de color caqui de forro beis en el suelo con numerosas manchas de sangre»: eran mi gorro y mis guantes. Encontrármelos en ese informe, objetivados por él, cual ramas menudas arrastradas hacia una orilla desconocida y hostil, una orilla cuyos árboles altos escondían indios depredadores y armados, me

dejó estupefacto y literalmente sin aliento. Se pusieron a hacerme señales y a tirarme de la manga hacia la existencia de la que venían y que había terminado allí. De modo que acabaron así, junto a Bernard, como una pequeña caricia concreta a lo largo de su cuerpo magullado. Eran el último eco de la presencia de las cosas que él no volvería a sentir. Al leer aquellas palabras, noté la presencia de las cosas como nunca antes había sentido la presencia de nada en este mundo, una presencia tan intensa como frágil, instalada allí para siempre, amenazada allí para siempre, destruida por el acontecimiento y salvada por las frases de un informe policial. Los guantes y el gorro tendían un pequeño puente, hecho de cotidianidad, palabras y perpetuidad, entre el cuerpo de Bernard y la vida que me quedaba. Debajo había algo más. Leí varias veces el informe policial para no caer.

Los investigadores señalan luego la presencia, entre los cuerpos de mis compañeros, de un cuchillo de la marca Laguiole «de mango gris y de una longitud total de veintiocho centímetros, de los que la hoja ocupará unos diez», y de «un envase de aluminio de un pastel y de trozos de bizcocho empapados de sangre». ¿Qué había sido entonces de las galletas de Cabu?

Solía comerlas durante o después de la reunión, cuando no comía pan duro o algo parecido que llevaba envuelto en papel de aluminio. Era quizá el único momento en que no dibujaba, y ni siquiera estoy seguro, porque podía dibujar con una mano mientras iba picando con la otra. A menudo lo miraba hacer con simpatía y preocupación, como quien observa los movimientos de un niño hasta que se da cuenta de que tiene ochenta años, fenómeno que significa que uno mismo ya no tiene veinte. Cabu y su flequillo no tenían edad, por cuanto estaba siempre rejuvenecido y como sonrojado por los dibujos que la prolongaban y que, en cierto sentido, la justificaban. Era como sus galletas, como su pan duro: puede que su inteligencia fuera limitada, pero su talento era capaz de dar gusto a cualquier cosa. Seguiría siendo siempre un colegial insolente, problemático, tímido y superdotado que caricaturizaba a los fabricantes de autoridad sobre una mesa vieja de madera cubierta de pintadas y que, hacia el final de la clase, sacaba su paquete de galletas para

comerse una o dos, como un roedor en invierno, antes de consagrarse de nuevo con gesto firme a rehacer el peor y el mejor de los mundos, el nuestro, el único, sobre un soporte u otro, incluso en su bolsillo, o, por qué no, en la palma de una mano o en la suela de un zapato. En su cueva, cualquier cosa era una pared en la que dejar inscripciones y la sombra de una risa.

Yo había llegado a la reunión del comité de redacción sin haber comido nada. Ese día Cabu llevaba bizcocho, pero hacia el final hizo pasar un paquete de galletas. ¿Era realmente suyo? No lo sé. Pero fue él quien me lo tendió y las galletas fueron mi última comida antes de la extinción. Unos minutos antes de que entraran los asesinos, me comí una no sin remilgos, pues no me sentía con mucho derecho a aceptar el menor ofrecimiento de aquellos con los que compartía tan poco y al lado de los cuales, pese a los años, me sentía aún tan marginal y poco legitimado, tan poco capacitado para librar la menor batalla o rememorar la menor epopeya: yo no había sido adulto en los años sesenta y setenta, no había tenido que experimentar con libertades de las que había gozado. Era un hombre sin excesos entre hombres que habían cometido varios o que, en todo caso, los habían relatado, comentado y dibujado. Esta falta de excesos me impedía a menudo aceptar el brioche de Tignous o las galletas de Cabu.

De esa galleta excepcional, la primera y la última que tomé, conservo todavía el olor y un ligero regusto a mantequilla. La tenía en la boca del estómago cuando llegué al quirófano y allí se quedó, dispuesta a subir hasta los labios para terminar en la melancolía azul pato de una palangana cualquiera. Luego, a cada nueva visita al quirófano, llegaba siempre un momento en el que pensaba en ella con angustia, como si, atrapada allí en medio, cerca de la boca, fuera a subir hasta la garganta y a causar un problema con la anestesia.

El Laguiole era del periódico. El bizcocho que había de cortar acababa de comprarlo Sigolène en la panadería de la esquina para celebrar el cumpleaños de Luz, al que esperábamos y que, por suerte para él, no se levantó a tiempo. Yo tenía tan pocos vínculos con la vida cotidiana del periódico que no lo sabía. El atentado puso

otras vidas en el centro de la mía justo cuando desaparecían en su casi totalidad.

Coco llamó a Laurent Joffrin entre lágrimas, pero tenía el teléfono apagado y ella me miró como diciendo, como si fuera culpa suya: «Perdona, esto me supera, ¡no puedo!» Me dolió en el alma que Laurent no respondiera, me sentía abandonado por mi oficio. Después de todo, era el único amigo que también era mi jefe. Miré una vez más los ojos oscuros y descompuestos de Coco. Volvía a estar irritado, pues en ese momento no sentía otra cosa que la impaciencia por actuar en los detalles. También me habría gustado que me devolviera el móvil: mientras lo tenía en la mano, me sentía autónomo. Ya casi no me movía y me faltaba un poco el aire, pero nada parecía grave, nada parecía justificar ni las lágrimas ni las vacilaciones. Había desaparecido toda emoción, o más bien era solo por los demás: los que no estaban ni presentes ni heridos. En cuanto a los muertos, a los pobres muertos, cuanto más pasa el tiempo, más convencido estoy, como Baudelaire, de algo que no he dejado de sentir ni un solo momento desde aquella mañana: tienen grandes dolores. Y estos dolores –volveré sobre ello desde la habitación de hospital a la que me llevarán enseguida– no eran los dolores de quienes les lloraban. Eran dolores eternos y eternamente infantiles.

Coco se marchó con mi teléfono, como sin darse cuenta. Hubiera querido gritarle que me lo devolviera, pero ya no me quedaban fuerzas. Vi que lo dejaba en la otra punta, en una mesa, muy lejos. Se acercaron otras personas.

Entre ellas, un joven periodista de una agencia cuyas oficinas estaban al lado de las de *Charlie*. Me escribió nueve meses más tarde, justo cuando salía finalmente del hospital para volver a una casa que ya no era exactamente mi casa. Su correo llevaba por asunto: «El que apartó la mirada.» Si lo cito es porque, además de la emoción y la compasión que me inspiró, es revelador de cómo pueden vivir aquellos que han visto cosas que no deberían haber visto:

Me permito escribirle este mensaje tras haber sopesado

muchísimo las consecuencias que podría tener para usted y para mí. Quiero hablarle del 7 de enero y de mi cobardía. Me imagino que le resultará difícil, así que, si quiere, puede usted dejar de leer este mensaje, no le aportará nada bueno. Hace meses que lo tengo en la carpeta de borradores. Se lo mando hoy porque no consigo levantar cabeza, señor Lançon.

Le ruego me disculpe que le imponga mi relato, pero el sentimiento de culpa me corroe todos los días. Escribo este mensaje con la esperanza –por puro egoísmo– de obtener su perdón. Seré breve.

El pasado 7 de enero yo era vecino suyo.

Estábamos en la oficina que hay delante de la de *Charlie*.

Cuando oímos los disparos, nos refugiamos en la azotea. Fui yo quien filmó a los asesinos mientras huían y disparaban a los policías que iban en bicicleta.

Al cabo de unos minutos, cuando hubieron emprendido la huida, fuimos a prestar ayuda a las víctimas. Yo fui, junto con mis compañeros de trabajo, uno de los primeros en entrar en *Charlie*.

Después de apartar las mesas para facilitar el acceso a los servicios de emergencia, de sacar a Simon de su silla y de recorrer toda la redacción para orientar a los bomberos jóvenes –que estaban paralizados–, lo vi a usted. Solo. En una esquina, sobre una mesa o una cómoda, ya no me acuerdo. Se encontraba en estado de shock, huelga decirlo. No podía hablar, evidentemente, pero sus ojos lo decían todo: imploraban ayuda. Nuestras miradas se cruzaron y yo aparté la mía. Como un cobarde. Pensaba que jamás iba a recuperarme de esta imagen de usted, sufriendo en mis brazos o en mis manos. Pensaba incluso que quizá iba a morirse y que yo no podía hacer nada para evitarlo. Aparté la

mirada porque le tenía miedo. Preferí ir a ayudar a los demás, a los que estaban menos lastimados. Consolé a Laurent Léger, a Patrick Pelloux. Acompañé a toda la redacción de *Charlie* a nuestras oficinas. Y lo dejé a usted solo.

Desde luego que estaban los servicios de emergencia. Y está claro que usted salió con vida. Pero no hay un solo día en que no piense en lo cobarde que fui con usted. No hay un solo día en que no me mire al espejo y vea todos mis límites como Hombre. No hay un solo día en que no piense en usted.

Soy consciente de la dureza de mis palabras y de que podrían hacerle sufrir más. Eso es lo que me ha impedido escribirle hasta hoy, pero ya no puedo guardármelo para mí. Perdóneme, señor Lançon.

Sé que lo está pasando mal. Espero que salga de este túnel oscuro y nebuloso y vuelva a la luz. La vida es bella, dicen.

De entrada leí el correo con perplejidad. No me acordaba en absoluto de él, de nuestro cruce de miradas. Los meses anteriores me habían ciertamente enseñado a convivir con lagunas considerables y de toda clase, y hasta qué punto podían sentirse desconcertados o asustados, incluso aterrorizados, quienes se acercaban a mi mirada y a mi mandíbula vendada como a un agujero en el que podrían haber caído. Yo no era solamente su amigo y el hombre que había visto el oso, sino aquel que había sufrido su peso y sus garras: aquel cuya mera presencia les recordaba, a pesar suyo, a pesar de ellos, sin palabras, hasta qué punto nuestras vidas son inciertas y qué osado o inconsciente es olvidarse de ello. No recordar nada de este chico me marcó casi tanto como todos mis recuerdos reunidos. No hubiera querido olvidar nada, absolutamente nada de lo que había vivido, la vida de los muertos y la continuación de la mía propia dependía de cada detalle; pero ¿cómo se hace para no olvidar unos momentos, unas

apariciones que parecían haberse borrado por completo? ¿Cómo puede uno convivir con el atentado si una aparición tan importante como aquella nunca tuvo lugar?

No querría tener la cabeza de un *memento mori* ni creo tener tampoco alma de cura o confesor. Sin embargo, había que tranquilizar en la medida de lo posible a quien me había escrito aquel correo, y ocho horas después le respondí sin más lo que entonces me parecía, si no la verdad, sí al menos lo que yo sentí:

> Gracias por sus líneas. Del 7 de enero recuerdo muchísimas cosas, pero le confieso que no me acuerdo ni de su aparición ni de que apartase la mirada. Estaba sentado apoyado en la pared del fondo, detrás de Bernard Maris y de Honoré. Aún no era plenamente consciente de lo que me había pasado. No lo comprendí hasta que le pasé mi teléfono a Sigolène, porque me vi en el reflejo. Entonces todo se hizo evidente.
>
> La memoria es selectiva, cuanto más violento es lo que la llena, más selectiva es; y, no sé por qué, a usted no lo seleccionó.
>
> Pero creo sinceramente que no debe usted sentirse débil ni cobarde: fue una situación horrible para todo el mundo, para los supervivientes, heridos o no, y para aquellos que, como usted, llegaron justo después. Cada cual hizo lo que pudo, y si algo me ha enseñado el 7 de enero es a no juzgar qué hacen unos u otros cuando se ven envueltos en un acontecimiento de este tenor.
>
> Después del atentado, flotaba en un universo tremendamente preciso y lejano a la vez, y en ningún momento tuve la sensación imperiosa de pedir ayuda, me encontraba en otro mundo sin dejar de estar en este (aunque sepa, por otros testimonios que coinciden con el suyo, que esa era exactamente la impresión que transmitía mi mirada).
>
> Luego pasé dos meses y medio infernales, pero en este infierno

tuve apoyo y compañía (del personal sanitario, la familia, los amigos, los colegas). Y enseguida me sentí parte integrante de una cadena humana, lo cual me ha ayudado a aguantar y, finalmente, a vivir estos últimos meses con una paz relativa. En ningún momento han faltado la alegría y los sentimientos, y, como soy periodista, he tenido mucho tiempo para investigar y comprender un mundo, el hospitalario, que apenas conocía.

Si este correo pudiera servirle de algo, espero de verdad que sea para tranquilizarlo. No solo no le culpo de nada, sino que le agradezco que me haya escrito.

Atentamente, Philippe

Al cabo de dos días me contestó:

Querido Philippe:

Soy yo quien debo agradecerle a usted el mensaje. Me ha llegado a lo más hondo de mi ser. Gracias por sus palabras y por su relato. Su absolución es un acto de generosidad y valentía.

Le veo muy lúcido y –debo decir– lleno de una serenidad asombrosa.

No voy a molestarle más, solo espero tener ocasión de volver a verle, compañero.

Por lo demás, le deseo de nuevo todo lo mejor. Gracias.

M.

La serenidad y la lucidez que me atribuía, en caso de que existieran, no eran más que largos reflejos de supervivencia. Por lo demás, ¿lo había absuelto? ¿Lo había culpado de algo? Leí varias veces este correo, molesto. En ningún caso habría querido obtener del atentado, del hecho de sobrevivir y de mi experiencia, un poder que su ausencia no me hubiera dado.

Poco después de que Coco se fuera, llegaron los servicios de

emergencia. Yo no los veía. Miraba ora el cráneo de Bernard, ora las piernas de Fabrice, al que seguía dando por muerto. No los veía, pero ahora sí oía sus voces: «Aquí, ¡está muerto! Aquí, ¡está muerto! Aquí, ¡está muerto!» Aquellas palabras, «¡está muerto!», eran el eco del grito que los asesinos no paraban de repetir a cada grito, «Allahu Akbar!». Allahu Akbar, está muerto. Allahu Akbar, está muerto. Allahu Akbar, está muerto. La pareja, de un grotesco atroz, me bailaba en la cabeza como compañeros de baile cojos, mientras los servicios de emergencia se iban acercando lentamente, de un cuerpo a otro, por caminos que me parecían tan vírgenes como llenos de misteriosos rodeos. Parecían alpinistas clavando sus pitones en una pared quebradiza de hielo con tiempo nuboso. Su avance, acompasado por cada constatación, me notificaba que yo estaba vivo, sin que supiera muy bien cómo ni por qué. ¿Llegarían hasta mí? Sin duda, porque en ningún momento pensé que iba a morir, ni siquiera a desmayarme.

A lo lejos, en el quicio de la puerta por la que Franck Brinsolaro había desaparecido arma en mano, vi aparecer a Patrick Pelloux, nuestro compañero editorialista y médico de urgencias. Me miró y dijo: «Aquí está Philippe. ¡Tiene una herida en la mandíbula!» A decir verdad, no sé si pronunció mi nombre. Pero sí recuerdo que me agarré a su rostro familiar como a un ancla, tenso por la necesidad de actuar y arrugado ya por la crecida de la preocupación; también él me dio la impresión de venir de otro mundo, el de los hombres en posición erguida que no habían sufrido eso con lo que, como era mi caso, habría que vivir en adelante. No pude formularlo en estos términos, pues todo era fruto solamente de la sensación, del flotamiento, del imprevisible remolino de pensamientos y reminiscencias, y de una compasión casi insoportable por los muertos y los vivos. ¿No iban ellos a quedar irradiados de la violencia que nos había arrastrado? ¿Era contagioso? ¿Hasta qué punto me había afectado a mí? No es que disfrutara de una especie de elevación, la sufría. Siguiendo a Baudelaire, que en breve había de acompañarme como un pasajero clandestino en los momentos más delicados, casi hubiera podido decir:

Detrás de los problemas y las grandes penas
que lastran con su peso la existencia brumosa,
feliz quien puede con un ala vigorosa
elevarse hacia las tierras luminosas y serenas.

Casi, digo. El ala vigorosa estaba entorpecida por un no sé qué mientras los primeros auxilios me examinaban y, para mi gran disgusto, cortaban con unas enormes tijeras brillantes las mangas de mi bonito chaquetón para liberarme. Protesté, no quería separarme de él, no quería perderlo, ni el chaquetón ni la bolsa ni el móvil ni nada, pero el hombre que cortaba prosiguió su trabajo con grandes gestos mientras me decía que me calmara y que no me moviera. Una vez que me hubo quitado el chaquetón, el hombre se marchó y yo cogí mi mochila y me la pegué al vientre para ya no soltarla. Entendía que se me iban a llevar enseguida. A mi derecha oí unos gemidos, monótonos e insistentes a la vez, tan insistentes y monótonos que parecían de mentira. De modo que por allí había alguien más con vida. Era Fabrice, que se dolía de las piernas heridas. Me sentía aliviado por no ser el único superviviente y también por algo más, pero ¿qué era? Escuchaba los gemidos de Fabrice cuando de pronto lo entendí: me revelaban que yo no sentía dolor. Ni en el brazo derecho, ni en las manos, ni en la cara notaba la más mínima sensación. Me los miré tratando de comprender este misterio que mi cirujana, unos días más tarde, me explicaría con su naturaleza didáctica y jovial. Me miré las manos y pensé en los artículos sobre Shakespeare y sobre el libro de jazz que aquel día no iba a escribir.

Se acercaron otros hombres. Se preguntaron cómo debían sacarme de allí. El paso era estrecho, obstruido como estaba por esos muertos que no había que mover. Cogieron una de las sillas que había en la sala, me pusieron encima y me levantaron. En mi recuerdo la silla tenía ruedas, como sucede a menudo en los periódicos. Dos hombres cargaban con ella y un tercero me sujetaba las piernas. Insistí en que quería llevarme la mochila. Se me llevaron con cuidado, aunque bastante deprisa, y por primera y última vez

sobrevolé a mis compañeros muertos. Baudelaire terminaba «Elevación» con estos versos:

> Aquel cuyos pensamientos, cual alondras,
> levantan hacia el cielo matutino su vuelo.
> –¡Que planea sobre la vida y entiende sin esfuerzo
> el idioma de las flores y de las cosas mudas!

Al elevarme ¿hacia qué levantaba el vuelo? ¿Mis pensamientos, alondras? Alondras, ¡os desplumaré!, como dice la canción infantil. Planeaba sobre mis compañeros muertos y comprendía sin esfuerzo su lenguaje sin llanto. Comprendía desesperadamente el mutismo de aquellos a quienes abandonaba, porque en ese instante yo era todavía uno de ellos.

No vi a Honoré, que sin embargo murió casi encima de mí. No vi a Cabu, cuyo cuerpo tenía no obstante debajo. Pero sí vi a Tignous, tendido boca arriba, el rostro un poco amarillo alrededor de las gafas, los ojos cerrados, parecido a una estatua yacente. No vi el bolígrafo clavado entre sus dedos, estaba hipnotizado por su rostro, y fue entonces, al pasar por encima de él, cuando sentí la soledad de estar vivo. Era la tristeza de ir hacia cualquier cosa, a cualquier lugar, a sabiendas de que él ya no podría seguirme. Nunca habíamos sido íntimos, entre nosotros no había más que una simpatía instintiva. El acontecimiento nos unió en el mismo instante en que nos separaba. Jamás podremos disfrutar de la intimidad que sus tinieblas habían forjado. Toda la vida hasta la muerte, como dicen los niños, toda la vida en la muerte. Miré su rostro todo el tiempo que me permitió el transporte; después, volviendo la cabeza a la derecha, vi el cuerpo de Wolinski. Estaba ligeramente apoyado en la pared. Tenía el rostro sosegado, un poco triste, pensé que era un viejo pájaro espléndido, una especie de águila infinitamente civilizada, y que la melancolía que tan bien escondía le había dado alcance. La sonrisa había desaparecido. Los muertos no sonríen ni hacen reír. Georges se reunía con Tignous y con el cráneo de Bernard, y desde mi silla voladora y traqueteante les dije con cierto tono, como si estuvieran vivos: «Habéis tenido potra, para vosotros

se ha acabado. Para mí no ha hecho más que empezar.» Un poco más lejos estaba el jersey de marinero de Charb, pero apenas lo entreveía cuando me sacaron de la sala. Este movimiento hizo que me ahorrara descubrir cómo le habían dejado la cara.

En la entrada distinguí mi móvil en una mesa. Estiré el brazo hacia donde estaba e hice una señal a quienes me llevaban, tratando de verbalizar lo que estaba señalando. Uno de ellos me miró, vaciló y dijo: «¿Qué quiere? Ahora no hay tiempo, de eso nos ocuparemos más tarde», y salimos. Miré el teléfono una última vez, hasta el final, como si pudiera atraerlo con los ojos como con un imán. El momento en que lo perdí de vista abre un período de cuatro meses en los que ya solo dependo de los demás.

No sé si me pasaron a una camilla arriba o al llegar a la planta baja. Fuera, el día era gris y hacía frío. Había gente, ruido y ambulancias por todos lados, todo un despliegue agotador de vivos. Sentí por primera vez una sensación que no pararía de renovarse, con más o menos intensidad, de hospital en hospital: salía de una burbuja en la que todo era sordo e inmóvil, en la que vivía con los muertos igual que iba a vivir con los cuidadores, depositado en una habitación de vibraciones profundas y acolchadas, para entrar a cielo abierto en un mundo agitado, indiferente e incomprensible, un mundo en el que la gente iba y venía y actuaba como si nada hubiera ocurrido, como si sus actos no tuvieran la menor importancia, como si se creyeran vivos.

Dejaron la camilla delante de un hombre vestido con uniforme, probablemente un bombero. Para mí, era un gigante. Su poderío vertical y el uniforme me tranquilizaron. Me miró y poco menos que gritó: «¡Esto es una herida de guerra!» La palabra explotó y resonó luego como un eco íntimo y sin embargo extraño, un eco causado por una historia que me invadía sin que fuera mía. Era una víctima de la guerra entre Bastille y République, a unas pocas manzanas de la librería rusa, de la tienda de comestibles italianos y de *Libération*, a cien metros de la panadería donde a veces me compraba un cruasán después de la reunión de los miércoles, a apenas unos metros de mi bicicleta atada a una señal de tráfico. Pensé: «¡Mi bicicleta! ¡Me la van a robar, como el móvil!» Era un herido de

guerra en un país en paz y me sentí desamparado. Cogí al vuelo la expresión del gigante mientras me apretaba aún más fuerte la mochila contra el cuerpo, sentía que su incongruencia era valiosa y que tenía que guardarla dentro y llevármela a todas partes como una extraña bendición, como una extraña maldición; llevármela con todo lo que la mochila contenía ese día, mis libros, mis cuadernos, mis bolígrafos, mis papeles, mis fotos de identidad, las tarjetas de visita entregadas por gente a la que había olvidado, y hasta las piedras recogidas en una mina chilena, no lejos de la ciudad natal de Gabriela, y de las que nunca me separaba.

En la ambulancia, otro hombre se sentó a mi lado y me dijo que no me moviera. No le hice caso y abrí el bolsillo delantero de la mochila para sacar mi tarjeta sanitaria y mi carné de identidad: si algunos individuos se habían muerto o extinguido en mí, estaba claro que no era el caso del ciudadano obediente y dado de alta en la seguridad social. Hacía los gestos que la administración hubiera esperado de él en condiciones normales, y los hacía con el mayor cuidado, con la mayor culpabilidad, como si su existencia debidamente inscrita y su futuro administrativo dependieran de ello. Mientras se llevaban al herido de guerra, el buen ciudadano Lançon pensó: «Cuando llegue al hospital, tienen que ver estos papeles. Si no, no sabrán quién soy, me harán pagar y tardarán una eternidad en devolverme el dinero; ¡eso si me lo devuelven! Perderán mi expediente y no me lo devolverán.» El herido no había ingresado todavía en el hospital cuando el ciudadano, esa mula numerada, ya había salido. Mostré al hombre que iba sentado mis dos documentos, mis dos comodines, como si me dispusiera a pasar por el Checkpoint Charlie antes de la caída del Muro de Berlín. Los cogió y me los puso entre los muslos. Pasó un tiempo indeterminado, yo miraba el cielo a través de los cristales para averiguar, como en las películas, adónde me llevaban. Me pregunté si me dirigía al norte o al sur, si cruzaba el Sena. El barco de Robinson es anónimo, y no se me ocurrió ningún nombre de hospital.

Más tarde me sacaron de la ambulancia, la camilla entró rodando en el vestíbulo. Me puse –¿de repente?, ¿al fin?– a sollozar y a llorar cuando una enfermera de pelo castaño y rostro dulce y concentrado

me dijo que me tranquilizara, que ya estaba, que ya había llegado, que iba a dormirme, que se ocupaban de mí y que todo iría bien. Me puso una máscara, me hablaba y yo ya no la entendía, sentí que me ahogaba, y mientras el pánico se adueñaba de mí, me puse a llorar, volvía a tener cinco o siete años, los tendría siempre, me habían abandonado de noche en un país lejano, sin padres, sin amigos, sin colegas, sin mujer, sin nada, solo con ese rostro de enfermera, y fue así como todo se apagó.

6. EL DESPERTAR

Me desperté en los pliegues cotidianos del éxtasis, como en Cuba, con el aroma del café. Estaba en mi cama, descansado, de buen humor. Amanecía. Había dormido bien e iba a levantarme, tomar café, hacer un poco de gimnasia, ducharme, perfumarme, leer, tomar notas y luego, después de pasar por *Charlie*, escribir en *Libération* mi artículo sobre *Noche de Reyes*. Me desperté en mi cama y, aún medio dormido, vi pasar en la penumbra el día delante de mí, como casi todas las mañanas, pero con una precisión poco habitual, una precisión de inventario. Era un día que nunca tendría lugar y que ya había tenido lugar.

De camino al periódico me paraba en el Monoprix para comprar un yogur líquido que me bebía en la acera del bulevar, y olí el perfume avainillado del yogur. Empecé a rumiar las frases del artículo mientras aspiraba los olores urbanos de la mañana, los buenos y los no tan buenos, a los que soy extremadamente sensible. Un pequeño grupo de vagabundos, siempre el mismo, estaba sentado en el banco cerca del Monoprix. Emitían unos sonidos roncos, violentos, para mí indescifrables, y una vez más me pregunté qué podían querer decirse en aquel tono, con aquellas voces, cómo podían haber sido sus vidas, pero no me atrevía ni a acercarme ni a hablarles, por comodidad o por pudor, y porque ya no era el periodista veinteañero cuyo primer reportaje destacable, hecho en Lyon, había consistido en vivir por unos días en la calle y en un albergue junto con dos vagabundos. Justo cuando tiraba la botella vacía de yogur en la papelera que tenía más a mano, me acordé de los dos vagabundos de Lyon, como casi todos los días y como si los hubiera visto la víspera y como si estuvieran allí, en la cabecera de mi cama, con su tez de fresas silvestres, «fresa silvestre» era el apodo de uno, del que no hablaba. Me acordé de la lección de mendicidad que me dieron delante de gente de la que yo era parte, esa gente para la que la ciudad no es un territorio de lucha y

conquista, un territorio sin hogar ni amparo como iba pronto a convertirse para mí por otros motivos. Me acordé de cuando me aconsejaron que volviera a mi casa –«eres demasiado joven y el invierno es muy duro»– y me dieron cincuenta francos para coger el tren o el autocar, cincuenta francos que no pude rechazar.

Aún no me había movido. Dentro de una semana iba a estar en Nueva York, en casa de Gabriela. Su última sonrisa antes del atentado, en la pantalla del iPad, se remontaba, creía yo, a apenas unos minutos atrás. Pronto volvería a aparecer fuera de la pantalla, delante del East River, y al olor del café se añadió enseguida el del aliento de Gabriela. Los noté ambos, el uno dentro del otro, antes de abrir los ojos. Y los notaré probablemente hasta la muerte, intactos, flotantes, porque nunca tuvieron tanta fuerza ni intensidad como cuando fueron una ilusión y un adiós.

Vi y viví todo esto durante unos segundos, durante veinte años, todo ello recogido por el tiempo con un solo gesto, como un ramo de flores que uno creía cogidas en el campo y que, a la luz del salón, se revelan artificiales. Estaba poseído por los fantasmas dulces del amor, del futuro y de la costumbre. Estos fantasmas tienen la piel dura, la eternidad se abre siempre detrás y delante de ellos; pero en ese momento tenían la piel frágil y todo se desvaneció: el apartamento, la cama, el café, el yogur, la fruta, los vagabundos, la lección de mendicidad, la jornada de trabajo, Shakespeare, la sonrisa y el aliento de Gabriela, y todo lo que conformaba y hubiera podido seguir conformando mi vida.

El hombre de las piernas negras se coló en la ensoñación y empezó a alterarla sin que pudiera reconocerlo ni interpretarlo: yo seguía siendo el de antes, pero algo empezó a descuadrarse. Las piernas negras se instalaron por doquier sin que nadie las hubiera invitado. Modificaban las cabezas, los gestos, los olores. Los alejaban como unos portadores de lámparas que, una vez lejos, las apagaban. Me señalaban una dirección ignota que yo no quería seguir y sin embargo seguía. De pronto, un detalle me alertó: no había abierto los ojos cuando me pregunté cómo podía notar el olor del café si yo no me había levantado y mi cafetera no era automática. Fue entonces, al abrir los ojos, cuando vi la gran sala de

reanimación y su luz macilenta, entre amarilla y verde, y, bajándolos a los pies de la cama, en lugar de la barandilla de forja y de la funda nórdica, esa sábana amarilla desconocida sobre la que reposaban dos brazos y dos manos vendadas. Necesité varios segundos para comprender que eran los míos, y en esos segundos que iban más allá de la cama se precipitó todo lo demás, el atentado y los minutos siguientes, y con ello cincuenta y un años de una existencia que terminaba allí, en ese recobrar la conciencia, en ese preciso instante.

Levanté los ojos y, a mi izquierda, encima de mí, apareció el rostro de mi hermano Arnaud. Fue entonces cuando sentí por primera vez que me había ocurrido algo grave, que aunque el café y lo demás eran un sueño, el atentado no lo era, y miré a mi hermano, siendo yo el mayor, como nunca lo había mirado. ¡Qué delgado estaba! Y extrañamente pálido... ¿Había adelgazado y empalidecido en tan poco tiempo? ¿Qué hacía allí? ¿Solo? ¿Cuánto hacía que no lo veía? Apenas unos días... Ahora, las luces de aquel lugar desconocido lo habían desteñido a él. Habían repintado a mi hermano con los colores de mi nueva vida y al mismo tiempo lo habían rejuvenecido, desde el corazón mismo de la angustia y el cansancio, rejuvenecido y fortalecido en la misión que aceptaba e iniciaba. Esta misión iba a convertirlo en mi hermano gemelo y en mi director de gabinete práctico, administrativo, social e íntimo durante varios meses. La orden se había emitido, a pesar suyo y en contra de mi voluntad, en ese primer intercambio de miradas. Moví la mano hacia la suya con una doble exigencia de consuelo: yo debía consolarlo a él y él debía consolarme a mí, una cosa entrañaba la otra, no habría ningún consuelo en un único sentido.

Pensé que cada uno de nosotros no tenía más que un hermano, el otro, e imaginé cómo sería su vida sin la mía y, mirándolo fijamente, mi vida sin la suya. Los niños hacen a veces este experimento, por divertirse y jugar, para darse miedo y para poner a prueba los límites de su resistencia al pavor –para quedarse más tranquilos, a fin de cuentas–. El ejercicio requiere cierta complacencia, como cuando apretamos el diente que nos duele para comprobar el dolor que hacemos aumentar y sentir el delicado placer de quejarnos mientras lo renovamos. Lo que me pasaba era quizá de la misma índole, pero

de una intensidad distinta: no era yo quien jugaba, se jugaba conmigo, y la visión se me vino encima sin que estuviera preparado.

Cuando uno imagina lo más inimaginable con una fuerza imprevista y como separada de sí mismo, una fuerza tal que la escena imaginada se convierte en la única posible, algo cede en el tejido frágil y resistente que sirve de conciencia: la perspectiva de nuestras muertes gemelas abrió un campo del que enseguida presentí, pese al estupor, que si lo recorría iba a volverme tan loco como si viera demasiado los sesos de Bernard. Me imaginaba a mi hermano muerto y veía pasar lo que venía a continuación, su entierro, nuestros padres deshechos, yo haciéndome cargo de ellos, etc. Me imaginaba a mí muerto y veía pasar lo que venía a continuación, mi hermano en mi entierro, nuestros padres deshechos, él haciéndose cargo de ellos, etc. En ambos casos el entierro se celebraba en nuestro pueblo y la tumba era la de nuestros abuelos, a unos pocos metros de la del escritor Romain Rolland. Las escenas se despegaban de mí y giraban como caballos de madera en un tiovivo, mezclándose para envolverme y encerrarme en su fijeza y en su repetición. El tiovivo iba a volver de tarde en tarde en los meses siguientes. Acogería escenas distintas pero recurrentes que no hacían más que girar una y otra vez. Unas me hacían vivir lo que más miedo me daba; otras, las más temibles, lo que había vivido y nunca podría volver a vivir: asistía en bucle al entierro de mis vidas pasadas, pero ¿quién estaba de luto exactamente? No tenía ni idea. Enseguida se hacía presente el campo de lo peor, una sucesión de imágenes que me acorralaban para estrangular los restos de mi propia existencia y llenarlos de incertidumbres, de vacío. Me convertía en lo que veía y lo que veía me hacía desaparecer. Igual que una bandada de cuervos en un campo de trigo se había convertido un día, mientras lo pintaba, en la única realidad, la del artista de la oreja cortada y de la nube en la que se perdió.

El trigal de Van Gogh se me apareció por primera vez en ese momento, en la noche del despertar. Cerré los ojos para zafarme de él, con la esperanza de encontrarme de nuevo la ilusión del café y el aliento de Gabriela, de encontrármelos en la realidad. Pero el

atentado no permite esta clase de ficción: desbarata toda tentativa de vuelta atrás. Es el futuro lo que destruye, el único futuro, su única destrucción, mientras reina no es más que eso. Volví a abrir los ojos. Mi hermano seguía allí y estaba vivo. Yo también. El trigal de Van Gogh había desaparecido. La enfermera llegó para comprobar mi estado y el de las perfusiones. Nos dio una pizarrita Velleda y un rotulador azul para que pudiéramos comunicarnos.

¿Qué relaciones tienen los hermanos y hermanas? ¿Cómo se conjugan los recuerdos de una intimidad cotidiana –la de la infancia– con el alejamiento progresivo que le suele suceder? Arnaud y yo nos entendíamos bien, entre nosotros no había tensiones ni conflictos, pero no nos veíamos mucho, salvo en las comidas familiares. Teníamos vidas y amigos totalmente diferentes (dos perros de una misma camada pero de razas distintas, y que solo encuentran sus reflejos comunes en la caseta que los devuelve al tiempo perdido y compartido). Adquirida o innata, esta distancia se esfumó en la sala de reanimación, o bien nuestra intimidad, latente, aprovechó para resurgir una ocasión que ambos nos habríamos ahorrado. Mis padres aún no habían llegado, yo no sabía si era de madrugada, de día o de noche; era Arnaud quien se ocupaba de mi vida y de mis horarios. Lo hizo con la fiabilidad, la diplomacia y el sentido moral que lo caracterizaban. Nuestra infancia común, nuestras vacaciones, nuestras fiestas, nuestras bromas sin gracia, nuestros almuerzos rápidos y regulares en un restaurante chino de la avenue de la République en el que comíamos siempre exactamente lo mismo, los mil y un vínculos que nos unían sin que pensáramos en ello, todo parecía haber sucedido para terminar allí, en esa sala de reanimación, primer marco de la prueba que nos esperaba. El atentado nos afectó con tanta fuerza que nunca hubo necesidad, en los meses sucesivos, de comentarios ni explicaciones: su violencia y la violencia de sus consecuencias lo simplificaban todo.

Arnaud había llegado preguntándose a qué le tocaría enfrentarse. Ignoraba hasta qué punto estaba herido, consciente o mermado. Le aterraba la idea de encontrarse con un vegetal o con un hombre completamente desfigurado. Descubrió una cara intacta en dos tercios. El último tercio, el inferior, estaba cubierto de apósitos. La

falta de labio, dientes y el agujero solo podían imaginarse. La operación había durado entre seis y ocho horas. Los ortopedistas esperaron a que los estomatólogos hubieran terminado su trabajo para remendar las manos y el antebrazo derecho. Mi cirujana, Chloé, comía con una amiga cuando la llamaron. «¿Y sabe de qué estábamos hablando?», me dijo dos años más tarde. «¡De Houellebecq! Mi amiga se había presentado con *Sumisión*, que me regaló...» Allí terminó la comida. Más tarde leyó el libro y le gustó. ¿Qué le habría parecido si mi llegada al quirófano no hubiera acortado su almuerzo? Cuando me lo comentó, estábamos en su consulta, yo ya no estaba tumbado y simplemente nos reímos de la coincidencia, aunque, después de todo, ¿era coincidencia? Houellebecq se me antojaba entonces alguien muy lejano. Formaba parte de mis recuerdos, igual que forma parte de mi libro. Me pregunto quién se quedó con el ejemplar anotado de *Sumisión* que yo perdí.

No sabía qué hora era, si había pasado una hora, un día o un mes. Más tarde supe que era medianoche. Arnaud me dijo con voz suave: «Hemos tenido mucha suerte, hermano. Estás vivo...» No fue hasta que oí estas palabras cuando supe que podría estar muerto, y mirándome de nuevo las manos y los brazos vendados, recordando que tenía la mandíbula destrozada, me pregunté por qué no lo estaba. En esta pregunta muda, dirigida a no sé quién, no había ni un ápice de ira, pánico o lamento. Solo una búsqueda del norte. Estaba desorientado. Volví a mirar a mi hermano, noté que me costaba respirar. Mi antiguo cuerpo se iba para dejar sitio a una acumulación de sensaciones precisas, desagradables e inéditas, pero lo suficientemente bien educadas como para entrar solamente de puntillas.

Arnaud me miraba; definitivamente, lo encontraba delgado y pálido como la luz de la que parecía salir. ¡Parecía tan joven, tan solo! Me faltó poco para compadecerlo y acogerlo en mis brazos, pero mis brazos no querían moverse. Y, esta vez simultáneamente, nos miramos como dos hermanos que por poco no se hubieran visto nunca más y a los que la perspectiva de la muerte acababa de unir. Ni siquiera intenté hablar. Todavía no era consciente de los apósitos

que me cerraban la cara ni de la traqueotomía, o la traqueo, como pronto me enseñarían a decir, ni tampoco de la sonda nasal que no tardaría en irritarme la garganta y la nariz a más no poder, pero algo me decía que era imposible hablar. El paciente presiente lo que ignora. Su cuerpo violentado es un perro que ladra. Anuncia unos invitados, desconocidos e indeseables en su mayoría, a la conciencia, que se creía dueña de la casa. Le hice una señal lenta a Arnaud, un gesto mínimo de soberano moribundo, y él empezó a hablarme. ¿De qué? No importa. Me hablaba.

Más tarde le hice otro gesto. Comprendió que quería la pizarrita que había traído la enfermera. Escribí con dificultades, en mayúsculas: «Con Gabriela está jodido.» Había recapitulado a gran velocidad: vivía y sobrevivía en Nueva York, sin dinero, sin nada fijo; sobrellevaba un divorcio difícil que la sacaba de quicio; su padre moría lentamente en el desierto de Atacama recitando poemas de Pablo Neruda a los fantasmas. Por muy grande que fuera la fuerza de su amor, nunca podría soportar la maratón que se anunciaba. Los hechos iban a demostrar que me equivocaba, al menos en parte. Sin embargo, no escribí esta frase en la pizarra Velleda para conjurar lo que anunciaba. La escribí para aliviarme de la pena que presentía: escribir era protestar, aunque también era ya una forma de aceptación. La primera frase, pues, tuvo esa virtud inmediata: hacerme comprender cuánto iba a cambiar mi vida, y que había que admitir sin vacilar todo lo que dicho cambio entrañaría. Las circunstancias eran tan nuevas que exigían un hombre, si no nuevo, al menos metamorfoseado en el plano moral como lo estaba en el plano físico. Todo se jugó, creo, en esos primeros minutos. Una combinación de estoicismo e indulgencia definió mi actitud en los meses que siguieron: nació en aquel instante, bajo aquella luz y con aquella sencilla frase: «Con Gabriela está jodido.» Se trataba de una combinación no exenta de dandismo: quise aparecer en todas las circunstancias como aquel que había decidido ser, desde el quirófano al baño, desde la silla a la camilla, desde el pasillo austero del servicio al hermoso parque sombreado del hospital de la Salpêtrière. Pero en la medida en que mi cuerpo sufría una metamorfosis brutal e irreversible, esta manera de ser se convirtió en mi segunda

naturaleza, en aquella que lo acompañaba. La necesidad (aceptar todo) y el deber (aceptarlo con la mayor gratitud y ligereza posibles, con una gratitud y una ligereza de hierro) iban a llevarme a convertir en inmutable lo único que podía y debía serlo: mi carácter en presencia de los demás. Los cirujanos ayudarían a la naturaleza a reparar mi cuerpo. Yo debía ayudar a esta naturaleza a fortalecer el resto. Y no rendir homenaje al horror vivido con una ira o una melancolía que tan a menudo había expresado en días menos difíciles, ya pasados. Me encontraba en una situación en la que el dandismo se convertía en una virtud.

Borré la primera frase y escribí la siguiente: «Este pequeño periódico que no hacía daño a nadie.» Hablaba de *Charlie* –con una ingenuidad un pelín chillona, una ingenuidad de niño triste y desamparado, pero no solo eso–. De los escritores suele citarse la última frase que pronunciaron, siempre y cuando parezca que tiene un sentido que ilumine sus vidas y las circunstancias, como en misa. Cuando Chéjov muere diciendo *«Ich sterbe»*, me muero, es puro Chéjov, pensamos. Dice lo único que puede decir cuando muere. Este lacónico pleonasmo liquida todo efecto literario. En mi caso, aunque estaba en el limbo y era poca cosa como escritor, escribía ahora mis «primeras frases». Y como tengo tendencia a lo pomposo y sentimental, esta, «Este pequeño periódico...», pecaba de ambas cosas. Si nuestros defectos nos siguen es porque estamos vivos, y entonces basta solo con darles forma. La pequeña frase seguía la reguera cavada por mi abuelo materno, un hombrecillo encantador que era incapaz de concebir maldad ninguna. Había nacido en una familia de campesinos pobres de los Pirineos, cerca de la frontera española, y era, como suele decirse, de lágrima fácil, quizá por el deshielo de los glaciares que había delante de su pueblo. Era un viejo socialista radical, que nació en la clase popular y en la clase popular se quedó. Aunque llevara muerto treinta y dos años, era él quien me cogía de la mano en ese instante. Murió cuando yo empezaba en el oficio que acababa de llevarme allí, a aquella sala de reanimación, y nadie más hubiera podido escribir, después de quitarse la boina negra y temblar un poco con las mejillas en medio

del olor de Caporal, aquella frase justa y empañada: «Este pequeño periódico que no hacía mal a nadie.»

Este «pequeño periódico» tenía una gran historia, y su humor, por fortuna, había hecho daño a un número incalculable de imbéciles, beatos, burgueses y notables, a gente que se tomaba en serio su lado ridículo. Hacía algunos años que estaba poco menos que moribundo; la víspera había dejado de existir. Aunque puede que existiera ya de otro modo. Los asesinos le habían dado en el acto un estatus simbólico e internacional al que nosotros, los que lo hacíamos, hubiéramos preferido renunciar. No queríamos esa gloria, toda esa gente, mi abuelo habría dicho «esas gentes», pero no nos habían dado a elegir, y en adelante habría que aprovechar eso, por supuesto, pero también soportarlo. Nos habíamos convertido en un gran periódico que hacía daño a un montón de gente.

Mi hermano fotografió la frase y al cabo de un rato mandó la foto a mis amigos, a colegas de *Libération*, al fin y al cabo era una prueba de que estaba vivo: podía pensar, recordar, emocionarme, podía trazar letras y juntar palabras, estaba por tanto vivo entre los vivos. Después volví a coger el rotulador y le indiqué a mi hermano que tenía la bici aparcada delante de *Charlie* y que habría que pensar en ir a buscarla urgentemente. Vi en su mirada que no daba crédito.

Hacia las dos de la madrugada, la enfermera volvió y le pidió que saliera. Tenía que cambiarle los apósitos al paciente de al lado. Aprovechó para traerme una libreta grande de color salmón de la Assistance Publique. Cuando volvió, mi hermano se sorprendió de ver el rotulador fijado en los tres dedos sin vendar de la mano izquierda y la libreta abierta sobre mi vientre, encima de las sábanas. Guardó la libreta y me la dio unos meses más tarde. La abro de nuevo y leo esas letras grandes trazadas con vacilación, escritas como en una lengua extranjera, menos por un superviviente que por un desconocido, un ancestro, casi un dinosaurio, en la pared de una cueva. Las letras, en mayúscula, aparecen inclinadas sobre la página en todas direcciones. Solo hay una o dos palabras por línea, como si las hubiera escrito a oscuras. Cojo una antorcha y me muevo por la cueva por donde vine. Ilumino esas pintadas.

Primera página: «¿Quién ha muerto? / ¿Cabu Wolinski Charb / Riss? / ¿Qué día? / ¿Quién va a venir? / Tengo la mochila aquí conmigo.» Me deleito escribiendo los signos de interrogación, dibujándolos. Son ganchos a los que me agarro. Necesito saber si ha habido más muertos de los que yo he visto y quiénes son. ¿He visto lo que me ha parecido ver? ¿Qué es lo que no he visto? Echo cuentas. Compruebo. Me preocupa la idea de haber perdido la mochila, con mis libros, mis cuadernos, mis papeles. Pienso de nuevo en el chaquetón rasgado primero por las balas y luego por las grandes tijeras de los servicios de emergencia. Las llaves de mi casa estaban en un bolsillo. Vuelvo a pensar en mi bici. Estas pérdidas me angustian, por si no bastara con esto, encima quizá me entran en el piso y me roban. No recuerdo qué contesta mi hermano. Su propio diario recoge que me habla, me habla de todo un poco, de lo que se sabe del atentado, que en ese momento no es gran cosa, de los amigos que preguntan cómo estoy, de todos aquellos que en breve pasarán a engrosar el carné de baile hospitalario que él lleva, insisto, con la compenetración de un hermano gemelo y la eficacia de un superintendente. Cuando para, le doy un golpecito en el codo. Me dice: «¿Quieres que te cuente cosas?» Digo que sí con la cabeza, sistemáticamente. Quiero que me cuente cosas, que me hable del atentando, pero sobre todo de las cosas más cotidianas, de nuestros padres, de sus hijos, de momento es lo único que me ata a la vida. Y entonces, incluso cuando no sabe qué más decir, continúa.

Aquel día él estaba en Niza, había ido a visitar a unos clientes de la empresa de informática que fundó ahora hace quince años. A las 11.45 recibe desde mi móvil la llamada de Coco, que no coge: está reunido. Cuando sale a comer con ellos, se aparta para consultar los mensajes y lo oye. Aturdido, consulta las noticias en su teléfono inteligente y se entera de que, en efecto, ha habido un atentado en *Charlie*. Llama a mis padres, que ya están al corriente. Laurent Joffrin, el director de *Libération*, los ha llamado. Saben que estoy vivo, pero no dónde ni en qué estado me encuentro. Mi hermano comunica la noticia a sus clientes y se dirige al aeropuerto conduciendo «como un robot», en sus propias palabras.

Al aterrizar en Orly, sobre las cuatro de la tarde, se entera por

nuestra madre de que estoy en la Pitié-Salpêtrière. La familia recibe noticias gracias al marido de una prima joven, Thibault, que empezó su carrera de anestesista en este hospital. Sus amigos lo van informando de la intervención en ligero diferido. La operación se alarga y Thibault aconseja a mi hermano que no vaya al hospital esa noche, que estaré demasiado atontado como para interactuar con nadie. En su diario, mi hermano escribe: «No puedo concebir que, después de lo que ha vivido, Philippe no se encuentre con un rostro familiar y una presencia cariñosa cuando abra los ojos. Prefiero ir, aunque sea por nada, que quedarme en casa.» Es la decisión correcta: su presencia, al instalarme en una lucidez maníaca y enternecida, provoca incontables..., ¿cómo llamarlas?, ¿emociones, reflexiones? Emociones reflexivas, más bien. Salgo de un atentado y de una operación de seis u ocho horas, estoy cubierto de tubos y de apósitos, no noto nada y ya me duele todo, pero estoy obsesionado con los detalles prácticos y con el sentido de una experiencia que todavía no he asimilado, ni siquiera, a decir verdad, vivido.

Segunda página: «Cancelar / Air France Cancelar / Estado mandíbula / Tenía que ir a NY el 14/1 / Cancelar Air France.» Mi hermano descifra las palabras, las repite, rellena los huecos como en un autodictado. He estado a punto de morir y en lo único que pienso es en que Air France me devuelva el dinero del billete: el pequeñoburgués sobrevive a todo. Tercera página, dirigida probablemente a la enfermera de guardia, puesto que mi hermano conoce a Gabriela: «Mi novia Gabriela está en NY.» Cuarta página, de nuevo destinada con toda probabilidad a mi hermano: «Gracias / Ha sido como un sueño / ¿Quién es? / Asesino.» Aquí puedo reconstruir los huecos. Le doy las gracias por estar allí, primer agradecimiento de una canción recurrente y destinada a todos cuyo estribillo se convertirá pronto en «Muchas gracias». Hasta el día en que, tres meses más tarde, en el hospital de los Inválidos, una auxiliar de enfermería antillana, tajante y graciosa, me deje cortado con un «¿Por qué muchas gracias? Es demasiado. Basta con gracias. Sea simple, no me gusta la gente que hace la pelota.» Se equivoca. No hago la pelota a nadie: me esfuerzo por ser lo más cortés posible con aquellos de quienes dependo. Y tiene razón: poco a poco dejaré

de decir «muchas», puesto que no quiero que la cortesía se confunda con la adulación de quien vive a costa de quienes lo escuchan. Me gusta ser zorro, pero lo justo para no convertir a los cuidadores en cuervos.

«Ha sido como un sueño» son mis primeras palabras, triviales, para definir el atentado. Triviales y no del todo justas: ni fue como la vida ni como un sueño. Sucedió en un espacio y en un tiempo para los que nada hubiera podido prepararnos. Y este espacio y este tiempo no eran lo contrario de un sueño, sino su prolongación más allá de los nervios cortados. «¿Quién es?» hace referencia a la palabra siguiente, «Asesino», que mi hermano al principio no entendió. Todavía no se sabe quién ha sido, yo creo que solo hay un asesino, el de las piernas negras, el único que he visto, aunque también pensé: «Se han ido.» Las páginas siguientes informan a mi hermano de lo que ya sabe (pero yo no sé que sabe): Coco ha llamado desde mi teléfono móvil, hay que avisar a Luce Lapin, la asistente del periódico, para que lo recupere. No soy consciente de que este teléfono, como todo lo demás, se ha convertido en una prueba. Luego vuelvo a hablar de mi mochila: «Llegué con mochila negra / Dentro, iPad.» Y, en la página siguiente: «¿Marilyn? / ¡Lo van a alucinar! / Ningún momento perdido conciencia.» Le pregunto a mi hermano si han avisado a mi exmujer. La certidumbre de su dolor me asusta. ¿Cómo lo va a encajar? No es que me esté dando mucha importancia, pero sé qué nos une. Vivimos durante diez años en una simbiosis casi total: solo ella puede comprender de mí todo lo que a mí se me escapa. «¡Lo van a alucinar!» se refiere a mis padres. El uso del «lo» y de los signos de admiración no están ahí por casualidad: trato de introducir una pizca de familiaridad en el desastre, como si estuvieran todos sentados a la mesa, hace unos días, con nuestras bromas y un vino bueno; como si yo fuera a aparecer con una máscara de carnaval en la cara. «Ningún momento perdido conciencia» es antes que nada una circunstancia –una suerte o una desgracia– de la que me enorgullezco. El asesino ha herido al hombre, pero no ha alcanzado al testigo. Mejor para mí, peor para él.

Y ahora mi página preferida:

He tocado
Brazo y rostro entre Los muertos y
comprendido
¡Adiós, Princeton!

Aunque seguía leyendo, hacía ya bastante tiempo que había dejado de escribir poesía, salvo en forma de retratos o de versos facilones. Cuando ya no se trata de convertirse en La Fontaine o en Rimbaud, lo mejor es destinar el talento residual a las circunstancias, a la diversión y al olvido. La aparición de los SMS favoreció esta resurrección de un tono menor sin futuro. Estas palabras escritas en la sala de reanimación en mitad de la noche son quizá mi mejor poema. Tiene el mérito de ser involuntario y, como se trata de una experiencia, el inconveniente de haber exigido un poco demasiado de mi vida. «¡Adiós, Princeton!», me gusta esta cadencia que mezcla a Fitzgerald, la Lechera y su cántaro de leche, me gusta porque no es intencionada. Adiós, Gabriela, «¡Adiós, Princeton!», lo escribí en una noche en vela como un buen chiste, levantando los ojos al techo, mientras había que despedirse de muchas cosas y la traqueo, señalando su engorrosa existencia, empezaba a enseñarme que pronto habría que dar la bienvenida a otras.

En la página siguiente escribí con toda naturalidad: «Os necesito a vosotros / ¡y a / Gabriela!» Aquí, los signos de exclamación tienen un sentido completamente distinto que los que enmarcan a Princeton. Escribo a mi familia y a Gabriela, que no está, que es inconcebible seguir adelante sin ellos. Aunque «seguir» no es la palabra adecuada. Todavía no lo sé, pero de lo que se trata es de una serie demencial de nacimientos en la que cada nacimiento borra los dolores del anterior bajo el peso de los que vienen después. Por lo demás, ¿no había escrito dos horas antes que con Gabriela estaba jodido? A esta hora, la memoria es un disco duro saturado. Borra o modifica lo que la conciencia, que lucha en presente, no podría soportar.

Las últimas páginas de esta primera libreta están cada vez más llenas de letras: la loca costumbre de escribir recobra el protagonismo y se impone al cuerpo herido, a la morfina, a toda

deriva, a cualquier cosa. Describo a mi hermano los momentos inmediatamente posteriores al atentado: «La gente / tenía más / miedo que yo. / Se le veía / en los ojos. ¡Y mi / desfiguración!» Luego: «No noté / la bala. / Me hice el muerto. / ¡El tipo iba / gritando Allahu Akbar!» Cuando escribo estas palabras, «Allahu Akbar», siento un frío pesado y una náusea que me sube y me baja por todo el cuerpo. Me disuelvo en su interior. Allahu Akbar me envuelve como hace un rato el trigal de Van Gogh, y es entonces cuando noto hasta qué punto la expresión se ha convertido en la réplica de un personaje de Tarantino: esta plegaria religiosa que oí tantas veces en los países árabes, en la India, en Indonesia, esta plegaria que me arrullaba despertándome al amanecer cuando dormía cerca de una mezquita, esta plegaria pacífica que ensanchaba el cielo al anunciar el día, esta plegaria no es ya más que un grito de muerte tan ridículo como siniestro, un reclamo estúpido pronunciado por muertos vivientes, un grito que nunca más podré oír sin que me entren ganas de vomitar de asco, de sarcasmo y de hastío. Después: «No moví / ni un pelo. / Pensaba en Gabriela / y en padres / Extrañamente tranquilo.» La libreta termina con una constatación: «Se terminaba / ¡Me iba!», y con esta observación: «Veía / los sesos / del pobre Bernard Maris / delante de mis narices.» Lloro por primera vez cuando escribo estas palabras en la libreta, este nombre de una mujer a la que creo que no volveré a ver pero cuya presencia se cernía sobre mí, dentro de mí, mientras las piernas negras aparecían; este nombre de un compañero que me gustaría no volver a escribir en este contexto. En los meses que siguen, lloraré a mi pesar cada vez que piense, diga o escriba esos nombres que depositan en mí, a mi alrededor, la presencia de aquellos a quienes designan y que, mientras el asesino iba y venía, me hacían compañía.

Mi hermano se fue sobre las cuatro de la madrugada y, gracias a las pociones, logré dormirme. Mis padres llegaron por la mañana, justo cuando me trasladaban del edificio de urgencias al de estomatología. No los había visto desde el fin de semana anterior. Habíamos celebrado en su casa el Año Nuevo. Erguidos y bien vestidos, tiernos y un tanto desubicados, desembarcaban de ese

otro mundo lleno de ostras, de regalos, de recuerdos y de foie-gras. Los miré desde abajo y en perpendicular, desde la cuna en la que no tenía la posibilidad de dar vagidos ni de creer que iba a renacer, pero también desde arriba, como una especie de Buda que levitara por encima de sus siluetas, de su dolor. Ellos sufrían, lo veía, pero yo no: yo era el sufrimiento. Vivir por completo en el interior del sufrimiento, estar determinado solo por él no es sufrir; es otra cosa, una alteración completa del ser. Sentía que me separaba de todo cuanto veía y de mí mismo para digerirlo mejor. Las cabezas de mis padres flotaban como las de personajes que tenía que crear, alimentar, desarrollar, seres íntimos que ya no lo eran más. Entraba con ellos y gracias a ellos en esta ficción singular que es el exceso brutal de realidad.

Les escribí más o menos, con un rotulador azul, lo que le había escrito a mi hermano unas horas antes, con variantes que podrían parecer fuera de lugar, pese a que solo indicaban que estaba intentando ya por todos los medios distanciarme un poco de eso en lo que me había convertido. Por ejemplo: «Me hice el muerto / muy rápido / Me tumbé / y ya no me moví / Todos muertos alrededor / Vista directa de los sesos del pobre», y aquí de nuevo el nombre de mi vecino muerto y el llanto silencioso que lo acompaña. Luego les pedí que me contaran qué se decía. Quería sentirme arrullado por sus voces, como me había arrullado la voz de mi hermano, por la eternidad tranquila de nuestras relaciones, y me convertí por entero en lo que nunca había dejado de ser: su hijo. Tenían ochenta y un años e iban a gozar por unos meses de ese extravagante privilegio, volver a ser indispensables en la vida de su hijo mayor como si acabara de nacer. Les escribí, como a mi hermano, que había que anular la tarjeta del banco, apagar la calefacción de casa, avisar a los vecinos que tenían las llaves, regar las plantas dentro de unos días, etc. Todo lo que había de adiestramiento cotidiano volvía a oponerse al absurdo a través del absurdo: era el compañero de los pobres K de Kafka. Esta tendencia no tardaría en acentuarse. Quería hacerlo todo bien para que nadie pudiera reprocharme nada. Quería estar en regla con las autoridades. Cuanto más extraordinaria era la situación, más quería adaptarme a ella. Cuanto más comprendía que

era una víctima, más culpable me sentía. Pero ¿de qué era culpable, aparte de estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno? Ya era mucho, demasiado. Observé a mis padres, robustos, bien de salud, de pie a izquierda y derecha de mi cama. Al menos sí era culpable de eso: de imponerles esa prueba al final de sus vidas. El asesino habría podido tener alguna consideración, si no conmigo, al menos con ellos. Sus manos firmes, calientes y arrugadas me tocaron ligeramente, como para esculpirme. Noté su fuerza en sus miradas, su desesperación, su amor, y también, en lugar de los apósitos, la mantilla en la que hubieran querido envolverme. La barba blanca de mi padre, bien recortada como siempre, su elegancia y su porte, la notoria placidez de mi madre y los pequeños gestos de ternura salidos de sus ojos entrecerrados, todo eso me transmitía seguridad. De nuevo, como me había ocurrido con mi hermano, hubiera querido consolarlos igual que ellos me consolaban a mí. Hubiera querido consolarlos de estar allí, en aquella gran sala macilenta en la que los hombres sufrían y a veces morían, al lado del vecino con tantas perfusiones como yo, de estar allí y no en su casa, mi madre haciendo crucigramas, mi padre leyendo *Le Figaro*, una revista de náutica o un texto de inglés después de haber tomado el café, escuchando una cantata de Bach bajo la mirada ciega de la máscara negra que se había traído de África en los años cincuenta.

Me pusieron en una camilla. El período de antecámara estricta terminaba. Ese período entre sueño y sensación, entre pavor y levitación, en el que te acuerdas de todo lo que has perdido y de todo lo que te ocurre como si lo viviera otro, pero un otro que se desarrolla cual nenúfar dentro de sí mismo, ese período de intensidad nubosa y de sumisión total a lo que hace las veces de destino, ese espacio cerrado en suspensión, todo eso no había existido más que unas horas, a solas y con mi hermano, un poco quizá también con mis padres, y ahora se desvanecía.

Mientras me trasladaban llegó el dolor, el de verdad, y con él, por un momento, como una luz roja a través de una persiana, la percepción de la batalla que iba a tener que librar. Por un breve instante y con todas mis fuerzas eché de menos esa noche de

antecámara, que me había dado acceso a un estado que no se puede describir con palabras. La última persona que vino fue Pilar, la enfermera de la sala de reanimación: era el nombre de pila de la mujer de un poeta, Jules Supervielle, cuya melancolía de exiliado me había encandilado en mi adolescencia, y el que por ese motivo había dado yo a la protagonista de mi primera novela, escrita con seudónimo en una época en la que me creía lo bastante indigno de publicar como para hacerlo con un nombre distinto al mío. El poeta había caído por entonces en el olvido, y mi novela no había tenido ningún éxito, lo cual no importaba, puesto que yo no sabía ya gran cosa de aquel que la había escrito. Pero aquella palabra, Pilar, resurgió con el hada robusta de las primeras curas. Volvía de entre las páginas, de entre los sueños, de entre los muertos, a través de los olores ficticios del café y del aliento de Gabriela, y a través de aquellos, absolutamente reales, del desinfectante y del Betadine. La novela se titulaba *Yo no sé escribir y soy un inocente*. Era un verso de un poeta cubano. Once años después de la publicación, el título se justificaba: me encontraba en un estado y en una situación que hacían de mí, en sentido propio, un inocente, y tendría que ir venciendo poco a poco, si era posible, la sensación de que no sabía escribir nada de lo que me pasaba. Tendría que hacerlo, simplemente, para aprender de nuevo a vivir.

Mis padres me acompañaron en la ambulancia que me llevó a la otra punta de la Pitié-Salpêtrière. Era una ciudad abigarrada, fruto de tres siglos y medio de arquitectura y de política policial y sanitaria que parecía destinada a justificar una clase de Michel Foucault. No vi nada a través de las ventanas cegadas. El edificio del servicio de estomatología estaba situado en el lado opuesto del acceso principal, al fondo de todo, no muy lejos del metro elevado. Debían de haberlo construido en los años setenta. Era especialmente feo. Me llevaron a una habitación de la primera planta.

7. GRAMÁTICA DE HABITACIÓN

El 8 de enero, al entrar en la habitación 106, pensé entre los tubos en una frase de Pascal. Sonaba a tópico, pero había leído mucho a Pascal en mi adolescencia, a esa edad en la que uno no olvida casi nada y se cree casi todo lo que, bueno o malo, le cae en las manos. Uno se lo repite como un mantra y cuando, treinta y cinco años más tarde, se encuentra en el hospital después de un atentado, es lo que le viene a la cabeza: «Todas las desgracias de los hombres vienen de no saber quedarse tranquilos en una habitación.» Debo por tanto empezar admitiendo que, pese a los dolores, las angustias, las pesadillas, las esperas, las decepciones, las visiones de mis heridas, la sucesión de quirófanos y la sensación de no tener ya ningún futuro fuera de la habitación, sentí cierta felicidad por residir allí sin teléfono, sin televisión, casi sin radio, bajo vigilancia policial permanente y con visitas filtradas sistemáticamente. El sentido de la batalla se había simplificado.

Esta felicidad era la felicidad frágil de un pequeño rey impotente, inmóvil e improvisado, pero rey pese a todo, consagrado al fin a sí mismo y a sus recursos, sin distracciones ni encuentros inútiles, con el único acompañamiento, además de la familia y de algunos amigos, de libros, un ordenador y música; la felicidad de un rey que finalmente solo rendía cuentas a un único dios, su cirujano, y a un único Espíritu Santo, su salud. Era casi la felicidad del capitán Nemo en el *Nautilus*, pero una felicidad sin amargura, sin ira. Mi tristeza era compasiva hacia mis huéspedes y no tenía cuentas pendientes con el género humano. Sin embargo, no era la felicidad que deseaba Pascal, pues en el hospital no había tranquilidad. En todo caso, había poca para mí y en el servicio en el que estaba. El hospital es un lugar de horarios ajustados en el que todo es acción, tensión, espera, disciplina y ataques de nervios, como en el ejército; un lugar en el que, durante los tres primeros meses, me convertí, porque no me quedaba otra, en un atleta de habitación.

En arresto a consecuencia de un duelo, el héroe militar de *Viaje alrededor de mi habitación*, la novela que Xavier de Maistre publicó en 1794, pasea al lector por su habitación durante cuarenta y dos días. No tardé mucho en contar el número de pasos que tenía que dar para recorrer en un sentido y en otro el pasillo hospitalario del servicio en el que había terminado, cincuenta y dos, los contaba hasta quedar aturdido, pero hasta hoy no había contado los días que pasé en las habitaciones, primero, de la Salpêtrière y, luego, de los Inválidos. Sí puedo al menos, para empezar, enumerar las habitaciones, cinco, en las que estuve en aquella época que se me antoja tan reciente como prehistórica. Reciente y prehistórica: tendrás que acostumbrarte, lector, a esta contradicción, porque desde el atentado es muy raro que al sentir o pensar una cosa no sienta o piense de inmediato la contraria. El espacio cerrado del hospital dio lugar a una especie de dialéctica desenfrenada, espontánea, que le ha sobrevivido y desbarata toda línea de horizonte. Me cuesta tanto quitármela de encima como las sensaciones que la desencadenan. El fenómeno se ve acentuado por el cansancio: permanente, este disuelve cualquier actividad, cualquier ambición que trate de librarse de él. En la habitación no existe el mañana. La realidad no parece ser más que un desmentido de la realidad. Puede que la vida que me habían permitido continuar no hiciera sino remitir a la muerte a cuyo borde había estado. Si era así, su gemelaridad y su antagonismo propagaban su gramática sobre todo cuanto me envolvía y me constituía.

Si mordía una manzana, me iban a caer los dientes y los campos de manzanos iban a desaparecer hasta que un rayo de sol –o la sonrisa de una enfermera, o el verso de un poeta, o una melodía de Chet Baker, que, ahora que lo pienso, también perdió de golpe casi todos los dientes– restableciera la mandíbula, la luz, el vergel y el horizonte. Pero el horizonte desaparece en un visto y no visto, en el hospital: el paciente no deja de pasar del amanecer al crepúsculo y teme la noche que le espera como a la peste. Es una persona rara, asaltada por crueles sutilezas y simplificada a la vez.

La neolengua del Gran Hermano en *1984*, la novela de George Orwell, me permitió formalizar sin decirlo lo que sentía en mi

primera habitación: mi estado flotante era el de «muervivo», el reflejo que le convenía era «nosí». Las tres categorías en las que la neolengua dividía el vocabulario estaban adaptadas a la situación: vocabulario A (palabras necesarias para la vida cotidiana), vocabulario B (palabras formadas con fines políticos, destinadas a imponer la actitud mental deseada a la persona que las emplea) y vocabulario C (palabras técnicas y científicas). Incluso hubiera podido ir más lejos: el vocabulario A y el vocabulario C, en la habitación, tenían tendencia a confundirse. En cuanto al vocabulario B, era el resultado de una actitud mental bastante simple que la jefa del servicio, delante de mí con su bata blanca y la cara operada, me resumió poco después de mi llegada: «Dentro de un año, señor Lançon, ya verá como no se nota nada.» Evidentemente era mentira, y evidentemente la creí. ¿No había sufrido ella misma un accidente terrible? Le observaba la piel alrededor de los ojos castaños, intensos y un poco de loca: ni rastro. O en todo caso yo prefería no verlo. Así que conmigo sería igual. Allí muchos me contaban sus desgracias pasadas o presentes, la moraleja era siempre la misma: hay que luchar, uno termina por superarlo. Creí todo lo que me decían porque tenía que creerlo para que hubiera alguna posibilidad de que un día sucediera, más adelante, lo antes posible. Todo iba mal pero todo iría mejor, luego todo iba bien. También me inventé una palabra para eso: hay que estar «mejormejor».

La neolengua tenía asimismo una palabra que designaba algo más que sentir o notar, «vientresiente», que quiere decir, explica Orwell, «sentir con las entrañas». La fui declinando poco a poco, según las horas del día y los puntos de incomodidad –«incomodidad» es la palabra que escogí antes que otras para definir lo que sufría mi cuerpo–. No era una coquetería, y no solo un eufemismo: al reducir la palabra, reducía el dolor y el patetismo que lo acompañaba. La incomodidad era ora «mandisiente», ora «narisiente», ora «gargasiente», ora «ojosiente», ora «manosiente», ora «brazosiente», y de noche, a modo de gran final, «todosiente». Sintiera lo que sintiera, picaba, irritaba, quemaba, inundaba. Pensé

todas esas palabras y muchas más, pero no las escribí y nadie supo nada.

¿Tendría que haberlo dicho? No necesariamente. Por un lado, ya era bastante hablador, incluso sin poder hablar. Por el otro, al entrar en la habitación 106 y en los meses siguientes, me pareció que tenía los sentidos afectados o apagados para siempre. Veía mal. No podía abrir la boca. Llevaba perfusiones y drenajes en los brazos, otro drenaje en el cuello, un apósito enorme y complicadísimo en el tercio inferior de la cara y una desagradable sonda gástrica en la nariz (como diría aquel, hay que comer para vivir y no vivir para comer). Me habían vendado las manos, apenas tenía tacto. No podía ni comer ni beber ni sonreír. Por suerte no había perdido el olfato, y si me hubiera quedado ciego habría podido distinguir a los cuidadores por su olor o su perfume. Como no podía dar besos a nadie, no tardé en recuperar un reflejo de infancia: tender la frente hacia los labios de los demás cuando se acercaban a darme un beso. Me tocaban el pelo con toda la boca. Tardé dos años en perder este reflejo de tender la frente. Los últimos en disfrutarlo fueron mis padres.

Cuatro en un hospital, una en el otro: estas son las habitaciones en las que estuve a tiempo completo del 8 de enero al 17 de octubre de 2015, lo que, si no me equivoco al contar, da un total de 282 días. Los que cuentan suelen ser los presos, y a menudo los enfermos, porque querrían huir y desaparecer. Yo no era ni un prisionero ni un enfermo: era una víctima, un herido, y me hubiera gustado quedarme en mis hospitales el mayor tiempo posible. Me protegían y me libraban de un mal que me costaba horrores comprender y al que no quería ni podía oponer furia alguna. Lo que menos quería era hacer como Henri Charrière, alias Papillon, y esfumarme del presidio. Si fui capaz de mantener a raya lo que había sucedido fue gracias a la cotidianidad del hospital.

Durante aquel período dormí fuera cuatro veces: una noche en casa de un amigo con Gabriela, un fin de semana en el campo, en la casa familiar, tres semanas de vacaciones de verano en familia y en casa de unos amigos, y un primer regreso de pocos días a mi casa, en otoño, entre fugas y obras, un mes antes de «volver» de verdad

(lo escribo entre comillas porque no entendía y sigo sin entender qué puede significar: «volver», para mí, es regresar al hospital). A veces, al oír pasar de noche el carrito de una enfermera, al oír el grito de un paciente o el petardeo de un motor, creía o temía que los asesinos iban y venían buscándome por los pasillos. Nunca lo creí lo suficiente como para levantarme y esconderme debajo de la cama, donde por otra parte, pensaba cuando estaba pese a todo tentado de hacerlo, no habrían tardado en encontrarme. Imaginaba la escena lo suficiente para vivirla, pero no la vivía lo bastante como para actuar. Ya nada, a decir verdad, me parecía completamente creíble: ni la vida ni la muerte. Pero las dos juntas funcionaban bastante bien, con la fuerza y la fragilidad de siameses, de los que sabemos que si uno muere, el otro va detrás.

La 106 era una habitación pequeña e impoluta en la que pronto sentí revolotear a mi alrededor todo un ballet de batas blancas y azules. Todo lo que entraba en mi habitación era una aparición.

Tenía prohibido hablar, debido a la cánula no fenestrada que me habían puesto en el cuello; como la segunda naturaleza estaba bien hecha, no sentía la necesidad. Aún no sentía de verdad el dolor que le era propio, aunque sí tenía la impresión de no poder respirar del todo. Mandaron salir a mis padres, que empezaban así la primera de sus esperas interminables en el pasillo desnudo y frío mientras me hacían las curas. Había dos sillas cerca del ascensor. El café más cercano estaba a varios cientos de metros. Los trataron en todo momento con consideración en un lugar en el que no hay consideración. El paciente lucha, sobrevive, muere. Los demás son simples visitantes. Su vida cotidiana y su comodidad se ven desplazadas. No pensaba mucho en ello: lo que sucedía al otro lado de la puerta y del ascensor formaba parte de un mundo que me parecía, más que alejado, improbable. Fuera, la gente tenía sin duda sus vidas, pero estas vidas desaparecieron desde el primer día entre los bastidores de los que solo salían para existir allí, sobre mi escenario, dentro de aquellos pocos metros cuadrados. Los que entraban en la habitación tenían fuera de ella menos existencia que los personajes de una novela una vez cerrado el libro. No lograba imaginármelos fuera del círculo reducido de mi propia vida.

La primera de las apariciones que recuerdo, Émilie, era una enfermera bajita y morena de veintiún años. Era terca y voluntariosa, cerraba y fruncía la boca menuda cuando se la contrariaba. Creo recordar que era bretona. Era su primer trabajo. Había que hacer análisis, como siempre que se llega a un servicio nuevo. Pero ¿dónde pinchar, con tanto tubo por todas partes? Alguien más experimentado la ayudó a encontrar una vena. Estaba molesta. Tumbado en la cama y respirando como podía, la miré hacer mientras me preguntaba si mi vida podía depender de alguien tan cabezota y, peor aún, tan joven. Pero la mayor parte de las enfermeras y las auxiliares del servicio eran jóvenes, incluso muy jóvenes, cuando no tercas. Esta sensación se acentuó en las horas siguientes. Me di cuenta de que había perdido cualquier familiaridad con la gente de veinte o treinta años. De pronto me sentía viejo y, por primera vez en la vida, *en manos de aquellos que me iban a sobrevivir*. Observaba el rostro concentrado y fruncido de Émilie e inicié a través de él, en él, una meditación incierta en la que la angustia luchaba con tesón contra el entusiasmo. Cada detalle iluminaba la lucha, sus labios, sus ojos, su pelo, sus manos, sus gestos, su voz aguda y resuelta que decía: «¡Vaya! ¡Parece que no es usted fácil de pinchar! Es como si sus venas hubieran decidido esconderse.» Cogí la libreta con la otra mano y escribí como pude: «Son tímidas.» Arrugó la nariz: «¡Pues sería mejor que no lo fueran!» Emprendíamos juntos el viaje, ella como enfermera y yo como paciente, las manos en la vena. Su virginidad respaldaba la mía, y ese primer momento, como el despertar junto a mi hermano, marcó lo que vendría luego. Estaba envuelto en su juventud como en una alfombra, ciertamente rugosa, sí, y no exenta de agujeros, pero volaba y me dirigía a toda prisa, en la inestabilidad, hacia un paraje al que no hubiera podido ir solo, un paraje en el que la vida era de repente la más fuerte. Y poco importaban los errores cometidos durante el trayecto, las venas mal pinchadas, los apósitos mal hechos y lo demás, todo formaba parte del camino.

Aquella noche solo dormí a ratos gracias a la morfina. Era mi primera noche en mi nueva vida. He olvidado todo, pero al día siguiente anoté este sueño bajo los efectos de la morfina, en

mayúsculas vacilantes y en español: «Estaba en una casa preciosa a orillas del mar. De pronto, miles de gitanos llegaban para celebrar la fiesta de la sandía.» No anoté nada más, pero al leer estas palabras me acuerdo de cómo seguía: las sandías se apilaban en pirámides, unas pirámides pronto más altas que la casa y que amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. Poco a poco, el asombro dejaba paso a la amenaza y a la asfixia. El final del sueño, que he olvidado, despertó un recuerdo de infancia.

Un verano, en un mercado español –yo tenía siete años–, mi madre me entregó una sandía enorme. Tenía que llevarla mientras ella seguía haciendo la compra. Me encontraba en medio de personas mayores, del ruido y del típico ambiente alegre de un mercado español en aquellos años. Llevaba la sandía en los brazos. La cogía como uno coge a un niño, una pelota nueva o su almohada. La estrechaba con fuerza, tenía miedo de que se me cayera. Luego me puse a pensar en otra cosa y, por supuesto, se me cayó. Me explotó en los pies. El líquido rojo, lleno de pepitas, se extendió varios metros a mi alrededor. La gente se reía, yo me puse a llorar, verme llorar les hacía reír más. Necesité un día entero para recuperarme. En la habitación del hospital, reviví la historia de la sandía como si tuviera siete años. Estaba de nuevo en aquel mercado español. A mis pies, la sandía se había partido y se vaciaba. ¿En qué pensaba cuando se me cayó? Me dije que la existencia tenía que ser circular, y que en ese mercado, cuarenta y cuatro años antes, había pensado en lo que me acababa de ocurrir.

A la mañana siguiente aún no sabía quiénes eran los asesinos ni pensaba en ello, pero tenía que levantarme para ir al baño y darme la primera ducha. Fue Linda quien me ayudó, empezando por levantarme. Linda era una auxiliar antillana especialmente fornida, no lejos de los sesenta, de carácter recio, y que no parecía muy disgustada de acercarse a la edad de jubilación. La vida en el servicio era dura y algunos pacientes, muy desagradables: Linda los abordaba con soberana indiferencia. Aunque hubiera tenido ganas, nunca se me habría ocurrido pisotearla. Al contrario, me gustaba escucharla y verla actuar. Como muchas auxiliares, disponía allí de cierto poder sobre la vida de los pacientes y las enfermeras, pero

había algo más. Estaba dotada, en cierto modo, de una bondad marcial cimentada en lo que le habían enseñado su profesión y su propia vida, y eso me daba seguridad. Tenía fuerza y una pizca de coquetería.

Igual que el sueño de la sandía, su perfume dulce me trasladaba a la infancia. Su permanente, siempre perfecta, me tranquilizaba. Me recordaba la de mi abuela materna, que, como ella, tenía el pelo gris, fino, rizado, abundante y siempre limpio. Con noventa y cuatro años, mi abuela salía del cuarto de baño hecha un pincel, anunciada por una nube de colonia que, veinte años después de su muerte, flotaba a mi alrededor en aquella habitación. Yo le apretaba suavemente con la mano en el pelo, que tenía la ligereza de un suflé. Ella se apartaba riendo con gesto molesto, y exclamaba: «¡Eh! ¡Quita, que me vas a deshacer la permanente!» Miré ansioso cómo Linda se acercaba. Me hubiera gustado apretarle la permanente, pero apenas podía respirar y moverme, y, en lugar del grito póstumo de mi abuela, que se llamaba Germaine, oí que Linda tronaba con tono jovial: «Vamos, señor Lançon, ahora boca ir a la ducha.» Quería decir «ahora toca», y probablemente es lo que dijo, pero yo oía mal, y además todo me llevaba a ese orificio destrozado del que no podía salir nada. Quizá fuera un signo más de mi abuela, que, además de su pelo, tenía la característica de deformar las palabras que no conocía y los nombres de los demás, como hacen algunos personajes de Proust. La extrañeza y lo extraño pagaban un impuesto en su aduana de Berry, un impuesto cuyo precio era verse transformado de manera implacable. Así es como el magret de pato, cuando lo descubrió, fue bautizado Magreb de pato, pese a que nunca había ido a África, ni a ningún país extranjero, en lo que probablemente era una referencia al cuscús que había descubierto por la misma época y que tanto le gustaba, sobre todo el de la marca Garbit, que prefería al de Buitoni. A mí me bocaba ir a la ducha, y coincidía con ella en una vida sedentaria en la que tenía también que aprender todo, aun a riesgo de deformarlo.

Linda me agarró. Lentamente, claudicante, un monstruo bicolor de dos cabezas, cuatro piernas, cuatro brazos, un portasueros y varios tubos se dirigió hacia el cuarto de baño y las baldosas

antideslizantes que enseguida hicieron mis delicias. A cada nuevo ingreso hospitalario, me reencuentro con el granulado alargado del suelo como con la magdalena o el adoquín irregular. No me conducen, como al pequeño Marcel, a las vidrieras de una iglesia, el trasero de un chalequero o la indiferencia de una duquesa, sino a la certeza amniótica de estar con vida. Soy yo el que se dirige hacia la ducha, con una fragilidad grotesca y sujetado por el cuerpo poderoso de Linda. Varias veces, apenas teniéndome en pie, estuve a punto de caer. La masa rechoncha y musculada de Linda me agarraba y envolvía como a un recién nacido.

En el cuarto de baño me ayudó a quitarme, o más bien a desgarrar, la bata del quirófano, lo cual me ahorraba tener que hacer pasar los tubos por las mangas, y a ataviarme con bolsas de basura en previsión de la ducha. Las bolsas de basura protegían las cicatrices recientes, los apósitos y las perfusiones. No es tan fácil ponérselas, y el día en que uno lo logra solo y deprisa, siente un orgullo legítimo. También me anunciaban una característica de la vida en un servicio de cirugía puntero: una mezcla de técnica, rusticidad y pobreza. Linda me envolvió los brazos. No podía mojarme la cara. Para lavarme el pelo, tenía que sentarme e inclinarme lo máximo posible hacia atrás. Linda se encargó de lavarme el pelo mientras me decía: «La próxima vez lo hará usted, señor Lançon. Ya verá como puede.» Me gustaba su rudeza benévola. Dos meses y medio más tarde, después de entrar en la habitación y observar de cerca un rostro que no había visto desde hacía un mes a causa de las vacaciones, me dijo con una sonrisa: «¿A ver? Tampoco está tan mal. No está usted tan desfigurado. ¡Los he visto mucho peores!» Allí siempre se veía a alguien peor que uno mismo, pero no pude evitar sentirme abrumado por su reacción. Puse un disco de Bach, me calmé y pensé que a fin de cuentas no le faltaba razón. Ese mismo comentario, o casi, me lo hizo un mes después, en mi pueblo, Ginette, la campesina a quien comprábamos los huevos desde que éramos pequeños. Hizo un gesto con la cabeza como para ahuyentar el lamento y como para decir: «¡Bah! ¿Qué importa la estética? Estás vivo, comes y hablas.» Hacía viento. Sus ocas se pusieron a graznar.

Durante la ducha, muchas veces estuve a punto de caer. Y cada vez el cuerpo de Linda me sirvió de colchón, corsé o rodrigón. Cuanto más corría el agua, más me encogía yo y más grande se hacía Linda. Si la ducha hubiera durado una hora, yo habría terminado con la estatura de un ratón y ella con la de una montaña. En ese momento, asfixiándome, al borde de la metamorfosis y del desmayo, supe a qué me recordaba todo aquello: una página de *La isla*, de Robert Merle, una novela que marcó mi adolescencia. El héroe británico, exhausto y casi moribundo, escondido en una cueva por los indígenas que lo protegen para librarlo de los malos, se ve frotado y calentado por el cuerpo enorme, oloroso y desnudo de Omaata, una tahitiana salida directamente de un cuadro de Gauguin. Había leído esa página diez, cien veces, me proporcionaba el mismo alivio y la misma fuerza vital que a su pobre héroe, Adam Purcell. El 8 de enero, durante la ducha y ahora vestida, Omaata se reencarnó en Linda.

Miré cómo hacía para retirar las bolsas de basura: simplemente las rompía. Luego se incorporó y, después de agarrarme de nuevo, me secó y me frotó con una colonia que me habían traído mis padres, que no era la de mi abuela pero me la recordó. Linda me acompañó hasta la cama, que había hecho mientras yo me quedaba sentado en la silla, tiritando, al lado de baño. Podían empezar las curas.

Las primeras horas me habían puesto delante de la puerta a un vigilante apacible y delgado, africano, cuya discreción me había conmovido y al que había saludado al entrar desde la camilla con un gesto lo más amistoso posible, como si fuéramos a vivir juntos y toda mi vida dependiera de él. No tardaron en reemplazarlo por cuatro policías armados con fusiles Beretta, dos delante de la puerta y dos en el acceso al ascensor. A las enfermeras no les hizo mucha gracia, pero no tardaron en servirles café y darles conversación. Al cabo de unos días formaban parte del mobiliario. Con sus armas y sus chalecos antibalas, llevaban encima una veintena de kilos y se turnaban cada ocho horas. A menudo oía el relevo de la tarde y el de la mañana sin haber podido saludar a los que me habían custodiado de noche. Los oía hablar, oía sus radios, pero eran voces sin rostro: las voces detrás de la puerta. Como mi primera habitación

estaba casi delante del ascensor, formaban casi una cuadrilla. La puerta del ascensor se abría y los visitantes se topaban con esos hombres de uniforme, armados, relativamente amenazantes, sobre todo al principio, que les preguntaban adónde iban. No necesité ni dos días para sentir hasta qué punto, igual que la morfina me aliviaba, su presencia me tranquilizaba. A mis sobrinos, de seis y ocho años, les inquietó tanto que la primera vez que entraron en la habitación no se atrevieron a acercárseme. El miedo que aquellos hombres armados les habían inspirado los acompañó hasta el pie de mi cama. No era como en la televisión.

Fue entonces cuando, como salidos de una bolsa sorpresa, entraron Toinette y su compañero, Christophe. Era a última hora de la mañana, yo estaba sorprendido, mi hermano no me había dicho nada y yo ya sabía que las visitas, más que filtradas, no empezaban hasta las 13.30. Estaba a la vez feliz, intrigado y desconcertado: con Toinette, mi infancia y mi pueblo irrumpían en el acontecimiento que me parecía los había destrozado, y lo hacían cuando menos lo esperaba. Algo explotaba, como si dos planetas entraran en colisión sobre lo que ya no era, o no todavía, una mesa de disección. Estaba aterrorizado.

La larga melena pelirroja de Toinette se extendió por la habitación como el follaje de otoño. No terminaba de pegarle el nombre de pila, pues, más que una criada de Molière, parecía una doncella de Marivaux. No tenía ya edad de ser una doncella, pero daba lo mismo: con ella uno estaba siempre en el teatro. Toinette hacía teatro desde que era niña, era su pasión y su oficio, pero su temperamento la había llevado a mundos distintos de los de Molière o Marivaux: el teatro isabelino, el gran guiñol, el teatro barroco, todo lo que llevaba a escena la muerte, la locura y la sangre con el máximo de violencia, contraste y efectos. Su comicidad frontal, mórbida, bebía de lo grotesco. Uno de los grandes amigos de Toinette se había suicidado, creo que ahorcado, y otro al que conocía bien de nuestros años mozos había muerto de un paro cardíaco, todavía joven, mientras corría. La muerte era su vecina, una de esas viejas viudas de ojos penetrantes que conocíamos de nuestro pueblo y que llamaban a la puerta de tu casa de noche,

cuando menos lo esperabas. Creo que visitaba a Toinette a menudo, con la misma frecuencia que la asustaba. En todo caso es lo que ella me decía, soñaba con la muerte y la toleraba tan poco, tan mal, que solía invitarla a salir a escena para domesticarla mejor, en vano. Luego se reía a carcajadas, porque era dulce, incluso delicada, y tenía buen carácter. Christophe actuaba en la mayor parte de las obras que ella montaba. Él había sacrificado probablemente, si no su talento, que era enorme, al menos una parte de su carrera por Toinette y la familia de ambos; pero, si lo había hecho, había sido con una naturalidad y una ecuanimidad que siempre me parecieron admirables. Me gustaba salir a correr y conversar con él, y me hubiera gustado oírle recitar, en nuestro pueblo, todos los poemas que me gustaban. El verano anterior le había pasado mis viejos ejemplares de Francis Ponge con la esperanza de que se los aprendiera de memoria.

Toinette era una amiga de la infancia, habíamos pasado las vacaciones en el mismo pueblo de la región de Nivernais, el de mis abuelos y el de su tía abuela. Fue allí, en el granero de esta última, donde empezó a montar obras modestas para otros niños. Por aquel entonces yo no iba mucho, quizá porque le llevaba algunos años, probablemente porque en aquella época ni el teatro ni la literatura me interesaban de verdad. Prefería pedalear por los caminos forestales, nadar en el Yonne o jugar al tarot o al croquet en un prado. Habíamos necesitado treinta años, Toinette y yo, para dar un sentido a nuestra amistad. La primera vez que nos vimos en París, cerca de los jardines de Luxemburgo, ella se había convertido en directora escénica y yo en periodista. Llevaba un espectacular conjunto plateado que le daba un aire de astronauta en una serie de ciencia ficción de bajo presupuesto de los años setenta. Más tarde participé en una obra colectiva que dirigía, y escribí artículos sobre los montajes que hacía y a mí me gustaban. En verano ella trabajaba en su casa y yo en la mía, estábamos a apenas unas decenas de metros uno del otro. Nos encontrábamos al terminar la jornada, en su casa, alrededor de su gran mesa de madera, con Christophe, para tomar algo o cenar. La luz del atardecer estaba tamizada por un nogal. Dentro, la casa estaba llena de libros y cachivaches. El vino

nos distendía. A veces jugábamos al pingpong. Era siempre el bello verano, un verano que había empezado allí mismo cuando teníamos diez años, y los recuerdos espesaban los momentos.

¿Cómo había llegado allí? En la pequeña habitación, apenas me había mirado cuando me cogió la mano y la cubrió de besos como si yo –pensé observando aquella boca y aquella manodetentara un secreto horrible y mágico que ella buscara y temiera desde hacía tiempo, desde siempre, de insomnios llevados a escena. Yo aún fluctuaba entre la vida y la muerte y era todavía virgen a las reacciones de los demás: cada aparición me desfloraba. Presa del pánico, miré a Christophe. Estaba al pie de la cama y también él me miraba a mí. Su mirada y su actitud, sobrias, deberían haberme tranquilizado, siempre había hecho gala de un sentido común y de una firmeza que me transmitían confianza, pero estaba atrapado en el torbellino emotivo de Toinette y ni su silueta ni sus ojos, detrás de ella, pudieron hacer nada por mí. Cogí la pizarra y escribí: «¡DE MILAGRO!» Me sentía incapaz de hacer los gestos que Toinette parecía esperar de mí, como si fuera un actor, esos gestos que le revelarían la naturaleza de lo que había sufrido. Pero ¿esperaba realmente esos gestos? ¿Qué esperaba exactamente? Quizá simplemente aquello: que cogiera una pizarra y escribiera «¡DE MILAGRO!».

Toinette se había enterado de la noticia, por el móvil, en un tren que la llevaba a Le Havre, donde iba al concierto de reapertura de un teatro. Antes del concierto se guardó un minuto de silencio por las víctimas de *Charlie*. Toinette se preguntó qué hacía allí, por qué no estaba en París, a mi lado. Al día siguiente, de madrugada, le dijo en el tren de vuelta a Christophe: «Vamos. Da igual que no se pueda ir. Quiero estar allí, con él.» Christophe le contestó: «Haz lo que creas, estoy de tu lado.» Al llegar al servicio se encontró con mi cirujana. Chloé debió de notar el desconcierto de Toinette, porque le permitió entrar. No era ni el momento, ni la hora, ni la norma, todo el mundo improvisaba y actuaba según su instinto. Mi padre le había dicho que era demasiado pronto para ir, pero ella no había podido esperar, tenía que comprobar que estaba vivo, tenía que verme y tocarme. Yo me daba perfecta cuenta de todo, era mi amiga más antigua, pero su presencia, su actitud, su mirada, su compasión

asustada, todo se me hizo insoportable, e incluso tuve la impresión –falsa, según ella– de que se arrodillaba delante de mí. No tardaron en marcharse, mis minutos valían más que el doble, y se cruzaron con mi hermano y su mujer, Florence, sorprendidos, en la entrada del hospital. Ellos venían de comer en el Saint Marcel, aquel restaurante a la antigua en el que los familiares melancólicos de los pacientes terminaban entre dos filetes. Podrían haberlo llamado, como el bar que estaba delante de la cárcel de Fresnes, «Aquí... mejor que enfrente». En las semanas que siguieron, Toinette cogió la costumbre de instalarse en el Saint Marcel. Trabajaba allí, cerca de la ventana, en la traducción de *Los soldados*, de Lenz. Veía pasar a las siluetas que conocía y que entraban en el hospital para venir a verme. Me escribía mensajes a los que yo no contestaba. Esperaba de mí una señal que no llegó.

Pagaba, creo, el hecho de haberme visto demasiado pronto. Un año y medio después me dijo en su casa, en nuestro pueblo, lo que había sentido entonces:

–Si hubieras muerto, ni el pueblo ni la vida habrían sido ya nunca más los mismos. En aquel momento no entendí por qué me prohibías que fuera a verte, a ayudarte. Por qué te situabas al margen de tu círculo de amigos. Si era así, ¿qué sentido tenía nuestra amistad?

–La amistad no estaba en cuestión –dije–. Pero yo no estaba en condiciones de soportar tu presencia y tu emoción. Tenía la impresión de que ibas a teatralizarlo todo, y eso era algo que no quería. Tenía que hacer una selección y esta selección no tenía nada que ver, o no solo, con la proximidad. Me doy cuenta de que entonces escogí a aquellos que notaba que me hacían más fuerte. Y tú no estabas entre ellos.

–Pero ¿entiendes lo que sentía?

–Lo entiendo ahora y probablemente lo entendía entonces. Pero en aquel momento, tener en cuenta lo que tú sentías era un lujo que no podía permitirme. Es importante que lo entiendas.

¿Lo entendió? Lo ignoro, pero no me siento culpable de nada. Hice lo que pude, y lo que podía hacer, aquel 8 de enero, en la tierra de nadie en la que me encontraba, fue liquidar a Toinette, su mano, su

mirada y su genuflexión, al parecer soñada. La sacrifiqué en favor de quien, en adelante, había de simplificar todo. Lo hice sin dudarlo, casi sin pensarlo. Más tarde la volví a ver con una alegría que ninguna vergüenza ni ningún remordimiento lograron contener. El sentimiento de culpa sobrevivió muy poco al atentado.

Poco después, los cirujanos y la jefa del servicio entraron en la habitación, en cuyo ambiente flotaba todavía la presencia de Toinette. Yo aún no los había reconocido. Veía pasar uno tras otro a esos gigantes blancos, fríos y benévolos como si, desde el fondo de ataúd, delante del altar, me hubiera despertado para ver un desfile de extraños que me bendecían, me observaban o, por qué no, me resucitaban. No los conocía, pero sentía que mi destino de hombre tumbado dependía de ellos. Hablaban tranquilamente de un hombre que debía de ser yo y que yo observaba como ellos, pero desde dentro. Me agarraba a la mirada clara y muy expresiva de la jefa, Christiane, antigua lectora de *Charlie Hebdo*, que estaba especialmente trastornada por el atentado y que iba a convertir mi hospitalización en una cuestión personal. Yo estaba allí, estaba en otra parte, estaba en sus manos, pero ¿dónde estaba exactamente? No sabría decirlo. En el pasillo, con mis padres, mi hermano y mi cuñada, Marilyn esperaba.

Venía de Belfort y tenía que volver esa misma noche. Mi hermano había quedado con ella el día anterior en un pequeño local árabe de comida preparada del que ella y yo, quince años antes, éramos asiduos. Conocíamos bien a la dueña, Naima. Cuando todavía vivía en París, a Marilyn le encantaba ir a comer allí. Yo hacía muchísimo tiempo que no iba. Naima y yo habíamos sido muy amigos. Hablábamos de todo y de nada, de nosotros. Además de cocinar, hacía camisas para un gran diseñador y me había regalado una que aún me pongo de vez en cuando en invierno. Iba a almorzar a su local bastante tarde, cuando se marchaban los últimos clientes. Naima me guardaba un plato. Un día, meses después del 11 de septiembre de 2001, me soltó: «¿Sabes qué? Me he enterado por un tío mío que trabaja en los servicios secretos argelinos de que no fue como dicen. Estaba todo previsto. Fue un golpe orquestado por Israel. No puedo decir más, pero no hay duda...» Se sabía por la

prensa que ese escenario paranoico y antisemita había prendido entre los musulmanes. Leerlo en la prensa era una cosa, algo abstracto, oírselo decir en mi presencia a alguien que frecuentaba y a quien apreciaba era distinto. No era la primera vez que oía la teoría: ya me habían venido con ella un periodista argelino y un profesor de universidad iraní, y también, para ser sinceros, un cirujano francés que no tenía nada de musulmán. A aquellos tres solo los tuve que soportar el tiempo que dura una velada. Para no dejarme nada en el tintero, debo añadir que la mayor parte de mis amigos latinoamericanos se alegró, ni que fuera durante un minuto o un día, del atentado contra las torres del World Trade Center, con la divisa: «Estos yanquis, con el tiempo que hace que joden a todo el mundo y arrasan con él a sangre y fuego en nombre de su moral, ¡se lo han ganado a pulso!» Esta reacción no duró mucho, y los islamistas no tardaron en parecerles lo que eran, una panda de aguafiestas infames y un remedio cien veces peor que la enfermedad. Naima no era islamista, pero sí musulmana, y yo la veía casi todos los días. No supe qué responderle, porque ya no creía que pudiera convencerse a quienquiera que sostuviera esta clase de discursos, que eran indicativos de una debacle fantasmal de la inteligencia. Dejé de ir a almorzar a su local, pese a que seguí pasando por delante con una punzada en el corazón y sin mirarla.

El 8 de enero Marilyn no había visto a Naima desde hacía mucho tiempo. Le contó su vida, por qué y cómo nos habíamos divorciado ocho años antes. Naima le habló de la suya. Luego llegó mi hermano y empezaron a hablar del atentado, de cómo estaba yo. Naima los escuchaba, los compadecía, intervenía. Llegó una amiga suya, también árabe, y entonces, poco a poco, Marilyn empezó a sentirse incómoda. No quería que aquellas dos mujeres supieran demasiado sobre mí, dónde me encontraba. Todavía no habían identificado ni encontrado a los asesinos. Estaban vivos en alguna parte, quizá a unos pocos metros. Pensó: no podemos seguir hablando delante de ella, quizá sea amiga de los terroristas. Si dice dónde está, irán al hospital y lo encontrarán. La paranoia, me dijo más tarde, se había instalado. Mi hermano y ella salieron. Fuera, él le dijo a Marilyn que

mis heridas eran «rasguños», es la palabra que utilizó. Estaba sonriente, relajado. Quería tranquilizarse, tranquilizarla. Ella le creyó.

Por la noche volvió a casa de unos viejos amigos donde iba a pasar la noche. A su vez, ella los tranquilizó a ellos. Se pusieron a hacer bromas sobre mí, al estilo cubano, de un humor negro y bonachón. La situación no era tan grave, después de todo. Una amiga dijo en español estas palabras que Marilyn nunca ha olvidado: «Ah, bueno, el bicho está bien, dejémosle el tiempo de recuperarse y ya iremos a verlo.» «El bicho», un término cariñoso, íntimo, animal, que volvía a meterme en la vida cotidiana, en el pasado cubano, como si nada hubiera sucedido.

Marilyn entró sola en la habitación y nos miramos. Lentamente me cogió la mano. Nos habíamos querido tanto. ¿Qué pensó cuando se enteró de la noticia? ¿Qué vio? En verano de 2016 me describió ese reencuentro. Reproduzco su carta sin cambiar apenas nada:

«De camino al hospital tus padres me pusieron al día de las novedades relativas a tu salud, luego llegamos al servicio. Arnaud y Florence estaban allí. Tenías visita de seis o siete personas, altos cargos del hospital, médicos. Esperamos fuera. Mientras tanto, Florence me llama y me lleva al hueco de la escalera. Me dice: "Tienes que prepararte psicológicamente, porque no es bonito de ver", creo que me dijo eso o algo parecido. Y luego: "No es el Philippe que viste la última vez, va a ser un shock, está desfigurado", y me señala la parte en cuestión. Fue muy eficaz e inteligente en la elección de las palabras. La gente importante del hospital salió de la habitación, pero aún no podíamos entrar, era la hora de las curas. La gente importante nos saludó uno a uno y, cada cual a su turno, nos presentamos.

»Entonces se abrió la gran puerta, me parecía enorme. Entro después de coger aire y te veo. Impresionaba, es cierto, pero lo que de verdad me chocó y me turbó fueron tus ojos y tu mirada. ¡Eran negros! Tenías la mirada profunda, y los ojos casi se desbordaban de tan negros como eran. No sé si fueron las palabras de Florence antes de entrar las que me causaron este efecto, pero la herida en la mandíbula no me traumatizó tanto como "los rasguños" en los brazos. No eran rasguños, eran una masacre, y me enfadé con tu

hermano por aquello. Miré la herida en la mandíbula, y casi me tranquilicé porque me dije: "Se puede reparar." Casi veía el trabajo que tendrían que hacer los cirujanos, pero estaba convencida de que iba a salir bien.»

Como los demás, Marilyn no me vio la parte inferior de la cara. ¿Qué aspecto tenía debajo del apósito? Habían pasado dos días y ya había olvidado o creía haber olvidado lo que había visto en mi móvil después de que los asesinos se marcharan. Por lo demás, ya había cambiado. Había pasado por el quirófano y el largo proceso de reparación había comenzado. Habían instalado en el agujero un collar de titanio para sujetar lo que quedaba de osamenta.

Dos años más tarde, al verme deprimido por una rehabilitación interminable y dolorosa, la enfermera con la que más confianza tenía, Alexandra, me dijo en un bar:

–Usted no puede flaquear. ¡Usted no! Si hubiera visto qué aspecto tenía al llegar al quirófano... Yo no estaba, pero he visto las fotos.

–¿Qué aspecto tenía?

–Los dos tercios superiores de la cara estaban intactos. Hasta aquí...

Se señaló el labio superior.

–El resto parecía un filete. No se distinguía la carne del hueso, no era más que una papilla que colgaba.

Era como en Racine, cuando Atalía sueña que su madre se inclina sobre ella para compadecerla: «Su sombra a mi lecho pareció descender; / y yo le tendía las manos para abrazarla. / Pero no hallé más que una horrible mezcla / de huesos rotos y carne magullada, arrastrados por el fango, / colgajos llenos de sangre, y miembros asquerosos / que los perros voraces se disputaban entre ellos.» Después de salir del hospital, gente a la que no conocía, a menudo comerciantes, me preguntaba qué me había pasado. «Un accidente», respondía yo. Era demasiado vago para ellos. Muchos, creyendo que sabían la respuesta correcta, me decían: «Le ha mordido un perro, ¿no?» Les contestaba que sí. Contestaba siempre que sí a las hipótesis que me lanzaban, eso tranquilizaba a quien la hacía, pero la de los perros voraces terminó gustándome más que

las otras, sobre todo porque era verosímil. La hipótesis correcta no apareció jamás.

Mi madre vigilaba de cerca a Marilyn. Dijo que nos iba a dejar solos y, como la de Atalía, se inclinó sobre mí para darme un beso. La diferencia es que no era su rostro el que estaba devorado, sino el mío. Olvidé el momento en que se inclinó sobre mí. Marilyn no: «Te dio un beso en la frente. Ver a esa mujer tan fuerte flaquear en unas horas, algo que ochenta años no habían conseguido hacer, era en verdad intenso. Tuve que contener las lágrimas. Tú adoptabas la mirada de niño pequeño que tan nerviosa me ponía cuando estábamos casados, pero aquella tenía otro cariz, estabas incómodo porque no querías hacerle vivir lo que se estaba viviendo en ese momento. Los ochenta años y los cincuenta años pesaban mucho en aquel escenario. Sobre todo por los lugares que ocupaban.» Mi madre salió y Marilyn se quedó conmigo.

Ella no sabía qué decir, yo tampoco. Cogí la libreta y le pregunté por Jonathan. Jonathan era su hijo. Nació un año después de que nos divorciáramos. Su padre se había convertido en el marido de Marilyn. Entonces pensé en una coincidencia que me había pasado por alto. Era allí, en la Salpêtrière, donde diez años antes habíamos intentado tener el hijo que no tuvimos. El hospital al que había venido varias veces al amanecer a hacerme una paja en una cabina atestada de revistas porno viejas que no me causaban ningún efecto; el hospital en el que miraba a otros hombres, embarcados en la misma galera infértil que yo, mirándose los pies y el suelo como elementos del desastre; el hospital en el que algunos de ellos entraban en la cabina para ya no salir, porque nunca llegaban a eyacular; el hospital en el que tuvimos varias citas dramáticas con médicos que nos venían con una psicología para inútiles («Si no logran tener un niño, ¿no será que en el fondo no lo quieren?»); el hospital en el que esos mismos médicos terminaron perdiendo nuestro expediente de un edificio a otro. El hospital en el que habíamos intentado en vano dar vida era el mismo en el que ahora yo tenía que hacer cualquier cosa para recobrarla.

Al cabo de un rato vinieron a buscarme para hacerme el primer escáner posoperatorio. La sala estaba en otro edificio. Llegó el

camillero. Mi hermano le preguntó a Marilyn si quería acompañarme y ella aceptó sin pestañear. Una enfermera me puso una máscara en la cara. Yo cogí mi rotulador y mi pizarra, instaurando así una costumbre que ya no me abandonaría de una camilla a otra. Bajamos en el montacargas y en el sótano recorrimos varios pasillos lúgubres y desiertos, cada vez más siniestros. Permitían pasar de un edificio al otro evitando el mal tiempo. Nos acompañaban dos de los cuatro policías, las manos en las Beretta. Iban, siguiendo las órdenes, ligeramente detrás de nosotros. Había recobrado el conocimiento en presencia de mi hermano. Ahora tenía la sensación de encaminarme tranquilamente hacia la muerte, y de hacerlo en compañía de mi antigua mujer, la persona que sin lugar a dudas mejor me conocía. Marilyn me cogía la mano y me acariciaba el brazo. Hubo un momento, en el más yermo de aquellos pasillos, en que me acarició la frente y me dio un beso. Más tarde siguió escribiéndome en ese francés aproximado que siempre me había conmovido y del que hubiera querido conocer el secreto y la sencillez: «Eso me hizo pensar en los momentos de ternura que compartimos casados. La ternura era lo único que nos permitíamos, pues aplaca el cansancio. Además, te veía tan desamparado, perdido, desprotegido, que mis gestos eran una manera rápida de darte alivio.» Es una palabra que en francés no existe, *déprotégé*, viene del español «desprotegido», sin protección. Probablemente fuera la palabra justa. Marilyn se quedó en la cabina del técnico mientras yo entraba en el estrecho túnel blanco. Dejé de moverme, como me pedían, y pensé en la vida que habíamos tenido juntos, una vida relativamente buena, y me dije que el infierno no era tan mal lugar como se creía. Era un lugar clínico y de una espectacularidad discreta, situado bajo tierra, en el que, por razones ignotas, los asesinos surgían de la nada. Ejecutaban a aquellos que te rodeaban mientras recitaban fórmulas misteriosas y estúpidas, y te mandaban sobre una camilla hasta los límites de otro mundo. En las inmediaciones de aquellos límites te ibas encontrando una por una a las personas que habías querido, que querías. Resurgían como reyes y reinas de corazones sobre el tapete para una partida de cartas a las cinco de la madrugada. Te acompañaban lo más lejos

posible en esa que tenías que jugar, y en cuanto te metías en un cajón, en un sueño, desaparecían detrás de una puerta y podías finalmente abandonarte a todo lo que la soledad, los recuerdos y la técnica podían aportarte.

Pero el infierno no dura más que el resto. Salí del escáner y Marilyn me acompañó a la habitación. Escribí en la pizarra lo que ella ya sabía: en cuestión de dos horas, procedente de Nueva York, llegaría Gabriela. Como en un vodevil, la antigua mujer tenía que salir para que entrara la nueva, sobre todo teniendo en cuenta que esta ignoraba la presencia de aquella. Nadie la había avisado ni quería avisarla, porque temía su reacción si se enteraba de que Marilyn había ido antes. Marilyn me preguntó si Gabriela hablaba francés, se preocupaba por si sería útil. Le contesté que sí. De nuevo en la habitación, le dijo a mi hermana que Gabriela no podía presentarse allí, en esa habitación, con los microbios y la suciedad, que antes tenía que ir mi casa a ducharse y a cambiarse. Mi hermano le contestó que Gabriela venía directamente y que se lavaría allí, en el cuarto de baño. Marilyn soltó un grito de furia: «¡Pero es una locura!» Había trabajado diez años en un hospital y no soportaba que la gente se saltara el protocolo sanitario. Mi hermano la calmó y «de repente», me dijo ella, «sentí que no era más que una intrusa en un mundo del que ya no formaba parte y al que además había ido a escondidas». No era verdad: a partir del 7 de enero, todos los mundos en los que yo había vivido, todas las personas a las que había querido empezaron a convivir en mí sin prioridades ni orden de protocolo alguno, con una intensidad arrolladora proporcional a la sensación dominante: iba a perderlas, ya las había perdido.

Más tarde Marilyn me ayudó a ir al baño. Me sujetaba los tubos mientras yo hacía pis. Por primera vez desde nuestra separación me veía desnudo. Me veía como probablemente me habría visto si hubiéramos envejecido juntos, porque era exactamente eso lo que tenía delante: un viejo joven. Ese viejo quería hacer pis, acostarse de nuevo, dormirse, apagarse con la mano de una mujer a la que había querido en la suya. Mi hermano volvió: fuera le preguntaban si quería escribir algo para *Charlie*. Marilyn soltó otro grito: «¿Queréis

hacer el favor de dejarlo en paz? Necesita tranquilidad, reposo. No está en condiciones de tomar decisiones como estas.» Mi hermano le explicó con calma que la familia había decidido preguntarme mi opinión sobre cualquier cosa. Yo escuchaba sin escuchar, veía sin ver. Marilyn me miró. Vio en mi mirada dos expresiones que, según ella, significaban: «Haced algo, tengo miedo y estoy cansado» y «Después de todo son buena gente, pero no entienden nada». ¿Qué habrían podido entender? La vida de los periódicos continuaba. Las noticias, las reacciones, la vida de los demás, lo que se tiene que hacer y lo que no se tiene que hacer. Por lo demás, ¿de qué servían los periódicos, si no daban cabida a la vida y no la describían? Mientras Marilyn y Arnaud me hablaban, o hablaban delante de mí, yo masticaba la galleta de Cabu, murmuraba un chiste a Wolinski, y veía una y otra vez con esperanza, desesperado, cómo Franck desenfundaba el arma para indicar con un disparo el fin del espectáculo. No lo conseguía y el espectáculo no hacía más que comenzar, aquel que iba colocando poco a poco a los espectadores en el ataúd y sobre el escenario.

Marilyn se puso la chaqueta, me cogió otra vez la mano y me dio un beso en la frente. Era hora de irse. Volvía esa misma noche a su pueblo, cerca de Belfort. Miré cómo se alejaba y pensé que quizá no volvería a verla. En ese mismo momento, fuera se sabía que un tal Coulibaly había tomado como rehenes a los clientes y a los trabajadores de un supermercado *kosher*. Yo no me enteré. Mi hermano y mi cuñada acompañaron a Marilyn a la salida del hospital. Se echó a llorar. Le temblaban las piernas. Arnaud y Florence tuvieron que sostenerla. Por el camino se encontraron con mi padre, que contaba las últimas noticias mientras repetía «y no ha terminado», «y no ha terminado». Pronunció el nombre de Coulibaly. Coulibaly es un apellido frecuente en Malí, y Marilyn se acordó de una chica autista a la que había hecho el seguimiento y que se llamaba igual. En la misma carta, un año y medio después, me escribió: «La chica autista tenía una madre muy guapa y altiva, alta y elegante con sus vestidos africanos. Fuimos a visitarla con la asistente social a su casa del distrito XIX de París. La señora Coulibaly era difícil. No hablaba francés, pero entendía lo que le

interesaba. Luego, cada vez que oí el nombre Coulibaly, pensaba en la pequeña, tan dulce y sonriente. Tapándose los oídos con los dedos y sentada en el sofá del grupo de niños. Me preguntaba: el asesino y ella ¿son parientes?» Nosotros, en *Charlie*, ni siquiera habíamos tenido tiempo de taparnos los oídos. Mi padre estrechó con fuerza a Marilyn entre sus brazos, repetía «y no ha terminado», «y no ha terminado», y se echaron a llorar.

Una hora más tarde Gabriela entraba con su maletón por la puerta que Marilyn había cerrado. Siempre la había conocido con grandes bolsas de bailarina y maletones. *Libération* le había pagado por iniciativa propia el viaje desde Nueva York. El hospital había habilitado una cama pequeña para ella, paralela a la mía. Se mantenía erguida dentro de su gran abrigo azul marino. La cabellera negra, larga y tupida le caía por la lana oscura hasta la cintura. Me miró fijamente con sus ojos negros. Sonreía. Iba a quedarse a vivir allí una semana.

8. POBRE LUDO

Un día me dijeron que había una manifestación en París. Me lo anunció mi hermano. Ya me había dicho que se iba a celebrar, que la mayoría de nuestros amigos irían, era un momento importante para Francia y para nosotros, pero debía de haberlo olvidado. En la habitación, las noticias llegaban como la luz llega de las estrellas, de muy lejos, ya muerta, para terminar entre apósitos y tubos. Todo parecía mentira y atenuado. ¿De qué planeta venían los que traían esas noticias? Yo no tenía ni telescopio, ni nave, ni energía para saberlo y ver de más cerca. No era como el astrónomo que, en *La isla misteriosa*, manda comprar caramelos blandos porque el fin del mundo no ha tenido lugar. Sí había tenido lugar al menos el fin de otro mundo, el mío, quizá el nuestro. Nadie se había equivocado en los cálculos porque nadie los había hecho. Aunque se tratara de un final provisional, en ese momento era perpetuo y se sumía en la niebla, y yo no veía nada. En la niebla del fin no había ni renovación ni claros. No había nada, ni siquiera una manifestación de apoyo. Hay que poder imaginar las noticias para poder alegrarse de ellas o temerlas.

La víspera, mi hermano había entrado en la habitación y había dicho: «Se han cargado a esos cabrones. No vamos a llorar.» Fue así como supe de la existencia de los hermanos Kouachi. Las piernas negras tenían ahora un nombre y ya no estaban solas. Había dos pares de piernas negras. Habían terminado y acabado allí, en otra parte, en una pequeña imprenta en las afueras de París. Había habido otros atentados, otros asesinos. Un hombre que hacía footing había sido atacado en el cinturón verde, en la periferia sur, justo donde mi padre iba a correr y donde a veces yo lo había acompañado. ¿Quiénes eran aquellos zombis? ¿De qué zona venían? ¿De la zona en la que me encontraba sumido? ¿Una zona en la que los muertos eran una especie de vivos y donde cualquier visión tenía la fuerza irrevocable de un acto?

«Cargarse», «cabrones», nunca había oído estas palabras en boca de mi hermano, no era en absoluto su estilo. Comprendía la disonancia, consecuencia de la emoción, pero estaba sorprendido. No habría querido violencia de ningún tipo en aquella habitación, ni en mi propia vida. Me hubiera gustado convertirla en una cámara de descompresión, uno de esos tanques por los que hay que pasar cuando se ha subido demasiado deprisa después de una inmersión. Todo elemento agresivo o inútil constituía un obstáculo para lo que me quedaba de vida. Todo lo que salía de mí tenía también que apaciguarse y flotar en un aire apaciguado.

Hacía cuatro días que no podía hablar. No solo tuve enseguida la impresión de no haber hablado nunca, sino que empezaba a creer que, por haber hablado tanto, me merecía el castigo. No crees en Dios, me decía, pero algo te castiga por haber hablado y escrito tanto para nada. Algo te castiga por tu palabrería, por tus artículos, por tus parrafadas, por tus juicios, por tus numeritos con las mujeres, por todo el ruido que has alimentado. Si lo decides, este ruido se quedará finalmente al otro lado de la puerta, con el de las voces y las radios de los policías y los carritos de las enfermeras. Sí, en el pecado llevas la penitencia, aunque no creas en el pecado ni en la redención, y pese a que quienes te han castigado lo han hecho por motivos completamente distintos. Aprovecha el silencio que estos asesinos estúpidos te han impuesto.

Entraron unos policías y se inclinaron sobre mí. Estaban investigando sobre los hermanos Kouachi y querían saber qué había visto. Eran amables, atentos. Eran dos. Buscaba en el fondo de sus ojos una respuesta que ellos no habían venido a buscar y que yo era incapaz de darles. Con mis tres dedos dibujé en una libreta el plano de la sala de reuniones. Unos rectángulos representaban los cuerpos de los que me acordaba. Pensé que estaba todo muy mal dibujado y me sentía culpable de no tener mucho que decir. Como siempre, pensé. Hasta en este asunto eres un mal periodista, un tipo que no tiene nada que decir a los demás. Ninguna información que dar, nada inédito. Apenas unos trazos en una página de una libreta. No harás que progrese la investigación.

En el servicio todo el mundo parecía horrorizado. Y yo era la

víctima de lo que causaba ese horror. ¿Víctima, yo? Un periodista puede resultar herido o muerto mientras hace un reportaje, pero no puede ser víctima. Un periodista puede ser un objetivo. No es un sujeto. No está a salvo de la historia que cubre, pero no puede convertirse en el centro de la historia. Es una planta que crece en el ángulo muerto del acontecimiento. Esta idea no era exactamente un credo; era una sensación. Este oficio, me habían enseñado, exigía discreción. ¿Cómo ser discreto cuando se está bajo la mirada de todos y no se controla nada de lo que uno vive?

En el servicio estaban los que, como Christiane, la jefa, lloraban las figuras sarcásticas de su juventud y, con ellas, un trozo de civilización típicamente francesa. Recibió a mis padres con lágrimas en los ojos. Cabu, Wolinski, ¿cómo habían podido? Mis padres nunca se habían reído con Cabu y Wolinski porque nunca los habían leído. Una de mis alegrías –teñida de compasión; como si no bastara con lo que tenían, no se merecían además eso– fue verlos entrar en un mundo al que eran ajenos: los asesinos habían conseguido ese prodigio. Sin duda, mis padres entraban un poco tarde y sin haberlo querido. Corrían detrás de los muertos para dar apoyo a su hijo *descuajaringado*. Iban a quedarse en ese paraje por solidaridad. Se quedarían todo el tiempo que hiciera falta, más tiempo que otros a priori más partidarios (o menos contrarios) de *Charlie*. Eran gente de derechas, de una burguesía media, apegada al decoro, a la reserva, al menos es más, herméticos al virulento segundo grado del periódico y a sus luchas. Tenían principios, pero jamás habrían usado la palabra «valores». No formaban parte del mundo de la cultura e ignoraban su malicioso decoro.

Christiane hubiera podido ser un personaje de Wolinski, una criatura malvada y sensual, con los ojos de un tigre dispuesto a abalanzarse sobre cualquier persona, y puede que con Georges viera morir las esperanzas íntimas de convertirse en carne de caricatura y ficción. Los muertos nos habían dado los rasgos ridículos que teníamos, pero también aquellos que hubiéramos podido tener. Con ella y otros, mis padres descubrían que se podía ser alguien serio, al menos según sus criterios, y disfrutar del humor de los dibujantes de *Charlie*. En la tierra no abundaban los hombres capaces de hacer reír

a los demás de todo y de cualquier cosa, de hacerles reír despertando el lado natural, de mal gusto, infantil, anarquista, indignado, intratable, antiautoritario o recalcitrante que llevaban dentro. Era divertido dejar hablar a los monstruos de uno y salir luego limpio y bien vestido.

El fin de semana Christiane solía montar a caballo por el campo. Volvía con un dolor de espalda del que me hablaba a menudo. Todo lo que contaba de sí misma, alegrías o desgracias, tenía siempre suficiente interés para sacarme de mi mundo. Por unos momentos, el galope de su caballo se llevaba mis dolores y mis tubos. Era maravillosa, aquella habitación, porque era algo concreto: los que entraban me cautivaban siempre y cuando me hablaran de ellos, pero si me hablaban de la actualidad, se disolvían en la abstracción. Me dormía a la mitad. He olvidado el perfume de Christiane, pero sé que llevaba.

De joven había tenido un accidente de coche. Le habían reconstruido la cara, me dijo una mañana. Me la acercó, me señaló el perfil arreglado y me dijo: «¿Lo ve, señor Lançon? ¡Ya no se me nota! ¡A usted le pasará igual!» ¡Qué feliz era de creerle! Y más teniendo en cuenta que enseguida me trajo un aceite que según ella hacía milagros, si se utilizaba para masajear a conciencia las cicatrices. El aceite era tan graso que, una vez aplicado, no podía sino aplicarlo más. Pronto empezó a darme tanto asco como la saliva que me caía sin parar por el agujero de la mandíbula, humedecía el apósito que me ceñía la cara, doblaba o triplicaba su peso hasta que se soltaba y caía como un fruto muy maduro. Lo que venía de fuera era una intrusión; lo que salía de dentro, también.

También Corinne, la fisio de una dulzura angelical, me hablaba mientras me daba un masaje (sin el aceite de Christiane) en los dedos que asomaban progresivamente de los vendajes como pequeñas momias deformes. Me contó el accidente que le había destrozado la parte baja de la cara: se había caído de una escalera. Cuando su hija la vio, apenas la reconoció; y cuando lo hizo, se desmayó. Le colgaba el labio inferior, tenía el mentón abierto, una auténtica carnicería, me dijo. «¿Y ahora?», escribí en la pizarra. «Ahora», respondió, «queda solamente esta pequeña cicatriz, pero

ya casi no noto nada, salvo cuando pienso en ello o, por ejemplo, le hablo a usted, como ahora.» El servicio parecía lleno de aparecidos destinados a tranquilizarme acerca de mi futuro. Observaba con más atención el rostro de Corinne. Buscaba la pequeña cicatriz. Estaba feliz de no encontrarla.

En pocos días se convirtió en una costumbre: cada vez que Corinne o Christiane entraban, me fijaba en sus heridas y en las huellas de su desaparición. Sus rostros eran los mapas de mi futuro territorio. Los imaginaba destrozados, uno por el accidente, el otro después de la caída de la escalera. Me faltaba ojo clínico. Veía lo que quería ver, no había entendido hasta qué punto tenía la parte baja de la cara descompuesta. Por otra parte, tampoco querían que lo entendiera. Sin embargo, lo había visto unos días antes, aquel trozo que colgaba, en el lugar mismo del atentado, pero el recuerdo, si no desaparecido, había cuando menos migrado a la estrella en la que se acumulaban las noticias inútiles o perjudiciales, como en un trastero o en una nevera. El fenómeno iba a acentuarse en los meses siguientes. Los recuerdos no desaparecían: se juntaban en una bruma espesa, fría, silenciosa, que se posaba indistintamente sobre el día anterior o sobre una década lejana, como esa niebla que en *Los vikingos*, la película de Richard Fleischer, invade el fiordo cuando Tony Curtis y Janet Leigh intentan escapar. Es una de las primeras películas que vi, diez meses después, en cuanto volví a casa. Era de noche, estaba solo, y como de costumbre me costaba conciliar el sueño. Era una de mis películas preferidas desde que era niño. Miré el ojo de Kirk Douglas, arrancado por un halcón, el brazo de Tony Curtis, amputado por una espada. Eran hermanos, yo era su hermano, y se iban a matar entre ellos. Hubiera querido reconciliarlos en el momento del duelo final, devolverle el ojo a uno y la mano al otro, y a los dos lo contrario de la rabia que los unía. Lloré.

La gente del quirófano no se habría sorprendido de atender a un vikingo si hubiera trabajado en el país de los vikingos, pero descubrieron aquella presencia inédita, un herido de guerra en París. Algunos habían visto y atendido ya a otros en África, en Yugoslavia o en países árabes. También yo había visto algunos. Era en otro lugar.

La conciencia estaba preparada por el contexto. Esta vez no era el caso. Sin embargo, para hacer frente a este cambio, el personal sanitario tenía este privilegio: respondían a la destrucción con gestos precisos destinados a reparar, como si fueran autómatas dotados de razón. Esos gestos reemplazaban las lágrimas, la palabrería, la compasión inútil, la piedad peligrosa. «Tendremos que aprender a vivir como los libaneses, y yo que los compadecía...», me dijo Chloé, mi cirujana, después del siguiente atentado, el del 13 de noviembre. En su tesis, Chloé citaba una obra de Sófocles, *Áyax*. Se acordó en el momento oportuno y me citó en la consulta un verso que se le había quedado grabado. Como yo no me lo apunté, un poco más tarde le pedí que me lo recordara. Me respondió por SMS: «Traducción libre: un buen médico no recita conjuros ante una herida que reclama amputación. Es lo que dice Áyax antes de tirarse sobre la espada de Héctor. Fuera de contexto, es una manera como otra de decir: "Si es lo que toca hacer, se hace." Que tenga un buen día.»

Por último estaban aquellos que, como Aisha, la auxiliar de enfermería árabe que leía toda clase de periódicos y libros, simplemente sentían asco por la imbecilidad de los asesinos. Aquellos días me di cuenta de cómo un periódico como *Charlie* formaba parte del contrato social francés –o de lo que quedaba, para ser más exactos–. La mayoría de la gente no habría suscrito nunca este contrato si se lo hubieran dado; pero no era imprescindible firmarlo para disfrutar de él, incluso sin querer. Bastaba con respirar el aire en el que su tinta se había secado desde hacía tiempo. No era el aire del qué dirán, ni siquiera el de la agudeza o la competencia. Era el aire de la farsa y de la falta de respeto, el aire que ponía a todo el mundo en estado de despreocupación y de espíritu crítico.

El 11 de enero a primera hora de la tarde, mi hermano me dijo: «Parece que ya hay una multitud en la manifestación. Si no estuviera contigo, estaría allí con ellos. Todo el mundo dice: Yo soy Charlie. Todo el mundo es Charlie. Es como si hubiera oleadas de gente en todo el país.» O algo así, no lo apunté. Entonces apenas apuntaba nada, es una costumbre que no he perdido. Lo poco que escribía lo escribía en la pizarra antes de borrarlo, por razones prácticas y como

si nunca hubiera existido. Durante tres meses, en los períodos en que tuve que estar callado para que el labio inferior y alrededores tuvieran ocasión de cicatrizar, mis dedos no dejaron de ir y venir por el vacío de aquella pizarra y de alimentarse de rotuladores como los de un colegial poco cuidadoso. Era un mal menor. Me recordaba a las clases de primaria, cuando escribíamos todavía con tintero a la sombra de Alphonse Daudet o Henri Bosco. Yo era zurdo y manchaba de tinta la hoja, el dedo corazón, el anular, a veces también el reverso de la muñeca. Ahora tenía un enorme emplaste sangriento debajo del apósito entre las dos falanges del dedo corazón y del anular de la mano izquierda. Parecía un montón de barro entre dos colinas. ¿Terminaría de irse algún día? Mi hermano seguía hablando del horario de la jornada nacional. Fuera se manifestaban. Dentro, la infancia seguía manifestándose. La sacábamos del maletero, como una rueda de repuesto, y el viaje continuaba. Pero ¿qué viaje?

En la habitación, al cabo de poco tiempo hubo que sustituir la primera pizarra. La guardé por fetichismo con las últimas palabras que escribí en ella. No entiendo –o no entiendo ya– qué significan. Están escritas en español, con rotulador azul y en mayúsculas. Son un poema. Debí de escribirlo para Gabriela, pero no sé si lo leyó, y por otra parte no está claro que fuera ella la destinataria. Quizá lo escribí para mí o para uno de mis mejores amigos, Juan, con el que solíamos intercambiarnos por SMS poemas hispánicos unas veces leídos, otras escritos. Estas palabras me informan del estado mental o anímico –como se quiera– en el que estaba inmerso cuando mi hermano me informó de la manifestación. Dice así: «Aprovecha el sueño del enfermo / en la pereza del mármol / tapado con su sábana / de morfina. / Hace poco bailaste para mí / un poema de Mickiewicz / que seguro que no existe, / "Sueño de un hombre apacible tranquilo" / en mi brazo herido.»

¿Cómo el poeta polaco Adam Mickiewicz, del que no recuerdo haber leído ningún verso, había llegado hasta allí? Busqué la respuesta. No la encontré. Solo recuerdo una cosa: en el momento en que lo escribí en la pizarra, me parecía que ese poema resumía lo que estaba viviendo. Fue escrito como un sueño que uno anota en

duermevela creyéndolo determinante y que, al despertar, se muestra como lo que es: el rastro mediocre e incomprensible de una emoción vital pero enterrada; el jeroglífico de una personalidad desaparecida.

Mientras hablaba de la manifestación, mi hermano sonreía. Estaba feliz y orgulloso del apoyo general, nacional, feliz de transmitírmelo. Sin embargo, había acompañado a su mujer y a sus hijos a su casa, en las afueras. Creo que temía un nuevo atentado, las aglomeraciones y estampidas, un incremento de la angustia. Hacía cuatro días que la familia ya tenía bastante con aquello. La habitación estaba en penumbra. Yo le escuchaba, asentía. La traqueo me dolía y la sonda nasal empezaba a causarme irritaciones en la nariz y en la garganta. No estaba seguro de entender lo que pasaba y, al margen de aquel malestar salpicado de dolores, no sentía nada. Oí por primera vez pronunciar aquel lema, «Yo soy Charlie». La manifestación y el lema tenían que ver con un suceso del que yo había sido víctima, del que era uno de los supervivientes, pero para mí se trataba de un suceso íntimo. Como un tesoro maléfico o un secreto, me lo había llevado a aquella habitación en la que nada ni nadie podía seguirme, salvo aquella que iba delante de mí en el camino que ahora me tocaba emprender: Chloé, mi cirujana. Escribía en *Charlie*, había resultado herido y visto a mis compañeros muertos en *Charlie*, pero yo no era Charlie. El 11 de enero, yo era Chloé.

Hacía dos días que también era Gabriela. O más bien la sonrisa de Gabriela. Era exactamente la misma sonrisa que había lucido veintidós años antes, en París, cuando me la presentaron en una fiesta a la que llegamos, dos amigos y yo, vestidos de mujer. Yo acababa de volver de Cuba. Ella estaba sentada, sola, pegada a la pared. Llevaba unos pantalones de cuero negros y tenía ese cuello y esa espalda erguidos de bailarina, el pelo negro y tupido, y esa sonrisa que le invadía la cara, una sonrisa de cuerpo de ballet que se muestra en cualquier circunstancia, incluso bajo tortura. Las bailarinas clásicas son soldados y Gabriela era uno.

Dos días antes de la manifestación, su sonrisa había entrado en la habitación y me alivió de inmediato. Si había llegado hasta allí, es que la vida iba a reanudarse. Gabriela era quizá una aparición

destinada a consolarme de todo lo que acababa de suceder, de todo lo que iba a venir, de no sé muy bien qué, tal vez simplemente de mí mismo. A través de su sonrisa vivía y revivía el instante en el que la había visto por primera vez, y, sin embargo, aquella que debería haberla acompañado, aunque presente, estaba muerta, como toda la gente a la que había conocido y querido antes del atentado. Tenía cincuenta y un años y un agujero en la mandíbula. Tenía siete años y se acercaba la noche. Un hermoso fantasma con cara de indio se presentaba ante mí con el aspecto de la mujer a la que yo amaba y que no podía estar allí, en aquella habitación, después del atentado, puesto que aquel que la miraba entrar no estaba en verdad allí. Como diría Verlaine, no era por entero la misma, ni era por entero otra. Volaba en aquella habitación estrecha y oscura que olía a desinfectante. ¿Se disponía acaso a hacer un trenzado? Recordé que si bien la había visto a menudo ensayar o dar clases en la sala de ejercicios, nunca la había visto bailar en un escenario. Me agarré a la sonrisa como a una visión, y por unos segundos salí de mi presente y de mi infancia para reencontrar mis treinta años de edad. Tendí dos dedos en dirección a Gabriela, es increíble cómo los signos se tornan pesados, casi religiosos, cuando se los reduce a la mínima expresión. Le hablaba de Cuba, apoyados en la pared de un piso, mientras tomábamos un mojito. El suyo, como siempre, sin alcohol.

Era en 1993. Ella había pasado tres años en una compañía de ballet mexicana. Cuando la conocí, acababa de dejar México y probaba suerte en París. Nos separamos relativamente deprisa. No supe que había entrado en la Ópera ni que la había dejado.

Doce años más tarde, después de un sueño y gracias a las virtudes de internet, la localicé. Yo acababa de divorciarme. Ella tenía una página web y le escribí. Tardó varios meses en contestarme. Por entonces vivía en Nueva York, donde daba clases de danza y de Pilates. Había interpretado papeles de mala –latina, por supuesto– en algunas series de televisión. Vivía con un banquero americano de Chicago mayor que ella. No tenían hijos. Cuando le escribí, acababa de abrir una pequeña academia a la que iban a bailar muchos chilenos. ¿Cómo es la vida de la gente cuando sale de

la nuestra? No tenemos ni idea, y lo que imaginamos no se corresponde casi nunca con la realidad.

Vivían en Manhattan, en el Midtown, en un apartamento relativamente grande y oscuro situado cerca del East River. Su marido lo había comprado aprovechando la breve crisis inmobiliaria que hubo después de los atentados del 11 de Septiembre. Aquel día él no estaba, y después de la caída de las torres, Gabriela, como muchos otros, caminó hacia el río en una atmósfera de fin del mundo, pensando que iba a estallar una guerra. Había pasado la adolescencia bajo la dictadura chilena y aún se sabía de memoria los himnos nacionalistas que le obligaban a aprender en el instituto. Solía cantármelos entre risas, la Historia y el patriotismo eran el producto de una comedia que más valía evitar. Amaba su país como un recuerdo que rememoraba con alegría, aunque no sin exasperación. No paraba de pensar en su padre enfermo en el desierto de Atacama.

Se había marchado de su país a los dieciocho años para bailar. Una compañía extranjera le había concedido una beca, pero le faltaba el billete de avión. Su familia no se lo podía regalar. Cuando quería conseguir algo, Gabriela no se arredraba ante nada. Desde Copiapó, su ciudad natal, le escribió una carta a Pinochet, al que odiaba y temía, explicándole su situación. Debió de ser convincente: la secretaría de la presidencia citó a la chiquilla de provincias. Cogió el bus nocturno con su madre hasta Santiago. Las hicieron esperar en un sofá delante de una asistente antipática que les comunicó que el secretario del presidente estaba ocupado. El tiempo pasaba. La madre de Gabriela, avergonzada, quería marcharse. La asistente desapareció sin decir palabra. Gabriela se arrellanó en el sofá, cerró los ojos y, como la vería hacer a menudo en la habitación del hospital y en otros lugares, se puso a respirar lentamente y entró en meditación. La meditación, aquel día, tenía un único objeto: «Esta señora volverá con una sonrisa. Traerá el billete de avión y, además, nos servirá un café.» Y es exactamente lo que ocurrió. La asistente regresó con una sonrisa y café, y les anunció que el secretario del presidente les daba un vale para un billete que debían retirar directamente en la compañía chilena de aviación. Poco tiempo

después, Gabriela cogía un vuelo rumbo a Ginebra. Nunca había visto la nieve y le habían dicho que la ciudad estaba rodeada de montañas. Se plantó en anorak, pero era el mes de agosto y hacía un calor infernal, y se fue pitando a los baños del aeropuerto para cambiarse, tan avergonzada de su ingenuidad como su madre delante de la asistente del secretario del presidente.

Físicamente había cambiado poco en treinta años. En materia de alcohol solo toleraba el champán, y aun así apenas unas gotas con las que mojarse los labios. No fumaba y comía poco, pero era golosa y se pirraba por el jengibre y el chocolate. Echaba barriga no bien paraba de bailar, pero paraba poco y se entrenaba regularmente en su casa, con sus máquinas, entre dos intercambios de correo y un libro que estudiar. No leía la prensa, no veía la tele, no escuchaba la radio. No le interesaba la actualidad, que solo le llegaba por lo que contaban los demás, un poco al azar, en medio de una niebla de indiferencia electrizada por su sensibilidad. En ella distinguía, creo, la presencia del mal y de la inutilidad, de todo lo que alejaba a los hombres de lo mejor y lo más aplicado de sus pasiones (en su caso, la danza). Se obstinaba en vivir en su «pequeño mundo», como decía ella, igual que la rosa debajo de la campana en el planeta del Principito. Por lo demás, no se trataba de una rosa sin espinas. Gabriela había sustituido la coquetería de la planta demasiado humana de Saint-Exupéry por una disciplina solitaria que yo admiraba pese a encontrarla austera, o tal vez porque la encontraba austera.

Cuando volvimos a vernos, las circunstancias y un divorcio especialmente complicado en marcha habían agrietado la campana bajo la que vivía. Vivir sin recursos en Nueva York, perseguida además por un banquero tan retorcido como convencido de tener razón, le amargaba la existencia e incluso la sacaba de quicio, porque estaba atrapada en un círculo vicioso. Seguía yendo y viniendo con sus maletas y bolsas debajo de la campana, de un gimnasio a otro, de una sala de baile a otra, de un aula a otra, de una punta del mundo a otra, de Copiapó a Nueva York, de Nueva York a París, y ahora del aeropuerto de Roissy a la Salpêtrière. El aire frío del drama, que se colaba por la grieta, le había

ensombrecido el carácter, pero apenas le había modificado el aspecto ni, por decirlo como los antiguos, el sentido de su destino. Sus distracciones seguían siendo escasas y más bien infantiles. Su disciplina vital luchaba con el desorden mental que le imponían su imaginación, sus ilusiones, su situación. Evitaba todo cuanto la pusiera triste, pero lo que echaba por la puerta entraba por la ventana, y cuando ya no conseguía evitarlo, la vencían la rabia o la pena. Entonces desaparecía la sonrisa, se le fruncía el ceño, la mirada se le endurecía o se fundía en lágrimas, y no quedaba absolutamente nada de la dulzura apacible de Gabriela: terminaba echando sapos y culebras por la boca. Me gustaban sus llantos porque me permitían consolarla, pero temía sus ataques de rabia porque era incapaz de apaciguarla. Una hora de baile en cualquier parte ahuyentaba todas las nubes, todos los sapos y culebras, y volvía a asomar la sonrisa.

Se quitó el abrigo, se inclinó sobre mí y, después de tocarme los dedos sanos, me habló no sin dejar claro que no quería cansarme; luego se dio una ducha. Más tarde, en mi pizarra, le pedí que me contara cómo le había ido el viaje, que me hablara de su vida en Nueva York. Volví a escribir cuatro palabras sobre el atentado, pero a ella no le apetecía entrar en los detalles de aquella realidad. No recuerdo en qué momento se marchó a una sala de baile para resucitar. La habitación era pequeña, íbamos a tener que quedarnos a vivir allí una semana. En cualquier momento, Gabriela podría verse obligada a salir para que me hicieran las curas. Nunca oiría el sonido de mi voz.

Por la noche la despertaban el menor de mis gestos o mis pesadillas. Se sobresaltaba. Yo tenía la impresión de haberme despertado por su sobresalto, que me tranquilizaba. Ella tendía el brazo desde su cama hacia la mía, y como no sabía cómo tocarme sin hacerme daño, me apretaba los tres dedos sin vendar o me acariciaba la cabeza. Todo mi cuerpo vivía en su mano. Durante unos minutos volvía a dormirme.

El día antes de la manifestación ayudó a Linda con la ducha, y a partir del 11 de enero, me la di solo con ella. Se reía y me sujetaba con cuidado, no sin cierta imaginación. Era como un juego, con sus

reglas y sus retos; pero cuando mi cuñada se la encontró en un pasillo del pequeño supermercado más cercano al hospital, estaba llorando. En la ducha me dijo:

–¿Solo tienen bolsas de basura? No pasa nada. Tienes cierto encanto, así ataviado.

No podían permitirse evitarme aquel encanto: al margen del quirófano, el hospital estaba pelado. Y yo aún disfrutaba de un régimen de favor. Aparte de los padres de los niños ingresados, nadie podía quedarse a dormir. Pero, como no tardó en decirme una enfermera, «usted no es un paciente como los demás». Por primera vez desde el parvulario, era el niño bonito. Como odiaba la cantina, la portera de la escuela me acogía al mediodía en su casa. Me daba lo mejor de su comida, sobre todo filetes, y se contentaba con tragarse la mía. Era la época en que, cuando mi abuelo me acompañaba a la escuela por las calles residenciales, lo hacía cambiar de acera en cuanto un perro ladraba detrás de una verja. En la ciudad en la que el príncipe es un niño, el niño es casi siempre un tirano y un ingrato. Suele morir ejecutado, como un príncipe, antes de haber tenido tiempo de acceder a los recuerdos. Esa vez el niño había sobrevivido a todo, mejor en todo caso que los distintos personajes que lo habían sucedido. Venía a verme a aquella habitación todo el rato. Disfruta del filete de la portera, me decía, todo lo que consigas te lo has ganado.

El día de la manifestación me levanté. Gabriela me ayudó a dar los primeros pasos hasta la puerta y a hacer mi primer largo en el pasillo. Había tubos por todas partes. Ella empujaba el portasueros. Aquella mañana no hicimos los 104 pasos de ida y vuelta, pero ella enseguida empezó a mirarme como a una bailarina:

–Mantente erguido, levanta la cabeza, estira los omóplatos, imagina que eres una marioneta y que te cogen de la cabeza por el pelo. Te inclinas a la derecha, ¡ponte recto!

Anduvimos despacio. Dos policías nos seguían a pocos metros, las manos en las Beretta. Los otros dos se quedaron cerca del ascensor, de pie. No necesité muchos largos para aprender a vivir en su compañía, como si fueran sombras que me seguían sin depender de mí ni acercárseme demasiado. Iba a convivir con ellos veinticuatro

horas al día durante cuatro meses y medio, y el día que se marcharon me quedé a la intemperie. Su presencia reemplazaba la de los cuidadores e instauraba un exceso de familiaridad en la que la soledad no tenía cabida. Me obligaba a ir vestido.

Mientras caminaba con Gabriela iba mirando las puertas de las otras habitaciones. Allí eran todas individuales, las ocupaba un solo paciente. Prácticamente eran todo casos muy graves, muchas traqueos, muchos tubos, muchas babas por el suelo. La mayoría de los pacientes eran de extracción modesta. Muchos tenían cáncer de mandíbula, de lengua. Fumaban demasiado, bebían demasiado. Algunos llegaban borrachos la víspera de una operación. Otros se iban sin avisar, a veces eran los mismos. Los había que fumaban en la habitación, a veces incluso por la traqueo, si la boca no lo permitía: el carretero resistía a los tubos. Y los había que salían con el portasueros para ir a fumar fuera, al sol, sentados en el poyete gris, delante de la entrada de ambulancias. Los más valientes se aventuraban hasta los bancos del parque, suntuoso, que estaba entre los edificios y la gran capilla construidos durante el reinado de Luis XIV.

Estaban los que habían sufrido accidentes de todo tipo. Estaban los pendencieros con la mandíbula fracturada. Solían ingresar el fin de semana, de noche, después de una pelea. Recibían la visita de sus familiares o colegas, que acudían en multitud e iban por los pasillos poniendo caras, como guerreros en un territorio extranjero. Sus cuerpos buscaban sus reflejos habituales, pero el instinto no acompañaba y parecían confusos. Esta confusión desembocaba a veces en una especie de delicadeza. La incertidumbre suspendía los gestos. Todo lo que hubieran querido hacer estaba fuera de lugar o no podía determinarse claramente. En ocasiones, una madre acudía a la enfermería a reclamar algo, que unas veces conseguía y otras no. Su silueta cansada, casi marchita, despedía como un olor a fatalidad. Era un olor espeso, sobre un fondo de lejía y Betadine. Como la humedad tropical, aminoraba el paso.

No sabía qué sucedía al otro lado de las puertas cerradas, pero sí lo oía, y a veces, con el paso del tiempo, las enfermeras o las auxiliares me hablaban de ello. Entre los pendencieros, los había

muy machistas que no soportaban depender de mujeres. Trataban a las cuidadoras con rabia, con desprecio. Uno de ellos, que ocupaba la habitación situada enfrente de la mía, tiraba su vaso de plástico cada vez que entraba una enfermera y le gritaba: «¡Recógelo!» Al final solo entraban en su habitación a la hora de las curas.

En general las puertas estaban cerradas y no había relación entre los pacientes. Por un lado, no se quedaban mucho tiempo. Por el otro, como diría Victor Hugo, cada hombre está en su noche –sobre todo en un servicio en el que todo lo que exigía un esfuerzo con la boca entrañaba dificultades–. A veces nos cruzábamos con los portasueros en el pasillo, arrastrando los pies y sin decir nada. A lo sumo, un gesto o un pequeño saludo. Ni habíamos comido del mismo plato ni nos apetecía hacerlo, al fin y al cabo cada cual había pagado ya los platos rotos. Eran todo rostros deformados, tuertos, desfigurados, hinchados, amoratados, abultados, vendados. Por un día o para siempre, era el pasillo de las caras rotas. Unos acabarían pareciéndose de nuevo a sí mismos; otros, nunca. Algunos de los que tenían cáncer morirían al cabo de un mes o de un año. Independientemente del futuro, en aquel pasillo cada uno era el espejo del otro. Solo los locos y las reinas malvadas le hablan al espejo, sobre todo cuando es deformante.

Se dejaba la puerta de una habitación abierta en caso de urgencia o de grave dificultad, por ejemplo respiratoria. La puerta abierta daba a menudo al más allá. A unos metros de la mía descubrí la de un paciente hecho un ovillo, en posición fetal, inmóvil y mudo sobre la cama, la cabeza ligeramente vuelta hacia el techo. Tenía cara de torta, que formaba un óvalo cóncavo que le iba de la frente al mentón. Era como si una sierra le hubiera recortado el rostro para dejar solo los dos extremos y, en medio, en el hueco, unos ojos que ya no parecían ver nada. Sus piernas habían adelgazado tanto que parecían finas como palillos o cerillas, a punto de romperse o llamear. Llevaba un año en el servicio y ya no caminaba ni hablaba. Le habían puesto la radio, una radio en la que sonaban grandes éxitos a todo trapo. Una enfermera me dijo que a él le gustaba y que aún reaccionaba con pequeños movimientos. Simplemente había que saber interpretarlos. Le llamaban Ludo. Pertenecía a otra

categoría de pacientes: los que habían intentado matarse. Ludo se había pegado un tiro en la cabeza por una mujer y había fallado.

Veía por primera vez aquel rostro sin cara, aquel cuerpo escuchimizado por el dolor y en la mera supervivencia, y le hice un gesto a Gabriela que significaba: «¿Has visto?» Lo había visto y me hizo señas para que volviéramos atrás. Ya había hecho bastante esfuerzo. No tenía por qué ver aquello. Por hoy, en todo caso, no tenía la menor intención de ir más lejos de la habitación de Ludo.

Después de aquella primera caminata, no pude pasar una sola vez por delante de la puerta abierta sin pararme delante de la habitación de aquel a quien, desde entonces, pasé a llamar el pobre Ludo: contemplarlo era como una plegaria. No sabía nada de él, y sigo sin saber mucho más, pero me acompañaba. Era quien abría el camino y era lo que yo hubiera podido ser. Habría bastado con que la bala me diera un poco más arriba o que la siguiera una segunda. Su soledad, libre de toda visita, imponía. Al principio el pobre Ludo había recobrado algunas funciones. Casi podía hablar, o al menos hacerse entender. Su familia y sus amigos iban a verlo. Hubo una época, tan remota e improbable como la de los dinosaurios, en la que él mismo iba a la enfermería o a la sala de personal. Habían celebrado su cumpleaños, y aunque Christiane le había cogido manía por razones que nadie se explicaba –quizá simplemente porque ocupaba una cama y tardaba en morirse–, se había convertido en la mascota del servicio.

Luego, poco a poco, su estado fue degenerando y la gente dejó de ir a verlo. Desde entonces estaba solo. Se iba con la única compañía de los cuidadores. El plomo que le quedaba en la cabeza había multiplicado los problemas cerebrales y nerviosos. Los intestinos no le funcionaban. El pobre Ludo había dejado de caminar, de expresarse, de moverse. Había que darle la vuelta, lavarlo, cambiarlo. Se desmigajaba por dentro y por todas partes. No hacía nada más que ser: una existencia pura y libre de cualquier contingencia, invadida por un dolor que se había hecho mudo, en la que cuanto quedaba de vida escapaba a los vivos. Esta presencia, de un extremo a otro del pasillo, jalonaba mis largos y me ayudó a vivir.

Un día, Linda, viendo que yo lo miraba, me dijo: «Ay, señor

Lançon. Si uno quiere matarse, lo que no debe hacer nunca es pegarse un tiro en la cabeza o tirarse por la ventana. Porque si falla... No, lo mejor sigue siendo un buen pastel de veneno.» Lo dijo con una expresión untuosa, casi golosa, como una cocinera que se dispone a dar su receta de crema pastelera. Me pregunté de qué color sería el pastel y pensé que primero había que conseguir los ingredientes. Esa misma noche le escribí a mi hermano que quería apuntarme a la Asociación por el Derecho a Morir Dignamente. «Yo también», me dijo. No lo hicimos.

Una noche, en febrero, el pobre Ludo murió antes del amanecer. Hubo ruido en el pasillo –un ruido, mezcla nerviosa de voces, aparatos y carritos, que había aprendido a reconocer–. Las enfermeras que me hacían las primeras curas me trajeron la noticia que esperaba. Aquella mañana, mientras hacía mis largos, pese a que sabía que se había ido, busqué al pobre Ludo. La puerta estaba abierta. La habitación estaba vacía, el colchón plastificado, a la vista. Se disponían a limpiar. Seguí pensando en él todos los días cuando pasaba por delante de aquella habitación, ocupada ese mismo día por otro paciente y en adelante cerrada. Aún hoy pienso en él a menudo. Recuerdo aquel día en que, pasando al ralentí, lo vi por primera vez vivir y dejarse morir. Fue el día en que me dijeron que había una manifestación en París. Se celebró, yo no estuve, y al día siguiente por la mañana volví a entrar en el quirófano. Era la primera vez que entraba consciente. Durante un año, para cualquier cosa, sería siempre la primera vez. El quirófano era una habitación de mi nueva casa. Aún no sabía hasta qué punto aquella habitación iba a convertirse en un lugar habitual y hasta apetecible. Era la habitación en la que el cuerpo cambiaba y a la que los demás, los de fuera, no me seguían. Entré en ella para no sufrir la misma suerte que el pobre Ludo.

9. EL MUNDO DE ABAJO

–Está en primera posición, señor Lançon.

La que hablaba era la enfermera de la noche. Era la primera vez que la veía. Me dijo su nombre. Pensé que se llamaba igual que un personaje de Raymond Queneau, que era un nombre anticuado, que tenía más o menos mi edad y que también yo estaba anticuado. Cuando se está anticuado es porque se ha sobrevivido a algo, incluso a varias cosas a las que quizá no debería haberse sobrevivido. Pero ¿a qué se ha sobrevivido exactamente? Tumbado en la cama creía entonces que el atentado me había dado una fecha de caducidad. Hacía algún tiempo que ya no me sentía apto para ejercer un oficio de locos y enloquecedor que exigía amoldarse a un mundo que avanzaba demasiado deprisa y demasiado bruscamente para mí. La actualidad se había convertido en una galería de espejos repleta de lámparas sobrecalentadas que ya no iluminaban y alrededor de las cuales revoloteaban unos enjambres de mosquitos cada vez más estúpidos, moralizantes, publicitarios y nerviosos. En adelante, cualquier palabra, cualquier frase me hacía sentir su precio. Mi mandíbula destrozada parecía una metáfora, lo cual tenía su lado bueno.

La enfermera de la noche se llamaba como un personaje de Raymond Queneau, pero también, pensé mientras la observaba, como una chica que conocía cuando tenía dieciocho años y que una noche, cuando me disponía a besarla, me regaló un oso de peluche (se me quitaron las ganas). El día anterior mi hermano me había instalado internet, un pequeño terminal carísimo que me seguiría de una habitación a otra. Era más barato utilizar la red del hospital, pero funcionaba mal. La tele iba mejor, era como el aire contaminado que respiramos, pero me mantuve firme en la decisión que nunca he lamentado: en la habitación, ni televisión ni radio. Habría tenido la sensación de ser víctima de una plaga de mosquitos. Solo quería oír o soportar los ruidos directamente

relacionados con mi propia experiencia, y hacerlo además en el mayor silencio posible, aun a riesgo de tener que poner espirales antimosquitos debajo de la cama. Cuando las puertas de las habitaciones se abrían mientras yo hacía mis primeros largos de pasillo, había descubierto sin sorprenderme que la mayor parte de los pacientes, por muy postrados en la cama y moribundos que estuvieran, veían la tele día y noche, con el volumen al máximo, como si quisieran despertar a un sordo, cuando no al muerto en que corrían el riesgo de convertirse en breve, y en particular la última y más eficaz de las máquinas de atontamiento por información, la cadena de noticias BFM. Los entendía, y por nada del mundo hubiera juzgado la manera que cada uno tenía de encarar la condición que compartíamos; pero yo no quería añadir a las imágenes que me ocupaban, y que al menos tenían el mérito de ser íntimas y relativamente discretas, aquel cuadro colectivo del infierno: información y entretenimiento en bucle.

Ese mismo día, más entrada la noche, seguí pensando en Raymond Queneau. Su humor métrico y melancólico me había servido siempre de consuelo, sin que supiera muy bien de qué. Ahora lo sabía. De repente me acordé de dos versos, solo dos (es verdad que no conocía muchos más): «Tampoco me da tanto miedo la muerte de mis entrañas / ni la muerte de mi nariz, o la de mis huesos.» Tumbado, la mandíbula perdía menos, pero de nuevo empezó a perder, me caía la baba a la más mínima emoción y la sonda nasogástrica me irritaba la garganta y la nariz. Dentro de la ventana de la nariz por la que pasaba el tubo se había formado una escara. No paraban de quitármelo y ponérmelo. Enseguida entendí que para limitar los percances tenía que aceptar aquel tubo, acogerlo, por así decir, igual que en submarinismo, cuando se tiene un principio de sinusitis, hay que abrir los senos al agua salada y aceptar que los limpie para poder descender y sobre todo subir sin sufrir daños. El tubo es un déspota: cuanto más lo teme uno y más se le resiste, más lo castiga y martiriza. Lo que valía para la nariz valía también para las venas y las muestras de sangre en catéteres, y valdría pronto para el estómago. Había que querer a los tubos, porque si te violaban era por tu bien. Te proporcionaba el agua, el

azúcar, la comida, los medicamentos, los somníferos, y en última instancia la vida, la supervivencia y el alivio. Eran tiranos benévolos.

Por lo demás, me sentía culpable de tener aquellos dolores, porque si comparaba el estado de la nariz o de las venas con el de las manos y, sobre todo, con el de la mandíbula, la condición de los primeros era, como los efectos, secundarios. Quejarse era como si, después de haber pisado una mina, alguien que acabara de perder ambas piernas se quejara de una picadura de tábano en la punta de la nariz. Me habría gustado establecer una jerarquía de los males con la sabiduría de Buda, pero no era capaz. No vivía debajo de un baniano ni cerca de una flor de loto, sino en un hospital, y me sentía culpable de no estar a la altura de la prueba. El día antes un enfermero me había dicho entre risas: «¡Ahora hay un héroe en la familia!» No me sentía ningún héroe, pero me avergonzaba de no poder interpretar el papel que me atribuían las circunstancias. Era la primera manifestación de este particular sentimiento de culpa, a la vez deprimente y desconfiado: el sentimiento de culpa del paciente. Depende de los demás para casi todo y querría controlar al menos la manera en que se expresa dicha dependencia. En las semanas siguientes no hizo más que crecer y diversificarse de todas las formas posibles, hasta el punto de convertirse en un mal en sí mismo, un mal contra el que tenía que luchar al igual que mis cirujanos luchaban contra la pérdida de peso, la quemadura de los tejidos, la supuración de las heridas, las pérdidas por la boca y el mentón, y un cansancio que, de operación en operación, era cada vez más preocupante.

Por la noche seguí la pista de la chica que me había regalado el peluche. Recordé su cuello ancho, su rostro andrógino, su pelo corto y rubio al estilo de Jean Seberg. Tardé bastante en acordarme de cómo se llamaba de apellido. Habían pasado más de treinta años, quizá se había casado y adoptado el de su marido. ¿Estaba yo ya vivo por aquel entonces? Navegué sin éxito, con torpeza. La cabeza de la chica se me metía en el cuerpo y me dejaba aturdido. Cada vez me costaba más respirar. El efecto de la morfina se mitigaba. El peluche, me acordé de repente, era una ardilla, ese roedor pequeño y con encanto que solo existe para evocar el otoño, los árboles, un

plumero y su propia desaparición. Cuando me lo regaló, Mitterrand acababa de ser elegido presidente, Europa era un proyecto de futuro que estudiábamos en Derecho y que convertía a los funcionarios de Bruselas en poco menos que los nuevos aventureros. Busqué los olores de la cafetería de la universidad y de los bares llenos de humo, grasientos, a los que íbamos a tomar un café, a comer un sándwich caliente de jamón y queso, a hablar de un ciclo de Bergman o de Anthony Mann, de la última película de Godard o de Truffaut. Tampoco esta vez encontré nada. Tuve una vez dieciocho años y dejaré con mucho gusto decir a quien quiera que es la mejor edad de la vida, pero delante de aquel ordenador, de aquella búsqueda, en aquella cama, era una edad que no había existido, otra más, una edad de la que el atentado no había borrado todas las imágenes, pero sí todas las sensaciones.

–¿Qué haces? –me dijo Gabriela.

La luz del ordenador la había despertado. Escribí en la pizarra:

«Nada. Pienso.»

–No estarás buscando información de los atentados, ¿verdad? Tienes que evitarlo a toda costa. Tienes que pensar en cosas positivas, en cosas que te hagan sentir bien. Concéntrate en un paisaje que te guste, concéntrate con todas tus fuerzas y trasládate a él.

Gabriela parecía creer que basta con pensar en el Bien para ahuyentar el Mal. Nunca pude imaginarme un lago de los Pirineos –probablemente el paisaje que prefiero a todos los demásal punto de sentir que me zambullía en él. Pero tampoco se me habría ocurrido buscar información de los atentados. Insisto: con razón o sin ella, hubiera tenido la impresión de estar devaluando lo que habíamos vivido. La actualidad, en ese momento, era cosa de los demás. Pero Gabriela no había hecho seis mil kilómetros para enterarse de que bajo los efectos de la morfina yo buscaba la pista de una chica olvidada mientras ella se preocupaba por mí. ¿Cómo decirle, por otra parte, que había empezado a buscar la pista de todo cuanto, por un motivo u otro, subía de nuevo a la superficie en desorden, como cadáveres arrastrados por la corriente? Todo, y antes que nada lo que había desaparecido hacía mucho tiempo. Eran nombres,

siluetas, instantes que solo aparecían por cortocircuito. No habría sabido cómo explicárselo a alguien que, como ella, incluso en plena crisis, incluso con rupturas, vivía dentro de la continuidad: lo que Gabriela se hubiera tomado como una falta de tacto no habría hecho más que alimentar su angustia y hasta sus celos. Estábamos allí, en aquella habitación pequeña, como en el fondo del vientre de la ballena, ella con su vida interrumpida, yo con la cara destrozada, suspendidos entre los dramas, y ella no iba a cambiar ni de situación ni de carácter con la excusa de que yo tenía que cambiar de mandíbula y de vida.

La enfermera de la noche se llamaba como un personaje de Raymond Queneau. En este libro la llamaré Madeleine y no Zazie. Tenía el pelo largo, claro y liso. Las gafas, cuadradas, eran de una montura ligera que parecía brillar con alevosía en la oscuridad. Avanzó hasta mi cama pasando por delante de la de Gabriela. Miré si Gabriela estaba allí para defenderme, por si acaso..., ¿por si acaso qué? Bueno, por si acaso Madeleine tenía la intención de asesinarme. Desde que habían aparecido de improvisto en *Charlie*, me imaginaba que los asesinos cobraban todas las formas posibles y que en todas partes se sentían como en su casa, en particular en la mía. Gabriela parecía dormir. Su cabellera se movía un poco sobre la almohada. La sonrisa de Madeleine y su voz dulce, casi murmurante, se acercaron más. Una miradita dura y un cuello recio los contradecían. Pensé que Madeleine era soltera y deportista, del tipo de personas que se pasan las vacaciones caminando sin confort, pero perfectamente equipadas, por países lejanos, pobres, países sin Queneau, sin enfermeras, sin curas, países en los que se sobrevive mucho peor a un atentado que aquí. Mientras se inclinaba sobre mí y me hablaba, busqué su mirada y me pregunté si viajaba también a países en los que era imposible reírse de todo.

Había cruzado la pequeña habitación con el paso ágil de un ladrón. Probablemente llevara, como los demás, zuecos de caucho con agujeros, porque chirriaban un poco al contacto con el suelo. Era fornida y ancha de espaldas, y mientras me cambiaba la bolsa de suero alimenticio y me inyectaba la morfina benigna y reparadora, me la imaginé en una sala de gimnasia dando clases

sobre un caballo con arcos, en las barras paralelas, en las anillas, en todas las posiciones, y luego en una sala de tortura clínica en la que se convertía, con cada paciente, en un verdugo de primera. No tardó en desempeñar esta función en la sucesión de mis sueños. Volvía todas las noches para quitarme algo y arrancarme una confesión, no importa cuál. Su papel imaginario era dar pie a la confesión y prolongar el castigo. En realidad, Madeleine no me trató mal en ningún momento, y, como buena parte del personal de noche, más bien me tranquilizó enormemente; pero despedía como una amenaza, una falta de afecto, y enseguida me sentí culpable de sufrir dolor y de habérselo dicho. ¿Era eso malo? No estoy seguro. Con la cara que ponía Madeleine, no podía bajar la guardia. Y me anunció:

–Está en primera posición, señor Lançon.

A la mañana siguiente, el 12 de enero, me bajaron al quirófano poco antes de las ocho. Era la segunda operación y era la primera vez que oía esa expresión, «estar en primera posición». Pensé en la *pole position*, en el rugido de los coches de carreras en la línea de salida, como perros de caza a los que se sujeta, y en un accidente que vi en directo y que le costó la vida al piloto sueco Ronnie Peterson. Yo tenía quince años y había decidido ver por primera vez un gran premio de Fórmula 1. Ronnie Peterson era mi piloto favorito. Por aquel entonces, en parte gracias a Borg, el tenista que dominaba el circuito casi como el Everest, los suecos ocupaban un lugar preferente en mi imaginario. Eran gente alta, rubia, callada y discreta, y aunque al final terminaban ganando como los alemanes, no eran tan desagradables como estos. No nos habían ocupado. No habían exterminado a los judíos. No tenían a los árbitros de su parte. No invadían con sus tripas y gritos las playas españolas. Su idioma era igualmente incomprensible, pero nadie estaba obligado a aprenderlo en el colegio. Los suecos eran mis alemanes buenos, los rubios altos que me acomplejaban sin resultarme antipáticos. Después de la muerte de Ronnie Peterson, no he vuelto a ver nunca más un gran premio de Fórmula 1.

En la *pole position* para mi segunda operación... Cuando escribo estas líneas, en agosto de 2017, en lo más profundo de Escocia,

llevo ya diecisiete. Llueve, sale el sol, aquí el tiempo cambia mucho más deprisa que el corazón de un mortal sin que dé nunca la impresión de ser un caprichoso o un inconsecuente: son los hombres quienes tienen que adaptarse. Ha habido nuevos atentados lejos de aquí, en Cataluña, en la Rambla de Barcelona y en un lugar de veraneo popular, Cambrils. De Cambrils guardo unos recuerdos de verano bastante desagradables. Franco acababa de morir. España y sus modestas pesetas ofrecían vacaciones baratas a la Europa del norte, hoy día lo hace Grecia. Yo era adolescente y me horrorizaban la naturaleza gregaria y la vulgaridad de los veraneantes, sobre todo las de los alemanes. Tenía la impresión de que mis padres sucumbían al ambiente, que su cortesía se convertía en sumisión a los brutos. Yo no era distinto.

En las playas cerca de Cambrils leía lo mismo a Balzac que la serie de novelas *S.A.S*. Me gustaban mucho Vautrin y Félix de Vandenesse, no tanto Rastignac y Rubempré, y me gustaba Malko, el príncipe espía y pornógrafo creado por Gérard de Villiers, que protegía a Occidente de los rojos. Con gran naturalidad, los monstruos de Balzac se juntaban con los de Gérard de Villiers entre tripas y bikinis. No añoro aquellos años, marcados por la desazón, pero sí echo de menos como mínimo dos cosas: el aislamiento que me procuraba leer en cualquier circunstancia y la ausencia de buen y mal gusto. Mi espíritu no tenía más remilgos que el apetito de Balzac o que mi estómago lleno de un cucurucho de churros bien grasientos a primera hora de la tarde, cuando la brisa marina suaviza el aire.

Escribo para recordar también esto, todo lo que estuve a punto de olvidar, todo lo que perdí, a sabiendas de que de todas formas lo he olvidado o perdido. Como le sucede a todo el mundo, lo había perdido y reencontrado de golpe sin estar preparado para ello, pero la continuidad de la vida me protegía de todas las amenazas que había en esos fogonazos rememorativos. El 7 de enero puso la amenaza en primer plano, en todos los días, en todos los minutos, en todos los detalles. Desde entonces, a cada atentado que se produce tengo cada vez más la certeza de que me moriré en un mundo en el que los personajes de Balzac no existirán ya para nadie, en el que nadie leerá una novelita vulgar de Gérard de Villiers

en verano, en una playa española. Como los anteriores, los atentados de Barcelona y de Cambrils me alejan de una historia en la que, una vez apagadas las velas y retirados los corazoncitos, todo el mundo hace como si nada hubiera pasado –¿qué otra cosa iba a hacer?– y como si los asesinos no fueran una consecuencia desastrosa de lo que somos y de lo que vivimos.

Estábamos en mi segunda operación. No he dejado de contar las operaciones igual que no he dejado de contar los atentados. Sé que la cuenta no ha terminado y que esta contabilidad carece entretanto de importancia. Sigo comunicándosela no sin complacencia a quienes, como los lectores de *Charlie*, me preguntan por ella. Ha aparecido en la mayor parte de los artículos que hablaban de mi caso, a la gente le gustan las cifras y los récords, y buena parte de los periodistas están siempre dispuestos a darles, como a los niños, eso que se les ha enseñado a pedir. Esta contabilidad me recuerda una cosa: mientras hay quirófano, hay esperanza, esperanza de mejorar un poco, mucho, muchísimo, una barbaridad. O quizá en absoluto, aunque todavía no he llegado a ese punto. No estoy, como se dice en la jerga de los evaluadores del Estado, consolidado. Entrar en quirófano ha dejado de ser una costumbre pero sigue siendo una perspectiva, y, cuando vuelve, se convierte de nuevo en ambas cosas. Soy el viejo caballo de quirófano que mueve las orejas y al que le tiemblan los ollares cuando baja a la sala ligeramente fría y ligeramente verde, como el animal que se dirige al recorrido del salto de obstáculos después de que lo hayan pesado. Por otra parte, el paciente no está hecho para quedarse en la cama. La acción se desarrolla en el mundo de abajo.

Aquella mañana Madeleine me despertó sobre las 5.30. Gabriela se movió, pero no dormía de verdad. Como había hecho la noche anterior, me ayudó a ducharme. Por primera vez hice los gestos de la mañana que cualquier asiduo al hospital conoce. Pronto iban a convertirse en un ritual, y luego, como entre una operación y otra transcurrían entre tres y seis meses, en un placer conmemorativo. Ir al baño con el portasueros. Romper la bata de noche y tirarla a la basura. Comprobar que el kit está y está completo: las cápsulas amarillas de Betadine que hace las veces de jabón, el protector

verde y áspero de la cama que servía de toalla, el gorro para cubrirse el pelo mojado después de la ducha, las calzas para los pies. Envolverse los apósitos en bolsas de basura y anudarlas lo menos mal posible. Sentarse en la silla que traían Gabriela o una auxiliar, echar la cabeza hacia atrás, lo máximo posible. Abrir el agua y mojarse evitando al máximo las zonas con apósitos, y terminantemente la mandíbula y alrededores. Quitarse las bolsas de basura. Secarse con la toalla verde que no seca haciendo el mínimo de acrobacias posibles. Ponerse la bata de quirófano. Atársela por la cintura. Ponerse el gorro y volver a la cama dejando las calzas sobre la mesilla de noche. Tomarse el sedante suave que la enfermera diluye en un dedo de agua. Y luego, cerrar los ojos y esperar a que llegue el camillero.

Aquella vez no lo oí llegar. Dormitaba y no estaba todavía acostumbrado al ruido específico de las ruedas, que, como las tablillas de San Lázaro, anuncian que se avecina la acción. En el servicio había varios camilleros. Uno de ellos era antillano, fornido, muy guapo, y más tarde, subiendo de quirófano, me prometió que un día me prepararía sus platos favoritos. Sigo esperando, pero no tiene importancia: en el montacargas que me llevaba de vuelta a la habitación, la idea de aquel ágape me permitió convencerme de que algún día podría volver a comer.

El que me acompañó más veces era joven, pálido, castaño claro, con una barba de pocos días. Por culpa del gorro nunca pude ver cómo tenía el pelo ni cuál era la longitud exacta, la gente del quirófano nunca se descubría para saludar al paciente al que iban a operar, y si pude imaginarme cuánto medía de alto fue solo con referencia a las paredes y al resto de los cuidadores, porque solo lo vi, como a tantos otros, estando tumbado. Tampoco llegué a saber cómo se llamaba, de modo que aquí lo llamaré Bill. Bill tenía una voz dulce, un poco desesperada, y un sentido del sarcasmo que habría hecho de él un buen personaje de serie televisiva, hospitalaria o no. Aprovecho para decir que, aunque no había seguido *Urgencias*, sí me había convertido en fan de *House*. Bill había colgado en su taquilla la frase que abre el *Infierno* de Dante: «Vosotros los que

entráis, abandonad toda esperanza.» Ni el doctor House lo hubiera dicho mejor.

Bill no era el único que me acompañaba. Los dos policías que habían pasado la noche delante de mi habitación exigieron de buenas maneras venir con nosotros. Eran las instrucciones. Así que acto seguido nos encontramos los cuatro metidos en el montacargas que baja al quirófano. Entre las paredes y la camilla quedaba poco espacio. Tenía la nariz y los tubos a ras de las Beretta. A ratos miraba el rostro de Bill, y a ratos el de cada uno de los policías, sonriéndoles como si mi vida dependiera de ellos: estaban allí para recordarme que los asesinos nunca andaban lejos. También ellos me sonreían. No hablábamos. Bill estaba incómodo por la presencia de aquellos uniformes. Me había llevado la pizarra y el rotulador, y escribí: «Menudo lugar para conocerse.» Tenía la impresión de ir no al piso de abajo, sino a un planeta desconocido, lejano, del estilo de Plutón. La puerta se abrió a una antesala estrecha en la que se acumulaban objetos y ropa de quirófano, una suerte de ropero macilento. Empezó la negociación entre los astronautas. Los policías querían acompañarme lo más lejos posible. Me pregunté si estarían en el quirófano durante la intervención, si mirarían a Chloé arreglándome la mandíbula. Veía poco probable que ella accediera. Bill explicó que, al otro lado de la puerta, estaba prohibida la entrada a toda persona ajena al personal sanitario o que no fuera un paciente. De todos modos, por motivos de higiene, incluso si se quedaban en la antesala, debían ponerse un gorro, calzas en los pies y una bata. Unas sonrisas de desconcierto pasaron de un rostro al otro, como nubes sobre un paisaje. Fluctuábamos entre el trabajo y la comedia. Imaginarme a los policías en el quirófano me hizo imaginar enseguida a unos asesinos entrando. Aunque decir «imaginar» es quedarse corto. Tenía la escena como delante de los ojos y, una vez más, participaba en ella.

Un policía dijo:

–¿Es la única puerta de acceso o hay más?

Había otra, dijo Bill, al otro lado de los quirófanos, pero nadie la utilizaba. El policía le contestó que si había una puerta alguien podía utilizarla, y que por lo tanto uno de los dos se pondría delante.

Luego, poco a poco, dejaron las armas en el suelo y se enfundaron no sin dificultad los gorros y las calzas. Los astronautas flotaban ahora en una atmósfera sin gravedad. Quizá sus armas fueran a echar a volar, y ellos también, para terminar luego pegadas al techo, como el whisky solidificado del capitán Haddock. Ni pensar lo de ponerse la bata de quirófano encima del uniforme, hubieran tenido que quitarse todo y habríamos pasado toda la mañana. Quizá fue por eso por lo que, lastrados por los veinte kilos de uniformes, radios, pistolas y cinturones, se quedaron en tierra.

Desde el otro lado de la puerta, los del mundo de abajo observaban la escena con un aire entre burlón y asombrado. Hacía frío, pero en Plutón estábamos un poco en el teatro, y mientras respiraba con dificultad pensé que si aquella había de ser mi última visión, estaba lograda.

Entré en la «sala de espera» mirando cómo uno de los policías desaparecía detrás de la ventanilla de la puerta, el gorro en la cabeza y el fusil ametrallador en la mano. «¡Hasta pronto!», pensé. Bill me dejó junto a una pared, me deseó buena suerte y me dijo que enseguida vendrían a ocuparse de mí. Fue entonces cuando apareció la Castafiore.

Era la enfermera responsable de la sala de reanimación. En el servicio la apodaban así porque era difícil que pasara inadvertida y porque había cantado mucho tiempo. Le encantaba la ópera, había soñado con hacer carrera de cantante, y no tardamos mucho en hablar de eso mientras esperábamos, de quirófano en quirófano, a que estuviera lista la mesa de operaciones. Se llamaba Annie. Me cogía de la mano o de la muñeca y me masajeaba con cuidado, me acariciaba los dedos y las palmas de la mano proporcionándome así cierto consuelo. Mi cuerpo entero se relajaba bajo su mano firme, poderosa y rechoncha. Me hablaba de sus arias favoritas. A diferencia del capitán Haddock, a mí me habría gustado oírla cantar, pero el quirófano no es ni una sala de ópera ni un estudio de grabación, y Annie solo podía preparar mi entrada en el escenario de la operación y, si tenía tiempo, hacerme compañía hasta el final. Le gustaba hacerlo. De una operación a otra fuimos intercambiando consejos sobre la interpretación de tal o cual obra. Un día entró en

el quirófano y, para contribuir a mi bienestar, quiso poner los tubos de una determinada manera y darme un medicamento relajante. Le pidieron de malas maneras que se fuera, en el quirófano no había lugar para la cortesía, y salió murmurando: «Bueno, si es así ya me voy. Solo quería ayudarlo...»

Una enfermera anestesista vino a ponerme la perfusión. Aquel día fue fácil: aún tenía venas. De una operación a la siguiente fueron tornándose más duras, más raras, delgadas y sutiles, se sustraían huidizas a la larga aguja y desaparecían debajo de la fina superficie de la piel. Esta reacción hipersensible acentuaba el dolor de los pinchazos y los apuros de las enfermeras, que, tras varios intentos sin éxito, recurrían a ese perro trufero de primera categoría: el anestesista. A mi anestesista favorita, Annette, de la que hablaré enseguida, le escribí unos días más tarde en la pizarra: «Disculpe a mis venas, son tímidas.» Para mí era un milagro y un alivio verla aparecer (a ella o a los demás, en total eran cuatro anestesistas, tres de los cuales eran mujeres fuertes a las que nadie apetecía llevar la contraria). Palpaba el antebrazo y la mano y, allí donde nadie había visto nada, descubría la vena perezosa, rezagada y autocomplaciente que aguardaba a que la descubrieran y la pincharan. Por desgracia, la anestesista llegaba cuando los otros habían desistido, y a partir de la cuarta visita al quirófano, la búsqueda de la vena se convirtió para mí en la principal molestia, junto con los estados de reanimación. Me gustaba reencontrarme con el mundo de abajo y con sus habitantes, pero por más que daba ejemplo de la mayor educación a mis venas –esas pequeñas prostitutas–, ellas se empeñaban en evitar todo contacto con el personal sanitario. Entre una intervención y la siguiente, solo disponían de cuatro o cinco días para recuperarse. No bastaba.

Un mes más tarde hice durante unas horas una de mis primeras salidas. Le había propuesto a mi hermano organizar con los policías una visita a un museo que me gusta especialmente: el Museo Guimet, dedicado al arte asiático. Quería ver China, que está lejos, y quería ver el Sena, que está al lado del museo: ver algo distinto y volver a ver lo mismo. Había una exposición sobre el esplendor de la dinastía china de los Han. Las estatuas de bailarinas eran tan fluidas

que parecía que se movían. Una de las estatuas tenía en el extremo de los brazos unas mangas recortadas que disimulaban las manos como bajo unas flores con forma de campanillas. Sus cuerpos se confundían con el aire, que a su vez hacía las veces de mangas. A mí, que me costaba hacer el menor gesto y con un cuello que no era más que un periscopio oxidado, aquellas criaturas antiguas tan elegantes, tan flexibles, que hacían saltar por los aires la frontera entre inmovilidad y movimiento, me intimidaban. Yo a duras penas daba vueltas a su alrededor, mientras en la vitrina se reflejaba la silueta de uno de los dos policías de paisano que me acompañaban, que poco a poco se fundía con la estatua como para darle un poco más de vida. El otro policía se mantenía a cierta distancia: no había que ofrecer objetivos de grupo a los posibles agresores. Los caballeros y sus caballerías, con las colas pequeñas y orgullosas atadas formando un moño, parecían salir de la tumba para hacer realidad toda clase de sueños y vengar toda clase de humillaciones. Estaban la estatua de Tianlu, encargado de custodiar las riquezas concedidas por el cielo, y la de Bixie, que espanta a los espíritus malignos. Pero la que más me llamó la atención fue la de Guan Yin, la diosa de los mil brazos, porque es lo que me hubiera gustado tener al entrar en el quirófano. A cada intervención habría tendido un brazo intacto al torniquete del anestesista mientras la Castafiore, siempre preocupada por que me relajara y pensara en otra cosa, hubiera dicho: «¡Ay, señor Lançon! ¡Si todos los pacientes tuvieran tantos brazos como usted, las enfermeras estarían en la gloria! Y yo que sueño con viajar a China...» Por mi parte, yo soñaba con cumplir la misión de ahorrarme algunos dolores al tiempo que facilitaba el trabajo al personal sanitario. No era un héroe, pero me hubiera gustado serlo pese a todo. Que Guan Yin fuera una diosa de la misericordia y se dedicara a salvar a las personas amenazadas, entre otros, por el hierro y el fuego, no hacía más que contribuir a sus encantos y a su utilidad.

No me separé del catálogo de la exposición hasta que, unos meses más tarde, se lo regalé como agradecimiento a Joël, el peluquero que vino varias veces a la habitación a cortarme el pelo gratis. La primera vez fue justo antes de la operación más

importante: el injerto de la mandíbula. «Oiga, quizá va siendo hora de ir a la peluquería. ¡No puede seguir bajando al quirófano con esta pelambrera!», me había dicho Chloé, que, como todos los cirujanos, detestaba los pelos. Joël me peinó en silencio mientras escuchábamos *El clave bien temperado*. Peinaba a burguesas del distrito VII de París, a actrices, a gente distinguida y operada, pero también iba a peinar a la cárcel y al hospital, y ahora peinaba a un periodista que tenía la cara en obras. Llegaba con su instrumental y la ceremonia empezaba. Mientras él me ponía el paño protector y me mojaba la cabeza con el vaporizador, yo cerré los ojos y sentí, bajo aquel rocío artificial, un breve gozo. Durante unos minutos se apagaron los dolores, hubo escalofríos, renací un poco y, Bach mediante, tuve la impresión sensible, amistosa, casi cariñosa de que, al ofrecerme el bonito corte de pelo del condenado, Joël me preparaba lo mejor posible para una ejecución.

Pasó un tiempo antes de que me hicieran entrar en el quirófano. Todos se afanaban a mi alrededor. Conservé la pizarra y el rotulador hasta el último momento. Finalmente, me hicieron pasar de la camilla a la mesa de operaciones.

–Incorpórese un poco más, señor Lançon.

Tenía que reposar la cabeza en el borde de la mesa, en una especie de refuerzo que la hacía inclinarse hacia atrás, casi sobre el vacío, y que no facilitaba la respiración: el rostro tendido hacia el cirujano, casi como un animal a punto de ser degollado. Después de que una enfermera me hubiera puesto los electrodos, Annette preparó la anestesia mientras me iba explicando lo que hacía con una leve mueca, un poco ávida, un poco salvaje, que parecía una sonrisa y quizá no lo era. Pasaba de los cincuenta y tenía un rostro arrugado y con grandes ojos claros que te miraban como desde el fondo de un lago inquietante al que nunca podrías acceder. Yo seguía su mirada y su extraña sonrisa como un niño seguiría las de un monitor de quien depende el camino. Me puso la manta térmica de poliéster, fina y transparente. Pensé en material de camping. Al cabo de un rato llegó Chloé. Era la primera vez que la veía con el gorro en la cabeza. No había rastro de su cabellera rubia. Me habló sonriente como solía hacer muchas veces, «dirigiéndose al foro», y

Annette me avisó de que iba a sentir una ligera quemazón en el brazo izquierdo, en el punto de entrada de la anestesia. En ese momento me imaginé que los asesinos entraban mientras dormía y miré a todas las caras con gorro que me rodeaban como si fuéramos a morir todos, ellos aterrorizados y yo en paz. Un año más tarde supe por un artículo que en Siria, en Homs, durante un bombardeo, varios cirujanos se vieron obligados a abandonar los quirófanos a media intervención, dejando a los pacientes inconscientes. Me impresionó tanto que enseguida se lo comenté a Chloé, que me contestó: «Qué quiere que le diga, hay momentos en los que solo puede hacerse una cosa: salvar el pellejo.» ¿Con qué sueña el paciente cuando va a morir solo, bajo el efecto de la anestesia, en medio de un quirófano bombardeado? Me dormí.

Me cuesta recordar las sensaciones del segundo paso por el quirófano, porque están sepultadas por la costumbre que sentaron los posteriores. A partir de la quinta o sexta intervención me hacía ilusión volver. Me reencontraba como asiduo con aquel mundo verdoso y con quienes lo habitaban. Los miraba fijamente uno a uno como alguien que, después de un viaje, vuelve al pueblo y se encuentra con caras familiares. Sabía lo poco que tenía que hacer. Sabía que cada gesto del equipo me transformaba. A veces llegaba con un libro escondido debajo de la sábana: las *Cartas a Milena* de Kafka. Lo había abierto al amanecer, justo antes de la tercera operación, y fue mientras esperaba entrar en el quirófano tumbado en mi camilla, pegado a la pared, cuando, en ausencia de Annie, saqué el libro de debajo de la sábana y leí algunos pasajes, entre ellos este: «Así es, estás mal, tan mal como nunca desde que te conozco. Y esa distancia insuperable, junto con tu sufrimiento, actúa como si yo estuviera en tu cuarto y tú no pudieras apenas reconocerme y yo me moviera entre la cama y la ventana, de un lado a otro, sin recurso alguno, y no tuviera confianza en nadie, en ningún médico, en ningún tratamiento médico y no supiera absolutamente nada y contemplara ese cielo plomizo, que, después de todas las bromas de años anteriores, se me muestra en su verdadero desconsuelo...»

Vinieron a buscarme una primera vez para dejarme justo en la

entrada del quirófano. Volví a sacar el libro de debajo de la sábana y, unas páginas más adelante, leí esta frase: «El enfermo está abandonado por el sano, pero también el sano por el enfermo.» Este doble abandono ¿seguía siendo válido allí, en el mundo de abajo? Se me llevaron justo cuando le daba vueltas a otro pasaje en el que se hablaba de las calderas del infierno.

Una vez enjaezado a la mesa de operaciones, me puse a contar una historia a los que se preparaban para dormirme. Aproximadamente un minuto después de la ligera quemazón en la muñeca izquierda, perdí la conciencia en mitad de la narración. Hoy incluso he olvidado el comienzo, pero debió de ser bastante preciso, porque a la mañana siguiente, durante la visita, Chloé me preguntó: «Pero ¿cómo terminaba la historia? ¿Qué quería decirnos? Nos pasamos toda la operación preguntándonoslo.» Me quedo corto si digo que los días siguientes busqué –sin éxito– cómo podía terminar la historia, igual que busco hoy cuál podía ser el comienzo. En el momento en que terminaba este capítulo, escribí a Chloé para preguntarle si se acordaba: también ella lo había olvidado todo. En aquel entonces me consolé pensando que al menos una vez en la vida había sido un buen cuentacuentos, un hombre que deja en vilo a quienes lo han dormido y que tienen que seguir velando por él, pero sin él; a quienes, en cierto modo, tienen que sobrevivir al final de una historia que no conocerán. Luego me dije que, aunque Kafka era incapaz de echarme una mano para que recordara esa historia, daba al menos un motivo de su desaparición. En lugar de terminar un relato cuyo final hubiera desembocado en el vacío y generado aún más pena, lo había contado intencionadamente en un lugar y en un momento en el que, como un sueño, no podía sino interrumpirse y desaparecer. Luego me había tumbado en el jardín abierto por la breve quemazón, ese jardín cuya perspectiva me embelesaba y me sumía por unas horas en el coma.

La mayor parte de los despertares fueron o bien difíciles, o bien espantosos. Unos estaban dominados por el dolor físico: ardor en la garganta, incapacidad de respirar, náuseas. Los otros añadían a ese dolor la repetición del despertar inicial, el del 7 de enero: de nuevo estaba en mi casa y me disponía a empezar un día como cualquier

otro, de nuevo las luces macilentas y las voces de las enfermeras ahuyentaban la sensación de bienestar, aquellos coletazos del coma, para sumergirme de nuevo en una de esas calderas kafkianas; pero ¿no era el infierno exactamente eso, el eterno retorno de una sensación ficticia, creada por la memoria, y la brutal expulsión del paraíso cotidiano al que recordaba? Sea como fuere, así fue el despertar de la segunda operación. Estaba en mi casa, feliz entre las sábanas, cuando empecé a sentir un ardor atroz en la garganta. Abrí los ojos, vi aquella luz y volví a cerrarlos enseguida para sumirme de nuevo en el sueño que había interrumpido mi relato. Pero el dolor, en aquella ocasión, acudió en ayuda del despertar. Lo espoleaba y me obligaba a mí a no demorarme por el camino, en esa zona intermedia en la que no existe límite alguno entre conciencia, percepción y recuerdo. Entonces el orden de las exigencias se invertía: despierto, enteramente a merced del dolor y el malestar, tenía que morder lo más deprisa posible los anzuelos que la sala de reanimación me tendía. Aquella mañana dos enfermeras hacían autodefinidos al pie de mi camilla. Me concentré para escucharlas, para entenderlas. Una dijo: «¿Madame Bovary en cuatro letras?» No encontraban la respuesta. Se me cerraban los ojos. «¡Despierta!», pensé. Hice un gesto que percibieron. Oí: «¿Quiere decirnos algo el señorito?» Dije que sí con la cabeza y señalé con el dedo los autodefinidos. «Quiere ayudarnos, ¿es eso?» Volví a asentir. Una de ellas cogió mi pizarra y el rotulador, que habían guardado junto con las *Cartas a Milena*, y se acercaron las dos. «¿Así que se le ha ocurrido algo? ¿Madame Bovary en cuatro letras? Nosotras nos damos por vencidas...» Con la mano temblorosa, escribí: «Emma.» Y debajo: «Es su nombre de pila.» ¿Me había sentido alguna vez tan feliz de haber leído una novela y de no haber olvidado el título? En todo caso, me había despertado y pensé: «Gracias, Flaubert.»

10. LA ANÉMONA

«Queridos amigos de *Charlie* y *Libération*:

»De momento solo me quedan tres dedos que salen de las vendas, una mandíbula cubierta con un apósito y unos pocos minutos de energía –más allá de los cuales mi tique ya no es válido– para expresaros todo mi afecto y agradeceros vuestro apoyo y vuestra amistad. Solo quería decir esto: si hay algo que este atentado me ha recordado, cuando no enseñado, es por qué ejerzo este oficio en estos dos periódicos: por espíritu de libertad y por gusto de manifestarla, a través de la información o de la caricatura, en buena compañía y de todas las formas posibles, incluso cuando no son acertadas, sin que sea necesario juzgarlas.»

Siete días después del atentado publiqué en *Libération* el artículo que empieza con estas líneas, pero no tuve la impresión de haberlo escrito. Es la única vez en mi vida, si exceptuamos los lamentables poemas de juventud de los que hablaba más arriba, en la que me sabía el texto casi de memoria antes de ponerme a teclearlo. Lo tecleé como un sueño y como buenamente pude, entre una enfermera y la espera de la siguiente, entre una dosis de morfina y la espera de la siguiente, en el ordenador que mi hermano había traído de aquella leonera polvorienta conocida como mi casa. El periodista, con su disciplina pavloviana, acudía al rescate del herido para que el paciente pudiera expresarse. No pudo eliminar el dolorismo en el que nadaban los otros dos. Es difícil no tomarse en serio las emociones y las sensaciones de uno cuando todo nuestro ser se reduce a ellas. Habría que mantenerlas a distancia y practicar el cómodo arte del sarcasmo, pero la comodidad brilla por su ausencia y el sarcasmo no sería más que una pose. Para adoptar una pose se necesita tiempo, y yo no lo tenía.

También es la primera vez en treinta años de oficio que hablo directamente de mí en un periódico. Como formo parte del suceso,

lo describo desde dentro y por encima, aunque no sin cierto apuro. Desde mi cama tengo la impresión de estar haciendo algo prohibido y hasta de mal gusto. ¿Qué hago exactamente? Notifico a los demás que sigo vivo y que en breve estaré de vuelta con ellos. Al menos es lo que ellos creen o quieren creer, me lo dicen y me lo escriben, y probablemente es lo que yo mismo trato de creer y de hacerles creer: después de todo, este optimismo de la voluntad es un signo de vida. En el momento en que lo escribo, sin embargo, el texto significa igualmente lo contrario: me dirijo a aquellos que perdieron la vida allí, alrededor de la mesa de reuniones y en el pasillo de *Charlie*. Lección de piano póstuma: si la mano derecha toca para los vivos, la izquierda toca para los muertos y es la que lleva el compás.

No diré, desde luego, que una voz me «dictó» ese texto. No soy Juana de Arco ni he creído nunca en la idea del escritor «poseído». Fui yo quien lo elaboró y lo mandó en conciencia al periódico, como cualquier otro artículo, pero esta elaboración, o mejor, esta fermentación nació de un estado a caballo del sueño y la vigilia, entre dos mundos, donde, desde el fondo de mi habitación, hablaba más a los muertos que a los vivos, porque aquellos días me sentía cerca de los primeros, e incluso un poco más que cerca: uno de ellos. De modo que escribí y publiqué un artículo dirigido antes que nada a lectores que nunca podrían leerlo. Su ausencia tiraba de mí, me penetraba. Habían entrado en un pozo en el que una parte de mí, por solidaridad, por compasión, o simplemente por dolor, hubiera querido seguirlos y se sentía de hecho dispuesta a hacerlo. Así que no sabría decir, ni siquiera hoy, si escribí aquel artículo, aquella carta o aquella confesión para juntarme con ellos o para alejarme de ellos. O para ambas cosas. Un par de manos sobre el teclado, decía. Es posible que mis compañeros llevaran la mano izquierda, pero en ningún momento oí sus voces. Fue incluso porque ya no lograba oírlos por lo que empecé a repetir las palabras, algunas palabras, que iban a convertirse en ese texto. No lo escribió Juana de Arco rodeada de sus corderos blancos, sino que es sin duda producto de un sordo y de un iluminado.

En la habitación 106 no había flores, ni de verdad ni dibujadas por ningún niño, pero el texto nació una noche en la que la anémona

latía bajo la morfina con un poco más de fuerza que de costumbre. Fue dos días después de la manifestación del 11 de enero. La flor latía con tanta fuerza que amenazaba con tragárseme. El estor de la ventana estaba bajado. Gabriela trabajaba a mi lado, en la cama pequeña que habían habilitado para ella. La luz de la pantalla le iluminaba el rostro concentrado. Cerré los ojos.

Era una anémona de mar, como aquellas que me gustaba observar cuando era joven, sobre todo de noche, iluminadas por el haz de una antorcha submarina, cuando hacía buceo. El movimiento lento de los tentáculos me arrebataba. Desde que había ingresado en el hospital, la anémona se aparecía de noche, a la hora en que los pacientes del servicio activaban los timbres que había en el cabecero de la cama. Estos timbres solían caerse al suelo. Enganchar el cable que los une a la pared con la barra de la cama y dejarlos en un lugar en el que poder agarrarlos sin esfuerzo, casi sin hacer gesto alguno, como un ratón de ordenador o un peluche, tranquiliza la vida del paciente desorientado: la sensación de bienestar y la perspectiva del sueño dependen de ello. De ahí que, al anochecer, todo el mundo lo usara y abusara de él, aunque la idea de abuso, allí, no tenía sentido, porque cada cual tenía la sensación, en su cama, de ser víctima de un abuso –del cuerpo, de los hombres o del destino–. Era la hora de la angustia pura, desprovista de todo futuro, y tampoco yo me libraba de ella, aunque era consciente, en mi nube de ensoñaciones sombrías, de que esta angustia, como la rana, vivía del tiempo que hacía y solo debía su fuerza a la llegada de la noche.

Si había alguna visita, a veces escribía en la pizarra o en la libreta: «Es la hora en que cantan los pájaros.» Y los oía. Tardé pocos días en sentirme orgulloso de mi conocimiento hospitalario y demostrárselo a los demás, como un niño o un advenedizo. Mi ignorancia era benéfica: me permitía no reparar en un estado que creía comprender, ni en los errores o los descuidos de las enfermeras. Como todo saber, el acceso al conocimiento de los gestos y los procedimientos iba a aumentar poco a poco la espera, la preocupación y el sentimiento de soledad. El momento en que el paciente cree convertirse en un experto de sus propios cuidados es un momento peligroso, puesto que esta creencia, aunque

exagerada, no deja de estar justificada: como un viejecito o un campesino, el paciente termina conociendo casi todos los rincones de su escaso territorio. No se le escapa ninguna de las atenciones que no se le dispensan. Vive en la sospecha y comprueba todas las negligencias. Más tarde habría de echar de menos la época en que no sabía nada de lo que creía saber y en que escribía orgulloso, como si las palabras pudieran liberarme de lo que designaban, «Es la hora en que cantan los pájaros».

En realidad, a los timbres de las habitaciones vecinos los llamaba mirlos negros, pero ese era mi secreto: mientras no los nombrara delante de los demás, ni siquiera delante de Gabriela, los mirlos negros no invadirían mi habitación y no tendría que darles de comer. Al oírlos cantar al otro lado de las paredes, me decía: «Entiendes a los que piden ayuda, pero tú no eres como ellos. Fuera hay cuervos, los ves por la ventana, pero en tu habitación no hay ningún mirlo negro. No apretarás el timbre. No, no lo apretarás.» Aguantaba un buen rato, luego apretaba y, antes de que llegara la auxiliar, entraba el mirlo negro. Venía solo, se posaba sobre mí y me impedía respirar. Se me nublaba la vista, me picaban los ojos y no podía seguir leyendo: ¿acaso iba también, como los cuervos de la torre de Londres en la Edad Media, a devorarme los ojos? Todas las noches, durante semanas, tuve miedo de quedarme ciego. Le escribí a mi hermano: «Por si fuera poco, ahora pierdo la vista. Ya he leído bastante en mi vida, demasiados libros inútiles, pero me hubiera gustado poder seguir leyendo. Los asesinos no tienen compasión.» Me hacía el interesante. Me habría gustado ser un viejo español sarcástico, pero eso es algo que no se improvisa, como la ironía, y antes que nada lo que quería, como los demás, era que alguien me aliviara.

La primera noche cerré los ojos para escapar al mirlo negro y a la perspectiva del cuervo, y lo que se me apareció debajo de los párpados fueron los sesos de Bernard. Estaban desparramados a mi lado, en la sala de reuniones, todavía calientes y en adelante solos: sin gritos, sin ruido, sin parqué, sin piernas negras, sin cuerpos alrededor, sin mano herida en un primer plano, sin nada salvo ellos y yo, que los miraba desde dentro de mí. Los observaba. Los

asimilaba. Poco a poco empezaban a moverse y se transformaban. Se convertían en una planta, en una planta viva, en una planta marina, y la anémona de mar aparecía. Contracción, dilatación, contracción, dilatación: latían en un medio acuoso, amniótico, rojo oscuro y mortalmente lustral. Eran sangre y eran el mar; más en concreto, la desembocadura de un pequeño río cubano al que me gustaba ir a nadar al atardecer, en las corrientes que mezclaban el agua salada y la dulce, con ganas de alcanzar la otra orilla, montañosa, lejana, no tan lejana, y el miedo infantil de ahogarme o de que me devorara un tiburón en medio de la noche.

En la habitación 106, la anémona de mar me visitaba todas las noches. Surgía del pasado cubano y reemplazaba los sesos de Bernard. Marcaba su propio compás, mi pulso. Me enviaba sangre, aguas turbias, recuerdos interrumpidos o amenazados, como imágenes proyectadas en una pantalla en la que termina desapareciendo el espectador; y el latido no tardó en tirar de mí. La anémona proyectaba cada vez menos imágenes y me aspiraba cada vez más hacia su propio vacío, hacia el fondo. Me bombeaba. Yo me convertía en la anémona de mar, en la anémona sangrienta, y, una vez en su interior, dentro de sus tentáculos, de su terciopelo, de su pulso, volvía a convertirme en los sesos de Bernard, unos sesos oceánicos separados del parqué de la rue Nicolas Appert, como una medusa en mar abierto. Entonces me invadía una tristeza pánica. Era el regalo de la anémona, una realidad absoluta y tan poco comestible como el cacao puro 100 % que sin embargo me tenía que tragar. Abría los ojos para librarme de la atracción, de la digestión. Si los hubiera mantenido cerrados, la realidad del atentado se habría cerrado sobre la poca conciencia que me quedaba: la anémona nacida de los sesos de Bernard habría devorado los míos, y aunque no habría muerto de ello, tal vez sí me habría vuelto loco. Habría vuelto al centro del suceso y me habría descompuesto allí, en él, sobre ese parqué en el que seguíamos tendidos. Quizá sea esto lo que distingue al loco: ser prisionero a perpetuidad del suceso cruel e inimaginable que cree que lo ha fundado.

La anémona vivía en mí, debajo de los párpados, en la piel. Abrir

los ojos era la única manera de librarme de ella. Pero abrir los ojos significaba no dormir, dejar de dormir, estar a merced de otras angustias más racionales fruto del agotamiento y de una oscura percepción del futuro, o más bien, por entonces, de su imposibilidad. Entraba entonces en una tierra de nadie de la que solo podía rescatarme la aparición de Christian, el enfermero de la noche, al que llamaba Brother Morphine. Yo despertaba mi mirlo negro y, anunciado por la auxiliar, él se presentaba. Era un poco calvo, de mediana edad. Tenía una voz agradable, calurosa y fuerte. Llevaba gafas y sonreía siempre. Creo que se ocupaba mucho de su madre. En el personal de noche había no pocos destinos discretamente trágicos, puede que también fuera el caso de Madeleine. Era más una sensación que una certeza. Pero sentirlo me bastaba y me tranquilizaba. ¿Quién iba a poner su desamparo y su soledad en manos de quien nunca los ha experimentado de verdad?

Algunos decían con una sonrisa en los labios que Christian era generoso con la morfina, pero, aunque fuera cierto, yo no me quejaba y le sigo profesando una gratitud sin fisuras: el que con su presencia e inyecciones espantaba la anémona y la vigilia era él.

–¿En el brazo o en el hombro?

Yo cogía el rotulador y escribía:

«Hombro. Lo más cerca del cuello.»

De este modo, la morfina actuaba más deprisa y con más fuerza. Producía visiones más aceptables, cuando no más apropiadas: visiones generadas por la anémona a la que escapaban en la noche iluminada por el portátil de Gabriela. Pieza a pieza, el cerebro y el cuerpo florecían. Las visiones no me hacían perder del todo la conciencia. Daban forma a estados que se transformaban sin cesar, con naturalidad, y creaban unos fuegos artificiales a cámara lenta: yo los miraba vivir, vivía en ellos como si hubiera sido el espectador, el cohete, el rosetón, el colofón final y la noche.

Un día, una vez puesta la inyección y después de que Christian se hubiera marchado, los sesos se transformaron en anémona y los muertos salieron de ella. Me dirigí a ellos, primero uno a uno y luego a todos, como si estuvieran vivos o como si yo ya no lo estuviera. Les hablaba de lo que habíamos vivido, les preguntaba cómo vivían,

les explicaba dónde me encontraba. No sentía pena alguna: yo era la pena. Poco a poco, pasando de un estado de ensueño profundo a un momento de lucidez extrema, empecé a verlos a distancia como lo que eran –muertos irreparables– y al mismo tiempo como lo que habían sido –vivos incontestables–. Al observarlos de más lejos, desde arriba, separados de la anémona, se disipó la pena. Empecé a murmurarles una especie de plegaria que mi boca de un solo labio y la falta de cánula fenestrada me impedían pronunciar. No sabía a quién dirigirla, tampoco le daba muchas vueltas. Lo importante era decirla. Primero iba destinada a aquel cuya muerte me había abierto los ojos, Bernard, pero a un Bernard vivo y risueño, y luego a aquel de quien me sentía más cercano, Wolinski.

Releo el artículo que salió de ello para recordar, retomando la cuasi plegaria, con qué frase pasé de esta a aquel. Es, me parece, esta frase: «Mientras los bomberos me sacaban en volandas de la reunión en una silla con ruedas, sobrevolé los cuerpos de mis compañeros muertos, Bernard, Tignous, Cabu, Georges, que mis salvadores iban sorteando o bordeando, y de repente, Dios mío, ya no se reían.» Pero lo que había dicho al principio en la habitación 106 para escapar a la anémona era distinto. Lo repetí diez, veinte veces: «Los bomberos me levantaron y sobrevolé *vuestros cuerpos muertos*, que ellos iban sorteando, y de repente ya nadie se reía.» Aquella frase no era solo una frase. Era una alocución y un conjuro. Al repetirla, volvía a sobrevolar el paisaje como cuando los servicios de emergencia se me llevaron en la silla. Siguieron otras frases, más agradables, más dulces, más íntimas, que iba repitiendo para no abandonar a mis compañeros a su suerte. Las repetí toda la noche, palabra por palabra, del derecho y del revés, como una confidencia, sin pensar todavía que podría tratarse de un artículo destinado a los lectores. Trataba de hablar a los desaparecidos para que no desaparecieran, igual que se aconseja a los soldados que hagan en el campo de batalla con un herido, al menos en las películas: «¡Háblale! ¡Háblale! Sobre todo, ¡que no se duerma!» No quería que los muertos se durmieran y no quería dormirme sin ellos.

Por la mañana, después de la ducha y las curas, Gabriela se fue a hacer ejercicios de barra en una de esas salas de baile que

jalonaban su geografía. Yo seguí repitiendo las frases, pero habían cambiado de naturaleza. Ya no eran una plegaria, ni un conjuro, ni una alocución, ni una confidencia, pero aún no eran tampoco un artículo; nadaban entre dos aguas. Las frases estaban en mitad de un vado. No sabían a qué orilla dirigirse. No sé en qué momento «Los bomberos me sacaron en volandas» se convirtió en «Mientras los bomberos me sacaban en volandas», ni cuándo apareció el «y de repente, Dios mío, ya no se reían», pero fueron el cambio en la sintaxis y la aparición del «mientras» y del «Dios mío» los que me sugirieron que entonces me estaba dirigiendo a otras personas, a los que podrían leerme. Escribo *me sugirieron* porque aún no tenía conciencia de qué hacía escribiendo lo que me había pasado la noche rumiando y cavilando para distraer el dolor o acompañar las visiones modificadas por la morfina. La anémona se había desplegado como una amenaza; yo volvía a desplegarla como un pensamiento, primero líquido y luego verbalizado, y esta materia que parecía gotear de uno de mis tubos para reaparecer transformada en una especie de discurso íntimo y político era el comienzo de un regreso entre los vivos. ¿Dónde iba a expresarme mejor que en los lugares y con las herramientas que me habían dado tanta libertad? Aquel a quien los asesinos no habían conseguido matar trabajaba, como todos a los que sí habían liquidado, en dos periódicos. Y era en esos dos periódicos donde tenía que reaparecer. A última hora, la plegaria a los muertos se había convertido en un artículo.

La última expresión con la que tuve dudas fue una de las primeras: aquel «Dios mío» que parecía un lamento, pero que salía de la pluma de un no creyente, de un impío, si se quiere, y que apelaba a unos muertos que no lo eran menos. Estuve un rato quitándolo y volviéndolo a poner, una y otra vez. No pegaba conmigo, pero sí pegaba con la situación. Al final lo dejé para expresar un suspiro, una suspensión por encima de aquellos a quienes había abandonado seis días antes y a los que volvía a abandonar de nuevo al terminar aquel texto. «Dios mío» era también un adiós.

Aquella tarde, sobre las seis, les pasé el ordenador a Gabriela y a mi hermano y les pregunté con la pizarra qué les parecía el texto:

¿era demasiado íntimo? ¿Era un artículo? ¿Tenía que mandarlo a *Libé*? ¿A *Charlie*? ¿Quedármelo para mí? No tenía ni idea. Lo que había escrito era esencial para mí, pero ¿era interesante para los demás? Tanto el uno como el otro me contestaron que no lo sabían y que debía sentirme libre, pero que les parecía que ninguno de mis dos periódicos tendría reservas en publicarlo. Yo no estaba tan seguro. Desde mi habitación, desde ese compartimento estanco en el que la vida exterior me llegaba amortiguada y deformada por el silencio que se había hecho en mí y a mi alrededor, toda manifestación pública, empezando por la mía, era sospechosa de indiferencia y de vanidad. Las palabras ya solo tenían vida dentro del ámbito más íntimo, más concreto, era allí donde podían vivir, y si bien esta sensación ha ido a menos, aún no me ha abandonado del todo cuando escribo estas líneas, valgan lo que valgan, dos años y medio más tarde. Cuando escribo para aquellos que no han conocido la habitación y el silencio que la envolvía, tengo siempre la impresión de estar escribiendo al lado de mí mismo. La habitación es el lugar en que las palabras mueren, se apagan. Yo aún no la he abandonado. Tengo siempre la impresión de que lo que escribo está de más.

El 13 de enero, poco antes de las siete de la tarde, mandé por email el texto a *Libération* con estas palabras:

> Queridos amigos: he escrito este breve texto desde el hospital, es mi manera de pensar en vosotros y sobre todo en mis compañeros muertos de *Charlie*.
>
> Haced con él lo que creáis oportuno.
>
> Como siempre, me he pasado de largo; ni los asesinos pueden con las malas costumbres.
>
> Por supuesto, mando también el texto a *Charlie*.
>
> Decidid entre vosotros.
>
> A mí me toca reposo: es posible (aunque no seguro) que el jueves tenga una tercera intervención.

Decid a todo el mundo que me encuentro mejor, que estoy todo lo bien que puedo estar.

Besos a todos.

A vuelta de correo, Stéphanie, una vieja amiga que dirige la edición de *Libération*, me contestó:

Querido Philippe:

Después de hablarlo con todos, parece que lo mejor es publicarlo. Esta misma noche para el periódico de mañana. Como Michel vio que me iba al hospital, se cuidó de guardar una página entera por si acaso, aunque yo no le haya dicho nada.

Así que no, por una vez no te pasas de largo.

Si no lo vieras claro, házmelo saber cuanto antes a través de Gabriela. Pondremos un anuncio nuestro de página entera.

También yo te mando un beso

y me voy a tomar un trago a tu salud con la gente de *Charlie* (como todas las noches desde que están aquí).

Stéphanie

Leí el correo de Stéphanie, sonreí y pensé: «Es la segunda vez que me ayuda en un momento clave.» Se estaba recuperando de un cáncer, seguía fumando como un carretero y bebía, creo, no mucho menos. En materia de hospitales, me llevaba varios largos de ventaja. Si yo bajaba al quirófano con un libro escondido bajo la sábana, ella debía de hacerlo con un paquete de cigarrillos disimulado en el mismo sitio. Me la imaginaba incluso tomándose un whisky o una cerveza en su habitación, apenas regresada del mundo de abajo, y si me la imaginaba tan claramente es que tenía que ser verdad. Me alivió leer que por una vez no me había pasado de largo. Era uno de mis pecados de periodista, y a menudo, cuando escribía un artículo, creía ver los pómulos de Stéphanie curvarse de ironía y

oírla decirme: «Vamos, Lançon, ¿otra vez te pasas de largo? ¡Qué coñazo de tío!»

Hacía mucho tiempo que no nos veíamos al margen del periódico. Pero en nosotros hay muchas vidas, y en una de las nuestras nos quisimos mucho. Veintitrés años antes, en pleno verano, yo me había medio desmayado en una calle de Lyon por culpa de una historia de amor que terminó mal. Digo medio desmayado porque la otra mitad de mí se consagraba a una comedia a la que un médico que pasaba por allí se encargó de poner fin rápidamente en la misma acera: siempre hay un médico que pasa por allí cuando preferirías que no hubiera ninguno. Recuperado antes del mareo que de la vergüenza y el disgusto, llamé a Stéphanie de emergencia, entre sofocos, desde una cabina de teléfono (por entonces no existían los móviles). Sabía que estaba en Lyon, en la ciudad de su infancia, de visita a sus padres. Era en agosto. Hacía un calor abrasador y las calles estaban desiertas. Stéphanie tenía veinte años, estudiaba en la universidad y éramos amigos. Vino a buscarme y me llevó a casa de su familia, donde se ocupó de mí con un tacto y una delicadeza que no olvidaré jamás. Pidió unas pizzas. Nos las comimos mientras veíamos una saga televisiva de verano que le encantaba y que tenía mucho éxito: *Les Cœurs brûlés*. Venía que ni pintado. Mireille Darc está fabulosa en el papel de una vieja zorra llena de dobleces, directora de un hotel de lujo en la Costa Azul. *Les Cœurs brûlés* era mejor que un baño caliente para dejar evaporarse el carácter trágico que atribuía a mi propia vida. Más tarde nos fuimos a caminar por el Ain. El tratamiento había surtido efecto.

Releí el correo de Stéphanie y pensé que, en resumidas cuentas, había sido una excelente enfermera. Me habría gustado volver a ver *Les Cœurs brûlés* y comer pizzas con ella, en aquella habitación, como si no fuéramos veintitrés años y algunas vidas más viejos, ni ella tuviera además un cáncer y yo trece dientes menos. Como toda reminiscencia, aquella me emocionó por cuanto adoptaba la forma de una resta. El azar de las situaciones seguía haciendo el inventario anárquico de todo cuanto había querido y perdido.

El artículo se publicó a la mañana siguiente. Tuvo un tremendo impacto. Quienes me conocían estaban satisfechos de saberme tan

vivo y coleando. También lo parecían quienes no me conocían. Después de todo, durante un tiempo indeterminado, probablemente breve, más que un hombre era por entonces un símbolo. Recibí un montón de cartas. Las fui leyendo poco a poco, al azar, a veces uno o dos meses más tarde. El tiempo no contaba y respondía muy pocas: no tenía energía para eso. La mayor parte de las cartas y los correos electrónicos eran amables, alentadores, llenos de buenos sentimientos... y maravillosamente poco realistas. Todo el mundo parecía creer que saldría en cuestión de días más sano que una manzana, y que volvería al trabajo con la pluma bien afilada: todo el mundo soñaba. Salvo las otras víctimas, los habituales de la habitación y el personal sanitario. Escribir produce y alimenta esta clase de malentendidos, qué duda cabe, pero no dejaba de ser curiosa tanta ceguera bienintencionada. No me escribían tanto para tranquilizarme a mí como para tranquilizarse a sí mismos: ¿cómo iba alguien que acaba de perder las piernas a sentirse tranquilizado por una panda de ciegos que le explican entre suspiros de dolor y gritos de alegría que muy pronto caminará por su propio pie? ¡Levántate, imbécil, y ya verás como caminas! Empecé a sentir que la víctima sufría una pena doble: no solo era responsable de sí misma, sino también de aquellos a los que no debía decepcionar. Tenía que asumir y soportar la debilidad de los demás, de aquellos de los que la bruta de mi fisio me dijo mucho más tarde, mientras me torturaba el cuello con las garras que tenía por manos: «No les haga caso, no viven en la realidad.» Y sin embargo vivían en un mundo que celebraba por todos sus orificios políticos y culturales el culto de esta realidad. En la vida de verdad, como siempre, todo era falso. La realidad difícil de los demás era uno de esos planetas inhóspitos que nos gusta ver en imágenes, oír en la radio, tal vez leer, pero en el que no podríamos respirar ni un minuto. Todavía me esperaban muchas sorpresas en la materia, pero solo las podría descubrir a fuerza de explorar el laberinto quirúrgico y mental en el que acababa de adentrarme. Para muchos era exactamente como en el cine. En la escena 1 había recibido un balazo en la cara. Como mi mandíbula era de cartón piedra, en la escena 2 reaparecía casi intacto. En la escena 3 mordía la manzana del boy scout con una mueca

imperceptible de hombre herido pero púdico, ¿no? ¡Qué dignidad, qué pudor! Una vez obtenidos los certificados de resiliencia y decoro, la película podía continuar, puesto que también sus vidas continuaban. Evidentemente, era una birria de película.

La anémona sobrevivió al artículo, pero no demasiado. Por espacio de diez meses me fue visitando cada vez menos, cada vez con menor intensidad, hasta el siguiente atentado, el del 13 de noviembre, que actuó como un remedio de caballo y me convirtió, en cuestión de un minuto, en excombatiente. Hasta ese suceso, hasta esa réplica redoblada, la anémona había instaurado una especie de pavor intermitente. Me tiraba de la manga mientras me recordaba de dónde venía y quién había dejado de ser. Con todo, fue en ella y gracias a ella como volví a escribir de nuevo, primero ese texto y luego otros. Lo importante es dar el primer paso, ¿no? O escribir la primera palabra. Quizá fuera este el último regalo de Bernard: una bolsa de tinta.

11. EL HADA IMPERFECTA

Dejemos un momento la habitación 106 y hagamos, querido lector, un pequeño salto hacia delante.

El 6 de enero de 2017, sobre las diez de la mañana, me senté una vez más en un box del servicio de estomatología delante de una mujer a la que conocía poco y que había cobrado una importancia desmesurada en mi vida: Chloé, mi cirujana. Hacía más o menos el mismo tiempo, frío y gris, que dos años antes cuando llegué a la Pitié-Salpêtrière. La primera vez lo había hecho en ambulancia. Esta vez fui a pie. Había cogido la costumbre. Siempre que caminaba me sentía menos mal, como cuando hacía mis «largos» de 52 pasos en el pasillo del servicio. Y nunca caminaba mejor que cuando iba a ver a Chloé.

Cuando entraba en su despacho, yo era Pangloss. Todo iba estupendamente en el mejor de los mundos, todo terminaría arreglándose. Cuando salía, una de cada dos veces era como si hubiera releído el *Cándido*: el realismo de Chloé echaba por tierra mis ilusiones. Un día que me dio por quejarme, me dijo: «Entiendo su impaciencia. Pero si le anuncio cosas que luego no se cumplen, no me lo va a perdonar nunca.» No me quedaba otra que cultivar mi jardín; dicho de otro modo, tenía que hacer todos los días mis ejercicios labiales y maxilares a la espera de la próxima operación, que podía ser dentro de un mes o dentro de un año. La vida seguía el ritmo marcado por la disciplina que exige la reconstrucción.

Alguien gritó en un box de al lado. Era ese grito singular que, más que expresar el dolor que se siente, se adelanta al dolor que se teme. Era un grito masculino. Podía ser de un niño o de un adulto: en él cabían todas las edades. «Es lo que me pasa a mí con los dientes», me dije. Primero tenemos miedo del dolor. Luego interpretamos el dolor según los registros que el orgullo propone y la voz dispone, pasando abruptamente del bajo al soprano. Y finalmente sentimos ese dolor, pues los nervios se vengan de una

comedia que, al adelantárseles, los ha estimulado. Los tres estadios –miedo, interpretación, dolor– están a veces tan cerca que acertamos a distinguirlos, pero, de tanta experiencia como acumula, el oído se va aguzando; de una consulta a otra, las fuentes invisibles de esos gritos casi me habían otorgado –a mí, el desdentado– una sensibilidad de afinador de pianos. El dolor de los demás me tranquilizaba. Sus gritos salían de una obra de teatro pésima de la que solo habría oído las voces a oscuras, un drama radiofónico con demasiados efectos de sonido. Me dormía a media narración con la dichosa certeza de no haber participado en ella.

Aquel día empezaba una nueva etapa de la reconstrucción. Como siempre, Chloé estaba a los mandos. Poco después del atentado, me había dicho una tarde en la habitación: «La tentación del cirujano es ir lo más lejos posible, acercarse de retoque en retoque al rostro ideal. Por supuesto, es algo que no se consigue nunca, y hay que saber parar.» «Lo mismo pasa con los libros», le respondí. «Uno trata de que lo que escribe se parezca a lo que había imaginado, pero nunca coinciden, y llega un momento en que, como dice usted, hay que saber parar.» El paciente se queda con su cara deforme, con sus cicatrices, con su discapacidad más o menos reducida. El libro se queda solo con sus imperfecciones, sus defectos, su palabrería. Llegamos a la conclusión más o menos trivial de que el horizonte no está hecho para llegar a él.

Desde entonces era incapaz de pensar en el trabajo de Chloé sin pensar en el mío. Su precisión y su paciencia, la manera como había franqueado o eludido los obstáculos relativos al estado de mis cicatrices y de mi labio inferior, todo me recordaba a lo que yo tendría que haber hecho cuando escribía; y el día en que una enfermera me dijo: «¡Está completamente loca! ¡No tolera el fracaso!», pensé que esta locura, que me había salvado la cara, hubiera podido hacer de mí un hombre al que lo salvaba la escritura. Me bastaba con releer mis textos para saber que no era así. Mi escritura iba un poco por detrás de mi mandíbula. No la atrapaba ni en su caída ni en sus progresos.

Dos años después, Chloé tenía todavía ideas y dudas acerca de qué había que hacer, y yo, a pesar de no tener ya muchas fantasías

estéticas y literarias, seguía albergando algunas esperanzas mecánicas: habría renunciado de buen grado a escribir cualquier artículo para poder morder una fruta o un bocadillo sin dolor y sin ponerlo todo perdido, por beber de un vaso sin tener que meter la lengua, como si fuera mitad perro, por sentir cada centímetro de los labios que besaba. Aún no habíamos llegado al punto final.

Ella prefería que la llamaran cirujano. Yo la llamaba Chloé en el hospital, y cuando les hablaba de ella a quienes no la conocían, me refería a ella como a mi cirujana. Sonaba demasiado posesivo, lo admito, pero ¿cómo llamar sino a la rama a la que el náufrago se agarra fuerte y que, una vez en la orilla, termina blandiendo como si fuera un trofeo? Chloé, mi cirujana... Y sin embargo tardé varios meses en escribir correctamente su apellido. Siempre le añadía una h en medio, la h de «hospital», lugar fuera del cual nunca nos vimos, salvo una vez.

El 6 de enero de 2017 volví a mirármela: rubia, risueña, los ojos claros, siempre erguida, la piel tirando a pálida con rojeces, con aspecto de ser más alta de lo que era, bien enderezada pese a los dolores de espalda, y con unas redondeces en la cara que hubieran hecho de ella un personaje de cómic, pero que su carácter acerado hacía que olvidaras enseguida. Tremendamente irónica y vigorosa, poco menos que feliz en el corazón del desastre, irradiando una salud que quizá tenía o quizá no, me parecía tanto más alta cuanto que yo estaba tumbado, tanto más voluntariosa cuanto que me tocaba a mí serlo, tanto más alegre cuanto que me aferraba a su humor para salir del mío. De no haber mediado su bata y el contexto, hubiera parecido lo que por otra parte era: una mujer guapa y burguesa del distrito VII con un ligero aire a marimacho; una burguesa culta y dominante que se impacientaba enseguida con la lentitud y los descuidos de los demás, un macho que no podía con la dejadez y la falta de higiene. Habría podido ser arrogante –y algunos la consideraban tal– si, como tantas mujeres obligadas a imponerse en un mundo de hombres, no hubiera tenido un orgullo exento de toda vanidad: la humildad que le imponía su profesión no había sucumbido al poder que habían terminado dándole. Su humor un poco altivo, muy directo, la protegía de los demás, pero también,

en cierta medida, de sí misma. Esperaba mucho de ellos, probablemente demasiado, aunque a fin de cuentas menos de lo que se exigía sí misma.

Sabía lo que valía y no ahorraba en muestras de desprecio. Sabía de su locura y no ahorraba en muestras de sensatez. Sabía de su dureza y no ahorraba en muestras de atención e incluso de cariño (a determinadas horas, en todo caso, y sin testigos). Había entregado su vida a la cirugía, pero no lo pregonaba: su aversión a la pompa y al sentimentalismo se notaba de inmediato y me obligaba a mantenerme en el papel del paciente estoico, incluso divertido. A un cirujano que se quejaba de los horarios, que en efecto eran terribles, le respondió un día: «¿De qué te quejas? De todos modos, nos moriremos antes de haber envejecido.» A mí, una vez que comparé el servicio con un asilo, me había soltado: «Pero ¿qué se ha creído? ¡Hay que estar loco para creer que podemos salvar a los hombres y pasarnos el día entero arreglándolos en el quirófano!» Un estudiante de medicina que la tuvo de profesora me había dicho que podía aterrorizar a los alumnos. A principios de curso les decía: «A los que suspendan, no quiero volver a verlos en la vida.» Un adjetivo que utilizaba a menudo, cuando alguien disfrutaba de algo bueno, era «suertudo». Me lo dijo muchas veces cuando volví a ir a exposiciones. Me sentía en deuda con ella y le mandaba fotos de Poussin, de Picasso, como un niño que quiere dar una alegría a su madre ausente. «¡Suertudo!», me escribía ella, igual que me lo había dicho varias veces en la habitación, y yo oía resonar el signo de exclamación final como la vibración de una flecha. Era tan seria en el ejercicio de su profesión, le escandalizaba tanto la negligencia que no soportaba las apariencias de la importancia. Una vez le mandé una foto de un pájaro grotesco esculpido por Picasso. Me contestó: «¡Qué pollito tan simpático! Creo que Picasso, pese a ser consciente de su genio, nunca se tomó en serio.» Yo: «En cualquier caso, es divertido.» Ella: «¿Se puede ser divertido sin tomarse en serio? Quiero decir, ¿divertido sin reírse de uno mismo?»

En verano solía ir a una isla griega que conocía, creo, desde que era niña. Como una tarde me habló de ella, escribí en mi libreta: «¿Conoce la correspondencia entre Henry Miller y Lawrence Durrell?

Hablan maravillas de las islas griegas.» Había escrito un artículo sobre esta correspondencia y me hubiera gustado tenerlo a mano. Chloé la conocía. Pensé en Durrell. Un escritor que lo había conocido allí, en otra isla griega, me había contado cómo se bebía el alcohol directamente de la garrafa. ¿Había alcohólicos en la familia de Chloé? Su padre, ingeniero, había creado redes eléctricas en varios países. Su infancia parecía haber sido encantadora y nómada.

Las enfermeras comprobaban el estado de mis heridas. Yo tenía prohibido hablar. Chloé dijo: «Durrell fue diplomático en Grecia, además.» Yo escribí: «En su juventud, sí. Pero no en Grecia: en los Balcanes.» Ella insistió: «No, ¡en Grecia!» Apenas hubo salido el equipo médico, lo comprobé: fue en los Balcanes. Casi se me cae la baba de la alegría, aunque no necesitaba ninguna emoción para que se me cayera la baba. A la mañana siguiente, día de su visita, entró con el equipo y, antes que nada, delante de las enfermeras y de los médicos residentes, desconcertados, justo cuando yo me disponía a tenderle orgulloso mi libreta, levantó la cabeza y dijo: «Sí, lo sé, lo sé, fue en los Balcanes.» También ella lo había comprobado. Gracias a ese detalle, aquella mañana comprendí que se llevaba a casa la vida de sus pacientes, al menos la mía. ¿Se la llevaría hasta su isla griega? «¡Oh! ¡Me pasaría la vida allí!», me decía, pero lo cierto es que se pasaba la vida en el quirófano, y se reía de sus propios lamentos. Chloé tenía muy pocas cosas en común con Emma Bovary. Me dijeron que tenía un gato, pero no me atreví a preguntarle cómo se llamaba.

A veces iba vestida como una jubilada, y una enfermera que le tenía aprecio –aunque al mismo tiempo la temía como casi todo el mundo– le dijo un día que debía esforzarse por no «parecer una abuelita». Ignoro cuál fue su respuesta; creo que debió de sonreír y marcharse.

Tenía cuarenta y pocos años. Había tocado el violonchelo, pero se le habían complicado tanto los horarios que tuvo que renunciar a la música, como esos cirujanos aficionados a los automóviles de los que Proust dice que dejan de conducir la víspera de una operación. No cito a Proust porque sí: *En busca del tiempo perdido* me acompañó de una habitación a otra y fue una fuente inagotable de

temas sobre los que pensar, o de los que reír, a propósito de mi estado y de Chloé.

Su familia había alojado a Jean Giono en su casa del Delfinado, pero los libros de Giono se le caían de las manos, igual que se me caían a mí, que tanta devoción le había profesado en su día, pensé mientras leía el email en el que me lo contaba. Me gustaba llevarla al terreno de la literatura, el único en el que no me sentía dependiente y dominado. Cuando estás tumbado y cubierto de cicatrices que supuran, siempre viene bien hablar de un escritor que te gusta a las personas que te examinan. En el verano de 2016, Chloé había leído *Escoria de la tierra*, de Koestler, libros de Annie Ernaux, de Philippe Djian, de Delphine de Vigan, y, por primera vez, varias novelas de Le Clézio, del que me decía: «¡Cuánta pose! ¡Qué falta de vida! ¿Cómo diantres han podido darle el Nobel?» Yo no tenía ni idea.

Desde que ella entrara en la habitación 106, habían pasado dos años y un siglo. Me había destapado, examinado y operado veinticuatro horas antes de que pudiéramos conocernos. Nuestra relación había empezado sobre la base opuesta a la que determina la mayor parte de las relaciones humanas: primero el cuerpo, en la entrega más completa que quepa imaginar, y luego el resto. No hubo citas previas, pero mi rostro dependió enseguida de ella y seguiría aún dependiendo más allá del período que evoca este libro. La intimidad que nos unía era vital, y sin embargo no existía. Podía mandarle fotos hechas durante un viaje, eso que ella llamaba mis postales, pero jamás me habría atrevido a hablarle de mis problemas íntimos, aunque ella los intuyera. Había un marco del que no podíamos salir más que mis huevos del calzoncillo durante la visita, hecho que una vez le hizo decir delante de las enfermeras: «Trate de guardarse esto, será mejor para todos.» Me había hecho mayor, los huevos me colgaban y no podía pedirle sin embargo que me hiciera un lifting que no entraba dentro de su especialidad. Me había sentido como el Cerdo Asqueroso, el personaje de Jean-Marc Reiser, con el añadido de la vergüenza, pero también con cierto enfado, porque si aquel día me sobresalían era ante todo porque tenía que tener las piernas al descubierto y subirme los calzoncillos lo suficiente como para que las zonas de trasplante en lo alto del muslo

izquierdo, en carne viva, no estuvieran expuestas a ningún roce y pudieran ser examinadas: el hospital es a menudo el lugar de las órdenes contradictorias. Enfado, pero también gratitud, porque en materia de dignidad, parecía decirme, se me exigía lo imposible –o, en todo caso, la ausencia de desaliño y, como al viejo Hegel, la superación de las contradicciones–. Chloé era próxima y distante, justa e injusta, benévola y severa, omnipotente y omnidistante. Terminaba las frases que yo empezaba. Era el hada imperfecta que, asomada a mi cuna, me había dado una segunda vida. Esta segunda vida me obligaba.

Dos años después, en el box, la seguía mirando como si fuera a sacar una varita mágica y a hacer desaparecer mis molestias, cuando dijo con voz irritada: «No, esas jeringuillas no. ¡Son demasiado gruesas y estropearían la válvula! ¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¡Para esto hay que utilizar las pequeñas jeringuillas naranja! Las pequeñas jeringuillas naranja, ¿lo entiendes?» La enfermera volvió al cabo de un rato, imperturbable como un ñu. Me fijé en las jeringuillas para quedarme con ellas, como un alumno-paciente digno que piensa: «Si a la próxima se equivocan y Chloé no está, los voy a corregir yo.» Si no quería terminar en el vientre de una ballena, no podía hacer como Pinocho. Tenía que estar a la altura de las preocupaciones del hada. Además, no tenía que crecerme la nariz: lo que tenía que inflarse y ganar volumen, lo máximo posible, un día tras otro, en el mes que empezaba, era el cuello.

En los capítulos siguientes contaré las primeras fases de la reconstrucción. De momento, y para que se entienda mejor lo que viene ahora, basta con saber que, como casi no me quedaba maxilar inferior, habían injertado en su lugar mi peroné derecho, acompañado de una vena y de un trozo de piel de la pierna que se llama «paleta cutánea» y que me hacía las veces de mentón. Dos años y muchas operaciones después, iban a inflar la piel del cuello gracias a un expansor de silicona que habían instalado y que iban a llenar poco a poco de suero fisiológico; luego tirarían de esta piel para colocarla en el lugar de aquella, imberbe y color melocotón, que convertía la parte baja de mi cara en un patchwork. De esta

manera volvería a tener un mentón más o menos unido, con una barba destinada a ocultar las cicatrices, y no cuatro pelos largos dispersos como los que se tienen en las pantorrillas.

Chloé introdujo la pequeña jeringuilla en la válvula de silicona que tenía detrás de la oreja derecha, en el centro de lo que se conoce como zona retroauricular. Era por allí por donde iban a inflar el expansor. Como la piel que tendría que haber recubierto esta válvula estaba en vías de necrosis, tenía el aspecto de un extraterrestre o de un personaje de *Matrix*: visto desde este punto de entrada, todo mi esqueleto parecía hecho de una materia medio opaca, medio transparente que habría podido hacer de mí un ser inmortal. Un ser inmortal no tiene por qué ser un dios, ni siquiera un héroe. Puede ser alguien que ha sentido la medida de su mortalidad y que tiene la impresión frágil de sobrevivir a esta sensación, pero en forma de material plástico. Una vez más, me sentía absurdamente prolongado. Unas semanas antes, para un congreso que ella tenía que inaugurar y que estaba dedicado a la sonrisa –la sonrisa es importante, en particular para aquellos que ya no tienen acceso a ella–, le había regalado a Chloé *La risa* de Bergson. Al final no pudo ir al congreso y no sé si lo leyó. Lo que sí sabía es que, en adelante, yo también sería un mecanismo pegado a algo vivo; pero eso ya no hacía tanta gracia.

Al principio no noté nada. Lentamente, Chloé inyectó veinte centímetros cúbicos de suero fisiológico. El líquido fue enfriando poco a poco el tubo que pasaba por debajo de la piel. Luego entró en el expansor. Una leve quemazón, que parecía viva, me pasó por debajo del mentón. Tuve la impresión de que un desollador me quitaba con cuidado la piel. Pensé: «¿Qué crimen debo confesar?»

El expansor, o prótesis expansiva, me lo habían colocado dos meses antes. Como suele ocurrir, había empezado infectándose: el cuello es una encrucijada sensible y un caldo de cultivo al que no le gustan mucho los cuerpos extraños. Las bacterias debían de haber entrado por la válvula. Se habían metido en los pliegues de esta prótesis todavía en gran parte vacía como en los de un flotador desinflado, y habían esperado el momento para actuar. La infección apareció repentinamente mientras escribía un artículo sobre los

cuadros de Arnold Schoenberg. De pronto sentí una quemazón intensa a la altura del cuello. Era como si me estuvieran estrangulando. Fui a mirarme al espejo. El cuello había doblado el volumen y tenía el mismo color que el sofá en el que estaba sentado: rojo vivo. Mi aspecto era menos repulsivo –o menos inquietante– que los autorretratos de Schoenberg, pero tenía la esperanza de poder competir pronto con ellos. La noche fue corta y desagradable.

Al amanecer, me hice un *selfie* y se lo mandé a Chloé. Me contestó: «¿Puede venir esta mañana? Creo que ha llegado la hora de echarle un vistazo.» Había que intentar salvar la prótesis. Me recetaron antibiótico y la infección, después de algunas peripecias, parecía estabilizada. Sin embargo, Chloé me había dicho: «De todos modos, si no funciona, lo intentaremos de nuevo por el otro lado.» Me la quedé mirando, abrumado. Dos anestesias generales más, y otra vez más meses de incomodidad permanente, por no hablar de la papada artificial y de las curas: nunca tendría valor. Pero no dije nada. Los cirujanos viven en un mundo en el que todo lo que es técnicamente posible termina intentándose.

Ahora se trataba de ir inflándola cada día un poco más. El objetivo era una prótesis de un mínimo de doscientos centímetros cúbicos para obtener la porción extra de piel necesaria para el «ensabanado» del mentón. «Ensabanado» era la palabra correcta: iban a tirar de la piel del cuello hasta el labio inferior, y aún más lejos, porque la piel es retráctil, como la sábana que tapa la barba del capitán Haddock. Hasta que llegara esa operación el expansor iba a hacer de mí un pelícano o un sapo, a causarme dolores intensos en el cuello y en la espalda, los unos como quemaduras, los otros como clavos, pero eso es otra historia, posterior también a lo que cuento aquí. La cirugía es un libro interminable.

Después de la inyección, Chloé se sentó enfrente de mí, en el taburete, para ver cómo reaccionaba. Fue entonces cuando le dije: «Mañana hará dos años que nos conocemos.» Llevaba pensando en ello desde el día anterior y me había prometido que se lo diría. No me gustan los aniversarios, y este menos que los demás, pero habría preferido, para aquella primera inyección, que fuera el 7 de

enero. «Sí», me dijo, y comprendí que también ella había caído en la cuenta. «¿Sabe qué hacía yo cuando llegó usted?» Le contesté: «Hossein me dijo que estaba usted comiendo. Que la llamó y que me dejó en un aparte a la espera de que usted llegara.» Hossein era un joven cirujano que estaba de guardia el 7 de enero de 2015. Más tarde nos hicimos amigos: el día en que, al cambiar de hospital, no tuvo que ocuparse más del paciente. Los dioses guardan las distancias, los cirujanos también. Se dice que los primeros crearon al hombre del barro. Siempre hay un momento en el que, para los segundos, te conviertes en un montón de carne y de huesos que hay que volver a moldear.

Suspiró: «Uy, ese, no sabe mantener la boca cerrada...» Me costaba imaginarme a Chloé almorzando entre semana. Solo la veía de pie, más o menos inclinada sobre mí, como una diosa pendiente del destino de un marinero griego, pero en ningún caso sentada comiéndose una ensalada o un cuscús. Continuó: «Estaba almorzando en un restaurante con una amiga, cosa que no hago casi nunca...» Vaya, así que tenía razón. Y fue entonces cuando me contó que esta amiga le había regalado *Sumisión*, un libro que ella seguía considerando premonitorio. ¿Era premonitorio?, pensé mientras la enfermera me colocaba el apósito sobre la válvula de inyección. Le dije: «¿Sabía que *Sumisión* fue el último tema del que hablamos en... en la reunión del comité de redacción?» Siempre es agradable que tu cirujano te entienda sin necesidad de palabras, sobre todo cuando te cuesta hablar.

En el box, un médico residente y dos estudiantes en prácticas nos escuchaban. Uno de los estudiantes, joven, muy moreno, con una ligera barba, me miraba atentamente sin reaccionar a lo que íbamos diciendo. Me pregunté si era árabe y qué pensaría. Quizá fue por saberlo por lo que repetí una vez más: «Aquel día éramos dos los que habíamos leído *Sumisión*, Bernard Maris y yo, y los dos lo defendimos. Los que lo criticaban no lo habían leído. Casi siempre es así.» En todos los rostros se dibujó una sonrisa, menos en el del joven estudiante en prácticas moreno y barbudo, cada vez más atento y más serio. ¿Iba a saltarme encima y a degollarme dentro de ese box? Continué: «No estábamos de acuerdo. Luego entraron los

asesinos y pusieron a todo el mundo de acuerdo.» Cuando hablaba del atentado lo hacía como si se tratara de una farsa –a fin de cuentas, es lo que era–. No estaba seguro de que la novela de Houellebecq no fuera también otra farsa. Como sea, al menos tenía el mérito de no matar a sus lectores. «Quizá había otras maneras de llegar a un consenso», dijo Chloé con el mismo tono. Nosotros no tuvimos tiempo de encontrarlas. No tuvimos tiempo de poner a trabajar la imaginación, y ahora, en el momento en que era preferible no tener ninguna, me pasaba que tenía demasiada. Todos seguían sonriendo, menos el estudiante en prácticas moreno. La enfermera había terminado con el apósito. Me levanté. Mientras cumplimentaba la receta –antibióticos, probióticos y paracetamol, la tríada de siempre en la que esta vez faltaba un elemento para el cuarteto, la vaselina, de la que tenía varios tubos en casa–, Chloé se puso a hablar en inglés con el chico misterioso e inquietante. Solo entonces me di cuenta de que no entendía el francés. Era sirio, dentista. Acababa de llegar de Damasco. Había huido de un país en el que, según sus propias palabras, el futuro de cada uno quedaba en un pasado remoto. Chloé me lo presentó. Le estreché la mano y le di la bienvenida, como si ambos fuéramos ministros (¿de qué?). «Pues ya está», dijo Chloé, «hechas las presentaciones, ahora todo el mundo se conoce.»

¿Cuándo habían tenido lugar las presentaciones entre ella y yo? ¿Cómo se conocieron su mundo y el mío? Con la excepción de mi tío Pierre, tocólogo bromista de bigote estilo Belle Époque, hoy jubilado, hasta el 7 de enero no había tenido ninguna relación con el mundo de los cirujanos. Me habían operado de los tímpanos siendo niño, de apendicitis el año de la selectividad, y de un pulgar que me rompí esquiando, dos años después. Aquellas aventuras mediocres no me habían afectado.

De la primera operación recordaba una máscara grande de plástico marrón, muy desagradable, que olía mal y que me había dormido como en el interior del vómito que daba ganas de tener. Me desperté llorando de dolor, como después de unas anginas agudas. Me dijeron que era muy delicado.

De la segunda operación recordaba un desmayo en la habitación

de mi tercera abuela, la segunda mujer de mi bisabuelo. Él había muerto en 1937, a su lado, en un accidente de carretera cerca de Angulema. Ella era joven y no volvió a casarse. Vivía en las afueras de Grenoble, donde evangelizaba a los niños pobres de su barriada. Una fe incombustible le había permitido sobrevivir a su marido y a todo. Caminó erguida y durante muchos años, un sombrero negro con forma de seta acampanada en la cabeza, pese a tener la columna vertebral completamente descalcificada: los médicos no se explicaban cómo se tenía en pie. Todas las mañanas ponía una cantata de Bach en el tocadiscos, se tomaba una tableta de calcio, que yo miraba disolverse como una hostia en un gran vaso de agua, y luego hacía gimnasia en el suelo con una almohada y una escoba. Tenía los movimientos lentos de una dama alta, seca, elegante, y un humor frío. Le temblaba ligeramente la barbilla bajo el esfuerzo de la voluntad. Nunca se quejaba de nada. Es posible que su extravagante disciplina me preparara para lo que, treinta años más tarde, se me venía encima. Como se dice en derecho, el muerto atrapa al vivo. Por lo demás, no era la única abuela cuyo destino o ejemplo me seguía hasta el hospital; volveré sobre ello en el capítulo siguiente.

Recordaba otro despertar difícil en el hospital de Grenoble y un apéndice enorme, a punto de explotar, que el cirujano me trajo en un frasco, como un monstruo o un trofeo, y que a mí no me causó la menor satisfacción. Y me acordaba de las vacaciones de Pascua que se fueron al garete y de una selectividad mal preparada por culpa del cansancio y la indiferencia, un estado mustio rematado por la cara ligeramente porcina de un profesor de matemáticas que castigaba con el desprecio a todos los que, como yo, no lograba instruir. Yo era de una época no muy lejana, y supuestamente bendita, en la que la mayor parte de los médicos no explicaban nada a sus pacientes y donde una cantidad nada desdeñable de profesores consideraban imbéciles a los alumnos que sufrían su falta de pedagogía, simpatía y paciencia.

De la tercera operación recordaba una anestesia local, algo de dolor, una escayola enorme y pesada que llevé durante semanas a la universidad sin que nadie me escribiera nada encima, como sin embargo era costumbre, y un pulgar que estuvo supurando dos

meses antes de expulsar, una mañana de verano, en el cuarto de baño familiar, un trocito alargado de acero ennegrecido, residuo de un clavo: no me habían hecho ninguna radiografía de control y había hecho la rehabilitación con ese pequeño objeto dentro, ahora entendía mejor por qué había sufrido dolor sin atreverme a quejarme. No quería que volvieran a tildarme de delicado. Cuando después de la ducha vi asomar aquella puntita por el costado del pulgar, cogí unas pinzas de depilar y tiré de ella. Los baños de la Salpêtrière me recordaban hasta qué punto el cuarto de baño es el lugar de todas las vergüenzas y de algunas revelaciones, el lugar en el que, de las heridas a las pajas y de las muecas a las cacas, uno tiene bajo una luz en general fría las experiencias más sensibles del propio cuerpo. Es el lugar en el que todos somos pacientes. Después de haber sacado un centímetro de la punta de acero, me pareció que lo más sensato era dejarlo como estaba y acercarme a la clínica vecina, en la que un médico me extrajo la cosa, bastante larga, e hizo, esta vez sí, una radiografía sin apenas inmutarse, ya sabe, son cosas que pasan. De estas ínfimas peripecias quirúrgicas me quedan dos cicatrices. Aún se me ven, pero como tantos recuerdos parecen haber sido borradas por las que se sumaron el 7 de enero y, en cierto modo, las taparon. Son mis cicatrices de hombre despreocupado.

No me acuerdo de qué cara tenían mis antiguos cirujanos. Pasaron por mis heridas de segunda y por mi vida como dioses de ocasión. No sabía nada de su profesión ni de sus caracteres, pero la simpatía que profeso a mi tío Pierre, su humor, su falta de sentimentalismo manifiesto, el recuerdo de nuestras caminatas por la montaña y de una visita memorable que me organizó a su clínica de Tarbes, todo eso, por asimilación retrospectiva, me los hacía amables, a pesar de que la reputación del gremio lleva más bien a pensar que no lo son.

Si la visita a su clínica fue memorable es porque, al ir pasando de un servicio a otro y de un cirujano al siguiente, sentí enseguida que la comedia de las lítotes frente al dolor, a la descomposición y a la muerte inminente se convertía allí en lo contrario de la indecencia que hubiera significado en cualquier otra parte. Como el doctor House, algunos colegas de mi tío –y él el primero– se protegían con

cierta ferocidad de lo que les revelaban los cuerpos y de las malas noticias que había que anunciar a los condenados. Esta mala leche me parecía la única actitud posible. Se correspondía con lo que a mí me gustaba cuando leía un libro, una especie de estoicismo bufón ante las zancadillas y las insuficiencias de la vida: la manifestación glaseada de una ira contenida, como un bizcocho de mantequilla recubierto de una fina capa de azúcar. La única manera de afrontar el dolor y la desaparición era hacer como si nada, nunca, pudiera escandalizarlos. Armado de estos escasos recuerdos y de la lección implícita del tío Pierre, empecé mi propia visita hospitalaria, que no era tan fácil como en el Monopoly. Por lo demás, fueron él y su yerno, Thibault, el anestesista, quienes informaron a mis padres de mi estado en las primeras horas.

Diez años antes del atentado ya se había encargado de informar a mis padres por teléfono, en directo, de la muerte de mi otro tío, André, al que mi hermano y yo estábamos muy unidos. Los últimos recuerdos precisos que guardo de mi infancia están casi todos asociados a él. A los sesenta y siete años pasaba por segunda vez por el quirófano, donde tenían que cambiarle un trozo de arteria. Ingresó en el hospital con su serenidad habitual, su orgullo mudo, sin haber avisado a nadie, ni siquiera a mi tía, de lo que él sabía perfectamente: sus arterias estaban en un estado tan deplorable que tenía todos los números para quedarse en la mesa de operaciones. Más tarde supimos que le había dicho al cirujano: «Si sale mal, no me despierten. No quiero ser un vegetal.» ¿Dijo mi tío exactamente eso? ¿O acaso el cirujano alteró sus palabras para justificar a posteriori el fracaso de la operación? Cuando se abre un cuerpo, no se sabe qué se va a encontrar dentro, y nosotros no sabremos nunca la verdad. Pero era un comentario muy de su estilo. No hubiera querido subir del quirófano como un inválido a perpetuidad. No quería depender de nadie ni quejarse de nada. Nosotros no sabíamos de la misa la media, como suele suceder con los allegados del paciente.

Yo estaba en mi casa, sentado al escritorio, discutiéndome a gritos con Marilyn, cuando sonó el teléfono. Era mi madre. Normalmente tiene una voz firme, un poco severa. Esta vez le temblaba: «Te llamo

porque, mira, no sé si el tío saldrá de esta. Siguen operándolo y la cosa pinta mal...» Me llamaba desde el teléfono fijo. Miré a Marilyn indeciso, estupefacto. No me hacía a la idea de que mi tío fuera a morir y aún no me lo creía. Toda mi infancia pálida y todos los buenos momentos que nos había regalado se hicieron presentes y desaparecieron enseguida, y volví a sentir, pero ahora con una fuerza inaudita, que a lo largo de una vida uno se moría incontables veces, muertes pequeñas que nos dejaban allí, de pie, petrificados, supervivientes en una isla, como la de Robinson, que no hemos escogido, con nuestros recuerdos para construir como podamos un futuro y sin ningún Viernes que nos ayudara a labrarlo.

Habíamos notado que mi tío estaba pálido y cansado, no era ninguna novedad, pero no queríamos saberlo. Dos años antes había tenido que renunciar a una pequeña excursión por la montaña cuando apenas llevábamos unos cientos de metros, el cuerpo empapado en sudor y el rostro estoicamente descompuesto. Yo iba con él y pensé que era algo pasajero, uno no cree en la flaqueza de los héroes de su infancia. Del mismo modo creía que se trataba de una operación importante, pero sin graves consecuencias. Ingresó en el hospital la víspera de la intervención. No fui a verlo, como tampoco fueron los demás, porque pensaba acercarme en los días siguientes y poder reírme con él de todo un poco. Seguía siendo incapaz de imaginármelo en la cama de un hospital, con los ojos claros, leyendo un libro de historia, encogido, tumbado y con las fuerzas mermadas.

Escuché a mi madre decir que mi tío se estaba muriendo. Marilyn vio cómo me cambiaba la expresión. Un estupor todavía impreciso debió de desdibujar el enfado. En ese momento nos discutíamos por culpa de una fecundación *in vitro* que teníamos que hacer y que yo, cansado, preocupado, pesimista y hastiado por las tentativas fallidas de inseminación, no hacía más que posponer. Mientras oía cómo mi madre me explicaba el estado de mi tío, le dije a Marilyn: «La operación del tío pinta muy mal.» Marilyn quería muchísimo a mi tío. Vi cómo la cara se le arrugaba en una expresión de pesadumbre que aún no debía de haberse dibujado en la mía. Yo me debatía entre la ira y el estupor. Desde hacía un año, la pesadumbre en casa era

permanente. No tener hijos iba matando lentamente nuestra relación sin que nosotros fuéramos conscientes. El fracaso había aniquilado el deseo en ambos y la poca autoestima que a mí me quedaba. Y de pronto, como en el teatro, un hombre al que queríamos, alguien que nos había obsequiado con fuerza y humor, aquel tío cuyo orgullo sarcástico tanto nos había marcado, se moría en el mismo instante en que nosotros ya no sabíamos cómo dar vida. Incluso habríamos podido reírnos con él, que tantos problemas tuvo para procrear y tan mal lo había pasado. Nuestra discusión se convirtió entonces en el eco de su muerte. Tenía un regusto amargo, y era como si nosotros fuéramos responsables de eso por lo que él estaba pasando, como si la discusión nos hubiera sumido en una indiferencia de la que ya nos arrepentíamos. Espoleadas por el enfado, nuestra energía y nuestra tristeza se invirtieron como el reactor de un avión al aterrizar y nos dejaron en un país devastado al que no contábamos con ir.

Oí que sonaba un teléfono en casa de mis padres, era el móvil de mi madre. «Espera», me dijo, «es Pierre.» Hubo varios síes, luego una especie de suspiro o de grito, no lo recuerdo, y la voz de mi madre me dijo con un breve sollozo: «Bueno, ya está. Esta vez se acabó. El tío ha muerto...» Luego hubo otro ruido, como el de un teléfono dejado caer, y el tono sonando en el vacío. Recibí la noticia sentado, me preguntaba si mi madre se había desmayado y si no sería un sueño, y volví a mirar a Marilyn. Ella seguía de pie, delante de mí, los brazos pegados al cuerpo, a su cuerpo bajito y robusto, y los ojos negros de un brillo intenso. «El tito ha muerto», le dije en español. Le entró hipo y se echó a llorar. Me levanté y la abracé. Al cabo de unos minutos, Marilyn se fue a la habitación a inyectarse las hormonas en previsión de la fecundación *in vitro*. No era momento de dudas. Aquel era exactamente su estilo: una vida contra la muerte, y lo más rápido posible. Nunca tuvimos hijos.

Ignoro si Chloé volvió a visitarme durante la noche del 7 al 8 de enero, después de la primera operación. Yo la vi por primera vez el 8 de enero, en mi habitación, el cuello estirado, la bata blanca y la sonrisa en los labios: fue como una aparición –y lo digo en sentido propio, porque el que la miraba no era más que un niño dispuesto a asombrarse de todo cuanto pudiera ayudarlo a vivir–. Aunque no

sabía nada de mí, de mi cuerpo sabía ya todo lo que podía necesitar (su maquinaria y su estado de salud). Le pregunté con la pizarra si quería una foto mía de antes en previsión de las operaciones. Quería ser *útil*. Se encogió de hombros y sonrió: «Bah, no la necesito.» Me quedé sorprendido. Me hubiera gustado decirle: «¿Cómo pretende reconstruirme la cara si no sabe qué aspecto tenía antes?» Yo aún me creía que estaba en Photoshop. Con todo, que supiera a la vez tanto y tan poco de mí no me incomodaba, y dejé de darle vueltas no bien me abandoné por primera vez a esa sensación tan peligrosa como necesaria: la confianza. Yo no sabía nada de ella, pero buscar información sobre ella o sacársela a ella misma se convirtió de inmediato en algo esencial. Tenía que acercarme a Chloé para olvidar hasta qué punto dependía de ella. Tenía que conocer los secretos del hada imperfecta.

Me inspiró, además de confianza, una simpatía inmediata. Esta simpatía no se debía únicamente al hecho de que era mi salvadora, o más bien la comandante en jefe del equipo que, poco a poco, iba a darme de nuevo una boca, un mentón y una mandíbula. Se debía antes que nada a su falta de complacencia. Su severidad jovial me transmitía seguridad.

Visitaba los jueves. Al principio, cuando yo bajaba al quirófano con la frecuencia de quien tiene un abono ilimitado, pasaba a verme todos los días. A menudo aparecía a última hora de la tarde, cuando había terminado su jornada, y obligaba a las visitas, empezando por mis padres, a salir de la habitación. Serán solo unos minutos, les decía yo. Pero podía durar treinta o cuarenta minutos, a veces una hora. Las visitas esperaban en el pasillo frío, a unos metros de los policías, unas veces de pie, otras sentadas en una de las dos sillas que había al lado del mostrador, y aun a veces sentadas en el suelo, expuestas a la corriente de aire. Yo me olvidaba de ellas: escuchaba a Chloé hablarme de mi caso y de sí misma. Todas las mujeres a las que he amado me han reprochado tarde o temprano que no les prestaba atención, que estaba distraído, con la cabeza en otra parte, a saber dónde, cuando me hablaban. Una de ellas había resumido lo que al parecer sintieron todas: «Si viviera contigo me volvería loca. Nunca me he sentido tan sola como en tu presencia.» Chloé

disfrutaba de una atención extra que no era fruto del amor, sino de las circunstancias. Cuando entraba, yo solía entregarle una lista de preguntas escritas que lo mismo tenían que ver con mi destino quirúrgico que con una cuestión literaria o musical que había salido durante una de las anteriores visitas.

Yo quitaba la música. Ella se sentaba a mi lado, cogía mi libreta y mi lápiz y me explicaba qué tenía previsto hacer los días siguientes. Dibujaba esquemas, me presentaba las ventajas y los inconvenientes de cada opción quirúrgica. Cuando uno se encuentra en semejante estado, supone un gran alivio que lo traten como alguien fuerte e inteligente: como un alumno aventajado y no como un paciente, en definitiva. Las decisiones, por supuesto, eran colegiadas y las tomaban entre todos los cirujanos, y no tardé en darme cuenta de que Chloé solo me daba las explicaciones que estimaba posibles o necesarias; pero lo hacía de tal manera que parecía que no me ocultaba ninguna de sus reservas.

Gracias a aquellas clases particulares del natural, enseguida aprendí que la cirugía es un gran arte y una forma de bricolaje imprevisible: mezcla de técnica, de experiencia y de improvisación. En general no se escogía entre dos soluciones, la buena y la mala, sino entre varias posibilidades cada una de las cuales presentaba sus inconvenientes. Había que ponerlos en la balanza y sopesarlos con las ventajas. La balanza estaba equilibrada por un astil hecho de una aleación variada: el estado físico y mental del paciente, la evolución posoperatoria y las incertidumbres celulares. En muy poco tiempo me convertí en el cronista de cámara de mi cirujana. Puesto que ella volvía a hacer de mí un hombre con rostro, todos los que desfilaban delante de mí tenían que hacer de ella una heroína. A ella le correspondía la acción; a mí, contar sus gestas. Las novelas de cirugía son novelas de caballería.

Me gustaba compararla, en presencia de mis amigos, a un excelente jugador de ajedrez, un Fischer, un Kaspárov o un Capablanca. Conocía todas las combinaciones maxilofaciales; calculaba los movimientos con antelación; su técnica era segura, y su pasión por el gesto, exagerada como toda pasión; pero ante algunos casos como el mío, que era lo mismo un desafío quirúrgico

que social, debía hacer gala de intuición e imaginación. Yo era tanto una amenaza como un desafío. Antes de injertarme el peroné en la mandíbula, me dijo con total tranquilidad: «Funciona en algo más del 90 % de los casos. Si no sale bien, volveremos a intentarlo con el otro peroné y con otro equipo. El fracaso completo no existe.» Por lo demás, el servicio era conocido por sus «peronés», hacían unos noventa al año. Un día, sin embargo, mucho después de que el injerto resultara ser un éxito, me dijo en la consulta: «¿Es consciente de por lo que ha pasado? Cuando hicimos el injerto de peroné, no las teníamos todas. Si salía mal, nos hundíamos todos con usted.» Me la quedé mirando estupefacto: aquellas palabras me hicieron sentir la presión que esta historia le había impuesto. Los vi saltar a uno detrás de otro en el agujero de la mandíbula, a todos, y a Chloé en cabeza, y, aspirados entre las mucosas destruidas, desaparecer con la energía, la pericia y las ilusiones que los habían movilizado, mientras salían, triunfantes de maldad y de estupidez, los hermanos K, sus seguidores y todos aquellos que aún no se atrevían a llorar, en nombre de la lucha de clases, por su infancia de niños huérfanos.

Un día, en abril, en la época en que los injertos secundarios salían todos mal y yo no paraba de perder por el labio inferior, entró con un orgullo casi radiante y me dijo: «Me he pasado toda la noche pensando y creo que he encontrado la solución...» La escuché creyendo que en breve iba a dejar de perder. Pero tenía que evacuar el alivio anticipado, que me infantilizaba, para concentrarme en las explicaciones, que me educaban. Era una vez más el paciente, el alumno y el observador, triple papel que su exigencia amistosa me ayudaba a soportar y que enseguida hizo las delicias del periodista que quedaba de mí: experimentaba al fin los dolores y las etapas de una reconstrucción que observaba, que necesitaba comprender y que algún día necesitaría describir.

Aquella noche entré por primera vez en mi cuenta de Facebook. Ella lo utilizaba poco. Había colgado un «Yo soy Charlie» con fecha de 7 de enero. Puso señales de luto el día de los siguientes atentados. Nunca le pedí ser su «amigo». Probablemente hubiera rechazado mi solicitud estimando que estaba fuera de lugar. Habría

tenido razón. Yo buscaba pistas de sus sentimientos, de su vida. Y estuve siempre satisfecho de saber que no las iba a encontrar.

12. LA PREPARACIÓN

El día que Gabriela se marchó, dejé la habitación 106 para mudarme a la 111, más grande. Los números despiertan los recuerdos. Gabriela se fue después de las curas, a última hora de la mañana. La acompañé hasta el ascensor. Miré su maletón, su larga cabellera, su abrigo largo; ella sonrió y, como en una película, las puertas se cerraron. En el pasillo flotaba un olor a formol y a lejía. Volví a mi habitación y esperé a las enfermeras. Sabía que Gabriela no volvería antes de un mes. En aquel espacio de tiempo, yo habría cambiado (aunque ignoraba hasta qué punto y de qué manera). El que la veía marcharse no la volvería a ver, en la medida en que dejaría de existir. Estaba triste, pero al mismo tiempo me sentía casi aliviado. No sabía muy bien qué hacer con mis sentimientos. El cuerpo y los deseos, todos ausentes, no estaban allí para imprimirles vida. Tenía la impresión de desatenderlos a mi pesar, de menguarlos como un fuego que se reduce debajo de la cacerola, para concentrarme en otra cosa. Pero ¿en cuál?

Christiane, la jefa, había previsto instalarme en la habitación más grande de todas, la 102, al fondo del pasillo, cerca de una salida de emergencia que estaba condenada. Entré en ella con los dos policías de guardia y con mi amigo Juan, que había venido a visitarme, y que de pronto adoptaba más el papel de actor que de visitante. Juan y yo entendimos de inmediato que el lugar era imposible: la ventana daba a un tejado gris y llano como una pista de tenis al que cualquier persona podía acceder y, desde allí, por qué no, matarme a tiros. Me entró un escalofrío. Creo que Juan vio la sombra de pánico que me pasó por la mirada: delante de aquel tejado volvía a ver a los asesinos, a unos asesinos cualesquiera, vestidos completamente de negro, con pasamontañas, vaciando el cargador en el acto. No era un efecto de la imaginación: era una escena real que irrumpía en aquella que vivíamos y se abría paso a codazos para reemplazarla. Durante unos segundos, aquellos asesinos fantasmas fueron más

reales que Christiane, que Juan, que los policías y que yo mismo. O mejor: nosotros no éramos más reales que sus balas, unos escondidos debajo de la ventana o de la cama, los otros muertos, y yo en el cuarto de baño, con mis tubos, esperando el golpe de gracia. Aquel día, y durante varios meses, el cuarto de baño de mi habitación de hospital se convirtió en mi «querencia», el lugar en el que el toro se instala para morir, exhausto, la lengua fuera, preparado para la estocada. Cuando ellos entraban, yo terminaba allí.

–Creo que no va a poder ser –dijo uno de los policías con una leve sonrisa–. Salvo que nos quedemos en la habitación veinticuatro horas al día. Lo cual quizá no sea lo mejor para el señor Lançon.

Yo quería salir de aquella habitación lo antes posible, pero el pánico se iba alejando. Hubo un momento de incertidumbre. Como en un *western* cuando el conflicto va a estallar en la barra, nos mirábamos con recelo, sin saber quién iba a desenfundar el primero. No sería yo: mi apósito empezaba a perder. Christiane estaba desconcertada. No solo había creído que hacía bien, sino que ahora tenía que revisar toda la organización. Abrió de par en par los ojos claros. En esos casos parecía salida de un bajorrelieve maléfico. El servicio acogía a pacientes bajo vigilancia, a detenidos, pero no estaba hecho para acoger a pacientes amenazados. ¿Debía dejar pese a todo que me quedara allí? Sopesaba en silencio los pros y los contras. Me imaginé el escenario en el que, aunque los asesinos no vinieran a terminar lo que habían empezado los hermanos K, iba a vivir día y noche con los policías, a asistir a sus relevos y conversaciones, por no hablar de las radios que, incluso detrás de la puerta, era difícil no oír. Estarían allí, al pie de mi cama, como criados al pie del baldaquín del rey, como leones de piedra a los pies de una estatua yacente. Apenas pegaba ojo, y tuve miedo de no dormir nada en absoluto. Christiane relajó los ojos, el bajorrelieve volvió a la jungla asiática de la que había salido, y ella dijo:

–Bueno, veremos qué se puede hacer.

Volvimos a la habitación 106. Apenas unos minutos más tarde, me instalaba en la habitación 111, a decir verdad tan espaciosa como aquella de la que acababan de librarme, pero que no daba a ningún

tejado. Mudarse a otro país no habría sido una aventura más épica. Esa sensación se repitió a cada nueva mudanza. Cambiar de habitación era cambiar de mundo, luego suponía también cambiar de vida. La ventana de la habitación 111 daba a un pino en el que de vez en cuando se posaban unos cuervos. Todas las mañanas observaba desde la cama su forma y sus cambios de color en el follaje, como si mi vida dependiera de él. A menudo parecía negro. Cuando al cabo de unas semanas, solo, me eché a llorar, lo estaba mirando. Me quedé en la habitación 111 hasta el día del gran trasplante, el 18 de febrero. Mis padres se llevaron una parte de los objetos que se habían ido acumulando. Christiane amontonó otros en su despacho. Iban a cerrar toda la planta una semana para limpiarla a fondo. Cuando a primera hora de la mañana salí rumbo a la operación más larga, estaba perdido. Me daba miedo cambiar de piel, de dolor, de memoria, de vida.

El día antes de que se fuera Gabriela, Chloé me había quitado la cánula no fenestrada. Era una pequeña ceremonia y, al mismo tiempo, un cambio de vida. En el hospital, dentro de la rutina más estricta, no había más costumbres que la urgencia, el desorden y el aprendizaje. Chloé me dijo:

–Podrá volver a hablar, pero no se pase, ¿eh?

Nunca había oído el sonido de mi voz, pero parecía conocerlo y no había que decirle que yo era muy hablador. ¿Podría volver a hablar? El cuerpo recuerda todo, pero la conciencia olvida deprisa, y no había tardado ni ocho días en perder el recuerdo de la palabra articulada. Me había acostumbrado a la pizarra, a los dedos manchados de negro del rotulador, a mi silencio, a mi libreta.

Chloé le pidió a Gabriela, que estaba al pie de la cama, que se apartara, «a menos que quiera terminar en la tintorería». Luego, bajo la atenta mirada del equipo, retiró la cánula. Me puse a toser muy fuerte. Una sangre mezclada con flema salió disparada del agujero y se fue directa a la pared de enfrente, como un escupitajo. Por una vez apuntaba bien. Pero ¿a qué apuntaba? Gabriela se rió. Me picaba la nariz. Chloé limpió el orificio e instaló luego la cánula fenestrada que me permitiría hablar. Intenté decir algo, pero no salió nada. Cogí la libreta y escribí: «No puedo hablar.» Ahora que se

suponía que podía, no poder hacerlo me preocupaba. Chloé se enderezó:

–No hay ningún motivo por el que no pueda. Tenga un poco de paciencia...

Volví a intentarlo. Poco a poco fueron apareciendo unos sonidos cada vez más articulados, sonidos que parecían salidos de lo más profundo e ignoto de mi ser, aunque casi no significaban nada. Tenía encima las caras benévolas y divertidas de Gabriela y de Chloé. He olvidado cuáles fueron las primeras palabras inteligibles que salieron. Debieron de ser tan simples y concretas como las de un niño.

Más tarde, con Gabriela y con mi hermano, estuvimos escuchando unos *sketches* de Coluche en internet. Gabriela preparaba para una de sus clases unos deberes, creo recordar, sobre el humor francés. Ignoraba todo de este humor y le costaba comprenderlo. Encontraba a los franceses muy amargados y agresivos, no conocía a Coluche. Saqué la libreta para explicarle el contexto de los chistes que se le escapaban, pero tanto los chistes como el contexto se conservaban dentro de una caja fuerte de la que incluso a mí me habían sacado. Conocía la combinación para abrirla y volver a ella, pero lo que había dentro no se correspondía ya con nada. Alguien había cortado la comunicación con el sentido de los recuerdos que seguían más o menos viviendo en mi interior. Escuchamos «El poli», «Gérard», «El estudiante» y «Los periodistas». Me quedé dormido con una ligera náusea, saturado por el exceso de palabras y risas, por el acento de Coluche, que se confundía con los vapores de mi juventud, perseguido por un fragmento de mundo que ya no era el mío y en el que podría haberse hecho broma con un atentado como el de *Charlie* porque no había tenido lugar. Se acercaba la tercera operación.

–Así que...

Chloé cogió mi libreta y el bolígrafo y me dio una clase cuyo tema era yo. Era a última hora de la tarde. Había mandado salir a todas las visitas, que tuvieron que esperar cincuenta minutos en el pasillo. Mis padres estaban molestos y cansados. Otros se fueron. Nadie se atrevía a decir nada. Fue aquella tarde, creo, cuando me habló de su familia y –con esa sonrisa que mantenía todo a distancia– de

algunos de sus problemas. La habitación es también un confesionario, un lugar destinado al secreto. No diré nada al respecto.

Chloé esperaba conservar los tejidos y los trozos de la mandíbula intactos. Quería ir reduciendo la herida poco a poco y efectuar injertos. La «pérdida de sustancia» era importante, pero no parecía un obstáculo. Por otra parte, Chloé prefería siempre ayudar a la naturaleza que violentarla. «La naturaleza es mejor cirujana que yo», me dijo. Si seguíamos ese procedimiento, prosiguió, habría varios meses de intervenciones, de aspiración de serosidades, de cicatrización, pero parecía confiada. Diez días después de la explicación se descartó la posibilidad: la bala había quemado demasiado tejido y hueso como para no reemplazarlos. Chloé me explicó con todo lujo de detalles, con dibujitos en mi libreta, en qué consistía la otra opción, la del «peroné». Me aclaró que la decisión se tomaría de forma colegiada y en equipo, después de reñidos intercambios de argumentos. El injerto de peroné se practicaba desde hacía varios años, sobre todo en personas afectadas de cáncer de mandíbula o de boca, los principales pacientes del servicio. Le daban también otro nombre, y una noche, por primera vez, oí en boca de Chloé la palabra que en gran parte me había de caracterizar en adelante: el colgajo. Me iban a hacer un colgajo.

Retomo las explicaciones del capítulo anterior. Se extrae un peroné al paciente y se lo inserta en lo que queda de mandíbula para colmar el déficit de hueso. También se trasplantan una vena, un trozo de arteria y de piel de la pantorrilla correspondientes al peroné extraído, como una especie de kit, para vascularizar –para irrigar, en suma, como en una planta– el hueso injertado y permitirle que se adapte al nuevo entorno en compañía familiar. En el lugar de la piel quitada de la pantorrilla se coloca un trozo de piel obtenido del muslo de la misma pierna, en mi caso la derecha. Se escoge el peroné que, después de un escáner, resulta ser el más sólido y el mejor vascularizado de los dos. La operación dura cerca de doce horas. Exige dos equipos quirúrgicos, uno que trabaja en la pierna y otro que trabaja en la cara. No se saca el peroné entero: se dejan las pinzas a cada extremo para que de esta manera las articulaciones

con la tibia –y, por tanto, la pierna– funcionen. El principio es el del autotrasplante: el cuerpo lo acepta mejor que un trasplante exógeno. El paciente proporciona el material. Se salva por sus propios medios.

¿Por qué el peroné? Porque es uno de los huesos más compatibles, por naturaleza y por forma, con la mandíbula, y porque no es indispensable ni para caminar ni para mantener el equilibrio: es un tutor cuya ausencia puede compensarse con meses de rehabilitación. Lo ideal sería, si lo entendí bien, injertar hueso craneal, pero únicamente sirve para superficies pequeñas. Uno puede vivir sin peroné; puede vivir también sin utilizar mucho su cerebro, pero no sin el cráneo que lo contiene.

Chloé tenía dudas. Fue el profesor G, el jefe de servicio, quien se encargó de comunicarme una tarde la solución escogida –al fin y al cabo, era su responsabilidad–. G era un hombre de sesenta y pocos años de estatura mediana, robusto, incluso macizo, de voz apacible y reconfortante, que tenía la costumbre de escuchar emisoras de grandes éxitos como NRJ mientras operaba: es lo que me dijeron, nunca pude comprobarlo porque nunca me operó. Iba al hospital en moto. Lo más curioso de él era su mirada: se te quedaba mirando fijamente con una atención total y totalmente fría, la cabeza estirada asomándose a la herida, y en el fondo de los ojos tenía como una ausencia, un pequeño astro mate que parecía indicar que una parte de él estaba en otro lugar, lejos, tal vez muerta. Esta parte yo la llamaba la estrella G. Me gustaba verla porque objetivaba mi dolor y mi angustia, y, al objetivarlos, los alejaba durante unos segundos. La estrella G brillaba de atención e indiferencia a ras de cara, como un asteroide que sobresaliera, hasta que una ligera sonrisa o un comentario socarrón hecho con un tono bonachón la ahuyentaban hacia una nada cualquiera mientras la cabeza se echaba hacia atrás para recuperar su posición inicial, y una mirada divertida, humana, se instalaba de nuevo en las luces frías de la habitación. Una enfermera me había dicho que él mismo se había librado por poco de la muerte, que había estado en el lado de los pacientes, y que esta aventura lo había cambiado. Frecuentar con asiduidad la mesa de operaciones no me convertía en cirujano, pero sí me los había

hecho más próximos, y desde que la enfermera me había hablado de G no podía sino mirarlo con una simpatía especial, la de un pez que mira a otro pez en el estuario opaco y fangoso que les sirve de hábitat.

G me cogió totalmente desprevenido. Apenas hacía unas horas que había subido del quirófano y aquella tarde me costaba muchísimo respirar, empapado como estaba en sudor, inmovilizado por las perfusiones y luchando en mi cama con las barandillas subidas como un recién nacido en una cuna dispuesta por una asociación benéfica de brujas: era uno de esos momentos en los que el minuto siguiente parece tan poco accesible como el más lejano El Dorado. G se puso a mi derecha, y, con esa voz cálida que tanto me apaciguaba, me anunció como si estuviéramos en buena compañía, sin darse al parecer cuenta de que me faltaba el aire:

–Bueno. Esta mañana hemos estado hablando todos los del equipo, y creemos que ya está bien de marear la perdiz. Preparamos todo y vamos por el colgajo, peroné e implantes, ¡hala, se lo hacemos todo de golpe y no se hable más!

G me hablaba como si yo estuviera sentado o de pie delante de él, en perfecto estado de salud y tomando notas, y no fuera esa momia húmeda, demacrada y con ojeras que lo contemplaba con avidez y alivio: ¡la decisión estaba tomada, el futuro se despejaba y la vida continuaba! En el hospital no hay nada peor que la falta de acción y de visibilidad: es un lugar hecho para tomar decisiones. Me esforzaba por no toser, por no sudar, e incluso, sí, por no sufrir, por estar a la altura de la noticia que acababa de comunicarme G; por no desentonar, en definitiva. Me concentré en las últimas palabras, «¡y no se hable más!», que sonaban a «¡Ábrete, sésamo!», la fórmula mágica que mi cuerpo esperaba. Aquella tarde no estaba la estrella G, solo el profesor G y su contundente falta de afecto, tan tranquilizadora. Podía interpretarse como una falta de psicología. Y, sin embargo, veía en ello el más allá implacable y maravilloso de toda psicología: su abolición a través de los gestos y los movimientos en tropa que se anunciaban en torno a mi cuerpo. Acababa de asistir a la anunciación del profesor G.

Se marchó con la misma imponencia y naturalidad con la que

había venido, no sin antes haber hecho varios comentarios jocosos sobre esto y aquello, sobre una visita oficial que acababa de recibir –«vaya, parece que recibimos a gente prominente, ¡es usted un hombre famoso, señor Lançon!»–. Mientras tanto, con el dolor que volvía, yo me preguntaba si pasaría de esa noche, si iba a disfrutar de una mandíbula flamantemente nueva, o si acababa de asistir a la resurrección del doctor Cottard.

Más tarde, caída ya la noche, calmado por una dosis de tramadol y a la espera de la zopiclona, cogí el segundo tomo de la novela de Proust en la vieja edición de Clarac en la Pléiade, y volví a leer las páginas sobre la enfermedad y la muerte de la abuela en las que también aparece, aunque aquí más con la certeza del diagnóstico que en su imbecilidad, el célebre médico proustiano. Necesitaba comprobar urgentemente su grado de familiaridad con el profesor G (y el mío con aquella abuela a punto de morir cuyo final me había traumatizado a cada nueva relectura).

Tres muertes habían sobrevivido a mis lecturas de juventud: la de Coupeau en *La taberna* de Zola, la del padre Thibault en *Los Thibault*, de Martin du Gard, y la de la abuela del narrador en *En busca del tiempo perdido*. Las releía con regularidad, igual que uno activa un recuerdo para sentir el dolor. En el servicio había bastantes pacientes alcohólicos. A veces, cuando me cruzaba con alguno mientras hacía mis largos de pasillo, me preguntaba si sus pies, como los de Coupeau, se pondrían a patalear en el momento fatal, a la hora de la muerte del pobre Ludo. El final de Thibault padre aún me había impresionado más, con su crisis de uremia y los gritos mientras lo sumergen en un baño caliente, pero la abuela de Proust era más amable que aquel y por eso la escogí a ella, con su propia crisis de uremia, para que me fuera acompañando de la habitación al quirófano y del quirófano a la habitación. Su descenso hacia la muerte la convertía prácticamente en una compañera de habitación, yo estaba con ella en su cama, con su mirada ausente o de renuncia, cerca de la ventana que ella intentaba abrir para saltar. Cuando la cánula mal colocada o demasiado larga me impedía respirar y formaba un quiste en la tráquea, ella se juntaba con las sanguijuelas que, para gran contento de Françoise, se movían por

encima de su cuerpo y de su cráneo. Tenía la sensación de que la familiaridad solo podía surgir del silencio de los libros; unas pocas líneas bastaban para cansarme, y me dormí antes de que se hubiera producido.

Llegados a este punto, es hora de volver la vista a dos o tres días antes, al 20 de enero, más concretamente, para hablar de la visita de aquel a quien el profesor G había aludido y que todavía era presidente de la República: François Hollande. Los servicios de seguridad habían avisado a mi hermano el día antes por la tarde, mientras yo subía del quirófano en el que Chloé empezaba mi «reconstrucción». Había podido trabajar en el labio, pero no efectuar el injerto que tenía previsto: los tejidos estaban más dañados de lo que creía. Yo había vuelto acompañado de los dos policías con gorro, bata y calzas, para gran disfrute de mi hermano, sorprendido y contento de presenciar una escena cómica. La alegría no le duró mucho, pues, de nuevo en la habitación, yo tosía, me ahogaba y no conseguía respirar bien. Llamamos a la enfermera, luego al médico residente, nadie entendía nada. Me pusieron en el dedo esa pequeña pinza de tender que es el pulsioxímetro. El nivel de oxígeno en sangre era casi perfecto, de un 96 %, y empezaron a repetirme esa cifra como si yo fuera el culpable por estar haciendo comedia o simplemente porque, por un motivo tan misterioso como exasperante, mi actitud no se correspondía con los datos que tenían. «Dice que no puede respirar, pero no es más que una impresión. ¡En realidad respira!» Me enseñaron la cifra que contradecía mis ahogos, probablemente para convencerme de que había llegado el momento de que remitieran en correspondencia con lo que las cifras indicaban. Como con la cánula me sentía más caprichoso que un niño rechazando un juguete, me esforcé por satisfacer a quienes cuidaban de mí y por darle la razón a su aparato, como un hombre que, el día del fin del mundo, sigue leyendo la Biblia y escuchando a los sacerdotes para creer en la existencia de Dios, pero no servía de nada, el mundo había terminado y la respiración no volvía. Entonces me pusieron electrodos y una máscara. No hay nada más odioso que esta máscara de plástico verde translúcido. Es como si tuviera que hacerte pagar por adelantado el alivio que te procurará; eso si te lo

procura, porque a veces es un preludio de la muerte, y eso es algo que todos los asiduos al servicio, incluso los que están fuera de peligro, tienen que tener bien presente. La mayor parte de las veces empieza ahogando a la persona que va a ayudar a respirar. Es el momento que eligió mi padre para llegar, y pude leer mi estado aparente –el de un moribundo– en su viejo y hermoso rostro descompuesto, ese rostro elegante de lobo de mar con barba blanca que lo mismo recordaba al capitán Nemo que al actor español Fernando Rey, al patrón de un submarino o a un personaje del Greco que hubiera comido algo más que un diente de ajo, una gota de aceite y un mendrugo de pan. Pensar por un momento en los hidalgos del Prado no me consoló de la pena que le hacía. Miré a mi hermano, que también estaba presente, con una imperturbabilidad paralizada. Me leyó en la mirada que no había necesidad alguna de exponer a nuestro padre más tiempo a tamaño espectáculo, y yo leí en la suya que pensaba como yo. Lo hizo salir con delicadeza, y mucho más tarde supe que fue al encuentro de mi madre con lágrimas en los ojos.

Aquella noche soñé que Nueva York se inundaba de unas aguas heladas y tan sucias que no podía meter ni el dedo. Caminaba por la orilla de los ríos sin poder cruzarlos como hubiera querido hacer: todos los puentes estaban cortados. Cuanto más sucia estaba el agua, cubierta de un hielo negro, más desierta estaba la ciudad. Me desperté cuando la suciedad me contaminaba, en la soledad más absoluta. Llamé al timbre. Christian me inyectó morfina. Volví a dormirme y el sueño volvió a empezar. Las aguas sucias subían en la ciudad a la que Gabriela acababa de regresar.

Sobre las diez de la mañana todo el mundo esperaba a François Hollande y a su séquito. Yo no tenía ni idea de cuán excitado estaba el personal, pero como me dijo más tarde Chloé con divertida condescendencia: «¡Ver a un presidente es todo un acontecimiento, no es algo que les vaya a pasar muchas veces en la vida!» En parte tenía razón, aunque menos de la que creía. Doce días allí me habían enseñado o recordado que las vidas de quienes se ocupaban de mí estaban repletas de microacontecimientos, en la medida en que

estas vidas procedían de vidas anteriores casi siempre marcadas por tragedias.

Me puse para la ocasión unos pantalones debajo de la bata de hospital, y como no quería recibir al presidente en la cama, me levanté para darle la bienvenida justo cuando los policías anunciaron su llegada. No lo conocía personalmente. Entró en la habitación acompañado de Emmanuel Hirsch, que dirigía la Assistance Publique, el director del hospital, un personaje que parecía estar allí en calidad de cronista del rey, y el director de mi periódico, *Libération*: Laurent Joffrin. Mi hermano estaba presente. De cerca, François Hollande era muchísimo más elegante que de lejos, y lo primero en que me fijé, además de su tez agradablemente rosa y de su piel ligeramente maquillada, fue en el corte perfecto del traje oscuro y en la mirada divertida, casi avispada que, debajo de las gafas, mantenía a raya todos los afectos como un espantapájaros discreto pero eficaz. La mirada de Hirsch, protegida igualmente por gafas, era la de un cortesano: acerada, salvaje y al acecho (y ligeramente extasiada de estar donde todo aquello sucedía). No me acuerdo ni del escriba ni del director del hospital, pero nunca olvidaré la mirada de Laurent.

Nos conocíamos desde hacía treinta años. Por primera vez le vi los ojos ligeramente irritados, rojos, empañados por la emoción. Laurent, objetivo recurrente de la derecha más bruta y de los intelectuales borrachos de la cólera social, tenía fama de ser una personalidad que no se mojaba, un acróbata del compromiso. En realidad, su talento escogía sus pasiones y entregaba todo lo demás a eso que, cuando se lo conocía, le hacía casi infantil: su naturaleza despistada. Las opciones políticas suelen ser consecuencia del carácter. Laurent era socialdemócrata por naturaleza, por convicción, y por el rechazo de una violencia que su padre había encarnado. Le chiflaba debatir, incluso batirse en duelo, pero era imprescindible que la cosa parara a la primera sangre y que, una vez abandonado el campo, los adversarios se saludaran. Creía en el progresismo, en el acuerdo, en la conciliación, en una forma de negligencia civilizada, y aunque no siempre era muy educado, sí desprendía urbanidad. Su barba estaba en la vanguardia de sus ideas y sentimientos: los

anunciaba, los atenuaba y los ornamentaba. Sus múltiples enemigos lo tildaban de traidor social, hipócrita y blando. Pero lo cierto es que era muy claro en sus luchas y en sus valores, que no habían cambiado mucho y no reivindicaban pureza alguna. Su moral estaba hecha para una guerra tranquila, en tiempos de paz, cuando las malas acciones de unos no destruían del todo ni echaban radicalmente por tierra las vías de los otros. Más que las noches largas, prefería los crepúsculos que se prolongaban.

Tenía una facilidad prodigiosa para escribir. Treinta años antes me había corregido línea a línea uno de mis primeros artículos, mal escrito, mal construido, sobre un niño que se había ahorcado en un pueblo perdido de Bretaña, delante de la charca de la familia, porque lo habían acusado de un robo que no había cometido. En la redacción, una vez escrito el artículo, me senté a su lado. Él me hacía preguntas y me proponía otras formas de decir las cosas, más claras y más simples. Tachaba los adjetivos, y más todavía los adverbios, aduciendo: «A menudo, cuando se utilizan adverbios, es porque la trabazón de las frases carece de lógica. Chateaubriand no utilizaba adverbios casi nunca.» Por entonces aún llevaba el pelo un poco largo.

Ahora Laurent tenía delante al periodista que había ayudado a formarse, al que había acogido muchas veces en su casa, delante del cual había pasado un día revista a una batalla de su héroe Napoleón, aquel periodista con el que había tenido alguna que otra bronca sobre cuestiones de literatura y de crítica, en especial sobre Houellebecq y *Sumisión*, ese colega y amigo cuyo estado actual era consecuencia de todo cuanto él aborrecía: un fanatismo inculto, estúpido y sanguinario. Observé esa mirada ligeramente enrojecida, amistosa, de pronto más indefensa, y encontré allí la fuerza de contar por primera vez el atentado con la mayor precisión posible, pero como una escena de comedia. No se trataba tan solo de recibir a toda aquella gente de pie y de quedar bien, sino también de entretenerlos informándolos, como me habían enseñado Laurent y otros. Por lo demás, el atentado había sido también un escenario de teatro, un pequeño drama, y en parte lo habría seguido siendo si los asesinos hubieran utilizado petardos y balas de fogueo mientras iban

recitando de cualquier manera una sura del Corán. La muerte era una conclusión que no podía impedir que nos riéramos del lado cómico de la situación que la había precedido.

Iba pasando de la mirada de Laurent a la de François Hollande, y en aquel instante, en aquella habitación, aquellos dos hombres tantas veces vilipendiados, con sus ligeras sonrisas, con la emoción contenida de uno y el brillo avispado del otro, me fortalecieron, me tranquilizaron y volvieron a sumergirme de algún modo en lo que podía esperar de la civilización: una distancia curiosa y cortés, sensible al otro sin exceso de emotividad, una compasión que no renuncia ni a los imperativos de la ligereza ni a los beneficios de la indiferencia. Mientras yo hablaba, el gran apósito iba ganando peso y soltándose imperceptiblemente del mentón, como el telón de un escenario, al tiempo que se saturaba de una baba que ellos no podían ver. Insistí en el hecho de que no sentía ninguna ira hacia los asesinos y que no los relacionaba con los musulmanes. Acababa de empezar mi etapa «políticamente correcta» –o, si se prefiere, evangélica–. Desde mi pequeño Gólgota hospitalario, no quería pensar mal de nadie, y más tarde me arrepentiría, incluso a costa de cierta bobería, de este estado de suspensión completo, íntimo, de las hostilidades. François Hollande dejó caer dos o tres ocurrencias que he olvidado pero que venían muy a cuento, y luego añadió: «Tiene usted razón, hay que mantener la serenidad, tomárnoslo con distancia y no meter a todo el mundo en el mismo saco ni pronunciar discursos.» Entonces entró Chloé.

Llevaba su bata blanca y venía probablemente de una pequeña operación: las operaciones largas se hacían los lunes y los jueves. Bien erguida, con un aire travieso e irónico, venía a ver cómo volaba su paciente por encima de un nido de notables y, por supuesto, a codearse con ellos para recordarles que se encontraban en su territorio. De pronto estábamos en un salón y competíamos en ingenio como si nada hubiera ocurrido, porque había ocurrido algo. François Hollande miraba a Chloé, y cierto placer, como la sombra de una nube, le pasó por el rostro liso, redondo, relajado, un rostro casi principesco que me recordó en ciertos aspectos a Luis XVI, también un poco al Regente, sí, a ese vividor que fue Felipe de Orleans, a su

moral relajada y disoluta. Me hubiera gustado congelar ese momento del placer, o más exactamente recortarlo como una plantilla de estarcir, y extenderlo sobre lo que me quedaba de vida. La visita duró cuarenta minutos, luego se marcharon todos, yo me quité los vaqueros y caí rendido en la cama. Me tocaba pagar la factura del número que acababa de interpretar.

Semanas más tarde, un día que volvió de visita, Laurent me dijo: «Oye, tu cirujana le hizo tilín a Hollande. ¡El otro día volvió a hablarme de ella!» Nos reímos, pero nada más, pues yo volvía a estar en una fase en la que tenía prohibido hablar.

El final de esta historia tiene lugar en junio, en la primera de mis vidas posteriores. El presidente entrega la Legión de Honor a Patrick Pelloux, cuyo rostro y cara se han quedado para mí enmarcados en la puerta por la que apareció unos minutos después del atentado y no se mueven de allí, como un niño hechizado en un paisaje del que no puede salir. Entretanto me han trasladado, como a mi amigo Simon Fieschi, al hospital de los Inválidos, donde pasaré seis meses haciendo rehabilitación. Y desde allí, conducido por mi escolta policial, me llevan dos horas al Elíseo en la que será mi primera salida «oficial». Durante el cóctel posterior a la ceremonia, empiezo a hacer lo que se convertirá en una regla de vida en sociedad durante las salidas de los meses siguientes: beber una copa de champán o de vino de boca estrecha para no hacerme daño en el labio, anestesiarme la boca y ahogar el cansancio, siempre de pie y observando los canapés que no puedo comer. El cóctel y la cena se han convertido en ejercicios de rehabilitación y en deportes de combate. Cada vez llego agotado al hospital, con la satisfacción de haber cumplido una misión que nadie me ha encargado, salvo mi cuerpo, cuyos imperativos se me escapan. Cumplida la misión, los policías callados y musculosos me llevan de nuevo al cementerio de elefantes. Tengo prisa por volver a reencontrarme con las enfermeras, los mutilados de guerra, los amputados, los que han sufrido un accidente cerebrovascular, mis compañeros de quirófano, de pasillo, de gimnasio, con todo el silencio y todas las personas cuya vida me parece más solitaria y, en última instancia, más justa.

El hospital es el lugar en el que el accidente otorga enseguida un sentido al fracaso.

François Hollande se me acerca risueño y me dice:

–¡Hombre! Parece que está usted mejor... Y dígame, ¿sigue viendo a su cirujana?

Sorprendido, contesto:

–Sí. Estoy destinado a verla cada vez más.

–¡Vaya! ¡Es usted un hombre con suerte!

Mi primera reacción es contestarle: «Pues renunciaría a ello con gusto.» Pero no lo hago porque, al menos en parte, no es verdad. Han pasado cinco meses y me he hecho míos el acontecimiento y el periplo quirúrgico, que me han convertido en lo que soy. No puedo renunciar a eso que me ha transformado tanto.

En los días siguientes cuento la anécdota a varios amigos. Algunos se muestran indignados. Este hombre, parecen pensar, es frívolo e inconsecuente sin remedio. ¿No tiene otra cosa que decir o pensar cuando vuelve a ver a un herido? Cuando es joven, la mayor parte de la gente tiene una opinión sobre todo. Cuando envejece, también. En medio quizá exista un momento en el que podrían no opinar de nada, abstenerse, divertirse, no tomarse en serio más que la propia miseria, pero es el momento en que actúan, construyen, hacen carrera o pierden la ocasión de hacerla; el momento en que, como se dice en el colegio, se lo tienen creído, y donde muy rara vez tienen la posibilidad o las ganas de dar un paso al lado. ¿Es indigno, por parte de un presidente, acordarse antes que nada de la belleza de una mujer que ha visto unos minutos, varios meses antes, en la habitación de hospital de una víctima de un atentado? En cuestión de mujeres, la reputación de François Hollande es de sobra conocida, pero su reacción me parece personalmente divertida y hasta deseable. Lo mejor de la vida, me digo mientras observo sus ojos finos y relucientes, es exactamente esto: no olvidar lo que nos ha gustado ni que fuera un solo instante, y, si es posible, olvidar al máximo todo lo demás, empezando por el patetismo de una situación. Su despreocupación hace algo mejor que rendir homenaje a mi pequeño calvario, que a mí me trae sin cuidado: me alivia. «¡Vaya! ¡Es usted un hombre con suerte!» Mientras vuelvo a los

Inválidos en el coche de los policías, le voy dando vueltas a la frasecita. Cobra para mí tanta importancia como para el narrador de *En busca del tiempo perdido* la pequeña frase de la «Sonata de Vinteuil»: una referencia íntima, profunda y frívola que me entreabre una puerta alegre aunque sin futuro, alegre porque no tiene futuro. Este amable presidente no solo tiene razón en lo que a mí me afecta –tengo muchísima suerte de haber terminado en manos de Chloé–, sino también en algo que le afecta a él y nos afecta a los dos: nada puede recordar más a la vida y al placer que la elegante silueta de esta mujer dominante y probablemente con problemas de carácter, situada entre los dos con ocasión de un encuentro imprevisible y organizado con discreción, una mujer cuya profesionalidad lo remite a uno a sus deseos y al otro a sus heridas, y que de nuevo se impone, estando ausente, con ocasión de actos sociales melancólicos y de alto copete. Después de la gota de sangre postrera, el encanto es lo último que nos debería abandonar.

Después de la visita de François Hollande empezó una nueva etapa: la que había de llevarme al injerto de peroné, previsto para el 18 de febrero. Volvía al quirófano, con anestesia general, cada cuatro o cinco días, acompañado de los policías con gorro y calzas. El mundo de abajo se había convertido en mi segundo hogar, en mi casa de campo. Estaba feliz de reencontrarme allí con aquellos que, como las criaturas de los infiernos mitológicos, no parecían poder salir de él. La Castafiore era Orfeo. No se había contentado con cantar. También ella, como Chloé, había tocado el violonchelo. Terminaría sus días en las plantas inferiores recordando que en su día, en la tierra, había tocado para Santa Cecilia. ¿Y yo? ¿De qué iba a acordarme yo? Conforme pasaban los días, me adentraba cada vez más en esa tierra de nadie en la que una niebla espesa y unas sensaciones feroces, inéditas, iban depositándose sobre los minutos, las horas, los días, las visitas, la conciencia de mi cuerpo y de mi vida pasada. La lista de las personas autorizadas a entrar crecía cada día. La jornada transcurría según el ritmo de las curas, los largos de pasillo, las visitas cotidianas de mis padres y de mi hermano, y las apariciones de los amigos. Por la noche, cinco de ellos habían organizado con mi hermano una «imaginaria»: les habían permitido

dormir por turnos en mi habitación. Las enfermeras habían colocado una cama pequeña que cojeaba a los pies de la mía, una cama infantil cubierta de dibujos hechos por niños. Los amigos que montaban guardia dormían poco, despertados por mis problemas, mis ronquidos atronadores, las visitas de noche, la radio y las conversaciones de los policías, la última ronda de la noche y la primera de la mañana. Mi hermano trabajaba en el sillón que tenía a mi derecha, tecleando en el ordenador. Odalys, una amiga cubana de los viejos tiempos, me daba un masaje; igual que Alexis y Blandine, que también aprovechaban para trabajar: en las horas de poca afluencia, la habitación 111 era ideal para leer, escribir, soñar y pensar en la propia vida. Miraba una película o escuchaba jazz con Juan. Marilyn vino dos veces desde el este de Francia. Todo sucedía en silencio, cada vez más lentamente. El dolor, casi permanente, era difuso, siempre sorpresivo. Los amigos se marchaban por la mañana, pronto, antes de las curas de las enfermeras, que les ofrecían un café. Unos se duchaban en mi cuarto de baño y otros no. Yo los miraba irse hacia un mundo que ya no existía, un mundo en el que vivían, se movían y envejecían, mientras que allí, tanto ellos como yo, estábamos detenidos. La habitación era mi reino y en ella vivíamos al margen del tiempo.

Todas las mañanas y todas las noches, a veces incluso al mediodía, las enfermeras venían a cambiarme el apósito de gasa cada vez más grueso, que, después de haberme cubierto toda la parte baja de la cara, habían anudado ahora detrás de la cabeza para que aguantara y que me transformaba en un huevo de Pascua. Yo me ahogaba como si llevara una camisa de fuerza. Un día, para darme un respiro, una de ellas, Alexandra, cogió unas tijeras y cortó poco a poco la gasa para dejarme las orejas al descubierto. Las puntas ligeramente peludas brotaron como pequeñas setas de entre el musgo. Entre risas, Alexandra me alcanzó el espejo para que las viera: eran como los bordes de lenguas de vaca, las setas que me gustaba encontrar en los bosques de mi infancia porque me parecían bonitas como juguetes. Me sentí aliviado: respiraba por las orejas. El apósito, por su parte, se iba empapando de saliva cada vez más deprisa, como había empezado a hacerlo el día de la visita de

François Hollande. Me pesaba sobre la cabeza, el cuello, las vértebras, me pesaba sobre el cuerpo entero hasta que, cuando el esparadrapo ya no aguantaba más, y pese a las vendas de gasa que convertían mi cabeza en la de una momia, se soltaba como el papel pintado en una pared con exceso de humedad.

La escena que sigue se repitió cientos de veces con algunas variaciones. Las enfermeras entraban como las bailarinas de *La bayadera* en la escena del Reino de las Sombras, al ralentí. Gabriela me había hablado muchas veces de este ballet, que había ensayado como suplente sin llegar nunca a interpretarlo. Pese a que yo, a diferencia de Solor, no había tomado opio, me encontraba en un estado parecido al del príncipe desdichado, en un sueño: era la manera más *realista* de asimilar mis sensaciones. Antes de que entraran, comprobé el estado del suelo. Me levanté, limpié hasta marearme todas las manchas con los pañuelos de papel marrón, entreabrí la ventana, que no podía abrirse más, y perfumé el ambiente con un agua de colonia de toques predominantemente cítricos que una amiga me había traído. Como Solor, había derribado las paredes de la habitación. Entraron una detrás de otra con el carrito, sonrientes; eran dos. Les seguía una tercera, que se quedó a los pies de la cama mirando hacer a las otras.

–¿Quiere música?

Quería, pero no una música cualquiera. En el radiocasete de mi sobrino puse Bach: bien *El clave bien temperado* interpretado por Sviatoslav Richter; bien las *Variaciones Goldberg*, por Glenn Gould o Wilhelm Kempff; bien *El arte de la fuga*, por Zhu Xiao-Mei. La música de Bach, como la morfina, me aliviaba. De hecho, hacía más que aliviarme: eliminaba toda tentación de lamento, todo sentimiento de injusticia, toda extrañez del cuerpo. Bach descendía a la habitación y a la cama y a mi vida, a las enfermeras y al carrito. Nos envolvía a todos. A la luz de sus sonidos, todos los gestos se despegaron y la paz, una paz determinada, se instauró. Un poema de John Donne, leído muchos años antes, cobraba sentido: «No habrá ni nubes ni sol, ni oscuridad ni deslumbre, sino una sola luz. Ni ruido ni silencio, sino una sola música. Ni miedos ni esperanzas, sino una sola posesión. Ni enemigos ni amigos, sino una sola comunión. Ni

principio ni fin, sino una sola eternidad.» Podía dar comienzo el cambio del apósito.

Me quitaron la venda poco a poco, de la cabeza al mentón. Destaparon las orejas, retiraron las compresas manchadas, limpiaron, prepararon las compresas estériles mojando unas con una pinza en suero fisiológico, y untando otras con vaselina. Sus gestos se veían ralentizados por el clave. Cuando tuve la cara al descubierto, una de ellas me dijo:

–¿Quiere verse?

Era la pregunta ritual. Dije que sí. Cogió el pequeño espejo de borde negro que estaba en mi mesilla de noche, aquel con el cual Alexandra me había enseñado las puntas peludas de las orejas, y me lo alcanzó. Miré el agujero, cara a cara. Miré qué aspecto tenía. Cómo evolucionaba. Si se hacía grande o pequeño. En qué había cambiado desde el día anterior, desde el día del atentado. Lo miré fríamente, rodeado por las notas de Bach, como quien desciende por un pozo. Aparte del personal sanitario, de mí y de quienes me encontraron el 7 de enero, nadie lo vio. En medio de la carne destrozada había ahora aquel bozal menudo de titanio que sujetaba los restos de la mandíbula y del que de momento veía cuatro eslabones. Era una cadena, pero también el pentagrama del que surgían las notas que oíamos. El labio y buena parte de los dientes inferiores habían desaparecido. En la base del rostro intacto reconocí con satisfacción masoquista al monstruo familiar. Si era un retrato al óleo, había que pensar que la mano del artista, tan segura como la de Rafael, había estropeado unos diez centímetros de la parte inferior para recordar al mundo que toda aquella armonía no era nada más ni nada menos que un cuadro. El rostro que yo había tenido era una convención que había desaparecido. En ese momento, quienes le daban unidad sin borrar su monstruosidad eran Bach y las enfermeras.

Una mañana levanté los ojos del espejo y observé a la tercera enfermera, que se llamaba Ada. Mientras las otras hacían, ella me miraba fijamente con sus ojos negros. Acababa de incorporarse al servicio, tenía veinte años. Su compañero era croupier en un casino. Era mitad francesa, mitad senegalesa, pero tenía aspecto de

princesa india, con su pelo largo y castaño, con ese aire siempre un poco indiferente o ligeramente molesto de estar allí. Las veteranas decían de las nuevas que ya no tenían vocación, que todo les daba igual. A mí Ada me caía muy bien. Bach la aburría, como toda la música clásica, pero no me lo dijo hasta más tarde. Miré aquel rostro perfecto, aquella belleza nerviosa y por estrenar, volví a mirar el agujero y las carnes, y de nuevo otra vez el rostro de Ada. Yo era la bestia, ella era la bella, y era ella, allí, quien tenía las llaves del castillo. Sonrió un poco con los ojos alargados. ¿Los llevaba maquillados? No lo veía muy bien. Enarqué las cejas como diciendo: «Es lo que hay.» Ella hizo una mueca que probablemente quería decir: «Sí, es lo que hay.» Luego, poco a poco, las otras dos se pusieron a limpiar la herida y los alrededores, y a construir de nuevo el huevo de Pascua en torno a mi cabeza. Aquel día Gladys se había olvidado de dejar las orejas destapadas y yo ya empezaba a asfixiarme. Se lo indiqué con señas. Como Alexandra, cogió las tijeras y empezó a practicar unos cortes en la gasa, un poco a ciegas, con miedo de hacerme daño. Debajo del huevo de Pascua no sabía a qué altura exacta quedaban los bordes y los lóbulos. La guié como pude. Buscábamos las setas bajo una alfombra de musgo y finalmente las encontró. Las orejas salieron de la gasa y las desplegué. No me habría sentido más libre a la salida de un arcón.

Por aquella época, Alexis llegó un día con una gran foto en blanco y negro que había hecho en Cuba quince años antes. Era de un pueblo de Sierra Maestra encajonado entre el mar y la montaña, al final de una carretera casi abandonada. Entonces él iba con frecuencia. Yo lo había acompañado una vez. Alexis es fotógrafo. Tanto para él como para mí, Cuba había sido el país en el que habíamos pensado y cambiado nuestras vidas. Allí, en medio de la luz y las risas, habíamos empezado a hacernos mayores: él al dejar de ser huérfano, yo al dejar de ser solitario. Era la isla en la que quitarse de encima la inmadurez viviéndola una última vez. Cuba fue el terreno encantado, difícil, de nuestros renacimientos.

La Sierra Maestra era una zona prohibida a los periodistas extranjeros. Las autorizaciones se daban con cuentagotas, con finalidades de propaganda muy concretas –o que a la burocracia

cubana le parecían concretas–. Los beneficiarios de estas autorizaciones eran vigilados. También se podía transgredir la prohibición e ir sin más, era como el juego del gato y el ratón. Si vivías como Alexis en La Habana, era una forma de exponerte a que te expulsaran del país.

El pueblo se llamaba La Bruja. Tenía estatus de pueblo piloto. A Alexis no se le escapaban los motivos por los que el Estado le había propuesto a través de una amiga visitar ese lugar Potemkin; pero él quería trabajar en Sierra Maestra y sabía que todo en la isla estaba lo bastante descompuesto como para que un barniz de propaganda pudiera durar mucho tiempo. Le bastaba con ser paciente, hablar español y ganarse la confianza de algunos lugareños. Quería mostrar a aquellos hombres y mujeres en aquel enclave montañoso, captar la vida pobre y austera que llevaban. No tenían nada o casi nada en propiedad, salvo cuatro harapos, a veces uno o dos cerdos, tres gallinas raquíticas y una vajilla desparejada. La mayor parte iban descalzos por la montaña, muy escarpada, en la que a duras penas cultivaban unas parcelas situadas en las laderas. Y, sin embargo, de toda esa miseria que generaba bolsas de mezquindad y de envidia nada desdeñables se elevaba un esplendor, un esplendor espontáneo, mudo, que la foto que había traído Alexis condensaba a la perfección. Había un grupo electrógeno, un televisor y un tonto para todo el pueblo. Durante mucho tiempo tuve la foto del tonto colgada en una pared de casa.

En la foto que Alexis pegó sin decir nada en la pared de la habitación, enfrente de mi cama, se veía a una niña. Llevaba un top blanco que le llegaba hasta el ombligo y estaba hundida hasta la cintura en un campo de flores que en un primer momento tomé por tabaco y que parecían claveles. En la foto eran blancas. En la realidad, de color naranja. La niña miraba de frente a la cámara, con una actitud indefinible, tal vez seria, tal vez jocosa, los niños suelen escapar a las categorías psicológicas en las que queremos que encajen. Ahora era yo quien miraba. Yo, mi apósito y mi agujero. Tenía una flor en la mano izquierda. No le pregunté a Alexis por qué había escogido esta foto del jardín del Edén entre las muchas que había hecho y yo conocía. No necesitaba hacerlo. Teníamos muchos

recuerdos compartidos de aquel lugar, y en la habitación del hospital esos recuerdos enlazaban con los que empezaban a nacer allí. ¿Acaso no nos llamábamos, entre nosotros, «hermano», en español? Pero había otra cosa: la naturaleza misma del lugar, de la fotografía y de la mirada de la niña. No podía concebirse un mundo más bello ni más duro que los altos de La Bruja, y aquella niña tan imponente, de un refinamiento tan natural, me regalaba nada menos que un encanto fruto de la más cruda realidad. Hablé mucho con ella las semanas siguientes, sobre todo de noche. Su mirada florecía en las horas oscuras y me decía, como Ada –como lo que yo había creído ver en los ojos de Ada–: «Sí, es lo que hay.» Mirarla era mirar el reverso del agujero: una plenitud sin afectos y sin palabras de circunstancia, un ojo desnudo delante de un hombre desnudo. La miraba una y otra vez, mientras la noche avanzaba y con los ojos empañados, irritados, veía cada vez menos. Me veía a mí mismo allí, quince años antes, también de noche, entrando con Alexis en un río de aguas un tanto frías, pero mi cuerpo y el recuerdo de mi cuerpo no tardaban en desaparecer primero en el río y luego en la imagen, y me encontraba asustado, a punto de llorar, delante de aquella chiquilla que me decía:

–¿De qué te quejas? Sí, es lo que hay.

Más tarde supe que se llamaba Yarima. Amarillo, un habitante de La Bruja con el que Alexis y yo habíamos mantenido la amistad a distancia, había finalmente dado con ella. Le hizo una foto y me la mandó por Facebook: ahora hecha una mujer joven, sentada en un banco, muy sonriente, con unos pantalones ajustados de color negro y unas bailarinas. Que no se acordaba de mí, me escribió Amarillo, pero que quería tener noticias mías. Entretanto yo había salido del hospital y no di señales de vida.

Había conocido a Alexis a principios de los años noventa, a la vuelta de un reportaje que hice en Somalia. Él había seguido la guerra civil un poco más de cerca que yo. Habíamos publicado varias de sus fotos en el periódico en el que trabajaba por entonces. No recuerdo si acompañaban alguno de mis artículos. No guardé nada. La mayor parte de los artículos, como los libros, están hechos para ser olvidados. Alexis y yo nos habíamos perdido la pista cuando,

años más tarde, nos cruzamos por azar en la calle. Se iba a vivir a Cuba. Yo acababa de volver de la isla y me había casado con Marilyn. Nuestra amistad empezó así, en mitad de una acera. Fue también en mitad de una acera, por donde iba caminando con su hija, donde se enteró de que me habían herido en el atentado. Igual que los demás, no sabía si estaba vivo o muerto. Se quedó allí, en mitad de aquella acera, inmóvil y descompuesto delante de su hija, que nunca lo había visto llorar.

En el hospital hablamos una vez de los múltiples heridos que habíamos visto en Somalia, de aquellos heridos a los que la falta de cuidados posoperatorios conducía inevitablemente, con una sonrisa en los labios, a la gangrena y la amputación. De lo sucedido allí, como de todo lo demás, solo recordaba lo que no era íntimo, como si el atentado hubiera atraído toda la cobertura de los acontecimientos hacia él. Una noche, a solas enfrente de la niña cubana, hice recuento de lo vivido en Somalia.

Olí el fortísimo olor a mierda que había invadido el palacio saqueado de Siad Barre, el dictador somalí. Vi la cabra que rondaba entre los miles de documentos oficiales esparcidos por lo que quedaba de suelo. Todo había sido destruido y arrancado, hasta las tuberías, porque todo podía ser útil o venderse. Me acordé de las lasañas que preparaba el cocinero de Médicos Sin Fronteras, de las prácticas de tiro con kaláshnikov y de los partidos de fútbol en la playa, del agua turbia en la que flotaba la amenaza de tiburones, de la llegada del *khat* al aeropuerto, de los hombres que volvían a toda pastilla en una pick-up para venderlo al mejor precio en la ciudad. Me acordé de las balas y los proyectiles perdidos que casi siempre impactaban en mujeres y niños. Me acordé del ejemplar de *El rojo y el negro* que había leído a la luz de una pequeña vela en un hotel de Mogadiscio en el que era el único huésped, mientras fuera se sucedían los disparos y dentro un grupo de gatos chillaba. Me acordé de la pastilla de jabón y de la toalla blanca y bien doblada que quienes me protegían habían dejado sobre un taburete a los pies de mi cama pequeña y de un limpio impecable. Me acordé de que habían cerrado la verja del hotel después de saludarme y de que habían montado guardia toda la noche, antes de ofrecerme té por la

mañana. Me acordé de la violencia que nos rodeaba, de la belleza y la amabilidad del personal del hotel. Me acordé de la elegancia y del kriss del general Aidid, que citaba a Virgilio en latín y aún no había caído en manos de los americanos.

Me acordé de los heridos gangrenados que reían, de las moscas en el quirófano, de las clases que un anestesista francés daba a unas enfermeras somalíes preciosas y ablacionadas. Y me acordé sobre todo, enfrente de la niña gracias a la cual subían tantas cosas a la superficie, del kaláshnikov con el que me habían apuntado en el mercado de armas de Mogadiscio. Me acordé del momento en que vi en la mirada enrojecida, ausente y drogada de quien lo empuñaba que daba lo mismo disparar o no. Me acordé de aquella mirada, de la sensación mortal del azar, había hablado mucho de ello con Alexis, pero ahora sabía que el periodista que la había sentido, las rodillas flaqueantes, no tenía ni idea de qué significaba, puesto que el miedo no es más que el pregonero del acontecimiento. Me acordé de aquel instante y al mismo tiempo lo vi desde arriba, de lejos, de cerca, como si le sucediera a otra persona, porque yo no tenía ya absolutamente nada que ver con aquel que lo había vivido.

¿Qué vidas había vivido? ¿Qué vidas iba a vivir? ¿Qué sentido podía tener aquella experiencia? Un día, una enfermera me preguntó si aceptaría ver al capellán del hospital, que había dicho que vendría gustoso a visitarme. ¿Y por qué no al imán?, pensé. Pero nadie me lo propuso y yo no dije nada, tampoco había que exagerar. Sin embargo me habría encantado oírlo, a este último, pese a que por entonces cualquier árabe con el que me cruzaba en el pasillo –y había muchísimos, entre los familiares de los pacientes– me parecía por de pronto un degollador, impresión que borraba enseguida con un saludo o una sonrisa que no siempre me devolvían. Sí, ¿por qué no el imán? Que me hubieran herido unos asesinos que no debían de saber prácticamente nada de la religión que decían defender, ¿no era una buena ocasión para conocerla mejor con un hombre que quizá sentiría el vivo deseo de explicármela? En casa tenía tres ejemplares del Corán, todos me habían acompañado a un país árabe u otro, y ahora descansaban en paz en la estantería de filosofía, muy desordenada. Mis padres acababan precisamente de volver de mi

casa, adonde habían ido a buscar un par de cosas, y mi madre no paraba de quejarse una y otra vez ante mi hermano de la terrible acumulación de libros. No me atreví a pedirle que fuera a buscar un Corán, el grande con las cubiertas verdes, con traducción y comentarios de Jacques Berque, y, olvidándome del imán, acepté recibir al capellán.

No era creyente, la idea de una confesión se me antojaba cómica, pero por otro lado me sentía abierto a todo o casi todo, como si mi estado me hubiera despojado de todo menos de curiosidad. Me sentía virgen y benévolo como el cordero que ha sobrevivido al lobo, como nunca. El capellán era un hombre con gafas de sacerdote baratas y una sonrisa agradable que por nada del mundo quería estorbar. Su presencia me estimuló de inmediato y lo vi dos veces. Como queríamos estar tranquilos, la primera vez nos instalaron en el almacén, y la segunda, en la inquietante garita. Más allá de mi habitación, como he dicho antes, había otra en la que metían a los pacientes detenidos. Tenían que estar vigilados las veinticuatro horas del día. La inquietante garita, que sobresalía de esta habitación, tenía unos grandes ventanales de cristal ahumado. Aquella segunda vez, la habitación estaba vacía y nos instalamos en la garita. Los policías que me protegían no vinieron con nosotros.

De la primera conversación recuerdo la farmacia que nos rodeaba del suelo al techo y que hablamos del perdón mirando las compresas. Yo no tenía nada que perdonar a unos hombres que estaban muertos y que además no habían perdido perdón a nadie, pero tampoco los acusaba de nada. A decir verdad, los hermanos K me traían sin cuidado, igual que me traían sin cuidado los discursos que los condenaban o que, disfrazados de sociología o de pensamiento, trataban ya entonces de comprenderlos. Empezaba a leer un poco los periódicos en internet, y estaba asombrado –yo, el periodista al que nada tendría que haber asombrado– por esa capacidad prodigiosa del mundo contemporáneo de hablar de lo que sea y de tener explicaciones y comentarios sobre todo. El alboroto que se había armado en torno a los hermanos K era la epidemia Dostoievski: todo el mundo se creía el novelista epiléptico, todo el mundo quería entender y contar el gesto de los dos poseídos. El

capellán, en cambio, hacía gala de una timidez y de un silencio de buena ley. Iba sin sotana y procedía con naturalidad y pies de plomo. «Usted no cree en Dios», me murmuró al término de la primera charla, «pero quizá haya alguna forma de plegaria que pueda ayudarle.» «Lo pensaré», contesté, «y ya le diré algo, muchas gracias en todo caso por haber venido.»

La segunda vez, en la inquietante garita, le dije que mi única plegaria pasaba por entonces por Bach y Kafka: el primero me daba paz; el segundo, una forma de modestia y de sumisión irónica a la angustia. La actualidad, por el momento, no tenía nada que ver con la oración matutina que mencionaba Hegel. Mientras él iba hablando, miré por el ventanal la cama vacía, la del detenido ausente, y me vi en esa cama y percibí como una amenaza en el ambiente. Luego conversamos sobre la naturaleza del Mal, salió la palabra «Job», quizá también la expresión «montón de estiércol», y por último debió de brotar o florecer la palabra «rosa», que designaba algo bastante simple que él llamaba la fe y yo, en resumidas cuentas, belleza, pero ya no recuerdo exactamente qué dijimos al respecto y nunca más volvimos a vernos.

Poco después dos instrumentos entraron en mi vida, uno vino por espacio de dos semanas y media, y el otro se quedó cuatro meses: el VAC y la gastrostomía. El VAC (Vacuum Assisted Closure) es un pequeño aspirador de presión negativa que se utiliza sobre todo en los quemados graves para reducir las heridas y, mediante la aspiración del pus y de las serosidades, permitir que cicatricen más deprisa. Se fija sobre la herida una espuma del tamaño apropiado impregnada de una gelatina de gusto amargo que, si el instrumento no presenta fugas, no se nota. De la herida y de la espuma sale un tubo por el que se aspiran los restos de sangre, que van a parar a un pequeño recipiente en el que se filtran y se acumulan. El VAC funciona día y noche, el paciente oye el ruido del motor. Hay que cambiar el filtro con frecuencia. En mi caso, el recipiente parecía un bolso. Una correa me permitía desplazarme y hasta ducharme con él, pero tenía que evitar los movimientos bruscos y que se mojara. Como todo lo que me ayudaba a salir de mi situación –como mi propio cuerpo, cuyos huesos y piel iban a permitir en breve mi

reconstrucción–, me hizo pagar muy cara su ayuda. En principio está concebido para grandes superficies planas como pueden ser la espalda o las nalgas. Hacer que aguantara sobre la cara, como había decidido Chloé, no era tarea fácil: el mentón es pequeño, estrecho y presenta muchos relieves. El VAC empezaba a perder a las primeras de cambio, generalmente por la noche. Yo me ponía el recipiente debajo de la sábana, entre las piernas. La alarma me despertaba enseguida, apenas unos minutos después de conciliado el sueño. Me hubiera gustado ahogarlo como a un gato, y lo llamaba «el gato». Era el pequeño y horrible VAC proustiano el que, como le sucede al narrador, me despertaba apenas había apagado la luz. Solo que lo que me despertaba a mí no era la idea de que ya era hora de conciliar el sueño, sino una nueva fuga en el proceso destinado a reconstruirme. Entonces llamaba a la enfermera de la noche, por ejemplo a la joven Marion-ojos-de-gato. Entraba con su sonrisa de oreja a oreja, se tronchaba un poco y, presionando la espuma y añadiendo apósitos a los apósitos, trataba de taponar la fuga. No lo conseguía, o solo por una hora o dos, y esta vez sí era la idea de que la máquina volvería a sonar la que me impedía dormirme. Durante dos semanas, aquella comedia agotadora me llevó al quirófano cada tres o cuatro días para «arreglar el VAC». El algodón del despertar se veía casi de inmediato atravesado por un escozor en el mentón que, una vez en la habitación y bajo los efectos de los analgésicos, terminaba dando paso a la angustia de la fuga. ¡Qué textos habría escrito Kafka, me decía, a partir de esta angustia! Por segunda vez me sentía culpable, culpable de perder y tener fugas igual que lo era ya de no ofrecer ninguna vena a la aguja. Me hubiera gustado ser el paciente ideal, asintótico, el bicho reconvertido en hombre o que nunca cae de la pared, que nunca está boca arriba, el monstruo melancólico y meritorio. «¡Sigue soñando!», decía el VAC, e interrumpía su ronroneo para ponerse a sonar. Todo el mundo se daba con un canto en los dientes si aguantaba cuarenta y ocho horas sin emitir su cantinela. Yo esperaba cada vez batir el récord, no pensaba en otra cosa, por no hablar de mi padre, al que la idea de la fuga ponía de los nervios y que, como yo, no pegaba ojo por la noche.

Con todo, el VAC reducía la herida a cada día que pasaba y tenía además otra ventaja: me permitía llamar a Gabriela por FaceTime por la noche, si estaba solo y deprimido. Ver aparecer su sonrisa me tranquilizaba un rato. Luego, responderle o escucharla hablarme unas veces de sus problemas, otras veces de la vida maravillosa que me esperaba, todo eso me cansaba. La llamaba menos y, aunque le escribía, le contestaba muy rara vez: bien porque me pillaba en mal momento, bien porque no estaba en condiciones de recibir una lección de optimismo desesperado. La diferencia horaria no ayudaba, como tampoco el poco entusiasmo que me despertaban las imágenes a distancia, que siempre me había parecido que acrecentaban la ausencia que se suponía debían llenar; pero eso no eran más que explicaciones secundarias. La verdad era que todo lo que estaba presente en aquella habitación, delante de mí, se alejaba. No esperaba casi nada de los que no estaban allí. Su ausencia no me ayudaba ni me mantenía vivo. No me aportaba nada y yo los olvidaba. La cara de Gabriela apareciendo en la pantalla del ordenador salía de un limbo al que estaba impaciente por devolverla de nuevo. Su mirada de almendra negra me llegaba al corazón, pero hubiera querido taparle la boca con una de mis vendas. Ninguno de los discursos voluntaristas que salían de ella podía reparar el VAC, ni ayudarme a respirar, ni distenderme el cuello, ni ahuyentar los fantasmas de los asesinos que reaparecían. La vida ejemplar de los demás no tenía ningún sentido, ni ella ni yo podíamos hacer nada. Habría preferido que Gabriela desapareciera hasta su próximo regreso, después del trasplante.

13. CALENDARIO ESTÁTICO

Una vez hechas las presentaciones, y ahora que ya conoces el VAC, aquí tienes, lector, una parte del calendario correspondiente a nuestra vida en común. El día después de la instalación del VAC, la sonda gástrica o gastrostomía se une a nosotros para formar un delicado trío. Este calendario no es un diario, pues está hecho a posteriori. En esa época escribo muchos correos electrónicos. Anoto hechos, sobre todo detalles prácticos y fenómenos físicos, pero no llevo un diario. El único diario consiste, cuando puedo hablar, en el relato que hago en ligero diferido a mis visitantes, y, cuando no puedo, en las preguntas y comentarios que hago por pizarra interpuesta. Agoto los temas de los que hablo, borro lo que escribo. Me parezco al artista Marcel Broodthaers en aquella breve película muda, en blanco y negro, que rodó en 1969 y tituló *La lluvia*. Broodthaers está sentado detrás de una caja en la que hay un tintero y una hoja de papel en blanco. Escribe algo con ademán muy serio y lo hace bajo una lluvia intensa. Las frases se diluyen de inmediato, pero Broodthaers, sin inmutarse, sigue escribiendo otras que igualmente se borran enseguida. Es una de mis películas favoritas.

La muerte de la abuela sigue jalonando las bajadas al quirófano. No se trata de mi abuela materna, nacida campesina en Berry y muerta veinte años antes más delgada y ligera que una muñeca, seis meses después de haberse desmayado en mis brazos, en su casa, como una heroína romántica, es decir, desnutrida. Ni de mi abuela paterna, nacida en Río e hija de un aventurero más o menos especulador y mitómano, muerta treinta años antes de un ataque al corazón mientras comía sola en su casa, y cuya cara deformada, retocada veinte veces a consecuencia de un accidente, me acompaña desde el 7 de enero abriéndome el camino y haciéndome la competencia. Ni tampoco de mi tercera abuela, nacida en el seno de una familia burguesa del norte, joven esposa de mi bisabuelo y

que murió el mismo año que mi abuela paterna, mujer de una fe de hierro de la que he hablado antes. Cada una de estas abuelas vienen a visitarme durante estos meses de hospital según su humor o según mis derivas. Les pregunto por lo que vivieron y lo que fueron. En ocasiones me contestan. Como formaron parte de un mundo sin ruido, en esta habitación me resultan más cercanas que la mayor parte de mis contemporáneos. Cada día que pasa estoy más cerca de sus sonrisas, de sus olores, de sus aguas de colonia, de sus cabellos grises y blancos bien peinados, de sus cejas depiladas, de su siglo, de sus vidas minúsculas. Viven como yo en un universo denso, de aire enrarecido, donde lo poco que entra es objeto de múltiples procesos y debe someterse a ciertos hábitos. Pero la que me prepara antes de la operación es una vez más la abuela del narrador de *En busca del tiempo perdido*. A diferencia de las cartas de Kafka, no me sigue hasta el mundo de abajo disimulada entre las sábanas de la camilla. Su muerte es demasiado larga para el tiempo que paso en la camilla. No sale de mi mesilla de noche igual que las cartas de Madame de Sévigné no salían de la suya.

El viernes 23 de enero leo la escena de la muerte de la abuela y me bajan al quirófano. Chloé intenta taponar las «fugas», pero no lo consigue. Despertar complicado, subida complicada. Más tarde viene a verme Véronique, la psicóloga. Como no puedo hablar, me comunico con la pizarra. Es placentero escribir frases que uno borra mucho antes de haberlas olvidado y escribirlas del modo más preciso posible. Marcel Broodthaers tiene razón. Por la noche empiezo a ver *El guateque,* con Peter Sellers, en compañía de mi hermano. La película ya no me hace reír. No sé qué estoy viendo, lo mezclo todo y me duermo mucho antes de la escena del elefante que los hippies lavan en la piscina del productor hollywoodiense.

El sábado 24 de enero, un amigo de *Libération* me trae parte del correo que se acumula en la redacción. Hace mucho tiempo que casi no recibo correo: el periodista cultural puede medir el declive de su oficio, de su periódico, de su «especialidad». La víctima en que me he convertido redescubre el gozo efímero de los sobres franqueados con sellos. De esta primera entrega recuerdo una carta llegada de Limoges: la de MarieLaure Meyer. En 1997 hice un perfil suyo en el

periódico, en la época en que había sido edil en el consejo municipal de Nanterre y se presentaba a las elecciones legislativas con la etiqueta de socialista. No tenía ninguna posibilidad de ser elegida, pero la habían escogido para llenar la cuota de mujeres que se había impuesto su partido. Había llevado siempre una vida nómada, en el extranjero, hasta que un día le cambió por completo de la noche a la mañana: su marido perdió una pierna y la autonomía de resultas de un accidente operatorio. Mi perfil es rápido, ligero, simpático e irónico; es el tono del periódico en aquella época, o en todo caso el mío. Se escribe para aquí y ahora, sin pensar en el mañana. Los retratos son esbozos, croquis. Marie-Laure Meyer no reacciona y no nos volvemos a ver.

Cinco años más tarde resulta herida en la matanza de Nanterre. Un hombre presente entre el público, Richard Durn, se levanta al terminar el consejo municipal, sobre la una de la madrugada. Saca las armas que llevaba escondidas debajo de la chaqueta, se acerca a los concejales y les dispara uno a uno. Ocho resultan muertos, diecinueve heridos: es la masacre que, técnicamente, más se parece a la de *Charlie*. Richard Durn no es islamista; por aquel entonces apenas hay. En una carta que dejó, escribe que quería matar al mayor número de personas infames que pertenecen a una «miniélite local». ¿Por qué? «Quiero convertirme en un asesino en serie, en un loco que mata. ¿Por qué? Porque el hombre frustrado que soy no quiere morir solo. Como tengo una vida de mierda, me apetece sentirme por una vez poderoso y libre.» Parece que ha leído a los psicólogos y sociólogos que escriben en la prensa, porque ha aplicado su cantinela a su propio caso. Se suicida arrojándose por la ventana durante un interrogatorio.

Cuando se produce la masacre, no estoy en Francia. No leo los detalles e ignoro que Marie-Laure Meyer estaba en el lugar de los hechos. La he olvidado. Su carta hace resurgir una silueta del pasado con el que toda comunicación parece cortada: se abre paso a la fuerza. Leo la carta en la cama:

«Querido Philippe:

Me permito tutearte porque ya nos conocemos y porque tenemos

dos cosas en común:

– un artículo que escribiste en 1997 en los perfiles de *Libé* y que fue la primera entrevista en cuanto persona que me hizo un periodista;

– el hecho de haber sobrevivido a una matanza espantosa, en tu caso la de *Charlie Hebdo*, y en el mío la del consejo municipal del 27 de marzo de 2002.

De ahí que me atreva a escribirte aunque solo nos conozcamos de eso.

Primero para desearte que puedas beneficiarte rápidamente de todos los talentos de la medicina francesa para reparar los daños hechos por un kaláshnikov (la Magnum 357 es más precisa); y luego para decirte lo que ya sabes, que no es fácil ser un superviviente, que se debate entre la felicidad de seguir vivo y el sentimiento de culpa de haber salvado el pellejo...»

Siento muy poca felicidad de seguir vivo y, a diferencia de algunos de mis amigos de *Charlie* que no resultaron heridos, ningún sentimiento de culpa por haber sobrevivido; pero comprendo lo que ella pudo haber sentido.

«... que las pesadillas duran mucho (doce años después, ni siquiera sé si algún día desaparecen), que te saltan a la yugular en el momento menos pensado y que las crisis de pánico, de angustia o de desesperación pueden transformarte en un pingajo incluso cuando tu entorno te felicita por tu entereza de ánimo.»

Poco a poco iré descubriendo cuánta razón tiene. Los que celebran la «entereza de ánimo» de la víctima convertida en paciente tienen miedo de lo que la ausencia de esta podría revelarles. Continúa:

«También para decirte que somos muchos los que descubrimos con alegría que habías sobrevivido y que estamos convencidos de que una "cara rota" no impide seguir pensando y escribiendo, y que, aunque es probable que durante un tiempo las pases canutas, el cuerpo y la medicina tienen recursos insospechados. Tu artículo del

14 de enero me mostró que ya habías empezado a luchar; me alegro y te tengo muy presente en mis pensamientos (quizá no sirva de nada, pero es lo único que puedo ofrecerte en este instante).

»¿Y después? ¿Cómo se pasa de ser un superviviente a vivir? Solo puedo transmitirte mi propia experiencia: primero, aceptando que mucha gente te abrace y te diga que es genial que sigas entre ellos, apoyándose en su cariño, incluso en su compasión, aunque a veces te supere un poco; luego, buscando causas útiles ajenas a uno mismo, desde la familia a la militancia, pasando por supuesto por el consuelo de aquellos que han perdido a un ser querido, los viudos, las viudas, los huérfanos desubicados primero por la violencia del drama y agotados luego por los trámites administrativos, las mezquindades, los problemas financieros. Y en último lugar, a través de toda la reflexión que puede aportar el dolor agudo de haberse sentido impotente durante, antes y después. Es un crisol potente.»

La carta me recuerda la crítica de una novela que hice años atrás. Uno de los personajes de la novela estaba inspirado en Richard Durn. Mi artículo llevaba por título «La carroza de los humillados». No me acuerdo ni de la novela, ni del título, ni del artículo. «Como Richard Durn», me escribe, «los hermanos Kouachi forman parte de los humillados; aunque eso no les da derecho a matar a nadie. Como él, viven en una sociedad que desintegra a quienes no son unos *golden boys*; como él, no han superado la necesidad desesperada de reconocimiento de los adolescentes que no se sienten bien consigo mismos o de los tímidos con grandes frustraciones.»

Aquí ya no le hago caso. Tengo tendencia a pensar que la sociedad actual, como el radjaidjah, es un veneno que te vuelve loco, y no tengo ninguna duda acerca de los desastres mentales que sus permanentes órdenes contradictorias provocan. Pero no puedo actuar como un psicólogo social con los asesinos que salen de esta sociedad. Como para el teniente Colombo, el primer principio de civilización sigue siendo para mí el mandamiento «No matarás». Nada puede disculpar la transgresión cuyas consecuencias vi y sufrí. No siento rabia por los hermanos K, sé que son producto de este

mundo, pero me resulta simple y llanamente imposible encontrar una explicación. Todo hombre que mata se define por su acto y por los muertos que se quedan tendidos a mi alrededor. En este punto, mi experiencia supera mi capacidad de pensar.

Marie-Laure Meyer se explaya en su reflexión:

«¿Tenemos que hablar hoy de guerra? Personalmente creo que no, estos actos se parecen mucho más al suicidio, puesto que la guerra no es solo destrucción, también es conquista. ¿Tenemos que hablar de fracaso de la República? Sí, por supuesto, a fuerza de guetización, de discriminación...» Lo dejo aquí. La parrafada es demasiado larga tanto para leerla como para transcribirla. No es que me parezca desacertada; y sigue siendo más razonable que una risa maliciosa y satisfecha que manda al hombre solo al infierno que vive y siembra a su alrededor. Es solo que hace ya treinta años, acaso un siglo, que estos discursos humanistas no conducen a ninguna parte. Mi habitación limpia el aire de las palabras que se visten con trajes que les quedan demasiado grandes y que las convierten en huecas. Las parrafadas terminan dentro de los tubos.

Luego: «El problema no es la causa que defienden, estas causas son parte del clima de la época, sino nuestra incapacidad colectiva para dilucidar estos temas mediante discursos y actos coherentes, mediante prácticas políticas y mediáticas respetuosas, con lo cual no hacemos más que alimentar su delirio.» Tampoco tengo nada que oponer a estas trivialidades, que me parecen acertadas, pero no me aportan ni consuelo ni aclaración alguna. Lo que me ayuda es el vínculo que gracias a esta carta se establece entre nosotros, la personalidad de esta mujer que se expresa y que yo siento. Prefiero pues el regalo íntimo con el que termina: un poema de Paul Valéry, «Palma». Ayudó a Marie-Laure Meyer como a mí me ayudan Bach, Proust y Kafka. Cuando tenía diecisiete o dieciocho años, me gustaba mucho Paul Valéry. Me aprendía de memoria pasajes de *La joven Parca*, de *El cementerio marino*. Los he olvidado todos. De «Palma» transcribo cuatro versos que aparecen en mis visiones morfínicas: «Estos días que te parecen vacíos / y perdidos para el universo / tienen raíces ávidas / que trabajan los desiertos.»

El martes 27 de enero leo la muerte de la abuela y me bajan al

quirófano. Son las once de la mañana. Chloé me pone el VAC. La morfina ha hecho llevadera la noche. Una vez más han tenido que afeitarme. Los auxiliares, Hervé y Cédric, lo hacen con esmerada preocupación. Afeitar los pelos que hay alrededor de una herida es un trabajo de orfebre. No quieren dañarla, pero tienen que obedecer a Chloé. Por mi parte, la mera idea de acercar una cuchilla a lo que me queda de piel me causa pánico.

Me despierto con ese nuevo tubo que me sale de la cara y termina en un bolso que emite zumbidos. La cánula de la traqueo me irrita cada vez más. Parece demasiado larga o demasiado ancha para mi tráquea. Se ha formado un quiste. El servicio tiene que pedir la cánula adecuada, porque no tiene. A primera hora de la tarde, un escáner para determinar qué peroné me servirá de mandíbula. Lucien, el celador del servicio, empuja mi silla de ruedas por los pasillos subterráneos que llevan de un edificio a otro. Lucien, o Lulu, parece un sicario salido de *El padrino*. Es calvo, grueso, achaparrado, no muy alto, y habla como uno de esos personajes secundarios que eclipsan a los protagonistas. Ya me va bien, no me gustan las estrellas. Todos los que, estén donde estén, atraen los focos hacen que me entren ganas de apagarlos. Cuando me lo cruzo en el pasillo, Lulu me estrecha la mano con fuerza y me siento sólido y solidario. Hablamos en tono amistoso del tiempo que nos queda de vida. Él lleva un marcapasos, le falla el corazón y sigue fumando: «Solo tenemos una vida y no la van a vivir los demás por nosotros.» Cuando salgo con los policías a dar un breve paseo por la Salpêtrière, me gusta verlo fumándose un pitillo apoyado en la pared, como un canceroso recalcitrante, al lado de los contenedores de basura cuyo inquietante estruendo, cual redoble de tambores, me despierta al amanecer. Me saluda de lejos entrecerrando los ojos. Lulu me transmite seguridad.

El miércoles 28 de enero me desmayo al salir de la ducha delante de Juan, que ha dormido –o tratado de dormir– en mi habitación. Lo veo ponerse amarillo, abre la puerta y llama a la enfermera mientras un policía entra y me sujeta. Me llevan a la cama. Siento hacerle pasar por esto.

Más tarde me llevan a otro edificio y a otro quirófano en el que

deben ponerme la sonda gástrica: ya no aguanto más la sonda nasal. Lulu vuelve a conducir mi silla de ruedas en dirección al subsuelo del edificio. Los dos policías armados nos siguen a algunos metros, silenciosos como ángeles. He cogido las *Cartas a Milena*. El VAC ronronea entre mis rodillas. Me entran ganas de acariciarlo. Llegamos a una especie de pasillo estrecho y gris que me recuerda al local de los contenedores que había en el edificio de la periferia de mi infancia. Está cerrado, como aquel otro, por una puerta pesada de acero que da al exterior. De ahí, empujado por Lulu, me dirijo bajo la lluvia fina hacia un edificio vecino, el de cirugía cardiovascular. Esperamos en una pequeña antesala fría y de luz amarillenta. Es una esclusa. Cada cierto tiempo, una puerta corredera automática se abre y aparece un miembro del personal sanitario con gorro y calzas que pasa del interior al exterior. A través de la puerta abierta veo a pacientes dormidos, perdidos debajo de un montón de tubos, que parecen efectuar un viaje interplanetario: quizá el ordenador Hal 9000 los desenchufe. Suben del quirófano. Es la sala de reanimación. Una mujer gruesa respira lentamente, vigilada por una enfermera. Hay menos ojo que carne y menos carne que plástico. La puerta se cierra, se abre y se vuelve a cerrar. El personal sanitario pasa unas veces saludando, otras sin saludar. Vuelvo a tener la impresión de que me dirijo a la muerte, pero esta vez en serio. A cada apertura cuento los tubos que hay sobre los cuerpos que entreveo y trato de determinar el origen, el punto de llegada, la utilidad. No lo consigo: es como un laberinto de hilos por desenmarañar. Los monitores marcan el compás. Los policías guardan silencio. Lulu ha salido, probablemente a fumar.

Un hombre larguirucho y relativamente melenudo de unos sesenta años sale de la nave fantasma y se sienta en la banqueta, dentro de nuestra esclusa. Al principio me mira fijamente, luego dice: «Con lo que está viviendo, ¡tiene que armarse de valor!» No sé cómo me ha reconocido. ¿Se han publicado fotos mías después del atentado? Me cuenta que es pintor, que tiene el hígado deshecho y que viene regularmente a que le hagan transfusiones. Luego: «Bueno, ¡ahora ya sabe qué pensar de los musulmanes! Llevamos veinte años diciéndolo y nadie nos quiere escuchar. Durante la guerra de Serbia,

serví de escudo humano en los puentes en contra de los bombardeos de la OTAN. Los serbios sí lo habían entendido. Puede que ahora los franceses lo entiendan de una vez, ¿no? En todo caso, yo soy Charlie al 100 %.» Miro a los policías, una mitad de mí les dice: «¿No pueden llevarse de aquí a este loco?» La otra mitad siente curiosidad por oír cómo termina. De todos modos, mis ángeles de la guarda están allí para protegerme de todo, incluidos los imbéciles, ¿no? A veces aún pienso en ellos como «los polis», pero me cuesta llamarlos así. ¿Quién iba a decir que un periodista de *Libération* y cronista de *Charlie* acabaría sintiendo semejante cariño por el uniforme? La verdad es que me protegen con paciencia y discreción. La mayor parte viene de provincias, de la periferia, de entornos modestos. Los hay blancos, negros, árabes, pelirrojos altos, rubias guapas, morenas bajitas, de todo. Uno de ellos entró un día en mi habitación y me dijo: «Mi mujer reza todos los días por usted.» Luego salió de nuevo. Son las sombras que hay detrás de la puerta.

No sé qué contestar al pintor proserbio y pongo cara de asentir, como un cobarde, mientras miro de nuevo a los policías con semblante cómplice. Ellos sonríen y siguen sin decir nada. Al final se me llevan. Me siento aliviado. No soporto los discursos antimusulmanes ni tampoco los discursos promusulmanes. El problema no son los musulmanes, son los discursos: ¡que dejen en paz a los musulmanes! «¡Suerte!», grita el pintor proserbio, «¡y no olvide que no puede esperarse nada bueno de los musulmanes!» Una enfermera me pone sobre una camilla. La ayudo con el VAC, que trato con el mismo cuidado que a un recién nacido, no me apetece pasarme la noche oyéndolo dar vagidos. Llego a una sala de operaciones de luces azul oscuro. La enfermera me prepara y me coloca una máscara para respirar, es complicado; luego, como en el teatro, justo cuando creo que me voy a asfixiar, aparece, espabilado y hablando fuerte, el cirujano, acompañado de un estudiante en prácticas que ha venido para la lección de anatomía. Me dice: «Bueno, vamos a practicarle una gastrostomía, ya verá, es muy sencillo, le haremos una punción en el estómago con una aguja, que es la que lleva la sonda, pero no notará usted nada, o casi nada,

pero sobre todo no oponga resistencia, ¿eh?, porque si se pone tenso, ¡entonces sí que va a notar algo!» La enfermera me ha puesto un tubo en la boca e inyecta aire en el estómago para que se hinche y sea bien visible. Recupero el aliento y escucho cómo el cirujano cuenta chistes macabros de estómagos que explotan. Observo su pelo castaño y sus gafas de patillas negras, y me digo que es libanés: un año más tarde sabré que es brasileño. Una pantalla colocada a mi izquierda, en lo alto, me permite ver mi estómago. El cirujano me aplica un gel frío en el vientre y, mediante una serie de inyecciones, me anestesia la pared abdominal en la que hace la incisión. Se debate entre el suspense y la sorpresa: «¿Pincho? ¿Pincho ahora? ¡No, aún no! Y ahora, ¿pincho? ¿Sí? ¿Sí? ¡No, todavía no! Y... zas, ¡ahora sí he pinchado! ¡Ah!» Tengo el VAC encima. Ronronea un poco demasiado. ¿No tendrán unos bofes para mi VAC? Mi abuela paterna daba hígado de ternera a su gato Stanislas, al que se había encontrado en una estación de metro en la que era quiosquera. Un día, sin que supiera por qué, me arañó debajo del ojo. Es el estudiante en prácticas quien introduce la aguja. Respiro para relajarme y, como se dice allí, aceptarla. El dolor es soportable. Veo ahora circular la aguja dentro de mí, como un insecto, en busca del estómago que el estudiante al principio no encuentra. ¿Es mi cuerpo, eso que se ve ahí arriba en la pantalla? «¡No!», le dice el cirujano al estudiante. «No es por aquí, ¡es por allá! ¿No ves el estómago? Está ahí, bien grande, no se te puede escapar. Las actrices jóvenes anoréxicas tienen estómagos ridículos que cuelgan como trapos viejos porque no trabajan lo suficiente. Pero aquí ¡se ve perfectamente!» Después de la intervención, pregunto: «Y mi estómago, ¿cómo es?» Me mira: «¿Su estómago? Ligeramente de través, perfecto.» Al pasar de la mesa de operaciones a la camilla, el VAC empieza a sonar. Mala bestia. Habrá que reajustarlo.

El viernes 30 de enero me despierto con un terrible dolor abdominal: efecto de la incisión del día anterior. Entre el dolor y los tubos, levantarse para ir al baño es como entregarse a la acrobacia sin red. Se lo comento a una enfermera. Sonríe y me dice: «Es como después de una cesárea. Ahora ya sabe un poco mejor qué sienten

las mujeres.» Más tarde recibo un correo electrónico colectivo firmado por Simon, mi colega de *Charlie*, guerrero e irónico. Me entero de que ha escrito como ha podido, con un dedo, al salir del coma: «Me daba palo morir.»

El día antes leí un cómic de *Blake y Mortimer*, como cuando tenía quince años, hasta que me entró una náusea. Trato de recordar cómo se apellidaba el compañero que me descubrió a estos dos personajes. Sí me acuerdo de su nombre de pila, JeanFrançois. La última vez que lo vi estudiaba en Sciences Po. Si mal no recuerdo, llevaba aparatos en los dientes. También le gustaban *Valérian: agente espacio-temporal, El Incal* y *El teniente Blueberry*. ¿Qué habrá sido de él? ¿Seguirá vivo? Desaparición ordinaria de los recuerdos que la situación convierte en extraordinaria. Melancolía intensa que el cuerpo traduce enseguida en una nueva náusea... que mata la melancolía: viva la física.

Por la tarde, mis sobrinos vienen a verme por segunda vez. La primera tuvieron miedo de los policías, de mis tubos y de mi «huevo de Pascua», y no les gustó el olor a hospital, «huele mal», decían. En esta ocasión, se me acercan y me dan un beso. Le muestro a Hadrien, el mayor, la sonda gástrica y la corola de plástico por donde el tubo entra en el estómago. «Es mi pequeña flor», le digo, y le explico con todo detalle, señalando la bolsa que contiene el alimento, cómo funciona. En adelante tengo que conectarme para tragar cuatro bolsas al día, entre doce y dieciséis horas, según la velocidad de ingestión que escoja y que mi estómago pueda aceptar. Salgo a hacer mis largos con el portasueros. La bolsa y la perfusión cuelgan de él. Enderezo la espalda y ajusto mis andares a un ritmo regular para evitar los pasos en falso. También le enseño a Hadrien cómo sacar el aire del tubo y cómo estrangularlo antes de conectarlo a la bolsa de nutrición. Le brillan los ojos de interés, casi de gula. Como no le gusta comer, está encantado de saber que podría arreglárselas sin hacerlo. Se marcha con el cómic de *Blake y Mortimer*, que no he terminado de leer. Ya casi no leo. No hago más que releer la muerte de la abuela, algunas cartas de Kafka a Milena y el principio de *La montaña mágica*. Cuando vio estos libros en mi mesilla de noche, el médico al que llamo el doctor Mendelssohn

levantó una ceja y dijo: «¿No tiene nada más divertido que leer?» «No.» Luego añadí: «Kafka es muy divertido, ya sabe.» Hizo una mueca que significaba: el paciente debería poner de su parte. A la psiquiatra y la psicóloga no les parecía que estuviera deprimido. Quizá fuera el doctor Mendelssohn, excelente cirujano, el que necesitaba un psicólogo; pero los cirujanos no necesitan psicólogos: son héroes griegos, pura acción. Básicamente, escucho a Bach y voy a la deriva, eso es todo.

El lunes 2 de febrero leo la muerte de la abuela y me bajan al quirófano a primera hora de la tarde. Como la espera es interminable, leo también unas páginas de *La montaña mágica*, aquellas en las que se baja a los muertos por la nieve en trineos. Cierro los ojos. Soy cada uno de ellos. La nieve por la que se deslizan huele a mezcla de cera caliente, gasóleo e infusión de tila y menta. Poco después de subir del quirófano, se desata el pánico a mi alrededor: baja la saturación, se acelera el pulso, sudo como se funde la nieve y no consigo respirar; el médico residente no sabe qué hacer. Mi padre y mi madre me miran con los brazos colgando, muy pálidos, literalmente atónitos. Tengo la sensación de estar bajando por un pozo húmedo, caluroso y sin aire. Es espantoso *y* embriagador. Es misterioso *e* interesante a la vez. Al hacerme estas jugarretas, mi cuerpo me inicia. Mientras se me escapa, me pertenece. Observo mi descenso, me siento el padre de mi padre y el ancestro del hermano del que dependo.

Sobre las 21.30 pasa Chloé. Cuando viene de noche, es cariñosa como saben serlo las personas inteligentes y sensibles cuando dejan de estar sobrepasadas. Dice que el hueso está listo para recibir el injerto. Habla de la posibilidad de una salida de una o dos horas para que me toque el aire. Mi hermano habla de los jardines de Luxemburgo. Chloé, del parque André Citroën. Como siempre, le hago caso. «Como siempre»: tengo la impresión de que dirige mi vida desde que nací. Le regalo un ejemplar dedicado de una pequeña separata que acabo de recibir de mis crónicas de un no fumador en *L'Amateur de cigare*. Se muestra encantada. Pasa Alexandra, la enfermera. Se le ha soltado el pelo. Hago un pequeño gesto, sin abrir la boca, para indicárselo. Se lo vuelve a recoger. Por

la noche, mi hermano me pone un paño húmedo en la frente, que va cambiando regularmente. Nos dormimos sobre la medianoche, después de la última visita de los cuidadores, escuchando unos solos de Bill Evans.

El miércoles 4 de febrero, Blandine pasa la noche en la habitación. Lee periódicos estadounidenses y cuentos de Alice Munro. Se los lee todos metódicamente, por placer y para perfeccionar su inglés. Blandine es una combatiente, una asidua a los hospitales, y ha venido a ayudar al combatiente, además de al amigo. Lo hace con gestos, con su presencia, sin efusiones y sin apenas abrir la boca. Sabe por experiencia que las palabras están de más. Aprovecha la habitación para concentrarse, para aislarse, para dejar que la amistad respire sobre las baldosas. La miro: hace dos años estábamos en Castilla, en Soria, con Juan, en pleno invierno. Como la mayor parte de los recuerdos, este no tarda en sumirme en una tristeza difícil de soportar. La ahuyento volviendo a concentrarme en su rostro huesudo y apacible, en sus manos sobre el libro. Las recorto para pegarlas como en un cuaderno, al margen del tiempo.

Por primera vez desde el 7 de enero mi hermano no ha venido al hospital. Yo estoy agotado. Él también lo está. El VAC vuelve a perder. La alarma del recipiente me despierta varias veces en la noche. También despierta a Blandine. Lo odio. Visión en duermevela: vivo en el *Nautilus*, las sirenas aúllan, el calamar entra, busco el hacha para cortar los tentáculos y el león marino para, como Kirk Douglas, tocar el ukelele. Cuando me hayan reconstruido el mentón, ¿tendré como él un hoyuelo en la barbilla? De momento nos hundimos.

El jueves 5 de febrero leo la muerte de la abuela y me bajan al quirófano en primera posición para cambiar el VAC. A las 6.30, duchado y equipado, con el gorro en la cabeza, escribo a mi hermano para decirle que no me han ingresado el sueldo de *Charlie* y que estoy preocupado. Ni me avergüenza mi preocupación ni me doy cuenta de lo absurda que es. Por la noche, veo con Juan *El sueño eterno*, de Howard Hawks. Después de *El guateque*, es la segunda película que veo desde que estoy allí. La complicada intriga de *El sueño eterno* se me antoja tan clara como si la hubiera

soñado: entiendo que esta película es un sueño. Desde que estoy allí, los sueños me parecen menos opacos que la vida. Tengo la impresión de flotar en la nebulosa que desprende la película, en el cigarrillo y en el whisky, sin que sea capaz de recordar el olor del cigarrillo o el sabor del whisky. Al poco rato, como siempre, estoy saturado. La sonrisa de Bogart lo mantiene todo a distancia. Limita la saturación y me permite vencer el sueño. Cuando termina la película, estoy agotado.

El viernes 6 de febrero tres amigas coinciden en la habitación. Dos se conocen entre ellas, pero no conocen a la tercera. Me toca llevar la conversación a mí, que salivo en exceso. Por lo demás, Chloé me ha dicho que hable lo menos posible, «aunque usted es muy parlanchín, lo cual no ayuda nada». Hossein, el joven cirujano que estaba de guardia el 7 de enero, me habló con aire bonachón de pacientes mudos como campesinos que se comen la sopa babeando y apenas pronuncian tres palabras al día durante el resto de su vida. «¿Y no sufren por estar en este estado?» «No», me dijo. «Viven así y lo aceptan.» Más tarde se lo comenté a Véronique, la psicóloga. Esbozó una sonrisa cómplice: «No tengo tan claro que no sufran.»

Presento el VAC a mis tres amigas como si fuera una muestra de marroquinería de Gucci. El silencio se cuela por los agujeros. A la tercera, Hortense, que ha sido la primera en llegar, se le humedecen los ojos. Los tiene grandes y claros. Me recuerda a una flor un poco pesada, del sur, cargada de rocío y sentimientos. La habitación se convierte en un invernadero. Conocí a Hortense una noche en Cannes, ocho años antes, en una terraza. A su lado tenía a un director mexicano hermético, que iba acompañado de una mujer despampanante de pelo corto y liso: la suya. Yo solo veía el cuello de esta mujer y desde entonces no he vuelto al Festival de Cannes, que para mí se resume en esta aparición. Hortense es la primera vez que viene. Me coge la mano y me dice: «Te has salvado de milagro.» Es la primera vez que oigo esta palabra. Me molesta un poco, no mucho, de hecho nada me molesta de verdad, y me recuerda el título de una película anticlerical de Jean-Pierre Mocky.

Al caer la tarde, doy por primera vez la vuelta al parque de la Salpêtrière con los dos policías de día. Se supone que deben

quedarse un poco por detrás, pero me apetece hablarles de la belleza de los edificios y de su historia, que se remonta a Luis XIV. La asistente del servicio me ha dado un librito sobre el hospital que voy leyendo despacio, con devoción. Descubro el pasado y la extensión de mi castillo. No se construyó, como Versalles, sobre las marismas; pero a cada día que pase, conforme el paseo se vaya haciendo más largo, irá edificándose sobre los eriales que deja mi casi desaparición. En el servicio hace calor. El frío de fuera me sienta bien.

El sábado 7 de febrero, la enfermera angelical a la que llamo la marquesa de las Mantillas cambia sola el apósito del VAC, con destreza y primor, durante cuarenta minutos, bajo la atenta mirada de otras dos enfermeras que no lo consiguen. La marquesa de las Mantillas es la enfermera de la que por entonces me siento más cercano. Vela por mí y encuentra soluciones prácticas a todos mis problemas. Mientras cambia el apósito del VAC, dice: «En realidad es como un rompecabezas, y a mí me encantan los rompecabezas.» Y, de hecho, recorta los trozos de vendas de todas las formas y los va montando poco a poco alrededor de la espuma y del tubo, con virtuosismo, hasta que aguantan. Por la noche varios amigos míos y mi hermano cenan en casa de Juan y su mujer, Anne, cerca de los jardines de Luxemburgo. Su piso se convierte en el centro de acogida y hospitalidad del pequeño grupo de personas que me brinda apoyo. En el anexo bien regado, en definitiva, de la habitación 111. Trato de imaginarme la velada desde mi cama: la gente, el lugar, la comida, el crujido de la piel del sofá, la música que ponen, todo eso que conozco a la perfección y desde hace tiempo. No lo consigo.

El domingo 8 de febrero, primera salida al exterior del hospital, cerca de dos horas, al Jardín de las Plantas, muy cerca de la Salpêtrière. Dos policías de paisano del SDLP (Servicio de Protección) vienen a buscarme. Cogen el relevo de los policías uniformados destinados a protegerme en el hospital veinticuatro horas al día. Varios amigos me esperan en la entrada del jardín: mi hermano lo ha organizado todo. Llevo un abrigo grande de color topo que no me había puesto desde hacía veinte años y en el cual

desaparezco, un gorro beis de cachemir muy suave y unos guantes a juego que me ha regalado Hortense. La venda me cubre la parte baja de la cara. El tubo del VAC sale de allí y va a parar al recipiente, que, correa al hombro, llevo como si fuera un bolso. Tengo la sensación de ser un fantasma. Me da pánico la multitud, que sin embargo está dispersa; pero no hay portasueros, ni soledad, ni caras rotas, y *nadie se mueve como lo hacen los pacientes*. Ayer el frío me sentó bien, pero hoy me sorprende como si nunca lo hubiera conocido. Pido ir a visitar el invernadero de los cactus. Los miro uno a uno y me siento cercano a ellos: necesitan muy poco para vivir, solo calor, y me devuelven a la realidad, a este desierto intenso lleno de piedras y espinas, y con muy pocas flores. Los hijos de mi hermano juegan en un laberinto de plantas. Paul, el hijo de Juan, también ha venido, y es algo que me emociona: todo lo que viene de la juventud me aleja del sentimiento de destrucción. Terminamos en el mirador del jardín. El VAC no ha sonado.

El lunes 9 de febrero leo la muerte de la abuela y espero bajar al quirófano a las ocho de la mañana. A eso de las diez se decide que no pasaré por el quirófano y que van a cambiar el VAC, que vuelve a perder, en la habitación. Se ponen varios manos a la obra, llevan una hora y media y no lo consiguen. Llaman al médico residente, que lo intenta con un ademán seguro de sí mismo, pero la cosa no aguanta. Las enfermeras se ríen con ganas de la torpeza de los cirujanos que creen tener más maña que ellas. Cuando comprimen la piel con la mano para que la espuma haga ventosa, tengo la impresión de que me están retorciendo y quemando la cara. Estoy bastante contento de haberme ahorrado otra anestesia general, pero tampoco es necesario que me la hagan echar de menos. Al final digo entre murmullos que quizá podrían llamar a la marquesa de las Mantillas. Una enfermera me recuerda que Christiane, la jefa, que no la soporta por motivos que ignoro y que vienen de lejos, la ha transferido el día anterior a la segunda planta y le ha prohibido visitarme. Ante la sucesión de fracasos de unos y otras, insisto con una sonrisa. «Bueno», dice una enfermera, «voy a buscarla, pero usted no diga nada, ¿eh? Será nuestro secreto.» Asiento, tremendamente feliz de compartir un secreto con mis amigas del

Reino de las Sombras. La marquesa de las Mantillas llega un poco preocupada pero sonriente como un ángel, y, bajo la atenta mirada de los demás, virtuosa como nunca, hace su rompecabezas en mi cara al tiempo que va dando explicaciones. La miro proceder con gratitud y alivio. Finalizada la tarea, se marcha a la chita callando hacia la planta de la que nunca debería haber salido. La jefa no se enterará.

Por la tarde, Joël, un peluquero amigo de Blandine, viene a cortarme el pelo. Chloé y Annette-la-de-los-ojos-claros, mi anestesista favorita, la que me ha regalado un pequeño monstruo de goma moldeable para que ejercite los músculos de las manos, me han dicho que iba siendo hora de esquilarme, que no podía presentarme al injerto con estos pelos. Los cirujanos detestan el cabello y los pelos. ¿Qué harían con los islamistas? Aunque los islamistas se negarían a que los operaran Chloé y Annette-la-de-los-ojos-claros: mueran los idiotas. Joël prepara sus cosas en silencio. Le digo: «¿Le molesta si pongo música de Bach?» No le molesta. Pongo *El clave bien temperado*, esta vez interpretado por Richter, y me siento en una de las dos sillas grises. Me coloca el protector de caucho negro en los hombros, me rocía el cabello y empieza a cortar con las tijeras. Sensación de frescor y de nervios despertados uno a uno, como una flor que se abre. El tiempo se detiene. Cierro los ojos. Joël me prepara para una misa o para la guillotina. Es callado como un sacerdote, delicado como un verdugo. Resucitaré y él volverá.

Por la noche no pego ojo por culpa de los dolores de garganta, de mandíbula, por toda clase de incomodidades. Marion-ojos-de-gato, la joven enfermera de la noche originaria de Le Havre, intenta inyectarme un analgésico por la gastrostomía. El líquido refluye en forma de pequeño géiser. Me pongo perdido. «Vaya», dice tronchándose de risa, «eso significa que el estómago está lleno. Estas cosas siempre me pasan a mí.» Dice que cuando un paciente tiene una hemorragia o muere, es por su culpa. Un día oiré a otra enfermera usar otra expresión: «Esta noche ya van otros dos que se me quedan. Espero que no vaya a más.» Lo que vela por mí no es el

gafe de Marion: es su sonrisa y su aspecto de gato. Aquella noche el VAC aguantó.

El martes 10 de febrero, Alexis me trae el chaquetón gemelo de aquel que los bomberos cortaron con tijeras el día del atentado. Me lo pruebo despacio, con su ayuda. Con el VAC resulta un poco complicado. He adelgazado pero me va bien. Por un minuto tengo la impresión de haberme puesto el traje de mi vida anterior. Es una ceremonia minúscula más en la sucesión de las que conforman mis días. Me emociona la dulzura de los gestos de Alexis.

Juan me manda un texto de Nietzsche, «Sabiduría en el dolor»: «En el dolor hay tanta sabiduría como en el placer: se cuenta, igual que este, entre las fuerzas de primer rango conservadoras de la especie. Si no fuese una de ellas, el dolor habría perecido hace largo tiempo; que duela no es un argumento contra él, es su esencia. Oigo en el dolor la voz de mando del capitán del barco: "¡Arriad las velas!" El intrépido navegante "hombre" tiene que haberse ejercitado en recoger velas de mil maneras, pues de lo contrario se extinguiría demasiado deprisa, y el océano se lo tragaría demasiado pronto. Tenemos que saber vivir también con energía reducida: tan pronto el dolor emite su señal de seguridad, ha llegado el momento de reducir la energía, pues se acerca algún gran peligro, una tormenta, y haremos bien en "hinchar las velas" lo menos posible. Es verdad que hay personas que cuando se acerca el gran dolor oyen justo la voz de mando opuesta, y que nunca tienen una mirada más orgullosa, belicosa y feliz que cuando se levanta tormenta; es más, ¡el dolor mismo les da sus momentos más sublimes! Son las personas heroicas, las grandes traedoras de dolor del género humano: aquellas pocas o excepcionales personas que necesitan la misma apología que el dolor como tal, ¡y, en verdad, no se les debe negar! Son fuerzas de primer rango conservadoras de la especie, fomentadoras del desarrollo de la especie: aunque solo sea porque se oponen a la comodidad y no ocultan su repugnancia por esa especie de felicidad.» Le contesto: «Como de costumbre, Nietzsche da fuerza a los que ya la tienen.»

Por la noche me quitan la traqueo. Alivio casi inmediato. He descubierto que no soy especialmente delicado, un adjetivo que aquí

tiene poco sentido, pero prefiero el dolor que se va al heroísmo que busca el dolor. Sobre todo cuando sé que volverá: me pondrán de nuevo la traqueo dentro de siete días, durante el injerto. Los héroes tienen una misión de la que apenas se habla: preservarse.

El jueves 12 de febrero por la mañana vuelven a cambiar el VAC, de nuevo con la ayuda clandestina de la marquesa de las Mantillas. Miro los dibujos de los niños y la foto de la chiquilla cubana, impedido en mi cama, y de pronto me invade una sensación enorme de tristeza, un auténtico pozo sin fondo. Me echo a llorar en silencio, sin espasmos, nada. Fernando, uno de los jóvenes estudiantes de enfermería, se da cuenta y me dice: «Tiene cuatro lágrimas, señor Lançon...» Coge una compresa y me seca los ojos. Tengo la impresión de que toda mi vida se va por esas cuatro lágrimas que me seca Fernando, a la espera de irse y perderse por el VAC; que se va con ellas hacia un lugar apacible en el que solo cabrán las flores sin nombre que rodean a la chiquilla y la pena. Fernando sigue secando, la marquesa de las Mantillas me comprime la herida, la pequeña Émilie la observa y aprende. También ellas tienen que haber visto las lágrimas, pero se concentran en el apósito. En ese instante se asoma la psiquiatra, una cabeza, una sonrisa, un trozo de cuerpo y se va. El VAC es más importante. Creo que es la primera vez que lloro desde el 7 de enero. Querría no parar hasta quedarme dormido.

Por la tarde, Gabriel, un amigo violinista, miembro del cuarteto Thymos, viene a tocar la *Chaconne* de Bach en la habitación. Me he sentado en el sillón. Él despliega la enorme partitura en la cama. He avisado a Hossein, el joven cirujano que estaba de guardia el 7 de enero, que todavía no es un amigo pero que es ya algo más que un miembro del personal sanitario. Viene a escuchar. Aprovecha la ocasión para regalarme una antología de poemas persas, *Oasis d'émeraude*, de Sohrab Sepehri. También hay enfermeras. Chloé no ha podido venir. Gabriel sigue la partitura subiendo poco a poco hasta el cabecero de la cama. Las cuerdas rechinan, oigo su respiración, su aliento, sus pies sobre el suelo. No hay nada más físico que el violín. Su cuerpo parece sufrir toda la belleza que prodiga. Bach resuena de un modo casi salvaje en el silencio de la

habitación y del servicio. Empiezo a salivar debajo del apósito. Los nervios se tensan y destensan. Las cuerdas del violín rechinan. Me duelen las manos. Miro la masa cicatrizante que las estorba. Mi cuerpo entero, como el del violín, está ocupado por la dificultad y la música. Todos los sentimientos y todas las emociones desfilan por la *Chaconne*: Gabriel los comunica a veces de uno en uno, a veces de golpe. Lucha hasta llegar a la almohada y termina con la mano casi paralizada. Durante unos minutos, tengo la impresión de que he sobrevivido solo para estar allí.

El sábado 14 de febrero, acompañado de los policías, de mi hermano y de mi amiga Sophia, que se ha convertido en una experta en el masaje de manos, visito la exposición sobre la dinastía Han en el Museo Guimet. Hay bastante gente: controlo mi pánico. Después de la visita vamos a un café. No puedo ni beber ni comer. Observo los labios de los demás, sus vasos de cerveza, sus dedos y sus cacahuetes sin ninguna glotonería, sin ninguna sensación. Fuera llueve. Aquella noche Odalys se queda en la habitación. La observo doblar con cuidado sus cosas, sacar un camisón, comer una pieza de fruta: estoy en Cuba. Me masajea los pies, las piernas, las manos, los brazos. Me duermo durante el masaje, hasta que de pronto me despierto y pregunto: «¿Me vas a dar un masaje?» Me había olvidado. Por la noche el VAC suena. Marion lo remienda como puede. Suena menos. No puedo moverme por nada del mundo. Sobre las cinco me inyecta un ansiolítico para que me relaje. Esta vez la sonda no rebosa.

El domingo 15 de febrero paseo con varios amigos y con los policías por los jardines de Luxemburgo, al que doy la vuelta entera parándome delante de la estatua de Baudelaire. Luego vamos a casa de Anne y Juan, donde no había puesto los pies desde principios de enero. Todos beben champán, todos menos yo, por supuesto. De todos modos, no me apetece: todos los deseos han desaparecido. Como me pasa con Gabriela en la pantalla, como me pasa con todas las mujeres a las que he querido y que, en su mayoría, vienen a verme estos días, salidas de una vida más o menos anterior. Pero los nervios entre el recuerdo y el corazón, entre el corazón y el cuerpo, parecen cortados. Para mí, todo flota y se apaga en una

benevolencia compartida. Para ellas, creo, es distinto. Ellas entran en la habitación como en un lugar de verdad. El atentado parte el árbol en cuyo interior la gente vive, se ama, se separa, se reencuentra, recuerda y envejece. Hace estallar el torbellino de la vida. Aquellas que han estado a punto de morir, por enfermedad o intento de suicidio, aquellas que tienen una familiaridad con la muerte, tienen impulsos naturales, casi desesperados, como si yo les hubiera dado alcance en el lugar en el que viven desde hace mucho tiempo. Se colocan a los pies de la cama de un compañero que vuelve de entre los muertos. Ninguna tiene gestos superfluos o fuera de lugar. Ninguna se queda mucho rato. Me pregunto si es necesario haber vivido esto para obtener del mundo esta especie de gracia desprovista de todo pasivo, de todo activo, ligada simplemente a unos movimientos, a unas miradas, a apenas unas palabras. Mi hermano se encarga de organizar las visitas para evitar la saturación o el vodevil.

En casa de Juan, el VAC empieza a sonar en el sofá. Noto en la boca la gelatina amarga que se deshace como un helado tibio para decirme: «Calla.» Tengo que volver. Juan viene un poco más tarde y pasa la noche en la habitación. Vemos *Centauros del desierto*, de John Ford. La habré visto diez o veinte veces. La soledad de John Wayne, su ira, nada de eso habla de mí y todo habla en mi nombre. El paciente observa al héroe imperfecto y arrima el ascua a su sardina. Las luces de la habitación están apagadas. Me pregunto qué enfermera se parece más a Natalie Wood. No decimos nada.

El lunes 16 de febrero un masajista amigo de Alexis viene a ocuparse de mis pies. Escribo el primer artículo después del que escribí el 14 de enero para *Libération*. Es para *Charlie*. Se titula «Un agujero en el jacuzzi». Hace siete años que mi sección lleva la rúbrica de «En el jacuzzi de las ondas». Decido conservarla a pesar de que ya no hablo ni de tele ni de radio, porque ni las veo ni las escucho. Conservo el jacuzzi sin las pantallas, pero con un agujero dentro. En adelante hablaré en ella de mi vida tal como es, o mejor: tal como filtra lo que llega de fuera. Lo que escapa a mi experiencia o lo que esta no puede tratar no me interesa: no tengo nada que decir ni que pensar de todo cuanto no puedo vivir ni describir en

primera persona. Cualquier opinión empieza a parecerme vana y vergonzosa si no se ve de inmediato matizada, puntualizada, precisada o incluso destruida por el marco experimental de quien la emite. Marilyn, venida del este del país, pasa la noche y parte del día siguiente conmigo en la habitación.

El martes 17 de febrero es la víspera del injerto. Ha llegado el momento. Cada vez pierdo más. Por muy espesas que sean, las vendas ya no aguantan. Se limitan a asfixiarme. Lo mejor es quedarse tumbado de espaldas, con una inclinación del 30% y en posición de dormir. Desfile ininterrumpido de cirujanos, enfermeras y auxiliares. También se asoman Corinne, la fisio, y Véronique, la psicóloga. Annette-la-de-los-ojos-claros, que me había dado hierro para fortalecerme y ha seguido de cerca mi recuperación antes de la gran operación, parece satisfecha: el atleta está preparado para la prueba. Todos comprueban el estado del cuerpo, de la armadura, del yelmo, del caballo, de la cabeza y, como se dice en *El Cid*, del corazón. Es el momento de volver a ver *Ivanhoe*, pero la película está en casa de mis padres, donde la vieron mis sobrinos. Mi hermano pasa la última noche conmigo. A última hora, Yves, un viejo amigo periodista, me escribe:

> Sé que en principio mañana tienen que hacerte una intervención importante (aunque no sé muy bien qué es para ti una intervención importante). Me pregunto todo el tiempo si las palabras son apropiadas, de tan irreal como nos parece lo que estás viviendo. Es como si nosotros nos hubiéramos quedado al otro lado de la tierra.

Nos conocimos en Rumanía en la primavera de 1990, cuando se celebraron las primeras elecciones supuestamente democráticas. Cierro los ojos: lo veo bajito, robusto, en su gran habitación, tan elegante como destartalada, cerca de una mesa redonda y del gran ventanal. Volvimos a vernos en Jordania, en Irak, durante las revueltas de Vaulx-en-Velin y en algún otro lugar que no recuerdo,

antes de que la amistad ocupara todo el espacio que el oficio había dejado libre. Fue él quien, al volver precipitadamente de Irak, me dijo: «Tú has vuelto por la alfombra.»

Sigo leyendo su correo electrónico:

> Estarás conmigo en que, si no fuera tan abyecta, la situación parecería cómica. Y qué decir de la Francia de hoy. No sé nada de ella y ya no la reconozco. Solo soy capaz de hablar de las cosas de otro tiempo. Por cierto, ¿te acuerdas del día en que cubrimos las revueltas de Vaulx-en-Velin, cerca de Lyon? Guardo el recuerdo de una copa que nos tomamos juntos en el núcleo histórico, en un café como los de antes, con un árbol delante, el día antes de marcharnos. Tuve una sensación extraña al juntar la imagen del núcleo histórico con lo que acabábamos de vivir durante dos o tres días alrededor de los edificios de pisos altos y del centro cultural quemado, y no eran más que los albores de lo que estamos viviendo hoy. Había sepultado por completo aquellos momentos. Tengo la impresión de que fue ayer. En fin, dejemos los recuerdos donde están.

Los recuerdos me han dejado donde estoy.

Mi aventura maltrata mi memoria, en la que incide o va insensibilizando alternadamente: de ese calor y de ese frío nace la pena que me envuelve todo el tiempo, como si sufriera de todo al haber perdido todo. Solo el cansancio es capaz de ponerle fin. A mis amigos, mi aventura parece despertarles la memoria. Me he convertido en un estrecho testigo de hielo que el atentado ha extraído de sus vidas.

Le contesto a Yves:

> Tenemos exactamente los mismos recuerdos, y leerlos viniendo de ti me causa una alegría inmensa. En Vaulx-en-Velin, si mal no

recuerdo... ¿qué pasó? Y aquel crío que acompañé a su casa y que esnifaba pegamento en el asiento de atrás del coche... Escenas que hoy resultan inimaginables. ¿Qué nos perdimos? ¿Qué no supimos hacer o escribir? Me lo pregunto a menudo y no encuentro la respuesta, y tampoco me la dan las balas que me dispararon. Te escribo brevemente, dentro de unas horas entro en quirófano. Cuando salga, me faltará un peroné pero volveré a tener mandíbula. ¿Qué aspecto tendré? No tengo ni idea. Me dicen que pareceré una gran pera violeta. O un boxeador golpeado por Joe Frazier. Serán meses de retoques, de injertos, y luego, cuando todo esté en su lugar, vendrán los dientes. Está previsto que la operación de mañana dure siete horas. Luego me llevarán a la UCI y estaré dos días bajo vigilancia permanente: tienen que vigilar que el cuerpo acepte el injerto y que todo esté «vascularizado».

Aprendo los gestos y el vocabulario del hospital. Las enfermeras me colman de atenciones. Cuando se inclinan sobre la herida que tengo en la cara, las miro a los ojos y trato de hacer una broma para que todo el mundo se ría un poco. A veces pongo música antes de que lleguen. Les presto libros. El otro día, que me dieron permiso para salir unas horas, fui al Museo Guimet con el coche de los polis que protegen a las personalidades, unos polis muy simpáticos y agudos. Me apetecía ver un poco de belleza y es un museo que siempre me ha gustado. Les traje a las enfermeras una postal de una estatua budista con cien brazos y les escribí que ese era el paciente con el que todas soñaban: ya no habría que matarse para encontrar la vena; las mías son cada vez más ariscas y duras, de tantas veces como las han pinchado. Esta clase de detalles me los devuelven multiplicados por mil. Hay una

treintañera alegre de pelo liso que me cae muy bien. Una tarde me dijo que había perdido todo el pelo en una noche. Dice que lo tenía rubio y rizado. Y le volvió a crecer pelirrojo y liso. ¿Qué debió pasarle? No tengo ni idea.

14. LA CAJA DE GALLETAS

Dos días antes del injerto, Marilyn se presentó en la habitación con una antigua caja de galletas. Fuera debía de hacer frío: iba tan tapada como un astronauta de visita en un planeta muy alejado del sol que debía de ser el mío. Cuando entró, volví a verla veinte años antes, una cebolla envuelta en capas de tejido mientras encaraba –no sin llorar a veces de soledad o cansancio– sus primeros inviernos europeos. Había aterrizado en Galicia, y luego vendría a Francia. Cuando se llega de La Habana, La Coruña es tan triste que la ciudad parece llorar todas las lágrimas que uno retiene. En cuanto a París, es la ciudad de la luz sin luz. Su belleza la aleja del inmigrante.

Por unos segundos, la caja de galletas me recuerda otras épocas más remotas en el tiempo, aquellas en las que me daba por comer demasiadas y guardaba el paquete vacío dejando solo una, incluso dos, bien para no sentirme culpable, bien, por el contrario, en la medida en que todo el mundo conocía mis costumbres y se reía de ellas, para ponerme doblemente en evidencia, como goloso y como hipócrita. Estos recuerdos me hicieron llorar sin derramar una sola lágrima, lo cual se estaba convirtiendo en una manía, algo se perdía con ellos por un agujero seco que daba fuera, quizá menos grande que el que tenía en el mentón, quizá más, un agujero en la conciencia, porque ya no eran en absoluto los míos: pertenecían a aquel hombre que, bruscamente, se había separado de mí. Me había convertido en el producto de una resta. También en un receptáculo. Mi decidida falta de fe me impedía transformarlo en una pila bautismal. Se lo había dicho al capellán en la inquietante garita: la prueba por la que paso no terminará en ningún más allá.

Había cogido la costumbre de hincharme a galletas en la cocina familiar cuando mis padres no estaban, caminando en general descalzo por el suelo frío de baldosas: seguía asociando las galletas con esta sensación de dureza, frescor y prohibición. En aquel entonces tenía colgado en la pared de mi habitación, al lado de la

cama y enmarcado en listones, un gran mapa de Vietnam; había leído los libros de Jean Hougron, de Lucien Bodard y de Michael Herr, y quería irme a vivir al Sudeste Asiático como si la guerra no hubiera terminado y como si, al huir de la periferia francesa, pudiera perderme en una selva de cuyo horror –y minas antipersona– no sabía nada. No tenía ninguna experiencia con la violencia ni con Asia. Aquellos libros me tentaban con ella. Mirando aquel mapa imaginé varias novelas situadas en la región, novelas que no escribí porque ya las habían escrito otros. Tenía quince años y todos esos libros terminaban mal.

Miré el suelo de mi habitación de hospital, aquel linóleo tibio por el que me habían desaconsejado andar sin zapatillas. En los servicios de estomatología el suelo está cubierto de baba de los pacientes y, después de todo, yo era un paciente más. Dejaba mis zapatillas de piel negras en la entrada del cuarto de baño, bien paralelas, con las puntas hacia fuera para poder meter los pies secos haciendo el mínimo esfuerzo posible. Todas las mañanas, esos pies notaban el revestimiento rugoso antideslizante con una sensación de placer que anunciaba el de la ducha, por muchas que fueran, como se ha visto, las complicaciones que exigía tomarla.

Mientras Marilyn guardaba su abrigo en uno de los dos armarios que había, me pregunté si algún día iba a poder comer de nuevo galletas y a tener aquel sentimiento de culpa frívolo e infantil. La respuesta, de momento, era que no. Y el momento era todo cuanto tenía. Nunca volvería a comer galletas, nunca volvería a caminar descalzo por las baldosas de una cocina. De las cosas más anodinas a las que lo eran menos, nunca volvería a hacer nada de lo que había hecho. Cada momento se cerraba sobre sí mismo antes de que llegara el siguiente. Dentro solo quedaban un yo indeterminado y los ecos medicamentados de una vaga esperanza. Cerré los ojos e intenté ver al adolescente que había sido, al niño bonito y zangolotino con su flequillo, sus granos, sus dolores de barriga, su afición por el puré Mousline y sus primeros discos de jazz. No apareció.

Tenía la cara envuelta en la serie habitual de vendas cargadas de saliva. Formaban como un gran tubo de gasa blanca de la que

sobresalía mi cabeza con el pelo recién cortado. El ruido frágil del VAC arrullaba eso que a dos días del gran injerto cabía llamar mi agotamiento. Marilyn miró a aquel Calimero momificado que había sido su marido y dejó la caja de galletas en la cama, sobre mis muslos. La abrió y entreví aquellas fotos antiguas no sin cierto pavor. En aquella habitación no había espacio suficiente para aquel que era y aquel que había sido, ni siquiera y sobre todo en forma de huellas fotográficas ligeramente desvaídas.

En aquel momento el VAC empezó a sonar. Llamé aun sabiendo que sería imposible cambiarlo a esas horas. Una vez más, habría que hacer un apaño. Entró una auxiliar, seguida de inmediato de una enfermera, ya no recuerdo cuál (no era Marion-ojos-de-gato, en cualquier caso). Era la hora de las últimas curas del día, limpieza de las heridas, cambio de vendas, comprobación de las bolsas y de las tuberías. Les dije que Marilyn podía quedarse. Se pusieron a remendar la espuma en la que se hundía el tubo para restablecer la presión y evitar que siguiera fastidiándonos –primero a mí, luego a ellas– el mayor tiempo posible. Se les sumó una tercera enfermera. Mientras una pegaba la espuma a la mandíbula, la otra intentaba fijar mejor el apósito. Ahora que el VAC tenía las horas contadas, me había acostumbrado al escozor que me causaba su presión: lo que tendría que haber sido, imagino, un dolor agudo había terminado convirtiéndose en una sensación bastante curiosa, no del todo desagradable. Incluso sentía algo de placer con eso encima, como cuando uno se adelanta a un llamamiento que sin embargo no conduce a nada: gracias al dolor que creía provocar, me sentía dueño de las migajas de mi destino. El masoquismo no se había convertido todavía en un vicio –un vicio que a veces envidiaba–, pero sí podía ser, llegado el caso, una necesidad. Y pese a todo establecía, sin yo proponérmelo, una equivalencia entre el dolor sentido, o presentido, y el buen resultado del trabajo que efectuaban las enfermeras. Y aunque ellas procuraban no causarlo y me recordaban a menudo que había que atajarlo antes de que aumentara y cortarlo de raíz como a una flor venenosa, había cierto sufrimiento que sancionaba su eficacia.

Era como con los tubos: me habían penetrado tanto desde el 7 de

enero, que no solo había aprendido a no rechazarlos, sino también, como me había dicho el cirujano brasileño a propósito de la aguja que guiaba la sonda gástrica, a acogerlos. Porque los tubos eran amigos; molestos y caprichosos, pero amigos. Reparaban, dormían, aliviaban, alimentaban, desinfectaban. Mantenían y aportaban vida. Soportarlos de la peor manera posible era la prueba de que todo funcionaba. A Chloé le habría molestado esta psicología aplicada a los tubos: la mayor parte de mis comparaciones le parecían a veces divertidas y siempre fuera de lugar. Abría sus ojos claros para dejar pasar un destello de ironía y me reconvenía –palabra en desuso, pero exacta– por dármelas tanto de escritor y tan poco de científico, aunque yo no fuera ni lo uno ni lo otro, sino un simple paciente. Solo que la psicología, con la búsqueda instintiva de metáforas, era una de las formas que había adoptado lo que me quedaba de fantasía. La adaptaba a cualquier cosa, a todos los objetos, a todos los gestos, respondiendo así afirmativamente a la pregunta de Baudelaire: «Objetos inanimados, ¿tenéis, pues, un alma?» ¡Y menuda alma! Despreocupada, imprudente, simplemente entregada a sí misma... Uno siembra psicología donde no comprende nada, me decía. La observaba florecer en mi habitación sorda como una planta carnívora en un invernadero. Me iba volando al pasillo a hacer mis largos, con el VAC y el resto del equipaje, antes de que me atrapara.

Terminadas las curas y con el VAC momentáneamente apaciguado, las enfermeras se marcharon y volví a encontrarme a solas con Marilyn, como en los viejos tiempos. Se afanaba en silencio ordenando sus cosas y las mías, industriosa hormiguita cubana, sabedora de que al cabo de treinta y seis horas bajaría al quirófano y no volvería a aquella habitación, que habría que vaciar. No recuerdo si puse música. No estoy seguro: creo recordar que preferí el silencio y mirar simplemente cómo se movía mi antigua mujer en ese espacio reducido y como vaciado por el tiempo. Ese tiempo se nos venía encima como una nube. Una vez dentro, todo en nosotros se vería borrado por la goma imperceptible del instante vivido, todo, el acontecimiento, sus consecuencias, nuestro pasado, nuestro futuro, todo lo que habíamos conseguido y todo en lo que habíamos fracasado.

Cuando entraron las enfermeras, Marilyn había guardado la caja de galletas en uno de los dos armarios estrechos cuyo rojo burdeos me relajaba y me transmitía seguridad. Volvió a sacarla sin decir nada, la abrió y empezamos a mirar aquellas fotos apiladas en desorden de nuestra vida en Cuba. Yo no sabía que después de divorciarnos se las había llevado y que las conservaba. Tenía la casa tan manga por hombro, tan atiborrada de recuerdos, que a veces daba con objetos cuyo origen ignoraba, con textos que había escrito y que describían situaciones y personas, en su mayoría mujeres, que había olvidado por completo. Y, sin embargo, ¡con qué precisión y con qué energía había hablado de ellas! Dejé de llevar un diario cuando entendí que ya no me daba cuenta de todo lo que desaparecía. ¿Qué sentido tiene fijar unos instantes cuyas mismísimas huellas ya no significan nada?

De Cuba no había olvidado casi nada, al menos de la Cuba que reflejaba la niña de Alexis que nos miraba y de la que se resumía en aquellas fotos. Paisajes, amigos, amores, familia cubana, alegre cueva de Alí Babá tropical, vestigios en color y ligeramente desvaídos de la principal de mis vidas anteriores, con la excepción de una infancia que también, no sé por qué, había desaparecido hacía mucho tiempo; una infancia a la que había reemplazado esta segunda y tardía juventud insular: uno nace también donde decide renacer. Miraba aquellas fotos y hacía comentarios mal articulados sobre las escenas que revelaban, comentarios que Marilyn entendía tan poco como yo. ¿Eran comentarios o exclamaciones? Quizá fueran onomatopeyas... Cada vez me costaba más respirar. Salió una foto hecha quince años antes en la torre de Manaca Iznaga, en el valle de los Ingenios, detrás de Trinidad y a los pies de la sierra del Escambray.

Aquella torre permitía vigilar a los esclavos que trabajaban en los campos de caña de azúcar y dar aviso en cuanto se producía un intento de fuga. Soltaban a los guardas y a los perros. Hacía mucho tiempo que se había convertido en monumento histórico. Se erigía, delicada y amenazante, entre los campos de un verde intenso. La silueta era tan refinada que costaba imaginar el motivo por el que había sido construida. Estaba llena de filigranas, como si hubieran

tenido que tapar el exceso de brutalidad con un exceso de ligereza. Me recordaba al gótico flamígero de la iglesia de Saint-Père-sous-Vézelay. La cúspide, desde donde habían vigilado a los esclavos, se había convertido en un mirador para los turistas. En la foto salíamos Marilyn y yo. Sonreíamos a cámara, la foto nos la había hecho una amiga. Flotábamos en una felicidad más contrariada por el exceso de calor que por la memoria invisible de los esclavos. Pero aquel hombre joven sonriente y bronceado, orondo y delgado a la vez, aquel hombre a fin de cuentas intacto ya no era yo. Pero tampoco era otra persona. ¿Quién era? ¿Y quién era aquel que, en esa habitación, lo miraba con pavor y con piedad?

En el jardín de Aclimatación, en París, hay espejos deformantes en los que de pequeño me gustaba contemplarme. En el espejo de Manaca Iznaga veía imágenes deformadas no por el tiempo, sino por la ruptura repentina del tiempo. Aquel que estaba muerto me saludaba. Me sonreía, gladiador inconsciente, como un destello del sol reflejado por un cristal. Solo que ya no era capaz de responderle, como en el jardín de Aclimatación, con unas risas o unos gritos de alegría para darme miedo. Tan solo podía responderle desde un pánico silencioso y a través de las lágrimas que, una vez más, empezaron a asomarme en los ojos. Traté de reprimirlas, odiaba imponérselas a cualquier persona que entrara en la habitación, y todavía más a Marilyn. En unos segundos vi cómo pasaban veinte años de viajes a Cuba, veinte años de amor, de amistad, de voces, de olores, noté cómo me llenaban y los ahuyenté tan pronto como surgían y subían, los ahogué en el vacío mientras cogía de la mano a Marilyn, una mano gruesa y despigmentada, porque noté que de lo contrario iba a estallar. Si los acompañaba, si entraba en la foto y subía a la torre de Manaca Iznaga, iría mucho más deprisa y mucho más lejos que cualquier esclavo en fuga, a un lugar en el que ningún contramaestre, ningún psicólogo ni ningún amigo podrían encontrarme: a un lugar en el que no me haría falta ningún perro para que devorara lo que quedaba de mí. Por primera vez sentí de manera muy precisa que tenía que dar media vuelta si no quería enloquecer. Y cerré la caja de galletas.

Más tarde supe que, a la menor ocasión, Marilyn se pasaba por

entonces noches enteras al teléfono hablando con otros amigos cubanos, como lo hacían en Cuba en las noches calurosas, sentados en mecedoras. Derrotado de cansancio, yo iba a acostarme y, tumbado como lo estaba en la habitación, en un duermevela que el calor acentuaba y hacía más profundo igual que me sucedía ahora por mi estado, oía cómo sus voces, traídas por el bochorno, arreglaban el mundo, exploraban su mundo y resucitaban ante todo sus recuerdos de infancia y juventud. En el acuario tropical, los recuerdos se propagaban con tanta facilidad como el sonido bajo el agua, como si el espesor del aire hubiera creado un silencio tan propicio a la inactividad como a la rememoración. Las palabras parecían ser de carne y hueso, tener casi un olor. Giraban en círculos, rebotaban de una silla a otra y, entre ron y café, ganaban peso.

Me dormía de esta guisa, bajo el ventilador de la habitación de al lado y en medio del viento circular de las voces femeninas, como acaso me dormí también aquella noche, una primera vez, después de haber visto mi sombra en aquellas fotos; como me dormía escuchando las voces de los policías al otro lado de la puerta, de las enfermeras en el pasillo, todas esas voces que prolongaban aquellas otras de la noche cubana, las cuales habían prolongado sus noches en aquellas del exilio gracias a los nuevos medios de comunicación. Los cubanos dispersados por el destino hablaban de mí por teléfono, por Skype o por FaceTime, de un barrio o de una ciudad o de un continente a otro, y aquella red de atenciones y de voces invernales y nocturnas me sujetaba sin que yo lo supiera, protegiendo al funámbulo de bozal de gasa y adhesivos en que me había convertido; aquella red de amigos lejanos cuya familiaridad y jovialidad habían hecho durante tanto tiempo que mi vida fuera más fácil. Era precisamente porque la gente de la isla había explorado ya a fondo la melancolía a través de la colonización, la esclavitud, las dictaduras, el exilio, las separaciones y la disociación íntima causada por el control político y social, por lo que había sabido cubrirla de una capa espesa de broma y de alegría. Actuaba como esa grasa animal que da calor a los nómadas en los países polares. A mi entender, no había nadie como los cubanos para prolongar la

infancia con tanta naturalidad en el cúmulo de desilusiones que le suceden. Marilyn informaba de la situación a nuestros amigos y ellos pensaban en las distintas maneras de ayudarme a levantar cabeza: «No soportaba», me dijo más tarde, «que cinco minutos de horror pudieran liquidar tantos años de recuerdos.» Yo no soportaba que tantos recuerdos pudieran haber sobrevivido a unos minutos de horror. Porque por entonces mi vida la conformaban aquellos minutos, y no los recuerdos que los habían precedido. Para seguir adelante tenía que escoger aunque no quisiera. Ya no tenía derecho al menor jarabe de nostalgia.

Había leído varios libros en los que se hablaba de los vínculos entre fotografía y muerte. En general me parecían demasiado largos, se los podría resumir como sigue: lo que se ha capturado deja de existir al segundo siguiente; lo que vemos es la huella inmóvil de un instante, de una vida que ha terminado; e incluso esta huella terminará borrándose algún día. Lo que vemos al final es la condensación de todos estos fenómenos. No es por tanto ni una realidad, ni un recuerdo, ni una fantasía, ni una ensoñación, ni un ritual de resurrección, sino un poco todo a la vez. Como cualquier persona, había tenido ocasión de comprobarlo mirando fotos de infancia, de juventud y en última instancia incluso de un día antes; mirando sobre todo fotografías de juventud de mi madre y de mi padre que había encontrado en su casa o en la de mi abuela materna, y que había guardado: había pegado algunas en hojas de papel DIN-A4 y les había añadido poemas que, en el momento de escribirlos, me permitían apropiarme de estas vidas que me habían precedido. Esta clase de pequeñas operaciones coincidieron con una época en la que, muertos ya mis abuelos, empezaba a notar que mis padres terminarían por seguir sus pasos. Cuanto más lejos me remontara en su pasado, menos deprisa desaparecerían. Eran pequeñas operaciones mágicas. Y al final fui yo el que estuvo a punto de adelantarse a ellos en la foto de recuerdo.

En una de estas fotos de familia aparecía mi madre con veinte años, una estudiante con un vestido claro y una cartera, sonriendo ligeramente delante de la verja de los jardines de Luxemburgo. Por entonces aquella verja no servía todavía de lugar de exposiciones.

Eran los años cincuenta, mi madre se me parecía sorprendentemente. Hasta el atentado, en todo caso, se me había parecido. Su cara era un misterio: si me fijaba en ella un buen rato, se convertía en mi hija y era yo el que envejecía. Ahora ese misterio se había convertido en el mío.

Tenía la misma sensación cuando miraba fotos de desconocidos hechas veinte, sesenta o cien años atrás, desconocidos que, por obra y gracia de una simple imagen familiar encontrada en una librería de lance o en un chamarilero, se transformaban en padres, hermanos, allegados, compañeros muertos a los que poco me faltó para seguir y a los que, después de todo, había acompañado un poco más lejos de lo que permite la vida normal. Evidentemente, parte del fenómeno se debía a la presencia del papel. Sin ese soporte material tan frágil, y por tanto tan indicado para fijar la fragilidad de los momentos vividos, si aparecía en una pantalla que pudiera encenderse o apagarse a voluntad, o que no pudiera apagarse por falta de voluntad, la foto perdía una parte de esa amenaza íntima que le hacía, con un mismo gesto, resucitar y matar a los hombres y las cosas.

Lo sabía desde hacía tiempo, pero lo sabía en cuanto hombre que, contrariamente a lo que le indica la foto, siente que vive en el flujo que esta detiene y desmiente. Desde el 7 de enero todo había cambiado. Lo comprendí aquella noche al abrir la caja de galletas. Las fotos ya no me transportaban al grano mal seleccionado de la experiencia. Me remitían a recuerdos que el atentado había conducido cual rebaño a un callejón sin salida, hacia un despeñadero. Experimentaba la experiencia interrumpida. Había entrado en las fotos y desaparecido dentro.

Marilyn notó el pánico. Se olía cuál era la causa, aunque no terminaba de admitirlo. Se la veía disgustada. La cara se le había hinchado y arrugado. Hubiera querido llamarme a la vida, no mandarme a la muerte. Era demasiado tarde.

–No tienes por qué mirarlas ahora –me dijo–. Te las dejo de todos modos.

Me dejaba la caja de galletas, aquella lámpara mágica que tenía prohibido frotar.

Volví a decirle que al subir del quirófano y de la UCI me iban a cambiar de planta. La noticia aún me tenía abatido. Me había encariñado con una habitación en la que había vivido y sobrevivido mucho, en la que un mes había pesado tanto como una vida entera. Aquel lugar se había convertido en mi reino y en mi submarino. No tenía ni súbditos ni tripulación, pero era Luis XIV y el capitán Nemo. Sobre todo Luis XIV, porque, si bien había embarcado en mi aventura, como Nemo, a una tripulación reducida integrada por amigos, no había declarado como él la guerra a la humanidad. Al contrario, allí buscaba más que nunca declararle la paz. Me hubiera gustado querer a todas las personas que entraban, y casi lo conseguía. Por la ventana no veía ningún océano, sino simplemente el pino sobre el que seguían posándose, como sobre una horca, los cuervos. Trataba de aceptar el implacable ritual hospitalario como una gracia, igual que la de Bach.

Lo entendí unos días más tarde mientras veía con Gabriela, en la habitación siguiente, *La toma del poder por parte de Luis XIV*, de Roberto Rossellini. Como tenía que familiarizarse con la cultura política de ese reinado para un examen universitario en Nueva York, le propuse que viéramos juntos esa película, de un rigor, una minuciosidad y una sencillez ejemplares: el mejor reportaje hecho nunca en la máquina del tiempo. La vimos una noche, después de las curas, interrumpidos con frecuencia por nuevas dificultades respiratorias, la irrupción de las enfermeras y las llamadas que hacía Gabriela, siempre a la misma hora, a su familia en Copiapó. Su padre, que había trabajado de electricista para compañías mineras, tenía problemas de corazón. Poco a poco se iba quedando ciego. Pronto no vería a su única hija en la pantalla.

La manera como el joven Luis XIV vive permanentemente, desde que se levanta hasta que se acuesta, bajo las miradas de los demás siempre me pareció admirable: aquella noche se convirtió en un modelo que, al margen de su eficacia psicológica, me permitía reírme de mí mismo. Yo era un enfermo recompuesto y lleno de tubos, con un hueso de la pierna en lugar del mentón, un personaje poco digno de figurar en las *Memorias* del cardenal de Retz o de Saint-Simon, aunque tal vez con dignidad suficiente para prodigar

una simpatía sin la cual aquella habitación se hubiera convertido al poco tiempo en un lugar insoportable. El poder del rey es una herencia que recibe por imperativo y que lo obliga. Debe hacer gala de determinación, distancia y dignidad en cualquier circunstancia. Debe demostrar que es el rey, y debe demostrarlo rápido para imponer su personaje a todos los demás y para imponérselo antes que nada a sí mismo. De este modo se convierte en lo que tenía que ser, transformando esta segunda naturaleza en la única posible, la única verdadera, en esa a la que las circunstancias obligan. En mi habitación ocurría lo mismo. Yo tenía que estar a la altura de lo que sucedía, desde el atentado a las intervenciones sucesivas, pasando por las visitas, y tenía que estarlo de entrada solo, con toda la naturalidad posible, sin mentiras, sin artificios, recurriendo a lo mejor de mí mismo. Tenía que cagar en el trono y hacer pis en el orinal con el máximo de dignidad, de humor, de cortesía y de atención, sin lamento ni confianza alguna, aunque la orina invadiera la cama por no haber encontrado el buen ángulo de micción, como me ocurría casi siempre. No se trataba de que me consideraran un rey. La situación era ya lo bastante loca como para ponerme además un embudo –o una pelucaen la cabeza. Se trataba de coger, viendo el ejemplo del rey, todo lo que pudiera permitirme tener cierto control. Lo que en el caso de Luis XIV era una exigencia de un poder de orden divino, en el mío venía exigido por un contexto demasiado terrenal que hacía de mí un hombre que luchaba entre los demás, entre aquellos que lo salvaban. Era exactamente la frase de Sartre al final de *Las palabras*: «Todo un hombre, hecho de todos los hombres, y que vale lo que todos y lo que cualquiera.» Pero que, para valer lo que todos, y para que cada uno valiera en aquella habitación tanto como cualquiera, tenía que justificar y recompensar en todo momento su presencia, sus esfuerzos, sus gestos, todo lo que hacían para que un solo hombre superviviente, un hombre que hubiera podido ser cualquiera de ellos, sujetara el tejido deshilachado que los unía. Eran la modestia y la gravedad de mi estado, no su grandeza, lo que me iba a ayudar a levantarme.

Marilyn terminó de guardar sus cosas en el armario y en la cama pequeña que habían puesto al pie de la mía, debajo de la foto en

blanco y negro de la niña cubana. La niña volvió a mirarme fijamente, como una estatua. Marilyn se acordaba de La Bruja; había ido de viaje, pero había dormido con su hermano fuera del pueblo, en un hotelito atestado de mosquitos. Me siguió la mirada y observó la foto. Le dije que a casi todas las enfermeras les chiflaba.

Aquella noche, mientras Marilyn se sentaba a mi lado, la niña me dijo: «Has estado aquí. Aquí te reíste, caminaste, comiste, hablaste, escuchaste. Aquí tomaste notas. Aquí te bañaste. Aquí te aburriste. Corriste por una carretera desierta con Amarillo, que te seguía descalzo porque se le habían roto las sandalias. Viste a Alexis comprar un cerdo por veinte dólares porque quería comer bien en un pueblo donde comer bien era tan raro, y os comisteis una parte sin escrúpulos. Miraste la montaña verde y oscura que caía sobre el pueblo, esa montaña a la que no estabas autorizado a subir. La miraste como me miras a mí ahora, soñando todo el rato con ir y no volver a bajar. Ahora crees que nunca alcanzarás esa montaña, y yo estoy aquí, en tu pasado y en medio de las flores de tabaco, y no te espero.» Miré alternativamente los ojos negros de Marilyn y los ojos negros de la niña como si su fuerza, su infancia y las flores me condujeran a un lugar nítido, escarpado, solitario, elevado, tan tremendamente oscuro como bruscamente iluminado, un lugar sin viento en el que no se oyera nada más que el canto de los pájaros y el rumor de los árboles sacudidos por el paso apresurado de un agutí.

Marilyn se levantó. Su pequeña figura recia y fornida, ágil y rechoncha a la vez, se movía con naturalidad dentro del espacio clínico y reducido que no había tardado ni cinco minutos en hacer suyo. Conservaba esta virtud de su antigua condición de inmigrante: se instalaba sin esfuerzo y enseguida dondequiera que estuviese, como si hubiera cargado por todas partes con la casa a la espalda y la maleta –grande, barata, sujeta por correasen las manos. Como si en cualquier momento fuera a tener que marcharse. Volví a verla en nuestra casa cuando llegaba por la noche, cansada, con los nervios a flor de piel después de una jornada de trabajo en el hospital, completamente embebida de la afectividad y la agresividad que habían depositado en ella los niños autistas y psicóticos de los que

se ocupaba. Se iba con semblante hosco a la habitación pequeña del fondo, «el cuartico», y vaciaba en silencio el desorden de su jornada, de su bolso y de su ropa. La oía ordenar y desordenar, sobre todo desordenar, y extender sus sentimientos y sus recuerdos en medio de los tejidos. Agotaba su cansancio y su rabia multiplicando las cosas. Aquel ruido y aquel trajín me tranquilizaban. Como me tranquilizaron de nuevo aquella noche. Su presencia me recordaba la cotidianidad de una vida vivida. Pero lo hacía en un contexto que, una vez pasado el soplo de las primeras sensaciones, como al mirar las fotos, me recordó que todo había terminado.

Lo que había terminado no era mi vida con Marilyn. Aquel final ya lo habíamos vivido hacía mucho tiempo. Ambos habíamos aprendido a aceptarlo, como cualquier pareja que se junta y luego se separa, y ese mismo final se había visto abolido posteriormente por el ascenso apaciguador de los recuerdos y la reconversión de los sentimientos. Pero, como me pasaba con las fotos, yo ya no era aquel que había vivido, aceptado y superado aquel final, puesto que no era el que lo había precedido. En aquella habitación, mientras Marilyn sacaba un termo, un bocadillo, mandarinas y una botella de Coca-Cola, yo buscaba en vano al hombre que había sido, según la expresión hispana, su «media naranja». Corría por allí, debía de estar en algún rincón, cerca de la papelera o al pie de la lámpara roja que me había regalado una amiga, quizá en el kit del quirófano que me habían traído un poco antes, pero no lo encontré.

Pasado un rato, una auxiliar entró para conectar la última bolsa de nutrición del día y recordarme el protocolo: en previsión de la intervención, antes del día siguiente tenían que rasurarme toda la pierna derecha, de la que extraerían el peroné. Entonces llegaron mis padres. Mi madre había coincidido ya unas horas antes con Marilyn y le había dado el bocadillo, las mandarinas y la Coca-Cola para la noche. Estuvieron hablando un rato en mi presencia, con ese tono habitual que tan extraño sonaba en un lugar que de habitual tenía poco; luego Marilyn se ofreció a rasurarme ella misma la pierna. Me pregunté si mi madre se lo permitiría. Pero mi madre estaba cansada, desconcertada, ya había pasado tiempo suficiente dándome masajes en las cicatrices de las manos y de los brazos, y

acariciándome la cabeza, como para no conceder a Marilyn lo que yo no llamaría un privilegio sino el beneficio de un reparto. En determinados momentos, todo en aquella habitación cobraba los tintes de una ceremonia que nos superaba a todos y cada uno de nosotros.

Me recosté, me subí la bata y puse la pierna encima de la sábana. Marilyn se fue al cuarto de baño. Llenó de agua una jofaina que habían traído mis padres, cogió mi maquinilla y la espuma, y luego, bajo la mirada azorada de sus exsuegros, se puso a afeitar en silencio la pierna del hijo de estos. Yo tenía diez años, cien. A ratos la miraba hacer, a ratos observaba a mis padres y a ratos a la niña cubana: teníamos exactamente la misma edad, aquella chiquilla desconocida y yo, una edad tan remota y tan incierta como una estatua jemer en la selva. Me acordé de un consejo que me había dado una amiga muchísimos años atrás: «Cuando estás muy mal, cuando la tristeza se te hace insoportable, tienes que buscar los gestos que te procuran alivio. En esos casos, yo me preparo una bañera de agua caliente, me sumerjo dentro y me rasuro las piernas. Muy lentamente.»

Seguía con la cabeza atrapada en el enorme apósito húmedo y blanco. Estaba inmóvil, con la garganta ardiéndome. Tuve la impresión de que me preparaban para un viaje de mil años a un lugar aún más lejano que aquel en el que me encontraba, a un lugar del que quizá no volvería; y los que, con parsimonia y esmero, efectuaban el ritual indispensable, como unos sacerdotes que preparan a una jovencita antes de ofrecerla en sacrificio a los dioses taumaturgos, eran la gente que me quería.

Mis padres se marcharon sobre las ocho. Hacía rato que era de noche. La ventana estaba ligeramente abierta para reducir el calor que desprendía el radiador, que a esa hora ya habían apagado. Antes de irse, mi padre se quejó del frío que hacía. Yo dormitaba, atontado por la emoción y los medicamentos. Me habían dejado la pierna lisa como la de un nadador de alta competición. Marilyn se dio una ducha como es costumbre en Cuba, siempre de noche. Le pregunté a la niña cubana: «¿Crees que no ha cambiado nada?» Su silencio fue una respuesta que me alivió, sin que supiera

interpretarla. Marilyn salió vestida con un pijama grueso de algodón. Para ella era la hora de cenar. Sacó un termo lleno de café. Yo puse un disco de jazz. Cada vez me costaba más respirar. Marilyn se me acercó. Sin decir nada, me puso el bocadillo debajo de la nariz: sus olores me penetraron. Luego, una vez que se lo hubo comido, peló una mandarina y, de nuevo sin mediar palabra, me puso un gajo debajo de la nariz. Volví a oler todo y, mirando a la niña cubana, le dije: «Quizá no pueda volver a comer mangos, pero siempre notaré su olor.» Marilyn repitió la misma operación vertiendo café en el vaso del termo, un café muy cargado, a la cubana, y, con ese olor bendito que parecía salir de las calles de La Habana, con ese olor que me despertaba allí todas las mañanas y cuyo recuerdo alucinatorio me había acompañado en el despertar de la noche del 7 al 8 de enero, me pareció que recuperaba por primera vez uno de los sentidos que creía haber perdido.

Marilyn había traído dos discos de meditación. En uno había cantos tántricos de monjes budistas. Me fui durmiendo y desvelando una y otra vez, mientras me sumía en las vibraciones repetitivas de sus voces, que me llevaban no sé adónde. Con la ayuda del somnífero, me convertían en inmortal (inmortal de paz o de tristeza, no lo sé). Reemplazaban la morfina que las enfermeras tenían órdenes de no administrar más, probablemente porque le había cogido demasiado el gustillo. Una parte de mí hojeó *Tintín en el Tíbet* y siguió a Tintín en la búsqueda de Chang por el Himalaya, un Chang enfermo al que el bueno del Yeti ha recogido. Las voces iban y venían como olas, unas veces me convertía en Tintín y otras en Chang, y sabía que la pena, como el atentado, como el Yeti, iba a terminar. Era fundamental que los monjes no dejaran de cantar. Vibraban y vibraban, y tenían que seguir vibrando. Me daban un masaje en el cuerpo y la conciencia y los hacían girar en el hueco abierto por la herida. Las luces estaban apagadas. Solo quedaba la lámpara pálida que iluminaba mi cama. Marilyn se había acostado en la cama pequeña, debajo de la niña cubana que ahora se desvanecía en la penumbra. En apenas cuatro gestos, acababa de conjurar el sortilegio de la caja de galletas.

15. EL COLGAJO

Me desperté bajo las luces macilentas, delante de una especie de mostrador quizá crema, o tal vez verde. Detrás del mostrador había dos enfermeras, de pie. Durante un minuto o una hora, no sentí nada. Se me cerraban los ojos, los abría y se me volvían a cerrar. Miraba a las enfermeras. Estaban enfrascadas en extrañas ocupaciones. A veces hablaban con lentitud de gente, de camas, de operaciones quirúrgicas, y sus gestos cada vez más lentos no hacían más que ralentizar y espesar la luz en la que me bañaba. Su vida ordinaria parecía acompañarme de nuevo hacia el sueño extraordinario del que yo venía. Quería aferrarme a esta cotidianidad para salir del sueño pero no lo conseguía. No conseguirlo me molestó. Traté de volver a dormirme, pero no pude. Una especie de Pepito Grillo me decía que no lo hiciera. Saltó por encima del mostrador, como un cowboy, y se sumó a las actividades de las enfermeras, que se iban concretando. Una de ellas era morena. Me pregunté qué estaría haciendo detrás de aquel mostrador *como si yo no existiera*. De pronto alzó la cabeza, me miró con una atención automática y se acercó a comprobar algo a mi lado. Pensé en la camarera de *El bar del Folies-Bergère*, de Manet, aquella que confunde al público y a sus clientes y nos observa desde el mostrador con un ojo claro e indiferente, la boca cerrada, de cara, sin simpatía, sin compasión, sin agresividad, sin nada. Pilar –así se llamaba la enfermera, la misma que la noche del primer despertar– no se parecía en nada a la camarera ni a ninguna otra criatura de Manet, era risueña y cariñosa. Con todo, en un primer momento la camarera se impuso a ella, o se le sobrepuso, con su flequillo rubio, su nariz respingona y su expresión incierta. Me decía: «Estás casi vivo, qué gracioso, y ahora vuelve a dormirte.» Era implacable.

No volví a dormirme. Antes de que llegaran los mareos, Pilar volvió al mostrador y otra mujer ocupó su lugar: mi abuela paterna y su rostro reconstruido. No supe parte de su historia hasta que tuve

cerca de treinta años, y muy por encima, y hube de esperar a cumplir cuarenta y seis para conocerla un poco mejor. De pequeño no sabía ni que tenía la cara destrozada ni cómo había sido su vida. Veía que tenía una especie de chichón en la frente, encima del ojo, y una frente llena de bultos. Para mí, aquel chichón y aquella frente eran normales. Fantásticos pero normales. Todos los rostros son asimétricos, una simetría perfecta los haría insoportables, pero en el espejo el suyo lo era especialmente. Tenía un ojo mucho más bajo que el otro, como en un cuadro de Picasso titulado *Mémé*, que vi más tarde y del que enseguida mandé una foto a Chloé diciéndole que Mémé, como mi abuela, habría necesitado de sus servicios. «Pero ¿por qué?», me contestó. «¡Si es monísima!» Mémé llevaba gafas pequeñas y redondas, y lucía una sonrisa traviesa. Mi abuela llevaba unas gafas grandes, al menos cuando leía. En mi recuerdo, su sonrisa no es traviesa. Es tierna, discreta, con un poso como de dolor que no entiendo. Tampoco entiendo que en el espejo tenga un ojo más bajo que el otro, casi a la altura del pómulo. ¿Será que los espejos son mágicos?

A veces, en las noches de infancia, sueño con ella: es un monstruo que sale de un tapiz y, con una gran sonrisa ávida y cruel, me viola o me devora. El monstruo lleva en la cabeza una peluca alta, como con permanente. La escena sucede siempre sobre un viejo cubrecama con estampado de flores en la habitación oscura de mis abuelos maternos, en su pueblo de Nièvre. Dormí muchas veces allí cuando era niño. Me dormía mientras ellos jugaban al belote en el salón, oyendo cómo las voces iban anunciando sus bazas en medio del silencio. Esta pesadilla me desvela, pero no me molesta. No hay ninguna relación entre esta abuela a la que quiero y el monstruo que se inspira en ella, salvo ese chichón, ese rostro extraño, el hecho de que teja sin parar un tapiz de fondo negro, como si esperara a Ulises. Salvo el hecho, también, de que en mi más tierna infancia la bauticé con el nombre de Papy, como si fuera un hombre o un personaje entre dos sexos, alguien que me embelesaba de día y me inquietaba de noche. Toda la familia, incluida ella, adoptó aquel nombre, Papy: nunca la llamamos de otra manera, ni siquiera por su nombre de pila, Marguerite. Ni siquiera

sabía, cuando era pequeño, que se llamaba así. Nunca conocí a mi abuelo Gabriel, que murió en 1959 de un ataque al corazón en un hotel de Angulema, consumido por la guerra. Se divorciaron cuando él estaba en un campo de prisioneros del noreste de Alemania. No volvió del cautiverio hasta el verano de 1945. Entonces tenía treinta y ocho años. En una foto que miro la víspera del atentado parece tener la edad de mi padre. Pero ¿qué significa una foto? ¿Y a qué me parezco yo en las fotos que de mi rostro hará pronto Candice, la fotógrafa del servicio de estomatología?

En el estudio en el que Papy vive sola, en el barrio parisino del Marais, por entonces aún popular, tiene al principio dos fénecs. Se esconden debajo de la cama cuando llega alguien y sus ojos brillan en la oscuridad. Son ariscos, y si alguien trata de atraerlos, hay uno que tiene la costumbre de morder. A mí me encanta tumbarme a contemplarlos. Oigo *El Principito* leído por Gérard Philipe y me gustan tanto como el zorro del desierto que sale a sermonear, pero no los domestico. El estudio *huele a tigre*, dicen. Por presiones de la familia, se deshace de ellos. Por entonces es quiosquera en la parada de metro de Les Sablons y adopta a un gato perdido cuya carrera interrumpe la del metro: terminó refugiándose debajo del pequeño mostrador sin que ella se diera cuenta. Lo bautiza con el nombre de Stanislas, lo llama «Staniii» y, pese a no tener un céntimo, le da de comer hígado de ternera. Cuando voy a su casa, suele comprar una trucha viva para que pueda jugar con ella en la bañera; luego la mata y se la come ella, porque a mí no me gusta el pescado. Puede que yo coma, como Stanislas, hígado de ternera. Me gusta verlo comer y seleccionar, exigente como es. Mi abuela tiene mucha imaginación y me habla de Egipto, adonde sueña con ir: será el primer viaje que pago de mi bolsillo, hecho probablemente para contárselo. De techos altos, su estudio huele primero a meado de fénec y luego de gato. Se accede por una escalera oscura y empinada. La gran ventana da a la iglesia de los Blancs-Manteaux. En el piso de abajo hay un cabaret. Allí soy feliz.

El accidente tiene lugar en mayo de 1940, en la carretera entre Pau y Bagnères-de-Bigorre, donde viven. Mi abuelo, movilizado, está destacado en Pau. Mi abuela ha ido a verlo por última vez con sus

dos hijos: mi padre, que tiene ya casi siete años, y mi tía, que tiene cuatro. Falta poco para que mi abuelo caiga prisionero en el Loira, en Sully o en Gien, después de lo cual nunca más volverán a ser marido y mujer. Tanto a la ida como a la vuelta, va sentada en el lugar del copiloto. Conduce un amigo que se llama Georges. Mi padre y mi tía viajan detrás. Vuelven a Bagnères de noche. El coche lleva faros azules, impuestos por la defensa pasiva. Iluminan mal, no se ve nada.

Es mi padre quien, el 13 de agosto de 2009, a petición mía, me cuenta la historia al término de una excursión de diez horas por los Pirineos. Nos acercamos al lago de Gaube, que va dibujándose poco a poco y por partes. Le ha costado Dios y ayuda bajar por un derrumbadero. Lo he ayudado piedra a piedra. He temido por él. Por primera vez me he sentido el padre de mi padre.

En la carretera de Bagnères hay un camión parado. Georges, el conductor, lo ve cuando ya es demasiado tarde y el coche se empotra debajo. Mi padre me dice que el cuerpo de mi abuela *desaparece dentro del motor*. Él sale del coche, ileso. Delante, Georges, el conductor, no se mueve, las costillas fracturadas, las piernas rotas, la lengua cortada. Se para un coche y bajan dos hombres; se acercan y sacan a mi tía, tumbada detrás, del amasijo de hierros. Igual que mi padre, está ilesa. Luego, como no ven nada más, los dos hombres les dicen a los niños que suban a su coche, que llevarán a Georges al hospital. Mi padre, enloquecido, les dice: «¡Pero si mi madre sigue ahí dentro!» La buscan y la encuentran *dentro del motor del coche*, la cara informe y destrozada, cubierta de sangre, *con todos los huesos rotos*, me dice mi padre, que, cuando el lago de Gaube aparece con todo su esplendor, añade: *me acuerdo perfectamente de ella, de cómo tenía el cuerpo*. Se los llevan al hospital de Pau. Dejan la camilla en una sala. Pasa una monja y, mirando a mi abuela, le tapa la cara pensando que está muerta. En ese momento, según mi padre, aparece un cirujano, la mira y dice: «Pero si todavía respira... Veamos qué se puede hacer.» Cuando mi tía la ve unos días después, sale de la habitación gritando: «¡Esa no es mi madre!» Trepanan a mi abuela como a Guillaume Apollinaire. En los años siguientes la operarán una

treintena de veces. Fijan los huesos con placas de acero. La cirugía maxilofacial ha avanzado mucho durante la Primera Guerra Mundial, gracias a los *gueules cassées* o «caras rotas», los soldados que habían sufrido heridas y traumatismos faciales. Pero no es todavía la cirugía de la que yo empiezo a disfrutar. Hossein me contó que la guerra entre Irán e Irak permitió a los cirujanos franceses perfeccionarla. Durante toda su vida, me dice mi padre mientras pasamos el lago de Gaube, mi abuela padeció sinusitis y unas neuralgias espantosas.

Pensaba que nunca había oído a Papy quejarse de nada cuando un malestar intenso, total, me envolvió de los pies a la cabeza. Era, según una expresión de Marguerite Duras, una invasión del ser, y mi abuela desapareció. No había sitio para dos.

Estaba debidamente sepultado entre tubos y respiraba cada vez con mayor dificultad. El cuchillo volvía poco a poco a la garganta. Todo mi cuerpo se convertía en mi mandíbula, aquella desconocida que me desmembraba y parecía como sacudida por cortocircuitos. Esta vez, la mandíbula parecía haber crecido también en la pantorrilla derecha y en el pie, que, no bien me movía uno o dos centímetros, me hacían notar sordamente su descontento. Es verdad que debían de haberme quitado el peroné, pero ¿tenía al menos una nueva mandíbula? ¿Había salido bien? Notaba una quemazón dentro del muslo derecho. Me habían puesto otra vez la traqueo y no podía hablar. Vino un auxiliar a lavarme. No conseguía ponerme de lado. Me cogió y me dio la vuelta como si fuera una crepe alargada. Con un brazo intentaba sujetarme al borde de la cama. Me faltaba el aire, hubiera querido ayudarle, darme la vuelta solo, ser un perfecto rollito de primavera. Me sentía culpable de no poder hacerlo, y me pregunté si se procedía del mismo modo con los bebés, si estos sentían la misma impotencia y el mismo desamparo cuando los recorrían fuerzas interiores y hostiles, cuando se los manipulaba; el mismo estado, pero sin conciencia ni recuerdos. El auxiliar me frotaba la espalda con un guante empapado en agua tibia. Pensé que actuaba con gestos vigorosos, y este adjetivo, «vigoroso», suspendió y civilizó incluso, por uno o dos segundos, la situación que hacía de mí un algo sin grasa y sin aliento. Ya casi no podía respirar,

pero buscaba a toda costa un placer y, por uno o dos segundos, al notar el contacto del guante tibio respaldado por la palabra «vigoroso», sentí la vislumbre de un bienestar. La sensación de no ser más que un cuerpo aparece cuando este se sustrae por completo a nuestros deseos y a nuestra voluntad, como criados que cobran vida propia y, el día que uno los llama, se rebelan todos al mismo tiempo para decir simplemente: existo. El cuerpo está bien en tanto sirve al amo despreocupado y orgulloso, en tanto no se hace notar. El malestar que lo invade lo hace autónomo, y por tanto más vivo, pero no estamos acostumbrados a esta vida que no controlamos, que no prevemos, a esta insurrección de los órganos que se traduce en un atasco incomprensible de sensaciones. Chloé me lo había dicho: «El cerebro necesita tiempo para comprender y traducir los mensajes que le mandan los nervios frenéticos; el paciente debe ser paciente, y debe serlo lo más rápido posible.» Había llegado el momento de recordar la lección; pero, por más que me la repetía mientras el guante tibio seguía frotándome la piel, no me dejaba pensar mi cuerpo desde fuera, como un observador, como me habría gustado. Y, sin embargo, sí lo lograba un poco: el mero hecho de recordarla y de querer aplicarla hacía que me distanciara un poco de aquel amasijo de carnes cubierto de tubos y heridas al que llamaban señor Lançon; pero no bastaba, e incluso añadía cierta dosis de tedio a la situación.

El auxiliar me dio la vuelta y me lavó el pecho y la mitad superior de la cara. Me puse a jadear, la lección de Chloé desapareció y los males empezaron ora a ayudarse, ora a competir entre ellos, sin que ninguno pudiera aventajar al resto más de unos minutos. Enseguida llegó la primera náusea. Me concentré en el dolor en el muslo para disiparla; luego, una vez cumplida su misión, el dolor en el muslo fue desplazado por el pie anquilosado y en carne viva, hasta el momento en que la mandíbula electrocutada *saltó por dentro* y borró el pie. La mandíbula creía dominar la situación cuando se le adelantó un acerico que se metía en la tráquea, el cual se durmió en los laureles del dolor hasta que una antigua escara en el límite de las nalgas, de antes de la operación, y que, como la tortuga, esperaba su momento, cruzó en cabeza la línea de llegada. El tiempo se fue

dilatando dentro de este carrusel hasta que llevaron mi cama a la sala grande, lejos del mostrador. Un hombre gemía a unos pocos metros. Como casi siempre, los gemidos sonaban falsos. Los escuché con alivio, orgulloso de mi mutismo. Cuando uno se calla, sus palabras suenan justas. Pedí un rotulador y la pizarra Velleda que, como si fueran el esparadrapo del capitán Haddock, me habían seguido hasta allí. Al rato empezó el desfile del personal sanitario.

Annette-la-de-los-ojos-claros es la primera que recuerdo. Se había encargado de la anestesia. Debía de salir del quirófano, porque llevaba el uniforme. Me clavó su mirada verde agua en la mía, frunció los labios y me dijo:

–¿Tiene la impresión de que le ha pasado un tren por encima de la cara?

Asentí con la cabeza.

–Es normal. Ya es eso. Pero ya verá como dentro de un mes nos tomamos una copa de pinot.

Se marchó arrastrando los pies, con la espalda ligeramente encorvada. ¿Una copa de pinot? ¿Noir? ¿Por qué me hablaba de pinot? ¿Era Annette-la-de-los-ojos-claros alsaciana? ¿A qué sabía la uva pinot? Ni siquiera me acordaba del sabor del vino.

Mis padres llegaron poco después y se sentaron uno a la izquierda y el otro a la derecha, cada uno cogiéndome de una mano y acariciándola. Cogí la pizarra y escribí: «¿Espejo?» Lo habían traído. Iba a saber qué aspecto tenía. Cogí el espejo y descubrí, en el lugar del mentón y del agujero, rodeado de suturas negras o azul oscuro, un gran escalope sanguinolento y embadurnado de vaselina, de un color claro, entre amarillo y blanco, y superficie lisa, lampiña y ensamblada como la de un juguete de plástico. ¿Eso era mi mentón? ¿Para eso me habían operado durante diez horas, quitado un hueso de la pierna y dejado en semejante estado? Estaba que me hundía. Casi echaba de menos el VAC, de cuya ausencia acababa de darme cuenta. El desfile del personal sanitario prosiguió. No recuerdo haber visto a Chloé, pero sí se presentó el doctor Mendelssohn, que se había encargado de la operación con ella. Miré sus ojos claros y tristes, su frente un tanto despoblada, su juventud un tanto envejecida, aquel rostro resuelto y prematuramente seco, a caballo

de una película cómica y una crisis de melancolía. Me dijo que todo había ido bien, que la operación había sido un éxito, que la cicatriz había quedado perfecta. «Cicatriz perfecta» es la expresión que utilizan en esos casos los cirujanos, que son capaces de ver cómo evolucionará lo que hay ahora. El doctor Mendelssohn debió de notar que mi entusiasmo no estaba a la altura del suyo, y me dijo:

–¿Y bien? ¿Está contento?

Enarqué las cejas y moví un poco la cabeza, como diciendo: pues no mucho.

Parecía sorprendido, o molesto, o las dos cosas:

–¿Qué ocurre? Tiene un mentón, ¿no? Antes no tenía: mejor esto que nada.

Enarqué las cejas y moví un poco la cabeza, como diciendo: seguramente.

Esbozó una sonrisa fría, al límite del sarcasmo, y me explicó que vendrían a comprobar cada cuatro horas si el injerto se adaptaba. Era la dosis extra de suspense: entre las cuarenta y ocho y las setenta y dos horas, el paciente trasplantado corre el riesgo de hacer una necrosis. En un caso como el mío era poco probable. Como le dijo más tarde Chloé a Jean-Pierre, mi implantólogo, que estaba asombrado del estado de mi vestíbulo bucal y de los tejidos heridos: «¿Qué pasa? Mi paciente está sano. ¡No es un canceroso!» Como fuera, había que comprobar cada cuatro horas si el escalope vivía su vida o no. La primera cuadrilla llegó poco después, eran dos médicos residentes. Sacaron las pequeñas espátulas, los bajalenguas, y fueron tanteando poco a poco la cosa con la punta de la madera, con gestos mínimos, como para evaluar la flexibilidad y la textura: todo estaba bien. Se marcharon sonrientes, no sin antes decirme:

–¡Volvemos dentro de cuatro horas!

Volví a tener náuseas. Habían dejado una pila de bateas de cartón gris en la mesilla. No les quitaba el ojo de encima y vomité varias veces una bilis negra delante de mis padres. Mi padre me había traído un ejemplar de *Libération*. No lo leí. Pasaron otros médicos, amigos de mi primo Thibault, que había sido anestesista allí y los mandaba a recabar información. Todos me miraban y decían, como el doctor Mendelssohn, «realmente es una cicatriz perfecta». Yo me

agarraba a la expresión y pasé el día aferrado a esta boya tratando de moverme lo menos posible.

Chloé había tenido que llorar para que le concedieran una estancia de entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas en la UCI. Habían renovado el servicio hacía poco, había pocas habitaciones y las reservaban, creo, para las urgencias y los moribundos: yo no entraba dentro de estas categorías, pero para ella era fundamental que se vigilara constantemente a los pacientes con injertos: no solo para actuar en caso de que surgiera un problema, sino también para sentar las bases precisas de un protocolo. En la UCI, los horarios de visita eran restringidos: de 13.30 a 15, y de 19.30 a 21. Mi hermano llegó justo cuando un camillero me trasladaba hacia aquella antesala incierta. Habían aparecido dos policías que nos acompañaban. Las puertas se abrieron a la hora exacta y entramos en eso que se me antojaba una nave espacial. Tenía una gran botella de oxígeno entre las piernas, se parecía a las que utilizaba en la época en que hacía submarinismo. El camillero había intentado sin éxito ponerla al pie de la camilla. Respiraba cada vez peor, pero eso no era todo.

Unos minutos antes de que llegara mi hermano me había puesto a temblar todo yo, de la cabeza a los pies, sin que pudiera controlar nada. Enseguida me vino a la cabeza una noche que pasé en casa de un amigo, cerca de la place de l'Étoile, treinta años atrás. Acababa de separarme de Muriel, la mujer con la que vivía desde hacía cinco años, y, a la espera de encontrar un estudio, dormía en casa de unos u otros y de día volvía a cambiarme al que ya no era mi piso, yendo y viniendo como un criminal que busca las huellas que ha dejado. Por la noche volvía a menudo a casa de este amigo, donde reinaba un ambiente más que cordial. Vivía en el piso de su padre, que era prefecto y no estaba nunca. En la entrada había una vitrina repleta de volúmenes de la Pléiade, era la primera vez que veía tantos juntos. Había barra libre y mesa franca. Cenábamos y bebíamos en la cocina, como los rusos. Los que estaban demasiado cansados o demasiado borrachos para irse se quedaban a dormir donde podían. Aquella noche dormí en la misma cama que una amiga de la hermana de mi amigo, una desconocida de la que solo recuerdo dos cosas, la voz muy grave y la nariz respingona, y

mientras ella me daba la espalda y trataba de conciliar el sueño, noté su olor y me pregunté si esperaba de mí que intentara algo. Pasaba desde hacía un año una crisis de pareja terrible, y aunque diría que no me sentía frustrado, sí estaba triste y cansado. Estaba pendiente de la respiración de la chica, bien para advertir en ella el sueño, bien la tensión, la indiferencia o la invitación. No oía nada. ¿Debía acercarme, alargar un pie, una mano, buscar el contacto? Cualquier movimiento suyo, hasta el más insignificante, era un signo que no acertaba a interpretar. Aquella niebla despertó una especie de deseo vago, nervioso y humillante, y de pronto me puse a temblar, primero un poco, luego mucho, y finalmente a más no poder, al principio solo algunas zonas, luego todo el cuerpo, primero como una hoja y luego como el árbol entero. La vergüenza ahuyentó el deseo. Hasta ese momento había pensado: «¡Ojalá no duerma!» Ahora pensaba: «¡Ojalá se haya dormido!» Cuanto más intentaba reprimir el tembleque, más temblaba. Al final me levanté para irme a leer a la habitación de al lado. Cogí un volumen de la Pléiade de la vitrina del padre de mi amigo, un tomo de Saint-Simon. Las frases del memorialista disiparon los temblores. A esas horas, la lectura es eficaz y siniestra. Al poco rato me entró frío. Cuando volví a la cama, mi vecina roncaba.

Delante del camillero que me enjaezaba y aseguraba la botella, temblaba exactamente de la misma manera, pero no podía levantarme ni irme a leer a Saint-Simon; y si la chica no se había dado cuenta de nada o había fingido no enterarse, a él le faltó tiempo para decirme con tono amable:

–¿Tiene frío?

Negué con la cabeza.

–¿Tiene miedo? Es normal...

Y sonrió mientras se me llevaba a la UCI. Justo entonces llegó mi hermano. Me cogió la mano y al poco cruzábamos los pasillos en dirección al ascensor. Apreté los muslos alrededor de la botella de oxígeno para no temblar, pero lo que me calmó fue la mano de mi hermano. Llegamos ante la puerta opaca, que se abrió a la hora exacta. Mi hermano tuvo que quedarse fuera. El camillero, los policías y yo nos metimos por un pasillo de luces oscuras y con

aspecto de nuevo, un auténtico pasillo de nave espacial. En las paredes y en el techo había estrellas luminosas, inmaculadas, el paciente que pasaba por allí contemplaba la falsa noche estrellada. La enfermera, joven y jovial, guió al camillero hasta la habitación en la que iba a pasar la noche y parte del día siguiente. Era una habitación grande, muy limpia, y había máquinas por todas partes. Una puerta corredera daba al pasillo en el que habían tomado asiento los dos policías, con sus Beretta. Cuando la puerta se abría sin hacer ruido, los miraba; verlos allí me tranquilizaba, aunque casi no podía respirar. Me pusieron electrodos y tubos. Mi cuerpo vivía ahí debajo, al lado, allí y en otra parte, en las máquinas llenas de pequeños puntos luminosos que se sumaban a las estrellas del pasillo, al otro lado de los uniformes y las armas.

–¡Vaya! No me haga usted esto.

Quien hablaba era la enfermera: el catéter y la perfusión acababan de soltarse. Mis venas ponían cada vez más pies en polvorosa, creo que en la jerga se dice que eran «vías no funcionales», al menor movimiento se interrumpía la perfusión. Durante largos minutos, trató en vano de encontrar otras. Apareció el enfermero anestesista. He olvidado cómo se llamaba la enfermera, pero no el nombre de él, porque ella lo pronunció cuando le pidió ayuda: Serge. Serge era negro, bastante guapo, ya no tan joven, de pelo rizado un poco largo y de una serenidad de estatua. La enfermera estaba a la izquierda, del lado de las perfusiones. Él se colocó a la derecha, me miró y, apoyando el brazo en la cama, cerca del mío, me dijo:

–Puede cogerme la mano.

Tenía una voz cálida, profunda, y le cogí la mano como si me fuera la vida en ello. La enfermera pinchaba sin éxito, las venas brillaban por su ausencia. La voz cálida y profunda le dijo por encima de un dedo estirado:

–¿Ahí, quizá?

Serge tenía razón, la vena estaba allí.

Mi hermano, al que habían dejado fuera de la unidad, entró cuando todo estuvo instalado. Una foto que hizo muestra a un hombre delgado, hirsuto, descamisado, cubierto de cables, drenajes

y tubos, el rostro sangriento e hinchado, tumbado en una posición del 30 % y que tiende la mano a la cámara como para saludar a quienes lo verán. ¿Tenía Papy este aspecto después del accidente? ¿Después de su décima, decimoquinta o vigésima operación? ¡Cuánto me habría gustado que estuviera allí, junto a mi cama, para contarme con voz serena lo que había vivido! En la foto, las sábanas son amarillas. Se distingue una libreta de espiral, un cuaderno, un bolígrafo, un rotulador y un trozo del protector verde del colchón. Una hora y media más tarde, mi hermano se marchó y creí que dejaba de respirar por completo. Llamé al timbre. La enfermera fijó la entrada de la máscara de oxígeno en la traqueo.

–Se la tiene que dejar puesta al menos una hora. Si no, no sirve de nada.

Se fue y, con la máscara, la situación no hizo más que empeorar. Tenía la impresión de haber dejado de respirar. Sabía que tenía que calmarme, concentrarme, darle a la máscara tiempo para actuar, que también ella, como los demás, se cobraba caros los favores que hacía; pero saberlo, cuando se está sufriendo, no sirve de gran cosa: las certezas de la ciencia se disuelven en las incertidumbres de la experiencia. Los policías habían conseguido que la puerta quedara bloqueada en posición abierta. Los miraba como al último vínculo que me ataba a la vida, emisarios tranquilos de la realidad, y le hice una señal a uno. Finalmente vino. Saqué la libreta y escribí como pude la palabra «enfermera». Fue a buscarla, pero ella no tenía tiempo y oí que decía:

–El señor que acaba de llegar tendrá al menos ochenta años y me sorprendería que superara la noche.

En la nave espacial era exactamente como en la nave de *2001: Odisea en el espacio*: los astronautas que se quedaban dormidos corrían el peligro de no volver a despertarse, y Hal 9000, al que veía brillar y actuar en todas partes a mi alrededor, no podía hacer nada. Miré a los policías, meneé la cabeza, no soportaba más aquella máscara. Me pregunté cómo reaccionarían si entraban unos asesinos, y, como cada vez que me hacía esta pregunta, vi la escena y temí que pudiera ocurrir de un momento a otro. Que la temiera, ¿significaba entonces que tenía ganas de vivir? Finalmente la

enfermera volvió. Vio que yo había apartado la máscara con la esperanza de poder respirar sin ella y la volvió a colocar:

–¡O se la deja puesta, o dejará de respirar por completo!

Se marchó de nuevo y la sensación de asfixia se acentuó. Por primera vez desde el atentado me dije que me estaba muriendo, pero como se trataba de una visión física de la mente, esta se puso en marcha y recité mentalmente la última estrofa de «El viaje» de Baudelaire:

> ¡Oh, Muerte, viejo capitán! ¡Ha llegado la hora! ¡Levemos [el ancla!
> ¡Esta tierra nos hastía, oh, Muerte! ¡Zarpemos!

Quizá tuviera un tono un pelín demasiado repetitivo, y tampoco se me escapaba la artificiosidad de la composición; pero respirar y respirar estas palabras era más importante, porque eran una y la misma cosa y además la artificiosidad tenía algo bueno, hacía que el momento fuera un poco falso, luego también menos doloroso, y preferí continuar. Como los versos siguientes no me venían a la cabeza, volví a empezar una y otra vez, pero la memoria se encallaba: estaba claro que el viaje que efectuaba solo permitía aquellos dos versos, más allá de ellos era exceso de equipaje. Me conformé con ellos. Los repetí diez, quince, veinte veces, y volvió la respiración, y con ella el sueño, y justo antes de este el último verso:

> ¡Al fondo de lo Ignoto para encontrar lo nuevo!

Por la noche, en dos ocasiones, me despertaron unos hombres con pequeñas lámparas frontales. Parecían mineros en el fondo de una galería. Eran los médicos residentes, que venían a comprobar con las espátulas si el injerto se adaptaba. Me sentía demasiado agotado para vivir el suspense que entrañaba su aparición. Las horas siguientes desaparecieron en un agujero del que solo salí, dieciocho horas después, para volver al servicio de estomatología. Allí me esperaba, en la segunda planta, una nueva habitación. Habían

preparado una segunda cama al lado de la mía para Gabriela, que iba a llegar de un momento a otro. Me esperaba mi hermano, que había acondicionado la habitación con la ayuda de Christiane. Justo acababa de instalarme cuando llegó Gabriela. Estaba feliz de volver a verla, pero demasiado agobiado para expresarlo. Venía de un mundo que no tenía nada que ver con aquel en el que me había sumido desde que se marchara por última vez. Apenas había dejado sus cosas cuando entró Chloé, que la hizo salir. En el pasillo, Chloé se había cruzado con mi hermano, que me había dejado a solas con Gabriela, y le había dicho orgullosa:

–¿Ha visto qué guapo ha quedado?

No había sabido qué contestarle. Si hubiera hecho una mueca, ella le habría contestado como el doctor Mendelssohn: «¿Qué ocurre? Tiene un mentón, ¿no?»

Una vez que Gabriela hubo salido, Chloé me contó que todo había ido bien, salvo un implante que ni ella ni Mendelssohn habían podido fijar. Escribí en la libreta: «¿Por qué?»

–No lo sé –me contestó suspirando–. Es probable que estuviera defectuoso. Lo intentamos una vez y luego otra, y al final lo dejamos. No era importante, ¡y de todos modos teníamos muchas otras cosas que hacer!

Al salir, en el pasillo, le dijo a Gabriela algo que ella me repitió entre risas un año más tarde:

–Haga lo que quiera con él, ¡pero ni se le ocurra tocar mis cicatrices!

16. ESCENA CONYUGAL

El atentado se infiltra en los corazones que ha mordido, pero no los amansa. Irradia alrededor de las víctimas una serie de círculos concéntricos y los va multiplicando en atmósferas muchas veces patéticas. Contamina lo que no ha destruido a fuerza de subrayar con un bolígrafo de trazo nítido y sangriento las flaquezas secretas que nos unen y no veíamos. Con Gabriela las cosas se torcieron enseguida.

Estaba feliz de volver a verla, pero en su ausencia había adoptado nuevas costumbres y aun más que costumbres: reglas de vida y supervivencia. Había tejido mi capullo de principito paciente y supurante, alimentado por sonda y embadurnado de vaselina alrededor de un hermano, de los padres, de algunos amigos y del personal sanitario. No quería volver a salir del capullo, me sentía incapaz. La mera idea de abandonar el recinto del hospital me aterrorizaba. No porque fuera el lugar en el que era omnipotente, sino porque era el lugar en el que mi experiencia era vivible. Me había puesto a leer *La montaña mágica* con más detenimiento, muy despacio, con la misma lentitud con la que yo cauterizaba. Desde las primeras páginas del libro, las reflexiones de Joachim, el primo tuberculoso de Hans Castorp, me habían dejado impresionado y como paralizado. Castorp apenas ha llegado y ya piensa en marcharse, «dentro de tres semanas». Joachim le contesta: «¡Vaya, ya estás pensando en volver a casa! [...] ¿Sabes? Lo de "regreso dentro de tres semanas" es una idea de allá abajo. [...] No puedes ni imaginar cómo abusan aquí del tiempo de los hombres. Tres meses son para ellos como un día. Ya lo verás. Ya te darás cuenta. [...] Aquí le cambia a uno el concepto de las cosas.» Todas las mañanas, después de la ducha, de Bach y del paseo, releía este pasaje y algunos más, mientras la primera de las bolsas de nutrición me alimentaba por espacio de cuatro horas. Las releía como una apertura y una plegaria: Joachim y Hans se habían convertido en

personas mucho más cercanas, mucho más íntimas que aquellas que, al entrar allí –de las demás ni hablo–, venían del «mundo de abajo» y rápidamente regresaban a él. El «mundo de abajo» era aquel de la gente que, lo notaba, pronto iba a decirme: «¿Todavía estás en el hospital? ¿Cuándo sales? ¿Más operaciones? Pero ¿hasta cuándo? ¿Todavía en rehabilitación? Debes de estar harto. ¿Todavía estás de baja? Pero ¿cuánto te queda?»; y, por último, porque sería lo mismo, siempre la misma relación ciega e impaciente con el tiempo: «Y tu libro, ¿cuándo sale?» Como Joachim, como Hans Castorp después de varios cientos de páginas, tenía la sensación de que no iba a salir jamás y de que esta no salida debía proporcionarme, si fuera posible, alguna enseñanza. No tenía que salir del libro ni del hospital, porque el segundo era el manual de instrucciones del primero. Es cierto que al término del camino, al menos de ese camino, no me esperaba la muerte, pero *allí tenía cosas que aprender y que vivir* que no habría podido conocer en ningún otro lugar. Mis habitaciones del servicio de estomatología eran mi sanatorio de Davos, y me faltaba poco para pensar que, del mismo modo que la Guerra del 14 ponía fin a la aventura de Hans Castorp, ahora se anunciaba otra guerra, una guerra de la que los islamistas no eran más que un síntoma y que enfrentaría al hombre consigo mismo, una guerra social, sexual, psíquica, ecológica, total, que conduciría en un plazo relativamente corto a la extinción. No había ningún profetismo en lo que creía presentir, tampoco nada de narcisismo, no tenía realmente cambios de humor y por lo demás tampoco se lo comentaba a nadie. Simplemente sentía una compasión silenciosa por aquellos que venían a verme, por su actividad, sus problemas, sus hijos, por mis colegas que seguían escribiendo sus artículos, breves o extensos. Era el sentido de mi respuesta al doctor Mendelssohn cuando, al ver sobre mi mesilla la novela de Thomas Mann y las cartas de Kafka a Milena, me había dicho con un tono sarcástico: «¿No tiene nada más divertido que leer?» El doctor Mendelssohn tenía una melancolía fría. Más tarde me enteré de que tocaba el violín.

Los que entraron aquel invierno en el capullo vivían en un mundo aparte, el de los tejedores que me ayudaron a reparar el tapiz

desgarrado y, sin saberlo o a conciencia, me libraron de la presión del tiempo. La lista de sus nombres no es una relación de muertos, sino una relación de visitantes, siempre renovada, siempre provisional: Alain, Alexis, Anne, Anne-Laure, AnneMarie, Arnaud, Aurélien, Benjamin, Blandine, Caroline, Céline, Claire, Éric, Fernand, Florence, Florence, Françoise, Gérard, Giusi, Hadrien, Hadrien, Hélène, Hortense, Jean-Pierre, Joël, Laurent, Laurent, Lila, Lucile, Marc, Marilyn, Maryse, Monique, Muriel, Nadine, Nathalie, Nina, Odalys, Olivier, Pascal, Pascal, Pierre, Pierre, Richard, Sophia, Sylvie, Sylvie, Teresa, Virginie, Zoé. Sus nombres forman una guirnalda y no pasa un solo día en que no piense en uno u otro. *Están dentro del tapiz, están al margen del tiempo*. Algunos de ellos ya no salen de este limbo, están inmovilizados en el corazón del motivo, atrapados en el capullo como esos astronautas capturados por Alien, confundidos con mis estados y sensaciones por una multitud de gestos, hilos, silencios, a la espera de ser fertilizados por una memoria mucho más frágil que la mandíbula y el aguijón de la criatura de Ridley Scott, y cuya eclosión solo podría significar un extra de incertidumbre, de amistad, de vida. Esta parte de sí mismos está bloqueada en una bolsa minúscula de eternidad. La eternidad no dura mucho, pero quizá haya alguna enseñanza en la sombra que propaga, la enseñanza que le hace decir a Hans Castorp cuando lleva veinticuatro horas en el sanatorio: «Y, sin embargo, no tengo la sensación de llevar aquí solo un día sino mucho tiempo, como si me hubiera vuelto más viejo y sabio... o así me lo parece.» Los otros, por más cercanos que fueran, vivían en un mundo en el que la rueda gira un día tras otro, una cita tras otra. Era el mundo en el que el atentado había sucedido sin suceder.

Hacía más de un mes que Gabriela vivía fuera del capullo, y no tardé mucho en darme cuenta de que, aunque se instalara en el centro por espacio de diez días, no podía encontrar de nuevo su lugar. Albergaba sentimientos de amistad por muchas personas de mi entorno, pero ya no sentía amor por nadie. Gabriela se había subido al tren hospitalario el 9 de enero, y se había bajado una semana después para volver a Nueva York y a sus múltiples problemas; ya no era posible subirse de nuevo y reactivar, al menos

a corto plazo, la máquina de amar. Había cambiado el tiempo, había cambiado mi cuerpo, metabolizaba el atentado a través de la reconstrucción, un mes valía diez años y todos los asientos estaban ocupados, aunque todo el mundo empezara a salir del vagón, las mujeres primero, cuando subió Gabriela. La mujer a la que amaba se había convertido en la mujer que sobraba.

La primera señal de mi distanciamiento fue unas semanas antes de su regreso. Con ayuda de mi hermano me había abierto una dirección de correo electrónico reservada a los más íntimos, una especie de canal interior del paciente Philippe Lançon. La dirección aludía a la bicicleta que el 7 de enero había dejado delante de *Charlie* y que me tenía obsesionado. Al final había pedido a unos policías con los que tenía confianza que fueran a comprobar si estaba allí, en la calle, atada a su poste. Uno de ellos pasó un día por la zona y, a la guardia siguiente, me comunicó con satisfacción que, un mes y medio después del atentado, la bicicleta no se había movido. Mientras siga allí, pensé, el pasado está en su lugar. La vieja bicicleta que tenía en *Charlie* era el centinela que, como en un puerto de montaña, vigilaba el tránsito entre la vida de antes y la vida de después. No había dado a Gabriela la dirección de donde estaba la bicicleta. Las pocas decisiones que tomaba eran instintivas y dependían de un estado que podía cambiar en cualquier momento. Me daba miedo hacerla entrar en eso que era ahora mi vida y no sabía por qué. También había algo de vodevil platónico, porque la comedia nunca es tan eficaz como cuando se alimenta de tragedia.

La presencia de Sophia, una amiga de hacía poco, se había convertido en esencial. Después de haber trabajado en la universidad, se dedicaba entonces a hacer estudios de mercado para empresas del sector de lujo. Iba a toda clase de países a preguntar a toda clase de mujeres por sus imágenes del amor, del hombre, de la belleza y del lujo. En breve tenía que viajar a Shanghái para entrevistar a mujeres chinas de concepciones amorosas bastante rudimentarias. Más tarde me recordó que la había llamado diez minutos antes del atentado. Yo no me acordaba y aún hoy no sé por qué la llamé en aquel momento, en mitad de la reunión del comité de redacción. ¿Para confirmar una cita? ¿Para ir al cine? Ella había

salido a pasear al perro y me devolvió la llamada unos minutos más tarde, demasiado tarde. Dos años y medio después, a petición mía, me describió en un correo electrónico los días siguientes tal como los vivió ella. Si lo copio aquí es porque muestra cómo el atentado crea una cadena de sufrimientos súbitos, comunes y particulares, en el que cada amigo de la víctima parece de pronto marcado a fuego candente, como ganado: la violación es colectiva. Es por ello por lo que, a partir del 7 de enero, mi vida dejó de ser mía. Me convertí en responsable de aquellos que, de un modo u otro, me querían. Mis heridas eran también las suyas. Mi prueba, mi adversidad era cosa de todos.

Sophia estaba en su jardín, con su hijo Pierre-Camille, cuando recibió la noticia. Llamó a su hermano. Teníamos amigos en común, su hermano y yo, y no tardó mucho en enterarse de que me habían herido en la cara. El correo continúa como sigue:

> A primera hora de la tarde llamé a dos clientes para los que tenía que hacer sendos estudios; uno empezaba el día 7 por la tarde, el otro, al día siguiente. Les dije que no podía y les expliqué por qué. Estaba abatida. El día después del atentado recuerdo que llamé a una de mis mejores amigas a primerísima hora de la mañana, a las siete. De aquel día no me acuerdo de nada, salvo del dolor que sentía.
>
> El viernes por la mañana me fui a Milán, a hacer un estudio. Todavía me veo en la terminal F del aeropuerto Charles de Gaulle, en el café del sótano, al lado del lounge de Air France. Había pantallas de televisión por todas partes que emitían en bucle la crónica del atentado, la lista de muertos y heridos. Miraba aquellas informaciones y se me saltaban las lágrimas, no podía parar de llorar, indiferente a las miradas de la gente que tenía alrededor. Probablemente interpretaban que conocía a alguna de las víctimas del atentado. Al rato se me acercó una mujer; era bastante guapa,

iba con sus hijos, y creo que también con su marido. Me dijo algo, trató de consolarme.

En Milán dirigí dos reuniones en italiano durante ocho horas. Mi amiga y socia italiana estaba presente, dispuesta a tomar el relevo. Aguanté bien, pero cuando salí de la sala de reuniones me había quedado sin voz. Ni siquiera un hilillo. Era el 9 de enero. Perdí totalmente la voz durante diez días. La recuperé en parte cuando volví de Shanghái el 19 de enero.

El 14 de enero viajé a Shanghái. Vuelvo a verme en el lounge de Air France. Mi hermano me llamó para saber cómo estaba. Seguía sin tener siquiera un soplo de voz, le hablaba entre susurros y él me entendía. Oírlo me reconfortó muchísimo. Yo lloraba. Lloré durante diez días, nunca he llorado tanto, y no soy de las que llora a menudo, no tengo la lágrima fácil. Recuerdo que le dije que no sabía cómo iba a poder reír de nuevo algún día. Sin embargo, ya había conocido una pena inmensa, la de la pérdida de mi padre cuando tenía catorce años. La persona a la que más quería en el mundo, en esa época. Pero la violencia de lo que sentía en ese momento era de otro orden. Mi hermano me consoló, se portó de maravilla conmigo. En Shanghái, puse al corriente a mi socia china susurrando y escribiendo lo que ella no conseguía descifrar.

En el hospital, a partir de mediados de enero y no sin haber dudado, acogí a Sophia, que poco a poco había ido ocupando no exactamente el lugar de Gabriela, sino una parte de ese lugar, ocupándose de mí en su ausencia, colmándome de regalos y atenciones, escribiéndome cuando se iba de viaje, trayéndome de Madrid un libro sobre Goya, una camisa de Italia, buscando las palabras y los gestos oportunos en el momento justo, con una generosidad que rayaba en la santidad o el masoquismo, y que quizá, simplemente, no era más que amor y una voluntad de

sentirse reparada. Nunca le propuse a Sophia que se integrara en el reducido «club» de quienes dormían en la habitación, pero no tenía ningún reparo en dejarme ayudar y querer por ella. El paciente de largo plazo tiene sin duda algo de vampiro: yo cogía lo que necesitaba tal como me lo daban los demás, y ella más que nadie; pero eso no era todo: vivía en un mundo en el que todo giraba en torno a las curas y a los fantasmas del atentado, y en ese mundo, como todo era ficción, todo era posible. Sin embargo, quería disfrutar de la paz. A Gabriela no le dije nada ni de las visitas de Marilyn, ni de la presencia de Sophia, ni de nada de lo que constituía una vida en un espacio cerrado del que las circunstancias la habían excluido. Todo lo que me ahorrara momentos de tensión justificaba eso que bien puede calificarse de cobardía.

Gabriela me llamaba a menudo desde Nueva York por FaceTime. Pero me encontraba o bien intentando dormir, o en mitad de las curas, o bien con una visita: nunca era el momento oportuno, como tampoco eran oportunas las palabras. Seguía predicando el optimismo desesperado que ella misma creía necesitar para enfrentarse a su marido el banquero, a su padre enfermo en Copiapó y a su soledad. Intentaba enseñarme formas de curar que para mí no tenían ningún sentido: soy impermeable a los métodos Coué y a la meditación. Me hablaba de un tipo al que un tiburón le había arrancado un brazo, de otro que habría sufrido quemaduras graves en un accidente. Los dos habían escrito libros ejemplares, a la americana, para contar su «lucha», celebrar la voluntad y explicar hasta qué punto la adversidad los había hecho más fuertes haciendo que la vida fuera más bonita. Por supuesto, los libros estaban dedicados a sus familias, sin las cuales, etcétera. Los estrados y las televisiones americanas estaban plagados de esta clase de supervivientes que transformaban la superación de una desgracia en un show evangélico. Como no podía hablar, aquella sarta de bobadas voluntaristas me ponía aún más de los nervios. Veía aparecer la sonrisa de Gabriela en FaceTime, aquella sonrisa que tanto había amado, que seguía amando, y luego, pensando en el hombre del brazo devorado por un tiburón, la reemplazaba por la sonrisa de Kafka; y mientras ella me hablaba de aquellos supervivientes

modélicos en estado de resurrección profética, yo volvía a darle vueltas a una frase del escritor que se había convertido en compañero de quirófano: «Solo en la muerte puede lo vivo conciliarse con la nostalgia.»

En la nueva habitación, todo yo era malestar. Apenas leía la prensa, aún no me había abonado a la televisión, la radio me aburría como el ruido de un motor de fueraborda propagándose en las profundidades de un lago. La lectura, en un semanario que me habían traído, de una entrevista con un intelectual francés indulgente con la violencia y hasta visiblemente fascinado por su potencial inspirador y revolucionario había confirmado mi reflejo –porque no puede hablarse de voluntad ni de idea– de abstraerme de la sarta de comentarios, ya fueran de índole profética o didáctica. El pensamiento caía en la abyección cuando creía dar sentido inmediato al acontecimiento al que estaba sujeto. La mosca soñaba con ser un águila, solo que aquello no era una fábula, sino la realidad, la triste realidad del orgullo intelectual: aquella gente se creía Kant respondiendo a Benjamin Constant o Marx analizando el golpe de Estado del príncipe Luis Napoleón. Lo suyo era elucubración precoz.

Me habían cubierto de heridas organizadas. Esta multiplicación no tenía nada de milagro, pero había hecho de mí un hechizado de lo concreto. La actualidad, como tantas otras cosas, se había convertido en una pasión inútil. Puede que entretanto me pareciera a mis abuelos paternos, que se ceñían a un mundo de límites estrechos y se dedicaban a vivir en su interior como si lo de fuera solo pudiera distraerlos, afectarlos o, sobre todo, perjudicarlos. Vivían a oscuras, apagaban todas las lámparas al salir de cualquier habitación y solo dejaban una encendida en la habitación en la que estaban. En mi habitación no me hacían falta las lámparas inútiles. Solo quería lámparas de verdad. Estaba el fluorescente frío, la lámpara de noche no mucho menos fría, la lámpara roja de pie que me había traído Caroline, la lámpara de sal que me había enviado Florence, la lámpara Lumio con forma de acordeón desplegable que me había hecho llegar la otra Florence. Las encendía por turnos como el farolero, eran las órdenes. Cada lámpara obedecía

únicamente a mi humor y a la imagen de la persona que me la había traído y en quien, al encenderla, pensaba como un hada amistosa. Todas despedían una luz suave y cálida, sin que ello me permitiera leer más, sobre todo de noche. Había perdido vista de la noche a la mañana, tanto después del trasplante como después de atentado; o quizá es que no conseguía concentrarme. Una noche se lo comenté a Chloé. Me contestó que, de resultas de un drama familiar, le había pasado lo mismo: «No veía nada.» Fue así como supe de ese drama, y esa fue la única vez que me habló de él por encima. Yo no estaba en condiciones de entender qué podía haber de inesperado y excepcional en semejante confidencia, qué revelaba acerca del momento por el que estaban pasando la cirujana y su paciente. La escuchaba, aceptaba, sentía curiosidad, estaba sorprendido, emocionado, agradecido. Sentía y, como con Sophia y los demás, tomaba. Todo lo que venía de Chloé me fortalecía especialmente. No se trataba de amor, sino de dependencia. Gabriela tardó poco en sentir celos de ese vínculo. Se equivocaba, por cuanto lo que me unía a mi cirujana era de orden vital, no sentimental; pero tenía razón en la medida en que este vínculo se había convertido por entonces en prioritario. Chloé pasaba por delante de cualquier otra persona, por delante incluso de mis padres y mi hermano. Era la única persona de la que dependían mi mandíbula y mi vida futura. Era una mujer y un principio de acción. El resto de los prisioneros del capullo estaban todos, en mayor o menor medida, en la sala de espera.

Gabriela había salido del capullo justo cuando se estaba formando. ¿Me estaba convirtiendo en otro, como no tardó en reprocharme? El paciente es un vampiro, he dicho antes, y también es egoísta: yo tenía muy poco que dar, que ofrecer, todas las reservas estaban destinadas a la lucha mental y quirúrgica. Al principio no entendí que Gabriela no estaba ya en el centro de esta lucha, y cuando lo hube entendido no se lo pude decir: ¿cómo explicárselo a una mujer que ha recorrido seis mil kilómetros para venir a verme y a pasar conmigo diez días en una habitación de hospital? Y más teniendo en cuenta que la verdad era más retorcida: las múltiples escenas que muy pronto iba a provocar tenían una propiedad que aún tardaría

más en intuir: transformaban a la víctima del atentado en protagonista habitual de una crisis de pareja.

Tres días después de que llegara, estábamos los dos de los nervios. Sentía alivio cada vez que Gabriela se iba a dar clase o a hacer una hora de ejercicios de barra, y me ponía nervioso cuando volvía. Ella no soportaba verme escribir correos y mis primeros artículos para *Charlie*. Sabíamos que la noche iba a ser complicada, tanto para ella como para mí, en unos insomnios más opuestos que compartidos. Las enfermeras con las que tenía más confianza se habían dado perfecta cuenta antes que yo. Entraban en la habitación con la brusquedad de siempre pero un tanto incómodas, y nos poníamos a charlar como siempre, yo con mi libreta, ellas con sus gestos y sus bocas, como si Gabriela no estuviera. Y sin embargo allí estaba, agotada, con el semblante hosco, sentada en su cama, detrás del ordenador y con las gafas en la punta de la nariz, contestando correos de trabajo, preparando las clases que había retomado al matricularse en la Universidad de Nueva York. Yo la miraba y me acordaba de una frase que me había dicho en Nueva York dos años antes, hacía un siglo: «Haces que me sienta como una reina.» Allí, el rey era yo.

Sin embargo, todo empezó bien. Apenas hubo llegado, se tumbó en la cama y me tendió la mano mientras la bella Ada cambiaba las vendas de la cara y de las piernas. Ada llevaba un tatuaje en el brazo, en memoria de su abuelo. Me gustaba mirarlo mientras ella me atendía. Su padre era guarda y ella había crecido en un parque. Cerraba los ojos mientras ella me quitaba las costras que se habían formado en torno a los puntos de sutura que envolvían el escalope, y me la imaginaba en el parque o en el lago de Enghien. Aquel día tardó media hora en limpiarlo todo, poner la vaselina y cubrirlo. La herida del peroné, alargada y rectangular, era de un rojo vivo y estaba, como el escalope, ribeteada de puntos de sutura. La piel que me habían quitado en el interior del muslo reemplazaba la de la pantorrilla, que a su vez había pasado a la mandíbula. Al mismo tiempo tenía en el interior del muslo una especie de pequeña alfombra rectangular, igualmente de un rojo vivo y supurante, que me escocía día y noche. Seguía con las perfusiones. Me alimentaba

de nuevo a través de una sonda. Y de la herida en el cuello salía un drenaje.

A la mañana siguiente tenían que hacerme un escáner para controlar el injerto. La sala estaba en el edificio de al lado. Gabriela decidió acompañarme, igual que lo había hecho Marilyn el 9 de enero cuando el primer control. Me habían puesto una máscara para proteger el escalope, como en adelante me tocaría llevar, de día, durante seis meses. Lulu me guiaba, los dos policías iban detrás. No habían previsto una silla de ruedas. Gabriela estaba sorprendida, como los policías, como yo, pero no dijimos nada y allá que nos fuimos, bajo el frío de una lluvia fina, por las calles tan poco hospitalarias. Al poco rato noté que me flaqueaban las fuerzas. Gabriela me sujetaba por un brazo, un policía se acercó y me tomó del otro, bajo la mirada de Lulu, que comprendió al instante y dijo: «Pero... ¡si nadie me había dicho que estaba en este estado! ¡Podrían haberme avisado, al menos! ¡Qué desastre! A la vuelta le conseguiré una silla de ruedas.» La gente con la que nos cruzábamos nos miraba raro: ese paciente con la máscara y de escolta tan numerosa, ¿era peligroso? De paseo en paseo, me había ido acostumbrando a aquellas miradas. Con mis policías vivía en un mundo paralelo al de la gente con la que me cruzaba. Gabriela se dio cuenta. Me dijo más tarde que había tenido la misma impresión que yo. Ella actuaba en una escena de *El padrino*, aquella en la que Al Pacino esconde a Marlon Brando en el hospital para escapar de los asesinos. En nuestra historia, los asesinos ya habían pasado.

Al día siguiente asumió una parte de mi rehabilitación. Las enfermeras y las auxiliares ya me habían avisado: cuando a uno le falta un peroné, tiene que volver a caminar lo antes posible, pero no de cualquier manera. Hay que hacerlo talón-punta, talón-punta, despacio y con la espalda erguida, sin evitar el dolor que provoca el movimiento, porque evitarlo significa condenarse a quedarse cojo. Para esta clase de ejercicio, Gabriela era la persona ideal: bailarina y profesora de alto nivel. A partir de ese día me acompañó por el pasillo y me ayudó a hacer mis largos, sin severidad pero tampoco sin indulgencia. Caminaba un metro por detrás para comprobar mi postura, los policías iban un metro por detrás de ella. Las misiones

de unos se solapaban con las de los otros. Al principio todo el mundo sonreía:

–¡Enderézate! ¡Te inclinas a la izquierda! ¡Olvídate del dolor y apoya el talón en el suelo! Eso es, ¡describe todo el movimiento! ¡Poco a poco, más lento!

Y se reía mientras me iba corrigiendo.

Los largos se habían convertido en dolorosos, tenía la impresión de caminar sobre una alfombra de clavos; pero, una vez más, tenía que acoger y aceptar el dolor como un aliado que me indicaba el camino.

Seis años antes había ido con mis padres a visitar a unos primos muy mayores de los Pirineos que vivían en Bagnèresde-Luchon. Monette, que entretanto había muerto, había sido profesora de inglés. Su marido, Jean-Marie, me ofreció sirope, como cuando era niño. En un momento determinado, encogida, con joroba y medio ciega, Monette salió a hacer sus ejercicios. Caminaba muy lentamente con dos bastones, obstinada en hacer sus largos en el jardín, de la catalpa al portal y del portal a la catalpa. Era verano. Parecía un animal antiquísimo, una mezcla de topo y caracol. Yo iba detrás para ayudarla, igual que ahora me ayudaba Gabriela. Cuando estuvo cerca del portal, estiró la cara –su nariz a ras de la mía– para ver lo que no veía y me dijo con una voz frágil: «Creo que tengo que hacerlo, ¿verdad?» Contesté: «¡Por supuesto que tiene que hacerlo! Tiene que hacer estos largos como en la piscina, y poner quizá una silla cerca del portal para descansar un poco y luego volver.» «Ay, sí, sí, tengo que hacerlo, tengo que querer hacerlo...», respondió. Luego, volviendo a escrutarme de cerca, añadió: «¿Cómo me has dicho que te llamabas? Es que mi memoria no es lo que era...» Su marido, en cambio, se acordaba de todo: nombres, edades, situaciones familiares, fechas de nacimiento, y todo esto hasta la rama más lejana del árbol familiar, que parecía vivir, irrigado por su memoria, al lado de la catalpa. En ese momento, en el pasillo con Gabriela me repetía: «Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo», y hubiera querido tener la memoria del marido de Monette para irrigar lo que parecía haberse secado.

Seis días después de que llegara Gabriela, retomé con ella mis

paseos por todo el hospital. Estaba feliz de hacerle descubrir los rincones de la Pitié-Salpêtrière como se los había descubierto a los policías que me acompañaban. ¡Sigan al guía, que es paciente! Después de un mes de recorrerlo, se había convertido en mi dominio. Su caos arquitectónico, las distintas capas de edificios que se habían ido juntando a lo largo de cuatro siglos, sus plazoletas invisibles, sus calles, sus ruidos, sus olores, sus fachadas, sus callejones sin salida, sus porches, sus pasajes, sus perspectivas insospechadas, todo eso volvía a hacer de mí el niño explorador, que no intrépido, que había sido en la época en que, nadando en el Yonne, la frondosidad de la orilla de enfrente era más misteriosa que el Amazonas. *Unos monos iban a saltar de los árboles y unos indios a salir de la selva*. Allí cada fachada brindaba exotismo a mi melancolía.

Primero me dirigía al gran parque, entre los edificios creados por Luis XIV, luego a la gran capilla vacía, donde esperaba encontrarme al capellán. Entraba bien por unas escaleras, bien por una pequeña rampa: la rampa me ayudó inmediatamente a reeducar mi pierna sin peroné, talón-punta, talón-punta, y posterior corrección de Gabriela. Luego pasaba por delante del edificio principal, iba hasta la salida más cercana a la estación de Austerlitz y subía por una rampa larga que bordeaba las verjas exteriores, límites de mi dominio. Esta rampa llevaba a una parte menos frecuentada del hospital, entre el antiguo edificio de psiquiatría, conocido como La Force, y el de la lavandería, igual de antiguo y acaso el más bonito por su simplicidad formal. Las sábanas de los pacientes se lavaban entre unos muros que tenían cuatro siglos, clásicos y perfectos como un verso de Malherbe. Aquellos *hermosos edificios de estructura eterna* me servían de marco y me transmitían tranquilidad.

En el camino entre ambos edificios estaba mi cabaña en las profundidades del bosque: una vieja callejuela acodada, todavía con adoquines, llamada rue des Archers, en la que, en unos edificios bajos de dos plantas cubiertos de lucernarios, se encontraban unos locales sindicales de aspecto tan viejo como la época a la que parecían relegados: no ya el siglo XVII de los edificios vecinos en los que se había encerrado y hasta encadenado a las mujeres «de mala

vida» y a los locos, sino un siglo XIX de aspecto provinciano y balzaquiano, un poco a lo Eugénie Grandet. Nunca vi a nadie deambular por ella. Los adoquines irregulares no estimulaban especialmente la memoria, pero permitían trabajar el equilibrio del pie; y la armonía desusada de aquel lugar minúsculo, al margen del tiempo y como abandonado, fijaba un marco en el que me sentía como en casa y a la vez fuera, en el campo, en la casa de mis abuelos todavía vivos, entre la época en que pasé el sarampión en un plegatín de tela azul oscuro y aquella en que leí *La comedia humana* en mi habitación de baldosas de barro rojo o a la orilla del río. Allí había flotado en un mundo silencioso, lleno de insectos y de una magia discreta, en un mundo en el que mis familiares vivían a ratos en su edad avanzada, y a ratos entre las páginas del libro. Aquel mundo regresaba por esa callejuela acodada, descubierta por azar, casi tan eficaz como una máquina del tiempo. En la rue des Archers el tiempo había dejado de existir.

Un poco más lejos estaba mi segundo lugar mágico, sito en la rue des Petites-Loges: un edificio alargado rematado en punta, de una sola planta y bordeado por una pasarela cubierta en la que habían puesto a intervalos regulares unos bancos de medialuna, con pies de hierro forjado y cubiertos de inscripciones mnemotécnicas. Era un edificio destinado a la neurología. Subía sistemáticamente por la pasarela como si fuera a emprender un viaje en barco, y me parecía que, si me sentaba en uno de esos bancos, iba a desaparecer en paz dentro de uno u otro recuerdo como en el interior de una nube. Luego había que subir unas escaleras para llegar a las inmediaciones del edificio de Charcot.

Aquel día tardamos cerca de una hora en subir todos los escalones. Gabriela me ayudó a superar los obstáculos con una disciplina y un buen humor que se esfumarían una vez de regreso en la habitación. Yo quería enseñarle el gran recorrido, que terminamos con los edificios más recientes de la Pitié, de ladrillo y en algunos casos de estilo art déco. Bajamos la rampa que bordeaba el edificio alto y moderno del Instituto del Cerebro y la Médula Espinal. «Aquí está la mejor cafetería del hospital», le dije. Y en ese mismo instante me pregunté qué gusto podría tener el café –aquel que Marilyn me

había dejado oler había desaparecido– y si algún día podría disfrutarlo de nuevo acompañado, por qué no, de una napolitana de chocolate. Las palabras designan las cosas. En mi caso, los alimentos y las sensaciones parecían desaparecer a medida que las palabras se posaban encima. Al llegar a la puerta del servicio de estomatología me pareció ver a Pascal, un amigo escultor de mi pueblo al que no veía desde el verano anterior. Sin duda era él, con su perfil aguileño, su mirada a la vez dura y sentimental, perdida y apasionada. Me esperaba desde hacía un rato sentado en el poyete al que los pacientes fumadores iban a fumarse un pitillo, con un paquete en las manos. Me vio, se levantó y me dio un abrazo. Como yo no podía hablar, lo miré de todas las formas posibles. Las enfermeras me habían dicho que mi mirada de mudo se había tornado tan expresiva que eran capaces de leer los matices de mi estado de ánimo. Pascal me había traído un regalo: un libro esculpido en alabastro. Me dio dos besos y se marchó de inmediato. Temía las muestras de efusión y no quería molestarme. En la habitación dejé la escultura en la mesa rodante y noté que Gabriela, una vez más, me juzgaba en exceso sensible a la consideración que me otorgaban mis amigos.

Se había traído una máquina de café pequeña y por las noches se comunicaba por vídeo con su padre o con sus compañeros de la universidad. Estas conversaciones me quitaban el poco sueño del que podía disfrutar. Estaba nerviosa, angustiada, y una vez que se quedaba dormida, se sobresaltaba sin parar como un animalito torturado. Alguna de la gente para la que trabajaba en Nueva York amenazaba con ponerla de patitas en la calle. Habían sido comprensivos en enero, le habían dicho: *«Oh, I am so sorry!»*, como tan bien saben hacer los americanos, pero los americanos, que no gustan mucho de los laberintos críticos de la interioridad, muy rara vez se muestran compasivos más allá de la superficie delimitada por su propio interés, tienen el corazón enorme pero muy cerca de la cartera, y este segundo viaje los sacaba de quicio: había que buscarle una sustituta, no podían contar con ella, el atentado no era una excusa para fallar a los clientes. El proceso de divorcio con su marido, el banquero de Chicago, iba mal. Era un anglicano del Medio Oeste, siempre del lado del Bien, y estaba por tanto dispuesto a

todo con tal de imponerlo. Había tenido su minuto de compasión en enero, justo después del atentado, cuando le mostró a Gabriela toda la magnanimidad debida a quienes van a morir y de los que, como en la iglesia, se debe uno despedir. Pero yo no había muerto, y ahora la acusaba de haberse ido a París a beber champán con su amante: Gabriela me dio a leer una noche un correo especialmente frío y deleznable, uno entre tantos, destinado por supuesto al juez. A última hora, en lugar de entregarse al champán, salía a toda prisa a comprarse un bocadillo al pequeño súper de la esquina, donde mi cuñada se la encontró una vez llorando a moco tendido, sola, en uno de los pasillos: lo estaba perdiendo todo, su trabajo, su divorcio, sus estudios, a su compañero. A la hora de la visita salía de la habitación con su ordenador, bajo la mirada indiferente de los cirujanos, y se sentaba en el suelo, en el pasillo, al lado de los polis a los que daba conversación. No era infrecuente que una auxiliar le dijera: «¡Pero si el suelo está sucio!» Las dos sillas estaban ocupadas por mis guardias.

De día, cuando no se iba a bailar o a dar clase, estaba cada vez más exasperada de verme escribir y releer mis primeros artículos para *Charlie*. Sus palabras eran siempre las mismas: «Yo asumo riesgos y me sacrifico por ti, estoy aquí en lugar de estar buscando trabajo en Nueva York y de estudiar, no me ocupo lo más mínimo de mi divorcio, y tú... tú estás en tu mundo y solo piensas en ti. ¿Qué planes de futuro tienes?»

¿*Planes*? No tenía ninguno. No tenía futuro. No lo veía, no lo sentía. Mi futuro se detenía en las próximas curas y en el horizonte de sensaciones cada vez más feroces e inauditas. De todos modos, tampoco podía contestarle de verdad porque no podía expresarme. Le contestaba con tres o cuatro palabras en mi libreta, siempre las mismas, escritas en mayúsculas, unos «Te quiero» y «Eres maravillosa» que no hacían más que aumentar su exasperación. La escritura es lenta, interior, silenciosa. No se corresponde ni con el ritmo ni con la naturaleza de la conversación. Una de las primeras crónicas que escribí entonces para *Charlie* en presencia de Gabriela trataba justamente de este tema. Escribí esto:

«Desde hace dos semanas estoy condenado al silencio: por orden

benévola pero estricta de mi cirujana. Hay que proteger las suturas, siempre caprichosas, de un labio que me ha reconstruido. Una anestesista cachonda y amiga me dijo una noche que a un paciente, por no respetar las indicaciones, le había explotado el labio. En cirugía, hablar mucho es un pecado capital: como me creo todo lo que me dicen aquí, mantengo el pico cerrado. Además, cuando uno se calla, se siente casi inteligente: el silencio impuesto es lo contrario del ruido impuesto (de la tele, de la radio) sobre el que suele versar esta crónica. No se trata de llenar el vacío, sino de abstenerse de hacerlo. El silencio se ha instalado en el centro de los diálogos que mantengo con las pocas visitas y con el personal sanitario. Vivo con una libreta y con una pequeña pizarra. Ellos hablan y yo escribo. Hablan muy poco, porque escribir es lento. ¿En qué piensan mientras esperan las respuestas que requieren su tiempo, como los trenes carreta o las *cocottes* en el cuarto de baño? El asunto tendría menos gracia si yo no fuera alguien que en general habla por los codos. Prefiero la pizarra a la libreta, pues todo lo que se escribe, como la palabra que no se graba, se borra enseguida. Para quien hace treinta años que se dedica a escribir de una manera u otra y no concibe su vida sin las marcas venidas de las puntas de los dedos de pronto ennegrecidos por el rotulador, no está mal. Y más teniendo en cuenta que me aplico. Puestos a escribir sobre la arena de una pizarra Velleda, mejor hacerlo con frases justas, precisas, maduradas por el instante y la emoción inevitablemente contenida, unas frases por así decir mudas y destinadas a caer en el olvido del que el acontecimiento las rescata por un minuto. Hay que pensar que las frases borradas tienen su orgullo: desplazadas por otras, se conforman con hacerse echar de menos. ¿Es eso masoquismo? No lo creo. Se trata solo de poner a prueba la escritura en situación, aparezca o no, y de devolvérsela al silencio que nos regala la ocasión. Este silencio concreto de la escritura para todo, desde el "me duele aquí" a una conversación sobre *La montaña mágica,* tiene otra virtud: cambia la percepción del diálogo y del tiempo. Deja en suspense las palabras de velocidad aminorada, cambia la naturaleza de la conservación. Nace literalmente de lo que no puede decirse para sumarse a lo que no se dirá.

»Una mañana le escribí al jefe del servicio, el profesor G, que hacía su visita: "Me he convertido en un trapense. Las palabras tienen todo el peso de su ausencia." Se rió de lo lindo. Por la noche le escribí más o menos a mi cirujana: "En la Trapa podían callarse, que tenían a Dios que les escuchaba. Yo tengo a los médicos." Ella, sobre mí: "Y tiene usted que escucharlos..." Yo, debajo de ella: "Y creo en ellos como los monjes en Dios." Ella, sobre mí, mientras me curaba el labio y hacía una foto para enseñármela y explicarme cómo evolucionaba: "¿Cómo? ¿Que además se los cree? ¡Esto es síndrome de Estocolmo! Ya va siendo hora de darle el alta." Como siempre, tiene razón.»

Después de leer esta crónica, Chloé me dijo delante de todo el mundo al empezar la visita: «A ver, ¡¿qué es esto de que siempre tengo razón?! Anoche, cuando se lo leí a mi compañero, me dijo: "Mira, ¡ahí tienes a uno que te ha calado!"» Todo el mundo se rió, menos yo, que no podía, y Gabriela, que no quería. Aquel día redactaba un trabajo sobre Maquiavelo que salió a continuar en el pasillo. Éric, un viejo amigo, me había regalado el tomo de la Pléiade para que ella pudiera utilizarlo. Había pasado cuando ella no estaba. Era la segunda vez que veía a Éric desde el atentado, y como era más juicioso, más culto y más riguroso que yo, hablamos de un antiguo problema en el que yo pensaba día y noche –o que vivía, más bien–, y que esperaba que él me ayudara a ver con algo más de claridad: la naturaleza del mal contemporáneo. Éric, que es editor, publicaba a grandes filósofos y a sociólogos de renombre. Nada de lo que leía sobre la cuestión del Mal le satisfacía. El mundo había cambiado mucho más deprisa que quienes pretendían esclarecerlo. Aquellos hombres corrían detrás del Mal con sus conceptos y teorías. Había algo, muy por delante, que escapaba al análisis de sus nuevas manifestaciones. Ni la sociología, ni la tecnología, ni la biología, ni tan siquiera la filosofía eran capaces de explicar lo que los mejores novelistas sí habían sabido describir. Tal vez no había nada que pudiera explicar el gusto por dar muerte o recibirla. Nos mirábamos, en aquella habitación, como dos bobos sin remos perdidos en mitad de un océano. El diálogo con Éric duró una hora larga. Fue un diálogo lento y silencioso, como ralentizado por la noción brumosa y

amenazante en la que tratábamos de penetrar. Él me hablaba cada vez más lentamente y yo le contestaba por escrito cada vez más despacio. Escribía en la pizarra reflexiones y preguntas que iba borrando una tras otra. Él las leía y parecía adaptar en las respuestas y envites su cadencia a la mía. Nunca he sido tan inteligente como cuando era mudo, pero ya no me acuerdo. Como Éric estaba enfermo, terminó durmiéndose. Me acordé de un verano en el que nadábamos lentamente en el agua fría de Normandía mientras hablábamos de las mujeres a las que habíamos querido. Yo le hablé de una antigua amante con una precisión que debió de ser tal que al final, con esa voz cálida y discreta que nunca alzaba, me dijo con la elegancia del príncipe que se sabe desnudo: «No puedo salir del agua, hay niños en la playa y lo que me has contado ha hecho que me empalmara.» ¿Iba yo algún día a empalmarme de nuevo? ¿Iríamos a bañarnos a Normandía? Lo miré, adormilado en el sillón, con esa sensación inédita en aquella habitación: por unos instantes era yo el amigo que velaba por él.

Después de más de un mes de interrupción, *Charlie* acababa de volver a los quioscos. Nuevos cronistas y nuevos dibujantes se añadieron a los que habían sobrevivido. Ni se me había ocurrido no figurar en esas páginas, de modo que la víspera del gran trasplante, perdiendo saliva por todas partes, escribí mi primera crónica para el número de resurrección. ¿De qué podía escribir en aquella habitación, si no era de mi viaje alrededor de la habitación? Escribir sobre mi propio caso era la mejor manera de comprenderlo, de asimilarlo, pero también de pensar en otra cosa, puesto que quien escribía dejaba de ser por unos minutos, por una hora, el paciente sobre el cual escribía: era un reportero y el cronista de una reconstrucción. Estaba como nunca agradecido a mi oficio, que era también una manera de ser y de vivir, a fin de cuentas: haberlo ejercido tantos años me permitía mantener a distancia mis propias penas justo cuando más lo necesitaba, y transformarlas, como un alquimista, en objetos de curiosidad. Si los muertos resucitaran, me dije sin decírselo a Gabriela, que trabajaba a mi lado sobre Maquiavelo, quizá es eso lo que harían: describir su vida y su final con entusiasmo preciso y con una pena no menos distanciada. Tal

vez me había pasado treinta años entrenándome con los demás para llegar a ese momento.

Gabriela veía las cosas de otro modo. Pensaba que esas crónicas me hundían todavía más en mi miseria y hacían que me perdiera en un laberinto del que habría sido mejor salir. A mi entender era justo lo contrario: al describirla así, escapaba a mi condición. Había tenido que terminar allí, en ese estado, no solo para poner a prueba mi oficio, sino también para sentir lo que había leído cientos de veces en diversos autores sin acabar de entenderlo del todo: escribir es la mejor manera de salir de uno mismo, aunque uno no hable de otra cosa. Así las cosas, la separación entre ficción y no ficción era inútil: todo era ficción, puesto que todo era relato –selección de los hechos, enfoque de las escenas, escritura, composición–. Lo que contaba era la sensación de verdad y el sentimiento de libertad que se daban tanto a quien escribía como a quienes leían. Cuando escribía en la cama, primero con tres dedos, luego con cinco y después con siete, con la mandíbula primero agujereada y después reconstruida, con o sin posibilidad de hablar, yo no era el paciente que describía; era un hombre que observaba a este paciente y lo daba a conocer contando su historia con una benevolencia y una alegría que esperaba compartir. Me convertía en una ficción. Era la realidad, era absurdo y yo era libre. Dicha actividad, por supuesto, se cobraba su tributo. Terminaba todas las crónicas agotado, entre sudores, ataques de tos y lágrimas. El paciente resucitaba entre las palabras y los muertos, y se recuperaba.

Durante varios meses el escalope del mentón reconstruido se convirtió en el campo privilegiado de esta lucha. A los pocos minutos de escritura lo invadía una catarata nerviosa que electrificaba la parte baja del rostro y hacía florecer la piel del interior, como si por allí hubiera discurrido libremente un hormiguero. El mentón se contrae en mil lugares bajo la emoción o el pensamiento, algo que quienes no han pasado por una reconstrucción tienen la suerte de ignorar. Bastaba con que me concentrara un poco demasiado, moviera unos centímetros la lengua o me perturbara una imagen para despertar aquel hormiguero. Me causaba unas comezones como nunca había tenido, unas comezones subterráneas que

habrían merecido un nombre específico y que me obligaban a interrumpir toda actividad. Estallaban poco a poco, como unos fuegos artificiales o como el latido de la anémona de Bernard. Dejaba el ordenador, me tumbaba al 30 %, cerraba los ojos y trataba de alejar el hormigueo a fuerza de respirar. Aún no podía usar el mejor remedio, conocido como el del pez linterna: hinchar las mejillas. Para eso habría que esperar todavía unos meses.

Todos los martes un mensajero traía por entonces varios ejemplares de *Charlie* que yo repartía desde la cama, unos a las visitas, y otros al personal sanitario. Esta operación irritaba a Gabriela, que me dijo varias veces: «Has sido víctima de un atentado, ¡y ahora empiezas a ser víctima de tu propia fama!» La irritación llegó a su punto álgido el día en que entraron una enfermera y una auxiliar, cada cual con un ejemplar en la mano, y me pidieron que se los dedicara. Lo hice de buena gana. En cuanto cerraron la puerta, explotó: «¿Quién te has creído que eres? ¡Ya no eres el mismo! ¡Te crees un rey! ¡Te regocijas en tu dolor y en tu notoriedad!» Me levanté, respirando a duras penas, para poder abrazarla. Solté una especie de grito ahogado, y mientras se me quitaba de encima, me dijo: «¡Cállate! ¡Sabes muy bien que no puedes hablar!» Estábamos junto a la ventana, delante del pino negro y del cielo gris. Me miró y prosiguió: «Sí, ¡te regocijas! ¡Ya no me prestas atención! A ti te han pegado un tiro en la mandíbula, pero a mí, ¡a mí me han pegado un tiro en el corazón! Me han violentado, me han quitado mi vida y no me perdonan nada. Tú en cambio tienes suerte, el periódico te paga. ¡Francia es un país estupendo! En Estados Unidos es distinto. A mí, cuando no trabajo, no me pagan.» Luego, mirándome de más cerca, remachó: «¡Tus problemas solo son estéticos!»

Los días siguientes la situación no hizo más que empeorar. Estaba tan cansada, tan nerviosa, que sin darse cuenta hablaba en inglés al personal sanitario. Muchos de ellos no hablaban este idioma: me di cuenta el día en que me llamaron, antes del trasplante, para que les dijera qué había podido ingerir un joven de Sri Lanka al que le quemaban la boca, la garganta y el estómago. Era sosa cáustica.

Casi me sentía culpable de todo lo que estaba viviendo Gabriela.

Sus gafas ya no estaban adaptadas a su vista, y un día le escribí a mi hermano, al que no le ocultaba casi nada: «Ella está completamente cegata, yo no puedo hablar, es una escena tras otra entre las visitas y las curas. ¿Te imaginas cómo puede ser en la intimidad?» Sus problemas de dinero se agravaban mientras, entre el labio y el escalope, la parte alta del mentón empezaba a perder. Su padre seguía debilitándose en el desierto de Atacama, podía verlo en la pantalla cuando ella lo llamaba. La cánula me irritaba la garganta y no me dejaba dormir. Una de sus jefas, que dirigía un gimnasio que pagaba su marido rico, le mandaba correos conminatorios. Me había salido una escara en el límite de las nalgas, a la altura del coxis, y no me dejaba en paz. Acorralada, Gabriela me pedía prestada una suma de dinero importante y me reprochaba que el gesto no hubiera salido de mí. Mi hermano y mis amigos me lo desaconsejaban, pensaban que estaba abusando de la situación y que se negaba a ver mi estado. Repetía en bucle: «Lo he arriesgado todo por venir a verte. Vine enseguida. Pensaba que era el principio de algo, de una historia al fin de verdad. Pero te veo escribir artículos, seducir a las enfermeras, y a tu lado me siento sola. Tengo que encontrar trabajo, ayudar a mis padres, sacar adelante mis estudios para reconvertirme. Y tú no me propones nada, lo he abandonado todo por ti como había hecho con mi marido, pero siempre es igual, estás metido en tu mundo igual que él en el suyo.» ¿Me confundía con el banquero de Chicago o lo confundía a él conmigo? Ni ella ni yo pegábamos ojo. En mi libreta, anotaba cosas como: «La verdad es un remedio de caballo, pero sin él al caballo se le altera el paso.» O también: «Existe una verdad quirúrgica, que es más bien tranquilizadora; una verdad estética, que es más bien opaca; y una verdad mental, que es completamente oscura.» O incluso: «Las cartas de Maquiavelo son para morirse de risa y de maldad. Solo los genios tienen bula para ser amargos.» O aún: «Recemos por Hipnos.»

Unos días antes de que Gabriela se marchara, la psiquiatra me propuso que nos viéramos los tres para hablar en la habitación. Acepté. Me parecía que Gabriela necesitaba tanto como yo la intervención de un tercero, y de un profesional, para poner en

perspectiva el infierno que estábamos viviendo delante de las enfermeras, que no sabían dónde meterse. Gabriela estaba molesta porque yo había decidido sin consultarle. Una mañana, la psiquiatra se sentó entre la cama y la ventana, y me dijo: «¿De qué quieren que hablemos?» Para contentar a Gabriela, que no hacía más que hablar de eso, escribí: «Del futuro.» Pero eso era aún menos agradable que hablar del pasado, que al menos había tenido el mérito de existir, y la charla no tardó en salirse de madre. Gabriela entonó de nuevo su lamento sobre su soledad y mi narcisismo. Armada de una ligera sonrisa, la psiquiatra esperó a que recobrara el aliento para hacerle una pregunta concreta que Gabriela no soportó; se echó a llorar. La psiquiatra dijo al final: «Creo que será mejor que lo dejemos aquí, ya seguiremos en otra ocasión.» Se marchó, y entonces Gabriela explotó: «¿Pero esto qué es? Todas estas preguntas agresivas. ¿Por qué se mete donde no la llaman? Y tú, ¿cómo lo permites?» A mí solo me apetecía una cosa: que volviera a Nueva York y desapareciera de mi habitación, de mi vida. Que se marchitara con su padre en las profundidades de una mina en el desierto de Atacama.

De noche la cabeza no paraba de darme vueltas. Aquel día tuve por primera vez una pesadilla que iba a convertirse en recurrente en el corazón mismo de todas las noches: al darme vueltas, la cabeza hacía que saltaran los puntos de sutura, las cicatrices se abrían, el injerto hacía una necrosis y, lo peor de todo, la culpa era mía por no haber sabido evitarlo. Mi pena era sufrir las consecuencias de mi negligencia. La única solución era dejar de dormir. Casi lo había conseguido, pero no del todo. Los que no duermen son los que van a morir. Para los demás existe el infierno, que los mantiene despiertos, y el sentimiento de culpa es, como se dice en el caso de los rehenes, la prueba de que están vivos.

Cuando sentía dolor evitaba llamar a la enfermera de la noche antes de las cinco, contrariamente a las indicaciones de no dejar que el dolor se instalara, puesto que es más fácil cortarlo de raíz. Una noche, como no podía respirar, llamé sin embargo a Marion. Apareció sonriente y, después de múltiples esfuerzos, logró sacar de la cánula un enorme tapón que fue a rebotar en la pared mientras

ella reventaba de risa. Asistí con alivio a la alegría infantil de Marion. Gabriela acababa de dormirse. No se desveló.

La víspera de su marcha dimos un último paseo por la Pitié-Salpêtrière. Esta vez entramos en la gran capilla. Los policías, después de haberlo hablado, habían aceptado quedarse fuera. Nos dijeron que no nos entretuviéramos demasiado en el interior. La iglesia estaba desierta. Nos acercamos a la única capilla habilitada, al fondo a la derecha, y, una vez dentro, me pidió que la dejara sola. Di lentamente la vuelta al enorme edificio vacío, talón-punta, talón-punta, y sin cojear. Cuando me la encontré de nuevo, rezaba con los ojos cerrados. Levantó la cabeza y me dijo: «¿Tú crees que puede soportarse todo esto? ¿Crees que voy a recuperar mi vida? ¿Qué hemos hecho para merecer esto?» No supe qué responderle, por lo demás tampoco había cogido la libreta. Le di un abrazo y lloramos los dos.

El día que se marchaba era un domingo. Por primera vez desde el atentado, me empalmé viéndola dormir. Fue muy breve pero palpable, y sentí por ella una gratitud que ningún reproche hubiera podido ahuyentar. Más tarde le pedí prestados cuatrocientos euros a mi hermano para dárselos. Era por la mañana. Ella había salido a bailar o a caminar, no lo sé. Cuando volvió a última hora de la mañana, le di los billetes. Los rechazó con un gesto brusco, se le endureció la mirada, se echó de nuevo a llorar y me dijo: «Me tomas por tu puta y por tu enfermera. ¡Debería darte vergüenza!» Quería imprimir el billete de avión y marcharse lo antes posible: un viejo amigo chileno, Nicanor, venía a buscarla. Nicanor me caía muy bien, era un hombre bajito, delgado y elegante, lleno de fantasía y espontaneidad. Había sido bailarín de clásica, como ella. Un accidente cerebrovascular había puesto fin a su carrera. Desde entonces iba con bastón y debía su porte a su disciplina. Llegó al servicio justo cuando estábamos en mitad de nuestra última escena. Gabriela imprimía entre lágrimas el billete en la sala de enfermeras. Yo cojeaba entre lágrimas por el pasillo, la mano en el portasueros. Las enfermeras iban de una habitación a otra tratando de no mirarnos. Alexandra corría por allí, con cara de disgusto. Unos días antes me había contado cómo, después de una infancia más o

menos feliz en las Antillas, una enfermedad le había cambiado la vida de la noche a la mañana. Había estado a punto de morir. Fue así como en poco tiempo se le había caído el pelo rubio y rizado –magnífico, según decía–, y le había vuelto a crecer como yo lo veía, rojo y liso. Había *llevado la muerte en su interior*. Estaba casi siempre de buen humor y dispuesta a hacer travesuras, y en su mirada yo veía un pozo de tristeza. Poco a poco nos habíamos hecho amigos, otra cosa más que Gabriela no soportaba. Me crucé una mirada con Alexandra mientras Gabriela salía de la sala de enfermeras y volvía a la habitación a cerrar la maleta; luego, después de reunirme con Gabriela en la habitación *para pedirle permiso para ir a saludar a Nicanor*, fui a verlo. Estaba sentado delante del ascensor. Sabía lo que estaba pasando, aquel hombre bajito, delgado y elegante, un superviviente como todos nosotros, y al verme en aquel estado, se levantó apoyándose en el bastón y me dio un abrazo tembloroso. Las lágrimas de uno se confundían con las del otro: era un auténtico melodrama franco-chileno. Había cogido mi libreta. Le escribí en mayúsculas, en español: «GRACIAS POR LLEVARLA. CUÍDATE BIEN. LA ADORO. ¡FELIZ DE VERTE!» Añadí una quinta frase: «¿CUÁNDO?» Era la respuesta a lo que Nicanor acababa de decirme: «No te preocupes. Ten paciencia. Volverá.»

Gabriela se nos sumó, el semblante hosco. Quería irse lo antes posible, no tener que cruzarse con mi familia, no tener que darme un abrazo. No quiso que los acompañara hasta la salida del edificio. Unos minutos más tarde llegaron mis padres y mi tía, que sufría de Parkinson desde que había muerto mi tío. Me encontraron llorando. Mi tía, que cada vez caminaba peor, estaba entristecida por lo que veía, aquel mentón, aquellas heridas, aquellas lágrimas, aquella habitación, aquel silencio forzado. Vi en su mirada que yo tenía cinco años, a lo sumo diez; pero la cabeza que empezaba a fallarle, su cuerpo lleno de temblores, su dificultad para mantenerse erguida en la silla, todo eso me recordaba que ella no tenía ya la edad en la que tantas veces había sabido consolarme. Ella pensaba que yo lloraba por la marcha de Gabriela. Yo lamentaba que tuviera que asistir a aquel espectáculo y no quise sacarla del error.

17. EL ARTE DE LA FUGA

Me afeitaron como pudieron y me llevaron de nuevo al quirófano. A la vuelta me cambiaron de habitación. Gabriela me había mandado un mensaje desde Nueva York: «Suerte.» Se había ido el día antes, tuve la impresión de que vivía en otro mundo y de que se había marchado hacía un año. En ese mundo, en ese tiempo, probablemente nos habíamos reconciliado. En el mundo en el que yo vivía, las lágrimas se habían secado y las curas continuaban. Ya no pensaba en ella ni en los días anteriores, salvo como un melodrama hospitalario que el intercambio de nuestras desgracias había alimentado y sobre el que había caído el telón. El paciente que va de una operación a otra casi no puede moverse, pero es un hombre de acción. Cada prueba que supera relega las otras, si no al olvido, sí al menos a una niebla anestesiante. El paciente depende de los otros, pero también le gusta ausentarse.

Tanto en el pasillo como en el resto del hospital, les preguntaba cosas a los policías que me protegían. Las preguntas figuran en las libretas; las respuestas no las apunté: allí no era periodista, o era en todo caso un periodista que trabajaba al revés. La mayor parte de los policías venían de provincias o de la periferia. En Francia aún hoy se habla del «pueblo»; ellos eran del «pueblo». No sé si uno se hace policía por azar, pero la mayoría tenía un marcado sentido del orden y de su misión. No eran amables ni con los gobiernos, ni con sus superiores, ni con los «jóvenes» que los periódicos –entre ellos uno mío– tanto gustaban defender. Aquel con el que hice la visita guiada más larga al hospital era un árabe que se había criado en Trappes, en una familia de ocho hermanos. Habíamos apreciado juntos la belleza de algunos edificios. La víspera de la nueva operación, una policía joven me acompañaba por el pasillo. Era bajita y rechoncha, de aspecto y maneras bastante rudas, con gafas baratas y sus veinte kilos de panoplia echados a la espalda. No tardó mucho en decirme que estaba escribiendo una novela cuya protagonista era una joven

lesbiana, Éva, que era profesora de español y jugaba al fútbol como ella: «Éva es bonito, recuerda al Edén, me parece un nombre sensual, ¿a usted no?» Me contó el argumento. Quería escribir porno suave pero natural, sin exageraciones, y me preguntó si se me ocurría dónde podría publicarlo; luego, asaltada por la duda, dejó de hablar, me miró de hito en hito y dijo: «No estará usted riéndose de mí, ¿no?» «¡Por supuesto que no!», escribí en la pizarra, y era verdad. No tenía ganas de reírme de nadie. Me limitaba a mirar y a escuchar, eso era todo. El nervio que me unía a la facultad de juzgar parecía cortado, como el que me unía a la memoria: veía cómo hubiera podido juzgar y según qué criterios, pero las ganas de hacerlo habían desaparecido. Ya solo existía como un cuerpo que no era del todo el mío, en una vida que ya no era del todo la mía y cuya conciencia acogía sin reparos morales, sin oponer resistencia, todo cuanto se presentaba. Nunca había sido un gran periodista, probablemente por falta de intrepidez, de tenacidad y de pasión por la actualidad, pero quizá me estuviera convirtiendo, allí, en una especie de libro abierto: a los demás y para los demás. No tenía nada que negar ni nada que esconder.

La joven policía seguía hablándome de su protagonista cuando nos interrumpió una ligera algarabía. Linda salía de la habitación de mi vecino de enfrente. Nunca lo había visto, pero sabía que era un sin techo que trataba de «guarras» a las enfermeras y a las auxiliares que se ocupaban de él. Linda, que soportaba todo aquello con una mezcla de hastío y estoicismo y tenía un terrible dolor de pies, le contaba a una enfermera toda la sarta de piropos que acababa de recibir. Me acerqué y le pregunté por escrito qué pasaba. Me contestó con una breve mueca, antes de añadir con la cabeza bien alta: «Hay que querer el bien de la gente aun a su pesar. Yo siempre lo he dicho: no tolero que me insulten, salvo en psiquiatría. Porque si no, contesto, me conozco y sé que se me va la mano. Aunque no deba hacerlo. Es así, no lo puedo evitar.» Estaba resfriada y llevaba una mascarilla, como mucha gente de fuera aquel invierno.

Volví a mi habitación, y Éva, la lesbiana bajita y desconocida, me hizo pensar en ese sortilegio más o menos vergonzoso que es

escribir. ¿En qué se distinguía la imaginación del recuerdo? ¿Qué relación tenía con este? ¿Eran los múltiples problemas que tenía con los recuerdos la causa de mi escasa imaginación y de mi acceso tan debilitado a la ficción? ¿O acaso me había metido en una ficción tan intensa que me resultaba imposible entrar en la imaginación de los demás? Solo era capaz de leer con extrema lentitud, y nunca para relajarme o distraerme.

Alexis me había regalado en enero *Todo Marlowe*, de Chandler, en una edición que ya tenía. Había leído aquellas novelas hacía veinticinco años, de noche, en un hotel a orillas del lago Lemán, un verano en el que investigaba sobre un suceso que había tenido lugar en la planicie. Enseguida me puse a releer *El sueño eterno*, del que unos días más tarde vería con Juan la adaptación que hizo Howard Hawks. Desde la escena inicial me quedé atrapado como una orquídea en el invernadero en el que el general Sternwood recibe a Philip Marlowe para presentarle su misión. Sentado en su silla de ruedas, el moribundo Sternwood ofrece a todos los visitantes, entre ellos a Marlowe, un whisky y puros, y luego los observa disfrutar de los placeres que él tiene prohibidos. Sternwood, me dije, es casi como yo. Varios días antes me habían traído unos bombones que por supuesto no podía comer, y me gustaba ofrecérselos a quienes venían para verlos gozar de algo de lo que yo no recordaba siquiera el eco de la textura y el gusto. Pero, una vez leída esta escena, no podía continuar con la lectura. Los personajes se tornaban ajenos conforme se alejaban de mi situación: solo conseguía meterme en una ficción en la medida en que me recordaba lo que estaba viviendo. Era una manera idiota de leer, lo sabía, pero en aquel entonces no tenía otra. Le regalé las obras de Chandler a Chloé, en agradecimiento por lo mucho que me cuidaba. Parecía encantada, me pidió que le escribiera algo en la guarda y me dijo que se las leería durante las vacaciones. Al verano siguiente, como se iba a ir a su isla griega, le escribí para preguntarle si se había acordado de llevárselas. «Ya están en la maleta», me contestó. Nunca supe si las leyó ni, por tanto, qué le parecieron.

En mi habitación, salí de nuevo en busca de mi memoria lejana, de las imágenes de aquel yo que había sido. Lo hice a la luz de una

frase de Proust, al que leía en paralelo a las cartas de Kafka y a *La montaña mágica*, mis tres espejos deformantes e informantes, picoteando de aquí y de allá, en dosis homeopáticas y no sin alguna que otra molestia: «Resulta fácil amañar los relatos del pasado que nadie conoce ya, como los de los viajes por países donde nadie ha estado nunca.» Era típico de Proust, ese sarcasmo que arrojaba un ácido civilizado a la máscara de los hombres; pero yo, que efectuaba un viaje a un país en el que pocos habían estado, no quería amañar el relato del mismo habida cuenta de que no sabía a ciencia cierta qué país había dejado. Ese «pasado que nadie conoce», la persona que lo había vivido solo parecía poder recorrerlo como turista, o bien a través de los flashes tan violentos que lo deslumbraban, como los que provoca James Stewart, con la pierna escayolada, para deslumbrar al asesino que se acerca en *La ventana indiscreta*. El pasado se disipaba o me deslumbraba para evitar que lo agarrara, para escapar tal vez de aquel individuo en bata que iba y venía por el pasillo con su portasueros y su gastrostomía, en compañía de una policía bajita que quería escribir y publicar una novela lésbica. ¿Por qué?

Es hora de recordar el uso que hacía por entonces de Proust, un autor al que había leído con pasión, a la vez como una especie de Biblia y como una intensa distracción, en varias épocas de mi vida. Podía adentrarme en *En busca del tiempo perdido* en cualquier lugar, en cualquier momento, como si entrara en un castillo en el que me hubiera criado, para encontrarme de nuevo con personajes a los que conocía mejor que a buena parte de mis amigos, puesto que Proust me los había ido desvelando poco a poco en su soledad y en todos y cada uno de sus pliegues, como si estuviéramos todos muertos, él, ellos y yo, todos muertos, todos humanos, y todos un poco divinos.

Al llegar allí después del atentado, no llevaba más que los libros que había en mi mochila: el volumen de las obras completas de Shakespeare de la colección Bouquins en el que estaba *Noche de reyes*, y el primer tomo del *Diario* de Philippe Muray, del que preparaba un artículo que nunca escribí. Sin embargo, me veía entretanto incapaz de leer a Shakespeare, y el pesimismo de Muray, del que apreciaba la mala fe y la resistencia póstuma al moralismo

reinante, se había convertido en algo sombrío y fuera de lugar. Había muerto en 2006 a los sesenta años, y yo lo había enterrado, como se dice en argot periodístico, con un cariñoso artículo en *Libération*. Era un escritor barroco en el sentido estricto de la palabra, un hombre que no terminaba nunca de trazar líneas en torno a los motivos de su melancolía y su exasperación. A principios de los años ochenta, siendo lector en la universidad californiana de Berkeley, había identificado y descrito lo que en Francia se convertiría en lo «políticamente correcto», que no era más que una forma de puritanismo renovado por las sirenas del progresismo y la cólera de las minorías. Había empezado a leer su libro el día antes del atentado, un poco al azar, y releo hoy con un pavor retrospectivo y divertido los pasajes que subrayé. Datan de 1983; de estar vivo, puede que lo pusieran en la lista negra.

Este de aquí, por ejemplo: «Éxito del islam: religión de masas. Ergo promesa de un gran futuro. Rechazo de la naturaleza divina de Jesús. Rechazo del pecado original. Luego ningún peligro, después del placer y el gozo, de que venga a visitarte una pizca de conocimiento (este solo está garantizado si hay culpabilidad). Este sentimiento de culpa es la condición de posibilidad del pensamiento.» Muray, en este punto, coincide con Kafka; pero ¿era verdad esta falta de sentimiento de culpa en los musulmanes y en particular en los islamistas? ¿No habíamos sido nosotros víctimas, en *Charlie*, de una forma especialmente retorcida y demente de culpabilidad? Aquel antiguo profeta de hacía quince siglos cuyos ritos y preceptos había que seguir como si dataran de ayer, ¿no era una cima absurda y creativa de la culpabilidad humana? ¿La imperfección esencial sometida a la eternidad? Muray remachaba: «Los países del islam son, desde hace siglos, países de no pensamiento absoluto. Me acuerdo de los amigos árabes de Nanouk que me miraban raro y hacían como si no me dirigieran la palabra. Como la consideraban árabe, le reprochaban de esta manera haberlos traicionado al vivir con un cristiano y dejarse follar por él. Las suras del Corán a este respecto son más complicadas de lo que parecen.» Hablaba el vividor. Pero ¿había interpretado bien las reacciones de los amigos árabes de su mujer, Nanouk? ¿Cuál había sido su actitud, la de él,

con respecto a ellos? ¿Podía meterlos a todos en esa categoría bautizada como «amigos árabes de mi mujer», mujer de cuyo cuerpo se apropiaba sin mucha delicadeza, pareciéndose de este modo más de lo que creía a la imagen de aquellos a quienes denunciaba? Estos y otros pasajes me habían hecho sonreír antes del 7 de enero, sonreír y hasta ilusión: también leo para que se expresen los malos sentimientos, los míos y los de los otros. Ni los asesinos ni el hospital me habían convertido en un dechado de virtud, pero estas frases, treinta años después de haber sido escritas, parecían contener las consecuencias de una estupidez loca, y la posdata simplemente me entristecía: había más muertos y gritos, menos distancia y libertad. No volví a abrir el *Diario* de Muray en el hospital.

No bien me hube instalado en mi primera habitación cuando les pedí a mi hermano y a Juan que me trajeran de casa, con *La montaña mágica*, los tres tomos de la vieja edición de la Pléiade a cargo de Clarac, sin notas ni variantes, de *En busca del tiempo perdido*. Empecé leyendo, además de la muerte de la abuela, que me servía, como se sabe, de plegaria preoperatoria, las escenas en las que la medicina y la enfermedad tenían un papel destacado. Si la mirada de Proust me recordaba hasta qué punto era un genio «de lo doméstico», la de los enfermos, su perspectiva sobre los médicos, no tenía nada que ver con lo que yo estaba viviendo: en este sentido, él estaba más cerca de Molière que de Chloé. Con todo, había todavía muchísimas cosas buenas que sacar, empezando por el hecho de que, cualquiera que sea la condición de quien lo cuida, el paciente permanece aislado en su dolor como en una droga aún más fuerte que aquellas que le pueden administrar. Lo liba y lo transporta hacia flores desconocidas y salvajes que florecen a todas horas como si fuera de noche.

No tardé en sentirme irritado por su pesimismo y su escenificación perpetua de la soledad, la mentira y el malentendido. Hubo un tiempo en el que este propósito de «abajo las máscaras» me transmitía la sensación de ser más inteligente, más listo: a Proust es imposible dársela con queso, y él regala al lector esta doble visión. De pronto, todo aquello me parecía perfectamente artificial, incluso

inmaduro. Solo veía los «trucos», los prejuicios y en ocasiones incluso el desaliño de la escritura, sobre todo a partir de *La prisionera*, donde abundaban las frases inútilmente alambicadas y de gramática dudosa que me herían a la vista. En esos casos le montaba pequeñas disputas domésticas mudas, lo regañaba desde la cama, le decía: «¿Quieres parar de enredar? No sabes de lo que hablas, desde tu jaula dorada, te faltan varios grados en la escala del desastre para llegar al momento en que, sin ser artista, se deja de mentir.» Se me resistía con una sonrisa ligera y condescendiente, y yo seguía leyéndolo con una pasión intermitente y profunda: la exasperación alimentaba la admiración.

En realidad, se había convertido en un antídoto de mi benevolencia cada vez más extática –cuando no se trataba de Gabriela–, pero también en un negativo de lo que vivía o creía vivir. Cuando, por ejemplo, él escribía: «Nada es más doloroso que esa oposición entre la mutación de las personas y la fijeza del recuerdo, cuando comprendemos que lo que se ha conservado tan fresco en nuestra memoria no puede ya estarlo en la vida», yo creía estar viviendo justo lo contrario. Para mí, nada era más doloroso que la oposición entre la permanencia de las personas –todos los que venían a visitarme y parecían fijados para siempre en los días anteriores al 7 de enero– y la fragilidad del recuerdo, cuando sentía que lo que se había conservado tan fresco en la vida, y tan feroz, no lo estaba ya en mi memoria. Yo no vivía ni el tiempo perdido ni el tiempo recobrado; vivía el tiempo interrumpido. Con la amistad ocurría lo mismo. Cuando Proust escribía: «Y, muy lejos de considerarme desgraciado por esa vida sin amigos, sin conversaciones, como en ocasiones creyeron los más grandes –¡menudo pretencioso!, pensaba yo–, me daba cuenta de que las fuerzas de exaltación que se consumen en la amistad son una especie de cuerda floja que aspira a una amistad particular que no lleva a nada y se aparta de una verdad hacia la cual podía conducirnos.» ¡Vaya uno estás hecho, Marcel!, añadía yo mientras Alexandra o Gladys limpiaban la gastrostomía con la jeringuilla de alimentación y me cubrían el escalope de vaselina. Yo me sentía afortunado de esta vida llena de amigos, de manos y de ojos de

enfermeras, de conversaciones lentas que se quedaban cojas por culpa del mutismo impuesto. Las fuerzas de exaltación que se consumían en la amistad, lejos de ser una cuerda floja, me conducían a la única verdad que importaba a corto plazo: sobrevivir y volver a dar un mínimo de sentido a esta vida después de la muerte, después de la vida, a esta ficción que no era tal. La amistad, en la habitación, no se oponía a la soledad regeneradora: esculpía su contorno y la fortalecía. El tiempo perdido luchaba contra el tiempo interrumpido.

En lo que se refiere a la vida cotidiana después del 7 de enero, la perspectiva proustiana se alejaba. No veía, corriente arriba, más atrás que el día antes, ni, río abajo, más adelante que el día después; pero este estado, conforme iba saliendo de la zona entre ambas orillas, se endurecía. Cuando tenía treinta años había leído en un hotel de Cambo-les-Bains, mientras Marilyn hacía la siesta, una frase de Milan Kundera que decía más o menos: «Nada será perdonado, todo será olvidado.» Yo no tenía nada que perdonar a nadie, ni siquiera a los asesinos, esos fantasmas enviados por no sé qué destino, pero tampoco necesitaba tiempo para olvidar. El tiempo justo empezaba a recordarme su existencia. Yo me resistía, y esa resistencia me exigía nuevos esfuerzos y me traía nuevas tristezas. Disolvía casi al instante las crisis y las penas, como si todo estuviera en adelante sumergido en el trabajo napoleónico del cuerpo: no tenía energía que perder con el recuerdo de lo demás; estaba en campaña, una batalla tras otra, y lo movilizaba todo, caballería e infantería, del último soldado raso al general de mayor rango. Los estados fluctuantes del primer período habían ido a parar a un sótano o a un desván, y releía sin casi comprenderlas las raras descripciones que de ellos había hecho, para los demás, en mis libretas. Sucedía lo mismo con las preguntas hechas a los policías o a las enfermeras: parecían una obra de teatro en la que faltaban dos de cada tres réplicas, y las más importantes. Las palabras escritas eran inmóviles, como estrellas fijas en un cielo –o en un infierno– al que ya no tenía acceso. Otros estados, otras sensaciones, otros infiernos ahuyentaban los anteriores sin que hubiera concurso o jerarquías, y habría sido necesario, para describirlos, un vocabulario

tan brutal como líquido, basado en el movimiento, la rutina, la pena y el olvido; un vocabulario e incluso una gramática que se hubieran renovado a cada etapa para evitar el paso de la lengua viva a la lengua muerta.

¿Cómo hablar de uno mismo y del mundo, de uno mismo en el mundo, cuando lo que se ha vivido la víspera se ha visto catapultado a otra parte, al parecer muy lejos, por lo que se vive hoy? ¿Cuando se está *atravesado* a tal extremo? Recordar la sensación del escozor del VAC que se aprieta sobre la herida no era más fácil que retener el agua que se escurre entre los dedos, pero sí probablemente más nocivo, demasiado engorroso, y la memoria de la sensación parecía estar lo suficientemente bien hecha, pulida, en definitiva, para suspenderse o borrarse. La memoria afectiva iba por el mismo camino. El hada Campanilla había pasado página, y las tensiones entre Gabriela y yo se habían sumado de forma natural, en su ausencia, al agujero, al VAC, a la morfina, a la anémona, a los apósitos empapados de baba en el mundo de los obstáculos a la nueva experiencia vivida. A falta de encontrar palabras lo bastante vírgenes y fluidas, releía sin parar las de los otros, siempre los mismos, Proust, Mann y sobre todo Kafka.

En «El mundo de abajo» he contado que solía bajar al quirófano con sus cartas a Milena, pero no he dicho todavía cómo llegaron hasta allí. Acababa de publicarse una nueva edición en Nous, en traducción de Robert Kahn. Mi amiga y jefa de sección en *Libération*, Claire, había venido a verme unos días después del atentado y me la trajo. Cuando llegó, yo estaba en quirófano. Como no tenía ninguna hoja a mano, escribió en la guarda: «Mi querido Philippe, volveré a verte, por supuesto. Un fortísimo abrazo, Claire.» Tuvieron que darse estas circunstancias para que llegara a hacer algo que su delicadeza y su educación le prohibían: dedicar un libro que no había escrito. Ese pequeño gesto fruto de las circunstancias me había llegado muy hondo, y aquellas cuatro palabras de Claire, unidas a las cartas que las seguían, hicieron del libro un talismán del que, de habitación en habitación, de casa en casa y de país en país no me he separado nunca.

El día en que Claire me lo trajo, al subir del quirófano medio

dormido y nauseabundo, lo cogí como un borracho que se da una ducha fría para despabilarse y di con varias frases que hasta el momento me he limitado a evocar por encima. Kafka está en Merano, en la primavera de 1920. Habla de sus compromisos que han quedado en nada, pero uno tiene la impresión de que habla del mundo de los enfermos; por otra parte, como todo es enfermedad, termina hablando de ella y escribe: «Pero es inútil reflexionar sobre estas cosas. Es como si uno se empeñara en romper una única caldera del infierno; en primer lugar, no se consigue, y, en segundo lugar, si se consigue, uno se consume en la masa ardiente que se derrama, y el infierno sigue existiendo en todo su esplendor. Hay que atacarlo de otro modo. Pero primero y ante todo, urge tumbarse en un jardín y sacar de esa enfermedad, sobre todo cuando no es propiamente enfermedad, la mayor dulzura posible. Hay mucha dulzura en ella.»

Estas frases me sirvieron desde entonces de breviario, y hasta de viático. Las leí en la habitación, en el mundo de abajo, en el parque del hospital, en toda clase de salas de espera. Las habría leído sobre la mesa de operaciones si hubiera podido, y a ser posible hasta el momento en que la quemazón de la anestesia me anunciaba la pérdida de conciencia. Me fijaban dos horizontes que, en mi situación, eran esenciales. En primer lugar, no intentar romper ninguna de las calderas del infierno en las que me encontraba. No ceder a la tristeza, a la ira, no obsesionarme con la destrucción de un infierno que, como el de Kafka, seguiría de todos modos conservando «todo su esplendor». Aquella palabra, «esplendor», sintetizaba en aquel lugar su modestia, su ironía, su inocencia superior. Uno no se libra del infierno en el que está, no hay forma de destruirlo. Yo no podía eliminar la violencia que me habían infligido, ni tampoco aquella que trataba de mitigar los efectos de la primera. Lo que sí podía hacer, en cambio, era aprender a convivir con ella, a domesticarla buscando, como decía Kafka, la mayor dulzura posible. El hospital se había convertido en mi jardín. Y, mirando a las enfermeras, a las auxiliares, a los cirujanos, a la familia y los amigos en aquel servicio de urgencias en el que todo el mundo se quejaba y se peleaba, en el que la crisis era el estado natural de los pacientes

y del personal sanitario, notaba que la dulzura kafkiana existía, pero que no era más blanda que una piedra y que encontrarla dependía de mí.

Volvamos a la operación posterior a la marcha de Gabriela. Iban a hacer un injerto debajo del labio inferior para cubrir el espacio mínimo que se iba ensanchando en las inmediaciones del colgajo: habían tapado el agujero, pero perdía saliva justo por encima. Por primera vez desde que me habían puesto la gastrostomía, me operarían con anestesia local. Querían evitarme así un coma más y me creían capaz de soportar aquella sesión de alta costura facial, algo de lo que yo estaba no poco orgulloso. Si estaba encantado de vivir aquella pequeña aventura era principalmente porque al fin iba a poder oír y ver, me decía, qué sucedía durante una intervención en la que solía estar dormido. Sobre el papel, porque lo que se dice sobre el cuerpo del paciente inconsciente no tiene probablemente mucho que ver con aquello a lo que asiste cuando no lo está. Aunque algo sí tenía que ver: el acto quirúrgico en sí, con los gestos y las palabras que lo acompañan. Como el día de la gastrostomía, tendría derecho a la técnica y a esos términos que me ilustraban y me tranquilizaban más o menos tanto, imagino, como a un explorador capaz de nombrar, en una jungla que descubre, las plantas y los animales que ve. Presenciar el trabajo que me hacían en la cara era una manera de acercarme al personal sanitario, de domeñar su mundo y hacérmelo mío, de poner en cierto modo un pie al otro lado. Cuanto más informado estaba del trabajo que exigía mi cuerpo, más capacitado me sentía de participar en él: un paciente de mi tipo era un atleta, lo repito como me lo repetían a mí, y el atleta debe comprender los tratamientos que le proponen, la resistencia que se le impone y las incertidumbres que sobrevuelan los partidos y el entrenamiento. Para ello se necesita un máximo de voluntad y un mínimo de estoicismo. A este respecto, mis referentes instintivos no eran tanto los de *Urgencias* o de *House* como Antoine, el hijo médico de *Los Thibault*, o los médicos humanistas de Cronin. Era la literatura, y no la ficción, lo que me ayudaba. Apenas si me quedaban fuerzas para leer literatura, pero seguía lleno de su lento recuerdo, yo, que ya no lograba hacer presentes los recuerdos de la

vida. Sus países lejanos me obligaban a no exponerme a nada, ni a ninguna imagen, ni a ningún sonido, ni a ningún cuerpo. Me ayudaban a reconstruir, paralelamente a mi rostro y a mi cuerpo, los personajes que la habitaban y que apenas necesitaban su cuna textual para vivir allí, en mi habitación, como ángeles de la guarda.

Me sentía aún más satisfecho de la intervención sin anestesia porque me iba a operar Hossein, cuya presencia me tranquilizaba. Hossein había logrado sin mucho esfuerzo todo cuanto se había propuesto, tanto en Francia como en Estados Unidos, o al menos daba esa impresión. A la fuerza tenía que ser falsa, porque los cirujanos suelen trabajar como posesos: tienen poco menos que el poder de un dios, y también a ellos se los inmortaliza en frescos, pero su aspecto dionisíaco me parece limitado, y tienen con el paciente, tantas veces desprovisto de libre albedrío, más responsabilidades. La belleza de Hossein, que poco más tarde iba a hacer las delicias de muchas de mis amigas, tenía en el hospital algo agradable, pero lo que más me seducía era su implacable dulzura al informar. Decía las cosas sonriente, con una voz suave, con un tono casi divertido, o distanciado, con una curiosidad que transformaba la relación, con la cortesía de quien parece considerarte lo bastante inteligente como para ponerte al corriente. Y me ponía al corriente de mi propio caso igual que Chloé, pero lo hacía de un modo distinto, más igualitario, más sereno, también más zalamero, y como si estuviera menos involucrado: no tenía el mismo estatus ni la misma experiencia que Chloé, y no era él quien me llevaba. Su gusto por la mundanería obraba en mi habitación una virtud insospechada: al hablarme como quien tiene delante una copa de (buen) vino, me hacía vislumbrar el *regreso al salón*, a la vida parisina, a su cultura y a sus indefectibles frivolidades. En resumen, introducía entre las sondas la igualdad, la ligereza y una continuidad con la vida exterior.

Tardé tiempo en advertir que su optimismo y su cortesía en apariencia satisfecha escondían no ya un pesimismo, sino una clara conciencia de sus límites. Sin duda no era un rasgo exclusivo de los exiliados y sus hijos, pero muchos de ellos lo compartían. Los padres de Hossein se habían marchado de Irán cuando la Revolución islámica. Habían dejado allí los muebles y los objetos familiares, en

un cobertizo. Habían pasado treinta años y se negaban a traérselos a Francia. Sentían que nunca volverían a vivir en Irán, pero la presencia allí de aquellos muebles y objetos abandonados al recuerdo y al sueño permitía que la vida fluctuara en una incertidumbre y en una luz que suspendían o matizaban el impacto irreversible de los acontecimientos. Poco a poco comprendía que también en mi propia vida las cosas se guardaban en un cobertizo del que probablemente saldrían, pero más tarde. De momento se quedaban allí, entre futuro y pasado, dejándome simplemente la posibilidad de fluctuar.

Dos años más tarde, un día que hablábamos del sentimiento de omnipotencia que desprendía el nuevo presidente de la República, la mirada negra y brillante de Hossein se endureció y me dijo: «¿Querer es poder? Los que piensan así son peligrosos.» Él lo sabía mejor que nadie, porque un cirujano puede muchas cosas, y en todo caso muchas más que el resto de la gente. «Una de las peores cosas que he tenido que hacer», me dijo aquella noche en un café desierto, «es quitarle la mitad de la cara al padre de una amiga. Tenía un cáncer. Cuando le di el diagnóstico, se puso a recitar poemas en persa. Aguantó todo hasta el final. Era un hombre extraordinario.» Entonces comprendí por qué, en la habitación 111, Hossein me había regalado el libro de poemas. El ánimo de los pacientes estaba conectado por el gesto del cirujano.

Antes de que me bajaran al quirófano, Cédric, un joven auxiliar travieso y sin afeitar, se encargó de afeitarme. Afeitar una cara alrededor de cicatrices recientes, primero las del agujero y ahora las del colgajo, era un trabajo de orfebrería fina que los cuidadores preferían evitar pero al que Chloé me obligaba entre refunfuños: los pelos son una incordiante fuente de infecciones y había que llegar al quirófano lo más imberbe posible. Mis padres me habían traído la mejor maquinilla, pero no me atrevía a utilizarla. El primero en ayudarme había sido Hervé, el auxiliar impasible con el que mejor me entendía. Hervé exhibía casi siempre un enarcamiento de cejas detrás de sus gafas de pasta, y una sonrisa que no sabías si era divertida o cordial, porque era ambas cosas. Era su manera de mantener a raya su discreción (y la dificultad). En sus años mozos, a

los teclados con el nombre artístico de Xeus, había sido miembro de un grupo de funk francés, Malka Family. La aventura había durado diez años. Como mucha gente allí, Hervé vivía en el hospital una existencia elegida en la que, sin saber muy bien cómo, yo notaba el peso de las vidas anteriores. Los veteranos, que podían tener solo treinta y cinco años, llegaban allí cargados de misterios que la miseria de los pacientes hacía si cabe más oscuros. No habían terminado por azar en aquel servicio difícil, siempre al borde del colapso, donde se podía esperar cualquier cosa menos gratitud. Los pelos que crecían pegados a las heridas formaban unos bosquetes negros y grises a los que ni Hervé ni Cédric se acercaban. Miré la barba de tres días de este último con cierta envidia: no solo no iba a bajar al quirófano, sino que además se ahorraría los sermones de Chloé.

Abajo, Annie la Castafiore estaba cariñosa como nunca, intuía o sentía que pronto yo iba a dejar el servicio. Me acompañó hasta la mesa de operaciones hablándome, creo, de Verdi. Hacía algún tiempo que nos intercambiábamos discos con Hossein, y, una vez instalado sobre la manta térmica, lo vi acercarse y mostrarme un CD de un pianista americano, Richard Buhlig: era *El arte de la fuga*, que yo escuchaba cada vez más en la habitación, en una versión de la pianista china Zhu XiaoMei. Hossein me dijo: «He pensado que quizá no conocía esta interpretación», y no se equivocaba. Luego me contó lo que iba a hacer señalando una especie de rallador perfeccionado, el dermatomo. Gracias a él, podría extraer una capa fina de epidermis del muslo derecho, no más gruesa que la loncha más fina de mortadela, justo al lado de aquella que ya me habían quitado para el trasplante: «De este modo», me dijo, «dejamos el otro muslo intacto.» A estas alturas, la idea de que algunas partes de mi cuerpo pudieran librarse de las cicatrices me parecía poco menos que increíble, y por un brevísimo instante me entró una sensación de alivio. Una parte del trozo de piel se colocaría y cosería luego en la zona del injerto, debajo del labio. Era lo que se conoce como injerto de piel fino. Los había de piel total, pero eso vendría luego, en el caso de que el primero no saliera bien. Una vez dadas las explicaciones, la operación podía empezar.

Hossein puso el CD en un lector. Mientras me desinfectaban y anestesiaban el muslo derecho, las primeras notas, tan lentas, del primer contrapunto se deslizaron por entre los gorros de las enfermeras para ir entrando una a una, como las gotas de un principio de lluvia, en la oreja. *Re, la, fa, re, do sostenido, re, mi, fa, fa, sol, fa, mi, re*. Era una música invernal, estábamos en invierno, mi vida hibernaba. El sonido de la vieja grabación iba adueñándose de la sala de operaciones y de mi cuerpo. Noté los pinchazos y me concentré en la música de aquel hombre, Bach, del que a cada día que pasaba tenía más la impresión de que me había salvado la vida. Como en Kafka, la potencia se conjugaba con la modestia, pero en su caso no lo movía el sentimiento de culpa: el carácter colérico de Bach obtenía su genio y su paz de la confianza en un dios. Hossein acercó el dermatomo al muslo; cerré los ojos e intenté refugiarme en la fuga, que en ese momento desarrollaba sus distintas líneas y obraba aquel milagro: cuanto más compleja era, más fácil se me hacía. Noté una ligera quemazón. El paisaje se despejaba. Los contrapuntos se sucedían y Hossein se puso a trabajar en el rostro que había anestesiado. La anestesia local en la cara es una paradoja más acusada que en otras partes del cuerpo. Notaba con vehemencia todo lo que aún no me dolía. La piel que se colocaba y se tiraba, el labio que se atirantaba, el movimiento de los tejidos y, por último, la aguja que Hossein iba clavando una y otra vez para efectuar la sutura. Como la sensación no se traducía en dolor, la percepción que tenía de mi propia cara volvía a tambalearse una vez más. La imaginación tomaba el relevo de los nervios adormecidos, como si quisiera sacar las conclusiones más delirantes de una frase inacabada. El más mínimo gesto se parecía a la sacudida de un corrimiento de tierras, pero sin muertos ni heridos, solo con el temblor y el pánico. Entonces volví a concentrarme de nuevo en la fuga. Trataba de meterme dentro, de convertirme en aquella fuga para librarme de las variaciones de mi imaginación. No tenía la menor intención de agitarme o lamentarme en presencia de Bach ni tampoco delante de Hossein. Al contrario, ahora que este parecía desgarrarme el labio para llevárselo a un aparte, hasta fuera del quirófano, como se tira de la oreja a un granuja, tenía que poner

unas sensaciones tan ciegas como intensas al servicio de la escucha del primero, y es lo que hice mientras, por falta de anestesia suficiente, el dolor empezaba a asomar: le hice una seña a Hossein y una nueva inyección lo alejó. Volví a adentrarme en la fuga y no la abandoné hasta que me subieron a planta.

Ya en la habitación, la escuché otra vez. Gabriela me había vuelto a escribir mientras yo estaba en el quirófano. Su correo era tan airado que no contesté. Estaba cansado. Se lo comenté a mi hermano, que me sugirió que le escribiera para recordarle que no había sido víctima de un «pequeño accidente de coche», puesto que parecía haberlo olvidado. Le dije que no se preocupara, que no tenía importancia, que a esa hora probablemente ya se habría calmado. Estaba sola, confundida, asfixiada por el sentimiento de culpa: ¿contra qué otra persona habría podido descargar su pena y su rabia? Que lo hiciera en el preciso instante en que yo volvía de una operación no podía sino hacer que me olvidara de esta operación, al menos por un rato, y Gabriela y su correo y la idea de contestarlo desaparecieron mientras Bach creaba el vacío en la habitación y al cabo la llenaba de nuevo. En mi piel, las vendas ya no aguantaban. En el momento en que el camillero se me llevaba, Hossein me había aconsejado que me la desengrasara con benjuí. Le pedí a mi hermano que fuera a buscar y me quedé dormido hasta que me despertó uno de esos ataques de tos, tan molestos y recurrentes, fruto de la traqueo. Entraron dos enfermeras, que al final lograron expulsar dos tapones. Estaba empapado en sudor, muerto, y puse una vez más *El arte de la fuga*.

Al día siguiente Chloé vino para hablarme del alta. Hacía algunos días que se comentaba, parecía prevista para mediados de marzo. Pero ¿adónde ir? Esa era la pregunta. A diferencia de ella, yo no tenía ninguna prisa por responderla. No quería salir del hospital, y por primera vez había escrito un correo a Christiane, la jefa del servicio, para trasladarle mi preocupación. Este correo da una idea de mi estado de ánimo y de la relación, a fin de cuentas bastante sumisa, incluso obsequiosa, que tenía con aquellos de quien dependía mi condición:

Como en estos momentos no puedo hablar, le mando este breve correo para agradecerle una vez más, de todo corazón, todo lo que están haciendo por mí. El personal sanitario es de una enorme profesionalidad, y soy perfectamente consciente de haber disfrutado de un trato de favor y de las mejores habitaciones.

También sé que en breve habrá que pensar en el alta. Chloé me lo dijo anoche. El próximo miércoles, como me sugirió ella, me parece imposible, casi me entra pánico: ¿qué voy a hacer con esta herida, con este agotamiento, con estos dolores? No me siento lo bastante recuperado ni lo bastante autónomo como para imponer mi presencia a mis padres o a quien sea. En cuanto a estar solo, necesito un poco de tiempo.

Pero sé también que el hospital no tiene vocación de quedarse a gente que estima se está restableciendo. ¿Cabría la posibilidad de llegar a un acuerdo para darme el alta ya «recuperado» a mediados de marzo? Es la idea que me había hecho, no sé si sería posible. En ese caso, me iría con la primavera a casa de mis padres, y luego a mi casa, con la ayuda de algunos amigos.

Era el correo de alguien preocupado, pero también demasiado optimista: los hechos iban a demostrar que no me estaba restableciendo, no al menos a corto plazo, y que el alta que querían imponerme era, como suele ocurrir en los hospitales, prematura. Christiane me contestó, con todo el tacto posible, que tenía la suerte de tener una familia y unos amigos formidables, y que todos sabrían prestarme ayuda y acogerme. En el hospital, la voz del jefe de servicio es la de aquellos a quien se debe, es decir, la de Chloé y la del profesor G: tenía que prepararme para marcharme. Un correo a Sophia, que estaba en España, subraya que ya me iba haciendo a la idea:

Chloé, mi cirujana, cree que tengo que marcharme del hospital para retomar la vida cuanto antes, por muy duro que sea. Sé que tiene razón, por ejemplo, si quiero volver a trabajar relativamente pronto: ¿cómo interesarse por la actualidad, por la tele, por lo que sea, cuando uno piensa y medita encerrado en semejante burbuja, rodeado de buenos libros y acechado por toda clase de miedos y malas noches? Todo lo demás parece mera distracción.

Volver a poner los dos pies en la orilla de los vivos no es tan fácil. Tenía que imaginarme una continuación a la que tanto mi cuerpo como mi conciencia se oponían.

¿Quería salir y retomar mi «vida de antes», como lo desean quienes parecen poner entre paréntesis un acontecimiento que, en mi propia vida, ponía entre paréntesis todo lo demás? ¿O no quería? Por aquel entonces fueron los sueños los que me recordaron la importancia que debían e iban a recobrar los rituales de la amistad –los mismos que Proust consideraba tiempo robado a la creación–, aunque empezaran por hacerlo en un campo de ruinas; habría que hacer los mismos gestos de siempre, los gestos de nunca, del mismo modo que allí me daba todas las mañanas una ducha vigorizante, escuchaba a Bach, leía la muerte de la abuela, el principio de *La montaña mágica* y las cartas de Kafka a Milena, escribía mis crónicas para *Charlie*, enchufaba las bolsas de nutrición, hacía mis veinte largos de pasillo o mi hora de paseo por el hospital.

Chloé estaba de nuevo en la habitación. Anoté lo que me dijo: «Es algo que en este servicio nunca habíamos vivido, esta mezcla de ternura y de locura que usted inspira, y es por eso por lo que tiene que marcharse. Tenemos que protegerlo de todo el mundo y de todas las tonterías que unos y otros le cuentan sobre el después, sobre si la cara se le va a quedar así o asá. Era inevitable: usted llega de un acontecimiento nacional que ha trastocado la vida de todos, y además tiene una personalidad muy especial. Aquí ha sabido recuperar fuerzas, y eso está bien. Ha hecho de este servicio

un nido acogedor y seductor, todo el mundo ha entrado en este nido, y ahora debe usted salir para librarse de ellos.»

Tenía razón. Si el periodismo aplicado en parte a los demás seguía siendo eficaz, el que me aplicaba a mí mismo empezaba a volverse en mi contra: cada cual tenía una idea de qué iba a ser de mí, de lo que iba o no a hacer; la última persona que me hablaba tenía siempre razón y mi angustia aumentaba de tanta incertidumbre como había. Seducir a la gente, en aquel contexto, significaba simplemente atarlos a mi caso, y compensar la angustia con esas ataduras. Chloé me recordaba que un lugar tan intenso no estaba hecho para acoger mucho tiempo a un paciente que intentaba –y había conseguido, a la vista estabametamorfosear las penas y las curas en impulsos. El pobre Ludo había sido una mascota, había muerto y yo lo había más o menos reemplazado a mi manera en el papel, pero las mascotas no estaban hechas para durar y el personal sanitario tenía que olvidar a los que se iban para ocuparse de los que llegaban. Hubo una época, hoy ya muy remota, en la que los pacientes se quedaban un año, dos años o incluso más en un servicio hospitalario; también era la época en que no se curaban. En la actualidad, si uno se quedaba mucho tiempo, como Ludo, era porque iba a morir; y ni así: incluso en ese caso era indispensable carecer de autonomía para hacer una excepción a la regla no solo contable, sino también existencial, que se había apoderado del hospital y del resto del mundo, y a su imagen. Por lo demás, a la mayoría de la gente le daba miedo entrar allí. Volvían a convertirse casi en niños. ¿Por arte de qué me había yo adaptado tan bien a las dificultades de la situación? ¿Por qué en ningún momento, o casi nunca, me había sentido mermado o reducido a la nada? Se lo debía a mi familia y a mis amigos, por supuesto, pero no solo: de pronto comprendía –o bien quería creerque nunca me había tomado muy en serio ni mi trabajo ni una vida social cuya interrupción no me afectaba. Algo en mi interior se sentía ligero como una pluma, abandonado a la disciplina cotidiana como al viento que pasa.

Chloé siguió con su reflexión en voz alta: «¿Instalarse en casa de sus padres? Haga lo que quiera, pero no se lo aconsejo. En Normandía hay una casa de convalecencia, pero allí se volverá loco.

Tampoco le aconsejo el servicio del que podría disfrutar aquí, en el hospital. En su casa, con una enfermera que vaya todos los días..., ay, qué digo, si usted vive solo y Gabriela está en Nueva York, entonces no sería fácil. Puede que haya otra solución...» Esta solución, de la que hablaban a mis espaldas, mi hermano me la comunicó en cuanto pudo: era un lugar del que no sabía ni que existía, el hospital militar de los Inválidos. Lo había sugerido un médico, el doctor S, que trabajaba para el gabinete de crisis del Ministerio de Asuntos Exteriores. Había venido a verme el día después del atentado. Era un hombre moreno, fornido, de ojos intensos, que tomaba decisiones rápidamente y había entrado en la habitación como un toro dispuesto a embestir no contra el primer capote que viniera, sino contra aquel que él escogiera. Mi hermano había estado en contacto con él y supo al mismo tiempo que Chloé cuál era el lugar en el que yo iba a pasar en breve la mayor parte de mi tiempo. Si le hubieran dicho entonces al doctor S que iba a quedarme casi siete meses en los Inválidos, probablemente habría dado un brinco, pero no como un toro, sino como un cabrito, pues a la gente que vive en estado de urgencia permanente le cuesta concebir un mundo sin tal. Los médicos de este temple presentan siempre una contradicción fecunda: tienen que conciliar el humanismo y la paciencia del cuidador con la impaciencia y el realismo del político. Son centauros que a menudo, si no terminan renunciando a esta dualidad, se vuelven locos. El doctor S era mi centauro, siempre en misión aquí o allá, y a este hombre resuelto, amable y eficaz le debo la estancia que en parte me salvó.

El traslado a los Inválidos estaba previsto para el 9 de marzo: Chloé quería ver cómo evolucionaba el trasplante que había hecho Hossein, que parecía que se estaba poniendo feo. Dos días después de la operación, Corinne, la fisio, vino por la mañana para la sesión casi diaria. Yo había dormido poco y estaba agotado. Me dijo que caminara un poco, para trabajar el equilibro y ejercitar el peroné. No había dado ni tres pasos cuando noté que me subía una náusea descomunal. Ni siquiera tuve tiempo de ir al baño o de coger una batea, y vomité de pie, en varias oleadas, un líquido amarillento que manchó por completo el suelo y la parte baja de las paredes.

Corinne se quedó de piedra en su bata, los pies en medio del pastizal, pálida como un muerto. Pasó un minuto, yo seguía vomitando sobre su silencio y su inmovilidad, mirándola y preguntándome: ¿pero de dónde sale toda esta *cosa amarilla*? ¿Voy a terminar ahogando a Corinne? Finalmente paré. Corinne me hizo tumbarme y salió a buscar ayuda mientras yo no dejaba de deshacerme en disculpas, como un criado que ha roto una lámpara o robado la cubertería. Volvió con la marquesa de las Mantillas y seguí disculpándome mientras esta me tomaba el pulso y la tensión. Luego entró una mujer de la limpieza, con su cubo, su fregona y esa maravillosa y silente lentitud africana que, en aquel servicio nervioso, me transmitía serenidad. Como parecía que me encontraba mejor, acompañé a Corinne y a la marquesa de las Mantillas al pasillo mientras limpiaban la habitación. «¿Quiere que vuelva un poco más tarde?», me preguntó Corinne. Le dije que sí. Luego, cuando la mujer de la limpieza hubo salido, me di la segunda ducha del día y me cambié el pijama. Corinne volvió al cabo de un rato para continuar la sesión. «Bueno», dijo, «se acabaron los paseos por hoy. Voy a drenarle y a hacerle trabajar un poco las manos.» Para el drenaje, Corinne se colocaba detrás de mí y me masajeaba el cuello y la cara para hacer circular la linfa que se acumulaba desde el trasplante. Enseguida notaba un calor que me subía del mentón hasta el cráneo y todo yo me convertía en una serie de escalofríos agradables e intensos. Luego, Corinne se sentó a mi lado y me cogió la mano derecha, la del dedo índice agarrotado e hinchado. Llevaría un minuto de masaje cuando volví a sentir la náusea. Corinne me pasó una batea, pero esta vez a la cosa amarilla le siguió un líquido negro y perdí la conciencia sumergiendo la cabeza en la batea llena. Cuando desperté, seguía en el sillón y estaba rodeado de un grupo de caras familiares. Una mano me secaba la cara, otras dos me extendían las piernas y las reposaban sobre una silla, y yo oía ya el carrito de las curas que se acercaba. Me levantaron, me desnudaron de cintura para arriba, me tumbaron, me tomaron la tensión y el pulso, me pincharon para los análisis de sangre, me pusieron los electrodos y me enchufaron el suero. Me dije, casi satisfecho: «Mañana no te vas.»

Por la tarde me llevaron en ambulancia a la otra punta del hospital a hacer los controles que la situación parecía exigir. ¿Se trataba de una bacteria, de una úlcera, de un simple ataque de fatiga, de una intolerancia a un analgésico o de otra cosa? Hacía frío y, en previsión de la espera antes del escáner y la ecografía, me había llevado *La montaña mágica*. La sala en la que me dejó el camillero era una suerte de corte de los milagros, llena de pacientes maltrechos, grises, verduzcos, algunos de los cuales llevaban horas esperando. Una corriente de aire espantosa cruzaba el espacio de un extremo a otro y parecía entretenerse con un esmero maníaco en cada uno de nosotros. Como no me habían dado ninguna manta, temblaba debajo de la sábana, y más temblaba todavía cuando veía temblar a los demás. Me dije que exponer a los pacientes a una bronquitis no era quizá la mejor manera de curarlos de una úlcera o de un dolor de muelas, y esta reflexión me procuró una satisfacción momentánea: no podía protestar contra un desorden y una brutalidad que estaban en la esencia misma del lugar.

Saqué *La montaña mágica* de debajo de la sábana y traté de luchar palabra a palabra contra el frío que cada vez me hacía temblar más. Lo abrí por las primeras páginas al azar y di con el pasaje en el que Joachim le habla a Hans del sanatorio de Schatzalp, el más alto de la región: «En invierno tienen que bajar los cadáveres en trineo porque los caminos no son practicables.» Hans no da crédito y se indigna, «y, de pronto, se echó a reír, con una risa violenta e incontenible que sacudió su pecho y desencajó su rostro, un tanto reseco por el viento frío, en una mueca grotesca y calladamente dolorosa.

»–¡En trineo! ¿Y me lo dices así, tan tranquilo? ¡En estos cinco meses te has vuelto un cínico!

»–No hay nada de cinismo –replicó Joachim encogiéndose de hombros–. ¿Por qué? A los cadáveres les da lo mismo...»

A los pacientes no les daba en absoluto lo mismo, y notaba cómo en el aire flotaba una protesta que reprimían el cansancio y la resignación, ayudados por la corriente de aire que también desencajaba los rostros «en una mueca grotesca y calladamente dolorosa». Una hora más tarde vinieron a buscarme para las

pruebas. El camillero estaba furioso, porque luego habría que esperar a la ambulancia. Yo le habría propuesto de buen grado volver a pie y a mi ritmo, pero el protocolo lo prohibía. Cuando salimos había anochecido. Los resultados de los análisis y de la ecografía no revelaron nada. Un médico residente me dijo: «¿No han encontrado nada? Buenas noticias.» De noche volvieron las pesadillas. No apuntarlas era una forma de olvidarlas.

Al cabo de dos días, por la tarde, volvieron a darme permiso para hablar, pero no mucho, de nuevo no sabía qué decir ni cómo hablar. De pronto, Linda entró con una cosa extraña en la mano que yo creía que nunca volvería a ver y que todo indicaba que era para mí: un yogur natural sobre una bandejita. Por primera vez desde el 7 de enero, iba a utilizar la boca para comer. Enseguida llamé a Gabriela por FaceTime, porque entretanto nos habíamos reconciliado, y delante de ella, que estaba al otro lado del charco, en Nueva York, empecé de nuevo a comer como podía, muy poco a poco y como un bebé, poniéndolo todo perdido. Ella había recuperado la sonrisa que tenía en la pantalla la mañana del 7 de enero.

Poco tiempo después escribí para *Charlie* una crónica titulada «El yogur». Establecía un vínculo directo con la visita de Marilyn que había contado en «La caja de galletas». Kafka, como siempre, formaba parte de la comitiva:

«Ningún programa de televisión de cocina –y los hay magníficos, pese a que en todos se habla por los codos e intentan compensar lo que no puede comerse con lo que no merece necesariamente decirse– me ha proporcionado nunca tanta alegría palpable como el primer alimento que he ingerido (con dificultades) por la boca, después de dos meses de alimentarme exclusivamente por una sonda. Era un simple yogur natural, con un poco de azúcar, como en la cantina: una especie de magdalena hospitalaria al margen del tiempo. Una auxiliar me lo trajo cuando menos lo esperaba, un día a eso de las tres, con esa naturalidad jovial y a veces brutal, por falta de tiempo, que distingue al hospital: como si ese yogur, que nunca había estado en mi habitación, me estuviera esperando en realidad desde siempre. No solo al paciente se le exige paciencia. También al mundo que lo rodea. La enfermera y la auxiliar van y vienen todo el

rato y sirven de enlace entre ambas esperas. Hacen entrar poco a poco el mundo de fuera, que se ha tornado misterioso y lejano, siguiendo las instrucciones del médico invisible. El paciente, que tiene todas las edades, acepta todo con gratitud y angustia. Acepté el yogur.

»La primera persona que me había hecho sentir de nuevo el "olor de la papaya verde", es decir, el aroma de los alimentos cotidianos, fue una amiga, un mes antes. Era un período en el que me costaba respirar por la noche. La sensación se debía solamente a la traqueotomía, pero las sensaciones conforman el cuerpo incluso cuando una información objetiva las contradice, y al mismo tiempo portan todo lo demás: cuando parece que el aire no entra, lo que se cuela son los pensamientos sombríos, ideas repetitivas y enrarecidas. La vida entera se ve filtrada por una materia espesa, opaca, que confunde el tiempo y la noche y los pasa por el embudo. Mi amiga llegó una noche con un bocadillo, mandarinas y un termo de café muy azucarado. No tardó en advertir que me habían regalado en vano –para mí, no para ella– unos bombones extraordinarios. Poco a poco, en silencio, me hizo oler todo lo que se iba comiendo. Yo tenía una fosa nasal tapada, pero no la otra, en la que penetraron todos los aromas de la Arabia doméstica. Por un momento me olvidé de lo mal que respiraba. Más tarde me recordaron que en el campo de prisioneros de guerra en el que mi abuelo se moría de hambre como el resto, allí en Pomerania, entre 1940 y 1945, los hombres de todas las nacionalidades mataban el tiempo intercambiando recetas de sus países respectivos, como si fueran sueños que las palabras concretaran, a pesar de que no comían otra cosa que sopa de colinabo.

»Ahora me encontraba delante de ese yogur. Tenía que abrir la boca, no ponerlo todo perdido, deglutir bien. Cuando la enfermera me lo puso delante, me encontraba en la posición y con el estado de ánimo que un Kafka tuberculoso se atribuye en una carta a Milena con fecha de 19 de julio de 1920: "La cuestión de cómo superaré el otoño que viene es algo que está por ver. [...] Cuando no te escribo una carta, me arrellano en la butaca y miro por la ventana. Se ve bastante, porque la casa de enfrente solo tiene un piso. No quiero

decir que cuando miro por la ventana esté muy melancólico, no, nada de eso, pero no puedo evitarlo.” Con Kafka, la desgracia nunca se ve defraudada por el idiota que llevamos dentro. Lleva a hombros a ese diablo ligero y profundo, implacable y risueño, que te ve errar, caer, y ni siquiera te deja, bajo ninguna circunstancia, recurrir a la autocomplacencia o al patetismo. En el hospital, el Kafka humorista es un compañero de viaje.

»Después de dos meses sin notar sabor alguno, la primera cucharadita de yogur (en cuchara de plástico) no tiene nada que ver con el primer trago de cerveza tal como lo describe Philippe Delerm, aunque se deje la mitad. No se trata de un pequeño gran placer recuperado, cómodo, compartido: es un renacimiento austero y solitario. Uno tiene todas las edades menos la propia. La memoria del yogur regresa de inmediato, pero importa menos que la vida que de ella se desprende. Cualquier gusto habría valido para el caso, combinado con ese frescor perdido que despertó a su vez un deseo apagado, la sed, y luego, ligado a una sonrisa aún limitada por las suturas y el dolor de los maxilares dormidos que vuelven a trabajar, un sentimiento olvidado: la rabia.»

Esta rabia crecía a medida que se acercaba el alta. Dos días más tarde escribí a mis padres, que se habían ofrecido a traerme compotas:

> Las compotas no sirven, me ceban como a una oca, no puedo terminar ninguna de mis comidas, tardo una eternidad (por no hablar de cómo lo pongo todo). Pero bueno, no vamos a quejarnos, es una vuelta a la vida.

La mayor parte de los correos de los días siguientes son cáusticos, casi rabiosos. Volver a comer, aunque fuera a duras penas, me hacía cobrar conciencia de mi regresión y de mis límites. Por primera vez me tornaba impaciente. Había llegado el momento de dejar un lugar en el que se me habían acabado las razones para luchar y sentirme orgulloso.

El día antes de irme era domingo. Me trajeron un cruasán y una

taza de chocolate, como era costumbre. Por la tarde fui unas horas con los policías, mi hermano y un amigo al Museo del Quai Branly. Hacía bueno. Por primera vez desde el último otoño, me senté en la terraza de un café, en el Campo de Marte, a dos pasos del tiovivo al que mi abuelo me llevaba cuando tenía tres años. Pensé en él mientras me tomaba un zumo de albaricoque. El zumo goteaba por el labio o por el injerto. Mi amigo me lo advirtió. Con todo, noté el sabor. Me había puesto de espaldas al sol para poder quitarme la máscara. Cuando volví al hospital, enchufé en la gastrostomía mi tercera bolsa de Fresubin. Chloé creía que no me «enchufaba» lo suficiente. Más tarde Juan me trajo un gazpacho que había hecho él mismo –era una de sus especialidades– y café con hielo picado. Me comí el gazpacho delante de él, en silencio, muy poco a poco, y me tomé el café. Mi cuerpo ya no estaba acostumbrado y me pasé la noche haciendo pis. Volví a leer por última vez la muerte de la abuela.

Hacía dos días que aquello era un ceremonial de despedidas. Las enfermeras, los enfermeros, las auxiliares, los auxiliares, Annette-la-de-los-ojos-claros y los demás, todos venían a decirme adiós, noche y día, aprovechando que estaban de guardia. Annie la Castafiore me hizo saber que no podía venir del mundo de abajo y que lo sentía: muy pronto volveríamos a vernos. Hossein y uno de sus colegas, Jean-Baptiste, me llevaron a visitar la sala de descanso del hospital. Estaba cubierta de grandes frescos caricaturescos. Los había que tenían un aire medieval. Pensé en la danza macabra que hay pintada en las paredes de la iglesia de La Ferté-Loupière. Mis dos guías me señalaron las representaciones de los miembros del personal sanitario que conocía. Chloé, a lomos de un caballo, era un caballero. Fue un momento de alegría. Yo estaba en pie. La amistad envolvía a los cirujanos de los que iba a separarme.

Me sentía como aquellos personajes de *Corto Maltés* que, al final de *La balada del mar salado*, después de tantas adversidades, desapariciones y muertes, se saludan y se dan un abrazo antes de embarcarse en su velero y dicen a los que se quedan en tierra: «¡Adiós, amigos! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Sois los mejores amigos del mundo!» Atrás dejaba la isla que había sido algo más que mi hogar:

una segunda cuna. Antes de irme escribí dos últimos correos. En el primero contesté a una amiga que me escribía desde Kerala. Se ofrecía a traerme un pequeño Ganesha, el dios elefante, para que me protegiera. Ganesha me resultaba una figura muy simpática, en Bombay había asistido a unas festividades que se celebran en su honor. ¿Volvería algún día a Bombay? Acepté el ofrecimiento. En el segundo correo les pedí a mis padres que me llevaran a los Inválidos el perfume que no me había puesto desde el 7 de enero.

Chloé tenía previsto venir a despedirse, pero aún no había llegado cuando la ambulancia se me llevó la mañana del lunes. La había visto por última vez el viernes por la noche. Fue entonces cuando me dijo: «¿Es consciente de por lo que ha pasado? Cuando hicimos el injerto de peroné, no las teníamos todas. Si salía mal, nos hundíamos todos con usted.» Yo había sido responsable de mi familia y de mis amigos, pero en última instancia también de mis cirujanos.

Mi hermano seguía la ambulancia. Los dos vehículos iban atestados de los objetos que se habían ido acumulando en mis habitaciones. En la ambulancia, estos objetos estaban por todas partes a mi alrededor. Tuve la impresión de ser un faraón menor y deprimido al que meten en la tumba, como en una barca, con todo lo que va a necesitar después.

18. EL SEÑOR TARBES

No había entrado en los Inválidos desde que era niño y no sabía que albergaba un hospital. Creía que allí solo había un museo, un gran patio de honor y una tumba. El gran patio estaba presidido por la estatua de Napoleón, y la tumba era la suya. Venía que ni pintado: hasta que me habían explicado que había «asolado Europa a sangre y fuego», había sido mi héroe. Salía de un gran libro ilustrado que se titulaba *Napoleón contado a los niños*, y a pesar de mis lecturas posteriores de historia y de los múltiples requerimientos humanistas, debo decir en honor a la verdad que nunca terminó de caer del pedestal, probablemente gracias a *La cartuja de Parma*, a *El coronel Chabert* y a la descripción, por parte de Chateaubriand, del rollizo Luis XVIII y de su panda de emigrados que vuelven del exilio entre los soldados napoleónicos de la Vieja Guardia del Imperio: la literatura, esa carroza infatigable, nos hace viajar entre deseos íntimos que se resisten a las caricias dirigidas. En aquel entonces leía poco, pero me servía de base para muchas reflexiones. Mis padres me habían llevado a visitar la tumba cuando tenía siete u ocho años. Era la época en que el cementerio de Eylau y el retraso del general Grouchy en Waterloo me inspiraban desconsuelo. Odiaba a los alemanes, aquellos nazis que ganaban al fútbol, pero más todavía a los ingleses, porque habían derrotado y hecho prisionero a mi héroe. Puede decirse que el niño está enfadado con la Historia. Puede pensarse también que comprende mejor que nadie hasta qué punto está suspendida, que es repetitiva, obsesiva, cronológica y circular a un tiempo; hasta qué punto, pues, se parece a la situación del paciente.

Mi nueva habitación estaba en la primera planta del hospital, al final de un largo pasillo festoneado de viejas ventanas. Desde la cama veía unos árboles y, recortándose sobre el cielo, la cúpula de la tumba. Iba a vivir siete meses en ese lugar, que no tardó en convertirse en mi *castillo*. Los visitantes eran mis *invitados*. Me

preocupaba de comportarme con ellos como un *castellano*, de hacer los honores del lugar, como un viejo noble ruso que llevara, además de la indumentaria, un viejo fusil y las huellas de una época desaparecida. ¿Acaso no me había exiliado de mi propia vida?

Estaba feliz de recibir a esos amigos en la verja de la entrada con mis policías o, si sus nombres se anunciaban en la garita, en la recepción del hospital. Algunos venían directamente a la habitación, pero a veces se perdían por el camino en el laberinto de pasillos. Estaba feliz de abrazarlos, de mostrarles las hermosas vistas, los rincones, los patios y las perspectivas ocultas, aquel cañón incautado a los turcos sobre el que podían leerse un montón de inscripciones. Estaba feliz de presentarlos unos a otros, yo, que hasta entonces me había distinguido por compartimentar mi vida. Llegaban con botellas, con galletas, a veces con algún que otro pequeño plato de comida. Me gustaba verlos beber y comer y charlar al atardecer en el patio casi desierto de la residencia, presidida igualmente por la cúpula de la tumba. Los policías se colocaban en un rincón, discretos, sonrientes y armados. La cordialidad dejaba poso sobre las piedras de aquellos edificios antiguos. Hacía calor, el tiempo se detenía tanto para mis amigos como para mí, y cuando, caída la noche, se marchaban, yo volvía a mi pequeña habitación, a mi vaselina, a mis somníferos, a mi cepillo de dientes ultrasuave y a mi vista privada de la cúpula de la tumba. Estaba allí, estaba en otra parte, un fantasma de los Inválidos, no era el único y me costaría horrores marcharme. Mi pequeña habitación era la barca en la que continuaba una travesía de la que no preveía el final ni podía en realidad desear que terminara. Y enchufé mi última bolsa de Fresubin.

La habitación se encontraba en el sector Ambroise Paré, en el pasillo bautizado con el nombre de Laón. El primer día, cuando vio llegar a nuestro grupo, Laura, una joven enfermera muy aguda de larga cabellera pelirroja, «buscó la venda» para saber quién de nosotros era el paciente. Yo llevaba una, grande y en parte transparente, que me iba del labio al mentón. Vi que dudaba con la mirada, hasta que se fijó en mí. No tardé en enterarme de que el marido de Laura, un militar libio gravemente herido en las piernas por un proyectil, llevaba varios años de trasplante en trasplante. Me

hablaba del caso sin insistir, la sonrisa en los labios, igual que me hablaba a veces en el mismo tono de su religión, el islam, y de las caricaturas del profeta, que le habían parecido innecesarias y fuera de lugar. No estábamos allí ni para acusarnos, ni para disertar, ni para lamentarnos. El mundo del hospital es el mundo de la constatación. En los Inválidos, a diferencia de en la Salpêtrière, los pacientes se frecuentaban, se relacionaban unos con otros: no estaban en una emergencia, estaban en rehabilitación. Los calvarios de unos ponían en perspectiva los calvarios de los otros. Las soledades y las sillas de ruedas circulaban en silencio por los grandes pasillos, al abrigo de los edificios construidos bajo el reinado de Luis XIV, para dirigirse a la residencia, al gimnasio o a los talleres. Era un lugar tranquilo, antiguo, vacío fuera del horario laboral, un lugar en el que el peso de las instalaciones y de la Historia atemperaba la intranquilidad del paciente. Contribuía, en cierta medida, al restablecimiento.

Le pregunté a Laura si conocía la catedral de Laón, tan bonita que me recordaba la de Vézelay, y que parecía vivir como entre dos mundos, el románico y el gótico, el norte y el sur, el cristiano y el musulmán. Laura no sabía que existía una ciudad que se llamaba Laón. Creía que era el nombre de un médico militar, me dijo; después de todo, pensé, quizá esté en lo cierto, aunque el nombre del pasillo venía sin duda de la batalla de Laón, que Napoleón ganó en 1814. Yo conservaba una imagen interior de esta catedral, y también de lo que el comandante Ernst Jünger escribe en sus diarios, *Radiaciones*, cuando ocupa Laón con el ejército alemán. El 11 de junio de 1940, completamente a oscuras, entra en la biblioteca de la ciudad por un portal derruido: «Recorrimos las salas en las que de tarde en tarde iba iluminando un libro con mi linterna (por ejemplo, una edición de los *Monumenti antichi* de un valor incalculable). Ocupaba toda una estantería. En parte por el suelo, y en parte sobre una mesa alargada, había una colección de autógrafos en treinta volúmenes recios; abrí uno al azar. Contenía cartas de célebres botánicos del siglo XVIII, algunas redactadas con una caligrafía muy fina y graciosa. De un segundo legajo saqué una carta de Alejandro I, también algunas notas de Eugène de

Beauharnais y de D'Antommarchi, el médico de cámara de Napoleón. Con la sensación de haberme adentrado en una cueva misteriosa, abierta por un "Sésamo", me fui y volví a mi alojamiento.» También yo tuve la impresión de haberme adentrado en los Inválidos en una cueva o caverna que, pese a la asonancia, su pasado y su administración militar, no tenía nada de caserna; pero aquella cueva se convirtió en mi hogar.

Llegué a la planta acompañado de los policías y los conductores de la ambulancia. Mientras yo inspeccionaba la habitación, mi hermano había ido a admisiones a registrar mi ingreso. Como le preguntaron con qué nombre debía figurar, le dio el mío. «Aquí», le dijo la mujer de admisiones, «necesita un nombre falso.» Cogido por sorpresa, mi hermano pensó en la cuna de nuestro padre, en la ciudad en que vivían nuestra tía y nuestro tío, y dijo: «Tarbes.» Así fue como me convertí, en el mundo de los Inválidos, en el señor Tarbes. Me encantó la decisión de mi hermano, aunque en un primer momento no entendí por qué. Había sido en los Pirineos, yendo a los lagos, donde más cerca me había sentido de ese estado cuya búsqueda me parecía inútil: la felicidad. Era un estado próximo a la disolución: en el paisaje, en la luz, en el sonido y en el aire. No estaba exento de fatiga o de preocupación: aquellos lagos minerales, situados bajo las cumbres, tenían una perfección y una virginidad que los emparentaba con la muerte. Bastaba con mirar el agua clara y oscura para notar que, una vez dentro, sería imposible salir. Era un motivo excelente para sumergirse en ella y volver a salir para sentirse vivo, al sol, como una especie de superviviente.

La ciudad de Tarbes no tiene mucho encanto; pero, además de mis vínculos familiares, sí tiene, al menos para mí, dos atractivos: el magnífico jardín Massey, del siglo XIX, al que me gustaba ir a caminar bajo los árboles altos después de que hubiera llovido, y el hecho de que la ciudad está ligada a la infancia de tres escritores que me gustan: Théophile Gautier, Jules Laforgue e Isidore Ducasse. El primero, nacido allí, se marchó enseguida. Los otros dos nacieron en Montevideo, pero, como muchos inmigrantes franceses en América Latina, sus familias tenían lazos en el Suroeste y crecieron allí. El hecho de que esos dos grandes poetas hubieran pasado su

infancia en Tarbes la convertía en un lugar imaginario. Desde allí podía remontarme a países lejanos, hasta aquella América Latina con la que tanto había soñado, y me disponía ahora a descender el río hacia una nueva vida, a merced de los esfuerzos y de las circunstancias, bajo aquel pabellón íntimo y exótico.

Allí nunca me llamaron de otro modo. El señor Tarbes tardó poco tiempo en vivir su vida entre aquellas paredes de la época clásica, el fantasma de los Inválidos era él. Estaba hecho de disciplina y de paz, de rehabilitación y de lágrimas en la consulta, de paseos al alba y de aún más paseos al atardecer. El señor Tarbes no era Philippe Lançon, ni un seudónimo de Philippe Lançon. Era un heterónimo, tal como Fernando Pessoa lo había sin duda imaginado al crear su obra con vidas distintas, y no solo con nombres. El señor Tarbes no hablaba ni actuaba en absoluto como Philippe Lançon. Era menos hablador, más lento, más distante, más atento, también más benévolo, sin duda muchísimo mayor, pero de una edad descargada de excesiva presencia. El señor Tarbes metabolizaba su pesar bajo el oro de la tumba. Era delgado, llevaba un sombrero grande, no podía sonreír, comía sus platos lácteos y triturados a toda prisa y nunca delante de los demás, para ahorrarles el espectáculo –plaf, plaf, plaf– de sus derramamientos. Había en él algo de Montevideo, una ciudad en la que Philippe Lançon nunca había estado, y cada vez apreciaba más ese algo que lo hacía frágil, inseguro ante la vida, sensible al aliento y a la actitud de los muertos. El señor Tarbes estaba en suspenso, flotaba. Cada vez sentía más apego por una ciudad que le había prestado su nombre, por otra ciudad en la que Philippe Lançon nunca había estado.

Sin embargo, los recuerdos de los sueños habían vuelto, y con ellos un nuevo paso desagradable de Philippe Lançon hacia la vida. La noche antes de marcharme a los Inválidos tuve un sueño que durante un tiempo proyectó su sombra sobre las dos primeras semanas del señor Tarbes.

Me alojo en casa de Gabriela, en una de esas grandes casas americanas. Me acoge después de la herida. Ese día es la fiesta de los niños. Llegan los niños de los vecinos, juegan, hacen ruido, luego algunos se meten en una bañera enorme llena de espuma que les

habíamos preparado. Me meto desnudo, como ellos, y me siento de cara a ellos al otro extremo de la bañera. Disfruto del enorme placer del agua caliente y de mirarlos. De repente, una «mamá» americana entra en el cuarto de baño y, al verme, se pone a gritar presa del susto y del asco: «¿Qué hace usted *aquí*, en esta bañera, con los *niños?*» La miro y trato de contestarle a duras penas: «Pero si... me estoy dando un baño, vivo aquí. Y a ellos no les molesta. No soy ningún pederasta.» Me cuesta articular, pero el problema no es ese. Ella no quiere escuchar y exclama: «¡Es usted asqueroso! Voy a avisar a los otros padres y a la policía. Nos vamos ahora mismo de este *sitio*. Niños, ¡fuera de la bañera!» Trato de hablar: «Pero... Pero... Pero...», pero no acierto a decir nada más. Se van todos y me quedo en la bañera, abrumado. Me van a acusar de todo, pienso, cuando lo único que buscaba era un poco de bienestar. Oigo cómo hablan, dan portazos, braman, se indignan y se van. ¿Qué pensará Gabriela? ¿Qué va a decir? ¿También ella va a...? Entra un hombre, un *americano fornido*, dispuesto a echarme una bronca y a detenerme. Pero de pronto se fija en mi cara, asustado, y me dice: «¿Qué le pasa? Este agujero se lo taparon después del 7 de enero...» Entonces me veo a través de sus ojos: mi mejilla derecha se pone negra a ojos vistas, aparece un agujero por el que salen y caen, uno a uno, mis últimos dientes. Fin del sueño y pánico de la víspera ante la boca que pierde y por donde el cuerpo entero, después de los dientes, se evacúa.

Antes del atentado estoy delgado, hago deporte, mido un metro setenta, tengo la arquitectura ósea fina de mi padre y mi peso habitual es de unos sesenta y dos kilos. Al llegar a los Inválidos peso cincuenta y siete. Estoy por así decir en los huesos, y además ya me habían quitado uno, con eso bastaba. Transcurrido el tiempo en que el injerto del peroné en la mandíbula hubiera podido hacer una necrosis, no está previsto quitarme más. El cuerpo no ha parado de ayudar al cuerpo, como un kit de supervivencia y reconstrucción autónoma, como la bodega mágica del barco varado de Robinson. Ha dado prácticamente todo de sí. Está en las últimas, pero la rehabilitación empieza en verdad cuando el cuerpo ya no puede más. ¿Tengo otro de repuesto? Mientras lo descubro, lamento tener

que hacer el inventario de los males del paciente, igual que lo hicieron los nuevos médicos cuando llegué a los Inválidos.

Acabo de empezar a hablar de nuevo, pero no sé si mi voz es la mía: viene de un lugar del cuerpo que se me antoja misterioso, cavernoso, y no la reconozco. Este no reconocimiento me preocupa. Cuando hablo, tengo la impresión de que de la boca me sale algo confuso, una papilla de palabras masticadas por los dientes que ya no tengo. No entiendo por qué la gente parece entenderme, y en ocasiones me pregunto si no lo fingirán. Tampoco sé si mi boca, aún por reconstruir, es mía: este labio inferior extraño, partido y asimétrico que me cuelga y que arrastra lentamente y con dificultades hacia el interior desdentado los pocos alimentos líquidos que le dan, este labio me da asco y lo mantengo a distancia llamándolo *la membrana*. El injerto en la pantorrilla se ha inflamado y parece una hamburguesa de pésima calidad que rezuma grasa. El que hizo Hossein estaba «ahumado», es decir, no había prendido. Tengo que volver una semana más tarde para un nuevo intento. En cuanto al dedo meñique de la mano derecha, una radiografía acaba de mostrar que la primera falange se ha soldado. «Habrá que operar», me dice la radióloga, «hay excelentes cirujanos de la mano.» Empiezo a tener mareos cuando me levanto: el oído interno protesta, me dicen que los cristales deben de haberse movido. Gabriela me vuelve a llamar por FaceTime. La comunicación es mala. Sugiere que pasemos al lenguaje de signos.

Los pacientes suelen callarse ante la gente impaciente. Les entiendo y también yo me callo; pero me parece que nos equivocamos. Sería mejor meter la cabeza de los demás en eso que no pueden o no quieren ver, saber ni imaginar. Habría que hacerlo con regularidad, en la práctica, con suavidad, fríamente, a riesgo de que te consideren un ser desagradable, machacón, autocomplaciente, agresivo, quejumbroso, delicado: un ser que deja sordo. Habría que hacerlo sobre todo porque los que escuchan solo comprenden a lo sumo una tercera parte de lo que oyen, cuando tienen buena voluntad: las palabras transmiten mal a los que gozan de salud el trabajo de un cuerpo que les preocupa y al que en su mayoría son ajenos; las palabras no parecen salir del cuerpo que

tratan de describir ni tienen ninguna posibilidad de llegar a él si el cuerpo no insiste. ¿El pudor, el orgullo, el estoicismo? Virtudes muy celebradas que creo haber practicado lo suficiente como para advertir sus límites, su ambigüedad y hasta qué punto permiten al mundo olvidar el dolor de aquellos que dicen respetar al precio de su silencio. Proust estuvo enfermo gran parte de su vida, y quizá fuera por eso por lo que, en una situación que no deja de ser cómica, no veía más que falsos pretextos, soledad, poses y malentendidos en todas partes. La enfermedad no es una metáfora: es la vida misma.

Sigamos. Doctor, ¿me escucha? Me duelen la pierna y el pie derechos, y también el muslo, por la noche más incluso que durante el día. El mero contacto con la sábana me irrita todo el pie y no me deja dormir. Los nervios parecen a flor de piel. Lo que más me duele es el maléolo. Tanto durante el día como por la noche me pongo encima de las vendas unas medias de contención: si me olvido, me hincho de inmediato. El mentón, cada vez más presa de hormigueos, está *vivo*. He llegado a creer que pienso con el mentón. Menos mal que pienso poco. Cuando lo hago, es como si me dijera, igual que la hormiga a la cigarra: cállate y trabaja en tu rehabilitación en previsión del próximo invierno. El invierno es la vuelta a la vida ordinaria. Por muy lejos que quede, me produce pavor. Lo sé, doctor: el hospital de los Inválidos está ahí para limitar este pavor acercándome al invierno que lo inspira. Pero necesitaré tiempo, si me lo permite. Mientras tanto, la filosofía de Malebranche me sentaría de maravilla, en particular cuando escribe: «Por todas estas cosas es evidente que hay que resistir constantemente a los esfuerzos que el cuerpo hace contra el espíritu, y que debemos acostumbrarnos poco a poco a no creer las relaciones que nuestros sentidos hacen de todos los cuerpos que nos rodean, que nos presentan siempre como dignos de nuestra aplicación y nuestra estima, porque no hay nada en lo que debamos detenernos ni de lo que debamos ocuparnos.» Pero aún no he leído a Malebranche cuando ingreso en los Inválidos. Y si lo hubiera hecho, no lo habría aceptado, por cuanto es precisamente mi espíritu el que está cada vez más sometido a mi cuerpo, a medida que este se va retirando de la zona que había invadido por completo. El espíritu ha resistido al

cuerpo mientras uno y otro habitaban en un campo de ruinas. Ahora el cuerpo despierta de nuevo a la vida, pero lo hace por medio de sensaciones inéditas, imprevisibles, dolorosas, que el espíritu no logra asimilar y que acoge como si de intrusos se trataran. Ya no se eleva por encima de los síntomas y las señales; los espera impaciente, como un tendero.

Las zonas del injerto supuran. El injerto que ha salido mal ha adquirido un color oscuro, y por la noche su pestilencia se me mete en la nariz. El meñique derecho, todavía agarrotado, sigue dolorido y no se deshincha; convierte la mano en poco menos que inútil. La larga cicatriz del brazo no termina de distenderse. Tengo el antebrazo hueco como una rama muerta. Mi cuello es un periscopio. Vuelvo el torso entero para mirar a la derecha o a la izquierda. Salvo por el monóculo, parezco Erich von Stroheim en *La gran ilusión*. Pienso en poner un geranio en una maceta delante de mi nueva ventana. Lo cortaré el día que salga, que espero sea lo más tarde posible. Las cicatrices alrededor del colgajo son delicadas. Cada afeitado las pone en peligro. Me paso un montón de tiempo en el cuarto de baño alrededor de sus asperezas. Me cae la baba cuando hablo, cuando duermo, cuando como. Cuando los dolores me dejan tranquilo, me despierto diez veces bien por las ganas de hacer pis, bien por los ronquidos que degeneran en apneas. El velo del paladar debe de estar dañado: muchas veces me asalta un resoplido de viejo que degenera en tos, como si la garganta quisiera competir con los senos nasales. En contra del sentido común, ahí dentro todo está comunicado. Es la anarquía. La atrofia de los músculos tampoco ha hecho mucho bien a mi espalda, en la que nunca había tenido problemas.

Y, para terminar, este nuevo fenómeno: de la boca me salen unos pelos de pierna que se doblan hacia lo que han podido reconstruir del labio inferior: parecen algas minúsculas y negras que el agua hubiera pegado en una concha o un coral. Estaban ahí desde el injerto del peroné. Como estaba rasurado, han tardado un tiempo en volver a crecer en su nuevo entorno, líquido y caliente. Empiezan a formar unos pequeños ramilletes que noto cuando paso la lengua. Mientras se queden dentro, podré soportarlo. Pero no me apetece

demasiado que acompañen mis comidas, mis salidas y mis charlas. A este respecto, me aferro a mi pudor. No quiero parecer un *mono* a ojos de los de fuera. No me habían avisado de este pequeño inconveniente. Para los cirujanos, todo lo que no tenga que ver con la supervivencia o la necesidad forma parte de la comodidad, esa es la palabra que utilizan. Los pelos de la pierna en la boca son una cuestión de comodidad. Me obligan aún más a pensar en mi cuerpo de otro modo, según las formas de las vistas despiezadas de un arlequín de Picasso. ¿Cómo acoger y sentir esta piel insensible de la pierna en el mentón, esta piel de muslo en la pantorrilla, estos pelos de pierna en la boca, esta mucosa invertida y mal vascularizada que me sirve de labio, este compuesto a base de carne de caballo o de cerdo que se fija a lo largo de un sustituto de encía que se irrita al menor contacto? A veces me despierto con un diente de leche en la narina, con una uña en la oreja derecha o con unas cejas sobre el segundo ombligo que forma la gastrostomía. También me ha crecido un pie en el lugar del meñique y tengo una rodilla cubierta de costras, como cuando era niño, entre las articulaciones de la mano. Me he convertido en un monstruo discreto con grapas encima del trasero, pero eso no es efecto de la imaginación: es la escara, que se aprovecha de mi delgadez y de la finura de mi piel para crecer. ¿Cómo dice, doctor? ¿Que tiene vendas más eficaces y mejor adaptadas a las heridas que en la Salpêtrière? ¿Que el ejército está mejor dotado que la Assistance Publique? No puedo sino alegrarme: se agradece todo alivio.

Mentalmente no me encuentro mejor. Emerjo de dos meses de curas intensivas como quien sale de un sueño largo, con una sensación de tener treinta y seis resacas a la vez. El momento delicado, doctor, es cuando el paciente cobra conciencia del cuerpo metamorfoseado en el mundo vivo que lo rodea. Es entonces cuando comienza a renacer de veras, y este renacimiento, que hasta el momento se manifestaba por medio de choques físicos de una violencia casi mágica, viene ahora acompañado de cierta tristeza: salgo del ciclo de las calderas del infierno para adentrarme en el baño frío del purgatorio, que no es mucho más agradable. Lloro por mi vida perdida, lloro por mi vida futura, lloro por mi vida oscura,

pero no me verá llorar. He aquí cómo me encuentro, doctor. Veo que toma usted notas, eso está bien. Pero ¿de verdad basta con eso?

Philippe Lançon se calló y entró en escena el señor Tarbes.

La habitación era pequeña, vieja, de un encanto anticuado, y en el fondo de mi mal no tardé en sentirme bien entre sus cuatro paredes. Me dijeron que allí había estado un escritor y sé que a mí me sucedió Edgard Pisani, el antiguo ministro. Las vistas tenían mucho que ver, y también, probablemente, el recuerdo del recuerdo: se parecía a una buhardilla con baño compartido en la rue Notre-Dame-des-Champs, en la que había vivido siendo estudiante. Era propiedad de dos mujeres mayores que vivían juntas unos pisos más abajo y a las que iba a ver de vez en cuando a la hora del té. La ventana de la habitación de los Inválidos tenía un alféizar ancho en el que dejé mis libros y CD. Se parecía a aquel en el que, treinta años antes, me sentaba a leer a Proust, ya presente en mi vida, mientras observaba los tejados. El cuarto de baño era casi tan grande como la habitación. Cuando abría los ojos en mi nueva cama, ya no veía la persiana gris o el pino negro de la Salpêtrière, sino, más allá de la ventana alta y vieja de cruceros de madera, más allá de los árboles de un patio que databa, como el resto de los edificios, de la época de Luis XIV, aquella cúpula iluminada. De día, el oro resplandecía en el cielo, que aquella primavera y aquel verano estuvo casi siempre azul. De noche era todavía mejor: el oro iluminado se recortaba sobre el cielo negro y me quedaba dormido contemplándolo. Seguía sin teléfono ni televisor. Los policías estaban sentados, uno delante de mi puerta, y el otro al fondo del pasillo. Como en la Salpêtrière, hacían turnos de ocho horas, y empezaba a reencontrarme con caras que me habían custodiado una o dos veces en eso que se iba convirtiendo ya en mi vida hospitalaria anterior. Uno de ellos me acompañaba en todos mis desplazamientos.

El primero era de Cherburgo y era jovencísimo. Con él descubrí poco a poco el patio principal y todos los jardines, en particular las zonas de césped que presidían la gran explanada. Se accede a ellos desde el patio principal por una puerta desde la que la vista –espectacular– del puente de Alejandro III y del Grand Palais a lo lejos me abría el corazón y la vida mientras yo me disolvía en un

cuadro de Manet. De noche aún era más bonito. Pese a mi estado y al cansancio, pese al frío de aquellos principios de marzo y a la lluvia que caía en ocasiones, no renuncié a ninguna de mis rondas de noche. Quería volver a ver aquella vista, aquel cielo, el Sena vislumbrado detrás de las hileras de árboles, los techos de los grandes museos y, más lejos, las cuestas de Montmartre, todos los siglos de aquella ciudad que yo quería y en el corazón de la cual habían masacrado inopinadamente a un puñado de dibujantes. Quería adentrarme en aquella vista como me había adentrado en su día en un valle de los Pirineos, y todas las mañanas y todas las noches se obraba de nuevo el milagro. La vista se apoderaba de mí con suavidad y me hacía entrar en *El jardín de invierno* de Manet. Una elegante mujer estaba sentada en un banco, pensativa, y era yo. De pie, un hombre se inclinaba sobre ella, barbudo, y era yo. Visto desde los Inválidos, Manet no era más que una atmósfera. La mirada de sus personajes, aquella ligera ausencia, aquella suspensión por encima del ser, eso era lo que buscaba Philippe Lançon y lo que el señor Tarbes, sin buscar, encontraba; pero el encuentro entre ambos, que no tardaría en ocurrir, tendría lugar en torno a otro pintor.

De momento cojeaba por los adoquines irregulares del patio de los Inválidos en compañía del policía bajito de Cherburgo. Nos detuvimos delante de los dos tanques estacionados a derecha e izquierda de la puerta. Él los miró con atención y me contó su historia: el policía leía todo el tiempo libros sobre las dos guerras mundiales y sobre los ejércitos que se habían enfrentado. En varias ocasiones me encontré con agentes de conocimiento enciclopédico. Luego avanzamos hacia las zonas de césped bordeadas por arbustos de boj tallados y nos alegramos de descubrir montones de conejos. Solían salir por la mañana y por la noche, cuando los Inválidos estaban cerrados al público. En esas horas el territorio era suyo y lo aprovechaban en todas las posiciones sin cortarse ni un pelo. Los había que se tumbaban en el césped cual Lolitas, con el culo al aire. Otros se quedaban de pie, absolutamente inmóviles durante varios minutos, como enanos de jardín, y luego echaban a correr como locos sin que hubiera ningún cazador.

El señor Tarbes nacía lentamente, pero Philippe Lançon se sentía solo y presa del pánico. Había salido del mundo de los cirujanos, esos artistas de la urgencia, y lo había cambiado por el de los profesionales de la rehabilitación. Desde que lo fundara Luis XIV, el hospital de los Inválidos era un hospital militar reservado a los soldados heridos en combate, y ahora también a las víctimas de atentados; pero ya no se veían los caras partidas o *gueules cassées*, aunque un hermoso cartel azul, en el gran pasillo de la planta baja, recordaba la existencia de la asociación que los agrupaba. En adelante, había sobre todo amputados, paralíticos, víctimas de accidentes cerebrovasculares, gente que había sufrido traumatismos craneoencefálicos, y dos de mis compañeros heridos y supervivientes de *Charlie*: Simon, el *webmaster*, y, más esporádicamente, Fabrice, el periodista comprometido en la lucha por la ecología que había resultado herido ya en otro atentado treinta años antes.

Cuando llegué, Fabrice había vuelto unos días a su casa: tenía niños pequeños y quería pasar el máximo tiempo posible con ellos, a pesar de las muletas y de los dolores en las piernas. Simon, por su parte, había salido del coma y comenzaba una lenta rehabilitación. Podía hablar y mover los brazos, pero no podía caminar. Su habitación estaba al lado de la mía. Una de las primeras cosas que me dijo cuando fui a verlo fue: «Aquí nos tienes, hermanos de sangre.» Otra amiga de *Charlie*, Zineb, estaba presente. Durante las reuniones del consejo de redacción del miércoles, que muy bien hubiera podido llamarse consejo de reacción, sus soflamas atronadoras contra la situación de las mujeres en los países musulmanes habrían despertado a los muertos que la mayor parte de nosotros no éramos todavía. Tuvo la suerte de no estar en el periódico la mañana de la masacre. Los islamistas habían puesto precio a su cabeza, y, como yo, llevaba protección: nuestros guardaespaldas formaban una discreta aglomeración en el pasillo. En la habitación de Simon, Zineb lloraba un poco, no mucho. Ni Simon ni yo llorábamos, al menos en público. Las lágrimas no nos aportaban nada, salvo una pérdida de orgullo y de energía. Aquella mañana Simon se estaba comiendo un trozo de pastel que parecía

delicioso. Me ofreció, pero mi boca no estaba en condiciones de aceptarlo, y lo observé con mirada torva mientras pensaba: «Tú sigue con tus pasteles, que yo seguiré con mis paseos.» El paralítico y el de la cara rota bajo la mirada de nuestra amazona árabe un poco alocada, feminista radical e infinitamente viva, que pronto se instalaría en un país del Golfo: al final nos reímos los tres de la situación, como si fuéramos a terminar en una viñeta.

Tumbado en su cama, en la que parecía minúsculo, Simon vivía como una marmota en el fondo de una madriguera en invierno. Tenía treinta años pero parecía no tener ya ninguna edad, o quizá era que la bala que le había entrado por el cuello y se había demorado por su espalda se las había dado todas. Era joven como un recién nacido, y, cuando estiraba un poco la cabeza, viejo como una gárgola. Su inteligencia, su ironía y su vanidad creaban una capa de grasa que lo protegía de sí mismo y de la gente inoportuna. Escribo «su vanidad», pero, al margen de que yo no le iba a la zaga en este asunto, no veía en ella un defecto, sino más bien una cualidad propicia para la supervivencia, buena como cualquier otra, y que no merecía por tanto que la juzgaran. Yo mismo había reciclado en la Salpêtrière una vieja manía de seducir, no para engatusar a las enfermeras, sino para mantener la mejor relación posible con todo el servicio. Era la alquimia del hospital a largo plazo: allí, los supervivientes tenían derecho a todos sus defectos, siempre y cuando hicieran buen uso de ellos. No estábamos en un salón burgués. Luchábamos sin juzgar, sin límites, con todas nuestras pequeñas armas. En este sentido, el espíritu de *Charlie* –ese periódico que la gente remilgada y los apóstoles de la virtud, cualquiera que fuera su condición, no habían dejado nunca de odiar y despreciar– se adaptaba a la situación: nos permitía reírnos de todo, y antes que nadie de nosotros mismos, quemando hasta el último cartucho. No nos habíamos merecido nuestra suerte, pero eso no era una razón para ahogarnos en escrúpulos o para tomarnos en serio. *Esos a quienes no gustábamos* serían siempre suficientes como para hacerlo en nuestro lugar, y no iban a tardar.

Cuando no dormía, Simon luchaba: contra el dolor, en favor de la meditación, en busca de cada nuevo movimiento y, más adelante, de

cada nuevo placer. Escuchaba música minimalista, sobre todo a Steve Reich. La que sería su mujer, Maisie, desplegaba imperceptiblemente alrededor de él una actividad desenfrenada y concreta: de tarde en tarde me la cruzaba en los grandes pasillos desiertos con una bolsa de ropa unas veces limpia y otras sucia, y con alimentos selectos. Debido a las circunstancias, Simon se había convertido en un héroe táctico dentro de su madriguera. Como yo, no podía permitirse el lujo del altruismo ordinario. De esta manera obtenía del personal sanitario, de los amigos y de las instituciones todo aquello a lo que no tenía derecho. Los Inválidos eran un puerto bien protegido, con su belleza fija, sus patios, sus jardines, sus instalaciones punteras de fisioterapia y ergoterapia en las que reparar el casco, las velas, el timón y la moral de los albatros que éramos; pero, incluso allí, donde la benevolencia era la regla y la palabra dada, un principio, había que analizar a los hombres, las instalaciones, el equipo, la situación y aprender a luchar para durar. Es injusto, pero es así: la víctima tiene que ser inteligente, obstinada, no tener escrúpulos e ir armada; a diferencia de aquellos de quienes depende, no puede permitirse ser débil.

Simon y yo comprendimos enseguida y a la vez que ni debíamos exponernos, ni creer demasiado en los discursos políticos que nos santificaban. Sí teníamos, en cambio, que aprender a utilizarlos para fortalecer nuestra situación cuando fuera posible: las víctimas no viven en el corto plazo en que prosperan los hombres de poder contemporáneos. Nos prestamos consejos y apoyo casi todos los días durante meses, halagándonos, sin duda, a veces incluso con exceso, pero creo que sin mentirnos. No teníamos la menor intención de fracasar en nuestra rehabilitación, ni individualmente ni con respecto al otro. Y así fue como pasamos de aliados a convertirnos en amigos.

Me iban a hacer las curas y el seguimiento según las instrucciones de Chloé, pero en su ausencia. Aun así, no estaba lejos. Una vez efectuados los primeros controles y análisis, un día que abrí el ordenador me encontré con un correo que acababa de enviarme:

Hola:

Veo que ya se ha marchado a los Inválidos (salí demasiado tarde del quirófano para despedirme). Estoy convencida de que su nuevo lugar de hospitalización estará a la altura de sus necesidades de descanso. De todos modos, nos veremos el próximo lunes para el nuevo injerto de piel.

Lo del día 20 me parece factible (basta con que diga que estoy enferma y me salte una reunión sin interés, una más, que tengo programada esa mañana). Debería salir del museo como muy tarde a las 14.30, porque luego tengo trabajo. Hasta muy pronto.

El viernes 20 de marzo era para mí una fecha fundamental: iba a ver la exposición que el Grand Palais dedicaba a Velázquez. Era una obsesión desde los primeros días en la Salpêtrière. Sabía que se iba a celebrar en primavera, con la primavera, y veía en ello una señal de mi renacimiento. Me había dicho a mí mismo y les había dicho a mi hermano, a mis padres, a Claire y al personal sanitario que me sentiría con fuerzas para hacer una crítica en *Libération*. Sería mi artículo de regreso y había invitado a Chloé a que me acompañara. Era, después de las obras de Chandler, una nueva forma de darle las gracias. Ella había aceptado.

Velázquez no era únicamente un pintor sobre el que disfrutaría escribiendo. Era uno de los pintores que habían nutrido mi imaginación. Desde mi primera visita al Museo del Prado, veinte años atrás, nunca volvía a Madrid sin pasar un rato a solas en la sala de *Las Meninas*, en la de las *Pinturas negras* de Goya o delante de los cuadros del Greco. Los tres habían educado mi mirada, alimentado mi amor por España y esclarecido alegrías, placeres y depresiones. Un día tuve que salir huyendo de la sala de las *Pinturas negras* al borde del desmayo. Me había refugiado en el primer piso, delante de los bufones de Velázquez, esas muestras intensas y marginales –intensas por marginales– de la humanidad: sus imperfecciones siempre me habían transmitido tranquilidad. Ahora se

parecían a mí. A fin de cuentas, las cortes de los reyes de España, con sus sofocantes ceremoniales heredados de los duques de Borgoña, se me antojaban más abiertas a las desgracias que la sociedad en la que vivía, aunque fuera para transformar a quienes las sufrían en bufones o animales de compañía.

Las alargadas figuras expresionistas del Greco, que parecían estirarse sin medida hacia el cielo, me entusiasmaban desde hacía incluso más tiempo. Me las miraba como si fueran personajes de cómic, pero también como una especie de lebreles extravagantes y místicos en compañía de los cuales salir a pasear sobre un fondo verde tropical y bajo un cielo de tormenta. Tenía ganas de abrazar el cuello de sus santos, de acariciarles las muñecas y las manos como para alargarlos aún más. Quería ver una y otra vez *El entierro del conde de Orgaz*, y dejar, como a cada viaje, una parte de mí en Toledo, en ese esplendor espiritual y físico, entre esos ramilletes de barbas y de ángeles. Un año antes se había celebrado en España el cuarto centenario de la muerte del Greco. Había quedado con Gabriela en Madrid, y desde allí habíamos ido a Toledo, donde se habían reunido, junto a las que no se mueven de la ciudad, obras llegadas del mundo entero. Reencontrar a Velázquez en París un año más tarde, dos meses y medio después del atentado, se había convertido en algo de una importancia vital sin que supiera muy bien por qué. Los retos que uno se pone surgen también al albur de las ensoñaciones. Y tal vez aquella exposición podría acercarme a uno de esos momentos cuya lejanía nerviosa me causaba tanta pena; tal vez podría, gracias a la visita y al artículo, acercarme a mi pasado.

Llevaba diez días en los Inválidos y el segundo injerto, que Chloé acababa de efectuar en persona con motivo de un breve viaje de ida y vuelta entre los dos hospitales, también estaba «ahumado». El viernes 20 de marzo, por la mañana, entraron en mi habitación los de la Salpêtrière y los de los Inválidos, unos detrás de otros, como para ensayar una obra de teatro en el momento en que se cambia el decorado: el médico jefe del servicio de rehabilitación, el médico residente, una enfermera, Chloé y la persona que, durante dos años y medio, iba a convertirse en alguien casi tan fundamental como ella: Denise, mi futura fisio. La había elegido siguiendo el consejo de

una de mis fisios de la Salpêtrière por dos razones: había poco menos que creado la especialidad en los años setenta y hacía un trabajo más que exigente con sus pacientes. Su consulta estaba a cien metros de los Inválidos. Tenía setenta y dos años y, tan pronto como la vi, me recordó a una de mis abuelas, la tercera, aquella que hacía ejercicios todas las mañanas con una escoba mientras escuchaba cantatas. Me miró y, con aire festivo y voz atronadora, bajo la mirada circunspecta del médico jefe, se puso a explicar los primeros ejercicios o, dicho de otro modo, las primeras muecas que iba a tener que hacer. Su hermoso rostro de ojos claros se deformaba con una facilidad extraordinaria cuando hacía el mono, el conejo o el hámster, todos aquellos animales que iban a convertirse en habituales de mi jaula de fieras mandibular. Era capaz de adelantar el maxilar inferior o de sacar la lengua más de lo que uno habría podido imaginar, y su rostro, en aquella habitación pequeña, se sumó de repente a las gárgolas romanas de Vézelay y de Autun.

Chloé había venido para acompañarme al Grand Palais, pero también para comunicarme que el lunes siguiente iba a volver a su servicio: «Esta vez», me dijo, «no vamos a dejar que se marche hasta que esto no se haya solucionado del todo.» Pregunté cuánto tiempo creían que supondría eso. Era una de las preguntas estúpidas que seguía haciendo pese a todo, consciente de que no obtendría respuesta: un cirujano no responde si no está completamente seguro de la respuesta, y no lo está casi nunca. Me respondió con una especie de sonrisa que ahuyentaba la pregunta de la habitación como quien espanta una mosca: «No lo sé, una semana, diez días...» Miré al médico jefe con preocupación: ¿podría conservar la habitación hasta la vuelta? Comprendió mi inquietud y dijo: «Si es una semana o diez días, no hay problema, le esperaremos. Puede dejar aquí sus cosas.» La conversación entre unos y otros duró una media hora larga. Estábamos todos de pie y, una vez fuera, Chloé me dijo: «Tenemos todos dolores de espalda, todos menos usted, que está derecho como un huso. En el fondo, está usted más en forma que nosotros.» «Eso es porque yo hago deporte...», le dije. Había empezado a hacer bicicleta y steps en el gimnasio de los Inválidos, bajo control de los fisios. Reanudar el esfuerzo físico

aliviaba la mandíbula porque repartía el dolor. La bicicleta estaba enfrente de un aparato tras el cual se instalaba bien un paralítico, bien un hombre muy mayor, para muscularse los brazos accionando una doble manivela. Apenas nos cruzábamos una mirada.

Como hacía buen día, aunque algo de fresco, me puse la máscara y fuimos al Grand Palais a pie, cruzando el puente de Alejandro III. El oro de las estatuas brillaba intenso. El aire me azotaba la cara. Los dos policías caminaban como siempre un poco por detrás de nosotros. Florence, mi amiga de los Musées Nationaux, había tenido algunas dificultades para organizar la visita: a los responsables del Grand Palais les inquietaba la idea de recibir la visita de un objetivo potencial que iba además protegido, y aún más la idea de dejar que otros policías se encargaran de la seguridad dentro de sus dominios. Florence se había topado con obstáculos y por supuesto me lo había ocultado. La responsable del Servicio de Protección, una mujer morena y delgada de expresión irónica, nos esperaba en la entrada del Grand Palais: los policías me habían dicho que no quería perderse la ocasión.

Algunos correos escritos esa misma tarde indican que tenía reservas sobre la exposición; hoy no guardo ningún recuerdo crítico: han desaparecido dentro del sentimiento seminal que fijó. La sensación de renacer al unir los dos extremos, el de antes y el de después, data de aquella visita; y, con ella, el momento en que la pintura venció a la literatura en el impulso físico hacia la vida.

Caminábamos por las salas desiertas en silencio, alejados unos de otros, acercándonos de repente para situarnos delante de uno de esos retratos de bufones, de nobles o de inquisidores que te revelan de golpe, del nacimiento a la muerte, de la farsa a la tragedia, todas las perspectivas de la existencia, todo lo que es opaco y todo lo que brilla. Babeaba un poco, los nervios turbaban el mentón, pero me sentía casi bien, como si aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos animales que habían muerto hacía mucho tiempo, y cuyo destino no había sido precisamente un camino de rosas, me miraran diciéndome: «Vivirás.» Ellos estaban allí, yo estaba allí, yo los miraba y ellos me miraban, cuatro siglos valían lo que un minuto y vivíamos todos.

Los cuadros apenas estaban colgados. Faltaban por poner algunas cartelas. Una restauradora observaba con una lámpara las cicatrices de *La Venus del espejo* que una sufragista canadiense había tallado a golpe de hacheta en 1914. Los policías habían sacado sus cámaras. Fotografiaban todo lo que veían y lo contemplaban con el cuidado de un investigador en la escena de un crimen. Era como si buscaran pistas. Chloé se detenía con ojos de lince delante de algunos detalles, mientras yo me preguntaba qué podía ver en aquellos pacientes que se le habían escapado. Me hizo notar que los Borbones, y en particular la infanta Margarita, que llevaba un vestido azul, padecían el síndrome de Crouzon, una enfermedad genética cuyas consecuencias entraban dentro de su especialidad: maxilar superior subdesarrollado, ojos globulares excesivamente separados, rostro con aspecto general de presentar un cráneo pronunciado y un mentón tremendamente prominente. Le dije que los síntomas eran aún más marcados en los descendientes de la familia de Felipe IV que pintó Goya. Todos hubieran podido terminar en el servicio de estomatología. Me enseñó las frentes, las narices, las mandíbulas, los ojos. El ojo del cirujano coincidía con el ojo del pintor a la hora de hacer el inventario de las enfermedades humanas. Más lejos, se detuvo delante de los *Tres músicos*, llegados de Berlín. El cuadro evocaba uno de esos conciertos que pintaba Caravaggio. Chloé me señaló un cuchillo negro, largo y fino clavado como un alfiler en un gran queso redondo y marrón. Me fijé en los instrumentos de cuerda y pensé en la visita que me había hecho Gabriel, el violinista que tocó en mi habitación. El cuchillo atravesaba la corteza y yo volvía a oír de nuevo la *Chaconne*.

La exposición seguía la evolución del pintor, desde sus maestros a sus herederos. Cuanto más avanzaba, más vida me conferían los retratos, bien porque ya los había visto, bien porque había soñado con verlos, bien porque un día iba a volver a verlos y de este modo se disolverían a la vez el tiempo y el dolor. Representaban muertos que me transmitían su vida. De los bufones del Prado que rodean a *Las Meninas*, solo *Pablo de Valladolid* había hecho el viaje. Vestido como un gentilhombre del que está interpretando el papel, aparece como un actor sobre un escenario desierto, como un toro en el

ruedo, como en el vacío. De él dijo Manet: «El fondo desaparece. Es aire lo que rodea al personaje, vestido todo él de negro y lleno de vida.» Su brazo derecho, que extiende hacia abajo, señala un punto exterior al cuadro. Tiene la mano izquierda recogida en el pecho, en un gesto noble que parece el presagio de un discurso. El espacio queda definido por sus gestos y nada más. Su mirada directa, oscura, luce una expresión indeterminada. Manet tenía razón: yo podía respirar el aire que él desplazaba y que, desde la meseta castellana, venía a sustituir aquel otro que tantas veces me había faltado. Entré en el cuadro a través del cuerpo del bufón y cuando salí me encontraba en el Prado, veinte años antes, en una época en la que la tristeza no estaba justificada por el acontecimiento. Me condujo por las calles frías del invierno madrileño hasta el parque de El Retiro, que iba a cerrar pronto las puertas. A través del cuerpo de Pablo de Valladolid sentí por primera vez no ya el recuerdo, sino la presencia de un hombre que yo había sido. El paciente era el bufón del monarca ejecutado el 7 de enero y el monarca del bufón que había sido hasta esa misma fecha. Aquel bufón callado y robusto me decía ahora que las cartas habían vuelto a la baraja. Tenía que interpretar mi papel, reírme de él, *fabricar* el aire que me rodeaba.

Notaba un atasco de presencias y sensaciones cuando otro retrato me tiró bruscamente de la manga: el del poeta Luis de Góngora, maestro del conceptismo, pintado por Velázquez en Madrid a petición de su maestro, Francisco Pacheco. Data de 1622. Medio calvo, con la nariz larga y aguileña, y las comisuras de los labios hacia abajo, Góngora parece lo que es: un genio amargado, viejo y caído en desgracia. Había descubierto su poesía en su ciudad natal, Córdoba, el 19 de junio de 1994: un amigo español, joven profesor, me regala ese día una antología de sus obras en la que figura la fecha, escrita por él. Góngora es su poeta preferido, me obsequia con el libro en un bar cerca de la plaza de la Corredera. Es un momento de amistad, pero solemne; Tomás se toma la molestia de explicarme el arranque incomprensible de la primera de las *Soledades*: «Era del año la estación florida / en que el mentido robador de Europa...» En la cubierta se reproduce el retrato de Velázquez. Nunca he estado en Boston, donde se conserva el

cuadro. En el Grand Palais le señalo a Chloé el detalle que me llama la atención: un lunar en la parte baja de la sien derecha. Este lunar me conduce hacia el vacío por el que debo cruzar. Chloé observa primero el lunar, luego al hombre y me dice: «¡No parece muy agradable!» No lo era. En 1622, arruinado y muertos sus protectores, apenas sale de su casa por falta de coche, tiro y criados. Sueña con volver a Córdoba. Finalmente lo echan de la casa que Francisco de Quevedo, su gran rival, ha comprado bajo mano. Muere en su ciudad natal, solo, cinco años más tarde. Me adentro en sus poemas como en un laberinto sin salida.

La exposición concluía con un caballo en majestad y sin caballero. Fue con la descripción de este cuadro como abrí el artículo que se publicó unos días después en *Libération*: «El recorrido termina en una rotonda negra en la que se yergue un enorme caballo blanco y mate, en majestad, panzudo al punto de no poder saltar ya ningún obstáculo, tremendamente antiGreco, la cola larga y fluctuante como un fin de reinado. Está enjaezado pero va sin jinete. Velázquez lo pintó entre 1634 y 1638; los expertos afirman que está inacabado. En la parte alta del gran fondo marrón y gris se intuye el cuerpo de un hombre desnudo, héroe, dios o simplemente humano. Su masa hace frente al crepúsculo pictórico, a la abstracción de un poder que domina y se va a extinguir: el de la monarquía española, o, quizá, el que todo el mundo cree tener sobre su vida cuando en ella no se pone el sol.»

Volvimos por donde habíamos venido, cruzando el Sena. El sol estaba todavía un poco alto. Hacía más frío que a la ida. Chloé caminaba erguida, alegre, la nariz al viento. En el puente de Alejandro III hablamos de la eutanasia. Yo seguía pensando en apuntarme a la Asociación por el Derecho a Morir Dignamente. Chloé no estaba muy a favor de la eutanasia. Miró el cielo, el Sena, las estatuas doradas, y me dijo: «Nunca sabemos lo que nos va a deparar el mañana. Usted, si le hubieran dicho el 6 de enero lo que iba a pasarle el día 7 y en qué estado llegaría al hospital, quizá se habría tirado por la ventana... y se habría equivocado, porque, fíjese, está aquí, en este puente, acaba de ver esta exposición y ahora escribirá sobre ella.» Suspiré: «Será un poco justo. El lunes vuelvo al

hospital y empezamos de nuevo con las operaciones. Tendría que escribir el artículo antes. No sé si lo conseguiré.» Se detuvo de golpe y me miró: «¿Cómo? Pero si tiene todo el fin de semana y no tiene nada más que hacer: ¡tiene tiempo de sobra!» Pensé que tenía razón y que hubiera podido ser redactora en jefe. La responsable del Servicio de Protección se había marchado. Los dos policías caminaban ahora con nosotros. Escuchaban a Chloé, le hablaban un poco, la miraban: los había encandilado. Había aparcado su pequeño coche rojo y redondo, muy chic, delante de los Inválidos. Sacó el manojo de llaves y lo hizo girar bajo la mirada ávida y oblicua de los policías; luego, después de decirme «¡Hasta el lunes!», se subió al coche mientras ellos me acompañaban de vuelta al pasillo Laón, donde me esperaban dos guardias uniformados y el apacible señor Tarbes.

Al día siguiente, después de un paseo matutino por los Inválidos desiertos, y una vez recibidas las curas, escribí un esbozo del artículo. Philippe Lançon le contaba al señor Tarbes lo que había visto y qué le había parecido. El señor Tarbes trataba de frenar un poco su entusiasmo, de no dejar que se perdiera en frases cuyas palabras lo hubieran desbordado. Quería ahorrarle cualquier juicio que tendiera a devaluar la experiencia vivida. Yo babeaba escribiendo, escribía babeando. Cada cuarto de hora dejaba descansar las hormigas que me devoraban el mentón y me tumbaba en la cama a respirar, pero lo escribí deprisa y le mandé el resultado, más que mediocre, a Chloé, que no me contestó: era mi cirujana, no la jefa de sección. Terminé el artículo sobre Velázquez el domingo, pensando que podía volver tranquilo a la Salpêtrière.

Unos días antes, mis padres habían venido a verme. Habíamos ido a los jardines del Museo Rodin, de estatua en estatua, y luego a un bistró del boulevard de La Tour-Maubourg en el que nos esperaban mi tío y mi tía de Tarbes. Hacía un día gris y frío. Estaba cansado y preocupado. Caminaba con una lentitud de autómata. De camino al bistró, de pronto me dio por pensar en la embajada de Chile, que estaba muy cerca. Era una casa espléndida de los años veinte en la que, sin ser asiduo, sí había estado varias veces. Allí había entrevistado, dos años y medio antes, al antiguo embajador, Jorge

Edwards, escritor y hombre al que tenía mucho aprecio. Fue en ese mismo lugar donde, en los años setenta, él había conversado a menudo con Pablo Neruda y Louis Aragon. Más tarde había acudido a algunas «tiendas de vinos», recepciones informales en las que uno reencontraba a sus viejos amigos artistas o escritores, amén de algún que otro diplomático. Jorge tenía entonces ochenta y dos años. Vivía en Madrid y me había mandado una nota después del atentado. Era lo que suele llamarse un vividor y un humanista: una personalidad distante, cálida, divertida, refinada, que la vida parece mecer y la muerte olvidar. Pensé en él: ¿cómo avanzaría con sus Memorias? ¿Cómo estaba? Me sentí triste y le dije a mi madre: «¿Te acuerdas de la embajada de Chile? Te hablé de ella cuando fui a ver a Jorge Edwards. Él ya no está, pero me haría ilusión mostrarte el lugar.» Subimos por la calle en dirección a la embajada. Le estaba contando la historia de Jorge cuando, a unos veinte metros delante de nosotros, vi la silueta de un hombre mayor, erguido y un poco titubeante, que estaba de espaldas y se dirigía hacia la puerta que yo había cruzado varias veces. Creí que tenía una visión y que, si no lo era, me iba a desmayar, a caer en un agujero del tiempo. ¿Estábamos allí en marzo de 2015, con tiempo gris, o bien estaba yo solo en el verano de 2012? Grité «¡Jorge!», y el hombre se volvió: era él, estaba de paso por París. Nos fuimos acercando. Él inspeccionó mi figura, mi venda, y no fue hasta que se cruzó con mi mirada cuando me reconoció. La suya se llenó entonces de simpatía y de pavor a partes iguales, intercambiamos unas palabras, mi venda perdía; después de estrecharme la mano y de balbucir un poco, cruzó rápidamente la puerta detrás de la cual se encontraba una parte minúscula de mi pasado.

19. EL MAL DEL PACIENTE

Los recuerdos de la vida después del atentado tenían los nervios intactos, pero los recuerdos, como los nervios, vuelven a crecer sin orden ni concierto, y no tardaron mucho en engañarme para bien. Estaba eufórico de volver a la Salpêtrière, es decir, a casa. No había olvidado nada de lo que había vivido, pero las dos semanas en los Inválidos, al sacarme de la levitación que distinguía el servicio de urgencias, parecían haber transformado el calvario en una epopeya casi placentera consagrada a una reconstrucción quirúrgica, amistosa y mística. Estaba feliz de volver a ver a aquellos que me habían salvado y de depender de ellos otra vez, como si el resto del mundo no existiera. Estaba feliz de volver a encontrar al luchador de la habitación y al habitual del quirófano como en su día había estado feliz de regresar al terreno de los reportajes en Oriente Medio después de una escala indecisa en París: cuando la intensidad se convierte en la regla, uno se pliega a ella con entusiasmo, y lo que carece de intensidad se asemeja al tiempo muerto y hace de uno una suerte de fantasma. Me creía tanto más feliz o satisfecho por cuanto no tenía opción: había que taponar aquel maldito agujero que impedía que los injertos salieran bien. Uno tras otro iban adoptando un color crema que se volvía negro. Mis abuelas habrían dicho que no terminaban de cuajar. Yo los olía morir; tenía el fracaso debajo de la nariz.

El día antes de volver a la Salpêtrière, le escribí a Chloé:

Estimada Chloé:

Las enfermeras de los Inválidos ponen casi todas reparos a su apósito (que ellas mismas cambian por otro igual); creen que el DuoDerm es demasiado grueso, que no retiene nada de la fuga del orostoma y hace que la piel del colgajo se macere y se dañe.

Me limito a transmitir el mensaje, que seguramente no tiene la menor importancia, puesto que mañana estará en la Salpêtrière.

Es verdad que cada vez tengo más pérdidas, sobre todo cuando hablo: ahora vivo con compresas. Cuando estoy quieto o en silencio, no gotea.

Espero que haya usted pasado un buen fin de semana. Un cordial saludo,

Philippe

El DuoDerm es un apósito espeso y hermético que parece una pequeña crepe. Chloé no me contestó. Más tarde supe que se había molestado mucho con un equipo que, según ella, no respetaba sus instrucciones con la debida precisión. Si dentro de un servicio o entre los servicios de un mismo hospital ya hay muchos problemas de comunicación, entre un hospital y otro se multiplican. Son planetas más o menos sordos. Cada uno tiene su atmósfera y parece atrapado en el movimiento de su propia revolución.

El agujero culpable era minúsculo, invisible a simple vista, no más grande que la cabeza de un alfiler, una fístula que se conoce con el nombre de orostoma. Es un túnel en la carne que comunica el interior con el exterior. La saliva que conducía el mío había empapado metódicamente los apósitos y echado a perder los injertos que lo cubrían. Reproducía en miniatura el agujero que había abierto la bala.

La víspera del regreso a la Salpêtrière era domingo. Los policías me acompañaron a casa de unos viejos amigos que vivían en Montreuil, siguiendo un procedimiento que iba a repetirse hasta el mes de septiembre: me dejaban en casa de quienes me habían invitado, echaban un vistazo a la casa o apartamento, y se iban a tomar algo, a almorzar o a cenar por la zona; los había incluso que aprovechaban para hacer deporte en el gimnasio local, y luego, un cuarto de hora antes de marcharme, yo les mandaba un SMS para avisarlos y venían a buscarme. En su ausencia, cada comida y cada conversación eran un placer que se pagaba caro. En casa de los

demás, incluso de los amigos más íntimos, estaba como de excursión en un país lejano que ya no era el mío. Me sentía aliviado de volver a ver a mis policías y de regresar en silencio, con la boca ardiendo, al hospital. Me gustaban su atención, su tranquilidad, su precisión, su disciplina, su discreción, los cristales ahumados y los asientos de cuero de sus vehículos. Me gustaban su presencia y su ausencia. Me gustaba su intensidad de periferia. Velaban por mi cámara estanca como dos leones de piedra en la entrada de una galería. Me unían al mundo del que me protegían.

Aquel domingo mis amigos me sirvieron un zumo de frutas. Estaba sentado en el sofá en el que me había sentado veinte veces, un sofá lleno de recuerdos apagados. Mientras bebía, el zumo siguió a la saliva hasta el orostoma y cayó al suelo en forma de hilillo ligeramente pegajoso, como la baba de un caracol. Me dieron una servilleta. Veía la pena en las miradas, por encima de las sonrisas y las palabras. Estaba contento de volver a ver a aquellos amigos, pero no era la felicidad de regresar, como en la Salpêtrière, a un territorio conocido al que le tenía ya tomadas las medidas. Ellos estaban al otro lado del cristal, en la otra vida, la de los labios enteros y los corazones felices o heridos por el curso natural de las cosas. Yo me adentraba en aquella selva civilizada sin caballo, como un conquistador con la armadura agrietada.

Unos días antes de la visita a la exposición de Velázquez, Chloé había reparado en la recidiva del orostoma cuando, con la ayuda de una jeringuilla de plástico cuyo extremo semejaba la trompa de un mosquito, introdujo suero fisiológico en el último injerto que habían hecho. Tras unos segundos de suspense durante los cuales creí que el agujero estaba taponado, un gusto salado me invadió la boca. ¿Se parecía a aquel del que se quejaba mi abuela materna, en los últimos años de su vida, cuando decía con su acento de Berry: «Hoy tengo el gusto salado»? Me lo pregunté. La temida comunicación, en todo caso, persistía.

Hasta entonces solo había vuelto a la Salpêtrière por un injerto y por espacio de dos días, pero aquellos dos días habían bastado para ponerme nervioso y tendrían que haberme alertado de lo que podía pasar. Tenía la sensación de vivir un epílogo malo a los capítulos

anteriores, y, por primera vez, sentía prisa por salir del libro manchado de sangre y saliva en el que me había metido. Me decía que iba a tener pérdidas durante toda la vida y que el agujero envuelto de dolores y comentarios era mi sino.

Entretanto habían pasado diez días y lejos quedaba el caballo de Velázquez. Volvía al servicio por un buen motivo, pero no tenía ya la virginidad del fantasma ni la ignorancia de los inicios. Me había convertido en lo que Pascal llamaría un «medio sabio»: lo bastante informado para ser un paciente impaciente y desconfiado, pero no lo suficiente como para percibir la naturaleza de los obstáculos y la lentitud de las resoluciones. Lo poco que sabía acentuaba mi sensación de soledad. Llega siempre un momento en el que el paciente se convierte en su mejor enemigo.

Mi nueva habitación era la misma que los policías habían considerado en febrero que estaba demasiado expuesta. Era la más espaciosa, la que daba a un tejado enorme y siniestro de hormigón gris. Christiane, la jefa, la había vuelto a preparar, pero esta vez los policías no objetaron nada. La situación había cambiado. Se estimaba que la amenaza ya no era tan grave. Seguía siendo una víctima importante, pero había dejado de ser un objetivo claro. Las medidas de seguridad, en resumidas cuentas, vivían de su impulso inicial. Poco a poco empezaban a sobrevivir a la situación. Sentí este ligero cambio de estatuto como un alivio, pero también, debo admitirlo, como una pequeña ofensa. Por muy engorrosas que sean, uno se acostumbra rápido a las medidas que lo hacen excepcional. Al final uno termina creyendo que las merece. La vanidad puede más que la incomodidad.

Unos policías me habían contado entre sonrisas la extravagante pretensión de algunos vips que los utilizaban como taxistas y que, si se les retiraba la protección, llamaban al ministerio para que la restablecieran. Los vips más desagradables solían ser lo que menos expuestos estaban a amenazas. Sin embargo, disfrutar de una atención extrema y oficial era una ocasión excelente para recordar, cuando disminuía, lo poco que uno vale. Yo valía exactamente lo que valía el acontecimiento que me llevaba, lo que el recuerdo exterior que lo prolongaba y empezaba a desvaírse lentamente. Solo unos

pocos son capaces de crear y mantener su propio contexto. No era ese mi caso, y más teniendo en cuenta que, como algunos de mis compañeros que sobrevivieron, aunque aceptaba llevar protección, mi deseo era pasar inadvertido. Sin embargo, sin que lo advirtiera, me habían ofendido. La gente orgullosa no se libra de las contradicciones, y yo era orgulloso.

Apenas me hube instalado en la habitación, miré el enorme tejado gris y bajé la persiana: el miedo a los asesinos vestidos de negro volvió a confundirse de repente con la visión de su aparición. Por primera vez escuché sonatas de Beethoven: hasta ese momento, su violencia melancólica y repetitiva me había resultado insoportable. Mientras las escuchaba, miré la habitación y comprendí que la euforia que sentía era una ilusión. Había necesitado apenas unos días en los Inválidos para adoptar una vida distinta. Salí de la habitación para dar el paseo de la tarde. El pasillo que había recorrido arriba y abajo tantas veces me pareció un lugar estrecho, siniestro y cerrado. Puede que estuviera de regreso en casa, pero dentro de la campana quirúrgica. Me sirvieron una comida ligera, con un yogur. Una parte de lo que comí, como el zumo que me ofrecieron mis amigos, salió por el orostoma.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, antes de que me bajaran al quirófano, recibí el correo de un viejo amigo, Philippe, al que no veía desde 2014 y que me llamaba Felipe. Me decía:

> Cuando era pequeño, mis abuelos vivían al lado de los Inválidos. Allí terminé el servicio militar en 1989, no sin reprocharme mi vida sedentaria sin salir del barrio. Era como si avanzara en el juego de la oca en una espiral que me devolvía a la casilla de salida. Una de mis películas favoritas era por entonces *La evasión*, de Jacques Becker: con mil y una artimañas, los prisioneros de la Santé cavaban un túnel, pero un error de apreciación topográfica los hacía salir en mitad del patio de la cárcel. He tenido que hacerme

mayor de verdad para quitarme de encima esta sensación de evasión frustrada.

Apunté en una libreta grande esta expresión, «juego de la oca», y añadí: «Tres casillas hacia delante, dos casillas hacia atrás. Ahora toca hacia atrás.» Luego pensé en *La evasión*, una película que me gustaba tanto como a Philippe, relato sin duda implacable de una evasión frustrada. Hacia el final, dos de los cuatro detenidos salen por primera vez del túnel que han cavado todos para comprobar dónde desemboca. Antes de volver a su celda, descubren al alba el París declarado ciudad abierta, el cielo y la libertad. ¿Saldría yo algún día del sortilegio de mis agujeros? Contesté a Philippe y, al cabo de unos minutos, me bajaron al quirófano en primera posición. Me gustaba despachar el correo en aquellos momentos. Contestaba preferentemente a quienes no había visto desde hacía tiempo, incluso mucho tiempo. Una serie de amigos fantasma seguía brotando por correo electrónico de las distintas capas de mi vida pasada. Despachaba el correo atrasado como quien emprende un viaje interplanetario o se dispone a desaparecer.

Cuando Chloé entró en el quirófano, ya me habían dormido. Era la primera vez que no la veía asomarse por encima de mí. Justo cuando perdía la conciencia, pensé: «¿Cómo no ha llegado todavía?» Aprendemos a dormirnos en ausencia de nuestra madre, es así como nos hacemos mayores; y a mí me tocaba ahora aprender a sumirme en el sueño sin ver la cara de mi cirujana. Nunca más la volvería a ver desde la posición horizontal de la mesa de operaciones.

En la sala de reanimación, la boca me ardía y no conseguía despertarme del todo. Una alucinación inédita me mecía en la zona intermedia y no me dejaba salir. Veía a la enfermera inclinada sobre mí, cuando lo cierto es que la tenía a unos diez metros, y poco a poco, mientras me vencía el sueño, su cabellera y su rostro entero se iban metamorfoseando. La oí gritar desde lejos, desde su mesa: «Señor Lançon, ¡ya está bien de dormir! ¡Hay que respirar! ¡Despertarse! Si no, ¡le pondré oxígeno!» Traté de obedecerla, como en primaria, pero no podía. Volví a dormirme y a ver a la enfermera

fantasma de rostro transformado, asomada a mi cuna, hasta que su voz, esta vez más de cerca, me dijo: «¡Señor Lançon! ¿Adónde se nos va? ¡Tiene que respirar! ¡Respire!» Nunca me había costado tanto volver entre los vivos, y casi lo sentí como un alivio. El bienestar estaba al otro lado.

Más tarde el camillero me dejó junto a una pared cerca del montacargas. La Castafiore aprovechó la ocasión para venir a hablarme de música mientras me cogía la mano. Me la masajeó con suavidad, como era costumbre en ella, y me entregó la programación de los Inválidos que había traído exprofeso para mí. Me dolía el cuello: la última zona injertada se había infectado. El labio me escocía cada vez más. En esa ocasión Chloé había tirado de él para tapar el agujero. Después de meditarlo toda la noche, había adoptado también una decisión arriesgada: subir una parte del colgajo contra ese labio y fijarlo con una sutura capitonada que, en mitad del mentón, formaba una especie de pequeño atadillo de algodón adiposo. De nuevo, y por un tiempo indefinido, tenía la obligación de callarme y de dejar descansar a la boca.

Por la tarde Hossein me explicó con un tono sereno que debía renunciar a la idea de recuperar el rostro y las sensaciones que había tenido durante cincuenta años. «Las tendrá», me dijo, «pero serán diferentes y necesitará tiempo hasta que le parezcan naturales.» Tres años después, en el momento en que escribo estas líneas, todavía no lo son.

Al día siguiente di con mi padre la vuelta a la Salpêtrière. Nos acompañaba un policía joven originario de Burdeos. Mi padre y él hablaron del Suroeste y de los Pirineos. Yo los escuchaba conversar sobre los lagos y las cumbres mientras observaba cómo los visitantes, los pacientes y el personal sanitario pasaban por el parque. El viento primaveral levantaba un poco las batas blancas. Las voces me mecían mientras nos dirigíamos a la salida, donde mi padre tenía que renovar el pase para poder aparcar su coche delante de mi edificio. La mujer de la recepción nos miró desconfiada y dijo: «No estoy acostumbrada a ver armas por aquí.» Mi padre le contestó: «Es por mi hijo, ¡ha sido víctima del atentado de *Charlie Hebdo!*» Había en su voz algo de tristeza, de nerviosismo, pero

también un punto de orgullo. La vida era una catástrofe llena de bromas: a él, suscriptor de *Le Figaro* e hijo de una familia monárquica que militaba en Action Française, jamás se le hubiera ocurrido que un día podría leer *Charlie*, y menos aún presumir de ello en un hospital o en cualquier otro sitio. La sangre lo había mezclado, simplificado y unido todo. Ahora recortaba mis crónicas en un periódico que no le parecía divertido y, como mi madre, tenía relación con varios de los supervivientes. No me sorprendió. Cuando se trataba de personas, de vidas concretas, la bondad y las consideraciones morales de mi padre primaban sobre su rabia y sus prejuicios.

El joven policía tocaba la guitarra y, con sus mechones castaños y su nariz redonda, tenía un aire roquero. En una primera vida había cantado en bares. Leía cuentos de Stefan Zweig y montaba en bicicleta. Le escribí que la mía se había quedado delante de *Charlie* después del atentado. Se ofreció a ir a ver, cuando tuviera un momento, si aún estaba. Por la noche, como yo escuchaba jazz, llamó a la puerta. Le abrí. Me preguntó qué era lo que sonaba: unos temas del guitarrista español Niño Josele. Él anotó la referencia y yo dejé la puerta abierta para que pudiera disfrutarlos. A partir de entonces, cuando escuchaba jazz, instauré esa costumbre. La habitación 102 tenía que abrirse al exterior.

Aquella noche activé por primera vez mi nuevo teléfono móvil, regalo de un amigo. Durante mucho tiempo creí que iba a recuperar el antiguo, que se había quedado en el escenario del atentado, pero había desaparecido en el cementerio de las pruebas. Como no podía hablar, utilicé el nuevo para enviar SMS a mi hermano o a los policías que me acompañaban, y para contestar las llamadas de Gabriela por FaceTime. Nos habíamos más o menos reconciliado. Me llamaba todos los días. La escuchaba hablar de sus problemas, de su trabajo, de su marido, de los estudios que había retomado. Yo le contestaba escribiendo cuatro palabras en letras mayúsculas en una libreta que enfocaba a la cámara del móvil. No siempre conseguía leerlas. A veces le daba por utilizar el lenguaje de signos, pero yo estaba cansado y no entendía nada. También nos escribíamos, pero los correos eran fuente de conflictos y malentendidos casi permanentes:

temía leerla y escribirle. Iba a venir en cuestión de diez días. Esta perspectiva me alegraba sin dejar de causarme cierta desazón. Esta vez se quedaría a dormir en casa de Éric, el amigo con el que había hablado del Mal y que se había adormilado en mi habitación; su piso estaba a un cuarto de hora del hospital. Pese a todo, les había pedido a Christiane y a Chloé si, llegado el caso, Gabriela podría pasar algunas noches en la habitación. Chloé no contestó, y Christiane me dijo al final que no era aconsejable. A nadie le apetecía revivir el drama de febrero.

Tenía doce cicatrices recientes. Todas debían cicatrizar al mismo tiempo. No lo conseguían: el cuerpo no tenía suficiente energía. Cuando una cicatriz se abre, se dice que se desune y se habla de dehiscencia. La dehiscencia flotaba en el ambiente. Pese a la multiplicación de las bolsas de Fresubin, que me metían 3.000 calorías al día, seguía adelgazando: la cicatrización se lo comía todo. Unos nuevos sueños recurrentes luchaban contra el somnífero. En uno nos perseguían a Marilyn y a mí por las calles de París y notaba el olor de la pólvora de las balas. En otro entraba en una panadería y pedía una manzana y una napolitana de chocolate, a sabiendas de que tenía prohibido comer. Al morder la napolitana, me sentía culpable. Al morder la manzana, se me caían los dientes. Me despertaba aterrorizado, unas veces con el olor de la pólvora metido en la nariz, otras con la boca destrozada.

Me entristecía por cualquier cosa. Por ejemplo, por las reacciones a la publicación de mi artículo sobre Velázquez. La gente creía que el periodista había vuelto, y, como no parecía que escribiera ni menos bien ni peor que antes, deducían que todo iba ya por buen camino y que había vuelto a mi casa con el rostro reconstruido. La amabilidad y los ánimos de aquellos correos me emocionaban mucho, por supuesto, pero la ceguera de sus autores no me entristecía menos. Confundían o querían confundir el estado del escritor y el del paciente. Nunca había experimentado con tanta intensidad la sentencia proustiana: la escritura era sin duda producto de otro yo, un producto destinado justamente a hacerme salir del estado en el que me encontraba, aun cuando consistiera en contar dicho estado. Escribía sobre un cuadro de Velázquez en *Libération*, como escribía

sobre mi periplo quirúrgico en *Charlie*, para refugiarme en el primero y escapar del segundo. También escribía para transmitir una experiencia, pero la mayor parte de las reacciones me recordaban aquella frase cruel de Céline: «La experiencia es una tenue lámpara que ilumina solo a quien la lleva.»

Asimismo, también mi inquietud lo exageraba todo. Por ejemplo, aquella carta de la Seguridad Social que me preguntaba en un tono conminatorio si, después de casi tres meses, seguía de baja. En cuyo caso, añadía la funcionaria, debía demostrarlo a la mayor brevedad, pues de lo contrario se daría curso a un procedimiento administrativo. Hice circular la carta entre mis amigos y en el servicio. Salvo yo, todo el mundo se rió: el automatismo de la administración parecía salido de una obra de Ionesco en la que por suerte yo no interpretaba ningún papel.

Inauguré la oficina de quejas y reclamaciones delante de Véronique, la psicóloga cuyo aspecto y andares me recordaban los de mi madre cuando tenía cuarenta años. Por entonces era la única persona, además de Corinne, la fisio, capaz de aliviarme: tenía tiempo no ya de escucharme, sino de leerme, porque me habían prohibido hablar. Le escribía en una libreta grande que empecé para la ocasión. Comencé con estas palabras: «Aquí se me hace duro: la cara, la vaselina que chorrea, los polis que hablan fuerte al otro lado de la puerta día y noche, el hecho de que sea un antiguo paciente al que se deja más tranquilo, al que se atiende mucho menos. Noto que mis heridas son ahora secundarias. Hay cosas más graves, más urgentes. Pero fue Chloé quien insistió en que volviera.»

Cuando me parecía que más la necesitaba, Chloé empezó a evitarme. Se lo hice notar primero con medias palabras, llamándola por el apellido y no solo por el nombre, una manera un tanto ridícula de fingir que guardaba unas distancias que ella parecía volver a mantener conmigo:

> Le mando una foto de esta mañana, aunque es de después del afeitado y las primeras curas, porque salía un poco de sangre.
>
> Esta noche, mientras dormía, me rasqué un poco sin darme

cuenta con la mano derecha debajo del labio, probablemente porque la cicatrización me hacía cosquillas como durante el día.

Me he despertado sobresaltado y he llamado enseguida a la enfermera, que lo ha limpiado.

Antes, la cicatriz de la clavícula se había abierto y manchado de sangre la camisa del pijama.

Le escribo todo esto porque el fin de semana esto está bastante muerto, y el servicio, por lo que veo y me cuentan, va últimamente de mal en peor, las transmisiones se hacen a veces mal, lo cual no tranquiliza mucho que digamos al paciente. Pero creo que ya está usted al corriente de todo esto.

Con todo, esta tarde iré al teatro.

Que pase un feliz domingo, pese a la lluvia. Philippe Lançon

Esa misma tarde me contestó:

Hola, Philippe:

No tenga miedo del jaleo que ve a su alrededor: es el ambiente normal de un servicio de cirugía, pero solo los iniciados, de los que usted ya forma parte, lo saben. De modo que le agradecería que nos ayudara a guardar celosamente este secreto tan molesto.

¿Ha salido algún líquido por la zona que ha quedado al descubierto después de rascarse esta noche? Si no sale saliva es que la cosa marcha bien. La foto que me manda confirma lo que me dice el equipo: la piel desplazada del colgajo ha soportado bien la maniobra. Es una excelente noticia.

Pues eso.

Ánimo.

Y buen domingo.

Chloé

No era un domingo cualquiera. De hecho, por primera vez desde el 6 de enero iba al teatro, a primera hora de la tarde, al Carreau du Temple. Estaba a apenas unos metros de *Libération*. Como siempre, mi hermano se había encargado de preparar la salida con los policías del Servicio de Protección. Venían a buscarme a las dos, y Arnaud me esperaría en el teatro con Sophia, que había sacado las entradas. A las cuatro de la madrugada me enchufaron una primera bolsa de nutrición, y a las ocho una segunda, para que así pudiera salir cargado de calorías. A eso del mediodía estaba tan estreñido que empecé a encontrarme mal. Fui al baño e hice lo que no debía hacer: apretar como si me fuera la vida en ello. No conseguí nada, salvo unos sudores y estas estrellitas que aparecen cuando se acerca un desmayo. Me faltó poco para caer al suelo de baldosas; luego, después de coger aire, volví a la cama y llamé a la enfermera. El dolor me iba serrando el vientre con la lentitud de un verdugo. Por más que cambiara de posición, no remitía. Estaba de servicio Ornella, una mujer joven de origen africano que parecía posar su sonrisa despreocupada y graciosa sobre las heridas. Me trajo una lavativa normal con cara de circunstancias. Creo que no estaba acostumbrada a verme en aquel estado. Yo me cuidaba mucho de ocultar en lo posible mi intimidad a las personas de las que dependía. Se marchó y me apliqué la lavativa. No funcionó. Volví a llamar. Era domingo y Ornella tardó en aparecer de nuevo. Necesitaba el visto bueno del médico residente para recurrir a una lavativa más eficaz. El tiempo pasaba. Cada vez me dolía más. El dolor que causa el estreñimiento extremo es insoportable: tiene todos los inconvenientes de una necesidad imperiosa de cagar sin la ventaja final de conseguirlo; uno cree permanentemente que va a explotar. La sensación disuelve cualquier perspectiva de espacio y tiempo, pero no te ahorra lo ridículo de la situación. Me levanté y me puse a dar vueltas en círculo como una fiera, mientras pensaba: «Tienes que cagar, tienes que ir al teatro, tienes que cagar, tienes que ir al teatro...» El dolor iba a más, me puse a contar mis pasos en voz alta. Ornella volvió y me dijo que estaba pálido. Me tomó la tensión, la tenía bastante baja. Por fin llegó la nueva lavativa. Me tumbé de lado y le pregunté si me la podía aplicar. Sonrió, de nuevo

con cara de circunstancias, y me dijo: «Preferiría que lo hiciera usted solo...» Sentí vergüenza, pero también gratitud. Ornella me recordaba aquel sentimiento que podía parecer absurdo en un lugar como aquel, pero que no lo era en absoluto: el pudor. Allí, el pudor no era una cuestión de moral o decoro: era un acto terapéutico. Si la falta de pudor hubiera mejorado mi estado, no habría mostrado ninguno.

Así que me tocaba meterme aquel tubito por el culo y esperar unos minutos a que hiciera efecto. Una vez liberado el producto, los minutos que pasan parecen una eternidad. Uno la soporta como un dolor añadido y como un reto que acepta porque quiere salir de aquella. Al final, un poco antes del tiempo recomendado, corrí a la taza del váter y rumbo a la liberación. Dos horas más tarde llegaba al teatro, orgulloso como Pompeyo después de una victoria.

A la salida le dije a Sophia que quería acercarme a *Libération* para ver la sede desde fuera. No la había visto desde el 6 de enero. Apenas había avanzado unos metros cuando me eché a llorar. No podía ir más lejos. Se había levantado un muro de pena, aunque puede que también fuera una falla que se había instalado en aquel paisaje urbano familiar, entre los bares, los coches, las bicis, los árboles y las mierdas de perro, como si se abriera en el corazón de mi existencia. Me agarré al brazo de Sophia, que comprendió de inmediato. Lloviznaba. Nos fuimos, era demasiado pronto para acercarme a mi futuro, a mi pasado.

Se me quedó grabada una frase de la función: hablaba de «la esperanza profunda y no formulada de fraternidad de los pacientes». Yo sí creía haber formulado esta esperanza. Pero en la visita del día siguiente les mostré a los médicos residentes otra frase y les pregunté qué opinión les merecía: «¿Qué impacto tienen en la imaginación de un médico los dolores con los que trata habitualmente y que solo puede aliviar mediante una receta?» Uno me respondió risueño: «Aquí llega un momento en el que, cansado como estás de tanto trabajar como un esclavo, ya no tienes imaginación. Luego el impacto se refleja directamente en el cuerpo del médico: eczemas, problemas estomacales, insomnio, irritabilidad extrema. En mi caso no hago más que discutirme con mi novia.» Lo

cierto es que hacían unos horarios terribles, y yo, el albatros, sentía por ellos compasión cada vez que los veía entrar en mi habitación por la mañana, agotados, la cara descompuesta, pálidos como sus batas después de pasar una serie de noches en blanco. Sabía que a veces operaban fuera de los horarios en los que estaban cubiertos por los seguros. La institución, arruinada y mal gestionada, se aprovechaba de ellos para subsistir. Cometía un delito, puesto que contravenía las leyes para no tener que pagar a cirujanos extra. Y, sin embargo, aquellos cirujanos jóvenes esclavizados adquirían allí, siempre en la brecha y expuestos a un exceso de riesgos, una formación de hierro. Eran como soldados romanos.

Después de que se fueran los médicos residentes, escribí una crónica sobre el espectáculo que se publicó un poco más tarde en *Charlie*. Empecé a escribirla con las piernas y las partes al aire debajo de una superficie esterilizada que Constance, la enfermera de ojos claros, me había instalado antes de que la llamaran de urgencia: no volvió hasta al cabo de dos horas. Apenas me podía mover, pero conseguí arrastrar la mesa con ruedas hasta colocármela a la altura del pecho y abrir el ordenador. Fue al escribir esta crónica cuando tomé conciencia de un estado que hasta entonces había más o menos disimulado: era incapaz de abordar lo que veía o leía sin relacionarlo abiertamente con mi experiencia. Se había convertido en el filtro, en la vesícula por la que todo circulaba. Lo que no la afectaba a ella había dejado de interesarme; pero eso planteaba un nuevo problema, nuevo al menos para mí: ¿cómo hacer para no convertirse en un «vendedor» de esta experiencia? ¿Cómo hacer para no utilizarla como un sonajero, una marca, un reclamo o una señal de reconocimiento, y en lugar de eso separarla de mi persona? La única solución consistía no en repetir machaconamente esta experiencia, sino en aislar aquello que cobraba forma en su interior hasta desvincularlo de la persona que la había vivido o sufrido.

Al día siguiente volví a escribir a Chloé, esta vez recuperando un tono de más confianza. Su respuesta del domingo me había calmado, pero acababa de enterarme de que se había ido de vacaciones. ¿Cómo no me lo había dicho? Me creía con unos

derechos que no tenía y me sentía desvalido al notar que no se sometía a mi abuso. Le escribí:

Estimada Chloé:

Me han dicho que está de vacaciones: el paciente se siente abandonado, pero el hombre le desea que sean estupendas, y espero que en la isla griega.

Aquí oigo de todo sobre la sutura capitonada, sobre el labio que se retrae, etc. Le gente debería hacer lo que me obligan a hacer a mí: callarse.

Espero que tenga buen tiempo y que el viento le renueve las ideas.

Esta noche voy a descubrir la nueva sala de la Philharmonie. Concierto de Pollini.

Un cordial saludo.

Me contestó:

Qué más quisiera yo que estar tan lejos. No haga ni caso a lo que oye. Si cerramos el orostoma, habremos ganado. El resto se irá arreglando a su debido tiempo. Sé que la segunda parte de la frase no es de su agrado. Pero le recuerdo el largo camino que llevamos recorrido desde el 7 de enero.

Pollini, suertudo... La última vez que lo oí fue hace veinticinco años en la sala Pleyel, tocó las últimas sonatas de Beethoven. Que lo disfrute.

Mañana por la tarde pasaré por el servicio.

Hasta mañana,

Chloé

Aquella noche, pues, fui a la Philharmonie con Sophia y, como

siempre, con dos policías. Constance se había tomado la molestia de hacerme un buen vendaje para la ocasión. Era mi vendaje de gala. Tenía permiso para salir hasta las 23.30. Me vestí lo mejor que pude y me puse un fular de seda por encima del vendaje. Como los policías tenían que estar sentados detrás de mí, nos dieron entradas de una categoría superior. Pollini había ideado un programa que abarcaba siglo y medio, melancólico sin caer en patetismos. Las obras dialogaban con sutileza y sin ecos exagerados. Interpretó los veinticuatro *Preludios* de Chopin, los *Preludios* de Debussy, una sonata de Boulez y, como bises, *La catedral sumergida* de Debussy y la primera *Balada* de Chopin (la que el superviviente judío toca al oficial alemán en *El pianista*, de Roman Polanski). Cuando salió al escenario a paso lento, rígido y encorvado, Pollini parecía un anciano de porcelana. Una vez al piano, se transformó en un tocón vivo cuyas raíces musicales se hundían y se ramificaban muy lejos en el teclado y en el interior del alma; era un alivio, una simplificación y una elevación. Dejaba caer la mano como si nada, y su cuerpo se acurrucaba como quien no quiere la cosa para unirse al piano. Durante la sonata de Boulez tuve una laguna que me llevó a una alucinación: en aquella gran sala que me recordaba al *Nautilus*, vi bajar del techo a unos conejos azules metidos en jaulas, como a través de unos ojos de buey. ¿Eran en realidad medusas, tiburones u otros animales marinos? En cualquier caso, no era cosa de mi imaginación: los vi. Aquella velada fue un claro en una estancia que se iba ensombreciendo.

Estaba en el coche de la policía cuando, ya de vuelta, me llamó Gabriela. Apreté el botón y apareció su cara, sonriente y agobiada: acababan de robarle el bolso con todos sus papeles, allí en Nueva York. Hizo el inventario de todo lo que había perdido, de los trámites que tendría que hacer, de las consecuencias de este nuevo marrón. La escuchaba sin poder responder. Esta era nuestra situación: una mujer sola y angustiada contando un nuevo pequeño desastre, por pantalla interpuesta, a un hombre que estaba a seis mil kilómetros, en un coche de policía, con una venda en la boca. No era un diálogo de sordos, sino un diálogo de mudos.

Al día siguiente, cuando pasó Chloé, yo había salido al cine.

Habíamos ido con Juan y los policías a ver una película argentina llena de un humor negro que bebía de las comedias italianas más sarcásticas: *Relatos salvajes*. Era la primera vez que iba al cine. Era a primera hora de la tarde. La sala estaba casi desierta. La película era tan divertida y tan cruel que no paraba de aguantarme la risa detrás del apósito para ahogar las carcajadas que no podía soltar: el labio corría el riesgo de no soportarlo. Ir a ver una película cómica cuando tienes prohibido reír es una idea peregrina, pero no sorprenderá a quienes hayan perdido toda expresión en el rostro herido y paralizado. Quería vivir y divertirme, simplemente. Quería provocar el futuro de mis cicatrices, acaso desafiarlas. Y mi situación añadía un nuevo gag a los que estaba mirando.

A la vuelta, uno de los médicos residentes comprobó el estado del agujero con la jeringuilla que parecía una trompa de mosquito. El orostoma se había abierto de nuevo y era cada vez más grande. Al poco rato, el médico residente volvió para decirme: «Mañana pasará por el quirófano, no tiene ningún sentido que esperemos la catástrofe.» Oí cómo la palabra «catástrofe» vibraba en el aire como un moscardón, la había pronunciado con una ligera sonrisa retraída, tímida, a la que yo ya estaba acostumbrado. Al médico le faltaba naturalidad, pero le sobraba simpatía. Parecía nacer de cierto dolor, de una tensión que otro cirujano terminó un día, si no por explicarme, al menos por aclararme: «Sus padres son psicoanalistas, sus abuelos también, ¡¿cómo quiere usted que salga adelante?!» Cargaba con un peso a la espalda, y era este peso el que le tensaba la sonrisa. En enero me había dicho con esa misma sonrisa, que yo calificaba entonces de subfreudiana: «¡Relájese! Hay que mantener la calma, señor Lançon.» «Cálmese usted», pensé observando su tensión. Ahora creía ver cuatro divanes y a sus ancestros echándosele encima mientras él me explicaba con los ojos entrecerrados: «El grueso del trabajo ya está hecho, señor Lançon, pero esta pequeña zona está mal vascularizada y se resiste. Habríamos podido inclinarnos desde el principio por quitarle toda la piel quemada por la bala y unir la piel restante, pero le hubiera quedado la cara torcida. Pero nos decidimos por una opción más estética, y también más compleja.»

Chloé no estaba, esta vez me operaría su adjunta, Nathalie, una mujer joven, eficaz y callada de aspecto melancólico a la que el servicio sobreexplotaba. Me aterrorizaban la palabra «catástrofe» y la ausencia de Chloé, y se lo hice saber primero a las enfermeras y luego a Christiane. Esta última vino a verme a última hora y me dijo: «Tiene que entenderlo, señor Lançon. Chloé necesita distanciarse. Sigue su caso muy de cerca, pero se ha implicado muchísimo, como todos nosotros, y ahora probablemente lo está pagando. Ha cogido lo que llamamos el mal del paciente. Ahora necesita quitárselo de encima.» Se marchó y me dejó con esta nueva expresión, «el mal del paciente», a la que estuve dando vueltas y buscándole todos los sentidos hasta que ahuyentó la palabra «catástrofe». ¿Tenía razón Christiane? Yo sabía que había recibido de Chloé todo lo que puede esperarse de un cirujano, e incluso mucho más. ¿Era la norma? ¿La excepción? ¿O se había convertido mi propio caso, debido a las circunstancias, en la norma de la excepción? No tenía ni idea, pero sospechaba que la no cicatrización de las heridas le irritaba. A los cirujanos no les gusta mucho que sus pacientes no justifiquen sus esfuerzos, y Chloé toleraba mal el fracaso. Había puesto tanta energía en ese rostro que este no podía permitirse defraudarla. Nunca le hablé del tema.

Al día siguiente me escribió:

Buenas noches:

Pasé, pero por desgracia a una hora en la que usted no estaba. Nathalie me describió con detalle la pequeña desunión de la cicatriz. Le pedí que mañana mismo vuelvan a rehacer la cicatriz y le cambien los puntos. Se hará en quirófano pero sin anestesia general; si fuera necesaria, bastará con una mínima anestesia local.

Ánimo, y tenga por seguro que sigo las cosas de cerca... ¡aunque esté lejos!

Chloé

Bajé al quirófano con el CD de las *Variaciones Goldberg* interpretadas por Wilhelm Kempff. Nathalie lo puso y empezó la operación. Notaba cómo el labio se me iba a la derecha, tenía la sensación de que estaban deformando la cara entera. La levedad de la interpretación de Kempff, su claridad interior sin tragedia luchaba contra la fijación de los puntos de sutura con una eficacia que no hubiera logrado, creo, la versión de Glenn Gould. Aplicaba una gasa sobre la carne y el espíritu. La operación duró cuarenta minutos. De vuelta en la habitación, cogí una antología de poesía clásica china que no sé cómo había llegado allí, y le leí un poema a una enfermera que pasaba. Trataba de la nieve, del tiempo, de la soledad. Era breve. Lo escuchó en silencio y luego me dijo: «Es triste, no es precisamente un chute de energía; pero es bonito.» Y nos reímos.

Unos días más tarde, en el transcurso de un paseo, me acerqué con los dos policías al pabellón psiquiátrico. He escrito más arriba que el edificio en el que estaba, conocido como La Force, era uno de los más antiguos y bonitos de todo el hospital; me apetecía enseñárselo. Lamentablemente no se podía visitar el patio interior en el que antaño se encadenaba a los locos y a las mujeres consideradas perdidas a unas anillas. Delante de la puerta de acceso a las cocinas había una enfermera fumando con la mirada perdida en el vacío. Nos acercamos. Nos observó con una mezcla de curiosidad y desconfianza, como la mujer de la recepción con la que había hablado mi padre; luego me preguntó qué me había pasado. Saqué la libreta y se lo expliqué. Añadí que estaba enseñando el edificio a quienes me protegían. Tiró el cigarrillo a medio fumar y, después de mirarnos, dijo: «Bueno, está prohibido pero pueden entrar, pasaremos por la cocina.» La seguimos a través de los olores de cantina. El espacio que quedaba entre los muebles y los hornos era estrecho. Los policías caminaban despacio, con las Beretta bien pegadas al cuerpo. Por las ventanas vimos aparecer el antiguo patio prohibido. Había varios enfermos mentales, unos de pie y otros sentados. La enfermera nos señaló las marcas de las anillas en las paredes. Más adentro, una de sus compañeras nos enseñó lo que se conoce como el patio de las masacres. Habían pasado tres siglos y

medio. Las mujeres y los hombres que habían sido encadenados estaban muertos; sus vidas, casi olvidadas. En el corazón de aquella ciudad dedicada a la industria de los cuidados quedaban sin embargo algunas señales del sufrimiento que se les había infligido.

Pasaban los días. Esperaban a ver si, después de la intervención de Nathalie, el orostoma se había finalmente cerrado. En el hospital había una huelga y todo parecía desorganizado. Fui a ver al Louvre, para *Libération*, una exposición de Poussin. La visita me dejó exhausto. Me trajeron el catálogo y una monografía a la habitación. Lo puse en la cama, que subí para convertirla en un atril, y enseñé los cuadros a las enfermeras y a las auxiliares que iban pasando mientras les preguntaba cuáles preferían y por qué. Tenía que escribir un artículo y quería que conjugara sus miradas y las mías, que hubiera una comunión absoluta entre el hospital y el museo. Hojeando la monografía, una enfermera se detuvo delante de *La huida a Egipto*. Describió los colores de la ropa, la postura del burro, el águila sobre el peñasco; y, mientras miraba detenidamente al niño en los brazos de su madre, se puso de repente a contarme lo que no me había dicho en tres meses: cómo había perdido a su hijo, siete años antes, a causa de una muerte súbita.

A la noche siguiente, Marion, la enfermera joven de los ojos de gato, vio conmigo un trozo de *Pierrot el loco*. Era la segunda vez que me la ponía en el hospital. Su desesperación rimbaudiana seguía emocionándome, pero nunca antes había sido tan sensible a su belleza. Los colores de la película, que Marion no conocía, le encantaron. Se marchó a toda prisa, antes de la muerte del personaje principal, hacia otra habitación en la que un paciente se asfixiaba. Anoté en mi libreta una frase de Poussin, escrita en 1642, que resumía tal vez lo que yo andaba buscando: «Mi naturaleza me obliga a buscar y a querer las cosas bien ordenadas y a huir de la confusión, que me resulta tan adversa y hostil como a la luz las oscuras tinieblas.»

Otra noche llegaron siete personas con la mandíbula destrozada. Al día siguiente me hice una foto de la cara y se la mandé a Chloé. Había vuelto a dejarse ver por el hospital, y enseguida comprendí –a pesar de que no se sabía si el tema del orostoma estaba resuelto–

que la cuestión de mi alta estaba sobre la mesa; pero ¿para ir adónde? ¿Tenía que volver a los Inválidos? Todas mis cosas estaban allí, en la habitación del pasillo Laón, pero desde el puesto de enfermería habían llamado varias veces a mi hermano, que me lo ocultaba para no angustiarme más, para que vaciara la habitación. Como no tenían noticias de mí, querían recuperarla para otro paciente. Su condición de directivo había acostumbrado a Arnaud a las negociaciones. Se hizo el muerto, notó que no obtendría nada de Chloé y se puso en contacto con el hombre del Elíseo, el doctor S. Era un sábado. El doctor S le dijo que sobre todo no contestara a los Inválidos, que ya se pondría él en contacto con ellos la semana siguiente. Por mi parte, yo notaba todo pero no sospechaba nada. De nuevo iba a ser consciente de que en el hospital las decisiones suelen tomarse como llegan los pacientes: de urgencia y sin avisar.

Al cabo de cuatro días, el doctor S llamó a mi hermano, que seguía sin decirme nada de la situación. Cito el diario de Arnaud: «El doctor S ha hablado por un lado con la cirujana y, por otro, con el jefe de servicio de los Inválidos. Conclusión: la cicatrización es buena, Philippe no necesita estar en un espacio medicalizado, en el hospital se enquista. Por tanto, tiene que salir de la Salpêtrière y no volver a los Inválidos. Me caigo de la silla. Hace ya diez días que Chloé no visita a Philippe, que los mensajes del equipo médico son: "De momento todo va bien. Crucemos los dedos." Acordamos con el doctor S una reunión en la Salpêtrière al día siguiente a las seis. Cuelgo un poco estupefacto.» En ese mismo momento yo le escribía a mi hermano que, visto el estado de mis cicatrices, no parecía que en la Salpêtrière fueran a darme pronto el alta.

Fue entonces cuando Christiane vino por primera vez a decirme que tenía que ir pensando en marcharme. Era el día de visita de Chloé: al fin la vería. Salí de la habitación con el portasueros y, en el pasillo, en presencia de todo el mundo, me planté delante de ella y le tendí la pizarra en la que había escrito: «¡No estoy de acuerdo!» Sonrió: «¿No está de acuerdo con qué?» Borré y escribí: «Con el alta.» Volvió a sonreír y contestó: «Lo hablaremos dentro de un rato... Luego pasaré a verle»; dicho esto, entró en la habitación de

un paciente seguida de todo el equipo. Yo volví a la mía y apunté una docena de preguntas concretas. Chloé no pasó.

Al día siguiente, sobre las ocho de la tarde, vinieron a verme el doctor S y mi hermano. Gabriela, que había llegado hacía dos días, asistió a la reunión. Finalmente, el doctor S había conseguido que en los Inválidos me aceptaran «solo unas semanas, no más», aunque les incomodara acoger a un paciente que consideraban todavía demasiado frágil; luego, sin que viniera a cuento, empezó a echarme la bronca: «¡Tendrá que salir del hospital, señor Lançon! O eso, o decide convertirse en un paciente eterno y no salir nunca más, pero entonces ya hablamos de otro problema. Si no es su caso, y espero que no lo sea, lo que tiene que hacer ahora es vivir y pensar en el futuro.» Agitaba los brazos y levantaba las cejas, él, el toro en plenas facultades, y me pregunté si veía al hombre que tenía delante y al que cada una de sus órdenes sentaba como una cornada. Él me hablaba y yo no podía contestarle; pensaba: «¿Me está dando una lección de moral? ¿Me culpa a mí de la situación? ¿Acaso estoy echando tripa en el hospital?» Aquella noche entendí que el crédito de compasión del que gozaba en las instituciones corría el peligro de pasar relativamente deprisa a la casilla del debe, y que, como habíamos presentido en los Inválidos con Simon, había que moverse con astucia para obtener de ellas lo que estas no siempre querían dar. Que estas instituciones se dediquen a ayudar a los más débiles no significa que los aprecien. Pese a la buena voluntad de sus trabajadores, ellas tienen más bien ganas de quitárselos de encima lo más rápido posible. El mundo no parece hecho para ocuparse mucho tiempo de los márgenes.

A la mañana siguiente le escribí a Chloé mi único correo desagradable:

Estimada Chloé:

El doctor S estuvo ayer una hora en la habitación. Me comunicó que el lunes me trasladan a los Inválidos, y me aclaró cuál era el verdadero motivo por el que en principio no querían saber nada de

mí: no estoy curado (por lo que se refiere a las cicatrices y el orostoma). Espero que esta vez sea la buena, porque no hay «tercera opción»: si por desgracia no cicatrizara, no me dejarían volver.

Me dijo usted que vendría, que me respondería a la docena de preguntas que le dejé por la mañana. No vino. No es la primera vez, y después de estas dos semanas de silencio, no por mi parte, sino por la suya, ya no sé qué pensar. Me marcho hacia la incertidumbre con la cara hecha un cromo, sin saber si ha cicatrizado de verdad, ayer apenas le echó un vistazo, no miró dentro, y sin embargo me acuerdo perfectamente de lo que me dijo en los Inválidos cuando me comunicó mi reingreso: «Esta vez no vamos a dejar que se marche hasta que esto se haya solucionado del todo.»

¿Se ha solucionado del todo? ¿Cuando pide que me miren cómo tengo la albúmina porque tiene dudas de la cicatrización? ¿Cuando esta misma mañana una enfermera ha reparado en una desunión? ¿Cuando todo el mundo aquí me dice: «Vendrá Chloé y se lo explicará»? Me gustaría tener la certeza. Decirme una vez más que sufro el síndrome del paciente-que-no-quiere-salir me parece fuera de lugar: no soy ningún niño, y de hecho ahora salgo casi todos los días, me obligo a ello, sé que tengo que hacerlo y tomo iniciativas. No es fácil, créame. Entre los guardaespaldas, las bolsas de nutrición y el cansancio, nada es fácil.

De hecho, toda esta incertidumbre y todo este silencio no hacen más que ponerme en una situación de estrés que favorece más bien poco la reconstrucción, y me asombra que usted no sea consciente o que se lo tome, quién sabe, como meros caprichos. Está claro que no está en juego mi vida; y sin embargo sí lo está.

Cuanta más confianza y seguridad hay, mejor le va al paciente. Al menos es lo que a mí me parece.

Gabriela, que está más bien en la misma onda que usted («Tienes que hacer las cosas por ti mismo»), después de dos sesiones en el gimnasio, con su ojo profesional, vio enseguida que era incapaz a corto plazo de vivir solo en mi casa, en un cuarto piso, y se lo dijo a las claras al doctor S.

¿Qué pasa con este espacio a la derecha del labio, abierto y purulento? ¿Y con este agujerito de la izquierda? ¿Podré volver a enjuagarme la boca? (Nathalie me lo desaconsejó después de la operación del pasado miércoles.) ¿Cuándo podré volver a comer? ¿Cuánto tiempo me va a durar esta gastroenteritis? ¿Cuándo podré retomar la rehabilitación? ¿Y qué pasa con la mandíbula? ¿Para cuándo debo esperar la siguiente fase, que serán los dientes?

Me imagino que no tiene todas las respuestas, pero creo que debería escuchar estas preguntas y tomarse un cuarto de hora para hablar conmigo claramente.

Discúlpeme este correo un tanto rudo, pero estoy decepcionado y molesto; yo creo en la relación de confianza entre el cirujano y su paciente, al menos entre usted y yo. Ni más, ni menos.

Que tenga un buen día,

Philippe

Esta vez su respuesta no se hizo esperar:

Estimado Philippe:

Oigo sus múltiples reproches y me parecen un poco injustos, no se lo voy a ocultar. Qué más da.

Entiendo perfectamente sus temores y sus deseos de obtener

respuestas y previsiones de futuro inamovibles, pero por desgracia no puedo atenderlos; correría el riesgo de decepcionarle si la realidad resultara distinta de mis pronósticos. Al fin y al cabo, y mal que me pese, es muy poco lo que sé.

Con todo, lo que sí constaté ayer es que el proceso de reconstrucción que pusimos en marcha empieza a dar sus frutos: esta mañana me han confirmado que no hay ninguna pérdida de saliva debajo del labio. Nos daremos el fin de semana para corroborarlo, y es por eso por lo que, por petición expresa mía, no se marchará a los Inválidos hasta el lunes. Que no haya «tercera opción» no me afecta mucho: no había una segunda hasta que llamé al doctor S...

En definitiva, que está usted todo lo bien que puede estar, al menos en lo que toca a mi especialidad.

Iré a verle antes de que se marche a los Inválidos.

Que tenga un buen día,

Chloé

Este fue –y sigue siendo hasta hoy– nuestro único momento de tensión. Ni ella, ni yo, ni el doctor S, ni nadie se equivocaba ni tenía razón. En aquella situación inflamable, todo el mundo se desempeñaba en su papel lo mejor que podía según su punto de vista. En el último viraje, todo el mundo veló por que aterrizara de nuevo allí donde no podía estrellarme. Purgué la situación escribiendo esta crónica titulada «El culpable y sus cicatrices»:

«Llega un momento en el que el herido se siente culpable de sus cicatrices: para eso no hace falta ser Kafka. Es porque ya no cicatriza o cicatriza mal. Han pasado dos, tres meses. En los brazos, las venas han desaparecido o se han endurecido, como las briznas de hierba que se rompen bajo los pies del buscador de setas. Pero no se han roto, sino que desaparecen o huyen de la aguja. Las más viciosas se defienden haciendo creer que van a dar algo, pero después de

apenas cuatro gotas dicen adiós y se largan sin que nadie sepa muy bien adónde. Y el paciente se siente también culpable de esta estampida: ya no tengo nada que ofrecerles, y créanme si les digo que es muy a mi pesar. ¡Cuánto le gustaría participar de la mejor manera posible en su curación!

»Pero el cuerpo ha dado ya mucho, sus kilos, su energía. En tres meses ha corrido sin moverse del lugar una serie de maratones en el quirófano y en la habitación: el paciente es un hombre de acción, un atleta inmóvil. Ahora, con la ayuda de las bolsas de nutrición que le aportan hasta 3.000 calorías diarias, hace todo cuanto puede para cerrar las heridas, las de las balas que le quemaron la piel y las que son fruto de las intervenciones quirúrgicas. Está atado entre nueve y diez horas al día al portasueros, que algunos llaman "la novia" y se conoce también como palo de gotero. En la mayor parte de los hospitales, "la novia" rueda fatal. Tiene los pies sucios y ha envejecido, las cuatro ruedecillas tienen reúma. Caminar con ella te obliga a ejercitar los músculos del brazo. Hay que encontrar el ángulo para que ruede bien –suele haber solo uno– y aprender a levantarla para sortear las irregularidades del suelo.

»Es la Assistance Publique: personas muchas veces heroicas que trabajan con un material deteriorado que se diría les recuerda sus exiguos salarios, sus esfuerzos vocacionales, sus dolores ocultos y el hecho de que allí todo el mundo, pacientes y personal sanitario, parece costarle demasiado caro a una sociedad cuyo pensamiento último no es otro que reducir la imaginación, la atención y los gastos; porque aquí no solo los pacientes tienen una vida difícil. Las personas que los cuidan han pasado a veces por dramas, enfermedades graves u otras cosas. Uno se va enterando poco a poco en el espejo de su propia situación.

»Me siento culpable de mis cicatrices, pues siempre llega un momento en el que me siento solo con ellas. Solo y por lo tanto culpable, porque siempre llega un momento en el que el solitario se siente culpable de serlo, de estar solo ante el grupo, los consejos, las órdenes a veces contradictorias, la institución que tritura y regurgita, el peso que supone para su familia, sus amigos, solo ante el mundo que no lo espera, solo ante todo. El paciente no hace lo

que le dicen que haga, o lo hace mal o no lo suficiente. Se masajea demasiado poco las cicatrices. No se pone suficiente vaselina. Se olvida de comprar aquel aceite. El sol lo hace sentir culpable de exponerse a él, aunque solo sea un minuto, cuando pasa de un edificio a otro. La Rochefoucauld nunca tuvo tanta razón: ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente. El paciente no puede mover mucho este labio que amenazaba con "desunirse", ni esta clavícula en la que la cicatriz abre a veces en la camisa una pequeña flor de sangre. El paciente va a ver a su psicóloga, a su psiquiatra, y allí su función consiste en hablar; pero ¿hablar no pone en peligro la cicatriz? ¿Qué tiene que hacer para ser un buen paciente, un paciente ejemplar o, dicho de otro modo, un paciente curado?

»La cirujana le dice: "El valor y la paciencia son la base, las ubres de la cicatrización." ¿Quién iba a ponerlo en duda? Pero hay momentos en los que estas ubres, como las de las vacas, ya no dan nada. Por mucho que uno las ordeñe al alba o al atardecer, nada: ni leche, ni valor, ni paciencia. Solo el peso del tiempo, de la incomodidad perpetua y el miedo a la "desunión". ¡Qué palabra tan bonita, de una dulzura tramposa! Una especie de divorcio epidérmico, amistoso y triste. Una tierra prometida que se abre y hace que asome un siniestro río subterráneo cuyas orillas se van alejando. El paciente saliva de preocupación, y también esta saliva lo hace sentir a su vez culpable: retarda la cicatrización. Llega entonces para él –es decir, para mí, que escribo esto– el momento de buscar consuelo en una frase de Michel Foucault, cuyo padre era cirujano: "He reemplazado lo imborrable de la cicatriz por el signo perfectamente borrable y tachable de la escritura."»

Paralelamente, el regreso de Gabriela empezaba a deshacer el mal del que me lamentaba. Al llegar de Nueva York había dejado su maletón en casa de Éric, no muy lejos del Jardín de las Plantas. Habíamos quedado en el parque del hospital, delante de la gran capilla. Llegué antes de tiempo, la máscara en la cara, nervioso. Apareció envuelta en su gran abrigo oscuro y con su pequeña bolsa de bailarina con ruedas. Los policías se alejaron cuando nos dimos un abrazo. Notaba que ella tenía miedo de hacerme daño. Me desbordaba la emoción. Yo lloraba sin hablar, ella sonreía al hablar.

Avanzamos unos metros y nos sentamos en un banco. Había pacientes caminando, esculturas modernas, de nuevo hojas en los árboles. Saqué la libreta, pero Gabriela no quiso que escribiera: quería que nos comunicáramos a través de la cara, el cuerpo y los gestos. Estábamos felices de volver a vernos.

Los días siguientes vimos *La toma del poder por parte de Luis XIV*, de Roberto Rossellini. Me seguía pareciendo a ese rey jovencito que aprendía su nueva vida bajo la mirada permanente de la corte y los criados. Él no podía permitirse ningún error; yo tampoco: en su caso, para imponerse a los nobles y al Estado; en el mío, para imponerme al personal sanitario. Durante el día Gabriela daba clases. Los policías me acompañaron varias veces al pequeño gimnasio en el que trabajaba, cerca del cementerio del Père-Lachaise. Empezaba a hacer bueno, casi calor. Durante una hora, en la sala desierta, me hacía trabajar poco a poco los brazos, las piernas, la flexibilidad, los estiramientos. Un policía aguardaba en la puerta, el otro en el coche. Luego me llevaban de vuelta al hospital. Gabriela no estaba autorizada a subirse en su coche, pero algunos hacían la vista gorda. La última vez cruzamos a pie el Père-Lachaise mientras hablábamos de nuestras vidas, que se nos escapaban. Estábamos muy a gusto, en ese cementerio. El sol le acariciaba a ella la cara y a mí la frente, por encima de la máscara. En un banco, un hombre le dijo a una mujer que nos había visto: «Ese de ahí tiene problemas en los dientes.» Nos seguía un policía, el otro nos esperaba a la salida del cementerio.

El orostoma parecía tapado. Me autorizaron de nuevo a ingerir líquidos y comida triturada y, al mismo tiempo, a pasar una parte del fin de semana con Gabriela en el piso de Éric, que estaba a un cuarto de hora a pie. El sábado por la tarde vinieron a buscarme dos policías. Era la primera vez que caminaba por la calle sin amigos, sin familia, solo con ellos. El policía con el que tenía mejor trato acababa de volver de una misión de tres meses en Afganistán, un país en el que el peligro era permanente y rondaba en cada esquina. Yo conocía bien aquel barrio, pero ya no lo reconocía. Se había convertido en un barrio de ficción, y la Gran Mezquita era el decorado de una película que mi vida, como casi todas las cosas,

había abandonado. Gabriela nos esperaba en el piso de Éric. Los policías nos preguntaron si teníamos previsto salir, en cuyo caso debíamos avisarlos. «Lo mejor», añadió el hombre que llegaba de Afganistán, «sería que no saliera antes de volver al hospital.» Así ellos tendrían unas horas libres. Cerramos la puerta. Por primera vez desde hacía cinco meses, besé muy ligeramente a Gabriela en los labios. Noté su aliento, lo aspiré. Cinco minutos más tarde estábamos desnudos en la cama.

Gabriela no sabía cómo ponerse, la frase de Chloé le resonaba en la cabeza y le daba miedo tocarme las cicatrices. Yo estaba ahora encima de ella, pero entre nuestros dos cuerpos estaban el tubo y la pequeña flor de la zona gástrica, que iban de derecha a izquierda y de izquierda a derecha a merced de nuestros movimientos. No podía besarla de verdad, también yo tenía miedo de desunir las cicatrices y de embadurnarle la cara con la vaselina que las protegía. Le miré las carnes, el cuello tenso, los ojos cerrados, las pestañas largas, esa mueca tan singular que parece aunar placer y dolor, sentí aumentar su olor y mi placer y me preguntaba si no sería un sueño. Los milagros me son ajenos, pero había olvidado tanto la posibilidad del deseo que me faltaba poco para creer en su existencia. Digo que me faltaba poco, no que creyera en ellos; porque en el mismo momento en que me reencontraba con la potencia del cuerpo, notaba también sus límites, es decir, por ser más concretos, la amenaza de la eyaculación precoz. Tenía cincuenta y un años y volvía a ser virgen. Pese a todos mis esfuerzos, no podía controlarme. Era la primera vez y al mismo tiempo no lo era: más de treinta años de vida sexual me informaban de una situación a la que no podía poner remedio. Para retardar el momento que notaba inminente traté en vano de hacer inventario de los libros que se acumulaban sobre la mesilla de noche de Éric, y luego miré la pequeña flor de plástico que acariciaba el vientre de Gabriela mientras imaginaba que al cabo de veinticuatro horas volvería a estar enchufada al portasueros. De nada sirvió.

Un poco más tarde, pese a las órdenes de los policías, salimos solos por el barrio. Miraba a la gente con inquietud. Caminaban deprisa, sin levantar la vista, con una indiferencia que no existía en el medio hospitalario. En una librería de viejo compré una vieja

edición de los *Diarios* de Katherine Mansfield. Este gesto me acercó a todos los que había sido allí mismo desde que, a los dieciséis años, había comprado mi primer libro en los muelles del Sena. Pasamos una velada tranquila, como si los últimos meses no hubieran tenido lugar. Gabriela había traído DVD. Vimos *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, y nos dormimos en aquella cama ajena mientras Charlot y Paulette Goddard se iban caminando por la carretera cogidos de la mano. No recuerdo si al alba o al atardecer.

Al cabo de dos días, en una ambulancia, en compañía de Gabriela y de su maletón, me marché del servicio en el que había pasado tres meses y volví a la pequeña habitación de los Inválidos, donde iba a quedarme seis. Gabriela descubrió la habitación, el gimnasio, mis fisios y los conejos, paseó por los jardines y los patios. A primera hora de la tarde la vi marcharse al aeropuerto, y me dije que nada se parecía más a una ambulancia que un taxi.

20. LOS REGRESOS

La tarde del domingo 19 de abril volví por primera vez a mi casa. Era una simple visita. No me apetecía lo más mínimo. Me daba miedo y tuve que prepararme.

Al amanecer di mi habitual paseo de más o menos una hora por los Inválidos, es decir, la vuelta entera bordeando los fosos. Me gustaban mucho aquellos fosos, con sus cañones apagados: nos separaban –a nosotros los pacientes ingresados– del mundo exterior, que entraba sobre todo de 10 a 18 en forma de turistas. *Esos de enfrente* eran personajes atorados, mal vestidos, ruidosos y sin ningún misterio, personajes que iban más o menos deprisa del punto A al punto B. Se les había fijado un itinerario que llevaba directo a la tumba de Napoleón y el viento no tardaba en dispersarlos, pero su presencia no era del todo inútil: nos confundía con el mundo que habíamos dejado atrás. Me gustaba acercarme a su cafetería para verlos beber, comer, oír hablar en todos los idiomas, sobre todo en los que no comprendía. La vida normal se metía en el castillo y en nuestros laberintos particulares. Así sentíamos el espíritu de los tiempos bajo una forma que teníamos poco menos que rotundamente prohibida: las vacaciones, la frivolidad, el movimiento sin dolor. Los pacientes no son muy dados a la ligereza; los visitantes de los Inválidos nos traían un poco.

En aquellos edificios antiguos y hermosos, los pacientes eran figuras casi inmóviles. Flotaban dentro del cuadro, solitarios o en grupos reducidos. Formaban parte del mobiliario y del jardín. Algunos se instalaban siempre en el mismo lugar, en el parquecito que había delante del hospital, que, con su fuente, recordaba a un jardín italiano. Un joven arquitecto que había sufrido un accidente cerebrovascular un año y medio antes tomaba el sol a la izquierda de la puerta de acceso, en su silla de ruedas, al lado de un banco. Leía mucho, sonreía a menudo y hablaba poco. Cuando lo conocí, estaba leyendo una novela de Le Clézio. Tenía la piel muy grasa y

ligeramente enrojecida. Su mujer lo había abandonado. Poco a poco sus amigos habían dejado de ir a verlo. En breve iba a instalarse en un piso adaptado. No se regodeaba en ninguna de sus penas. Barría la evidencia de la soledad y de las incertidumbres de la vida con una cálida sonrisa.

A unos metros, siempre en el mismo banco, un *harki*, un argelino cojo que había servido antiguamente en el ejército francés, se instalaba a la sombra de los árboles. Vivía en una residencia en Normandía y venía regularmente a que le hicieran las curas. Llevaba casi siempre el mismo traje gastado, con el pantalón manchado y un chaleco de punto a la antigua. Una mueca indicaba que sentía dolor al caminar. La herida en la cadera se remontaba a los tiempos de la Guerra de Argelia. Una vez sentado, iba dibujando poco a poco con el bastón en la tierra motivos geométricos cuyo sentido nunca entendí. Tampoco me atreví a preguntar. También él era hombre de pocas palabras. Tenía un francés macarrónico. Su cortesía le permitía guardar las distancias. Como el arquitecto, estaba solo. De vez en cuando otro argelino se acercaba a su banco con su silla de ruedas. Se ponían a hablar en árabe, cada vez más deprisa, cada vez más alto, gesticulando mucho, la escena era recurrente y nunca supe si discutían o no; al cabo de un rato, el de la silla de ruedas se alejaba y seguía hablando alto, cada vez más, como hacen a veces dos campesinos viejos cuando se hablan a lo lejos, como si las palabras estuvieran retenidas por gomas y bastara con tirar de ellas para que sonaran estridentes. Cuando este había desaparecido, el *harki* cogía de nuevo el bastón y retomaba sus dibujos. Llegado el momento de marcharse, lo borraba todo.

En un banco cerca de la fuente, un chico de unos veinte años y ojos verdes fumaba al sol. Tenía los rasgos finos y nerviosos, un cuerpo largo y musculado y le faltaba una pierna. Una noche, en la periferia norte de París, después de haberse tomado no sé qué sustancia, se había peleado con un amigo y, para provocar o por pena, se había metido en una vía por la que se acercaba un tren. Se había apartado demasiado tarde. Yo había visto en Colombia a niños jugando a ese mismo juego con trenes mineros. El último en apartarse ganaba. Entre los vencedores había no pocos mutilados. El

chico de ojos verdes despedía una rabia intensa y silenciosa, amenazante, como un perfume o una columna de humo. Se la quitaba de encima en el gimnasio levantando pesas al ritmo de sus gritos. Estas eran las tres figuras principales del jardín italiano.

Pasé al gran patio, completamente desierto a esas horas. Por el camino me encontré y saludé al director de los Inválidos. Pronto iba a dejar la institución y paseaba pensativo a sus dos perros. Uno de ellos murió durante mi estancia. Ya en la entrada del gran patio, subí la escalinata de escalones anchos y bajos, una maravilla de la arquitectura que daba la impresión de que uno se movía sin esfuerzo. Llevaban a la galería superior, en las que estaban las celdas cerradas de los antiguos soldados heridos, los de las guerras de Luis XIV y de Napoleón. Algo más lejos, colgadas en las paredes, había varias armas arrojadizas. En los pilares de los arcos había expuestas fotografías en blanco y negro de diferentes guerras francesas. Como todas las mañanas, me detuve delante de una que me fascinaba: un soldado de la Primera Guerra Mundial, derrengado, en un camino en mitad de un paisaje devastado. No se sabía si era negro o blanco, si era un hombre o una mujer. Por encima de un cuerpo de muñeco solo se veían unos ojos infinitamente blancos, las pupilas clavadas en lo más hondo del cansancio y del terror. Veía más allá de aquel que lo miraba y lo fotografiaba. Era un fantasma.

Al fondo de la galería estaba el gran salón. Allí se celebraban a veces por la noche conciertos, conferencias, cócteles o cenas de empresa, cuando no se organizaban debajo de una gran carpa que se montaba delante de la tumba. En esos casos, en los accesos al patio y a la escalinata había unas azafatas delgadas y rubias con zapatos de tacón que cogían frío mientras sonreían al vacío en medio de las implacables corrientes de aire y pedían las invitaciones a la gente. A mí me gustaba asomarme por el placer de enseñar mi cara y sembrar el desconcierto. Una noche se me acercó un vigilante de la empresa que había alquilado el lugar para un «acto privado». «Soy paciente», le dije. Puso cara de circunstancias, no sabía muy bien qué hacer. Iban desfilando trajes y abrigos de piel tirando a vulgares. Estaba bien recordar a aquellas aves suntuosas que allí también había albatros.

Hice mis flexiones y mis estiramientos delante del gran salón, enfrente del pedestal de la estatua de Napoleón, que habían retirado para restaurarla; luego bajé por las escaleras y me fui a las zonas de césped de los conejos. Bordeé los grandes fosos y caminé por los viejos bancos de piedra para ejercitar mi pierna sin peroné. Hacía siempre el mismo recorrido: solo lo modifiqué un poco para acompañar a un paciente del que hablaré luego, el disciplinado señor Laredo. Aquella mañana había un conejo muerto cerca de la gran entrada. Se lo indiqué a los guardas. Al día siguiente el animal seguía allí. No se lo volví a decir. Entré en el patio en el que estaba el gran cañón cubierto de inscripciones turcas y, después de mirar por última vez el puente de Alejandro III y el tejado del Grand Palais, crucé el patio por en medio y me dirigí al hospital y a mi habitación pasando por delante del carro de las enfermeras. Era la hora del desayuno.

Luego fui a hacer bicicleta y un poco de cinta al gimnasio, que las fisios de guardia me dejaban utilizar todos los fines de semana por la mañana. Nunca había nadie. Era un momento de enorme relajación. El esfuerzo alimentaba la soledad. Me habían explicado cómo poner el equipo de música del gimnasio. Puse música cubana a todo trapo. Llegó la mujer de la limpieza africana, que olía bien y se reía fuerte. Mientras yo pedaleaba, ella pasaba la escoba cantando. Antes de marcharse me dio un abrazo y me dijo: «¡Hasta mañana!» Su perfume se quedó un buen rato en el aire después de que se fuera, después del silencio que siguió al final del disco. Eran Los Zafiros, esos formidables imitadores de The Platters, un cuarteto a capela que había arrasado en la isla en los años sesenta. Habían tenido vidas trágicas y bañadas en alcohol. De vuelta en la habitación, me duché, me afeité y me unté con crema protectora. Tenía que ir con cuidado con los apósitos y las heridas, y tardé media hora. Ya volvía a cepillarme los dientes.

Estaba charlando en mi habitación con Simon, que ocupaba otra a diez metros, la misma en la que había estado ingresado el presidente argelino Bouteflika, cuando llegó mi hermano. Recuerdo que estábamos escuchando un disco de Dave Brubeck, pero no de qué hablábamos. De *Charlie*, probablemente, porque por entonces

había muchas tensiones, y los artículos que un poco en todas partes se consagraban a la inevitable crisis que atravesaba aquel pequeño periódico convertido en símbolo no contribuían precisamente a mejorar la situación: aunque creyeran comprenderlo –nadie se cree más listo que un periodista, sé de lo que hablo–, los autores de aquellos artículos no tenían ni la más remota idea de dónde salíamos. Cuando un hombre o un colectivo entra en el campo de reflexión de los intelectuales o de los fabricantes de información, despierta una bestia y tiene que contar con que los más impacientes y los más mediocres se afilarán los colmillos a su costa. Lo hacen con sus teorías, con su orgullo, con su supuesto sentido de la función que ocupan, con sus prejuicios. *Charlie* había entrado en un ambiente en el que había demasiada gente dispuesta a no perdonarle nada.

Subí al coche de mi hermano. Los policías de paisano nos seguían en el suyo. Como de costumbre, tomaban el relevo de aquellos otros uniformados que se pasaban día y noche delante de mi habitación y me acompañaban por los Inválidos. Tuve la impresión de que la ciudad estaba casi desierta. Al entrar en mi calle noté que el corazón me latía un poco más fuerte. Tenía ganas de huir, ya no estaba en mi casa, pero tenía que echarle valor. Por primera vez retomaba el contacto con el núcleo geográfico de mi vida pasada. La primera persona que me vio fue Lourdes, la prostituta vasca que hacía la calle a unos pocos metros de mi casa. Me dio un abrazo, me dijo que tenía noticias por mi familia y me habló de la elegancia de mi padre. Tenía razón, mi padre siempre iba elegante, con su barba blanca de hidalgo impecablemente recortada. Podría estar en el Prado, ¿no es verdad, Lourdes? Hablamos en español, como siempre; y, como siempre, ella se reía con voz atronadora. Su presencia supuso un alivio.

Tenía las llaves en casa de mis padres. Cogí una copia en casa de los vecinos, unos amigos mauricianos a los que conocía desde hacía más de veinte años y tenían desde hacía tiempo un juego: me vigilaban el piso y me guardaban el correo cuando yo no estaba. Seguían haciéndolo desde el atentado. Les habíamos avisado de que iba a pasar, pero la emoción pudo más que la falta de sorpresa.

Charlamos un rato y me entregaron un montón de correo. Otro vecino con el que me crucé en las escaleras me dio un abrazo. Tenía los ojos rojos. Yo estaba tranquilo, era dueño de una sensibilidad casi fría. En adelante debía acostumbrarme a recibir estas muestras de afecto, a aceptarlas. La película hospitalaria de urgencia, en la que todo es acción, tocaba a su fin.

Las manifestaciones de sorpresa o de emoción podían parecer a veces fuera de lugar y, por lo tanto, resultar divertidas. La víspera había ido a cenar por primera vez a casa de Juan. Les dije a los policías que quería pasar por una tienda de vinos que había cerca de su casa y a la que iba a menudo. El dueño me miró al principio la parte baja de la cara, con el semblante curioso pero apagado, luego subió los ojos y nuestras miradas se cruzaron: fue entonces cuando me reconoció. Me dijo: «¿Qué le ha pasado?» Se lo expliqué brevemente. Casi se disculpó por no saber que había sido víctima del atentado, y me contó que conocía muy bien a una de las víctimas, Elsa. «Llega justo a tiempo», añadió: dejaba la tienda al día siguiente para probar suerte en el mundo de la importación-exportación con África, en algo en absoluto relacionado con el vino. Y, por primera vez, me hizo un descuento en la última botella que le compré. «Usted y yo», le dije, «empezamos los dos una nueva vida.»

En casa de Juan había unos amigos suyos a los que conocía pero a los que no había visto desde hacía cinco o seis meses. Tuve la impresión de que habían pasado treinta años. Había franceses, italianos y españoles. Sus miradas eran de ternura, o alegres, o preocupadas, o de pánico. Tenía la sensación de moverme por una caja de cristal, como la bailarina de Degas. Con todo, estaba feliz de estar allí y por primera vez bebí champán. Giusi, una amiga de Bolonia que para Juan y para mí era una especie de hermana elegante y deprimida, no me soltó el brazo durante buena parte de la velada mientras iba murmurando: «Todo saldrá bien, Philippe, dai, dai, dai...» Tenía un no sé qué felino, pero sin las zarpas. Sus palabras me masajeaban tanto como sus manos, que me recordaron en ese momento las de la Castafiore. Hubiera querido darle leche,

un beso o una sonrisa, pero no podía dar besos ni sonreír, y ella prefería además el vino.

Once días antes, ella y Juan habían venido a verme por última vez, por la tarde, a la Salpêtrière. Yo justo volvía a ingerir líquido. Juan, que es un cocinero sin igual, me había traído otra vez gazpacho casero. Me lo tomé con dificultades en presencia de ambos, ellos sentados delante de la mesa con ruedas, yo detrás, en un silencio absoluto. Había anochecido. No habían bajado las persianas. Era el gazpacho de la melancolía. Los gestos lentos de la cuchara sopera en el bol y de la servilleta en el mentón habían creado el vacío en la habitación y en nosotros, un vacío de tristeza contra el que no podían luchar ni el olor del tomate ni el del pepino. El viejo trío se había reconstruido en una densidad extrema, en lo más hondo del bol. Giusi y Juan comían con los ojos lo mismo que yo, sus bocas perdían con la mía. Luego pusimos un disco de Bill Evans. Sobraban las palabras. Me pasé toda la noche haciendo pis.

Los dos policías, un hombre y una mujer, no entraron en el piso. La joven policía llevaba tatuajes, un pendiente, el pelo corto y tenía los ojos claros y una mirada vehemente. Delgada, resuelta y de una belleza andrógina, daba la impresión de ser un cuchillo en manos de una amazona. Con ella me sentía a salvo, como reanimado. El hombre, esbelto y musculado, tenía un ligero aire a Jack Palance, pero como si el verdadero Palance hubiera sido la caricatura del que me protegía, puesto que, a diferencia del actor, él era guapo. Era de Burdeos.

Entré yo primero. Lo primero que me sorprendió fue el olor, ese olor a cerrado y a moho, a libros y a la moqueta antigua de la que he hablado en el segundo capítulo, ese olor que me notificaba: aquel que fuiste invita a ese en quien te has convertido, pero la visita tendrá lugar sin la presencia del primero; eres, en el piso, testigo de tu vida pasada. Lo segundo fue la gran alfombra iraquí, más raída de lo que pensaba. Me dije que había llegado la hora de tirarla. Lo tercero fue el montón de periódicos junto a la ventana. Me acerqué: encima de todo estaba el número de *Libération* del 6 de enero. Nada se había movido desde la mañana del 7. Se me aceleró la respiración. Toqueteaba los libros y los objetos con un nerviosismo

mecánico. Después de haber dado una vuelta por el piso a la búsqueda de indicios de mi propia presencia sin haber encontrado nada, pasé el aspirador. Las hormigas me habían invadido la mandíbula. Los libros se apilaban por todas partes de cualquier manera. Entendí el pavor de mis padres cuando estuvieron en enero y ordené algunos al azar. Opusieron resistencia. Les molestaba. Al acercarme al montón de periódicos noté que si en breve regresaba a vivir allí, sería por poco tiempo, porque lo primero que haría sería tirarme por la ventana. Una hora más tarde nos fuimos. Les devolví las llaves a los vecinos y me llevé un libro de poesía española: los poemas de Luis de Góngora.

El calor se instaló varios meses. Como las habitaciones de los Inválidos estaban bajo el tejado y no tenían climatización, no tardó en hacerse insoportable. Durante el día clavaba con unas chinchetas una tela de dos capas delante de mi ventana de crucero. Los policías sudaban la gota gorda en el pasillo. En mayo nos repartieron ventiladores. Algunos pacientes no soportaban el ruido. En las peores horas, si no estaba en el gimnasio o tenía visita médica, bajaba a leer o a echar una cabezadita en las plantas subterráneas. Solo teníamos acceso al primer nivel. Allí estábamos a dieciocho grados. Hombres y mujeres en silla de ruedas, cojos de toda clase y condición y varios viejos iban y venían en silencio bajo las bóvedas antiguas, en ocasiones ayudados o empujados por enfermeras o auxiliares. Prácticamente todo el mundo estaba callado. Las lámparas colgaban bajas. Era como la sala de guardia de un castillo medieval y como un viejo salón proustiano hacia el final, en *El tiempo recobrado*, y de hecho fue allí donde releí en parte el último tomo de *En busca del tiempo perdido*; pero no solo el tiempo había metamorfoseado los rostros y los cuerpos: eran los crímenes, los accidentes, las enfermedades. En aquellos inmensos pasillos de piedra había unas pequeñas hileras de asientos, menos distantes de los que han colocado en los andenes del metro para impedir que se tumben los sin techo. Cuando estaba cansado –del calor y de la mandíbula y de todo–, me tendía encima y, pese a lo incómodos que eran, me quedaba dormido unos minutos y soñaba. Allí no llegaban

ni los asesinos ni el calor del exterior. Allí pasado y presente no se diferenciaban. Era *el tiempo confundido*.

Entre semana los horarios eran apretados. A las nueve tenía una primera sesión de rehabilitación en el llamado gimnasio de los fisios. Sobre las once me iba al segundo gimnasio, situado al otro lado de la tumba de Napoleón. Cuando hacía demasiado calor o llovía, iba por los subterráneos. Sybille, una joven resuelta con águilas tatuadas en los brazos, era mi entrenadora. No tardó en decirme con tono marcial y campechano: «Las has pasado canutas, pero convertiré tu cuerpo en el de un guerrero. Cuando haya terminado contigo, nadie podrá contra ti, solo yo.» Exigía mucho, daba más y conseguía que me riera de mis lamentos. Era una aleación nerviosa de firmeza por fuera y ternura por dentro. Si le decía que ya tenía bastante, en su rostro aparecían una mueca y un destello de ironía: «Quieres darme pena, ¿no? Pues te has equivocado de lugar.» Y el ejercicio continuaba. Pedaleaba y desarrollaba los músculos bajo su atenta vigilancia, entre un resistente alto y centenario, y una de las víctimas de Mohammed Merah. Eran los momentos en que, como mi cuerpo se ejercitaba al máximo, la mandíbula no se hacía notar.

Volvía rápido a ducharme y a comer; luego, a partir de junio, me iba a la consulta de Denise, mi fisioterapeuta especializada, a que me infligiera una hora y media de tortura eficaz. Regresaba sobre las 14.30, descansaba media hora y me dirigía al taller de ergoterapia, en el que poco a poco recuperaba la movilidad de la mano derecha, antes de terminar en el primer gimnasio para una segunda sesión de fisio. A eso cabía añadir dos sesiones semanales, una con la psicóloga y otra con la especialista en psicomotricidad. Eran fundamentales, pues era allí donde tuvieron lugar varias veces lo que la psicología llama mis «derrumbes»; y gracias a la psicóloga de los Inválidos me quedé mucho más tiempo de lo que el doctor S y Chloé habrían podido imaginar.

Este programa no cambió mucho durante cinco meses, cinco días a la semana. Entre horas aprovechaba para leer y escribir mis artículos para *Libération* y *Charlie*. A fin de cuentas, formaban parte de la terapia. Los amigos pasaban a verme tarde, sobre las siete o las ocho, cuando yo ya había cenado. Bebíamos y nos íbamos luego

a conversar al salón de la residencia, debajo de la tumba de Napoleón. Había poca gente. A veces cuatro pacientes –siempre los mismos– jugaban una partida de cartas: dos completamente tumbados boca abajo en unas camillas por culpa de unas escaras, uno en silla de ruedas y otro con una pierna artificial. Un día, este último me pidió que lo grabara mientras caminaba entre los árboles y los arriates de flores para mandarle el vídeo a su familia, que vivía en Argelia. Hicimos varias tomas. Tenía que salir bien, tenía que aparecer moviéndose de todos los modos posibles con su pierna en un entorno bonito. Es la única vez en mi vida en la que me he sentido director. Varios amigos que no se conocían entre sí llegaban en orden disperso, asistían a estas escenas, hablaban del mundo exterior y se marchaban juntos. Varias de mis vidas se mezclaban en el patio de la residencia. Cuando se iban me sentía agotado. Manopla de ducha, vaselina, cepillo de dientes, visita de la enfermera de la noche, analgésico, somnífero, baba empapando la almohada, desvelos, pesadillas y vista de la cúpula iluminada.

El gimnasio de los fisios era como un abrevadero para los animales en África: un lugar de encuentro de todos los pacientes. María, una joven boliviana invidente, había sido la primera, en marzo, en hacer que se moviera el periscopio que me servía de cuello. Como iba a reunirse con su marido en Australia, cogió su relevo Pawel, un joven polaco con la cabeza rapada que había pasado un tiempo en un monasterio budista. Cuando lo conocí, estaba leyendo una novela de Albert Camus para perfeccionar un francés que ya hablaba con soltura. Los fisios de los Inválidos eran extraordinarios, atentos y corteses, y Pawel no era ninguna excepción. Fue allí, escuchando la selección ecléctica de la emisora FIP o música cubana, donde el señor Tarbes ahuyentó o durmió a Philippe Lançon. El señor Tarbes era el hombre cuyas cicatrices se cerraban. Todas las semanas le cedía momentáneamente el lugar a Philippe Lançon, que volvía en ambulancia a la Salpêtrière para que le comprobaran el estado de la boca y las heridas; pero Philippe Lançon tenía prisa por volver a los Inválidos, aquella maravillosa cámara estanca, para convertirse de nuevo en el señor Tarbes, el amigo de las estatuas.

Los pacientes que había en el gimnasio, cada uno con su fisio,

eran de lo más variopinto. Las heridas de unos quedaban relativizadas por las enfermedades de los otros: era raro oír una protesta. Por un motivo u otro, todos habíamos embarrancado en aquel mundo aparte y vivíamos en él una vida paralela y secreta, suspendida como un coche en el taller de reparación.

Había militares heridos en combate, deportistas lesionados durante un entrenamiento. Había un viejo resistente que sobrevivía sesenta años, en silencio, a su hijo muerto en la Resistencia. Había un director de empresa sarcástico que había sufrido un accidente cerebrovascular y cuyas ocurrencias nos arrancaban una risa a todos los presentes. Había un antiguo ministro muy conocido en la misma situación, que hacía girar los ojos, furiosos y desesperados, en su silla de ruedas. Le había dedicado un perfil en una de nuestras vidas anteriores y no me reconoció. Había un jovencito muy elegante y distinguido con un corte de pelo impecable, de estilo militar, que se recuperaba de una lesión en el ligamento cruzado. Se la había hecho jugando a fútbol. Jamás hacía muecas de esfuerzo o dolor. Unos meses más tarde lo vimos volver por culpa de la misma lesión, pero no era él, sino su hermano gemelo, al que le había pasado exactamente lo mismo y tomaba en cierto modo el relevo. Tampoco él dejaba traslucir nada, salvo esa distinción muda y su buena educación. Había un discapacitado al que la diabetes iba consumiendo poco a poco, como la lepra. Había perdido una pierna y empezaba a perder el pie de la otra. Estaba sometido a un régimen draconiano, pero se venía abajo con frecuencia y se zampaba uno o dos paquetes enteros de galletas. «Sé que no debería», me dijo un día, «pero no tengo ningún sentido del deber, ni siquiera aquí.» Su pasión era el rock y se las arreglaba para asistir a todos los conciertos posibles. Había un boxeador negro, Louis, que había recibido un balazo en la espalda en mitad de la calle, durante un ajuste de cuentas, mientras trataba de proteger a un amigo. Estaba casi siempre de un humor jovial, en su silla de ruedas, y ahora enseña boxeo, sentado, en un gimnasio de la periferia. Había un viejo coronel calvo que circulaba por los pasillos, el mentón bien alto, los ojos medio cerrados, sin responder casi nunca a quienes le hablaban; pero cuando veía a una mujer que le gustaba, se

acercaba a ella como si no la hubiera visto, se ponía de pronto a dar vueltas en la silla, se plantaba delante y le recitaba un poema clásico. Se sabía decenas, tenía la habitación llena de antologías y la memoria intacta. Fue de esta guisa como un día, en el salón, se plantó delante de Gabriela, que había venido a verme en mayo, y le recitó entero «La Belleza» de Baudelaire sin dignarse mirarme una sola vez, a mí, que me lo cruzaba sin embargo a diario. Había aquel joven militar guadalupeño que había sido herido por Mohammed Merah. Tetrapléjico y a menudo deprimido, justo acababa de salir de su habitación cuando llegué a los Inválidos. Yo pedaleaba a unos metros de él. Había un veterano de la Guerra de Argelia de hermoso cabello plateado y ojos grises, siempre risueño, al que habían herido en la pierna. Se había recuperado bastante rápido. Cincuenta años más tarde, la herida se le había despertado como un recuerdo, nadie sabía muy bien por qué, tal vez por efecto de un virus latente. Se le había declarado una gangrena y la pérdida de la pierna le había refrescado la memoria para siempre. Y estaban Simon y Fabrice, y había también otros veinte, y estaban por último el disciplinado señor Laredo y aquella chica a la que enseguida bauticé como la pequeña Ofelia.

El disciplinado señor Laredo era un gendarme de estatura media, pelo corto y cano y cejas negras, robusto, atlético, cortés, de una fragilidad a prueba de bombas y que iba completamente vestido de negro, pantalón corto, camiseta y zapatillas de deporte. Lo habían mandado con un compañero de misión a Erbil, en Kurdistán. La noche de su llegada, cuando su compañero había salido, empezó a flotar en su pequeño apartamento. Vio moverse las paredes, alejarse el sofá, pero ese terremoto venía de dentro. Se desplomó y, notando que perdía la conciencia, hizo acopio de fuerzas para reptar hasta el teléfono, desde donde pudo llamar y murmurar cuatro sílabas que lo salvaron, aunque ya apenas podía hablar y el espacio se había cerrado sobre él. Era un derrame cerebral. Lo repatriaron de urgencia y a finales de mayo ingresó allí, en los Inválidos, con su energía muda y sus problemas de elocución. Dormía poco. Por la mañana se levantaba a las seis y salía a recorrer a pie, a la carrera, veinte veces la vuelta completa a los Inválidos. Cuando yo salía a

caminar a eso de las 7.15, veía pasar su figura negra por el gris del amanecer; en alguna ocasión me sumé a él. Su itinerario era aún más maníaco que el mío. Se subía a los muros bajos que bordeaban los fosos para no perderse un solo metro de perímetro. Medía con precisión las vueltas mientras me hablaba de su misión, de su mujer, a la que llamaba «la señora», y de su hijo, al que se refería como «el niño». Algunas frases le salían sin esfuerzo, en otras se encallaba con una palabra. Me lo encontraba en el gimnasio, donde, entre sesiones con el neurólogo y el logopeda, sacaba toda la ansiedad en la cama elástica que habían instalado expresamente para él en el hermoso patio contiguo, que yo llamaba patio de los castaños. El disciplinado señor Laredo saltaba y saltaba y no paraba de saltar, y Pawel me decía con una sonrisa, entre divertido e inquieto: «Si sigue así, va a explotar. Es preocupante.» A última hora de la mañana me lo encontraba en el segundo gimnasio, donde levantaba pesas y multiplicaba sus abdominales sin hacer el menor ruido. Sin duda hubiera podido cruzar el Sáhara con una cantimplora y una mochila de piedras a la espalda, pero las palabras impronunciables suponían obstáculos más molestos que una tormenta de arena; lo que más temía en el mundo era que no volvieran a asignarle nunca más una misión.

Hija de una familia de nobles y militares, la pequeña Ofelia estudiaba administración y dirección de empresas. Tres días después del 7 de enero, unos compañeros graciosillos de promoción la encierran en un balcón en una estación de esquí. Es de noche. Hace mucho frío. Está en el segundo piso. Hace además de querer pasar al balcón de al lado, hasta entonces es todo una broma, pero resbala o pierde el equilibrio –no lo recuerda– y se precipita al vacío. No sabe cómo: los acontecimientos más fugazmente violentos e inesperados se instalan y ocupan un lugar destacado en nuestras vidas porque van a trastocarlas, pero los detalles de los minutos irreversibles parecen sustraerse a nuestros recuerdos: y si yo escribo es solo con la tenue esperanza de restituirlos en parte. Proust lo recuerda todo, tal vez porque no le pasó prácticamente nada; pero es probable que hubiera olvidado, como la pequeña Ofelia, de qué forma se cayó una noche de invierno del balcón de los Guermantes

sobre el adoquín irregular, que no le habría evocado nada de una infancia que se hubiera terminado allí mismo. Y, en lugar del tiempo perdido y del tiempo recobrado, nos habría obsequiado con lo que estábamos viviendo nosotros: el tiempo interrumpido. El libro habría sido más breve, probablemente menos genial: también el genio viene determinado por los límites que rebasa. El tiempo del acontecimiento brutal es oscuro e infinito. No tiene límites.

La pequeña Ofelia solo recordaba que había apretado fuerte uno de sus brazos contra el cuerpo; un día me enseñó con firmeza el gesto, el de un pájaro que repliega mecánicamente el ala en su caída. La miraba y me preguntaba: pero ¿qué cazador ha sido capaz de dispararle? Después de la caída vino el coma: traumatismo craneoencefálico. Al final terminaron mandándola a los Inválidos. Durante meses nos cruzamos todos los días en el gimnasio de los fisios, en los pasillos, en los jardines, acompañados o solos. Se parecía a su madre. Todas las mujeres de su familia que vi tenían los ojos claros.

Era una chica delgada y larguirucha, rubia, pálida y de facciones angulosas, con la nariz un pelín larga, y toda aquella largura graciosa parecía haber sido reprogramada para hacer de ella un autómata cuyo único motor era la angustia. Eso con lo que uno se cruzaba era la marioneta de Ofelia, una marioneta que avanzaba a trompicones, con los hombros hacia dentro, que iba y venía como una mariposa cegada por su caída, con unos nervios que ya no respondían, una heroína sin corona de flores en la cabeza que recorría los vastos espacios del hospital. Su mirada inocente y asustadiza me rozaba sin apenas verme, o quizá sí me veía, quién sabe. Acompañaba a su pesar mi cara rota.

El mundo de la neurología es una nebulosa para quienes sufren de traumatismos, igual que lo es para los cirujanos y los fisioterapeutas. Era el mundo de la mirada clara y asustadiza de la pequeña Ofelia. Quien se había embarcado en él se encontraba en el río en que flotaba el cuerpo de la verdadera Ofelia, la de *Hamlet*. La de los Inválidos era tan feroz en su desamparo que no me costaba imaginar sus esfuerzos por recuperar un mínimo de confianza en sí misma y en cualquier otra persona. A veces erraba de noche por los

pasillos con la mirada aterrorizada. Tenía una voz de niña que fue debilitándose poco a poco hasta convertirse en un hilo. En aquellos grandes pasillos desiertos a esa hora, por los que se perdían los visitantes y donde hasta los mismísimos fantasmas habrían tenido problemas para orientarse, ella regresaba a las tinieblas dependientes y turbadoras de la infancia. Un día, más tarde, le dije: «No encontrabas tu habitación. ¿Te acuerdas?». Sonrió: «Vagamente. Entraba en las habitaciones de los demás... ¿Me metí en la tuya?» Yo: «No. Pero sí te acompañé una vez a la tuya.» Era la época en que mi habitación estaba protegida día y noche por los policías y por la pequeña Ofelia, que andaba siempre perdida. El personal sanitario ya no sabía qué hacer para ocuparse de ella.

Puede que en parte fuera ella misma la causa –por inconsciencia, por torpeza– del atentado contra su propia vida, pero allí no se hacían distinciones entre los pacientes: las vidas estaban unidas por el ritual de las perspectivas inciertas y por los ejercicios destinados a nuestra recuperación. Éramos como el hombre convertido en insecto de *La metamorfosis*, pero, a diferencia del personaje de Kafka, nuestro entorno no nos rechazaba, no nos quería aplastar. Nos ayudaba a subir por la pared, a ponernos en lo posible de nuevo sobre las patas, fortaleciéndolas, sin por ello hacernos olvidar que nos habíamos convertido todos en réplicas del pobre Gregor Samsa.

¿Por qué había caído la pequeña Ofelia? ¿Por qué se siente tantísima angustia? ¿Cómo es la vida de los nervios que nos faltan? No sabemos gran cosa. Vamos saliendo del paso. Y la pequeña Ofelia aprendía poco a poco a hablar con ese tono particular que allí gastábamos casi todos cuando nos creíamos especialistas en nuestro propio caso: un tono sencillo, «objetivo» y preciso. Ofelia empezaba a encarar sus problemas leyendo los *Cuentos de la becada*, de Maupassant, primero los más breves y luego los más largos. Dos años más tarde ambos habíamos salido de los Inválidos, pero no del laberinto. Un día se fue a comer al Museo de Orsay con su logopeda. Otro día me escribió: «En enero de 2015 apareció una desviación. Esta pasa por el monte Beluja. A medida que pasa el tiempo, el frío siberiano se mitiga. Los rusos son gente fascinante. ¡Está claro que es el vodka lo que los hace así!» Me recordaba que habíamos

entrado en el mundo en el que las visiones prolongan las sensaciones y que su drama la había convertido, a su manera, en una escritora.

Paralelamente a la rehabilitación, prosiguió la lenta y progresiva ceremonia de los regresos.

Un día, con mi hermano y los policías, volví al lugar en el que me habían herido. Hacía tiempo que la investigación había terminado. Antes de limpiarlo todo y de devolver aquellos locales malditos a no sé quién, invitaron a los supervivientes a ir a recuperar los objetos que se habían podido quedar allí. Yo ya había estado delante del edificio unas semanas antes, con Gabriela. No me quedé mucho más tiempo del que estuve en la calle en la que se encontraba *Libération* el día que fui al teatro. Me puse a temblar. Había regresado a un espacio en el que el tiempo se repetía hasta la asfixia, bajo un cielo gris y envuelto en un olor a pólvora. La sombra del negro de las piernas de los asesinos estaba por todas partes. Gabriela me había cogido del brazo. Nos alejamos enseguida, los policías detrás de nosotros, para volver al bulevar y a la otra vida.

De modo que estaba nervioso de volver. No sabía qué iba a encontrarme. Sabía que mi gorro de invierno y mi chaquetón rasgado por las balas y por las tijeras de los servicios de emergencias habían terminado en el purgatorio de las pruebas. Mi teléfono y las llaves debían de estar asimismo en alguna parte, bajo precinto. Lo que más me importaba recuperar era el libro de jazz, *Blue Note*, que le había enseñado a Cabu justo antes de que irrumpieran los asesinos.

Había una nueva puerta blindada, policías y un agente judicial. Las oficinas no habían cambiado, rezumaban todavía violencia y ausencia, como un decorado olvidado, pero faltaba, en medio de la sala en la que se había producido la principal masacre, un elemento esencial: la gran mesa de reuniones. Sin ella, el atentado se tornaba poco menos que incomprensible. Habían limpiado la sangre: en las zonas en las que se había resistido, habían puesto cartones en el suelo. Los impactos de las balas eran todavía visibles. Volví a narrar, tanto para los que estaban allí como para mí mismo, la escena del 7 de enero, y señalé la ubicación de los cuerpos, entre ellos el mío,

cuando entraron los dos hermanos. Volví a ver a Franck, el guardaespaldas de Charb, desenfundar la pistola antes de morir. Pero no encontré el libro de jazz.

Una colega me dijo que los encargados de la limpieza debían de haberlo tirado, como todo lo que estaba muy manchado. Me fui con un libro de Wolinski, *Mis años setenta*, que no tuvo tiempo de dedicarme, y con el *Diccionario de jazz* que aquel día, junto con *Blue Note*, había metido en la bolsa de tela de Colombia. No estaba manchado. En el coche que me llevaba de vuelta a los Inválidos, mientras hojeaba el libro de Wolinski, pude medir una vez más por la risa, la osadía y la imaginación todo cuanto nos separaba de aquellos años de libertad. Dos horas más tarde recibí una llamada. Habían encontrado el libro de jazz. «Pero está manchado de sangre», me dijeron, «es mejor que lo sepas. ¿Estás seguro de que lo quieres?» Lo quería.

He descrito este libro en el capítulo sobre el atentado. Se trata de un libro magnífico de fotografías en blanco y negro hechas en los años cincuenta y sesenta por Francis Wolff, uno de los dos fundadores del célebre sello neoyorquino Blue Note. Él y Alfred Lion eran judíos alemanes que se habían exiliado antes de la guerra. De Miles Davis a John Coltrane, de Eric Dolphy a Dexter Gordon, de Horace Silver a Thelonious Monk, la mayor parte de los que hicieron jazz en esos años grabaron con ese sello momentos musicales casi inolvidables. En las fotos todos los músicos salen guapos, todos tienen una clase y una elegancia sin igual. Casi todos son negros. ¿Qué muestran las imágenes de Francis Wolff? Un mundo en el que grandes artistas originarios de una minoría oprimida, que trabajaban y vivían de noche y cruzaban en muchos casos túneles llenos de droga y de alcohol, crean una música aristocrática. Son las formas sensibles de la distinción y la dignidad.

Al día siguiente por la tarde, el mensajero de *Charlie* estacionaba delante de los Inválidos justo cuando yo me dirigía a ver a Denise, mi fisio especialista. Me propuso dejar el gran sobre en el puesto de enfermería, pero yo no podía esperar. Lo cogí y me fui con él bajo el brazo directamente a la consulta. En la salita de espera abrí el sobre, saqué el libro y lo contemplé. La cubierta en cartoné oscuro estaba

manchada, pero apenas se notaba. Solo se veía al pianista Herbie Hancock en una imagen de 1963, el año de mi nacimiento. Lleva gafas. Mira a la derecha, ligeramente hacia arriba, elegante y altivo, las manos sobre el teclado. Probablemente esté mirando a un solista que queda fuera de plano. Las manchas de sangre se confundían con el negro de la foto. Abrí el libro para buscar la foto de Elvin Jones que le enseñé a Cabu. Fue entonces cuando me di cuenta de que las páginas estaban pegadas. Miré el canto. Tenía una mancha enorme: al secarse, la sangre –mi sangre, mezclada tal vez con la de mis compañeros– había sellado las páginas. Las fui separando una a una mientras esperaba la sesión de fisioterapia, retrocediendo en el tiempo hasta la época en la que, con dieciséis años, con mis primeros ahorros, me compré mi primer vinilo de John Coltrane: *My Favorite Things*. El jazz me había ayudado a vivir; el libro, a no morir. En adelante, los dos llevaban una firma.

El fin de semana de la Ascensión habíamos previsto con mi hermano ir a visitar a nuestros padres al pueblo del Nivernais de nuestra infancia, donde estaba la casa de nuestros abuelos maternos. Sería mi primer regreso al campo. Estaba ya todo organizado con los Inválidos y con los policías que habían de acompañarme, pero unos días antes hubo un pequeño contratiempo quirúrgico.

Una tarde, mis padres y mi tía vinieron a verme a los Inválidos. Hacía calor. Bebíamos zumo de frutas a la sombra, en mi habitación. De pronto, mientras hablaban, una lluvia de manchas pequeñas empezó a caerme en la parte alta de la camisa, que había escogido blanca para la ocasión. Pensé que el labio no había contenido el zumo, hasta que comprendí que se trataba de sangre. Mis padres y mi tía seguían hablando. No se habían dado cuenta de nada. Me quedé mudo. Miraba cómo de sus bocas manaban palabras, y de mi cara, gotas de sangre. Al cabo de un rato me excusé y me fui al cuarto de baño: en el espejo vi un agujero en la mejilla derecha, encima de la cicatriz más grande, mal recubierto por una fina capa de piel que semejaba el film transparente que se utiliza para tapar las sobras de los platos: acababa de salirme una fístula. Al día siguiente me llevaron a la Salpêtrière, donde, con la jeringuilla con

forma de trompa de mosquito, Chloé confirmó que la comunicación entre el interior y el exterior se había restablecido. Para ella no era mayor problema: el agujero podía volver a taparse mediante una «cicatrización dirigida»; pero el procedimiento exigía la presencia de una enfermera capaz de cambiar tres veces al día un trozo de venda hecha a base de algas, el Algosteril. Había que introducirla con mucho cuidado en el agujero para que fuera reduciéndose poco a poco sin que formara ninguna pequeña cavidad debajo de la piel renovada. «¡Bah!», me dijo Chloé. «Váyase al campo y búsquese allí una enfermera. ¡Tampoco es tan difícil!» Durante el fin de semana de la Ascensión sí lo era, pero en el pueblo, por suerte, nuestra vecina más cercana era una enfermera jubilada. Durante cuatro días, sin querer cobrarme nada, vino a cauterizar el nuevo agujero después de cada comida y vi cómo este iba reduciéndose mientras, en el pueblo, yo trataba de colmar otra apertura tendiendo un puente, como diría Ernest Renan, a los recuerdos de infancia y juventud.

Los policías se habían instalado en un hostal situado a pocos kilómetros. Aprovecharon para salir a correr por el campo y para comer bien. La perrita de mi hermano, Usoa, un spaniel tibetano, me reconoció como había hecho el perro de Ulises al regreso de este. Caminé por la ribera del Yonne y del canal de Nivernais. Miré todos y cada uno de los nogales que llevaban a la zona de baño. Miré la hierba verde, el camping desierto y el gran meandro del río en el que me gustaba bañarme porque se parecía al Amazonas y porque no se hacía pie. Miré la islita cubierta de ortigas que estaba delante de la zona de baño, de la que me había imaginado miles de veces que era imposible volver. Me detuve delante del tilo que había enfrente del ayuntamiento, donde a mi abuelo le gustaba sentarse. Fui a buscar huevos a casa de Ginette, la campesina que, cuando te alejabas, hablaba tan alto como el *harki* de los Inválidos. Comprobé la agresividad de sus ocas. Me crucé con campesinos vecinos a los que conocía desde hacía medio siglo, con los que había jugado en los silos y en los campos y a los que ya casi no veía. Noté el olor a purines que el viento del norte traía a la calle. Fui al jardín encantado de los padres de Toinette, la amiga de la infancia que

había entrado en mi habitación el 9 de enero y que no estaba. Fui a visitar a Colette, otra vecina de toda la vida, que nunca salía de casa y que me ofreció una cerveza. Se le había caído el pelo y estaba ya consumida por el cáncer que terminaría matándola. Nos miramos largo rato, escrutándonos con una circunspección divertida. Le pareció que me habían arreglado bien. Fui hasta la ladera del monte Breuvois, donde solía coger moras y era el lugar que marcaba el límite con otro mundo, el del pueblo de al lado. Anduve por la carretera accidentada que llevaba hasta el Armance, un riachuelo cerca del cual, cuando tenía siete años, me había desfigurado un poquito al salir despedido de mi bicicleta. Me tomé los complementos alimenticios e hice cumplimientos alimentarios a mi madre por los platos triturados que se había tomado la molestia y el tiempo de preparar. Fui a la tumba de mis abuelos. Miré la vieja lila de nuestro patio, a cuya sombra se instalaba mi abuela en verano, y me senté en el mismo sitio. Puse un pie derecho todavía dolorido en el baldosín rojo de mi habitación. Dormí en mi cama y me desvelé varias veces.

De regreso a los Inválidos, justo cuando bajaba del coche de la policía, la sonda gástrica me provocó un desgarro en un músculo abdominal. Al día siguiente me la quitaron en la Salpêtrière. Me sentía libre a la par que preocupado. En adelante solo disponía de la boca para alimentarme. Por la noche escribí una crónica bastante ampulosa que se publicó al cabo de una semana en *Charlie*. Resumía la breve estancia en el pueblo, en un mundo que no era ni el pasado, ni el presente, ni el tiempo recobrado, ni el tiempo interrumpido, sino, esta vez, el tiempo suspendido. Si la cito es únicamente porque da cuenta de cuál era mi estado. Solo suprimo un pasaje agresivo hacia un intelectual reaccionario de cuyo nombre no quiero acordarme:

«No todo el mundo tiene la suerte de tener una casa de campo. La de mi familia, en el departamento de Nièvre, es una pequeña casita de pueblo. Sus discretos encantos, que no son los de la burguesía, residen en unas escaleras antiguas de piedra y en sus vidrieras. Allí se instalaron mis abuelos, gente sencilla y pobre de extracción campesina, después de jubilarse en los años sesenta.

¿Qué pensarían ellos de la multiplicación contemporánea de fanáticos y cretinos sin sentido del humor? ¿Qué dirían? No tengo ni idea. Ellos conocieron otros horrores, empezando, en el caso de mi abuelo, por la Guerra del 14.

»Pasé en su casa no pocas vacaciones, fines de semana, enfermedades infantiles, períodos de adolescente solitario, de hombre casado, de hombre divorciado, de reportero que regresaba de países lejanos, de lector, de escritor. Allí caminé, corrí, pedaleé y conduje por todas las carreteras y caminos que había a veinte kilómetros a la redonda. Mi cuerpo se construyó en y se vio determinado en parte por aquel espacio bien temperado, el valle del Yonne. No es el Anjou de Du Bellay, pero se le acerca.

»Fue allí, pues, donde, después de más de cuatro meses de hospital, hice mi primera escapada larga: tres días. Mi familia me esperaba. Vecinos y amigos de la infancia vinieron a verme o me recibieron en sus casas. Ninguno de ellos me había visto desde el 7 de enero. Me prodigaron una atención tranquila, delicada, elegante. Todos estaban consternados por el atentado, que los había dejado sin palabras. En el portal de una casa a la que iba a jugar de pequeño debajo del tejadillo, colgaba todavía el cartel de "Yo soy Charlie".

»Lo que veía en mi pueblo, igual que en el servicio hospitalario que me había devuelto a la vida, eran simplemente mujeres y hombres de buena voluntad. Saben y sienten –o eso me pareció– que no quieren una sociedad en la que el sueño de la razón produzca monstruos como los del 7 de enero. ¿Saben lo que quieren? Sirvámonos, en condicional, de una expresión de Rousseau: querrían probablemente un contrato social eficaz, justo y civilizado. Pero, aunque existe una mayoría de personas dispuestas a suscribirlo, ya no queda nadie en Francia que pueda redactarlo y llevarlo a la práctica.

»Intentaba formularlo mientras paseaba por la orilla del canal cuando, de pronto, volví a cobrar conciencia de mi condición de fantasma. No sabemos hasta qué punto los lugares en los que hemos crecido nos han conformado hasta que volvemos a ellos como si hubiéramos muerto. El cuerpo y el espíritu se reencuentran

con el espacio familiar, pero ellos han cambiado. Como los nervios alrededor de un injerto, el paisaje, la luz y el aire tratan de abrirse paso hasta ellos pero no lo consiguen. Todo se acelera, todo se electriza. Unas veces es el recalentamiento y otras la insensibilidad. Todo está en su sitio, como siempre. Pero el lugar familiar, con sus centenares de historias microscópicas, con sus kilómetros recorridos miles de veces, ya no te reconoce. Estás por entero en tu casa y eres un extraño. Y los recuerdos que siguen siendo tuyos te van remitiendo progresivamente a un futuro que es incierto: yo fui alguien, yo será otro y, de momento, no es.»

Más tarde tuve un sueño que era el reverso de esta estancia, de esta crónica. Estamos en guerra contra los islamistas, primero en Argelia, luego en mi pueblo. Parece que formo parte de un grupo que lucha contra ellos. Pero han invadido mi pueblo, mi casa (lapsus: al principio he escrito «mi cara») y ocupan un gran edificio en el que han reunido a varios rehenes junto a los que me llevan custodiado por tropas de refuerzo. Uno de ellos, al que conozco, me susurra que solo yo voy a salvarme, porque hace algunos años le salvé la vida a uno de sus jefes. Entro en la gran sala en la que todos los rehenes están arrodillados. Me dejan con los demás y empiezan a degollarlos uno a uno. Cuando llega mi turno, el degollador me dice: «¡Levántate! Por esta vez te puedes ir. Saldamos la deuda que teníamos contigo. Pero no habrá segunda vez.» De pronto estoy en mi habitación, la puerta que da fuera está abierta y una pareja de amigos toman el sol mientras hablan de los islamistas. Estos amigos son militares. No se hacen ilusiones. Comprendo que los islamistas han ganado, que volverán y que esta vez no me dejarán escapar. El pueblo de mi infancia ya no es un lugar en el que buscar refugio. Ningún lugar me va a permitir librarme de lo que me espera.

Llegó el verano. Volví varias veces a mi piso, siempre con mi hermano y los policías, siempre por una hora o dos. No tardé en tomar la decisión de *mudarme sin moverme del lugar*. No tenía fuerzas ni para vivir en el mismo sitio ni para cambiar de lugar. De modo que había que hacer todo nuevo de arriba abajo. Todo el apartamento estaría bordeado por una gran biblioteca de abedul, hecha a medida por el hijo de Sophia, que trabajaba la madera con

mano de orfebre. Esta biblioteca iba a permitirme ordenar los libros con total libertad. Era el símbolo de mi reconstrucción. Tenía que ser bonita; y lo fue. Las obras se hicieron durante los últimos tres meses que pasé en los Inválidos.

Los meses que siguieron estuvieron marcados por el inicio del trabajo con Denise, mi fisioterapeuta maxilofacial. Era una mujer robusta, divorciada, de carácter jovial y dominante, tan severa consigo misma como exigente con sus pacientes. He conocido a muy poca gente en la que el deber y el placer parecieran salir hasta tal punto, como dos oficiales, del mismo regimiento. Había luchado mucho por ser libre, autónoma. Practicaba sin descanso los bailes de salón, el senderismo y el teatro de aficionados. Había soñado con ser actriz, pero una intérprete de la Comédie Française le había dicho que no tenía una voz apropiada. Ociosa juventud, a todo sometida..., y sobre todo a los consejos agoreros de los demás, cuando se trata de descubrir y conducir a través del arte lo que nos servirá de personalidad.

La relación terapéutica va en los dos sentidos: el trabajo y el carácter de Denise solo le iban bien a un tipo determinado de pacientes de los que yo, según parece, formaba parte. ¿Cómo definir estos pacientes sin dármelas de héroe de la mueca organizada y de la vida cotidiana? Eran buenos alumnos que soportaban el dolor. Se sacaban la recuperación en primera fila, lejos de los malos estudiantes y de los radiadores. Querían tener cicatrices bonitas, buenas notas, y se sometían a las órdenes de Denise, cuya generosidad era cualquier cosa menos democrática. Eran o aprendían a ser resistentes, disciplinados. Sabían que no habían ido allí a que los acariciaran o mimaran: la benevolencia de Denise era profunda, pero se escondía tras una coraza. Tenían que dejar en la entrada la pereza, el mal humor, sus crestas de gallo en posición tumbada. En el autoritarismo y las órdenes llenas de buen humor de Denise intuían una señal más de su escrupulosidad y su compromiso. Chloé me había avisado: «Hace que los pacientes huyan y tiene tendencia a creer que es la única capaz de curarlos, pero nunca he conocido a nadie que les dedique tanto tiempo, atención y energía.» Los pacientes fieles veían rápido que los

resultados estaban a la vista: la boca se abría, el labio fláccido ganaba músculo, el colgajo cogía color, las cicatrices se allanaban, los maxilares se distendían. Cada sesión, por muy dura que fuera entre masajes y ventosas, era un diálogo y un intercambio de confesiones. Terminaba, después de la lista con los ejercicios que era preciso mejorar, con esta orden renovada: «Y sobre todo, sobre todo, dese algún gusto.» A Denise le gustaban la torta, el jengibre y el chocolate bueno.

Después de Chloé y antes que mi psicóloga, se convirtió enseguida en uno de mis superyós terapéuticos. Es enormemente satisfactorio hacer caso a según qué mujeres: son valientes, carecen de vanidad y no se andan con historias. Denise me recordaba a mi tercera abuela, a esa voluntad de hierro con la que iba y venía como un viejo conejo hasta sus ochenta y cinco años, con su sombrero alto y negro con forma de seta en la cabeza y sin quejarse jamás. Mi abuela tenía la columna vertebral descalcificada, los médicos no se explicaban cómo podía andar. Pero, como decía Denise con una sonrisa: «Los cirujanos piensan y dicen muchas cosas. Nosotras estamos aquí para sorprenderles.»

Cuando no hacía o hacía mal lo que ella me pedía que hiciera, experimentaba una sensación tan desagradable como cuando entregaba un artículo que sentía era fallido. Intuía los errores, las repeticiones y los tópicos que era demasiado perezoso para localizar. Olisqueaba las manchas de tinta que pringaban el brazo de ese instigador que es todo escritor, pero, a diferencia de Lady Macbeth, no intentaba lavármelas, aun cuando se fueran a ir. Un texto de circunstancia era siempre el producto de un accidente del espíritu (o de un atentado cometido contra él). El texto fallido es un paciente al que no han operado ni rehabilitado como se debe, o al que habría sido mejor dejar morir. Se entabla una lucha entre la pereza, la mala conciencia y el olvido. La pereza y el olvido suelen tramar alianzas: para el artículo, el mañana es otro día que no existe. Para el paciente es distinto: su tiempo era a la vez interminable y medido, el mañana dependía implacablemente del esfuerzo hecho hoy. Observaba cómo Denise me colocaba las ventosas en las cicatrices y

me decía que tal vez uno debería escribir únicamente ante la amenaza de lo peor.

En los años ochenta, la pasión por el teatro y la buena dicción la habían llevado a concebir con otros colegas una serie de ejercicios que permitieran reeducar el rostro, la mandíbula y la boca de los accidentados, labios leporinos, cancerosos, quemados o con cualquier tipo de deformación, en una época en la que los cirujanos se preocupaban poco del asunto. Yo era su primer herido de bala. Ella había sido una de esas heroínas discretas que habían facilitado con rudeza la vida de gente que tenía la cara destrozada. Por aquel entonces estaba ensayando una obra de Jean Anouilh, *Los peces rojos*. También me hablaba de su juventud pasada en altitud, en Chamonix. La escalada había sido para ella una escuela de vida: «Hay que preparar el cuerpo, mantener la cabeza concentrada, estar atento al más mínimo detalle. Buscar la vía y, siguiendo las reglas de seguridad, descubrir las presas que más nos convienen. Sobre todo, no dejarse llevar por el miedo. Y, aunque debe confiarse en el guía, hay que aprender a no depender de él.» Hacer rehabilitación siguiendo a Denise era como correr una carrera de montaña por una ladera norte que dejaba entrever posibilidades de sol. Algunos de sus pacientes la llamaban el hada Carabosse, algo que ella recordaba con orgullo. Algunos cirujanos decían que tenía un lado sádico. Algunos de sus antiguos colegas no querían ni verla: sus principales virtudes eran también sus defectos, y yo me beneficié de las primeras sin tener que sufrir los segundos. Iba a encargarse de mí una hora y media tres veces por semana, durante dos años y medio, hasta que se jubilara. La última sesión la hicimos fuera de la consulta que acababa de dejar, en una sala de baile con suelo de parqué a la que iba a menudo. Al terminar, doblamos la camilla de masaje y guardamos el aparato de ventosas; luego ella se quitó la bata y apareció con un precioso vestido negro de volantes, dispuesta a bailar. Su noche estaba a punto de empezar. Nos colocamos delante del gran espejo y por primera vez nos hicimos una foto en actitud de quien saluda al término de una función. Fui su último paciente.

La primera vez que caminé solo por la calle fue yendo a su

consulta, a doscientos metros de los Inválidos. Era a finales de mayo. La noche anterior, a eso de las nueve, una responsable del Servicio de Protección me había llamado para comunicarme que a la mañana siguiente retirarían la guardia permanente delante de mi habitación: parecía que las decisiones se tomaban con la misma brusquedad que en el hospital, y al principio me sentí no solo abandonado, sino también frustrado. Aquellas decenas de policías uniformados que se habían turnado día y noche detrás de la puerta, que me habían acompañado en todos mis paseos por el interior del hospital, formaban entonces parte de mi vida. Me quitaban mis sombras sin demora y sin ninguna precaución. Me las quitaban y ni siquiera me daban tiempo de despedirme de ellas y de darles las gracias una a una. No podía entregarme a uno de aquellos rituales a los que había cogido un cariño tan visceral.

No volvería a ver al policía con el que una mañana vimos a François Hollande recibir al presidente ucraniano en el gran patio al son de una fanfarria típica del ceremonial republicano, una de esas fanfarrias con abundante presencia de cobres que habían añadido algo de heroísmo al corazón del urbanita y que, en aquel lugar, bajo aquella luz, entre aquellas arcadas, escenificaban la nostalgia del sueño republicano. No volvería a ver al policía árabe, veterano de Afganistán, que se había hartado de la guerra y de la manera de actuar de los americanos. No volvería a oírle contarme en voz baja, entre las estatuas, cómo se había visto obligado, en un pueblo, a disparar a un niño que tal vez llevaba una bomba, y cómo había tenido que llevar hasta un carro blindado a su mejor amigo, al que le salían los sesos de la cabeza. No volvería a ver al policía que leía a Stefan Zweig y que había vuelto al hospital para decirme que mi vieja bicicleta seguía delante de *Charlie*. No volvería a ver a la policía bajita que escribía una novela lésbica, ni al policía al que llamaba el Pitufo Gafotas porque no paraba de presumir de sus conocimientos sobre cualquier tema, toda la noche, delante de su compañero, ni tampoco a aquel que era una copia mejorada de Jack Palance, ni al que salió pitando de mi casa para poner fin a una reyerta callejera que había visto empezar desde mi ventana, ni a la rubia alta, mordaz y de ojos claros que me había acompañado un domingo por

la tarde a casa de mis padres. No los volvería a ver y no podía siquiera decirles adiós. En su lugar les escribí una carta a todos. Me las arreglé para que les llegara y supe que la leyeron.

A la mañana siguiente, cuando salí para ir a caminar, no había nadie delante de mi habitación. El pasillo estaba desierto. Me puse la máscara y el sombrero de paja italiano que me había traído Sophia, y, por primera vez, crucé solo el portal que daba al boulevard de los Inválidos. Al pasar por delante de la garita miré a los gendarmes y me pregunté si me detendrían. Tenía la impresión de ser uno de esos prisioneros que, en las películas, cruzan disfrazados los puestos de control. Tendría que haber llamado a los policías de paisano, que se suponía debían acompañarme todavía al salir del recinto del hospital, pero no lo hice. Me sentía culpable, me sentía solo y me sentía libre.

Una vez fuera me pregunté adónde ir. Tenía la sensación de que, si me alejaba demasiado, me perdería y no encontraría el camino de vuelta. Antes de ir a la consulta de Denise, decidí dar la vuelta a los Inválidos por el exterior, *como los de enfrente,* sin perder de vista los edificios, y pude distinguir la figura del señor Tarbes caminando en el interior, al otro lado de los fosos, en compañía de la del disciplinado señor Laredo. A la altura de la explanada vi pasar, esta vez de verdad, a la exmujer de un amigo. Caminaba sonriendo al vacío, su mirada de miope dentro de la bruma. Parecía una gacela, delgadísima, con esa cara alargada y bonita, y llevaba un vestido marrón y fino. Hacía calor. Pasé a unos metros de ella, que andaba deprisa, temiendo como nunca que me reconociera pese a la máscara y el sombrero. Volví la cabeza y miré a lo lejos la cúpula de la tumba. No tenía fuerzas para hablar con fantasmas aparecidos de improviso en mitad de la calle, para que me miraran como una especie de coronel Chabert. Pasó sin verme, feliz detrás de la sonrisa que tiraba de ella hacia delante, y noté tan solo el adiós de su perfume.

Después de dar la vuelta entera, volví a la calle en la que estaba la consulta de Denise pasando por delante del Museo Rodin. Miraba las cabezas de la gente, pero no para reconocerlos, sino para comprobar si me miraban, si me observaban, si había en mí algo que

les llamara la atención; por ejemplo, esa máscara en la cara que, durante más de un año, iba a protegerme las cicatrices de la luz del sol. Ni policías, ni hermano, ni amigos: ya no había intermediarios entre los otros y yo, entre los muros de la ciudad y yo, entre el cielo por encima de los muros y yo, entre los escaparates y los coches y yo. Me pareció que los transeúntes iban por la calle deprisa, que andaban todos con semblante preocupado. Aparte de los niños, siempre curiosos y acostumbrados al mundo paralelo, nadie se fijaba en nada. Es algo que me sorprendió: yo salía de un mundo, el del hospital, en el que todo estaba hecho de gestos y miradas precisas, como en el taller de un artista. Allí fuera todo parecía vago y mecánico. Subí por la acera estrecha de la rue de Bourgogne mirando las tiendas con más morosidad de la habitual, en busca de los antiguos pasos. Una selva congoleña no me habría resultado menos extraña que aquella calle burguesa y comercial en la que todo el mundo parecía tener citas, actividades o problemas. Entré en un pequeño supermercado y compré un yogur para beber, el primero desde la mañana del 7 de enero. Me había quitado la máscara. Vi en la mirada de la cajera que había reparado en la herida. Me cobró sin decir nada, y ya en la calle, después de sacar un pañuelo, me bebí el yogur y lo puse todo perdido. Como las piedras de Pulgarcito, todas y cada una de las gotas caídas en la acera sucia me llevaban de vuelta a casa.

El 13 de julio por la noche asistí en unos Inválidos casi vacíos a los fuegos artificiales junto con una treintena de pacientes. La noche era templada y soplaba un viento ligero. Las sillas de ruedas habían salido de excursión. Se habían enfrentado a la grava para colocarse a unos metros de la tumba de Napoleón. Desde allí uno tenía la impresión de tocar los cohetes, que se lanzaban desde el Campo de Marte. En un determinado momento me alejé y observé a aquellos pacientes, mis semejantes, mis hermanos, consciente de que un día u otro, más temprano que tarde, nos íbamos a separar. Nadie se movía bajo las luces de múltiples colores. Parecían personajes de un cuadro de Watteau. ¿Nos embarcábamos rumbo a la isla de Citera o volvíamos de ella? No obtuve respuesta.

En verano se multiplicaban las salidas. Una noche fui a mi primer

acto social. Era una fiesta organizada por un amigo del mundo editorial, en el tejado del Museo de la Marina. Con sus diferentes niveles, las piedras agrietadas y las paredes desconchadas, el tejado parecía abandonado. Aquí y allá habían crecido algunos hierbajos. Más que asistir a un cóctel como superviviente quincuagenario, hubiera preferido tener siete años y jugar allí a hacer el Robinson Crusoe. Miré todos los rincones imaginándome un escondite, una cabaña. Me encontré con escritores a los que hacía mucho que no veía y a los que no sabía muy bien qué decir. Tenía prohibidos los canapés, así que bebía champán. Mis policías se habían quedado en una esquina con los de otro invitado que también llevaba protección, Michel Houellebecq. Él se había refugiado en un rincón en compañía de una mujer risueña, también escritora, que ya murió. Nunca había coincidido con Michel Houellebecq, el hombre que el 7 de enero había sido nuestro último tema de conversación. Nos dimos la mano. Parecía devastado, mineral y compasivo. Su sonrisa lindaba con la mueca. Dondequiera que estuviera terminaba enquistándose, con ese rostro de edad y sexo indeterminados, con ese aspecto de fetiche chamuscado. Pensé que cualquier hombre que cargara con la desesperación del mundo con semejante eficacia tenía por fuerza que viajar en el tiempo hasta terminar en la piel de un dinosaurio. Era el animal que entonces tenía delante, y mientras murmurábamos cuatro palabras incomprensibles sobre el atentado y los muertos, me miró de hito en hito y me dijo este versículo de Mateo: «Y los violentos lo arrebatan.» Me marché unos minutos después.

EPÍLOGO

En verano se puso fin a la última protección policial. Ahora iba y venía solo por la ciudad, de un hospital al otro. A veces me encontraba por casualidad con quienes me habían protegido, uniformados por ejemplo delante de la sede de un partido político casi difunto, o de paisano en una terraza de un café, a unos metros de un ministro al que vigilaban. Lo que había vivido se solapaba con lo que vivía en un espacio familiar en el que pronto me tocaría volver a vivir y que entraba dentro del terreno de la ficción.

En aquel entonces tenía a menudo una alucinación nocturna. Me despertaba y oía volar un abejorro en la habitación en la que dormía. Lo mismo se alejaba de mí que se acercaba. Tenía miedo de que me picara en la mandíbula o en la garganta. Cada vez encendía la luz, me levantaba, cogía y doblaba un periódico y me ponía a buscar al abejorro por todas partes para matarlo. No soy sonámbulo, estaba absolutamente despierto. No encontraba al abejorro y el zumbido no tardaba en cesar relativamente deprisa. Me acostaba de nuevo, apagaba la luz, el zumbido regresaba y vuelta a empezar. La conciencia de estar teniendo una alucinación no bastaba para que parara: sabía que probablemente tenía una, pero la duda era más fuerte. Tampoco tenía nada que ver con acostumbrarse al miedo: la tercera vez tenía el mismo miedo, si no más, que la primera. Era simplemente el cansancio.

Los cirujanos de la Salpêtrière fueron poniendo poco a poco las bases de una prótesis dental. El médico encargado del asunto, Jean-Pierre, había sido en sus años mozos muy bueno en matemáticas, amén de maoísta. Conocía a varios de los periodistas de *Libération* que me habían enseñado el oficio. Era un amante de la vela y de Italia. Era un pionero y un hacha jovial de la cirugía de implantes. Tenía los dedos tan gruesos como musculosos, tan musculosos como virtuosos. Igual que Denise cuando me daba un masaje, cerraba los ojos cuando probaba la prótesis o atornillaba los implantes. Yo abría

los míos y lo miraba: era un artista, acaso un músico. Había visto a pianistas de la misma estirpe. Interpretaban todos los matices de Liszt con manos de leñador. Jean-Pierre se mostró de inmediato gratamente sorprendido con la evolución de la mandíbula. Todo iba bien, todo iba mal. Con Jean-Pierre yo iba pasando poco a poco a la fase de reconstrucción. Pero no cabía el menor riesgo de olvidar el estadio anterior. Chloé me lo recordó un día en la consulta, cuando me quejé de mi ausencia o exceso de sensibilidad nerviosa, según el lugar, alrededor del labio y del mentón: «Es normal, ¡si es usted un mutilado!»

En otoño volví a casa. Ya no era del todo mi casa, ni tampoco exactamente la casa de otro. Me sentía lo mejor posible, dentro de un universo íntimo y renovado, con el cuerpo entre dos aguas y la cabeza no sé dónde. Puse en el cuarto de baño la cerámica que había hecho a lo largo de los meses, con la mano herida, en el taller de ergoterapia: representaba un barco perseguido por un tiburón en un mar tropical flanqueado por dos palmeras.

Gabriela volvió unos días para ayudarme a instalarme. La primera noche hubo un radiador que perdía. Presa del pánico, quise volver a dormir a los Inválidos. Ella se lo tomó tan mal que al final me dio más miedo su ira que quedarme. Estaba tan furiosa que dormí en la cama góndola. El piso había sido renovado de arriba abajo, más rápido que mi cara. La nueva biblioteca daba una segunda vida a los miles de libros que veinte años de leonera habían devorado y de cuya existencia en muchos casos me había olvidado. Reaparecían como viejos amigos a la vuelta de la esquina, sin asustarme. Eran silenciosos, pacientes. Lo que había vivido no podía sino alimentar las vidas que me ofrecían.

La mía estaba pautada por las citas cotidianas en los Inválidos, en la Salpêtrière y en la consulta de Denise. Acudía a todas las citas a pie. La bicicleta aparcada delante de *Charlie* acabó por desaparecer y renuncié a hacerme con otra. Caminar durante horas se había convertido en una manera de vivir, sentir y respirar.

Había constantemente y sin cesar primeras veces para cualquier cosa. Unas me perturbaban, otras no tanto. No había dejado de ser virgen, pero uno se acostumbra a todo, o, para ser más precisos,

uno se acostumbra a no acostumbrarse a casi nada. Había una primera vez que se repetía más que el resto: el encuentro con el joven árabe en el metro. Los policías me habían aconsejado que no lo cogiera, pero los taxis eran caros, solían tener puestas emisoras estúpidas y algunos querían saber qué me había pasado; también quería ponerme a prueba y, como diría Chloé, «volver a la normalidad». Tener miedo de todos los árabes menores de treinta años con los que me cruzaba no era normal, o no al menos para mí.

Un día, en septiembre, entré en hora punta en la línea 13. Planté mi colgajo en las narices de los pasajeros, y enseguida aprendí a mirar a otra parte mientras ellos me miraban, a estar presente pero ausente a la vez. En una estación subió un chico árabe. Tenía mala pinta, la gorra bien calada en la cabeza. Se sentó en uno de los asientos plegables. Solo quedaba un asiento libre en el vagón, a su lado, pero nadie lo ocupaba, ni yo ni los demás. Y eso que estaba cansado. Pero algo dentro de mí no quería instalar mi colgajo, mi fragilidad, mis últimos nueve meses a su lado. El chico iba lanzando miradas agresivas a diestra y siniestra, como para comprobar el efecto que producía: «Procuro ser exactamente ese que creéis, y aún soy peor porque es lo que queréis.» Su aspecto, mi fragilidad, la falsa indiferencia de los pasajeros, todo ello me puso más triste de lo que hubiera podido imaginar. Bajó antes que yo.

Unos días más tarde todavía fue peor. Otro chico árabe, esta vez muy guapo, delgado y atlético, flexible y tenso a la vez, se situó a mi lado. Íbamos de pie en un vagón atestado. Como el anterior, iba mirando a derecha y a izquierda, pero no eran miradas agresivas, sino de una intensidad fuera de lo normal. Parecía buscar algo. Tal vez mirara simplemente un mundo en el que la mayor parte de la gente no mira. De repente, entre aquella muchedumbre y en medio del calor, sacó y se puso el gorro con una lentitud extraordinaria, calándoselo hasta las orejas como si se preparara para hacer una carrera por el frío. Entonces pensé en los asesinos de *Charlie*, en el loco del tren Thalys, en los palestinos que matan a judíos con una pistola, con un cuchillo, y no pude evitar alejarme unos metros mientras pensaba: «Si quiere matar a alguien, tendrá que empezar por la gente que hay en medio.» No bien lo pensé me sentí

horrorizado por mi propio pensamiento y por esa tendencia a poner a todo el mundo en el mismo saco. La vergüenza, como ocurre a menudo, era hermana siamesa del miedo: aunque fuera desagradable, no estaba de más recordarlo y plantarle cara. No di ningún paso más para alejarme, y aunque luego hubo otras primeras veces semejantes, no me moví ni volví a bajar.

En noviembre fui a Nueva York a casa de Gabriela, que al fin había conseguido el divorcio. Era mi primer viaje al extranjero después del atentado. La Universidad de Princeton me había invitado a un diálogo en público con el escritor peruano Mario Vargas Llosa. Hacía treinta años que lo leía y quince que reseñaba sus libros. Lo había entrevistado una vez en su casa de París. El atentado me convertía en uno de sus interlocutores durante el tiempo de una conferencia. Yo no tenía muchas ideas ni información sobre la democracia y el terrorismo. Me imagino que el colgajo hablaba por mí. Estaba feliz, no obstante, de poder departir con un novelista al que admiraba, con un arquitecto del relato cuya obra había sabido narrar los delirios nefastos de la ideología.

El 13 de noviembre por la tarde hacía bueno y acompañé a Gabriela a Wall Street. Tenía cita con su abogado para solucionar unas cuestiones económicas. Me quedé en la sala de espera mientras ellos se reunían. Abrí las Memorias de Edith Wharton y leí por segunda vez el retrato que hace de Henry James: «Los que no lo conocieron», escribe, «no pueden imaginarse hasta qué punto sus libros no son más que la sombra de la materia y los matices que desplegaba su ingenio durante una conversación.» En el verano de 2014 había leído en esa ciudad, en casa de Gabriela, *Los embajadores*, y me pregunté qué palabras podían ser más matizadas, más complejas, más densas que esta novela genial. Me habría gustado conocer a Henry James y vivir en la civilización que había permitido semejante melancolía unida a tanta finura creativa. Sus libros eran entierros de primerísima calidad.

El día empezaba a declinar. Cerré el libro de Edith Wharton y me fui al extremo del largo pasillo del despacho del abogado. Por el ventanal se veía cómo el sol teñía de cobre el sur de Manhattan y el mar. Todo exhalaba poder y paz. Me quedé allí hasta que salió

Gabriela. El abogado, un judío neoyorquino robusto, bromista y paticorto, parecía salido de una película de Woody Allen. Gabriela parecía satisfecha. Me sentí feliz.

Como el atardecer era espléndido, decidimos caminar en dirección a Broadway. Estábamos cerca de la Trinity Church cuando me sonó el teléfono. Lo cogí y oí la voz de Fabrice, un antiguo compañero de *Libération* que entonces vivía en Nueva York y que, cruzado el Atlántico, se había convertido en un amigo. Era una voz bonita y grave, bastante cálida, una voz que conocía bien. Me comunicó que se acababa de producir un ataque en el Bataclan, que había muertos, heridos, rehenes, no se sabía cuántos ni en qué estado. La voz de Fabrice añadió que se trataba sin duda de un ataque terrorista, probablemente islamista, pero que no había nada seguro. «He preferido avisarte», añadió la voz, «para que no te enteraras por otra vía, en otra parte, por una pantalla, en un café o en mitad de la calle.» Estaba en la calle y pensé que no había manera buena de enterarse de semejante cosa, de aquel hipo sangriento de la Historia y de mi propia vida. Cuanto más me hablaba la voz, más eran las informaciones que me llegaban y rectificaban y ensombrecían lo que acababa de decir e iba corrigiendo. Le di las gracias a Fabrice, colgué y agarré a Gabriela del brazo. «Vámonos», le dije.

Me miró la cara, arrugó la frente y me preguntó en español: «¿Qué pasa?» Di unos pasos antes de contestar, luego le pedí que mirara en su móvil cuáles eran las noticias exactas, las más recientes. Me dijo que estas noticias podían hacerme daño y que era mejor que siguiéramos caminando y esperar hasta llegar a casa. Pero ¿podía esperar? En aquel preciso instante el aire gris oscuro con olor a pólvora bajó desde lo alto de los rascacielos como una nube pesada llena de plomo frío. Me envolvió por completo, desprendido por el pavor de todo lo que me rodeaba y llamamos la vida. Era una vez más, como en el despertar después del atentado, un *desprendimiento de conciencia*, y noté que todo volvía a empezar –o más exactamente: que continuaba– en mí y a mi alrededor, paralelamente a todo lo que pasaba ante mis ojos. En aquella nube estaban los gritos en la entrada de *Charlie*, el gesto demasiado lento

de Franck, los cuerpos de mis amigos muertos, los sesos de Bernard, las miradas de Sigolène y de Coco, y, por encima de todo, el aliento y la presencia de los asesinos de piernas negras que resurgían como a través de una grieta en el espacio-tiempo.

Henry James dejó escrito en una carta que veía la Historia «igual que un hombre a bordo de una locomotora, sin ayuda ni competencia, vería embalarse la máquina». No estábamos muy lejos del lugar en el que, el 11 de septiembre de 2001, la locomotora había vuelto a incrementar la velocidad. Aquella carrera había empezado mucho antes, los especialistas no se ponían de acuerdo acerca de los hechos y las fechas, pero allí había tenido lugar el principio de algo cuyas consecuencias, después del hito del 7 de enero, donde acabamos en la caldera, se repetían a la par que iban en aumento. Nueva York, un lugar en el que me creía a salvo de la radiación maléfica, no me protegía de nada. Nos metimos en el metro y fuimos lo más rápido posible a casa de Gabriela, de donde no salimos. Aquella noche miré las luces de la ciudad y no dormí. Sobre la una de la madrugada recibí un SMS de Chloé. «Estoy feliz de saberle lejos. No tenga prisa por volver.»

Título de la edición original:
Le Lambeau

Edición en formato digital: agosto de 2019

© imagen de cubierta, Yukito Kuroda (Kintsugi artist)

© de la traducción, Juan de Sola, 2019

© Éditions Gallimard, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4079-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es